

PODER Y SOCIEDAD: EL OESTE DE LA MESETA EN LA EDAD DEL HIERRO

Jesús Rodríguez-Hernández



de Alba
638"



**DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA
INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA**



DIPUTACIÓN
DE **ÁVILA**

Institución Gran Duque de Alba

Institución Gran Duque de Alba



Jesús Rodríguez-Hernández

**PODER Y SOCIEDAD:
EL OESTE DE LA MESETA
EN LA EDAD DEL HIERRO**



Institución Gran Duque de Alba





@ Jesús Rodríguez-Hernández
@ Institución Gran Duque de Alba, 2019
DL: AV 78-2019
ISBN: 978-84-15038-86-3
Impreso por Estudios Gráficos Europeos, S.A.

Índice

A mi madre



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
1. INTRODUCCIÓN	11
2. MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO	17
2.1. Estado de la cuestión: investigación arqueológica y divulgación en el s. XXI	19
2.2. Enfoque teórico	27
2.2.1. Cultura material mueble y cadena tecnológico-operativa	28
2.2.2. Poder y sociedad	30
2.3. Límites temporales	31
2.4. Límites espaciales	32
2.5. Geografía del occidente de la Meseta	35
2.6. Dinámica paleoambiental en el tránsito del Subboreal al Subatlántico	41
3. LA TRANSICIÓN BRONCE-HIERRO Y EL INICIO DEL ASENTAMIENTO DEFINITIVO	47
3.1. El significado de la Edad del Hierro	49
3.2. El final de Cogotas I y el inicio de la Edad del Hierro a partir del C14	50
3.3. El tránsito Bronce Final-Hierro I	58
3.3.1. El suroeste de la cuenca del Duero: ¿ruptura o transición gradual?	58
3.3.2. El valle medio del Tago	66
3.4. La apropiación del paisaje	70
3.4.1. Asentándose para siempre: consecuencias de un cambio trascendental	70
3.4.2. Evidencias palinológicas de la sedentarización definitiva	72
3.4.3. Los patrones de poblamiento	77
3.4.4. Características de los poblados	92
3.4.5. Las estructuras domésticas	103

4. PRODUCCIÓN ARTESANAL Y SOCIEDAD EN LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO	117
4.1. Tecnologías: alfarería y metalurgia	119
4.1.1. Alfarería	119
4.1.2. Metalurgia	125
4.2. El fenómeno orientalizante	128
4.3. Demografía y modelos de organización social	135
5. LA APARICIÓN DE LAS PRIMERAS CIUDADES EN EL OCCIDENTE DE LA MESETA	141
5.1. La transición Hierro I-Hierro II	143
5.2. El final de la Edad del Hierro a partir del radiocarbono	146
5.3. Los <i>oppida</i> : concepto, funciones y orígenes	149
5.4. Análisis palinológicos: el aumento de la presión antrópica sobre el paisaje	153
5.5. Modelos de poblamiento	157
5.6. Estructuras defensivas y urbanismo	173
5.6.1. Los sistemas defensivos: murallas, fosos y campos de piedras hincadas	173
5.6.2. El urbanismo: organización interna y espacio periurbano de los castros y <i>oppida</i>	177
5.7. Los espacios domésticos	200
6. NECRÓPOLIS: EL ESPACIO DE LOS ANCESTROS	207
6.1. El significado de las necrópolis de incineración	209
6.2. Características generales de los cementerios	210
6.3. La necrópolis de Ulaca	215
7. TECNOLOGÍAS Y ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA EN LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO	235
7.1. Especialización artesanal: cerámicas a torno, espadas y verracos	237
7.1.1. Alfarería: producción doméstica y especializada	238
7.1.2. Metalurgia	247
7.1.3. Cantería	252
7.2. Demografía y organización sociopolítica	268
8. CONCLUSIONES	277
9. BIBLIOGRAFÍA	285
ANEXO I: INVENTARIO DE YACIMIENTOS	343

PRESENTACIÓN

La Diputación de Ávila, desde hace ya décadas, trabaja a favor de la investigación, conservación y difusión del patrimonio arqueológico abulense y lo hace a través de consignar fondos para la excavación, conservación y puesta en valor de los diferentes yacimientos de todas las épocas –Ulaca, Las Herrerías, San Pedro del Arroyo, entre otros–, la creación de aulas arqueológicas –Vettonia: cultura y naturaleza, la de las Cogotas o el Centro de Interpretación sobre la Zona Arqueológica del Berrueco–, la compra o restauración de piezas –caso del toro de la Romarín, expuesto en el zaguán del torreón de los Guzmanes, o del de Villanueva del Campillo–, cursos de divulgación o celebración de exposiciones –cito la de carácter internacional Celtas y Vettones y otras, como la de El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional; Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona o la Antonio Molinero Pérez, legado de un pionero de la arqueología española, clausurada recientemente.

Otra de las vías con que la Diputación de Ávila ha contribuido a difundir al gran público el patrimonio arqueológico provincial es mediante la edición de publicaciones. El catálogo editorial de la Institución Gran Duque de Alba, dependiente de esta Diputación, está salpicado de títulos que versan sobre el tema, entre los que destaca la Serie Cuadernos de Patrimonio, cuyos primeros nueve números están dedicados a la cultura vettona.

Con la aparición de esta obra, la Diputación vuelve a hacer gala de la preocupación e interés que tiene en que los abulenses conozcan esta parte de su pasado tan distintiva. Con su publicación, se ofrece al lector una visión actualizada de la arqueología de los grupos protohistóricos del occidente meseteño desde una perspectiva social, comenzando con el proceso de sedentarización de la población, ocurrido en los inicios del primer milenio a.C., y concluyendo con la reorganización territorial llevada a cabo por Roma en esta zona a partir de la segunda mitad del siglo I a.C.

Quien firma esta obra, Jesús Rodríguez Hernández, abulense de nacimiento, es doctor en Historia y Arqueología y licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Ha participado como investigador posdoctoral en el proyecto europeo REFIT (Reubicar las primeras ciudades de Europa: un caso de estudio para mejorar la transferencia de conocimientos y el desarrollo de una gestión sostenible de los paisajes culturales), en el que colabora la Diputación de Ávila, con el sitio de Ulaca.

Asimismo, ha realizado estancias de investigación predoctoral en las universidades inglesas de Durham y Manchester y ha impartido docencia en el grado de Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Sus líneas de investigación preferentes son la Edad del Hierro en la Meseta, los paisajes culturales y la Arqueología Pública; temas sobre los que ha publicado diversos artículos en revistas arqueológicas nacionales e internacionales. También ha organizado y participado en numerosos congresos, ciclos de conferencias y cursos y, además, tiene una nutrida experiencia en arqueología de campo.

En definitiva, el lector tiene entre sus manos una publicación del más alto nivel científico que le servirá para conocer con todo detalle cómo era la sociedad meseteña, las características de sus poblados, sus necrópolis, etc. Ojalá llegue a todos aquellos interesados en esta parte de nuestro pasado más singular y conocida.

Finalmente, solo me queda manifestar el compromiso que la Diputación Provincial tiene, a través de la Institución Gran Duque de Alba, con la investigación y cultura abulenses y del que con seguridad, próximamente, volveremos a dar cuenta.

Carlos García González
Presidente de la Diputación de Ávila

1. INTRODUCCIÓN



Institución Gran Duque de Alba

Esta obra constituye un estudio arqueológico de las comunidades de la Edad del Hierro en el occidente de la Meseta, centrado en el análisis social de sus patrones de poblamiento, de las características de sus poblados y estructuras domésticas, de sus cementerios, sus producciones artesanales y sus modelos de organización social. Para ello, se parte de una conceptualización de la Edad del Hierro que vincula su inicio al trascendental proceso de sedentarización de la población en asentamientos estables, ocurrido en los siglos iniciales del primer milenio a.C., y su final a la importante reorganización territorial llevada a cabo por Roma en la zona a partir de la segunda mitad del siglo I a.C.

La investigación sobre la Meseta Occidental durante el primer milenio a.C. cuenta con una dilatada trayectoria (Fernández-Posse 1998), cuyos últimos hitos han sido las síntesis generales de Sanz Mínguez (1998), Álvarez-Sanchís (2003c) y Martín Bravo (1999), desde una lectura arqueológica, y de Sánchez Moreno (2000b) y Salinas de Frías (2001) desde la historia antigua. Trabajos más recientes como los de López Jiménez (2003b), Blanco García (2006b), Fernández Freire (2008), Blanco González (2009a) o Mateos Leal (2016), en cambio, analizan ámbitos espaciales más reducidos. Esta circunstancia nos ha movido a llevar a cabo el presente estudio. Así, hemos escogido un área amplia del occidente de la Meseta, comprendida entre los ríos Duero y Tajo, evitando, de este modo, el localismo que caracteriza buena parte de la producción científica realizada en arqueología tras la consolidación del Estado de las autonomías (Ayán Vila 2015: 32).

Este trabajo presta especial atención a los cambios y continuidades identificados en el registro arqueológico de las comunidades protohistóricas de la Meseta Occidental. No obstante, el análisis diacrónico realizado a lo largo de esta obra viene precedido por un capítulo en el que hemos explicitado el marco teórico-metodológico de nuestro estudio. Esto nos parece especialmente necesario en un momento en el que algunos autores están planteando el posible advenimiento de un nuevo paradigma en arqueología, basándose, entre otros factores, en los grandes avances experimentados en los últimos años por la arqueometría (Kristiansen 2014). Además, en este capítulo 2 se describen las principales características de la geografía de la Meseta Occidental y la dinámica paleoambiental en esta zona a lo largo de la Edad del Hierro.

En los capítulos 3 y 4 se lleva a cabo un repaso a la situación del área de estudio durante la transición Bronce Final-Hierro I y la Primera Edad del Hierro. En esta última fase se producirá, con ritmos distintos según las zonas, el asentamiento definitivo de los distintos grupos en asentamientos permanentes, fenómeno que se puede constatar, por ejemplo, en los análisis palinológicos realizados en las últimas décadas. El final de Cogotas I y el inicio de la Edad del Hierro se analizan a partir de las fechas de carbono 14 disponibles y de aquellos factores clave para defender la ruptura o la transición gradual entre el Bronce Final y el Primer Hierro. Tras el estudio de los patrones de poblamiento a ambos lados del Sistema Central, se realiza una descripción de las características de las granjas y, sobre todo, de las aldeas que surgieron a lo largo de esta fase. Estas últimas muestran, en algunos casos, signos evidentes de monumentalización, mediante el levantamiento de defensas artificiales, pasando a convertirse así en aldeas fortificadas o castros. Posteriormente, se analizan los principales rasgos de las cabañas y casas documentadas en el occidente de la Meseta. Asimismo, se detallan los elementos conocidos de las cadenas tecnológico-operativas de la alfarería y la metalurgia del Hierro I. A continuación, se hace una aproximación al impacto del fenómeno orientalizante en el marco de nuestra zona de estudio, centrada, sobre todo, en los hallazgos producidos en los últimos años. Finalmente, se realiza una crítica de las propuestas demográficas y modelos de organización social planteados hasta la fecha.

De igual modo, a lo largo de los capítulos 5, 6 y 7 se sintetiza la información disponible sobre la Segunda Edad del Hierro en la Meseta Occidental. El análisis comienza con la descripción de los cambios más destacados detectados en esta zona alrededor del 400 cal AC, que justifican la distinción de una nueva fase. En la misma surgirán, en la mayor parte de nuestro ámbito espacial de estudio, una serie de poblados de grandes dimensiones u *oppida*, que pueden considerarse las primeras ciudades del occidente meseteño. Su aparición lleva aparejado un aumento de la presión antrópica sobre el paisaje, detectable en los análisis paleoambientales disponibles. Los *oppida* contaron con unos imponentes sistemas defensivos, que incluyen murallas, fosos y campos de piedras hincadas, y un urbanismo complejo, que afecta incluso a su espacio periurbano, con la existencia de barrios extramuros, escombreras o necrópolis. Estas últimas centran el discurso del capítulo 6, en el cual se desgranar los hallazgos procedentes del cementerio localizado recientemente en la falda norte del *oppidum* de Ulaca (Álvarez-Sanchís et al. 2008). Por su parte, la especialización artesanal y la producción doméstica son tratadas en el capítulo 7, prestando una especial atención a los procesos técnicos de la alfarería, la metalurgia y la cantería. Dentro del análisis de esta última, se aborda el estudio de los «verracos», las famosas esculturas de toros y cerdos que aparecen distribuidos por gran parte del occidente peninsular. Por último, se lleva a cabo una aproximación a la demografía y a la organización sociopolítica de las comunidades del Hierro II.

Este libro es una versión revisada de mi tesis doctoral, leída el 15 de diciembre de 2017 en el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid. Por ello, no quiero terminar esta introducción sin hacer constar mi agradecimiento más profundo al profesor Gonzalo Ruiz Zapatero, director del trabajo doctoral, por su confianza, apoyo y estímulo constante. Además, su impulso y el del profesor Jesús Álvarez Sanchís ha resultado decisivo a la hora de ver editada esta obra. También me gustaría agradecer de manera especial a la Institución Gran Duque de Alba, de la Excma. Diputación de Ávila, su disposición para publicar este libro y la diligencia con la que ha procedido a su edición. Asimismo, quiero hacer extensivo mi agradecimiento a todos aquellos que de una u otra forma han contribuido a la elaboración de este trabajo. Y, por supuesto, a mis amigos y familia por su apoyo incondicional y a Mar, sin la que nada de esto tendría sentido.

2. MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO



2.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN: INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA Y DIVULGACIÓN EN EL S. XXI

Entre los propósitos de este trabajo no está el llevar a cabo una historiografía de la investigación arqueológica sobre las sociedades protohistóricas del occidente de la Meseta, ya que la realización de un estudio historiográfico crítico que vaya más allá de una historia de la investigación descriptiva constituye en sí mismo el objetivo de una tesis doctoral. Afortunadamente, el auge que en los últimos años han vivido los estudios historiográficos (Díaz-Andreu y Mora 1997; Ruiz Zapatero 2011c; 2017a; Ayarzagüena Sanz *et al.* 2017) nos permite disponer de valiosas obras que analizan la dinámica de la disciplina arqueológica y, en algunos casos, los condicionantes políticos, económicos y sociales de sus practicantes a lo largo del tiempo. Para el caso concreto de la investigación llevada a cabo sobre la Edad del Hierro en la Meseta Occidental podemos acudir a la excelente síntesis crítica de Fernández-Posse (1998), a los capítulos dedicados a la «historia de la investigación» en diversas tesis doctorales (Martín Bravo 1999; Álvarez-Sanchís 2003c; López Jiménez 2003b; Blanco García 2006b; Manglano Valcárcel 2018) o a trabajos específicos. Estos últimos se centran en la historiografía de las pesquisas realizadas en torno a las poblaciones protohistóricas de esta zona meseteña (Sánchez Moreno 1995; Mariné 2005; Álvarez-Sanchís 2008b; 2012), identificadas tradicionalmente con los vettones citados por los autores clásicos. Asimismo, dichos trabajos analizan la labor desarrollada por una serie de investigadores pioneros (Museo de Ávila 1987), como Juan Cabré (Molinero Pérez 1982; Álvarez-Sanchís 2004a; Baquedano Beltrán 2004; Ruiz Zapatero 2004), o los muchos avatares por los que han pasado las famosas esculturas zoomorfas conocidas popularmente como «verracos» (Martín García y García Diego 1990: 18-21; Hernando Sobrino 2007; Mariné 2008).

Por todo ello, en esta obra se ha optado por realizar un breve estado de la cuestión centrado en la investigación arqueológica y la divulgación sobre la Edad del Hierro del occidente de la Meseta llevada a cabo en los últimos veinte años. En este tiempo se han realizado excavaciones arqueológicas en algunos de los sitios más emblemáticos de esta zona, en el marco del proyecto europeo INTERREG III-A: La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) (González-Tablas

Sastre 2008a; 2011a; López García 2012: 99 y ss.), Las Cogotas (Cardenosa, Ávila) (Ruiz Entrecanales 2005: 13-14), Ulaca (Villaviciosa, Solosancho, Ávila) (Álvarez-Sanchís *et al.* 2008), Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca) y Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca) (Benet y López Jiménez 2008: 174-175). También se han iniciado o continuado las excavaciones en otros enclaves de la Edad del Hierro, como Talavera la Vieja (Bohonal de Ibor, Cáceres) (Jiménez Ávila y González Cordero 2012: 214; Salgado Carmona 2017), Castillejo de Chilla (Candeleda, Ávila) (Paniego Díaz y Lapuente Martín 2015), Los Tejares (El Tejado, Salamanca) (López Jiménez y Martínez Calvo 2006; 2009), Irueña (Fuenteguinaldo, Salamanca) (Berrocal-Rangel *et al.* 2017: 200 y 208), La Corona (Rinconada de la Sierra, Salamanca) (López Jiménez y López Sáez 2005) o San Mamede (Villardiégua de la Ribera, Zamora) (Romero Perona *et al.* 2015); aunque solo las del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo) han tenido una cierta continuidad en el tiempo (Ortega Blanco y Valle Cutiérrez 2004; Chapa Brunet *et al.* 2007; Charro Lobato *et al.* 2009; Chapa Brunet *et al.* 2013). A estas intervenciones habría que sumar las realizadas de forma previa a la construcción de grandes infraestructuras, como la del Cerro de la Cabeza (Fabián García *et al.* 2010) o Guaya (Misiego Tejeda *et al.* 2005), aquellas desarrolladas en el marco de la arqueología urbana (p. ej. Martín Carbajo *et al.* 2001; López Sáez y Blanco González 2005: 238-240; Blanco García y Retuerce Velasco 2010; Macarro Alcalde y Alario García 2012; Vaca Lorenzo 2012; Blanco García 2018: anexo) y las campañas de prospección emprendidas para la elaboración y actualización de los inventarios arqueológicos provinciales (Burillo Mozota *et al.* 2007: 201). En cuanto a los verracos, en estos años su inventario no ha parado de crecer (Martínez Lillo y Murillo Fragero 2003: 281-282; Martín Valls y Pérez Gómez 2004; Álvarez-Sanchís 2006: 115-147; Pacheco Jiménez y Moraleda Olivares 2009; Manglano Valcárcel 2010-11; 2018: anexo; Mariné 2012a; b).

El enorme desarrollo experimentado por la arqueología comercial en las últimas dos décadas se puede comprobar rápidamente a partir de las cifras aportadas por Fabián (2006d: 19-22) para la provincia de Ávila y su capital: en el quinquenio 2001-2005 se realizaron en esta ciudad 86 excavaciones de urgencia y 14 controles arqueológicos, mientras que en la provincia se llevaron a cabo un total de 164 excavaciones y controles arqueológicos. Estos datos contrastan con los del periodo 1987-1998/1999 en el que se efectuaron 31 excavaciones de urgencia y 15 controles arqueológicos en la capital y 116 excavaciones y controles arqueológicos en el conjunto de la provincia. Asimismo, estas cifras tan elevadas destacan con respecto al número de actuaciones realizadas en el casco urbano de Salamanca entre 1984 y 1998 (37 campañas de excavación arqueológica y 14 seguimientos de obra) (Benet y Sánchez Guinaldo 1999: 122) y en toda la provincia de Salamanca en el periodo 1986-1999 (274 actuaciones) (Santonja y Benet 2000: 326). Este incremento tan importante del número de intervenciones a inicios del presente siglo se debe, en buena medida, a la burbuja inmobiliaria y a la necesidad de liberar suelo para

construir, inherente al modelo del «ladrillazo» (Díaz-del-Río 2000; Parga-Dans 2010; González Álvarez 2013; Marín Suárez y Parga-Dans 2017).

Durante estos últimos años han visto la luz algunas publicaciones importantes para el conocimiento de la Edad del Hierro del occidente de la Meseta: síntesis generales enfocadas desde la historia antigua (Sánchez Moreno 2000b; Salinas de Frías 2001) y la arqueología (Álvarez-Sanchís 2003b), memorias de excavación (Celestino Pérez 1999; González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002; Jiménez Ávila 2006; Fernández Gómez 2011; Macarro Alcalde y Alario García 2012), obras colectivas (Almagro-Gorbea *et al.* 2004; Barril Vicente y Galán Domingo 2007; Álvarez-Sanchís 2008a; Sanabria Marcos 2009; Romero Carnicero y Sanz Mínguez 2010; Álvarez-Sanchís *et al.* 2011; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2011) y tesis doctorales (Martín Bravo 1999; Álvarez-Sanchís 2003c; López Jiménez 2003b; Blanco García 2006b; Fernández Freire 2008; Blanco González 2009a; Pérez Gutiérrez 2010; Baquedano Beltrán 2016; Mateos Leal 2016; Manglano Valcárcel 2018; Camacho Rodríguez 2018).

En los tres últimos lustros se han desarrollado proyectos de investigación en torno a los elementos identitarios y la arqueología de las poblaciones prerromanas del centro de la Meseta Norte («Vacceos: identidad y arqueología de una etnia prerromana en el valle del Duero», 2006-2009), utilizando en su estudio, entre otros métodos, novedosos análisis arqueométricos («Cosmovisión y simbología vacceas. Nuevas perspectivas de análisis», 2011-2013). Asimismo, se ha llevado a cabo un proyecto sobre las características particulares de la cultura material y de la ocupación del territorio en el valle medio del Tajo, con una especial atención al yacimiento del Cerro de la Mesa («Identidad y territorio en el Tajo Medio durante el Bronce Final y la Edad del Hierro», 2012-2014, <http://www.proyectobhit.com/index.html>). De igual modo, se han desarrollado dos proyectos sobre las ciudades (*oppida*) que surgieron en la Meseta Occidental a finales de la Edad del Hierro: el proyecto europeo REFIT («*Resituating Europe's First Towns: A case study in knowledge transfer enhancing and developing sustainable management of cultural landscapes*», 2015-2018, <https://www.refitproject.com>) y el proyecto nacional TRANSVETTONIA («Vettonos: estudios de urbanismo y sociedad mediante técnicas no destructivas», 2016-2018, <http://www.proyectobhit.com/transvettonia.html>). El primero analiza cómo las comunidades locales perciben los paisajes de cuatro *oppida* europeos (Bagendon y Salmonsbury en el Reino Unido, Bibracte en Francia y Ulaca en España), cuáles son las mejores estrategias para implicar a los distintos grupos de interés y cómo se podrían incorporar sus necesidades para lograr una gestión sostenible de estos paisajes culturales (Álvarez-Sanchís y Rodríguez-Hernández 2016; Tully *et al.* 2019). Por su parte, el proyecto TRANSVETTONIA tiene como objeto el estudio urbanístico de cuatro importantes asentamientos (La Mesa de Miranda, Ulaca, Cerro de la Mesa y Villaviejas del Tamuja –Botija, Cáceres–), mediante prospecciones geofísicas y documentación aérea con cámara fotogramétrica, y el análisis iconográfico

y territorial de las esculturas zoomorfas (Novo *et al.* 2016). Por último, en la actualidad se está llevando a cabo el proyecto «La arquitectura protohistórica en el occidente de la Meseta: arqueotectura y arqueometría aplicada al patrimonio construido de los castros vettones» (2017-2019, <http://www.oppidumumam.com/>), que pretende profundizar en el conocimiento integral de las construcciones de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental, empleando para ello imágenes obtenidas mediante láser aéreo (LiDAR), Sistemas de Información Geográfica y análisis arqueométricos (Berrocal-Rangel *et al.* 2017).

Una serie de importantes reuniones científicas han jalonado esta etapa de la investigación protohistórica de la Meseta. En el año 2004, en el marco del proyecto INTERREG III-A, se celebraron dos encuentros internacionales: «Castros y verracos. Gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia» (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2011) y «Castro, um lugar para habitar» (Pires de Carvalho 2005). En ese mismo año tuvo lugar el Curso de Verano sobre «El vino y el banquete como expresión de poder y vínculo social en la protohistoria europea» (2004) (Sanz Mínguez y Romero Carnicero 2009). Posteriormente, se han desarrollado las jornadas sobre «Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres» (2007) (Sanabria Marcos 2009) y «De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea» (2009) (Romero Carnicero y Sanz Mínguez 2010). Asimismo, se han celebrado los «Congresos de Arqueología de Chamartín (Ávila)» (2010-2011) (López García *et al.* 2011; Hernández Sánchez y López García 2012) y una serie de *workshops*: «Arqueología de los pueblos prehistóricos en el interfluvio Tormes-Côa: el cerro de El Berrueco como referente» (2008), «Engaging stakeholders in oppida heritage: challenges and possibilities» (2016) –en el marco del proyecto REFIT– y el «I Workshop Ibérico de Arqueoturismo» (2017). Finalmente, han tenido lugar reuniones de jóvenes investigadores, como la desarrollada en Salamanca sobre «Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica» (2003) (Blanco González *et al.* 2005) o las organizadas por la Asociación Zamora Protohistórica, «Jornadas de jóvenes investigadores del Valle del Duero» (2011-) (Sastre Blanco *et al.* 2013; Honrado Castro *et al.* 2014; González de la Fuente *et al.* 2014; Martínez Caballero *et al.* 2016; Álvarez Rodríguez *et al.* 2017; Hernández Gutiérrez *et al.* 2018). Dicha asociación también ha organizado el Congreso Internacional sobre «Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio» (2014) (Rodríguez Monterrubio *et al.* 2015).

En el ámbito de la divulgación destacan las diversas exposiciones realizadas en las últimas dos décadas. En primer lugar, la exitosa «Celtas y Vettones» (Almagro-Gorbea *et al.* 2004), celebrada en Ávila en 2001, que fue visitada por unas 100.000 personas y supuso un auténtico acontecimiento cultural y turístico en esta ciudad (fig. 2.1) (García Hernández *et al.* 2002; Mariné 2003; 2005: 31). Su éxito se debió, entre otros factores, a la espectacularidad de las piezas exhibidas. Sin embargo, el discurso expositivo era parco en informaciones de corte social, más allá de las referencias extraídas

de las fuentes clásicas (Marín Suárez 2005: 188-189). El impulso inicial dado en el marco de esta exposición al arqueoturismo en la provincia de Ávila, se ha visto consolidado con la instalación en el Torreón de los Guzmanes, sede de la Diputación Provincial de Ávila, de la muestra permanente «Vettonia. Cultura y Naturaleza» (Álvarez-Sanchís y González-Tablas 2005). Este organismo provincial, a través de la Institución Gran Duque de Alba, ha patrocinado también otras dos exposiciones temporales en la capital abulense (Barril Vicente 2008: 468-469): «El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional» (VV.AA. 2005) y «Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona» (Barril Vicente y Galán Domingo 2007). A estas exposiciones sobre la cultura material de las poblaciones del occidente meseteño habría que sumar la celebrada en el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, «Vettones. Pastores y guerreros de la Edad del Hierro» (Álvarez-Sanchís 2008d). Por último, sobre las comunidades asentadas en el centro de la cuenca del Duero se han organizado distintas exhibiciones, como «En los extremos de la región vaccea» (Sanz Mínguez y Romero Carnicero 2007a) o «El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria» (Sanz Mínguez et al. 2009).

Otro hito en la divulgación del patrimonio legado por las comunidades protohistóricas de la Meseta Occidental lo ha constituido la restauración y adecuación para la visita de algunos de los principales yacimientos de la Edad del Hierro de Ávila y Salamanca en el marco del proyecto INTERREG III-A (2003-2005), liderado por la Diputación Provincial de Ávila (Fabián García 2008; Martín Vázquez 2010). Entre las actuaciones realizadas destacan la creación de aulas arqueológicas, la señalización de los accesos, la musealización del entorno, la limpieza de los campos de piedras hincadas, de algunos

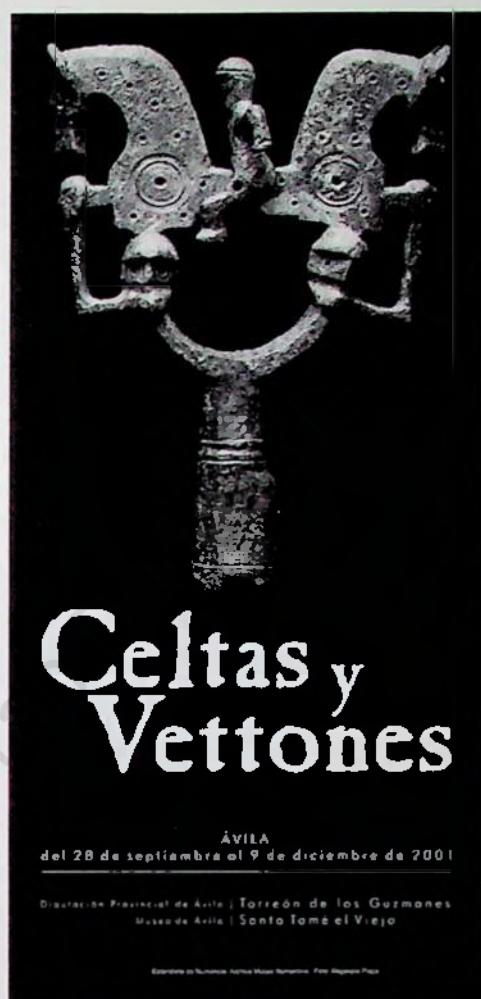


Fig. 2.1. Cartel de la exposición «Celtas y Vettones».

tramos de muralla y el recrecimiento de los mismos, especialmente en torno a las puertas. Asimismo, se han realizado acciones concretas en algunos verracos, como la restauración del toro de Villanueva del Campillo (Ávila) (Fabián García 2004: 35-36). De este modo, se ha consolidado una ruta turística en torno a estos sitios y otros enclaves importantes del norte de Portugal (Ser Quijano 2006a; b). En el caso de la provincia de Ávila, para promocionar y difundir esta red de castros y verracos se ha creado una página web (www.castrosyverracosdeavila.com) y se han editado una serie de publicaciones dentro de la serie «Cuadernos de Patrimonio Abulense» (Álvarez-Sanchís 2005b; 2006; Fabián García 2005a; b; 2006c; Fernández Gómez 2005; González-Tablas Sastre 2005; Ruiz Entrecanales 2005; Ruiz Zapatero 2005a), así como una *Guía infantil de castros y verracos* (González-Tablas Sastre y Mateos Benito 2004). Todas estas actuaciones han provocado un gran incremento en el número de visitas a estos sitios (Fabián García 2008: 434), aunque no están exentas de problemas. La construcción y rehabilitación de edificios destinados a aulas arqueológicas y centros de interpretación (fig. 2.2), en torno a los más



Fig. 2.2. Arriba: aula arqueológica del oppidum de La Mesa de Miranda. Abajo: Museo del castro de Yecla la Vieja.

destacados enclaves prerromanos de Ávila y Salamanca (Benet y Martín Valls 2004; Fabián García 2008), se ha llevado a cabo sin realizar estimaciones serias sobre el número potencial de visitantes (Álvarez-Sanchís y Torre Echávarri 2007), lo que se traduce en que buena parte de estos centros no son viables a medio y largo plazo y presentan grandes deficiencias (Lamoca Rebollo 2010). De igual modo, la restauración de las murallas y entradas se ha realizado en algunos casos sin una excavación previa, por lo que hemos perdido una valiosa oportunidad para profundizar en el conocimiento de la estructura de las mismas y su datación (Collis 2008: 67). Finalmente, en el caso de los verracos se han producido intervenciones polémicas, como el traslado de las esculturas de Villanueva del Campillo desde el campo en el que presumiblemente estuvieron instaladas en época prerromana hasta la plaza de la localidad (Falquina et al. 2005).

Este auge en la divulgación de los vestigios protohistóricos de las tierras del occidente peninsular y los procesos de construcción popular de identidades locales en el contexto general de la globalización es lo que explicaría, según Ruiz Zapatero y Salas Lopes (2008: 410-411), el surgimiento de un «vettonismo» popular que usa los elementos más llamativos del pasado prerromano para construir identidades y «referentes de prestigio» (fig. 2.3) (Ruiz Zapatero 2002). Así, en los últimos años el icono de los famosos verracos ha servido para diseñar logotipos, pequeñas figuras talladas en granito, dulces o

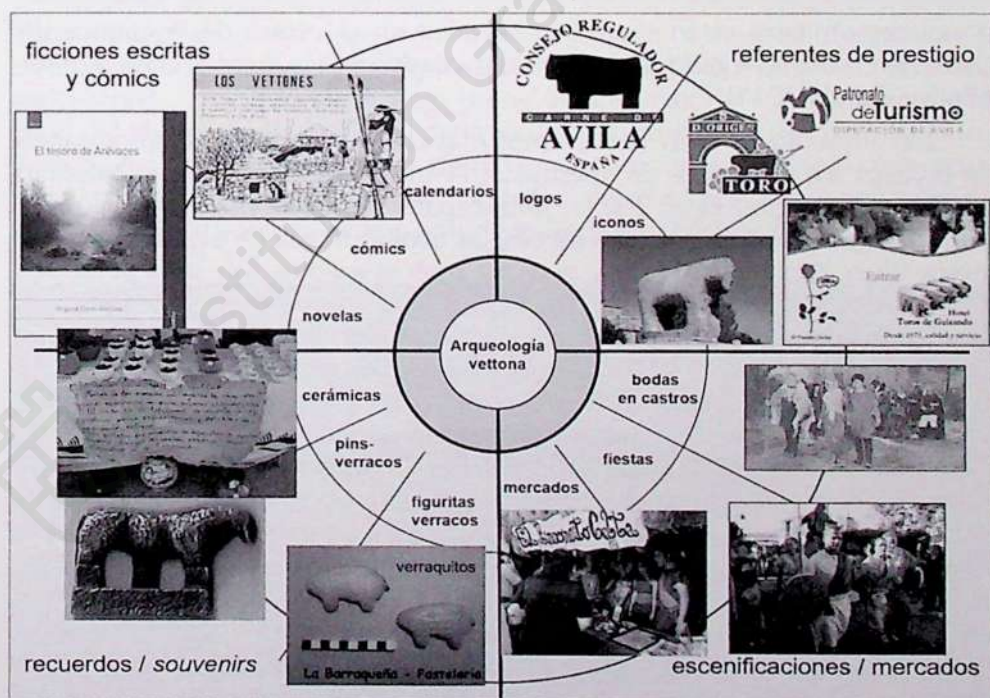


Fig. 2.3. Diferentes tipos de manifestaciones populares en torno a la arqueología de los vettones (según Ruiz Zapatero y Salas Lopes 2008: fig. 4).

escudos municipales de armas como el de Solosancho (Fewster 2007). Del mismo modo, fibulas de caballito encontradas en Las Cogotas aparecen en el logotipo de Turismo de la Diputación de Ávila, del club Vettonia Hockey y de la cerveza artesanal Tierra Vettona. Asimismo, el pasado protohistórico en esta zona ha inspirado varias novelas, como *La noche de Ulaca* (Vicente Toribio 2004) o *El tesoro de Arévaces* (Corzo Varillas 2006), cómics (Ruiz Zapatero y Salas Lopes 2008: 420) y canciones, como *Ulaca, el último oppidum* (<https://keltikahispanna.bandcamp.com/album/karpetovettonika-cd-r-2014>) o *El Canto de los Responsos* (<https://heidpaganmetal.bandcamp.com/album/voces-de-la-tierra-dormida-2014>). Alrededor de los principales yacimientos prerromanos de la Meseta Occidental han surgido diversas fiestas y mercados «vettones», como la Luna Celta en Ulaca que ya ha celebrado catorce ediciones y ha inspirado incluso la novela *Ulaca. Una noche alucinante* (Miranda Viñuelas 2008), Lugnasad en La Mesa de Miranda con trece ediciones, la fiesta celta en El Raso con ocho ediciones o la fiesta vettona en Yecla la Vieja celebrada entre 2005 y 2013. Estas recreaciones constituyen un contexto perfecto para analizar la percepción del público sobre el pasado, por lo que resulta fundamental la implicación de los arqueólogos en las mismas con el objetivo de desentrañar las ideologías subyacentes, proponer narrativas alternativas y reducir la brecha existente entre la academia y el público general (Ruiz Zapatero 2005b; Jimeno Martínez 2007; Alonso González y González Álvarez 2013; González Álvarez y Alonso González 2013). Manifestaciones populares similares están surgiendo también en el centro de la cuenca del Duero en torno al legado de los vacceos citados en las fuentes clásicas (Hernández García 2011).

Los arqueólogos cada vez estamos más concienciados de la importancia de divulgar los resultados de nuestras intervenciones (p. ej. Jimeno Martínez 2000; Sanz Mínguez et al. 2003a; Ruiz Zapatero 2006b), por lo que ahora lo prioritario es desenmascarar las ideologías ocultas tras la divulgación arqueológica (Ruiz Zapatero 2010b) y detectar qué elementos son susceptibles de mejora para lograr una divulgación más eficaz. En este sentido, creemos que es necesario trasladar a las sociedades actuales una visión más integral de los grupos protohistóricos. Habitualmente en las publicaciones sobre la Edad del Hierro el relato se ha centrado en el papel desempeñado por los hombres y se ha representado exclusivamente a hombres guerreros (Marín Suárez 2005: 145 y fig. 11), así que resulta fundamental incorporar en nuestros textos e ilustraciones a mujeres, niños, ancianos, campesinos, alfareros..., como se ha hecho, por ejemplo, en el magnífico catálogo de la exposición «Los últimos carpetanos. El oppidum de El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)» (Ruiz Zapatero et al. 2012b). Asimismo, consideramos beneficioso un cambio en la estrategia divulgadora para vincular a las gentes del presente con las sociedades del pasado a través del paisaje y no de los ancestros (Guichard 2017: 109-110), puesto que los discursos que recurren a unos supuestos antepasados lejanos (celtas, vettones, vacceos...), para intentar implicar a las poblaciones

locales en la comprensión y conservación de los vestigios protohistóricos, son fácilmente manipulables por movimientos nacionalistas y regionalistas (p. ej. Dietler 1994; Ruiz Zapatero 1995-97; 1996; 2003a; 2006a; 2017b; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 1998; Díaz Santana 2001; 2002; Whitley 2002: 120; Marín Suárez 2005; González García 2007; Marín Suárez *et al.* 2012). Además, cabe hacerse la pregunta, ¿por qué potenciar los nexos con los celtas/vettones/vacceos... y no con los musulmanes de al-Ándalus, por ejemplo? Por el contrario, la vinculación a través del paisaje permite integrar incluso a los inmigrantes, ya que cualquier persona, aunque lleve poco tiempo en una zona, contribuye a la construcción del paisaje en el que vive. Este cambio en la estrategia divulgadora ya se ha implementado, por ejemplo, en el renovado museo de Bibracte (Glux-en-Glenne, Francia) (Guichard 2017: 109-110).

En cualquier caso, como de manera acertada ha propuesto el profesor Ruiz Zapatero (2011b: 13), «es necesario reactivar la investigación arqueológica», tras dos décadas protagonizadas fundamentalmente por la puesta en valor de algunos asentamientos y la divulgación sobre las comunidades protohistóricas del occidente meseteño.

2.2. ENFOQUE TEÓRICO

Estamos de acuerdo con Sharples (1991: 80) cuando defiende que «the 'facts' –the objects and sites– do not give a picture of the past, the picture is created by individual archaeologist and is subject to their own particular ideas and histories». Así, en este trabajo pretendemos elaborar una narrativa de la Edad del Hierro en el occidente de la Meseta, partiendo de dos premisas fundamentales. En primer lugar, un cierto eclecticismo teórico, puesto que posibilita la asunción de posturas más matizadas, alejadas de la lógica pendular de la disciplina, así como la superación de los debates teóricos planteados desde

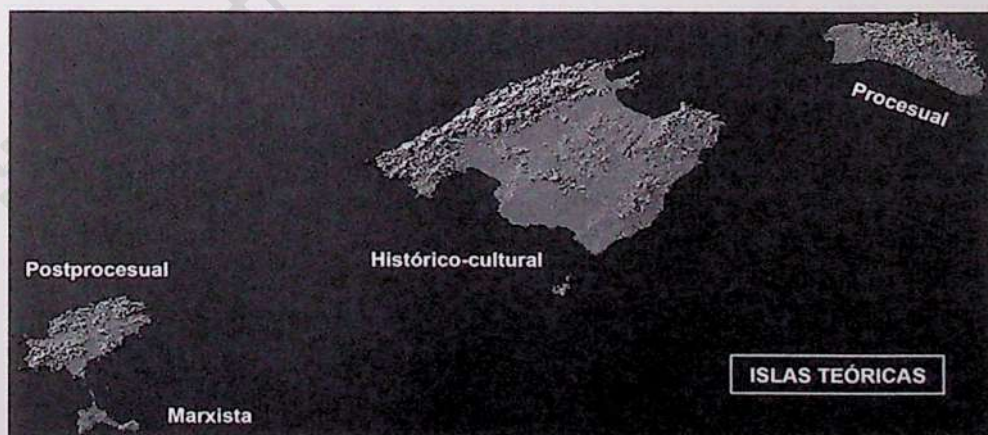


Fig. 2.4. Islas teóricas de la arqueología española (el tamaño de las islas es más o menos indicativo de la importancia de cada paradigma teórico).

las trincheras o islas en que se han convertido en ocasiones los distintos paradigmas (fig. 2.4) (Olsen et al. 2012: 5). En este sentido, en los últimos años han surgido diferentes propuestas teóricas que tratan de superar la dicotomía entre procesualismo y posprocesualismo (Webmoor y Witmore 2008; Olsen 2010; González Ruibal et al. 2011; Alonso González 2012; Criado Boado 2012; Sánchez Yustos 2014). En segundo lugar, la convicción del potencial que tiene la materialidad para el conocimiento de las sociedades del pasado (p. ej. Olsen 2010; Hodder 2012; Olsen et al. 2012; González Ruibal 2013: 17 y ss.), puesto que «las sociedades no las forman solo personas, sino también cosas y [...] ambas forman colectivos ontológicamente inseparables» (González Ruibal 2012a: 111). Además, la materialidad es una vía fundamental de acceso al comportamiento inconsciente de los seres humanos (*id.*).

2.2.1. Cultura material mueble y cadena tecnológico-operativa

Un aspecto fundamental abordado en este libro es el análisis de las tecnologías presentes entre las comunidades del occidente de la Meseta, centrado especialmente en la alfarería, la metalurgia y la cantería. En este trabajo se entiende por «tecnología» «un saber que permite hacer cosas» (Criado Boado 1996: 26). La tecnología está estrechamente vinculada al grupo en el que es utilizada y está abierta a manipulación por parte de este. Pero, como dice González Ruibal (2003: 29), la capacidad de acción de cada comunidad es muy diferente, ya que las posibilidades de negociación social en la fabricación de un determinado producto en una sociedad igualitaria son completamente diferentes a las de una sociedad estatal. Asimismo, es necesario tener en cuenta la capacidad de acción (*agency*) de las personas implicadas en los procesos técnicos, puesto que las elecciones que llevan a cabo nos pueden conducir a comprender el papel de la actividad tecnológica como medio para reproducir y consolidar o responder el *habitus* establecido (Dobres y Hoffman 1994; Dobres 2000). Por otra parte, los significados de las cosas fabricadas residen en sus formas, sus usos, sus trayectorias, es decir, en su vida social (Appadurai 1986: 3). Pero, habitualmente los arqueólogos nos hemos quedado en el estudio de una única fase, la de uso o fabricación, dejando de lado el resto de la biografía del objeto y las relaciones sociales en las que se encuentra inmerso (González Ruibal 2003: 27). Por ello, el análisis de la cultura material ha sido durante mucho tiempo (y sigue siendo en gran medida) el estudio de objetos sin vida (Lemonnier 1986: 147). Una forma de paliar esta pérdida de información es la aplicación del concepto de «cadena tecnológico-operativa».

En sentido estricto, el término *chaîne opératoire*, definido por Leroi-Gourhan (1964: 164), alude a la serie de operaciones tecnológicas involucradas en la transformación de una materia prima en un artefacto. En un primer momento se utilizó este concepto como útil descriptivo, aplicándolo especialmente en el estudio de la industria lítica. Posteriormente, la Nueva Arqueología lo empleó también como útil analítico, desde una perspectiva eminentemente

funcionalista (p. ej. Binford 1983). Pero son los desarrollos de este concepto procedentes de la Antropología de la Tecnología (Lemonnier 1986; 1992; 1993; Pfaffenberger 1988; 1992) los que nos interesan aquí debido a su exploración del potencial interpretativo. Este cambio en el objetivo de estudio ha provocado que algunos autores prefieran utilizar el concepto «cadena tecnológico-operativa», pues se ajusta más a la realidad analizada, en la que no solo es importante la capacidad física para realizar un determinado producto, sino la posesión de un conocimiento simbólico acorde con el contexto social en el que el artefacto es producido (Cobas Fernández y Prieto Martínez 2001: 16). Para Lemonnier (1993: 3), cualquier tecnología en cualquier sociedad es siempre la traducción física de los esquemas mentales aprendidos a través de la tradición. Por tanto, mediante la realización de artefactos de un modo determinado los grupos humanos expresan una particular cosmovisión y una serie de valores sociales. Esto hace que el estudio de cada secuencia operativa de la tecnología tenga importancia para el conocimiento de la sociedad implicada. El análisis de la cadena de procesos técnicos llevados a cabo puede mostrar dos tipos de operaciones: «momentos estratégicos» y «variantes» o «elecciones» tecnológicas. Los primeros corresponden a las operaciones necesarias para llevar a cabo un proceso técnico determinado o a aquellas que no pueden ser alteradas, eliminadas o reemplazadas sin afectar seriamente al resultado final. Las «elecciones tecnológicas» (la mayoría de ellas inconscientes) a menudo señalan diferentes realidades sociales: en medios materiales equivalentes intentar explicar estas variantes es explorar en su contexto socio-cultural, que, generalmente, revelará pertinentes vínculos entre un fenómeno técnico y factores del orden social (Lemonnier 1986: 154-155).

Como han señalado Cobas Fernández y Prieto Martínez (2001: 20-21), el uso del concepto de cadena tecnológico-operativa tiene varias implicaciones tanto metodológicas como interpretativas. Desde el punto de vista metodológico supone recurrir al concurso de otras disciplinas, ya que mediante la arqueología no pueden ser reconstruidas todas las fases de la cadena, especialmente las referidas a los factores sociales que influyen en ella, para lo cual es necesario recurrir a la etnología mediante analogías débiles (Criado Boado 1999: 13), o los procesos técnicos, para cuya identificación no basta con la observación visual sino que es preciso realizar análisis físico-químicos. A nivel interpretativo debemos ser conscientes de que la consideración de los factores culturales implicados en la realización de un producto nos lleva a un terreno más hipotético, ya que los condicionantes que marcan el proceso de fabricación (por ejemplo, la tradición oral o la mitología de esas sociedades) no se pueden documentar de forma directa en el registro arqueológico. Desconocemos los significados que subyacen bajo la actuación sobre el material y al intentar aplicar directamente nuestros propios patrones de racionalidad sobre esas sociedades distorsionamos su significado original.

2.2.2. Poder y sociedad

En los últimos años el empeño puesto en el estudio de las identidades en el pasado, especialmente por parte de la arqueología anglosajona (Díaz-Andreu et al. 2005), ha dejado habitualmente fuera del foco de la discusión las desigualdades sociales existentes entre los grupos dominantes y los dominados. Esta imagen del pasado en la cual las contradicciones sociales han sido borradas (Fernández Martínez 2006a: 200) encaja perfectamente en un mundo posmoderno en el que los antagonismos verticales son censurados, sustituidos y/o traducidos por diferencias horizontales (étnicas, religiosas, de género...) (Žižek 2005: 56); un mundo pospolítico (Žižek 2009: 31 y ss.) caracterizado, en nuestro ámbito, por la neutralización del potencial político de la disciplina arqueológica (González Ruibal 2010; González Ruibal et al. 2018). Nuestro análisis, sin embargo, aborda los mecanismos mediante los cuales se construye el poder en las sociedades desiguales de la Meseta Occidental durante la Edad del Hierro.

Wolf (1999: 5) distingue cuatro modalidades de «poder»: 1) el poder inherente de una persona (fuerza o capacidad individual); 2) la habilidad para imponer la voluntad propia a los demás a través de las interacciones sociales, denominada por Ames (2007: 488) como «poder social»; 3) el poder para controlar los contextos en los cuales la gente exhibe sus capacidades e interactúa con otros, es decir, el «poder táctico u organizativo»; 4) el «poder estructural», especialmente reflejado en la habilidad para utilizar y distribuir la fuerza de trabajo. Las dos primeras modalidades las podemos encontrar en sociedades igualitarias, mientras que las dos últimas son típicas de sociedades de rango y estratificadas (*ibid.*: 489). Para Foucault (1979: 135) el poder «no es principalmente mantenimiento ni reproducción de las relaciones económicas sino ante todo una relación de fuerza». Este planteamiento, como defiende González Ruibal (2006-07: 28-29), conecta con la concepción del poder de Bourdieu. Según este autor, el poder y las relaciones de desigualdad no se basan exclusivamente en la acumulación de capital económico, sino que intervienen otras formas de capital (social, cultural y simbólico). La noción de «capital simbólico» (Bourdieu 1977: 171 y ss.; 2007: 179 y ss.) se basa en la negación del capital económico en las sociedades precapitalistas, aunque, por supuesto, ambas formas de capital estén íntimamente entrelazadas. El capital simbólico se manifiesta en el honor, en el prestigio alcanzado, en la red de aliados y de relaciones mantenidas por una persona y su familia. La adquisición y defensa del mismo puede determinar conductas «económicamente» ruinosas, como la amortización de riqueza en las tumbas (Torres Rodríguez 2013: 48).

En este libro se profundiza en el estudio de las comunidades (Hernando Gonzalo 2015) y las personas (González Ruibal 2006a: 238-239), no de los individuos, que son más propios de la Modernidad (Hernando Gonzalo 2002: 184 y ss.; 2012: 87 y ss.), aunque durante la Prehistoria Reciente y la

Protohistoria aparezcan las primeras muestras de individualización masculina (Treherne 1995; Ruiz Zapatero y Lorrio 2000; Hernando Gonzalo 2002: 159 y ss.; 2012: 137 y ss.; 2016; Moragón Martínez 2014: cap. 5). Asimismo, se utiliza como categoría básica de análisis el «grupo arqueológico», evitando de este modo el uso de «cultura arqueológica», ya que «sugiere gente, tradiciones, hábitos, ideas, expresiones materiales y sistemas de subsistencia determinados» (Lull et al. 1992: 25), así como el de «grupo cultural», debido a que tiene «una connotación de pueblo, de comunidad étnica» (Fernández-Posse 1998: 142). «Grupo arqueológico» alude exclusivamente a la ordenación de los vestigios arqueológicos por parte del investigador. Esta tarea, por supuesto, depende tanto de los indicios empíricos disponibles como de los postulados teóricos del arqueólogo (Lull et al. 1992: 24-25). Por tanto, en este trabajo no utilizaremos términos como «cultura de Cogotas I», «cultura del Soto» o «cultura vettona».

2.3. LÍMITES TEMPORALES

En su obra *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Fernández-Posse (1998) dedica el primer capítulo a la historia de las investigaciones sobre las etapas finales de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en estos ámbitos geográficos. Dicho capítulo lleva por título «La construcción de secuencias y culturas» y refleja perfectamente cuáles eran los objetivos principales de la investigación arqueológica hasta los años 90 del siglo pasado: el establecimiento de secuencias regionales y la definición de culturas arqueológicas. Esto llevó en el caso de la Meseta a la construcción de una detallada periodización, atendiendo fundamentalmente a los cambios observados en la cerámica (Romero Carnicero et al. 2008: 650). Posteriormente se ha puesto más el foco de atención en los procesos económicos y sociales a la hora de construir secuencias (Fernández-Posse 1998: 148-162; Álvarez-Sanchís 2003c). Esta segunda estrategia es la que vamos a emplear en este trabajo. Por ello, proponemos una periodización de la Edad del Hierro en el occidente de la Meseta que tiene en cuenta dos fenómenos fundamentales:

- 1) Los importantes procesos que afectaron de forma general a las comunidades de la Meseta Occidental durante el primer milenio a.C. El objetivo es dotar de contenido histórico y social a las diferentes fases planteadas. Así, defendemos unir el comienzo de la Edad del Hierro con el proceso de sedentarización en poblados permanentes, que se produjo en los siglos iniciales del primer milenio a.C., aunque a un ritmo distinto en cada región. Asimismo, proponemos ligar el final de la Edad del Hierro con la trascendental reorganización territorial llevada a cabo por Roma en este ámbito de la Meseta a partir de la segunda mitad del s. I a.C. Por otra parte, mantenemos la tradicional división de la Edad del Hierro en dos etapas, debido a los grandes cambios que se observan en el registro arqueológico alrededor del 400 cal AC.

2) Los diferentes ritmos históricos seguidos por las diversas zonas que componen nuestra área de estudio. Esto es lo que determina, por ejemplo, el planteamiento de una fecha distinta para el inicio del proceso de sedentarización definitiva y, por tanto, del comienzo de la Primera Edad del Hierro, a uno y otro lado del Sistema Central.

Tomando en consideración estos elementos, hemos elaborado nuestra propuesta cronológica a partir de las escasas fechas de carbono 14 (C14) disponibles para el occidente de la Meseta. Todas ellas han sido calibradas por lo que aparecerán a lo largo del libro como cal AC y cal DC, mientras que las fechas convencionales lo harán como a.C. y d.C. Al inicio de los capítulos 3 y 5 vamos a tratar con cierto detalle la justificación de las distintas fases y subfases planteadas, así que aquí simplemente vamos a enunciar el esquema general utilizado en este trabajo:

Primera Edad del Hierro (ca. 950/800-400 cal AC):

➤ **Suroeste de la cuenca del Duero (ca. 950-400 cal AC):**

- Soto Inicial (ca. 950-800 cal AC)
- Soto Pleno (ca. 800-400 cal AC)

➤ **Valle Medio del Tajo (ca. 800-400 cal AC):**

- Bronce Final-Orientalizante (800-650 a.C.)
- Orientalizante (650-550 a.C.)
- Postorientalizante (550-400 a.C.)

Segunda Edad del Hierro (ca. 400-50 cal AC)

2.4. LÍMITES ESPACIALES

Desde la publicación de la obra seminal editada por Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero (1992), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, resulta habitual que los estudios sobre la Edad del Hierro peninsular utilicen como marco espacial de análisis los límites de las etnias prerromanas, establecidos fundamentalmente a partir de los datos aportados por los autores clásicos (p. ej. Álvarez-Sanchís 2003c; Peralta Labrador 2003; Lorrio 2005). De este modo, emplean los supuestos territorios adscritos a los pueblos prerromanos proyectándolos hacia atrás en el tiempo, en algunos casos, hasta los momentos iniciales del primer milenio a.C. Asimismo, desde la consolidación del Estado de las autonomías es frecuente que se usen demarcaciones administrativas actuales como referentes de estudio, ya sean comunidades autónomas (p. ej. Serna Gancedo et al. 2010) o provincias (p. ej. Sacristán de Lama 2007), produciéndose así una fragmentación de la investigación y con ella, en palabras de Ruiz Zapatero (2009b: 189), «una "aldeanización" de la Edad del Hierro». Por nuestra parte, hemos escogido como área de estudio una zona del occidente de la Meseta peninsular, de unos 35.000 km², vertebrada por

las alineaciones montañosas del Sistema Central (fig. 2.5). Para su delimitación hemos recurrido a una serie de cursos fluviales, debido a su condición de grandes catalizadores del poblamiento: los ríos Duero y Tago al norte y al sur, respectivamente; los ríos Duero, Águeda y Erjas al oeste y los ríos Alberche, Cofio, Voltoya, Eresma y Adaja al este. Aunque a lo largo del análisis

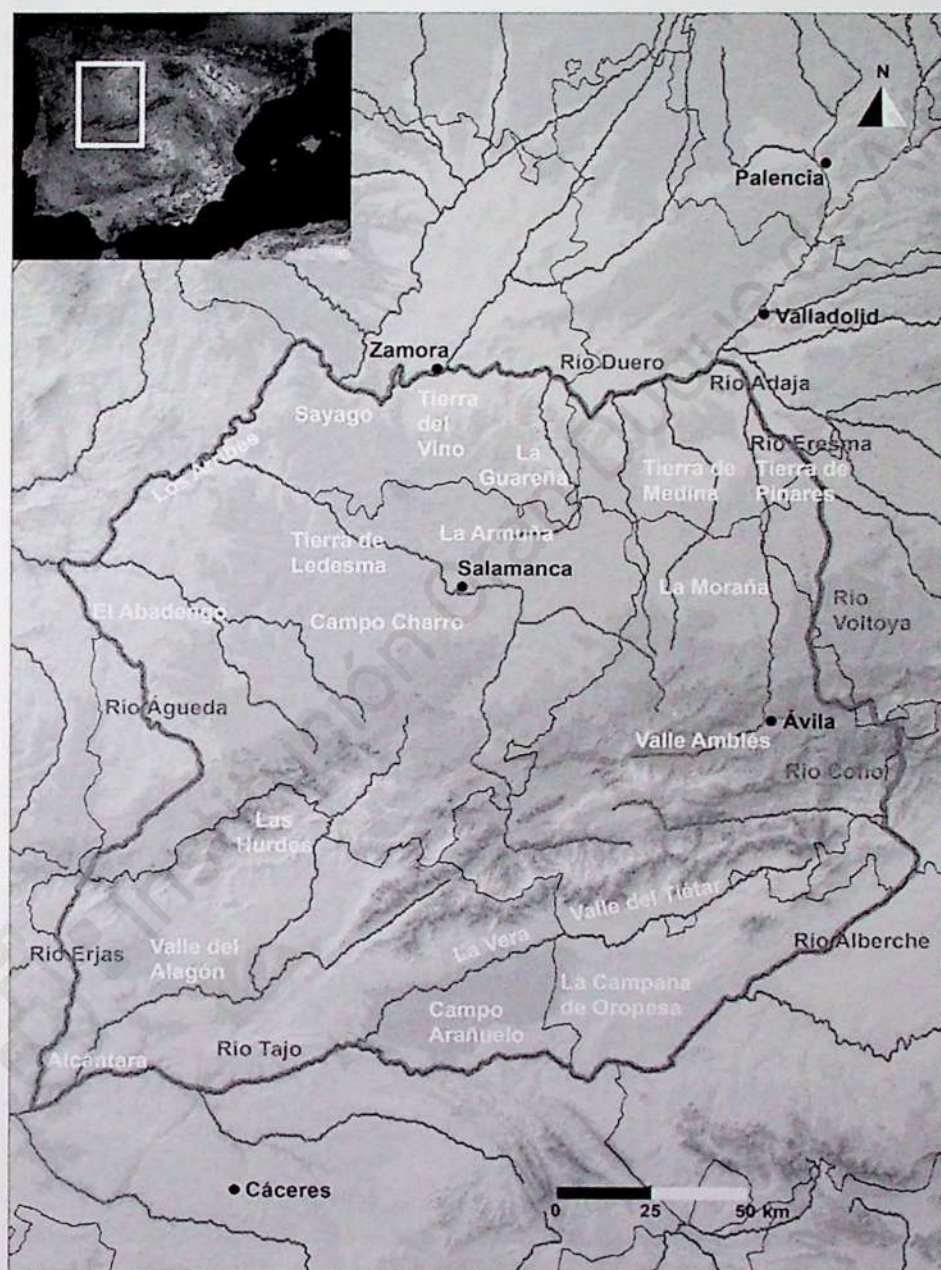


Fig. 2.5. Delimitación del área de estudio y localización de las principales comarcas naturales e históricas de este espacio.

realizado en esta investigación se han trascendido en numerosas ocasiones los límites de la misma, estos han sido los que se han tenido en cuenta a la hora de llevar a cabo el estudio del poblamiento. Para ello, se han incluido en dicho análisis todos los sitios ubicados a menos de 5 km de ambas orillas

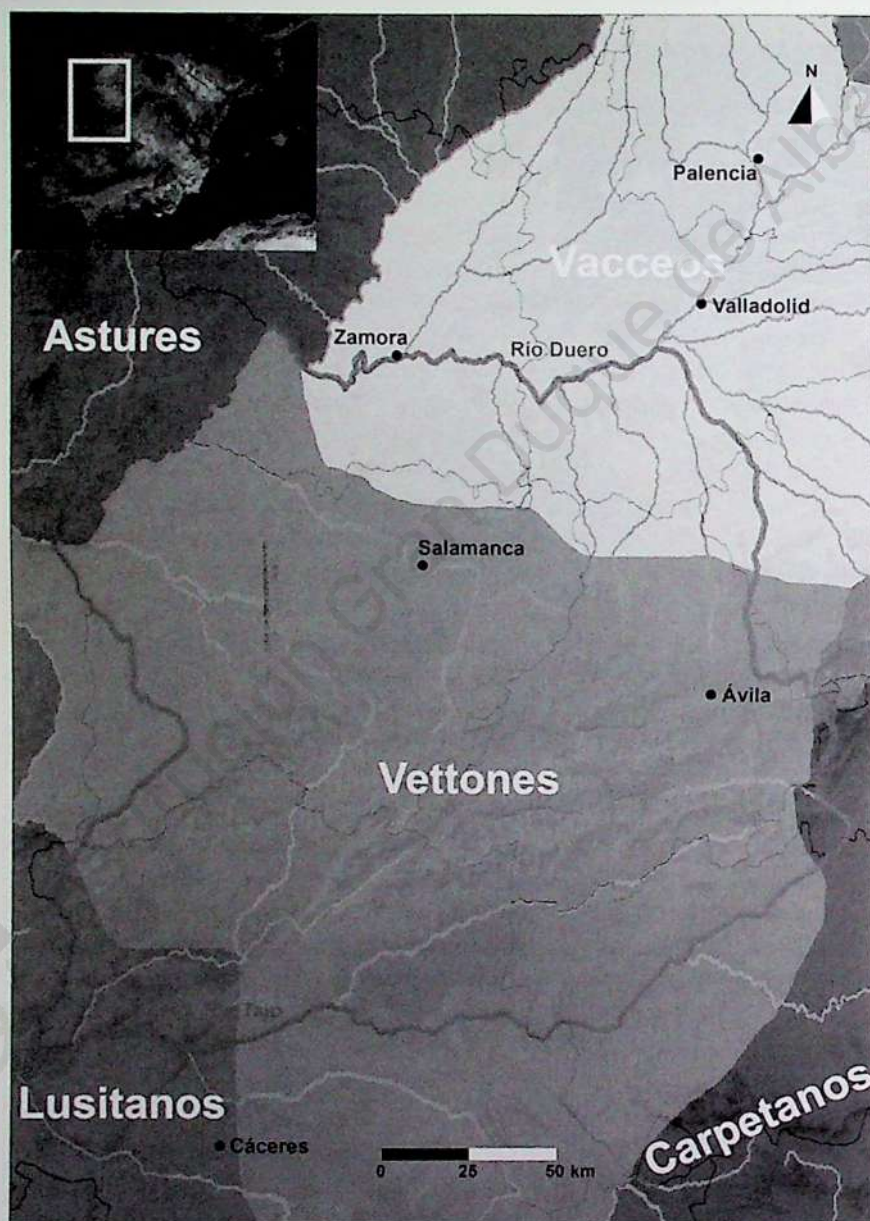


Fig. 2.6. Localización de la zona de estudio y de las etnias prerromanas del occidente meseteño según las informaciones de las fuentes clásicas (límites de los distintos pueblos a partir de Álvarez-Sanchís 2004b: 260; Sanz Mínguez 2010: fig. 4).

de los ríos anteriormente mencionados, salvo en la comarca de Los Arribes del Duero, donde no se han incluido los yacimientos situados en la margen derecha, ya que aunque los cañones tallados por el Duero no suponen una barrera infranqueable sí son un obstáculo importante.

Así, nuestra área de trabajo discurre por cuatro comunidades autónomas (Castilla y León, Extremadura, Castilla-La Mancha y Comunidad de Madrid) y ocho provincias (sur de Zamora, suroeste de Valladolid, noroeste de Segovia, la práctica totalidad de Ávila y Salamanca, norte de Cáceres, noroeste de Toledo y una ínfima parte del suroeste de Madrid). Además, nuestro ámbito espacial de análisis incluye zonas adscritas al territorio de cinco etnias prerromanas distintas (fig. 2.6): el suroeste vacceo (Sanz Mínguez et al. 2003b: fig. 2), buena parte del ámbito vettón (Álvarez-Sanchís 2004b: 260), el oriente lusitano (*id.*), un área mínima del occidente carpetano (González-Conde Puente 1986: fig. 1) y una parte minúscula del extremo occidental celtibero (Sanz Mínguez 2010: fig. 4). De este modo, hemos tratado de evitar la naturalización del territorio vinculado a un determinado pueblo prerromano, definido a partir de las informaciones proporcionadas por las fuentes clásicas, así como la justificación de un área de estudio basada en divisiones administrativas actuales, carentes de sentido en la interpretación histórica de las sociedades de la Edad del Hierro (Marín Suárez 2011: 1-4).

2.5. GEOGRAFÍA DEL OCCIDENTE DE LA MESETA

Dentro de nuestra zona de estudio se pueden distinguir una serie de grandes unidades geomorfológicas que vamos a ir examinando de norte a sur:

a) La cuenca sedimentaria del Duero: la zona centro-meridional del valle del Duero está conformada por un conjunto de campiñas o llanuras de suaves ondulaciones (Tierra del Vino, La Guareña, La Armuña, Tierra de Medina, La Moraña y Tierra de Pinares) (fig. 2.5), cuyos materiales sedimentarios son predominantemente arcillas y arenas. Dichas campiñas presentan una altitud de unos 700 m, llegando hasta los 800-900 m en el borde de la cuenca (Sánchez Zurro 2008: 25). Su perfil llano solo es interrumpido ocasionalmente por la presencia de algún otero, que puede destacar entre 15 y 30 m sobre el fondo de la campiña (Calonge Cano 1995b: 33). En esta zona meridional de la cuenca del Duero los ríos principales (Adaja, Zapardiel, Trabancos y Guareña) (fig. 2.7) discurren por amplios valles de fondo plano, aunque en determinados sectores aparecen encajados en las arenas (Brandis García y Troitiño Vinuesa 1977: 54, 70 y 97; Sánchez Zurro 2008: 26). En cuanto a la existencia de otros recursos hídricos que pudieran favorecer el asentamiento humano en esta área, es necesario destacar la proliferación de humedales en forma de pequeñas lagunas y charcas o lavajos, sobre todo, en la Tierra de Medina y en la Tierra de Pinares (Bullón Mata y Sanz Herraiz 1977: 14, 18 y 41; Calonge Cano 1995b: 38).

37

de 300-500 m. Esta zona de hondas entalladuras y valles estrechos se extiende a lo largo de unos 20 km en el sector fronterizo del valle del Duero (Sánchez Zurro 2008: 26-28; López-Davalillo Larrea 2013: 277). Como se puede ver en la fig. 2.8, el occidente zamorano y salmantino es un área rica en indicios minerales: oro, cobre, plomo, hierro y, sobre todo, estaño. Pero, hay que tener en cuenta que la existencia de estas mineralizaciones no implica necesariamente su explotación durante la Edad del Hierro (López Jiménez 2003b: 72 y ss.). En este sentido, parece que las labores mineras auríferas desarrolladas en la zona de Pino del Oro (Zamora) comenzaron en época romana (Sánchez-Palencia y Currás Refojos 2010).

c) El Sistema Central: se trata de un conjunto montañoso, dispuesto de oeste a este, que divide la Meseta en dos partes. Está formado por una serie de bloques levantados (Sierras de Gata, Francia, Béjar, Gredos, San Vicente, Ávila, La Serrota, La Paramera y Guadarrama) (fig. 2.7), predominantemente graníticos, separados por fosas y depresiones longitudinales (Corredor de Béjar, Valles del Alagón, Jerte, Tiétar, Alberche, Tormes, Corneja y Amblés), por las que discurren los ríos principales, que nacen en distintos puntos del Sistema Central. Las cumbres más elevadas de esta cadena montañosa superan los 2000 m de altitud: Calvitero (Béjar), 2400 m; Pico del Moro Almanzor (Gredos), 2592 m; Serrota, 2294 m; Pico Zapatero (La Paramera), 2158 m; Peñalara (Guadarrama), 2430 m. Esto genera unas diferencias de nivel muy marcadas con respecto a las fosas longitudinales, que llegan a alcanzar los 1000 m entre los picos más destacados de La Serrota-Sierra de la Paramera y la fosa del Tormes-Alberche (1000-1300 m s.n.m.), e incluso los 2000 m de desnivel, entre las mayores alturas de Gredos y el Valle del Tiétar (300-500 m s.n.m.) (Brandis García y Troitiño Vinuesa 1977: 52-54; Redondo González y del Río Lafuente 1977: 179-181; Franco Aliaga 1995: 50-51; Sánchez Muñoz 2002: 51 y ss.; Sánchez Zurro 2008: 34-36). La Sierra de Gata es rica en mineralizaciones de estaño y oro, mientras que hacia el este predominan los indicios de cobre y plomo.

d) La penillanura cacereña: la Alta Extremadura está dominada por una extensa penillanura dividida en dos por el río Tajo. Esta aparece en la actualidad como una plataforma con una altitud media de 400 m s.n.m., aunque presenta algunos relieves residuales como la Sierra de Las Corchuelas o El Risco de Sierra de Fuentes. La penillanura situada al norte del Tajo se encuentra recorrida por dos de sus afluentes principales: el río Tiétar y el río Alagón. Gran parte de esta región está formada por pizarras, sin embargo, también contiene una serie de batolitos graníticos (Cabeza de Araya, Albalá, Montánchez, Alijares, Plasenzuela, Santa Cruz y Trujillo), lo que condicionará el tipo de soluciones constructivas, tanto defensivas como domésticas, utilizadas en los yacimientos ubicados en esta zona (Redondo González y del Río Lafuente 1977: 187-188; Barrientos Alfageme 1998; Hernández Carretero 2006: 45-46). La abundancia de mineralizaciones en la penillanura cacereña, especialmente de estaño y oro, ha sido empleada para justificar su posición de periferia del mundo tartésico

durante el periodo Orientalizante (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001: 26-27 y 154-158; Rodríguez Díaz 2009: 48-50 y 54-57).

e) La cuenca sedimentaria del Tajo: al sur de Talavera de la Reina el Tajo discurre a través de una llanura aluvial, describiendo una serie de meandros sobre los que se sitúa una extensa plataforma, correspondiente con las terrazas más elevadas del río en su margen izquierda. Aguas abajo el Tajo circula por la llanura aluvial de la Campana de Oropesa, ubicada a una altitud inferior a los 400 m s.n.m., que tiene su continuación natural en la comarca cacereña del Campo Arañuelo. En la Alta Extremadura este río y sus afluentes discurren muy encajados, llegando a alcanzar en el caso del Tajo los 200 m de desnivel con respecto a la penillanura, lo que condicionará enormemente las posibilidades de cruce del mismo, como veremos más adelante (Muñoz Jiménez 1977: 110-112; Barrientos Alfageme 1998; 1999; González Cordero y Morán Sánchez 2006: 19-22; Hernández Carretero 2006: 45-47). En cuanto a los indicios minerales presentes en la vega de este río, es necesario recordar las menciones de Plinio (IV, 115 y XXXIII, 66) a las «arenas auríferas» del Tajo y la explotación romana de las minas de oro de la Nava de Ricomalillo (Toledo) (Urbina *et al.* 1994), aunque los estudios realizados en la zona del pantano cacereño de Valdecañas descartaron la presencia de oro (González Cordero y Morán Sánchez 2006: 22).

Estas grandes unidades condicionan las comunicaciones dentro de nuestro ámbito espacial de análisis. La Meseta Occidental constituye un espacio de transición dentro de la geografía peninsular, especialmente en dirección norte-sur y este-oeste. Así, esta región pone en comunicación la Meseta Norte con la Baja Extremadura y, en última instancia, el noroeste y la zona cantábrica con el suroeste peninsular. En este recorrido norte-sur los principales obstáculos son el Sistema Central y el cauce encajado del Tajo. De modo similar, las rutas desde el oriente meseteño hacia la fachada atlántica portuguesa tienen que pasar obligatoriamente a través del occidente de la Meseta. Este recorrido es fácil y directo a ambos lados del Sistema Central, siguiendo el corredor del Duero o el del Tajo. Como acertadamente ha planteado Sánchez Moreno (2000b: 180), ante la ausencia de restos estructurales, no se pueden reconstruir los caminos utilizados a lo largo del primer milenio a.C., pero sí señalar de manera aproximada, teniendo en cuenta los condicionamientos impuestos por el medio, los datos arqueológicos y las noticias históricas más recientes, los posibles ejes principales en la circulación norte-sur y este-oeste, así como los puntos obligados de paso para superar los ríos y montañas. De este modo, distintos autores han planteado una serie de vías que cruzarían esta zona del occidente meseteño en época protohistórica:

1) Vía de la falla Alentejo-Plasencia: esta gran hendidura geológica habría dado origen a una ruta que con dirección suroeste-noreste uniría Portugal con la Meseta, atravesando gran parte de Extremadura. Su trazado, iniciado en la desembocadura del Guadiana, salvaría el Tajo por el vado de Alconétar y el Sistema Central por los puertos de Béjar y Tornavacas (Ongil

Valentín y Saucedá Pizarro 1986; Álvarez Rojas y Gil Montes 1988), aunque su importancia durante el Bronce Final y el periodo Orientalizante ha sido puesta en duda por Galán (1993: 29).

2) Vía de la Plata: esta ruta, que pone en contacto el suroeste andaluz con el noroeste peninsular, ha sido considerada el eje principal de la circulación interna en nuestra zona de estudio durante el primer milenio a.C. y la época romana. En tiempos imperiales unía *Emerita Augusta* (Mérida) con *Asturica Augusta* (Astorga) y posteriormente su itinerario fue utilizado, en gran medida, por una de las principales cañadas mesteñas, la Vizana (Roldán Hervás 1971; Sierra Vigil y San Miguel Maté 1995; Galán Domingo y Ruiz-Gálvez 2001; Gillani y Santonja 2007).

3) Vía de Córdoba hacia el norte: esta partiría de la penillanura cordobesa, cruzaría el Guadiana muy probablemente por Medellín, continuando por la penillanura trujillano-cacereña para después salvar el Tajo por el vado de Monfragüe o Albalat, hasta alcanzar los pasos de montaña del Sistema Central (Hernández Giménez 1967; Ongil Valentín y Saucedá Pizarro 1986: 156).

Como vías de comunicación este-oeste se han propuesto las cuencas fluviales del Duero y del Tajo, sobre todo, teniendo en cuenta los comentarios de Estrabón (III, 3,1; III, 3,4) y Apiano (*Iber.*, 71) sobre la navegabilidad de sus tramos iniciales y la presencia de embarcaciones sencillas en los ríos interiores (Estrabón, III, 3,7; Apiano, *Iber.*, 91) (Sánchez Moreno 2000b: 185-186). Tradicionalmente no se ha considerado al Tajo una vía de penetración de influencias culturales hacia el interior tan importante como, por ejemplo, el Valle del Ebro (Moreno Arrastio 1990: 280), pero esta situación se ha empezado a reconsiderar recientemente (Almagro-Corbea 2014: fig. 5), sobre todo a raíz de los numerosos elementos orientalizantes descubiertos en los últimos años a lo largo de su cauce (Pellicer Catalán 2000).

Las vías norte-sur descritas discurren por una serie limitada de vados y puertos de montaña de paso obligado (fig. 2.7). Entre los primeros son especialmente importantes los ubicados a lo largo del Tajo, debido a su naturaleza encajada. De oeste a este sus principales vados serían los de Alcántara, Alconétar, Monfragüe, Albalat, Alarza, Talavera la Vieja, Puente Pinos y Talavera de la Reina (Hernández Giménez 1967: 74-86; Galán Domingo y Martín Bravo 1991-92; Martín Bravo 1999: 28; Pereira Sieso 2008b). En el caso del Duero, su paso puede realizarse por los importantes vados de Zamora, Toro y Tordesillas (Sierra Vigil y San Miguel Maté 1995). Con respecto a los puertos de montaña disponibles para superar la barrera del Sistema Central, cabe pensar que los más utilizados en época protohistórica serían los de Perales, Béjar, Tornavacas y el Pico, mientras que otros puertos tendrían un carácter más secundario (Álvarez Rojas y Gil Montes 1988: 308; Sánchez Moreno 2000b: 184-185; López Jiménez 2003b: fig. 3). Las áreas de montaña tradicionalmente han recibido menos atención por parte de los investigadores, al ser consideradas márgenes del espacio humanizado (González Álvarez y Rodríguez-Hernández

2011; González Álvarez 2016: 13-18), pero afortunadamente esta situación está empezando a cambiar, sobre todo, a través de la realización de una serie de estudios paleoecológicos, como los llevados a cabo por López Sáez *et al.* (2009b) en el puerto de Serranillos (Ávila). A partir de este trabajo sabemos que este puerto no presenta apenas evidencias de antropización durante la Segunda Edad del Hierro.

2.6. DINÁMICA PALEOAMBIENTAL EN EL TRÁNSITO DEL SUBBOREAL AL SUBATLÁNTICO

Para alcanzar una caracterización más completa de las sociedades del pasado resulta imprescindible conocer las principales transformaciones sufridas por el paisaje en el que habitan y determinar si se deben a cambios climáticos, a la acción del ser humano o a una combinación de ambos. Por fortuna, en las últimas tres décadas se ha producido un aumento considerable en el número de trabajos paleoecológicos disponibles para nuestra zona de estudio, fundamentalmente estudios palinológicos realizados tanto en turberas como en contextos arqueológicos. Estos análisis nos permiten tener en la actualidad un mayor caudal de información sobre los cambios acontecidos en el clima y la vegetación del occidente de la Meseta a lo largo del primer milenio a.C.

Como veremos a continuación, estos estudios plantean la existencia durante la Edad del Hierro de un clima bastante diferente del actual, que posibilita la documentación en la Meseta Occidental de especies, tanto vegetales como animales, inexistentes hoy en día. Aunque hay autores que han defendido que «no hay pruebas concluyentes de un clima distinto del actual [...] en la Edad del Hierro» (Calonge Cano 1995a: 531), cada vez disponemos de más indicios que apuntan hacia un paleoclima diferente a lo largo de esta etapa, con una alternancia de periodos fríos y húmedos y otros cálidos y más secos (Brun y Ruby 2008: 55; Ruiz Zapatero 2014: 13). La exploración de dichas desemejanzas con respecto al clima presente es especialmente relevante si pretendemos erradicar la sensación de familiaridad que tradicionalmente han transmitido las aproximaciones arqueológicas sobre la Edad del Hierro (Hill 1989; Hill y Cumberpatch 1993).

A nivel global el Subboreal ha sido interpretado generalmente como un periodo relativamente cálido y seco, mientras que el Subatlántico sería un episodio húmedo y frío, especialmente al principio (Geel *et al.* 1996: 452). En nuestra área de estudio, la etapa final del periodo Subboreal (ca. 1200-850 cal AC) se caracteriza por una marcada aridez y posiblemente también por un incremento significativo de las temperaturas (fig. 2.9) (López Sáez y Blanco González 2005: 245; López Sáez *et al.* 2009a: 97-98). Esto provocaría un descenso continuo del nivel freático, una mayor sequedad y dureza del suelo y la degradación del bosque, con un predominio de las praderas de herbáceas. Además, tales condiciones climáticas favorecerían la aparición y expansión de

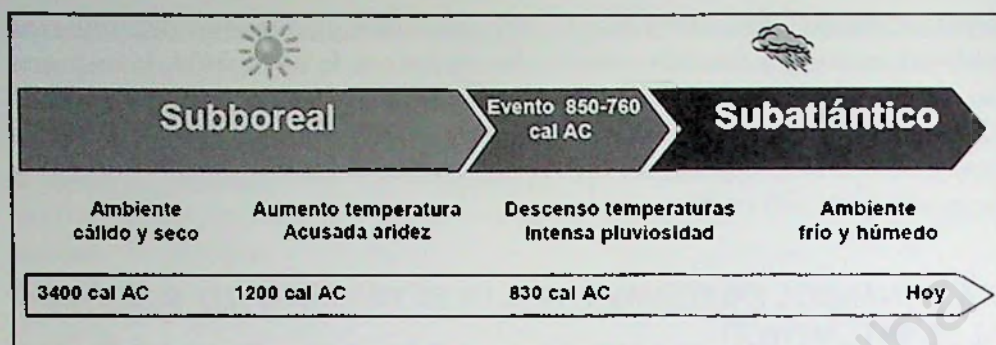


Fig. 2.9. Propuesta paleoclimática elaborada a partir de los trabajos paleoecológicos realizados en el noroeste de Europa (según Blanco González 2009a: vol. 1: fig. 16, modificado).

incendios a nivel local y regional (López Sáez y Blanco González 2005: 239 y 245; López Sáez et al. 2009a: 95 y 97-98).

Durante este periodo los sectores elevados de las sierras de Gata, Francia y Béjar estaban dominados por los abedulares y bosques de pinos, mientras que en las zonas más bajas predominaban los robles, los abedules y los avellanos (López Sáez et al. 2014: 111). En la turbera de El Payo (Salamanca), en plena Sierra de Gata, el aumento de las temperaturas favoreció una importante expansión de las alisedas, así como un intenso retroceso de los robledales (Abel Schaad et al. 2009: 99). En el fondo del Valle Amblés, en la turbera de Baterna (Ávila), predominaban especies xerófilas como la encina (*Quercus ilex*), el acebuche (*Olea europaea*) y el pino silvestre (*Pinus sylvestris*) (fig. 2.10) (López Sáez y Blanco González 2005: 241; López Sáez et al. 2009a: 96). En la

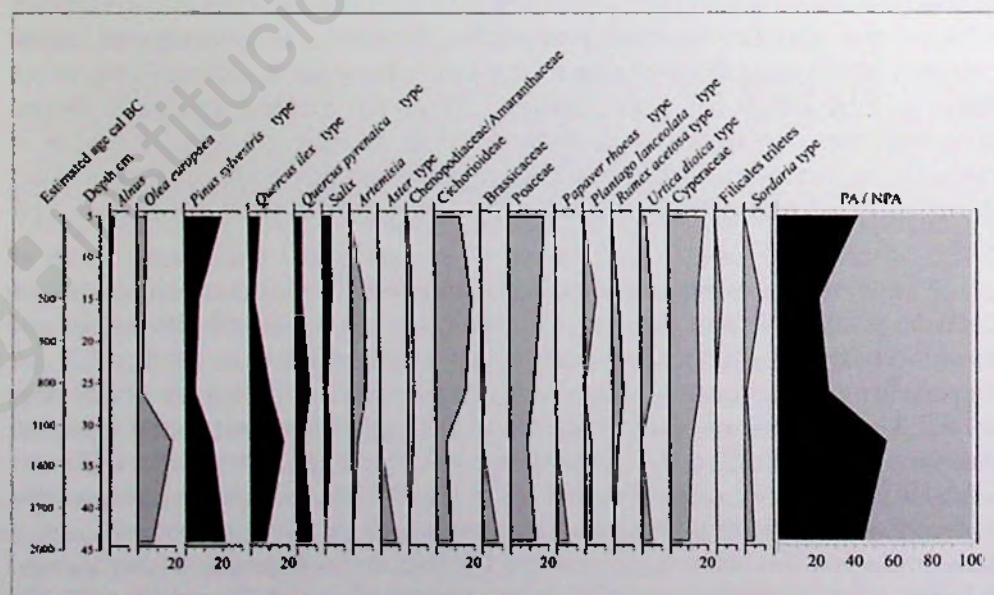


Fig. 2.10. Diagrama polínico de la turbera de Baterna (según López Sáez et al. 2009a: fig. 6).

Sierra de Ávila, en la turbera de Narrillos del Rebollar, destacan los altos porcentajes de acebuche (alrededor del 7%), la presencia de arbustos termófilos como *Phillyrea* y la reducción de los pastizales húmedos (Cyperaceae) (López Sáez y Blanco González 2005: 241; López Sáez et al. 2009a: 95-96). Por último, en el yacimiento arqueológico de La Viña (Ávila capital) sobresalen los altos porcentajes de taxones característicos de medios secos, como *Artemisia* (3-6%), *Chenopodiaceae/Amaranthaceae* (2-4%) y *Helianthemum* (2%) (López Sáez y Blanco González 2005: 239; López Sáez et al. 2009a: 95).

La transición Subboreal-Subatlántico coincide con un abrupto cambio climático que afectó a todo el planeta alrededor de 2650 BP (Geel et al. 1996; 1998; 2000; Speranza et al. 2002). El origen de esta alteración repentina en el clima estaría en una disminución considerable de la actividad solar, detectada a partir de un aumento repentino y pronunciado de C14 en la atmósfera entre ca. 850 y 760 cal AC (ca. 2750-2450 BP) (Geel et al. 1998; 2000; Speranza et al. 2002). En este intervalo de tiempo tan corto se produciría el cambio hacia un clima más húmedo y frío en las zonas templadas de ambos hemisferios y más seco en los trópicos (Geel et al. 1998: 541). Así, en el noroeste europeo se ha constatado durante este periodo una subida considerable del nivel freático que habría provocado el abandono de las áreas tradicionalmente pobladas (convertidas en zonas pantanosas) y la colonización de nuevos espacios (Geel et al. 1996; 1998). Un proceso similar se ha defendido para el Valle Amblés, donde el aumento de la pluviosidad habría provocado un ascenso del nivel freático y posiblemente la inundación del fondo del valle, que adquiriría un carácter pantanoso. De esta manera, habría resultado imposible la explotación agrícola y ganadera del mismo, lo que podría haber desencadenado la emigración de una parte de las comunidades humanas de la zona. El drástico cambio climático habría producido, además, una elevada degradación de los suelos, dificultando aún más las actividades agrícolas, un retroceso de las especies vegetales xerófilas, así como una expansión de los bosques riparios y una reducción importante en el número de incendios (López Sáez y Blanco González 2005: 246; López Sáez et al. 2009a: 97-98).

Durante la fase de transición entre el periodo Subboreal y el Subatlántico en la turbera de Peña Negra (La Garganta, Cáceres), situada en la Sierra de Béjar, se produce un claro aumento en los niveles de Cyperaceae, un ligero crecimiento de las especies asociadas a las riberas de los ríos y una caída en los porcentajes de *Pinus sylvestris* (Abel Schaad y López Sáez 2013: 205). En la turbera de Baterna la mayor humedad ambiental y edáfica habría provocado un pronunciado descenso de la presencia de encina, acebuche y pino silvestre, así como de los pastos xerófilos (fig. 2.10) (López Sáez y Blanco González 2005: 242; López Sáez et al. 2009a: 96). En el depósito higroturboso de Narrillos del Rebollar este intervalo de tiempo coincide con la desaparición del polen de encina, con la máxima representación del roble melojo y con el inicio de la caída en los niveles de *Pinus sylvestris*. Asimismo, se constata una recuperación del bosque ripario, de los pastos húmedos y la desaparición de

los microcarbones del registro polínico, asociada posiblemente a la considerable disminución en el volumen de incendios (López Sáez y Blanco González 2005: 241-242; López Sáez et al. 2009a: 96). Procesos muy similares se han documentado en este periodo en la turbera de Riatas (Ávila), ubicada en el fondo del Valle Amblés (López Sáez y Blanco González 2005: 242). Finalmente, en el yacimiento arqueológico de Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila) se han detectado algas en un nivel de destrucción del sitio, lo que podría indicar el encharcamiento o la inundación periódica del mismo tras su abandono hacia el s. VIII cal AC, debido al aumento de las precipitaciones (Misiego Tejeda et al. 2005: 216).

Tras el abrupto cambio climático ocurrido entre ca. 850 y 760 cal AC el comienzo del periodo Subatlántico se distinguiría por su carácter húmedo y frío (fig. 2.9). Por ello, algunos autores han englobado la Edad del Hierro en el «primer periodo frío del Subatlántico», frente al «periodo cálido romano» posterior (Desprat et al. 2003). No obstante, dentro del periodo frío de la Edad del Hierro se han detectado una serie de fluctuaciones climáticas a partir de diferentes indicadores. En Europa Central, por ejemplo, Speranza et al. (2002: 59) han constatado un aumento pronunciado de C14 en la atmósfera entre ca. 414 y 334 cal AC, correspondiente a una nueva fase de baja actividad solar, lo que se traduciría en otro periodo de cambio climático brusco hacia condiciones más frías y lluviosas. Por su parte, Ibáñez González (1999: 21-37) a partir de la curva de C14 residual ha planteado la existencia de una sucesión de oscilaciones climáticas en el Sistema Ibérico a lo largo de la Edad del Hierro: el momento de mayor frío lo sitúa a mediados del siglo VIII a.C., durante el siglo VII a.C. se produciría un gradual calentamiento del clima que conduciría a lo largo de las siguientes dos centurias a una recuperación térmica, alcanzándose durante la primera mitad del siglo IV a.C. las temperaturas más elevadas del primer milenio a.C. Tras ello, en la segunda mitad del siglo IV a.C. se produciría un repentino enfriamiento cuya incidencia se debería precisamente a su brusquedad. A partir del siglo III a.C. comenzaría el cambio hacia un clima más cálido y posiblemente más seco, que caracterizaría los siglos anteriores al cambio de Era y la época romana.

Cerca de nuestra área de estudio, en el registro polínico del yacimiento arqueológico del Soto de Medinilla (Valladolid) se han detectado distintos episodios de fluctuación climática: las zonas basal (ca. 950 cal AC) y superficial (ca. 500 cal AC) de la columna polínica presentan indicios de una mayor humedad, mientras que la zona intermedia se correspondería con una fase más seca (Mariscal Álvarez 1995: 345; Delibes de Castro et al. 1995a: 154). Durante la etapa inicial del periodo Subatlántico en las zonas más elevadas de la Sierra de Gredos y la Sierra de Ávila se produciría un declive de los pinares debido al aumento de la pluviosidad (Chapa Brunet et al. 2013: 155; López Sáez et al. 2014: 111). Sin embargo, en el depósito de la Garganta de la Presa del Duque, situado en la Sierra de Béjar, a partir de 2380 ± 35 BP se constata una importante expansión de los pinares como resultado del aumento

generalizado de la temperatura y del descenso en el nivel de humedad (Ruiz Zapata et al. 2011: 118). Por otra parte, el carácter frío y húmedo del comienzo del Subatlántico sería el factor que explica la documentación de polen de abedul y haya en el yacimiento de La Mota (Medina del Campo, Valladolid) (Mariscal Álvarez 1995: 349) y de abedul en el sitio arqueológico de Talavera la Vieja (Bohonal de Ibor, Cáceres) (Hernández Carretero 2006: 55).

Además de las informaciones paleoclimáticas que aportan las secuencias palinológicas contamos con los indicios procedentes de los análisis faunísticos como, por ejemplo, el realizado en el Soto de Medinilla. En dicho yacimiento se ha constatado la presencia de distintas especies de peces de aguas frías a lo largo de la Primera Edad del Hierro (Morales Muñiz y Liesau von Lettow-Vorbeck 1995: 498). Así, durante la etapa inicial de ocupación del sitio se han documentado restos de salmón (*Salmo salar*), cuya presencia en el valle medio del Duero se debería posiblemente a un enfriamiento de las aguas del litoral atlántico peninsular, que habría permitido el remonte de los salmones por el Duero y sus afluentes para desovar. En un momento más tardío de la secuencia del Soto se han encontrado restos de boga y cacho, peces de aguas relativamente frías y con más corriente que la que suele haber en el tramo medio de un río. Esto, según Blanco González (2009a: vol. I: 231), confirmaría el progresivo aumento del volumen hídrico y la bajada de las temperaturas durante el comienzo del periodo Subatlántico.

3. LA TRANSICIÓN BRONCE-HIERRO Y EL INICIO DEL ASENTAMIENTO DEFINITIVO



Institución Gran Duque de Alba

3.1. EL SIGNIFICADO DE LA EDAD DEL HIERRO

En 1836 Thomsen introdujo el Sistema de las Tres Edades (Rowley-Conwy 2007), dividiendo así la Prehistoria en tres períodos caracterizados por una tecnología diferente: Edad de la Piedra, Edad del Bronce y Edad del Hierro (Kristiansen 2001: 45). Posteriormente, la clasificación tipológica de los artefactos procedentes de excavaciones de yacimientos tan señalados como Hallstatt (1846-1863) y La Tène (descubierto en 1857 y explorado esporádicamente hasta 1917), posibilitó la formulación por parte de Hildebrand (1874) de una división de la Edad del Hierro en dos periodos, nombrados a partir de dichos yacimientos. En las décadas siguientes este marco cronológico se fue refinando mediante la subdivisión de sus dos fases y la adaptación a los diferentes contextos regionales europeos (Cunliffe 1999: 28-33; Collis 2003: 74-80). Por último, también a finales del siglo XIX, había un consenso emergente en la Europa continental acerca de identificar a la cultura de La Tène con los celtas descritos en las fuentes antiguas griegas y romanas (Champion 2006: 136).

De esta manera, la Edad del Hierro pasó a configurarse como el periodo de tiempo que comienza cuando el hierro sustituye al bronce como elemento principal en la elaboración de armas y herramientas y acaba con la conquista de gran parte de Europa por Roma, alrededor del cambio de era (Wells 2011: 405). Además, la Edad del Hierro se correspondería con los pueblos prerromanos mencionados por los autores clásicos greco-latinos, especialmente los celtas. Esta identificación ha conferido desde antiguo unas connotaciones especiales a este periodo y a las sociedades que lo protagonizaron, puesto que han sido utilizadas de forma interesada para reforzar todo tipo de intereses políticos: la configuración de diferentes identidades nacionales europeas, la fundamentación de diversos movimientos regionales e incluso de la Unión Europea (Dietler 1994; Ruiz Zapatero 1995-97: 222-226; Collis 2003: 197-204).

En los últimos años esta definición tradicional de la Edad del Hierro, basada en criterios tecno-tipológicos, ha suscitado críticas entre algunos investigadores de la Protohistoria del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica. Por una parte, critican el mantenimiento de esquemas de periodización puramente tipológicos y vacíos de contenido (Parcero Oubiña 2000: 86;

2002: 19-20) y, por otra, el enfoque androcéntrico utilizado en la elaboración de esos esquemas cronológicos, al enfatizar el cambio tecnológico vinculado habitualmente al mundo masculino, frente a las actividades de mantenimiento más relacionadas con la esfera femenina (González Ruibal 2006-07: 65-66; Marín Suárez 2011: 225-226). Esto se debería, según Hernando (2005), a que la Historia es un discurso de legitimación de la Modernidad basado en la individualidad, el cambio y el tiempo lineal, valores asociados tradicionalmente al ámbito masculino. Así, para esta autora, la Historia ha negado la importancia de las actividades de mantenimiento, realizadas casi exclusivamente por mujeres a partir de cierto grado de complejidad socioeconómica del grupo, puesto que son tareas vinculadas con la identidad relacional o colectiva, con la resistencia al cambio y con el tiempo cíclico. Por todo ello, estos investigadores defienden la validez del uso del término «Edad del Hierro», pero tras una deconstrucción del mismo (al igual que se ha hecho en el caso del «Neolítico») y la dotación de un nuevo contenido (Parcero Oubiña 2002: 19; Marín Suárez 2011: 226). Este pasaría por ligar el inicio de la Edad del Hierro con el fundamental proceso de sedentarización en poblados estables, que se produjo en los primeros compases del primer milenio a.C. y que afectó a todo el conjunto de la sociedad (Parcero Oubiña 2000: 86; Marín Suárez 2011: 226).

Este nuevo enfoque, que es el empleado en este trabajo, tiene los mismos problemas que la definición tecnológica tradicional para precisar una fecha para el comienzo de la Edad del Hierro, puesto que, al igual que la sustitución del bronce por el hierro fue gradual y sucedió en momentos diferentes en cada zona (Wells 2011: 405), el proceso de sedentarización parece haber seguido ritmos distintos en cada área. Así, en el noroeste de Portugal-suroeste de Galicia y el valle medio del Duero hay signos claros de sedentarización plena desde el siglo X cal AC (González Ruibal 2006-07: 67; Delibes de Castro y Romero Carnicero 2011: 51), mientras que en el norte de Galicia, la región centro-occidental cantábrica, los rebordes montañosos de la cuenca del Duero, la Alta Extremadura y el valle medio del Tago los primeros asentamientos estables aparecen hacia el 800 cal AC (González Ruibal 2006-07: 67; Marín Suárez 2011: 217; Blanco González 2010a: 370; Rodríguez Díaz 2009: 52-55; Torres Rodríguez 2013: 146).

3.2. EL FINAL DE COGOTAS I Y EL INICIO DE LA EDAD DEL HIERRO A PARTIR DEL C14

La secuencia trifásica tradicionalmente admitida para Cogotas I fue elaborada en la década de 1980 a partir de las primeras fechas de carbono 14 (sin calibrar) y, sobre todo, del análisis formal y decorativo de sus cerámicas (Fernández-Posse 1982: 156-159; 1986-87; Delibes de Castro y Fernández-Miranda 1986-87: 26-28). Esta periodización estableció una fase inicial o Proto-Cogotas, una etapa media o de plenitud y una fase final o avanzada

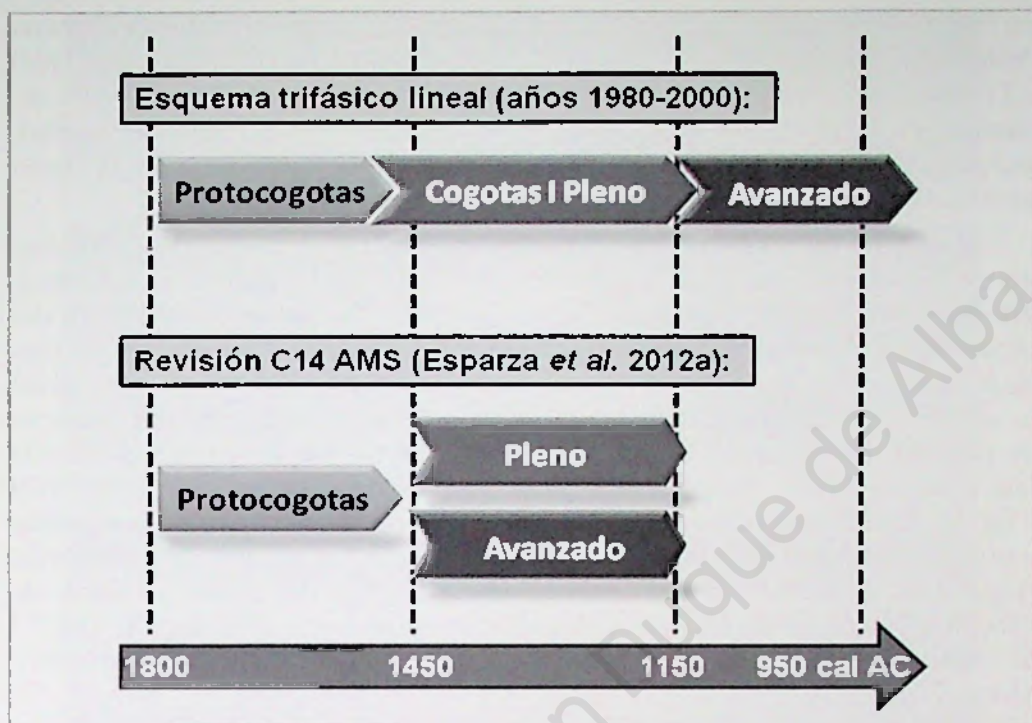


Fig. 3.1. Periodización clásica de Cogotas I y revisión reciente de la misma a partir de nuevas dataciones de carbono 14 por espectrometría de masas con aceleradores (AMS) (según Blanco González 2014: fig. 2).

(fig. 3.1). En las décadas posteriores el incremento de dataciones radiocarbónicas disponibles sirvió para afinar los límites cronológicos de esta ordenación tripartita clásica (Castro Martínez et al. 1995: tabla 1; Abarquero Moras 2005: cuadros 1 y 6). De esta forma, la fase Protocogotas quedó delimitada entre 1750-1500/1450 cal AC, Cogotas I Pleno se ubicó en el intervalo 1500/1450-1150/1100 cal AC y la fase Cogotas I Evolucionado (Avanzado) en el periodo 1150/1100-950 cal AC (Abarquero Moras 2005: 65).

Sin embargo, esta aparente correspondencia perfecta entre fechas absolutas y seriación tipológica ha suscitado serias dudas en los últimos años, centradas especialmente en la etapa final de la periodización clásica. Ello se debe fundamentalmente al empleo asiduo de la técnica AMS en las dataciones y a una selección más rigurosa de las muestras a fechar (Blanco González 2014: 309). Así, Mederos después de analizar los contextos de todos los yacimientos tardíos (siglos XIII-VIII cal AC) con cerámicas cogoteñas, sugiere un final para Cogotas I en la mayor parte de la Península Ibérica al terminar el Bronce Final IIB (1225-1150 cal AC), aunque no descarta una pervivencia hasta ca. 1100 cal AC (Mederos Martín 2012: 101). Por su parte, Esparza et al. (2012: 269), a partir de un conjunto notable de nuevas dataciones radiocarbónicas (29 en total) de gran calidad debido a su escasa desviación estándar, han establecido

los límites de Cogotas I entre 1800 y 1150 cal AC, acotando además la etapa Protocogotas entre 1800 y 1450 cal AC y el momento de plenitud entre 1450 y 1150 cal AC. Así, la propuesta de Esparza *et al.* (*ibid.*: 313) consiste en reconocer en la trayectoria de Cogotas I solo dos fases, Protocogotas y Plenitud, incluyendo en esta última etapa las cerámicas consideradas hasta ahora como «avanzadas» (fig. 3.1).

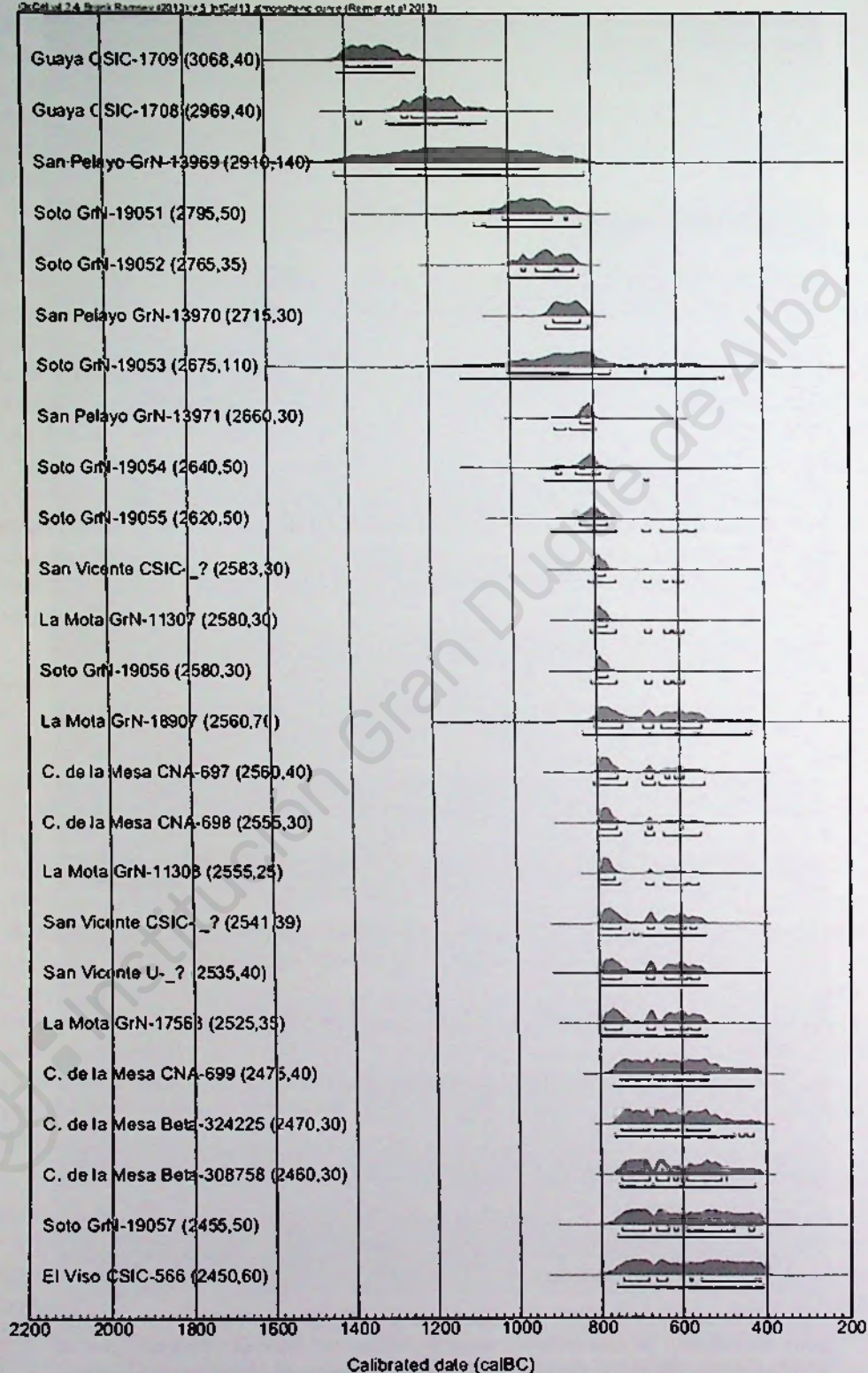
El estudio de Mederos presenta el problema inherente a todos los trabajos de revisión cronológica, la consideración o no de las fechas más dudosas (Mederos Martín 2012: tabla 3). De igual manera, los primeros resultados del proyecto de investigación dirigido por el profesor Esparza se basan en un tipo de evidencia muy concreta, el registro funerario, dentro del marco espacial de la actual comunidad autónoma de Castilla y León. Además, en el momento de plenitud de Cogotas I los enterramientos son menos frecuentes que en la fase anterior (Blasco Bosqued 1997: 187-188; Esparza Arroyo *et al.* 2012: 269 y fig. 3), lo que dificulta aún más la identificación de este tipo de evidencias y podría explicar la falta de hallazgos correspondientes a contextos funerarios cogotenses posteriores a 1150 cal AC en la cuenca del Duero. A pesar de ello, de aceptar las conclusiones de estos investigadores, el final de Cogotas I se habría producido dos siglos antes de lo defendido hasta ahora (Abarquero Moras 2005: 65).

En cualquier caso, es todavía muy pronto para poder valorar adecuadamente las amplias consecuencias que este envejecimiento del final de Cogotas I plantea en la secuencia general del Bronce Final de la Península Ibérica. Pero, sin duda, otorga una mayor importancia a la investigación de los denominados «otros Bronces Finales» (Fernández-Posse 1998: 137-140; Barroso Bermejo 2002: 131-173) o «grupos arqueológicos de la transición Bronce Final-Hierro» (Ruiz Zapatero 2007a: 43-47). En el valle medio del Duero esos últimos momentos del Bronce Final se corresponden con los inicios del grupo Soto (Delibes de Castro *et al.* 1995c: 86). En los últimos años, sin embargo, el grupo de investigadores de la Universidad de Valladolid ha propuesto integrar la fase Inicial del Soto, coincidente de manera aproximada con el Bronce Final IIIb de la periodización atlántica, en la Edad del Hierro, debido a los profundos cambios que detectan entre el final de Cogotas I y la emergencia del grupo Soto (Delibes de Castro *et al.* 2001: 81). El problema es que, teniendo en cuenta la última propuesta cronológica para el ocaso de Cogotas I (Esparza Arroyo *et al.* 2012: 269), esos importantes cambios podrían haberse producido en el dilatado periodo comprendido entre ca. 1150 y 950 cal AC.

Es en este contexto en el que adquieren toda su importancia las tres dataciones radiocarbónicas y una de termoluminiscencia (TL) obtenidas en el yacimiento de Guaya (Misiego Tejeda *et al.* 2005: 218). La primera de las fechas de C14 (CSIC-1707: 5037 \pm 48 BP) ha sido descartada por los propios excavadores, al tratarse posiblemente de una muestra realizada sobre madera fósil. Las otras dos dataciones de C14 (figs. 3.2 y 3.3), procedentes también de troncos de madera hallados en el interior de los agujeros de poste de las cabañas,

Yacimiento	Material	Referencia laboratorio	Fecha BP	Calibración 1 σ	Calibración 2 σ	Bibliografía
Cerro de la Mesa	Carbón	Beta-308755	2440 \pm 30	732-430 cal AC	751-408 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Carbón	Beta-308756	2430 \pm 30	727-414 cal AC	750-405 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Carbón	Beta-308757	2440 \pm 30	732-430 cal AC	751-408 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Carbón	Beta-308758	2460 \pm 30	751-495 cal AC	758-429 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Hueso	Beta-324225	2470 \pm 30	753-538 cal AC	768-431 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Carbón	CNA-697	2560 \pm 40	803-591 cal AC	810-543 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Carbón	CNA-698	2555 \pm 30	799-596 cal AC	804-552 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de la Mesa	Carbón	CNA-699	2475 \pm 40	756-539 cal AC	771-430 cal AC	Chapa <i>et al.</i> 2013: 146
Cerro de San Pelayo	Hueso	GrN-13969	2910 \pm 140	1274-925 cal AC	1429-816 cal AC	Benet 1990: 85 (cal en López Jiménez 2003a: 137)
Cerro de San Pelayo	Carbón	GrN-13970	2715 \pm 30	895-829 cal AC	913-810 cal AC	Benet 1990: 85 (cal en López Jiménez 2003a: 137)
Cerro de San Pelayo	Carbón	GrN-13971	2660 \pm 30	832-801 cal AC	895-794 cal AC	Benet 1990: 85 (cal en López Jiménez 2003a: 137)
Cerro de San Vicente	¿?	Beta-¿?	2430 \pm 50	735-409 cal AC	756-403 cal AC	Macarro y Alario 2012: 84
Cerro de San Vicente	¿?	Beta-¿?	2290 \pm 80	413-204 cal AC	746-115 cal AC	Macarro y Alario 2012: 84
Cerro de San Vicente	¿?	CSIC-¿?	2583 \pm 30	801-776 cal AC	816-591 cal AC	Macarro y Alario 2012: 84
Cerro de San Vicente	¿?	CSIC-¿?	2541 \pm 39	796-566 cal AC	803-541 cal AC	Macarro y Alario 2012: 84
Cerro de San Vicente	¿?	U-¿?	2535 \pm 40	794-559 cal AC	801-540 cal AC	Macarro y Alario 2012: 84
El Viso	¿?	CSIC-566	2450 \pm 60	748-416 cal AC	764-409 cal AC	Esparza 1990a: 113
Guaya	Carbón	CSIC-1708	2969 \pm 40	1259-1123 cal AC	1371-1050 cal AC	Misiego <i>et al.</i> 2005: 218
Guaya	Carbón	CSIC-1709	3068 \pm 40	1395-1281 cal AC	1420-1224 cal AC	Misiego <i>et al.</i> 2005: 218
La Mota	Carbón	GrN-11307	2580 \pm 30	802-773 cal AC	814-590 cal AC	García y Urteaga 1985: 133
La Mota	Carbón	GrN-11308	2555 \pm 25	798-761 cal AC	803-557 cal AC	García y Urteaga 1985: 133
La Mota	Carbón	GrN-17568	2525 \pm 35	789-557 cal AC	797-541 cal AC	Seco y Treceño 1993: 137
La Mota	Carbón	GrN-17569	2370 \pm 35	487-396 cal AC	728-385 cal AC	Seco y Treceño 1993: 137
La Mota	Carbón	GrN-18907	2560 \pm 70	806-549 cal AC	835-430 cal AC	Seco y Treceño 1993: 139
Soto de Medinilla	Carbón	GrN-19051	2795 \pm 50	1012-859 cal AC	1084-828 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Semillas	GrN-19052	2765 \pm 35	971-844 cal AC	1001-832 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Carbón	GrN-19053	2675 \pm 110	1008-673 cal AC	1124-491 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Carbón	GrN-19054	2640 \pm 50	891-786 cal AC	919-599 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Carbón	GrN-19055	2620 \pm 50	836-770 cal AC	905-558 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Carbón	GrN-19056	2580 \pm 30	802-773 cal AC	814-590 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Somillas	GrN-19057	2455 \pm 50	751-431 cal AC	762-411 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154
Soto de Medinilla	Carbón	GrN-19058	2450 \pm 50	748-428 cal AC	760-410 cal AC	Delibes <i>et al.</i> 1995a: 154

Fig. 3.2. Dataciones de C14 pertenecientes a contextos del Hierro I en nuestra zona de estudio. Se han incluido también fechas del Soto de Medinilla por su utilidad como referencia para los yacimientos ubicados en la Submeseta Norte.



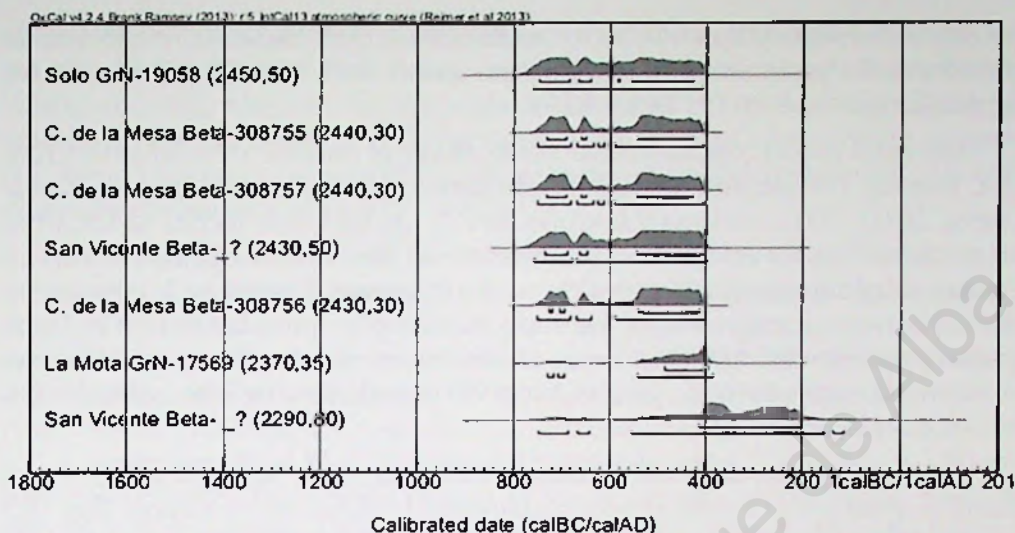


Fig. 3.3. Gráfico de calibración de las fechas de C14 contenidas en la tabla de la fig. 3.2. La calibración se ha realizado con el programa OxCal 4.2.4 (Bronk Ramsey 2013) usando la curva IntCal13 (Reimer et al. 2013).

estarían fechando el momento de fundación de las mismas. Por último, la fecha obtenida por TL (Macl-2449: 2729 ± 215 BP, con un intervalo de 975-515 AC y un valor central de 730 AC), se corresponde con el último calentamiento de un hogar situado en el interior de una de las cabañas, marcando probablemente la fase de abandono del poblado. De esta manera, las dataciones absolutas obtenidas encuadran la ocupación del yacimiento de Guaya entre los siglos XIII-VIII cal AC. Sin embargo, este marco temporal es ostensiblemente más antiguo del que dejan entrever las cerámicas recuperadas en la excavación, atribuibles a los siglos X-VIII a.C. Por ello, Misiego et al. deciden ubicar cronológicamente el yacimiento en este último intervalo (*ibid.*: 220).

En la discusión sobre la cronología de Guaya puede ser útil traer a colación el yacimiento madrileño de Las Camas (Villaverde), debido a que presenta unas características morfológicas y unos problemas de datación muy similares. Las seis fechas de C14 obtenidas sobre maderas carbonizadas halladas en los agujeros de poste de la Cabaña 1 acotan una posible ocupación del yacimiento entre los siglos XI y VIII cal AC (Urbina et al. 2007: 67-70). Sin embargo, la cultura material mueble plantea un marco cronológico en torno a los siglos IX-VIII a.C. (*ibid.*: 79). Sus excavadores son conscientes de los problemas que presenta la datación de muestras de vida larga como la madera carbonizada y de la diferencia de uno o dos siglos que suele haber entre las fechas radiocarbónicas y las cronologías establecidas por tipologías de materiales como las cerámicas (*ibid.*: 67-69). Pero, sortean la aparente diferencia temporal existente en Las Camas asignando las cinco fechas de C14 más antiguas al momento de construcción de las cabañas (ss. XI-X cal AC), la datación radiocarbónica más moderna a una posible reparación de las mismas (finales

del siglo IX o siglo VIII cal AC) y los materiales arqueológicos al momento de abandono del yacimiento (s. IX o primera mitad del s. VIII a.C.) (*ibid.*: 69-70; Agustí García et al. 2012: 140 y 145).

De igual modo, resulta conveniente aludir al enclave de Las Lunas (Yuncler, Toledo), un poblado de cabañas similares a las de Guaya (Urbina y García Vuelta 2010; 2013; Urbina y Urquijo 2012). De las cinco fechas radiocarbónicas obtenidas en este sitio nos interesan las tres más antiguas, correspondientes a los momentos iniciales de su ocupación. La Muestra 3, compuesta por carbones, proporciona un intervalo más amplio, pero las Muestras 1 y 2, ambas procedentes de restos óseos, coinciden en señalar el s. X cal AC como el momento más probable para el inicio de la andadura de este poblado (Urbina y García Vuelta 2013: 357).

Existen también otras referencias cronológicas en la Submeseta Norte que pueden ayudarnos a valorar adecuadamente la datación de Guaya (figs. 3.2 y 3.3). Entre ellas destaca la serie de fechas de C14 obtenida en el sondeo estratigráfico de 1989-90 en El Soto de Medinilla (Delibes de Castro et al. 1995a: 154). De especial interés aquí son las dos dataciones pertenecientes al undécimo nivel de habitación (GrN-19051 y GrN-19052), que constituye la primera ocupación propiamente dicha del yacimiento (Delibes de Castro et al. 1995b: 154-156). Este par de muestras sitúan el inicio de este sitio emblemático en el siglo X-primer mitad del siglo IX cal AC. Otra referencia interesante, esta vez dentro de nuestra zona de estudio, es la que proporciona el yacimiento del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca) (Benet 1990; López Jiménez y Benet 2004). De las tres fechas radiocarbónicas obtenidas en este enclave arqueológico, las dos vinculadas a muestras de carbón (GrN-13970 y GrN-13971), extraídas en el nivel inferior (VI) de la cata B-6, apuntan a la segunda mitad del siglo IX cal AC como fecha para dicho nivel, asociado al cual se encuentra el posible túmulo funerario detectado recientemente por López Jiménez y Benet, interpretado inicialmente por este último como un fondo de cabaña.

Blanco González (2009a: vol. I: 148), teniendo en cuenta las dataciones de Guaya, plantea un posible comienzo del Soto Inicial al sur del Duero hacia 1250-1100 cal AC y un probable final hacia 800 cal AC. Por nuestra parte, ante la tremenda indefinición cronológica del periodo debido principalmente a la carencia de dataciones (López Jiménez 2003a) y a la escasa precisión de las existentes, proponemos para la zona septentrional de nuestra área de estudio la distinción de una fase de transición Bronce-Hierro entre ca. 1150/1100 y 950 cal AC, coincidente con la «etapa oscura» resultante de la nueva propuesta cronológica para el final de Cogotas I (Esparza Arroyo et al. 2012: 269). A esta fase de transición seguiría el comienzo del Soto Inicial hacia 950 cal AC, incluido ya en la Edad del Hierro y representado por yacimientos permanentes como Guaya. El final de este periodo inicial del grupo Soto se produciría alrededor del 800 cal AC, con el abandono de algunos yacimientos (Guaya) (figs. 3.2 y 3.3) y el surgimiento de otros como La Mota (García Alonso y Urteaga Artigas 1985; Seco

Villar y Treceño Losada 1993; 1995; Blanco García y Retuerce Velasco 2010) o el Cerro de San Vicente (Salamanca capital) (Maluquer de Motes 1951; Martín Valls et al. 1992; Macarro Alcalde y Alario García 2012), que protagonizarán el Soto Pleno (ca. 800-400 cal AC). Por tanto, la Primera Edad del Hierro al norte del Sistema Central se desarrollaría a lo largo de un periodo prolongado de más de medio milenio (ca. 950-400 cal AC).

En la parte meridional de nuestra zona de estudio la escasez de dataciones absolutas es todavía mayor, por lo que las periodizaciones siguen basándose en las limitadas estratigrafías disponibles y en la tipología de la cultura material mueble. Para este tramo de la cuenca media del río Tajo destaca la propuesta de Pavón Soldevila (1998: 234-243), que distingue un Bronce Final I entre 1100-900 a.C., un Bronce Final II ajustado al intervalo 900-750 a.C. y un Bronce Final III-«Orientalizante Antiguo» entre 750-650 a.C. Por su parte, Rodríguez Díaz (2009) retrasa el inicio de esta última etapa hasta el 800 a.C., que vendría a coincidir aproximadamente con el inicio de la ocupación estable en los yacimientos cacereños de El Risco (Sierra de Fuentes) (Enríquez Navascués et al. 2001) y Sierra del Aljibe (Aliseda) (Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila 1999). La secuencia obtenida en estos dos sitios, ubicados ligeramente al sur de nuestra área de estudio, nos servirá de referencia en el análisis de los enclaves de la Primera Edad del Hierro situados al sur del Sistema Central (fig. 3.4).

El Risco	Aliseda	Periodización (Rodríguez Díaz 2009)
Risco II	Aliseda I	Bronce Final-Orientalizante (800-650 a.C.)
Risco IIIA	Aliseda II	Orientalizante (650-550 a.C.)
Risco IIIB	Aliseda III	Postorientalizante (550-400 a.C.)

Fig. 3.4. Tabla con la correspondencia entre las fases detectadas en El Risco y Aliseda y la periodización general del Hierro I extremeño elaborada por Rodríguez Díaz (2009).

El yacimiento de la Sierra del Aljibe ha aportado también tres fechas radiocarbónicas, aunque de dudosa utilidad debido a que dos de ellas entran en contradicción directa con la secuencia estratigráfica documentada: la fecha obtenida en el Nivel IV del Corte 2 (Beta-90845: 2420 \pm 90 BP) (Rodríguez Díaz y Pavón Soldevila 1999: 46), perteneciente a la fase Aliseda I, es más moderna que la procedente del Nivel III del mismo Corte 2 (Beta-90846: 2510 \pm 80 BP) (*ibid.*: 45), correspondiente a la fase Aliseda II. En cuanto a la tercera datación de C14 (Beta-90848: 2200 \pm 70 BP) (*ibid.*: 36), obtenida a partir de una muestra de carbón originaria del nivel II del Corte 1 incluido en la fase Aliseda III, una vez calibrada a 2 sigma apunta a un intervalo de fechas comprendido en la Segunda Edad del Hierro (397-61 cal AC).

Por último, dentro de esta parte meridional de nuestro marco espacial de análisis, contamos con la reciente serie de fechas de C14 obtenida en la denominada fosa-vertedero del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)

(Chapa Brunet et al. 2013: 144-145 y tabla 2). La calibración de estas dataciones proporciona intervalos de fechas demasiado amplios, que en conjunto –excluyendo la más reciente (Beta-324224: 2250 ± 30 BP)– abarcan todo el periodo del Primer Hierro en esta zona (ca. 800-400 cal AC) (figs. 3.2 y 3.3). Además, las muestras utilizadas para datar provienen de una fosa rellena muy probablemente de forma rápida con restos originados por una importante remodelación urbanística del poblado. Esta se habría producido a finales del siglo III o inicios del siglo II a.C., pero los materiales procedentes de las posibles estructuras desmanteladas pertenecen tanto a las fases más antiguas de la ocupación del yacimiento (ss. VII-V a.C.), como a otras más modernas de los siglos IV y III a.C., por tanto, pertenecientes ya a la Segunda Edad del Hierro (*ibid.*: 160-161).

3.3. EL TRÁNSITO BRONCE FINAL-HIERRO I

3.3.1. El suroeste de la cuenca del Duero: ¿ruptura o transición gradual?

Como acabamos de ver, la obtención de toda una serie de nuevas dataciones radiocarbónicas en contextos de Cogotas I (Esparza Arroyo et al. 2012: 269) pone en cuestión el consenso acerca de situar el tránsito Cogotas I-Soto a comienzos del primer milenio a.C. (Romero Carnicero et al. 2008: 677), creando un vacío cronológico de aproximadamente dos siglos entre ambos mundos. Esto añade un argumento de primer orden para la defensa de una interpretación rupturista en el paso entre el Bronce Final y el Hierro I en la Meseta Norte (p. ej. Delibes de Castro y Romero Carnicero 1992: 242-243 y 245-251; Romero Carnicero y Jimeno Martínez 1993: 185-187 y 198-200; Delibes de Castro et al. 1995c: 61-62 y 79-82; Esparza Arroyo 1995: 137-144; 2011: 38-41; Sacristán de Lama et al. 1995: 354-357; Sacristán de Lama 1997: 49-54; Delibes de Castro y Fernández Manzano 2000: 113-117; Delibes de Castro 2000-01; Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 2001: 53-60; Romero Carnicero et al. 2008: 652-657; Blanco González 2010d). Este enfoque se basa en las grandes diferencias detectadas a todos los niveles entre Cogotas I y el grupo Soto, llegando en su versión más extrema a defender la suplantación poblacional. En cambio, la visión continuista sostiene una transición gradual gestada en el seno de las comunidades cogoteñas e impulsada por influencias atlánticas, orientalistas y de los Campos de Urnas (p. ej. Almagro-Gorbea 1993b: 126-147; Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 41-48 y 52; Fernández-Posse 1998: 122-127 y 137-140; Ruiz-Gálvez Priego 1998b; Burillo Mozota y Ortega Ortega 1999: 129-130; Jimeno Martínez y Martínez Naranjo 1999; Ruiz Zapatero y Lorrio 1999: 26 y 32-34; Álvarez-Sanchís 2003c: 60-61; Ruiz Zapatero 2010a: 53-54; Marín Suárez 2011: 163-168). Veamos a continuación las principales razones esgrimidas por ambas posturas y las consideraciones que se pueden realizar desde el registro material del suroeste de la cuenca del Duero:

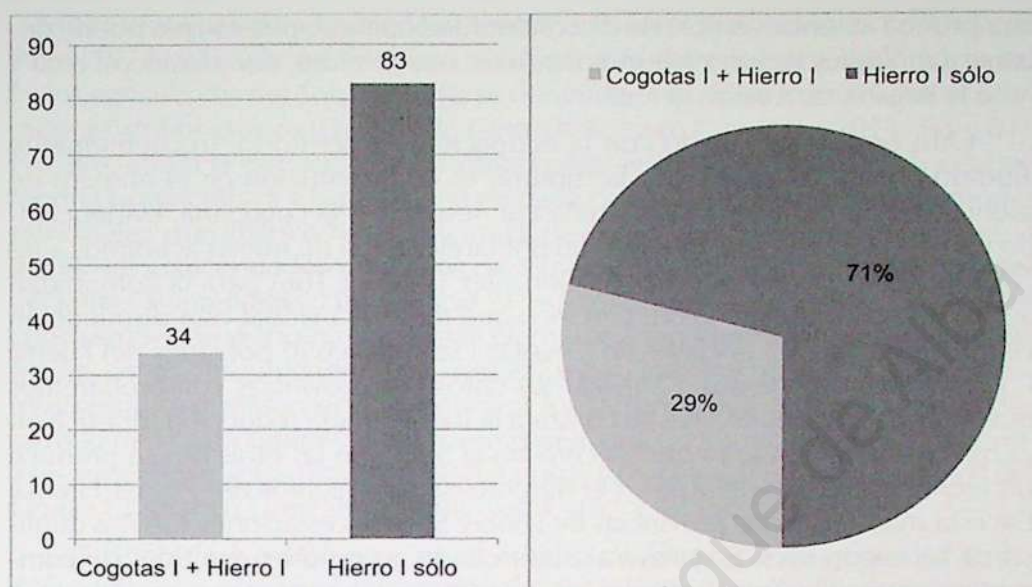


Fig. 3.5. Yacimientos del suroeste de la Submeseta Norte con materiales de Cogotas I y del Primer Hierro, y del Hierro I únicamente, así como su respectiva representación porcentual.

a) Patrones de asentamiento: una de las premisas más empleadas por los defensores de la cesura entre ambos mundos es la discontinuidad en el poblamiento, puesto que comprueban que rara vez los enclaves del Soto se levantan sobre los establecimientos cogotianos. El reciente análisis de Blanco González (2010d: 165-167) documenta, para el conjunto de Castilla y León, 650 yacimientos pertenecientes a la transición Bronce-Hierro y al Hierro Antiguo (1100-400 cal AC), de los cuales solo 90 tienen una ocupación segura del Bronce Medio y/o Final (1800-1100 cal AC). Así pues, el 86% son poblados de nueva planta, cifra muy diferente a la obtenida en su momento por Álvarez-Sanchís (2003c: 77 y fig. 20) para las provincias de Ávila y Salamanca (38% de fundaciones *ex novo*), aunque sobre una muestra de yacimientos muy escasa. Por nuestra parte, de 117 sitios de la Primera Edad del Hierro (ca. 950-400 cal AC) ubicados al norte del Sistema Central, 34 presentan vestigios previos pertenecientes a Protocogotas y/o Cogotas I Pleno/Avanzado, es decir, un 71% de los establecimientos son de nueva factura (fig. 3.5). Este porcentaje sería aún mayor (84%) si solo tuviéramos en cuenta la concurrencia de materiales pertenecientes a Cogotas I Pleno/Avanzado y Soto Inicial/grupo Soto (enclaves sin atribución a una fase concreta dentro del desarrollo del mundo soteño, debido a la escasez de materiales recuperados en los mismos o a su carácter no diagnóstico), presente en 19 yacimientos. Por otro lado, la comparecencia en un mismo emplazamiento de restos correspondientes a ambos complejos arqueológicos puede responder más que a una continuidad en el poblamiento a la coincidencia de intereses económicos sobre unos recursos muy concentrados (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 46). Pero también hay que tener presente que la erección de poblados de nueva planta no es

una prueba incontrovertible de discontinuidad cultural, puesto que puede deberse a múltiples factores internos (sociales, económicos, demográficos, etc.) y no a la llegada de nuevas gentes.

Otro rasgo relacionado con la ocupación del territorio, frecuentemente aludido por los partidarios de la ruptura, es la disminución en el número de asentamientos durante la fase soteña con respecto a la cogotiana, evidenciando un proceso de concentración del poblamiento. Si de nuevo acudimos a las cifras proporcionadas por Blanco González (2010d: 166) para la comunidad autónoma de Castilla y León, veremos que de forma global esta disminución es muy leve: de 663 enclaves de Cogotas I se pasa a 650 poblados del Hierro I. Pero si nos detenemos a analizar los datos por provincias comprobaremos que mientras en seis de ellas se constata la mencionada reducción (drástica en el caso de Salamanca, ya que es cercana al 50%), en las otras tres se produce un incremento considerable en el número de yacimientos del Primer Hierro. De esta manera, en las provincias de León y Soria las estaciones soteñas duplican a las cogotenses. Esto lleva al autor citado a proponer dos tipos de comportamientos diferentes entre las sociedades del Hierro Antiguo en la cuenca del Duero: uno tendente a la concentración de la población en aldeas y otro a la colonización de nuevos paisajes, mediante movimientos migratorios de corto alcance realizados a lo largo de ciertos valles fluviales (Blanco González 2010a: 368-372; 2010d: 169-171).

b) Estructuras de habitación: las diferencias existentes entre la arquitectura doméstica cogoteña y la del Soto han sido otro de los argumentos favoritos utilizados por los defensores de la discontinuidad cultural. El problema es que estos autores en numerosas ocasiones comparan los escasos testimonios de cabañas de Cogotas I con las casas típicas del Soto Pleno, obviando las estructuras habitacionales del Soto Inicial que podrían servir de nexo entre ambas. De esta forma, contraponen las cabañas de planta oval u oblonga levantadas mediante postes de madera, ramas y barro, documentadas durante el Bronce Medio, por ejemplo, en Los Tolmos de Caracena (Soria) (Jimeno Martínez y Fernández Moreno 1991: 17-18, figs. 7-11 y láms. IV-IX) o en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca) (Martín Benito y Jiménez González 1988-89: 266-267, lám. II y foto 3), con las casas circulares con alzados de adobe correspondientes al periodo de plenitud del Soto (Ramírez Ramírez 1995-96). Pero, en las últimas décadas, se ha ido descubriendo toda una serie de estructuras circulares u oblongas pertenecientes al Soto Inicial, realizadas también a base de postes, ramas y manteado de barro. Así, quizá la principal diferencia entre los ámbitos domésticos cogotianos y los de la fase inicial del Soto sea la mayor visibilidad de estos últimos en el registro arqueológico, que puede responder, por un lado, a una mayor voluntad de permanencia de las poblaciones soteñas y, por otro, a un desmantelamiento total de las cabañas por parte de las comunidades de Cogotas I, debido al fallecimiento o traslado de sus ocupantes, en una suerte de «muerte metafórica de la(s) cabaña(s)» (Blanco González 2010d: 160).

c) Estrategias de subsistencia: frente a visiones tradicionales como la de Palol (1974: 93), que establecían una dicotomía entre los pastores de Cogotas I y los agricultores del Soto, hoy día se defiende el carácter mixto de las economías de ambos grupos (Delibes de Castro y Romero Carnicero 2011: 64 y 81). Por ello, ahora la discusión, entre otras cosas, se centra en la importancia que tendría la agricultura y la ganadería en cada caso. Esta es una de las cuestiones principales que Blanco González trata de responder en su tesis doctoral, a través del análisis de los territorios de explotación de 165 yacimientos pertenecientes al intervalo 1700-300 cal AC y localizados al sur del río Duero. Las conclusiones de dicho trabajo dejan claro que los patrones de explotación del medio de las comunidades de Cogotas I y del Soto Inicial son muy similares, mostrando una preferencia notoria por los terrenos más óptimos para el desarrollo de la agricultura y el pastoreo prolongado (suelos del Grupo A), frente a las superficies aptas únicamente para usos ganaderos y forestales (suelos del Grupo C) (Blanco González 2009a: vol. I: 467 y 483, figs. 81-88).

d) Alfarería y metalurgia: en el ámbito de la tecnología cerámica se ha defendido una completa renovación en las formas, tamaños y decoraciones de la alfarería soteña con respecto a la cogotense. La principal prueba de ello sería la desaparición de las barrocas decoraciones cogoteñas y su sustitución por vasos predominantemente lisos (Delibes de Castro y Fernández Manzano 2000: 114). Aunque este profundo cambio es innegable, diversos autores han llamado la atención sobre la existencia de motivos decorativos característicos de Cogotas I (boquiques, impresiones digito-unguladas, retículas incisas o ciertas acanaladuras) en cerámicas pertenecientes a los comienzos de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 259; Romero Carnicero y Jimeno Martínez 1993: 186; Álvarez-Sanchís 2003c: 41 y 79; Abarquero Moras 2005: 402; Blanco García 2006b: 411-412, 417-418 y 425-428; Ruiz Zapatero 2007a: 46-47). A estas perduraciones estilísticas habría que sumar el mantenimiento de formas típicas del mundo cogotiano, como algunos vasos carenados de superficie bruñida (Álvarez-Sanchís 2003c: 41 y 79; Blanco García 2006b: 338-340 y 352-357). Además, hay que tener en cuenta que aparte de la vajilla fina altamente decorada existe en Cogotas I un conjunto más numeroso de recipientes de cerámica común (ver p. ej. Delibes de Castro *et al.* 1990: 80-81, figs. 18-19 y 21; Jimeno Martínez y Fernández Moreno 1991: 23, figs. 12, 14-37, 50-52, 54-55 y 62; Barroso Bermejo 2002: 105-113 y figs. 21-24; Rodríguez Marcos 2008: 290-315 y 336-352, figs. 192-194 y 198-201). Este tipo de cerámica generalmente lisa será la que herede en gran medida el mundo del Soto (fig. 3.6) (Álvarez-Sanchís 2003c: 41; Marín Suárez 2011: 167), en un fenómeno similar al que se produjo en el paso entre el grupo Parpantique del Bronce Antiguo meseteño y Protocogotas (Blanco González 2009a: vol. I: 74; Rodríguez Marcos 2012: 154).

Con respecto a la metalurgia tradicionalmente se ha sostenido la existencia de una dicotomía en el ámbito cogotense, entre los bronce recuperados en contextos domésticos, caracterizados por su arcaísmo, y las piezas de tipología

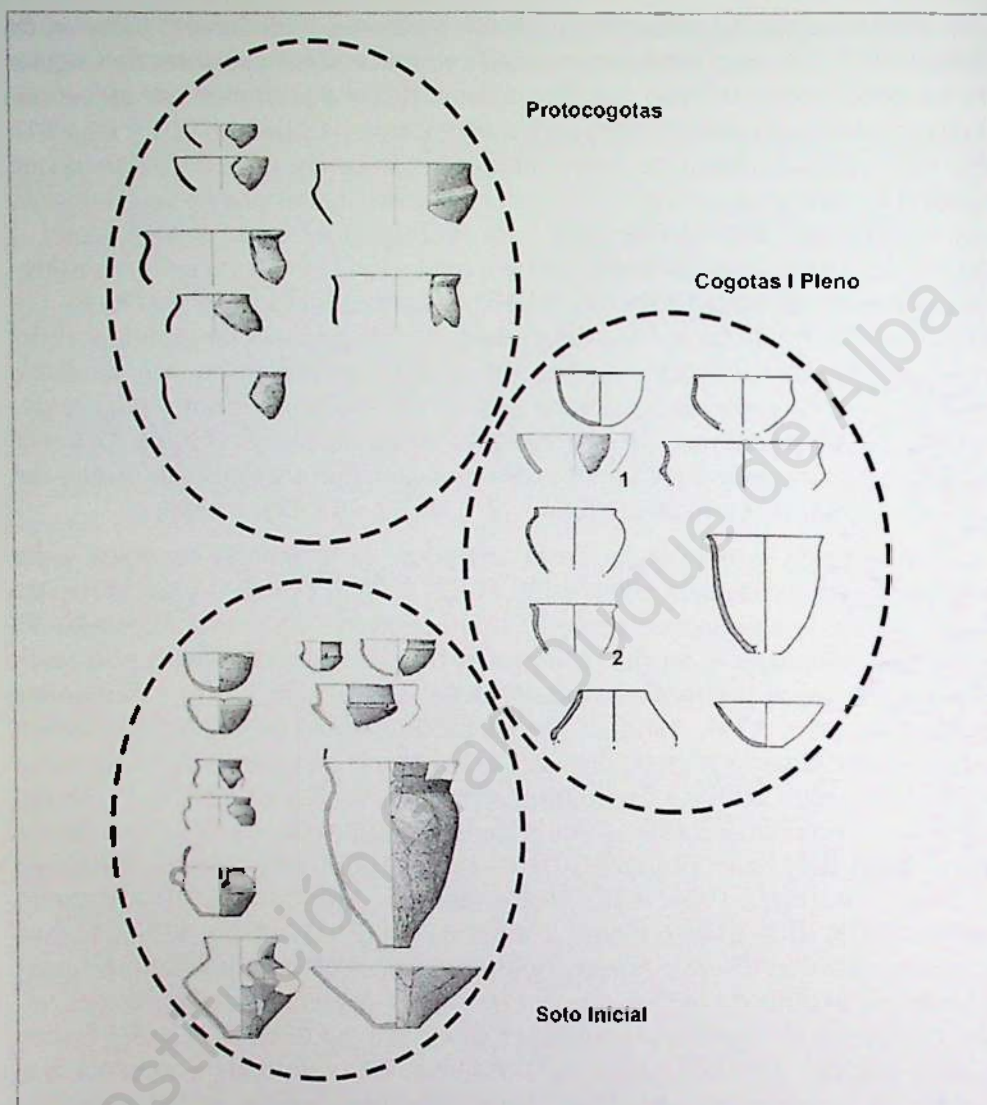


Fig. 3.6. Evolución de la cerámica sin decorar entre el Bronce Medio y el inicio de la Primera Edad del Hierro. Se puede observar cómo las formas del comienzo del mundo cogoteño permanecen a lo largo del tiempo con ligeras modificaciones y acompañadas de nuevos tipos troncocónicos y bitroncocónicos a partir de su momento de plenitud (vajilla Protocogotas según Jimeno Marín y Fernández Moreno 1991: fig. 12; alacallería Cogotas I Pleno según Barroso Bermejo 2002: figs. 21-24; 1 según Rodríguez Marcos 2008: fig. 149; 2 según Delibes de Castro et al. 1990: fig. 21; vasijas del Soto Inicial según Misiego Tejeda et al. 2005: fig. 3, a diferentes escalas).

atlántica halladas de forma aislada o en depósitos (Delibes de Castro y Romero Carnicero 1992: 237-240). Para estas últimas se ha defendido tanto su fabricación local por parte de los grupos cogoteños (Fernández Manzano 1986: 143 y fig. 46), como que se trate en realidad de importaciones (Delibes de Castro y Fernández Manzano 1991: 211 y fig. 4). Frente a este panorama, la

metalurgia inicial del Soto, también bronceínea, se ha considerado de manufactura local, eso sí, siguiendo en gran medida modelos atlánticos del horizonte Baiões-Vénat (Delibes de Castro y Romero Carnicero 1992: 243-245 y fig. 5). Pero, las investigaciones realizadas en los últimos años han puesto de manifiesto que ambos grupos habrían compartido «una metalurgia de autoabastecimiento, de ámbito local y a pequeña escala» (Blanco González 2009a: vol. I: 151), complementada por la llegada de piezas exóticas como las fíbulas de codo al mundo cogotiano o los primeros restos de hierro en el caso del Soto (Delibes de Castro y Fernández Manzano 2000: 114). De esta manera, la principal diferencia entre las manufacturas metálicas de ambos grupos sería la mayor presencia de bronce ternarios en el ámbito del Soto (Fernández-Posse y Montero Ruiz 1998: 200; Delibes de Castro et al. 2001: 76-79, figs. 2-4 y 6). Queda, sin embargo, por resolver la relación entre los depósitos atlánticos y las comunidades cogotenses y soteñas. Mientras cada vez parece más claro el protagonismo de las gentes de Cogotas I en la ocultación de bronce durante la fase *Valdevimbre* (Bronce Final I) y de las poblaciones soteñas en la fase *Soto de Medinilla* (Bronce Final IIIb), continúa habiendo dudas sobre los autores de los depósitos de la fase *Huerta de Arriba* (Bronce Final II-IIIa) (Delibes de Castro et al. 2007: 126 y fig. 11). Aunque, con la reciente propuesta cronológica para el ocaso del mundo cogoteño (Esparza Arroyo et al. 2012: 269) quedaría prácticamente descartada su participación en estos últimos. De todas formas, a pesar de la importancia de esclarecer esta relación, hay que tener presente la escasa incidencia de la metalurgia atlántica al sur del río Duero (Delibes de Castro y Romero Carnicero 1992: 238).

e) Ritos y mundo funerario: a partir del hallazgo de las sepulturas vallisoletanas de Renedo de Esgueva (Wattenberg 1957) y de San Román de Hornija (Delibes de Castro 1978) se ha venido defendiendo la inhumación como el ritual predominante entre las gentes de Cogotas I (Esparza Arroyo 1990b). En cuanto al grupo Soto, se ha sugerido que practicaría la incineración, a pesar de la falta de testimonios funerarios que lo corroboren (Romero Carnicero 1985: 94; Delibes de Castro y Romero Carnicero 1992: 245). Lo cierto es que, aunque en los últimos años se ha producido un aumento considerable de la cantidad de sepulturas cogotianas descubiertas, el número de enterramientos conocidos sigue siendo muy exiguo: una treintena de tumbas localizadas hasta el año 2009 en toda Castilla y León (Esparza Arroyo et al. 2012: 262). A esto hay que añadir que en este mismo ámbito geográfico solo 22 yacimientos cogotenses presentaban restos esqueléticos humanos a finales de la pasada década, lo cual supone el 3,3% de los 663 sitios cogoteños contemplados en el ya mencionado inventario elaborado por Blanco González (2010d: 166). Por ello, distintos autores han planteado el carácter excepcional de dichas sepulturas (González-Tablas Sastre y Fano Martínez 1994: 98; Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 225-226), abogando por la existencia de un ritual funerario, aplicado a la mayoría de la población, que «no ha dejado huellas arqueológicas reconocibles» (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 226). Este tratamiento «invisible»

sería también el habitual en el mundo soteño, contrapuesto a la minoritaria inhumación de individuos infantiles bajo los suelos de algunas viviendas (Romero Carnicero *et al.* 2008: 654).

Delibes (2000-01) en un artículo monográfico estudia la transición Cogotas I-Soto a través de las evidencias rituales de ambos grupos. En su análisis acude a los depósitos de bronce realizados por estas comunidades, al arte rupestre esquemático, a los recintos de fosos que delimitan algunos yacimientos con materiales cogotianos y a los monumentos megalíticos frecuentados por las gentes de Cogotas I (aparte de sus respectivos ritos funerarios). Salvo en el caso de los depósitos bronceos, cuya continuidad a lo largo del periodo parece confirmada, el resto de manifestaciones rituales mencionadas acabarían bruscamente con el final del mundo cogotense. Sin embargo, a partir de los trabajos de Díaz-del-Río (2001: 209-211; 2003) sabemos que en la Península Ibérica los recintos de fosos son característicos de los momentos finales del IV y especialmente del III milenio cal AC. Además, en aquellos sitios con recintos circulares que han proporcionado cerámicas típicas del estilo Cogotas I y han sido excavados, se ha constatado la colmatación de los fosos en época calcolítica (Díaz-del-Río 2003: 71-74; Delibes de Castro *et al.* 2009: 242 y 245). Por otro lado, Marín Suárez (2011: 105-106) interpreta el arte rupestre y los megalitos del ámbito cantábrico como referentes simbólicos y lugares de encuentro ceremonial, ubicados en sitios con una significación especial dentro de las rutas utilizadas por los distintos grupos para moverse por el paisaje. Siguiendo su propuesta, podríamos relacionar el final del ciclo de arte esquemático y la marginación de los monumentos megalíticos en el valle del Duero tras el ocaso cogoteño con la definitiva estabilización de la población en núcleos permanentes, que conllevaría cambios profundos en las pautas de movimiento en el paisaje y, por consiguiente, en los lugares de reunión y negociación social de las comunidades soteñas.

Tras este somero repaso a los principales argumentos empleados por los partidarios de la ruptura y de la transición gradual entre el Bronce Final y el Primer Hierro en la Submeseta Norte, podemos concluir que durante este periodo se produjo un gran cambio cultural en el seno de las sociedades que habitaban la cuenca del Duero. La visión rupturista explica dicho cambio cultural a partir de las innovaciones que traerían consigo los nuevos pobladores del solar meseteño (p. ej. Delibes de Castro y Romero Carnicero 1992: 247). Por su parte, los defensores de la transición paulatina aluden a toda una serie de transformaciones en la base económica (nuevos cultígenos como el mijo y la haba, renovación del utillaje agrícola, mejoras en la conservación de alimentos, etc.) que posibilitarían la aparición de los poblados permanentes soteños (p. ej. Álvarez-Sanchís 2003c: 64-68). En los últimos quince años, López Sáez y Blanco González (2005; López Sáez *et al.* 2009a; 2014; Blanco González y López Sáez 2013) han ensayado una explicación del cambio operado en este momento basada en la ecología cultural, integrando en su análisis las evidencias paleoecológicas y el registro arqueológico. De esta manera, estos

autores vinculan el inicio de la Edad del Hierro a la crisis climática acontecida a nivel planetario entre ca. 850 y 760 cal AC, coincidente con la transición del periodo Subboreal al Subatlántico.

En nuestra opinión, no parece necesario acudir a una auténtica suplantación poblacional para explicar el profundo cambio cultural ocurrido en el tránsito Bronce Final-Hierro I, aunque, como en cualquier otro periodo, no puede descartarse la entrada en este momento de pequeños contingentes poblacionales en el ámbito de la Submeseta Norte. Con respecto a las innovaciones surgidas en el marco de lo que Ruiz-Gálvez (1992: 229-231) denomina la «tercera revolución agraria», en la actualidad disponemos de algunos indicios que permiten matizar su incidencia en esta etapa: el cultivo de mijo parece meramente testimonial y solo ha sido documentado en los niveles de la Segunda Edad del Hierro de La Era Alta (Melgar de Abajo, Valladolid), mientras que la presencia de leguminosas durante la Edad del Hierro es también muy reducida (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 1999: 456), aunque Blanco González (2009a: vol. I: 219-220) alude a problemas de conservación para explicar su escasa representación en el registro arqueológico. Sobre la supuesta renovación del utillaje agrícola producida en este momento, carecemos en el suroeste de la cuenca del Duero de evidencias que confirmen dicho fenómeno. Habrá que esperar hasta el Hierro II para documentar en esta zona una verdadera eclosión del instrumental de trabajo realizado en hierro (Romero Carnicero 1985: 86; Barril Vicente 2010-11). También a propósito de la explotación a gran escala de la sal en este periodo es necesario señalar el conocimiento deficitario existente hoy día, aunque se ha planteado la continuidad durante la Edad del Hierro de las actividades encaminadas a la obtención de sal en el entorno de las Lagunas de Villafáfila (Zamora), a partir del hallazgo de unas estructuras de combustión en el asentamiento de Fuente Salina (Abarquero Moras *et al.* 2012: 275 y ss.). Finalmente, parece claro que aunque el mencionado evento climático supuso un factor fundamental en la consolidación del modelo de establecimientos permanentes durante el Soto Pleno, no sirve para explicar el surgimiento del mismo, puesto que se habría producido al menos un siglo antes (ca. 950 cal AC).

Por todo ello, creemos que, junto a la posible llegada de nuevas tecnologías y conocimientos al interior peninsular en el marco de la precolonización (Celestino Pérez *et al.* 2008) y a los cambios acontecidos en el clima, habría que prestar mayor atención a las dinámicas internas de los grupos que protagonizaron el mencionado cambio cultural. Estas comunidades, ante las condiciones de mayor aridez características de la fase final del periodo Subboreal, aparentemente pusieron en práctica dos tipos de estrategias: continuar con el modelo tradicional de poblamiento semipermanente, es decir, el establecimiento de las familias en un mismo lugar durante 3-5 años hasta que se constataba el agotamiento de la tierra (Delibes de Castro y Romero Carnicero 2011: 64-66) o asentarse definitivamente en una localización privilegiada desde el punto de vista hídrico, como en el caso de Guaya (fig. 3.7). Quizá



Fig. 3.7. Vista área de la excavación arqueológica del yacimiento de Guaya, ubicado junto a la confluencia del arroyo de la Nava o de Berrocalejo y el río del Monte (según Misiego Tejada *et al.* 2005: lám. I).

esta divergencia a la hora de afrontar este cambio en el régimen de lluvias tenga que ver con el tamaño de los grupos, siendo los menos numerosos los que seguirían trasladándose cada cierto tiempo a otra ubicación, como parece deducirse de la escasa superficie ocupada por algunos yacimientos del Soto Inicial como, por ejemplo, los tres situados en Montejo de Arévalo (Segovia), que en ningún caso alcanzan las 0,25 hectáreas (ver anexo I).

3.3.2. El valle medio del Tajo

En la Alta Extremadura y el occidente toledano el tránsito Bronce Final-Hierro I ha sido comúnmente interpretado en términos de continuidad (p. ej. Almagro-Gorbea 1977: 485; Blasco Bosqued 1992: 288; Celestino Pérez *et al.* 1992: 315; Pereira Sieso 1994: 44-48; Pavón Soldevila 1998: 239-241; Martín Bravo 1999: 273; Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001: 99-

112; Pereira Sieso 2007: 142). Sin embargo, esto no impide que se hayan constatado cambios importantes durante este periodo, como vamos a ver a continuación:

a) Patrones de poblamiento: a partir del siglo VIII a.C. muchos de los poblados ocupados durante el Bronce Final se deshabitan, como demuestra el hecho de que solo un 23% de los 22 yacimientos del Hierro Inicial documentados al sur del Sistema Central presenten vestigios de la etapa anterior (fig. 3.8). Es en este momento cuando en la parte extremeña del Tajo Medio se configura «una red de asentamientos estables» (Rodríguez Díaz 2009: 52) en la cual, a los yacimientos ubicados en lugares destacados del paisaje o en las cercanías de puntos de paso ineludibles, característicos de la fase final del Bronce, se unirían a lo largo de la Primera Edad del Hierro toda una serie de nuevos enclaves ligados a los cauces fluviales (Martín Bravo 1999: 272-273).

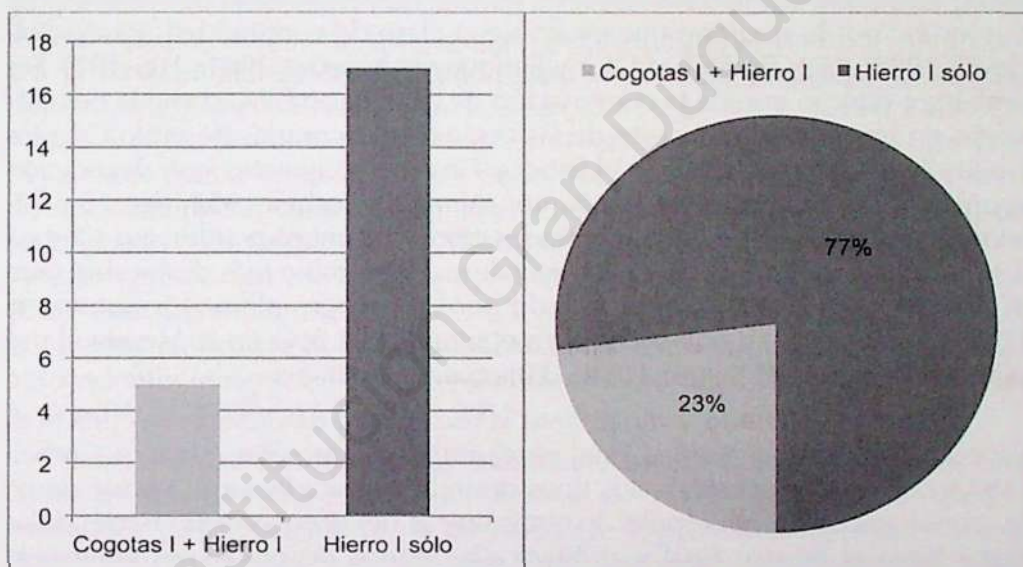


Fig. 3.8. Enclaves arqueológicos al sur del Sistema Central con materiales de Cogotas I-Hierro Inicial y del Primer Hierro solamente, con su correspondiente representación porcentual.

b) Arquitectura doméstica: hasta el momento contamos con escasos datos sobre los espacios de habitación en el valle medio del Tajo durante la transición Bronce Final-Hierro I. Cerca de nuestra zona de estudio, en el yacimiento cacereño de El Risco se ha detectado en su fase II (800-650 a.C.) la presencia de una subestructura o «fondo de cabaña» semisubterráneo y de planta estrangulada (Enríquez Navascués *et al.* 2001: 42, fig. 13 y lám. VIIB). Este tipo de vivienda forma parte de la tradición constructiva de la región extremeña al menos desde el Calcolítico, por lo que constituye un claro elemento de continuidad con las etapas previas (Pavón Soldevila 1998: 258).

c) Estrategias de subsistencia: al igual que en la cuenca del Duero, los grupos del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el tramo medio del Tajo se caracterizarían por una economía mixta (Martín Bravo 1999: 66-67 y 103-105; Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001: 103-104 y 107-109; Pereira Sieso 2007: 129 y 142). Por ello, en esta zona la discusión también se centra en la importancia relativa de la agricultura y la ganadería en estas fases. Hasta ahora los análisis realizados sobre el entorno inmediato de los poblados han constatado el predominio del monte y los pastizales sobre las tierras de labor (Martín Bravo 1991: 171 y fig. 2; 1999: 103-104 y fig. 38; Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001: 103-104). A pesar de ello, el ya mencionado basculamiento de los poblados hacia las riberas de los ríos durante el Hierro Antiguo se puede interpretar a nivel económico como la búsqueda de terrenos más aptos para el desarrollo de las actividades agrícolas.

d) Alfarería y metalurgia: las producciones cerámicas durante este periodo de transición hunden sus raíces en las tradiciones alfareras del «Bronce del Suroeste», por lo que constituyen un signo claro de continuidad (Pavón Soldevila 1998: 259; Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001: 106-107). Sin embargo, esto no impide la constatación de ciertos cambios, como la desaparición en un momento incierto de las cerámicas decoradas de estilo Cogotas I o la comparecencia durante el Bronce Final de recipientes con decoración bruñida al exterior tipo «Lapa do Fumo» (Almagro-Gorbea 1977: figs. 26 y 42; Moreno Arrastio 1995: 284) y pintados tipo «Carambolo» (Almagro-Gorbea 1977: figs. 27 y 42). En cuanto a la metalurgia, el cambio más destacable sería el notable crecimiento experimentado por los broncees plomados durante el Hierro Inicial, al igual que sucedía en el mundo del Soto en la Meseta Norte (Gómez Ramos et al. 1998: 105 y 110).

e) Mundo funerario y ritual: ante la escasez de datos sobre las prácticas funerarias durante el Bronce Final en el ámbito extremeño Almagro-Gorbea (1977: 151 y ss.) recurrió a dos tipos de indicios para llenar el vacío: alargó la cronología de las necrópolis de cistas típicas del Bronce Pleno haciéndolas llegar hasta el Bronce Final y atribuyó a las estelas decoradas extremeñas la función de marcadores de tumbas. Sin embargo, en el primer supuesto no tenemos en Extremadura «una sola evidencia segura de enterramientos atribuibles al Bronce Final» (Ruiz-Gálvez Priego 1998a: 341) y en el segundo caso las estelas casi nunca han sido encontradas en asociación con un enterramiento (Ruiz-Gálvez Priego y Galán Domingo 1991: 258-259). Por ello, hoy día la opinión más generalizada es que el ritual funerario utilizado durante la etapa final de la Edad del Bronce no habría dejado huella en el registro arqueológico (Celestino Pérez 2001: 278), como suele ser común en la fachada atlántica peninsular y europea (Bradley 1990: 90 y ss.; Ruiz-Gálvez Priego 1991: 282-286), aunque en los últimos tiempos se han descubierto una serie de necrópolis de este periodo en Portugal y en el valle del Guadalquivir (Torres Ortiz 2002: 355-359). En cambio, a partir de la primera mitad del siglo VII a.C. contamos en esta zona con enterramientos con elementos orientalizantes, como

la tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) (Pereira Sieso 1989; 2008a; 2012).

En el ámbito ritual podemos incluir la deposición de armas en las aguas, en ciertos puntos de paso obligado como los vados del Tajo. Esto explicaría el hallazgo de una espada pistiliforme en el vado de Alconétar (Almagro-Gorbea 1977: 68-70), de una espada de «lengua de carpa» en el vado de Azután o Puente Pinos (Ruiz-Gálvez Priego y Galán Domingo 1991: 268) y de un puñal de «lengua de carpa» en Carpio de Tajo (Toledo) (Jiménez de Gregorio 1965: 179; Fernández-Miranda y Pereira 1992: 59-60 y fig. 2). Para Ruiz-Gálvez (1995: 154-155) este rito va asociado a un proceso de territorialización por parte de las comunidades del Bronce Final, de tal manera que las armas depositadas formarían parte de ceremonias de paso en las que públicamente se reivindicarían derechos sobre puntos clave de acceso al territorio. En la Primera Edad del Hierro este tipo de ritos desaparecerían, ya que los poblados serían más visibles y permanentes, convirtiéndose así en los nuevos marcadores de la ocupación del territorio por parte de un grupo. Un proceso similar se ha defendido para el caso de las estelas decoradas del suroeste (Ruiz-Gálvez Priego y Galán Domingo 1991; Galán Domingo 1993). Su función como marcadores territoriales y viales durante la fase final del Bronce acabaría en los inicios de la Edad del Hierro, debido a la reestructuración de las rutas comerciales producida tras el establecimiento de las primeras colonias fenicias en el litoral peninsular (Galán Domingo 1993: 79). Aunque no hay consenso sobre el significado y cronología de las estelas (Díaz-Guardamino Uribe 2010: 31-35 y 346-361), lo que sí parece claro es el carácter autóctono de este tipo de manifestaciones, que encontrarían sus antecedentes inmediatos en las estelas antropomorfas del Bronce Medio (Cestlino Pérez 2008b: 181; 2016: 99).

Como acabamos de ver, hay elementos suficientes para defender una cierta continuidad entre el Bronce Final y el Primer Hierro en la Alta Extremadura y el occidente de la provincia de Toledo. Recientemente Torres Rodríguez (2013: 126 y ss.) ha elaborado una propuesta explicativa sobre el cambio operado en este momento en el valle medio del Tajo, en el tramo comprendido entre la región madrileña y el oriente toledano. Dicha propuesta tiene en cuenta tres factores fundamentales: el marco paleoclimático del primer milenio a.C., los mecanismos propuestos por autores como Halstead y O'Shea (1989) para reducir los efectos de las crisis provocadas por la escasez de alimentos (movilidad, diversificación, almacenamiento e intercambio), junto con la resistencia al cambio típica de las sociedades premodernas y, finalmente, el registro arqueológico. De esta manera, ante los cambios producidos en el clima, las poblaciones del Bronce Final habrían recurrido en mayor o menor medida a las cuatro estrategias mencionadas para intentar contrarrestar sus efectos. Así, se observa en este momento una progresiva concentración de los yacimientos en torno a los cauces principales de la zona, con el objetivo de combatir la mayor aridez de finales del Subboreal. Poco

a poco los movimientos de los grupos de Cogotas I se irían reduciendo a aquellas localizaciones más favorables para mantener su modo de vida tradicional. Además, la escasez de sitios susceptibles de ser habitados provocaría un aumento del tiempo de ocupación de los mismos. Con el comienzo del evento climático producido entre ca. 850 y 760 cal AC se aprecia un ligero alejamiento de los asentamientos de las zonas inmediatas a los cauces fluviales para evitar los problemas derivados del aumento de las precipitaciones. Al finalizar este repentino cambio en el clima la estancia en los poblados se habría ido prolongando paulatinamente, debido a la mejora de las condiciones ambientales y al cada vez más costoso traslado de los grupos por el esfuerzo invertido en los enclaves, hasta desembocar en la plena sedentarización de las comunidades ya en los inicios de la Edad del Hierro.

Esta interesante propuesta parece poder aplicarse sin problemas a los asentamientos con materiales de Cogotas I del occidente toledano y el Campo Arañuelo, ubicados principalmente en torno a los cauces de los ríos Tajo y Tiétar (Moreno Arrastio 1990; Barroso Bermejo y González Cordero 2007). Sin embargo, no parece encajar con el registro arqueológico disponible para el valle medio del Tajo a su paso por el occidente de Cáceres, ya que las dinámicas del poblamiento aparentan ser distintas. Durante el Bronce Final más de la mitad de los sitios localizados en la Alta Extremadura se sitúan en sierras o elevaciones destacadas sobre el entorno, mientras que solo un 25% están ubicados en promontorios junto a los ríos (Martín Bravo 1999: 44-47). Este patrón de poblamiento más bien parece corresponderse con el detectado en la contigua región portuguesa de la Beira Interior (Vilaça 1995; Silva 2005), donde el 73% de los enclaves se encuentran en alturas destacadas del paisaje y el 22% en elevaciones junto a los cauces fluviales (Silva 2005: vol. I: 25-29). Por tanto, no parece posible la aplicación en esta zona del occidente cacereño del modelo explicativo ensayado por Torres Rodríguez (2013: 126 y ss.).

3.4. LA APROPIACIÓN DEL PAISAJE

3.4.1. Asentándose para siempre: consecuencias de un cambio trascendental

El establecimiento definitivo en poblados permanentes conlleva toda una serie de cambios económicos, sociales y cognitivos que modifican de manera irreversible la manera en que se percibe el mundo, las relaciones sociales y la explotación del medio. Además, posibilita otras transformaciones ulteriores como, por ejemplo, el aumento de la complejidad social o el incremento de las desigualdades sociales (Torres Rodríguez 2013: 146-147). A partir del Hierro Antiguo, se constata la inversión de una enorme cantidad de trabajo colectivo en la construcción de los poblados, que tendrá como resultado una importante alteración del paisaje anterior a través de la realización de obras como la erección de murallas o la excavación de fosos. De este modo, nos

encontramos «ante una nueva forma de concebir no solo las relaciones entre el ser humano y el paisaje sino de estructurar y gestionar a las propias comunidades» (Parcero Oubiña 2000: 86).

A nivel económico la sedentarización supone una apuesta decidida por la agricultura y la ganadería como actividades que aseguren la supervivencia del grupo. Esto implica, entre otras cosas, la puesta en marcha de estrategias como el barbecho, el abonado animal y, quizá, la rotación de cultivos para garantizar la regeneración de los campos y con ello su fertilidad prolongada (Delibes de Castro y Fernández Manzano 2000: 115-117). Mediante estas operaciones, que suponen una importante inversión de trabajo social, la tierra pasaría de ser un mero *objeto de trabajo* a constituirse en un *medio de producción* (Vicent García 1998: 829). Por tanto, la apropiación efectiva de la tierra pasará a ser un elemento fundamental, con el objetivo de asegurar el acceso exclusivo a la misma por parte de la comunidad. De esta manera, se produciría la territorialización del paisaje que tendría como consecuencia el debilitamiento de la solidaridad intergrupal.

En términos sociales el asentamiento permanente de un grupo de familias en un enclave implica la pérdida de parte de su independencia y el respeto de una serie de obligaciones y derechos. Las familias constituyen las células básicas de producción y consumo, por lo que sus intereses particulares estarían en permanente contradicción con los de la comunidad en su conjunto. Así, aunque se habrían puesto en marcha mecanismos para contrarrestar esas tendencias disgregadoras (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia 1998: 138), la reciprocidad se limitaría fundamentalmente al ámbito familiar. Esto, unido al posible aumento de excedentes productivos para paliar las situaciones de escasez, supondría el caldo de cultivo para el desarrollo de las desigualdades sociales dentro de los poblados (Torres Rodríguez 2013: 147).

Finalmente, los cambios descritos en los ámbitos económico y social solo son posibles porque en esta etapa se percibe el mundo de una manera distinta y este cambio cognitivo, a su vez, solo se puede dar cuando los grupos actúan de un modo diferente (Hernando Gonzalo 2002: 151-152). Durante el Hierro Inicial se consolidaría la desacralización de la tierra iniciada en el Neolítico, por lo que, mientras en periodos anteriores se había producido una apropiación simbólica de la misma a través, por ejemplo, de la erección de monumentos megalíticos, ahora se llevará a cabo una apropiación efectiva del paisaje, a través de la construcción de poblados permanentes, la configuración de los campos de cultivo y de las zonas de pastos (Criado Boado 1993a; Hernando Gonzalo 2002: 147 y ss.). Desde este momento las comunidades organizarán su mundo de acuerdo al ciclo agrario, de manera que la agricultura y la ganadería pasarán a dominar no solo el paisaje sino también el mundo cognitivo de las gentes de la Edad del Hierro (Williams 2003; Torres Martínez 2003-05: vol. II: 279-294; Chapa Brunet y Mayoral Herrera 2007: 27-33; Ruiz Zapatero et al. 2012b: 170-171).

3.4.2. Evidencias palinológicas de la sedentarización definitiva

En las últimas décadas, la proliferación de análisis paleoecológicos en nuestra área de estudio ha permitido un conocimiento cada vez más preciso del efecto de la antropización sobre el medio a lo largo del tiempo. El desarrollo de actividades agrícolas, ganaderas y de explotación de los recursos forestales en un mismo lugar durante un prolongado periodo de tiempo tiene un elevado impacto sobre la vegetación y el paisaje, por lo que sus efectos pueden ser documentados mediante la realización de análisis polínicos. Por ello, las evidencias palinológicas son especialmente relevantes a la hora de valorar la existencia de asentamientos permanentes en una zona determinada. A continuación, comentaremos los principales indicios del impacto humano sobre el medio constatados en los registros polínicos disponibles para la Primera Edad del Hierro en el occidente de la Meseta, empezando por los recuperados en contextos arqueológicos.

Para el Soto Inicial contamos con los estudios palinológicos realizados en los yacimientos de Guaya (Misiego Tejeda *et al.* 2005: 215-217; López Sáez y Blanco González 2005: 238; López Sáez *et al.* 2009a: 93-94), La Viña (López Sáez y Blanco González 2005: 238-240; López Sáez *et al.* 2009a: 94-95) y Castil de Cabras (San Miguel de Valero, Salamanca) (López Jiménez y López Sáez 2005: 11-14), aunque la cronología de este último es dudosa, ya que mientras su excavador lo adscribe al momento de transición entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro (López Jiménez 2003a: 134), otros autores lo sitúan entre 1300-1100 cal AC (Blanco González y López Sáez 2013: 107).

En el caso de Guaya las cuatro muestras analizadas permiten plantear la existencia de un paisaje abierto, con una cobertura arbórea relativamente baja, compuesta fundamentalmente por encinas y pinos, que va disminuyendo con el paso del tiempo, ya que el polen arbóreo (AP) pasa del 19-30% en la fase fundacional del asentamiento al 11-23% en los niveles de ocupación del sitio (fig. 3.9). Esta paulatina deforestación se debería muy posiblemente a la importante influencia humana sobre el entorno, detectada también a través de los elevados valores de gramíneas silvestres (>40% en tres de las muestras) que indican la existencia de prados para el ganado, la presencia de plantas ruderales características de ambientes antropizados y de polen de cereal (5-9%) que sería cultivado en los campos cercanos al poblado. De manera complementaria, a partir del estudio de la fauna encontrada en Guaya sabemos que el ganado mejor representado era el ovicaprino (22%), seguido del vacuno (17%) y, en menor proporción, el porcino (6%) y el equino (6%) (Misiego Tejeda *et al.* 2005: 217 y fig. 4).

En La Viña el análisis de 15 muestras indica la existencia de un paisaje de encinar muy abierto (el porcentaje de polen arbóreo se mantiene alrededor del 25% y hay una ausencia total de elementos del bosque ripario), dominado por extensas praderas de gramíneas (37-49%) con una clara vocación ganadera. El desarrollo de esta actividad a escala comarcal queda constatado,

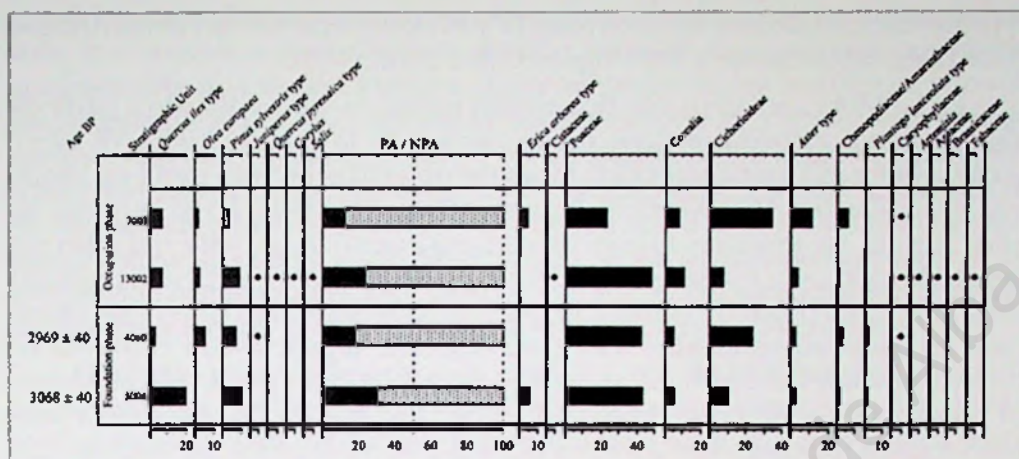


Fig. 3.9. Diagrama polínico del yacimiento arqueológico de Guaya (según López Sáez *et al.* 2009a: fig. 3).

además, por la presencia de determinados palinomorfos (*Plantago lanceolata* y *Urtica dioica*) y de microfósiles no polínicos de carácter coprófilo. Por otro lado, la abundancia del hongo *Glomus cf. fasciculatum* (7-24%), posiblemente estaría relacionada con los procesos erosivos derivados de las roturaciones y de la aridez del clima. Asimismo, la documentación de hongos carbonícolas podría deberse al uso del fuego para aclarar la vegetación o a incendios de carácter local o regional debido a las condiciones climáticas. Por último, la constatación de polen de cereal en 13 de las muestras, en porcentajes superiores al 3%, permite defender el desarrollo a nivel local de la agricultura.

En el Castil de Cabras las cuatro muestras positivas estudiadas apuntan a la existencia de un paisaje forestal más o menos abierto (35-42% de AP), con la encina y el roble melojo como especies principales. El bosque ripario parece gozar de una buena conservación. La flora herbácea representa cerca del 30-40% del polen total, destacando los porcentajes de gramíneas (15-20%) y de taxones nitrófilos (10%), característicos de las zonas más antropizadas. Además, se ha podido documentar la presencia de polen de cereal en tres de las muestras (3-4%, llegando hasta un 11% en una de ellas por probable aporte humano), lo que corroboraría su cultivo en las cercanías del asentamiento.

Para el momento de plenitud del Soto disponemos de los análisis palinológicos realizados en los sitios de La Mota (Mariscal Álvarez 1995: 345-349; Yll 1995), el Cerro de San Vicente (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 79-80) y Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) (González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002: 194-197). Este último presenta numerosos problemas metodológicos e interpretativos por lo que su utilidad es muy limitada (López Sáez y Blanco González 2005: 240-241). A pesar de ello, merece la pena resaltar la progresiva deforestación documentada en dicho estudio y la constatación de la presencia de polen de cereal desde los inicios del asentamiento, con una

representación máxima en los niveles IV y III pertenecientes al Hierro Antiguo (González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002: 195).

En La Mota contamos con dos análisis polínicos, uno realizado a partir de diez muestras extraídas en uno de los perfiles de la cata de 1989 (Yll 1995) y otro elaborado mediante cinco muestras obtenidas en otro perfil excavado en 1993 (Cuadro P9) (Mariscal Álvarez 1995: 345-349). En el primero de ellos tres de las muestras fueron descartadas, pero en las siete restantes sus resultados son muy similares: 40-50% de polen arbóreo y presencia continua de gramíneas y polen de cereal a lo largo de toda la secuencia, en este último caso en cantidad suficiente como para defender una actividad cerealista en las proximidades del sitio. En el estudio llevado a cabo por Mariscal Álvarez el porcentaje de AP en la muestra 3 es cercano al 42%, lo que dibuja unas formaciones boscosas más o menos densas, con predominio del encinar (casi el 35% del polen arbóreo) y con un importante porcentaje de especies riparias (aproximadamente el 22,5% del AP). Entre las herbáceas sobresalen las propias de baldíos, empleados como zonas de pastos (40% del polen no arbóreo o NAP), así como las gramíneas (un poco más del 24% del NAP). El análisis de los restos de fauna descubiertos en este sitio revela un dominio claro de los ovicaprinos (aproximadamente el 62% del Número de Restos) y del ganado vacuno (48% de la biomasa) (Morales Muñiz y Liesau von Lettow-Vorbeck 1995: 471 y tabla 4).

En el Cerro de San Vicente, de momento, tenemos escasa información del análisis palinológico realizado, puesto que solo se han publicado datos muy generales de los resultados obtenidos, sin hacer referencia a los porcentajes correspondientes a cada especie y sin acompañarlos del correspondiente diagrama polínico. A pesar de ello, este estudio contiene datos interesantes ya que constata la disminución del número de taxones arbóreos a medida que se asciende en la estratigrafía, posiblemente debido a una actividad agrícola cada vez más intensa. Esta, sin embargo, no parece afectar al bosque galería, por lo que habría una cierta estabilidad en los entornos fluviales. Además, este análisis arqueopalinológico documenta abundantes gramíneas cultivadas y plantas ruderales (asteráceas y *Plantago*). Para este yacimiento contamos con un estudio faunístico en el que sobresale la importancia de la cabaña de ovicápridos (30-45%), seguida de la porcina (15-25%) y la bovina (11-24%). Asimismo, destacan los patrones de sacrificio (ejemplares adultos y subadultos), ya que indican un aprovechamiento intensivo de los animales (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 80-83).

Para la parte meridional de nuestra zona de estudio disponemos de dos análisis palinológicos elaborados en los yacimientos del Cerro de la Mesa (Chapa Brunet et al. 2013: 151-155) y Talavera la Vieja (Hernández Carretero 2006: 52-55). Este último, realizado a partir del sedimento que acompañaba a los restos óseos recuperados en el interior de una urna cineraria, dibuja un paisaje adhesado compuesto por un bosque de robles melojos con importantes zonas abiertas ocupadas por amplios pastizales (79,1% de NAP). La escasa

presencia de polen arbóreo de especies riparias indica que las orillas del río Ibor, que correría a poca distancia del sitio, estarían muy deforestadas debido posiblemente a la acción humana. Entre el grupo de las herbáceas, además de las gramíneas (20,4%), destaca la documentación de diversas especies de carácter nitrófilo, así como de palinomorfos indicativos de la presencia de animales domésticos en las proximidades del asentamiento (*Plantago*). También se ha identificado polen de cereal (1,4%), aunque no en cantidad suficiente como para asegurar su cultivo local. Sin embargo, se ha constatado la presencia de determinados microfósiles relacionados con el uso del fuego para el aclarado de la vegetación y el posible establecimiento de campos de cultivo.

El estudio polínico llevado a cabo en el Cerro de la Mesa abarca toda la Edad del Hierro, pero aquí solo trataremos los datos correspondientes al Hierro I (serie inferior de la columna polínica). Dicha serie está elaborada a partir de seis muestras positivas tomadas en la base de uno de los perfiles de la fosa-vertedero ya mencionada con anterioridad. Entre sus resultados cabe destacar la documentación de la disminución progresiva del porcentaje de polen arbóreo, desde el 54% inicial al 28-34% de las muestras más superficiales. De esta manera, este análisis apunta a la existencia de un paisaje de encinar muy aclarado con amplios pastizales de gramíneas. Otra serie de herbáceas que también abundan son las de carácter antrópico y nitrófilo (sobre todo *Cichorioideae* y *Aster*). La constatación de arbustos pirófilos como las jaras y los brezos, así como de microfósiles de especies carbonícolas, permite plantear el uso del fuego para aclarar el bosque. En este yacimiento no se han encontrado restos de polen de cereal, pero sí parece que hubo una cierta presión pastoril en sus cercanías, dada la relativa profusión de palinomorfos antropozoógenos. Esta actividad ganadera estaría básicamente protagonizada por bovinos y ovicaprinos, según ha revelado el análisis de los restos óseos encontrados (Chapa Brunet et al. 2013: 161).

A estos estudios palinológicos realizados en yacimientos arqueológicos hay que unir los análisis llevados a cabo en contextos turbosos. En nuestra zona de estudio dichos trabajos se concentran en torno al Sistema Central (López Sáez et al. 2014). A pesar del gran número de secuencias polínicas procedentes de turberas publicadas en los últimos treinta años, su utilidad en muchos casos es limitada al carecer de dataciones radiocarbónicas que permitan establecer la cronología de los cambios detectados en el paisaje (López Sáez et al. 2003: 130; 2014: 99). Por ello, en nuestro breve repaso a los principales indicios de antropización del medio documentados en los registros polínicos recuperados en turberas, solo aludiremos a los depósitos cuyas secuencias puedan situarse con cierta seguridad en la Primera Edad del Hierro.

En la Sierra de Gata contamos con las evidencias del impacto humano constatadas en el estudio realizado en la turbera de El Payo, junto al puerto de Santa Clara, a 1000 m de altitud (Abel Schaad et al. 2009). En el diagrama polínico elaborado se observa un gran descenso del polen arbóreo entre ca. 950 y 650 cal AC, con un valor máximo de deforestación hacia 850 cal AC (*ibid.*:

fig. 3). Esta va acompañada de un significativo aumento de especies arbustivas como *Erica arborea* y de una expansión de los pastizales, seguramente debido al uso del fuego por parte de las comunidades humanas. Además, se ha documentado un incremento de palinomorfos antropozoógenos (en especial *Aster*, *Rumex acetosella* y *Urtica dioica*), de especies pirófilas (*Asphodelus albus*) y de microfósiles de ecología coprófila. Todo ello apunta a una intensificación de los usos ganaderos en esta zona.

En la Sierra de Béjar tenemos importantes indicios de antropización del medio en la turbera de Peña Negra, situada a 1000 m s.n.m. (Abel Schaad y López Sáez 2013). En este depósito, entre ca. 1470 y 530 cal AC, se ha constatado un aumento en los porcentajes de una especie pionera como el avellano y una expansión de los helechos, lo que indicaría una deforestación continuada a lo largo de este periodo. La presencia de *Asphodelus albus*, entre otras evidencias, apunta al aclarado de la vegetación mediante el uso del fuego. Otros elementos que muestran el impacto humano sobre el paisaje serían la documentación de alrededor de un 2% de *Cerealia* (incluyendo centeno) y los niveles máximos de *Aster*, *Urtica* y de hongos coprófilos. En la misma sierra, en las turberas de El Quemal (Candelario, Salamanca), localizada a 1840 m de altitud, y La Covatilla (Navacarros, Salamanca), ubicada a 1980 m s.n.m., los indicios del primer impacto antrópico son más tardíos (ca. 700-600 cal AC) y están asociados al uso pastoril de estas zonas elevadas (Blanco González y López Sáez 2013: 108).

En la Sierra de Ávila disponemos del análisis llevado a cabo en la turbera de Narrillos del Rebollar, a 1560 m s.n.m. (fig. 3.10) (Dorado Valiño et al. 2001; López Sáez y Blanco González 2005: 241-243; López Sáez et al. 2009a: 95-96). El diagrama polínico confeccionado muestra la existencia entre ca. 1500 y 850 cal AC de un paisaje muy similar al detectado en Guaya o La Viña, aunque su mayor altitud no permite detectar un impacto humano sobre el medio tan intenso como el documentado en esos dos yacimientos. Sin embargo, hacia 800 cal AC el incremento en los valores de taxones antrópicos como *Cerealia*, *Artemisia*, *Plantago lanceolata* y *Rumex acetosa*, refleja un aumento de la presión pastoril y el comienzo de las actividades agrícolas en esta zona serrana.

Por último, fuera ya del ámbito del Sistema Central contamos con el estudio realizado en una laguna localizada en Almenara de Adaja (Valladolid), en plena Tierra de Pinares, a una altitud de 784 m s.n.m. (López Merino et al. 2009). En la secuencia obtenida se observa una progresiva disminución del polen arbóreo a lo largo de la Edad del Hierro (el porcentaje de AP pasa del 45 al 20% entre ca. 850 y 75 cal AC), lo que dibuja un paisaje sumamente deforestado con predominio de especies herbáceas. También se han documentado elementos de carácter antrópico y nitrófilo como Cichorioideae y *Aster*, así como palinomorfos indicativos de la presión pastoril en la zona (*Plantago lanceolata* y *Urtica dioica*). Además, se ha detectado la presencia esporádica de cultivos de cereal en este intervalo temporal.

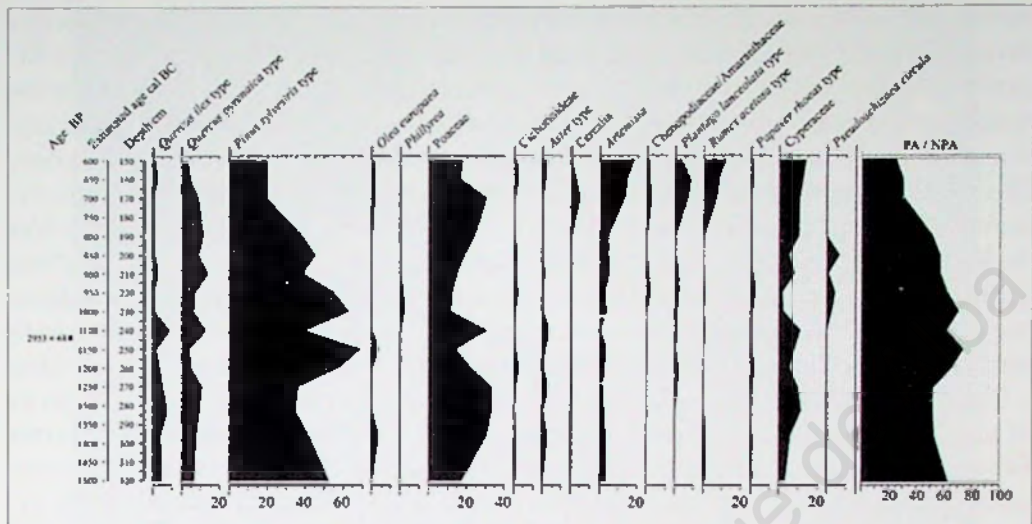


Fig. 3.10. Diagrama polínico de la turbera de Narrillos del Rebollar (Ávila) (según López Sáez *et al.* 2009a: fig. 5).

En resumen, los análisis palinológicos llevados a cabo en diversos yacimientos arqueológicos de la Primera Edad del Hierro en nuestra zona de estudio, muestran un grado de antropización del paisaje acorde al establecimiento definitivo de las comunidades humanas en estos sitios. Durante este periodo parece existir una tendencia general de disminución de las masas arbóreas, muy posiblemente provocada por la quema intencionada de los bosques (Mariscal Álvarez *et al.* 1995: 434; Chapa Brunet y Mayoral Herrera 2007: 156-157) con el objetivo de conquistar nuevos terrenos para la agricultura y/o aumentar las extensiones de pastizales para uso ganadero. Por otro lado, los estudios realizados en turberas y lagunas ubicadas en los fondos de valle o en posiciones de media montaña, indican que el aclarado de la vegetación en estas zonas se llevaría a cabo para intensificar las actividades agrícolas y ganaderas iniciadas en épocas anteriores. Finalmente, los resultados de los análisis realizados en las turberas situadas en áreas más elevadas (El Quemal y La Covatilla) plantean la puesta en explotación por primera vez de estas zonas serranas con el propósito de incrementar los pastos de verano. Este aprovechamiento de zonas tradicionalmente marginales parece coincidir en el tiempo con el proceso de colonización de nuevos paisajes emprendido desde las áreas de asentamiento prehistórico recurrente en la Meseta Norte; fenómeno descrito por Blanco González (2010a: 368-372; 2010d: 169-171) y ya mencionado previamente.

3.4.3. Los patrones de poblamiento

Antes de comenzar con el análisis de la ocupación del territorio por parte de las comunidades del Primer Hierro creemos necesario realizar una valoración crítica de los datos disponibles sobre el poblamiento de este periodo en

nuestra zona de estudio. Si comparamos el mapa de los grupos de la transición Bronce-Hierro y el Hierro Antiguo en el oeste de la Meseta elaborado por Álvarez-Sanchís (2003c: fig. 14) con el mapa de la fig. 3.11 –que no incluye los hallazgos aislados–, podemos comprobar el gran avance producido en el conocimiento de la dispersión de yacimientos de esta etapa en los últimos años. Ello se debe en buena medida, como hemos visto en el capítulo 2, a las campañas de prospección emprendidas por la administración para la elaboración de los inventarios arqueológicos provinciales (Quintana López y Cruz Sánchez 1996; Esparza Arroyo *et al.* 1999; Fabián García 1999), al aumento considerable en el número de intervenciones arqueológicas de urgencia derivadas de la burbuja inmobiliaria y del desarrollo de grandes infraestructuras (López Sáez y Blanco González 2005: 238-240; Misiego Tejeda *et al.* 2005; Fabián García *et al.* 2010), así como a diversos proyectos de investigación doctoral (Martín Bravo 1999; López Jiménez 2003b; Blanco García 2006b; Fernández Freire 2008; Blanco González 2009a; Mateos Leal 2016). Pero, la calidad de la información disponible para los 139 enclaves localizados es muy desigual (ver anexo I). La mayor parte de ellos (109) solo son conocidos mediante someras descripciones realizadas a partir de unos pocos restos materiales descubiertos en prospecciones de superficie. Esto provoca que en muchos casos desconozcamos su extensión real y que incluso haya dudas sobre su adscripción cronológica a este periodo. En el otro extremo, contamos con 30 sitios excavados, aunque aquí también es necesario distinguir entre yacimientos abiertos en una pequeña extensión y enclaves excavados de forma amplia, conocidos en profundidad a través de publicaciones monográficas que dan cuenta de los resultados obtenidos en dichas intervenciones.

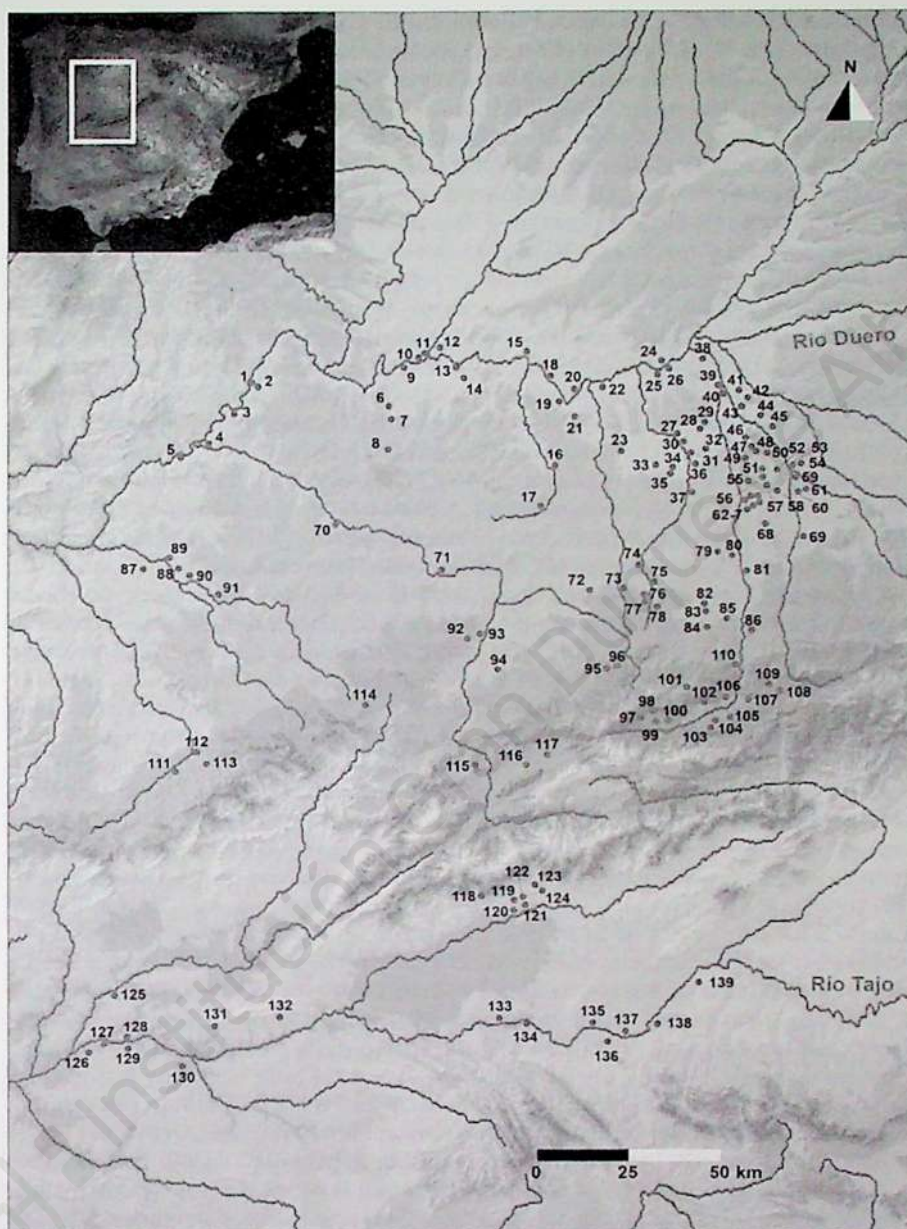


Fig. 3.11. Poblamiento de la Primera Edad del Hierro en el occidente de la Meseta: 1. Las Fraguas (Cozcurrita, Fariza, Zamora); 2. El Castillo (Fariza, Zamora); 3. El Castro (Fornillos de Fermoselle, Villar del Buey, Zamora); 4. Fermoselle (Zamora); 5. Virgen del Castillo (Pereña de la Ribera, Salamanca); 6. Los Castillos (Las Enillas, Pereruela, Zamora); 7. Los Castillos (La Tuda, Pereruela, Zamora); 8. El Castillo (Peñausende, Zamora); 9. El Castro (Zamora); 10. Zamora; 11. La Aldehuela (Zamora); 12. Valdegallinas II (Zamora); 13. Los Castros/Valcuevo/¿El Alba? (Villalazán, Zamora); 14. El Viso (Bamba, Madridanos, Zamora); 15. Toro (Zamora); 16. Cuesta El Pico (Castrillo de la Guareña, Zamora); 17. Vallesa de la Guareña (Zamora); 18. La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid); 19. La

Muela-Castronuño (Castronuño, Valladolid); 20. Casa del Barquero (Castronuño, Valladolid); 21. Las Alamedas (Castronuño, Valladolid); 22. Los Calvillos II/El Barrero (Pollos, Valladolid); 23. El Cesto I (Nueva Villa de las Torres, Valladolid); 24. La Moraleja I (Tordesillas, Valladolid); 25. La Peña (Tordesillas, Valladolid); 26. Riberilla (La Seca, Valladolid); 27. La Mota (Medina del Campo, Valladolid); 28. San Antón I (Pozal de Gallinas, Valladolid); 29. El Lucero (Pozal de Gallinas, Valladolid); 30. Los Mártires I y II (Medina del Campo, Valladolid); 31. Las Quintanas II (Gomeznarro, Medina del Campo, Valladolid); 32. La Sarteneja/Prado Redondo (Moraleja de las Panaderas, Valladolid); 33. El Juncal (Velascálvaro, Valladolid); 34. Tobar (San Vicente del Palacio, Valladolid); 35. La Moralta (San Vicente del Palacio, Valladolid); 36. El Ciruelo (Gomeznarro, Medina del Campo, Valladolid); 37. El Torrejón/El Cubillo (Honalada, Salvador, Valladolid); 38. El Espino (Villanueva de Duero, Valladolid); 39. El Matacán (Valdestillas, Valladolid); 40. Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid); 41. El Pisón (Mojados, Valladolid); 42. Los Hornos (Alcazarén, Valladolid); 43. Cotarra Brazuelas II (Alcazarén, Valladolid); 44. Dehesa de Doña María (Olmedo, Valladolid); 45. La Dehesa/Las Culebras/La Llosa (Pedrajas de San Esteban, Valladolid); 46. Cuesta Redonda (Olmedo, Valladolid); 47. La Monja (Aguasal, Valladolid); 48. Canales (Llano de Olmedo, Valladolid); 49. Fuente la Reina/La Olma (Fuente-Olmedo, Valladolid); 50. Eras de los Perros (Llano de Olmedo, Valladolid); 51. Los Casares (Fuente-Olmedo, Valladolid); 52. Tornacarros (Ciruelos de Coca, Coca, Segovia); 53. Cuesta del Mercado (Coca, Segovia); 54. Las Negreras (Coca, Segovia); 55. La Calzadilla (Puras, Valladolid); 56. La Vaca (Fuente de Santa Cruz, Segovia); 57. El Merino (Villagonzalo de Coca, Coca, Segovia); 58. Prado Arroyo/Vaca II (Villagonzalo de Coca, Coca, Segovia); 59. Coca (Segovia); 60. Pinar Nuevo/Bodonazos (Coca, Segovia); 61. El Clavo/Los Manaderos (Coca, Segovia); 62. Las Guardillas/Montejo 1 (Montejo de Arévalo, Segovia); 63. Fuente Tárraga/Montejo 11 (Montejo de Arévalo, Segovia); 64. La Tesorera/Montejo 7 (Montejo de Arévalo, Segovia); 65. Viña Mayor (Montejo de Arévalo, Segovia); 66. Los Bodones II/Montejo 8 (Montejo de Arévalo, Segovia); 67. Los Bodones I/Montejo 9 (Montejo de Arévalo, Segovia); 68. Bocahierro (San Cristóbal de la Vega, Segovia); 69. El Muerto (Juarros de Voltoya, Segovia); 70. Ledesma (Salamanca); 71. Cerro de San Vicente (Salamanca); 72. Camino de Cantaracillo (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca); 73. Sepulcro (Flores de Ávila, Ávila); 74. La Iglesia (Cisla, Ávila); 75. El Prayuso (Fontiveros, Ávila); 76. Fuente de Jaraices (Rivilla de Barajas, Ávila); 77. Cruz de San Marcos (Rivilla de Barajas, Ávila); 78. Urracabezas II (Pascualgrande, Crespos, Ávila); 79. Las Laderas (Palacios Rubios, Nava de Arévalo, Ávila); 80. Cerro de la Laguna (Vinaderos, Nava de Arévalo, Ávila); 81. La Tejeda (Orbita, Ávila); 82. Prado Galindos II (Cabizuela, Ávila); 83. Prado Galindos III (Cabizuela, Ávila); 84. Riocabadillo (Riocabado, Ávila); 85. Rompido de las Berlanas (Hernansancho, Ávila); 86. Arroyo del Prado (Pozanco, Ávila); 87. Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca); 88. Los Castillos (Gema, Yecla de Yeltes, Salamanca); 89. Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca); 90. Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca); 91. Los Castillos (Pozos de Hinojo, Salamanca); 92. Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca); 93. El Torrejón (Alba de Tormes, Salamanca); 94. El Guijo-El Castillo (Alaraz, Salamanca); 95. Los Gujares (Mirueña de los Infanzones, Ávila); 96. Cerro de la Horca I (Mirueña de los Infanzones, Ávila); 97. Las Zorreras (Muñana, Ávila); 98. Los Arenalones (Guareña, La Torre, Ávila); 99. El Cogote II (La Torre, Ávila); 100. Las Torrecillas (Santa María del Arroyo, Ávila); 101. Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila); 102. La Lomilla (Muñopepe, Ávila); 103. El Campillo (Gemuño, Ávila); 104. El Pradillo (Gemuño, Ávila); 105. Los Pajines (Ávila); 106. Cerro de la Cabeza/Bascoarrabal (Ávila); 107. La Viña/Fuente de la Alpargala/Ventorro de la Rana (Ávila); 108. Solana Angosta (Bernúy-Salineró, Ávila, Ávila); 109. Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila); 110. Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila); 111. El

Castillo (Herguizuela de Ciudad Rodrigo, Salamanca); 112. Lerilla (Zamarra, Salamanca); 113. Los Castillejos (Zamarra, Salamanca); 114. Castil de Cabras (San Miguel de Valero, Salamanca); 115. Las Paredejas (Medinilla, Ávila); 116. Castillo Bayuela (Hoyorredondo, Ávila); 117. Cerro del Río (Mesegar de Corneja, Ávila); 118. Cerro Castrejón (Viandar de la Vera, Cáceres); 119. Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres); 120. Rabinche (Villanueva de la Vera, Cáceres); 121. El Tudal (Villanueva de la Vera, Cáceres); 122. Rocastaño 1 (Villanueva de la Vera, Cáceres); 123. Cerro Romartín (Madrigal de la Vera, Cáceres); 124. El Castañar (El Raso, Candeleda, Ávila); 125. El Perihuelo (Ceclavín, Cáceres); 126. Los Manchones (Mata de Alcántara, Cáceres); 127. La Muralla (Alcántara, Cáceres); 128. Peñas del Castillejo (Acehúche, Cáceres); 129. El Castillón de Abajo (Alcántara, Cáceres); 130. Los Castillones de Araya (Garrovillas de Alconétar, Cáceres); 131. La Silleta (Cañaveral, Cáceres); 132. Cancho de la Porra (Mirabel, Cáceres); 133. La Muralla (Valdehúncar, Cáceres); 134. Talavera la Vieja (Bohonal de Ibor, Cáceres); 135. Rollo (Alcolea de Tajo, Toledo); 136. Calera de Fuentidueña (Azután, Toledo); 137. Cerro de la Mesa (El Bercial, Alcolea de Tajo, Toledo); 138. Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo); 139. Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo) (a partir de las informaciones contenidas en Esparza Arroyo 1990a; Sacristán de Lama *et al.* 1995; Quintana López y Cruz Sánchez 1996; Martín Valls 1998; Fabián García 1999; Martín Bravo 1999; Álvarez-Sanchís 2003c; López Jiménez 2003a; b; Ramos Fraile 2005; Blanco García 2006b; Fernández Freire 2008; Blanco González 2009a; Sacristán de Lama 2010; Charro Lobato y Cabrera Díez 2011; Blanco García 2014b; Portilla Casado 2014; 2015; Mateos Leal 2016).

Asimismo, dentro del área de estudio existen importantes diferencias territoriales en el volumen de información disponible. En el suroeste de la Submeseta Norte hay un claro desequilibrio entre la zona oriental (sur de Valladolid, noroeste de Segovia y la mayor parte de la provincia de Ávila) y la occidental (sur de Zamora y Salamanca casi en su totalidad). Esta diferencia tan pronunciada, al menos en el caso del área oriental salmantina, podría deberse a discrepancias en los criterios utilizados en las campañas de prospección provinciales para la elaboración del Inventario Arqueológico de Castilla y León (Blanco González 2010d: 167). Para esta zona de la cuenca del Duero contamos con 24 yacimientos excavados (21% del total de asentamientos conocidos), pertenecientes tanto al Soto Inicial como al Pleno (fig. 3.12). Entre los yacimientos de esta región no consignados en el mapa de la fig. 3.11 ni en el anexo I se encuentran una serie de establecimientos ubicados en la comarca zamorana de Sayago, en los cuales han aparecido materiales cerámicos que no se pueden adscribir con seguridad al mundo del Soto (Ramos Fraile 2005: nota 2). Por su parte, en el valle medio del Tajo el poblamiento se sitúa mayoritariamente en torno a dicho río, lo que provoca que apenas tengamos información sobre comarcas tan extensas como el Campo Arañuelo o el Valle del Alagón. La distribución de los sitios en los que se han llevado a cabo excavaciones arqueológicas también es desigual, puesto que los 6 yacimientos intervenidos (27% del total de enclaves localizados) se encuentran en la mitad oriental de este tramo de la cuenca del río Tajo. Finalmente, entre los yacimientos ubicados al sur del Sistema Central que aparecen listados en la fig. 3.11 y en el anexo I no se encuentra el sitio de la Cabeza del Oso (El Real de

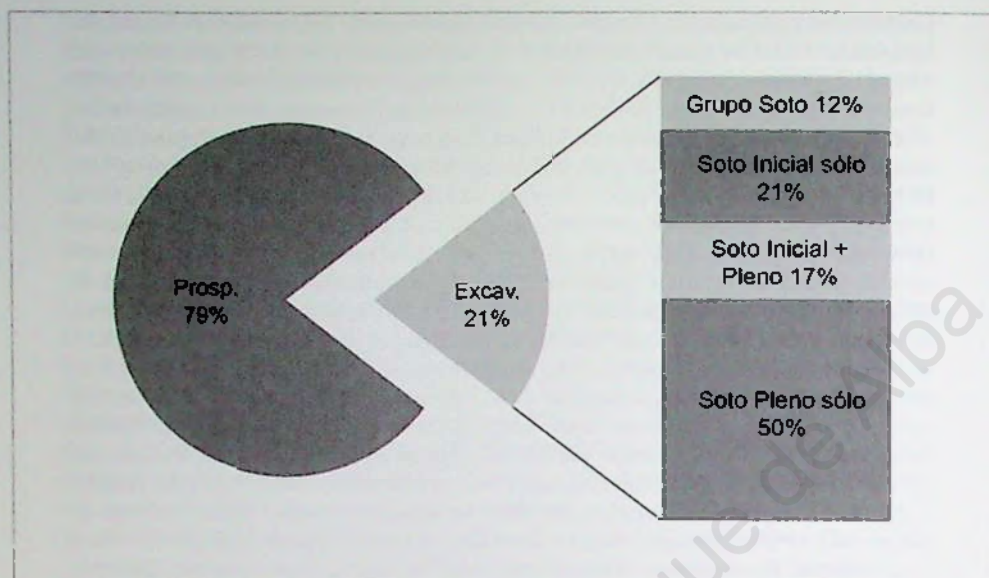


Fig. 3.12. Representación porcentual de los yacimientos conocidos mediante prospección y excavación en el suroeste de la cuenca del Duero, así como de la cronología de los sitios intervenidos.

San Vicente, Toledo) ya que, aunque en una publicación reciente (Moraleda Olivares y de la Llave Muñoz 2015: 204) se contempla su adscripción al Bronce Final-Hierro I, los materiales y estructuras conocidos hasta la fecha apuntan más bien hacia la ocupación del enclave durante el Bronce Antiguo (Barrio Aldea 1992; Delibes de Castro 2003: 68).

Además, en el caso de los asentamientos localizados entre el Duero y el Sistema Central su adscripción cronológica a la fase inicial o de plenitud del grupo Soto resulta problemática. En numerosas ocasiones los lotes cerámicos obtenidos en prospección son demasiado escasos como para permitir esta distinción (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 14). Esto explica por qué casi el 43% de los yacimientos del Hierro I ubicados en la parte septentrional de nuestra área de estudio están clasificados bajo la etiqueta genérica de «grupo Soto» (fig. 3.13). Este elevado número de sitios sin una cronología más ajustada suponen un problema importante a la hora de definir los patrones de poblamiento característicos de cada fase. No obstante, a partir del análisis de los enclaves adscritos a un momento concreto del desarrollo del mundo del Soto, se pueden plantear ciertos rasgos generales sobre el tipo de emplazamiento elegido de forma preferente en cada etapa.

De esta manera, el poblamiento del Soto Inicial se caracterizaría, en primer lugar, por presentar una distribución concentrada fundamentalmente en dos sectores del área de estudio: el Valle Amblés y las campiñas de la zona nororiental (comarcas de la Tierra de Medina y la Tierra de Pinares). En dichos sectores se encuentra el 85% de los asentamientos adscritos a la fase inicial del grupo Soto y los 13 yacimientos de esta fase que presentan vestigios

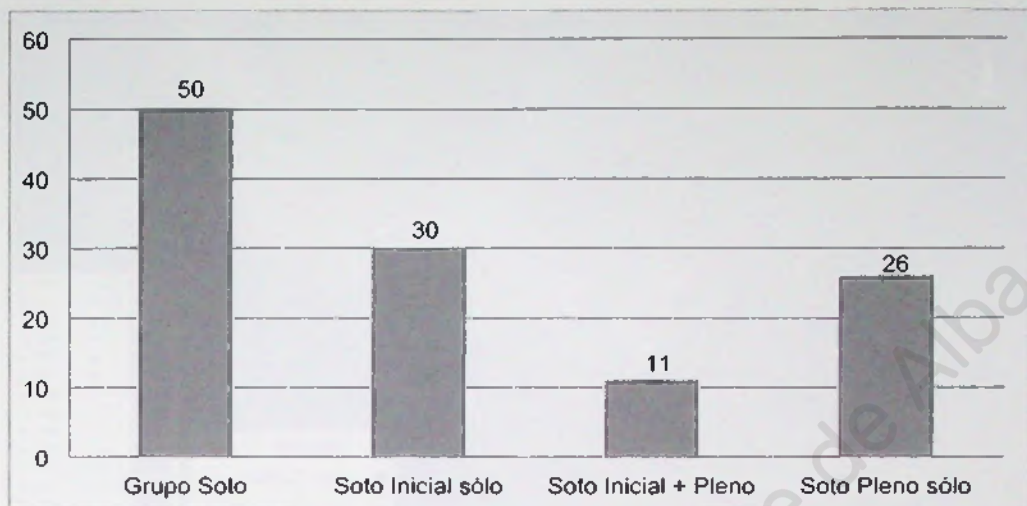


Fig. 3.13. Adscripción crono-estilística del poblamiento del Hierro Antiguo en el suroeste de la Submeseta Norte.

previos pertenecientes a las distintas etapas de Cogotas I. Esto se debe a que estas dos zonas forman parte del área de poblamiento recurrente de los grupos prehistóricos meseteños desde al menos el Neolítico (Blanco González 2010a). Fuera de estos dos ámbitos espaciales contamos con los enclaves del Soto Inicial recientemente localizados en La Guareña (Portilla Casado 2014; 2015), el enterramiento tumular del Cerro de San Pelayo (Benet 1990; López Jiménez y Benet 2004) y los tres sitios ubicados en el suroeste de la provincia de Salamanca, aunque la cultura material de estas tres últimas estaciones esté más emparentada con los ámbitos cacereño y beirano (López Jiménez 2003b: 168-179).

En el Valle Amblés los diferentes estudios espaciales realizados han detectado un cambio notable en el patrón de poblamiento a partir de la etapa inicial del mundo soteño (Fabián García 1999; López Sáez y Blanco González 2005; Blanco González 2008; López Sáez *et al.* 2009a). En este momento se ha constatado la elección de emplazamientos alejados de las zonas más bajas del valle, por lo que los poblados se establecerán en los rebordes serranos en las cercanías de cursos fluviales secundarios (fig. 3.14). Posiblemente, este cambio en las pautas de asentamiento se debería al agotamiento de las tierras del fondo del valle, provocado por el uso reiterado del fuego para aclarar la vegetación (Blanco González 2008: 119). De este modo, ahora los yacimientos ocuparán la ladera de las estribaciones serranas que bordean el valle o lomas elevadas sobre los terrenos sedimentarios de la fosa del Amblés (figs. 3.15 y 3.16), buscando así un fácil acceso a un amplio abanico de recursos agropecuarios. Estos enclaves del Soto Inicial se encuentran a una altitud muy similar (entre los 1080 y los 1150 m s.n.m.), pero su tamaño, medido a partir de los restos encontrados en superficie, es más diverso, ya que hay sitios como La Lomilla (Muñopepe) o La Viña que no alcanzan la hectárea y estaciones como

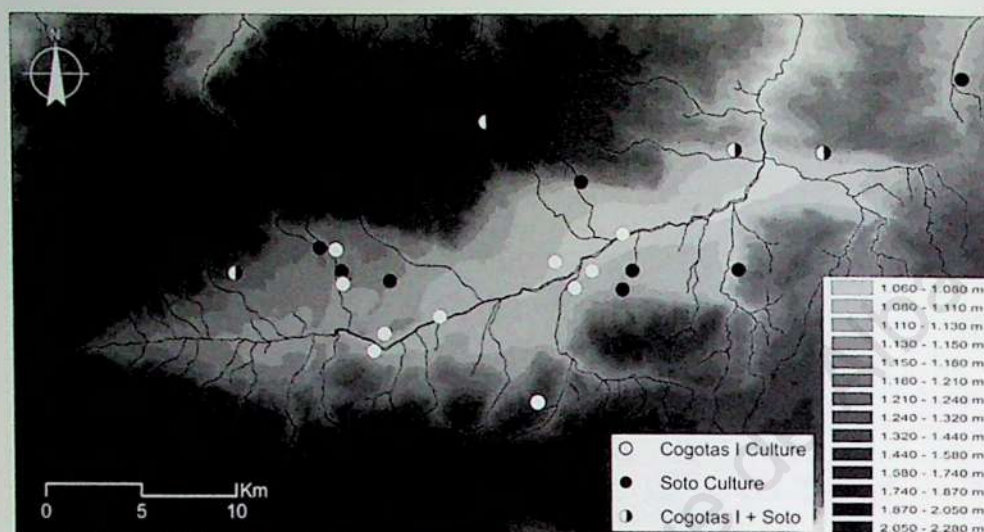


Fig. 3.14. Distribución de los asentamientos de Cogotas I y el grupo Soto en el Valle Amblés (según López Sáez *et al.* 2009a: fig. 2, modificado).

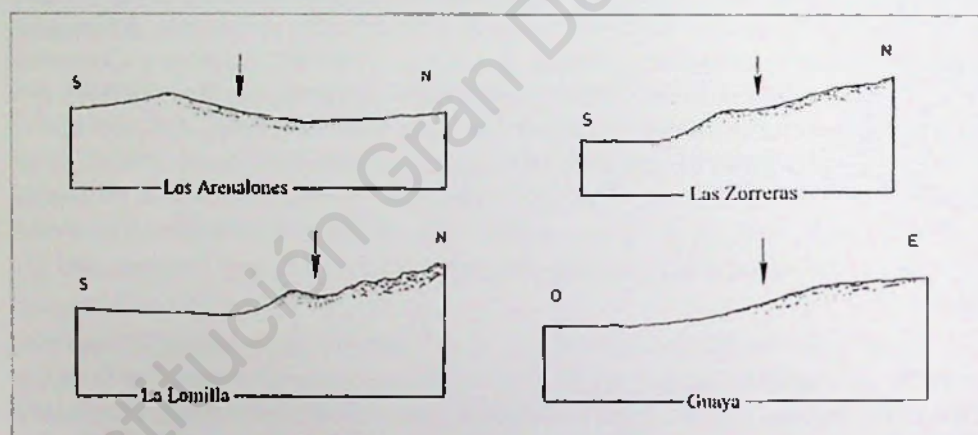


Fig. 3.15. Perfiles topográficos de varios yacimientos del Soto Inicial ubicados en el Valle Amblés (según Fabián García 1999: fig. 2).

El Cogote II (La Torre) que ocupa una superficie aproximada de 13,5 ha. Su distribución por el Valle Amblés es bastante equilibrada aunque el mencionado asentamiento de El Cogote II y el yacimiento de Los Arenalones (Guareña, La Torre) solo estén separados 1600 m en línea recta (Blanco González 2009a: vol. II (1): 197-198). La relativa situación de prominencia en el paisaje del primero y su mayor tamaño pueden llevar a pensar en una subordinación del núcleo de Los Arenalones. Sin embargo, su cercanía puede explicarse también a partir de una hipotética ocupación sucesiva de estos sitios, primero en Los Arenalones y en un momento más avanzado en El Cogote II. Sobre el carácter permanente de los enclaves repartidos por el valle puede aducirse la entidad

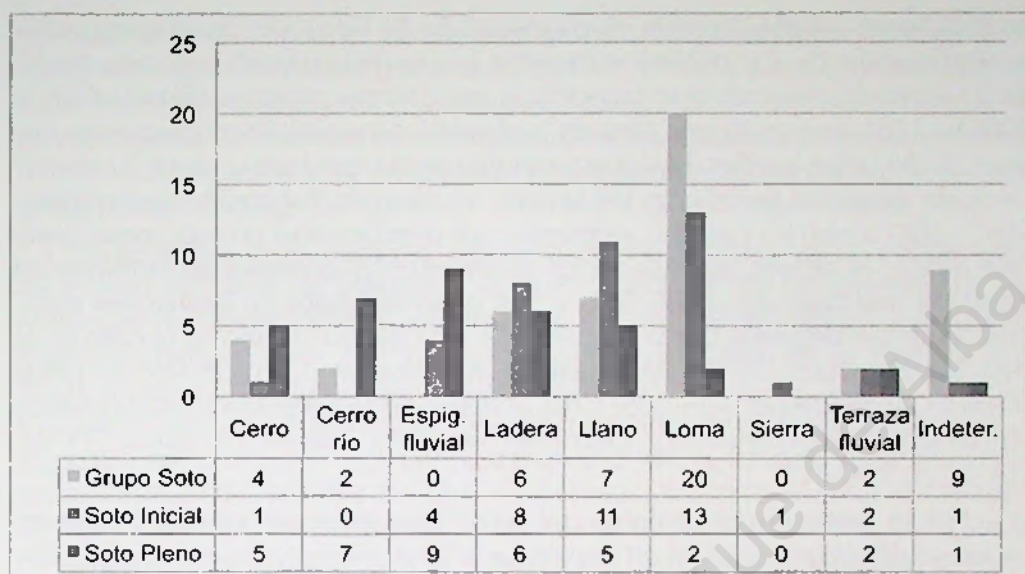


Fig. 3.16. Tipos de emplazamiento de los enclaves de la Primera Edad del Hierro en el suroeste de la cuenca del Duero.

de los restos encontrados en Guaya (Misiego Tejeda *et al.* 2005) y, como ya hemos visto, la prolongada ocupación de este sitio. Asimismo, la cultura material hallada en el Cerro de la Cabeza/Bascoarrabal, en Ávila capital, parece indicar que esta estación pudo estar ocupada durante las dos fases del grupo Soto (Blanco González 2009a: vol. II (1): 68-76).

En las campañas de la Tierra de Medina y la Tierra de Pinares los distintos trabajos espaciales llevados a cabo en los últimos años han constatado una clara asociación del poblamiento del Soto Inicial a los recursos hídricos de la zona, especialmente a los numerosos humedales localizados en estas comarcas, en forma de lagunas, charcas, bodones y lavajos (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 43-44; Blanco García 2006b: 291-295; Blanco González 2009a: vol. I: 445-455). Este patrón de poblamiento es muy similar al detectado entre los grupos de Cogotas I por lo que no debe extrañar la presencia de cerámicas cogoteñas en 10 de los asentamientos de la fase inicial del Soto de esta área. Esta coincidencia, como ya se ha comentado, se debería posiblemente a la concentración en esta zona de terrenos aptos para el desarrollo de su economía mixta. En este momento los yacimientos se establecen en el llano o en relieves alomados de escasa entidad (fig. 3.16), a una altitud que oscila entre los 660 y los 866 m s.n.m. Su tamaño varía bastante puesto que hay numerosos enclaves pequeños que no alcanzan la hectárea de superficie, una cantidad similar de sitios con una extensión entre 1 y 10 ha y, finalmente, cinco estaciones cuya superficie oscila entre las 12 y las 29,5 ha: Dehesa de Doña María, El Ciruelo, La Dehesa/Las Culebras/La Llosa, La Sarteneja/Prado Redondo y Sieteiglesias (ver anexo I). A pesar de estas diferencias de tamaño no parece haber elementos suficientes para pensar en una jerarquización de

las estaciones soteñas en esta etapa inicial. En la Tierra de Pinares segoviana la distribución de los poblados muestra cierta regularidad, con una media de 3358 m de distancia con respecto al vecino más próximo (Blanco García 2006b: 473), lo que da una idea de la elevada densidad del poblamiento comarcal. De todos modos, hay que tener en cuenta que buena parte de los núcleos de pequeño tamaño serían simples «puntos de habitación recurrentes» (*ibid.*: 286). Entre los posibles asentamientos permanentes en esta zona habría que incluir, al menos, algunos de los yacimientos que presentan continuidad entre las dos fases del grupo Soto y que están ubicados en posiciones especialmente privilegiadas desde el punto de vista hídrico, como es el caso de la estación segoviana de Los Azafranales-Coca (Romero Carnicero *et al.* 1993; Blanco García 2006b: 196-209) y del poblado de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid) (Bellido Blanco y Cruz Sánchez 1993; Blanco González 2009a: vol. II (2): 316-322).

Por su parte, el poblamiento del Soto Pleno en el suroeste de la Meseta Norte se distribuye fundamentalmente a lo largo de los cauces fluviales principales, es decir, el río Duero y sus afluentes más importantes. Este hecho se explica por la necesidad de abastecer de agua a grupos más numerosos y concentrados en núcleos permanentes, pero también porque espigones y cerros elevados sobre los ríos constituyen algunos de los puntos de mayor altitud relativa en esta área (fig. 3.16) (Blanco González 2009a: vol. I: 432 y 490). Por ello, la territorialización en este momento parece ajustarse a los valles de los ríos, donde las comunidades buscarían acceder a una diversidad de recursos complementarios. Las aldeas controlarían unos territorios relativamente extensos, ya que la distancia media entre ellas es superior a los 10 km (*ibid.*: 432-433 y 490-491). Durante esta fase las zonas más densamente pobladas en la etapa anterior, el Valle Amblés y la Tierra de Pinares, serán ocupadas con una menor intensidad (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 48; Blanco González 2009a: vol. I: 433). A partir de esta constatación diversos autores han planteado un «movimiento migratorio» a nivel regional, que produciría un trasvase de población desde las áreas tradicionales de asentamiento hacia espacios hasta ahora poco atrayentes, como la Tierra de Campos, la Campiña de Villalar (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 48-50), las zonas serranas del occidente de Zamora y el norte de Soria y sectores periféricos de la Meseta Norte pertenecientes a las provincias de Soria, Burgos, León, Zamora y Salamanca (Blanco González 2010a: 368-372; 2010d: 169-171; Blanco González y López Sáez 2013). Este fenómeno respondería a un importante crecimiento demográfico (Esparza Arroyo 1995: 140; Fernández-Posse 1998: 154), favorecido por las nuevas condiciones climáticas del Subatlántico, y a la creciente presión humana sobre el entorno debido a la sedentarización definitiva en aldeas, que haría necesaria la colonización de nuevos terrenos fértiles para asegurar la reproducción del grupo (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 50). Dicha colonización se habría llevado a cabo de manera descoordinada, en momentos distintos del Hierro Antiguo, mediante movimientos migratorios

de corto alcance a lo largo de algunos de los principales valles fluviales de la Meseta (Blanco González 2010a: 372; 2010d: 171; Blanco González y López Sáez 2013). El resultado de este proceso habría sido la fundación de nuevas aldeas a partir del excedente demográfico de los enclaves ya existentes, mediante la duplicación o segmentación de las comunidades cada cinco o seis generaciones (Ortega Ortega 1999: 433-440; Esparza Arroyo 2009: 34).

En esta fase de plenitud la cabecera del río Adaja o Valle Amblés estaría dentro del área de influencia de Los Castillejos de Sanchorreja (p. ej. Maluquer de Motes 1958; González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002; González-Tablas Sastre 2005) y posiblemente del Cerro de la Cabeza (fig. 3.17), aunque este último sitio pudo abandonarse hacia el s. VII a.C. (Blanco González 2009a: vol. II (1): 71). Río abajo encontramos el yacimiento de Las Cogotas, cuya difusa ocupación durante esta etapa ha sido recientemente revisada (Blanco González 2010b). A continuación, en plena Moraña se sitúa La Tejada (Orbita, Ávila) (Blanco González 2009a: vol. II (2): 81-86) y en la confluencia con el río Eresma la estación de Sieteiglesias. Este último curso fluvial presenta también a partir de su tramo medio-bajo un poblamiento lineal protagonizado por dos importantes asentamientos localizados en el término municipal de Coca, el ya mencionado de Los Azafranales y la Cuesta del Mercado (Blanco García 1994). Cuesta Redonda en Olmedo (Valladolid), aunque alejado del cauce del río, sería el siguiente enclave de referencia debido a la entidad de sus restos y a su ubicación en un lugar destacado del paisaje (Blanco González 2009a: vol. I: 432). Con respecto al río Zapardiel, en su curso bajo sobresale la aldea situada sobre el cerro de La Mota, en una posición destacada sobre la planicie circundante (García Alonso y Urteaga Artigas 1985; Seco Villar y Treceño Losada 1993; 1995; Blanco García y Retuerce Velasco 2010).

A lo largo del río Duero contamos con importantes núcleos como La Peña (Tordesillas, Valladolid) (Blanco González 2009a: vol. II (2): 67-70), El Viso (Bamba, Madridanos, Zamora) (Esparza Arroyo 1990a) en un cerro imponente que domina visualmente un amplio territorio que incluye el sitio de Los Castros/Valcuevo en Villalazán (Zamora) (Martín Valls y Delibes de Castro 1982: 64-67), La Aldehuela (Zamora capital) en la confluencia con el río Valderaduey (Santos Villaseñor 1988; 1989; 1990), Zamora en el abrupto espigón que controla un importante vado y sobre el que se levantaría la ciudad medieval (Larrén Izquierdo 1999), El Castillo (Fariza, Zamora) (Ramos Fraile 2005) y el

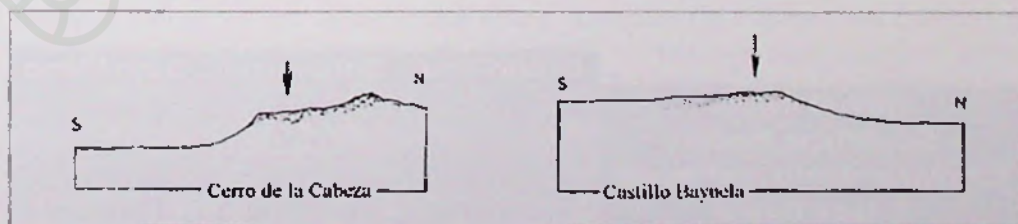


Fig. 3.17. Perfiles topográficos de los yacimientos abulenses del Cerro de la Cabeza (Soto Inicial-Pleno) y Castillo Bayuela (Soto Pleno) (según Fabián García 1999: fig. 2).

yacimiento localizado en el Teso de la Ermita de Nuestra Señora del Castillo (Pereña de la Ribera, Salamanca) (López Jiménez 2003b: 218-222). Estos últimos formarían parte de una de las «áreas de colonización» del Hierro I definidas por Blanco González (2010a: fig. 6), situada en la comarca de Los Arribes del Duero (entre Zamora y Salamanca). En el tramo alto del río Tormes destaca la conocida estación de Las Paredejas (Medinilla, Ávila) en la ladera del Cerro del Berrueco, que constituye una atalaya privilegiada sobre el entorno y un elemento visible desde lejos (p. ej. Fabián García 1986-87; 2005b). Aguas abajo se encuentra el Cerro de San Pelayo que, tras un aparente periodo de abandono, vuelve a ser ocupado hacia el s. V a.C. (López Jiménez y Benet 2004: 169-170). A continuación, sobresalen las aldeas del Cerro de San Vicente y Ledesma (Salamanca) en sendos cerros elevados sobre el río, distantes entre sí unos 35 km (Maluquer de Motes 1951; Martín Valls et al. 1992; Macarro Alcalde y Alario García 2012; Benet et al. 1991). Por último, los valles de los ríos Huebra y Águeda constituirían las otras dos zonas de nuestra área de estudio colonizadas durante la Primera Edad del Hierro según Blanco González (2010a: fig. 6; Blanco González y López Sáez 2013: fig. 2). El descubrimiento de unos pocos fragmentos de cerámicas soteñas en los asentamientos salmantinos del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Las Merchanas (Lumbrales) y El Castillo (Herguivuela de Ciudad Rodrigo) permite plantear la vinculación de estas zonas al mundo del Soto durante esta etapa de plenitud (Martín Valls 1998: 141-142; Esparza Arroyo y Blanco González 2008: 89).

Sin duda los patrones de poblamiento del Soto Inicial y Pleno esbozados aquí sufrirían modificaciones sustanciales si fuéramos capaces de adscribir temporalmente los 50 enclaves clasificados de manera genérica como pertenecientes al grupo Soto. A partir de la mayor similitud que presentan dichos núcleos y los sitios del periodo inicial del Soto (fig. 3.18) podríamos pensar que el grueso de los yacimientos sin una cronología concreta perteneciera al Soto Inicial, aunque es obvio que los indicios son insuficientes. De hecho, de admitir la existencia de una auténtica colonización de Los Arribes del Duero y los valles del Huebra y el Águeda, tendríamos que incluir las estaciones indefinidas temporalmente de estas áreas en la etapa de plenitud del mundo del Soto. Lamentablemente, el elevado grado de imprecisión aún existente impide confirmar la jerarquización del poblamiento que parece intuirse, al menos, en las zonas más densamente pobladas del área de estudio durante la fase soteña más reciente (Blanco García 2006b: 492; 2014b: 97).

	Grupo Soto	Soto Inicial	Soto Pleno
Altitud media	853	844	804
Superficie media	2,16	5,45	6,55
Emplazamiento preferente	Loma	Loma	Espigón
Cauce fluvial	Secundario	Secundario	Principal

Fig. 3.18. Tabla sintética de las características básicas del poblamiento del Primer Hierro en el suroeste de la Submeseta Norte, elaborada a partir de los datos contenidos en el anexo I.

Al sur del Sistema Central el poblamiento de la Primera Edad del Hierro se caracteriza, como hemos mencionado previamente, por presentar una distribución lineal a lo largo del río Tajo, aunque concentrada en dos sectores distintos separados por unos 60 km. El primero de dichos sectores sería el tramo comprendido entre Talavera de la Reina y el embalse de Valdecañas y el segundo la zona occidental de Cáceres desde la Sierra de Santa Marina-Mirabel hasta el área de Alcántara. Fuera de estas dos demarcaciones contamos con el poblado de El Castañar (El Raso, Candeleda, Ávila) (p. ej. Fernández Gómez et al. 1986-87: 268-270; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 99; Fernández Gómez 2005: 13-14) y los seis enclaves ubicados en la comarca cacereña de La Vera. Estos últimos, analizados en profundidad mediante SIG por Fernández Freire (2008), pueden agruparse en dos tipos distintos a partir de las características de su emplazamiento. Un primer conjunto lo formarían los yacimientos en altura del Cerro Castrejón (Viandar de la Vera) y el Cerro Romartín (Madrigal de la Vera), cuya localización en una posición prominente sobre el paisaje circundante buscaría, especialmente en el primer caso, un amplio dominio visual sobre el entorno, un acceso complicado debido al gran desnivel del terreno y el control de amplias zonas de pastos y de cultivos (aunque las labores agrícolas se verían dificultadas por las fuertes pendientes). El segundo grupo estaría integrado por el sitio de la Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera) (p. ej. Celestino Pérez y Martín Bañón 1999; Celestino Pérez 2008a; Fernández Freire 2008: 317-343) y tres núcleos aparentemente menores, posiblemente relacionados con aquel. Estas cuatro estaciones se caracterizan por su situación en lugares más llanos y, por tanto, sin pretensiones defensivas, con una cuenca visual muy limitada y una vocación fundamentalmente agrícola.

En el tramo del río Tajo que discurre por el occidente toledano y el Campo Arañuelo los estudios territoriales realizados han constatado una asociación del poblamiento a los vados que permitían cruzar el cauce de dicho río (Martín Bravo 1998; Chapa Brunet y Pereira Sieso 2006; Pereira Sieso 2008b). De este modo, en la orilla izquierda del Tajo disponemos del asentamiento de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo), que controlaría la vía de acceso al vado situado en Talavera de la Reina (Chapa Brunet y Pereira Sieso 2006: 127). Aguas abajo encontramos el yacimiento del Cerro de la Mesa, que dominaría el vado de Azután o Puente Pinos en la desembocadura del río Huso (p. ej. Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004; Chapa Brunet y Pereira Sieso 2006). Finalmente, en la zona del actual embalse de Valdecañas contamos con el poblado orientalizador de Talavera la Vieja, que controlaría el vado del mismo nombre (Martín Bravo 1998: 46-48; Celestino Pérez 2008a: 110; Salgado Carmona 2017). Estos tres sitios tienen en común su ubicación en alturas cercanas al cauce del río Tajo (fig. 3.19), posición que también ocupan los asentamientos del Rollo (Alcolea de Tajo, Toledo) (Martín Bravo 1999: 129) y La Muralla de Valdehúncar (Cáceres) (*ibid.*: 92). Las otras dos estaciones restantes, Casa del Carpio (Pereira Sieso 1989; 2008a; 2012) y Calera de

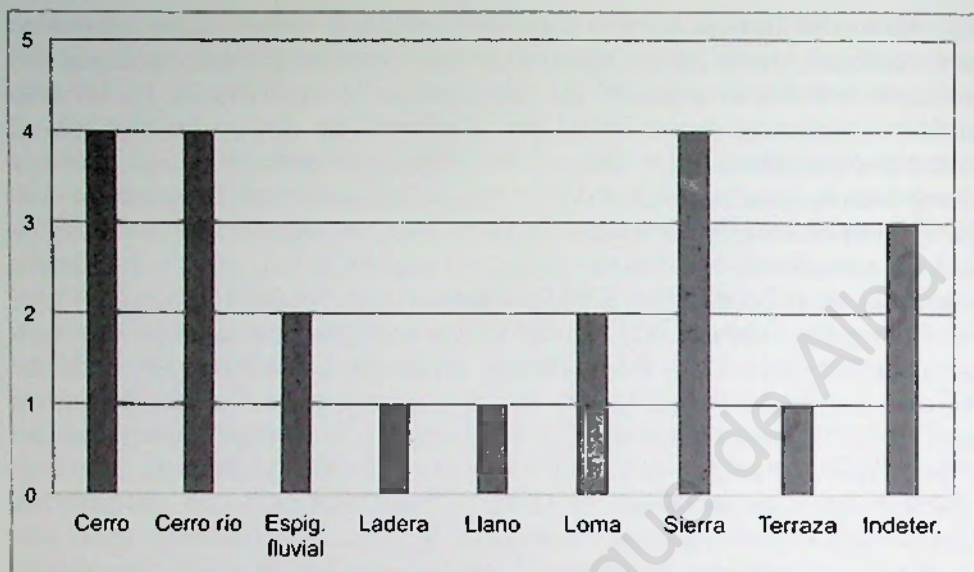


Fig. 3.19. Tipos de emplazamiento de los enclaves del Hierro Antiguo localizados al sur del Sistema Central.

Fuentidueña (Azután, Toledo) (Fernández-Miranda y Pereira 1992: 70), son enterramientos con algunos materiales orientalizantes y, por tanto, serán tratados en el capítulo siguiente.

Para la zona occidental de la Alta Extremadura disponemos de los complejos análisis espaciales realizados por Martín Bravo (1993; 1994; 1999; 2009). Durante el Hierro I el poblamiento en esta zona se distribuye mayoritariamente a lo largo del cauce del río Tajo (fig. 3.20), aunque también hay asentamientos localizados en entornos serranos (fig. 3.21). En estos últimos parece que el control visual del territorio, sobre todo de las áreas de paso, y la búsqueda de protección habrían sido los elementos claves tenidos en cuenta a la hora de

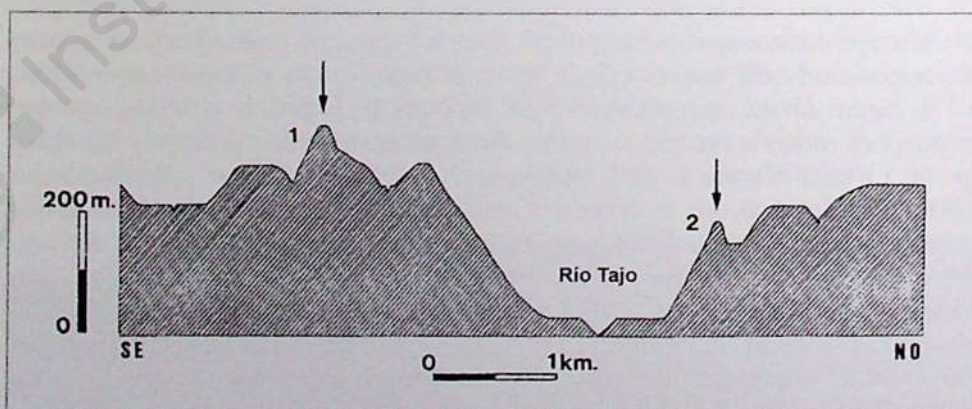


Fig. 3.20. Perfil topográfico de los poblados de El Castillón de Abajo (1) y Peñas del Castillejo (2) (según Martín Bravo 1999: fig. 21, modificado).

elegir el emplazamiento. Por su parte, los poblados de ribero parecen responder a la intención de sus habitantes de camuflarse en el entorno y tener un mejor acceso a una variedad de recursos agropecuarios, como en Los Castillones de Araya (Garrovillas de Alconétar, Cáceres) (fig. 3.22). Esta dualidad en la situación de los núcleos de habitación provoca una gran diferencia altitudinal

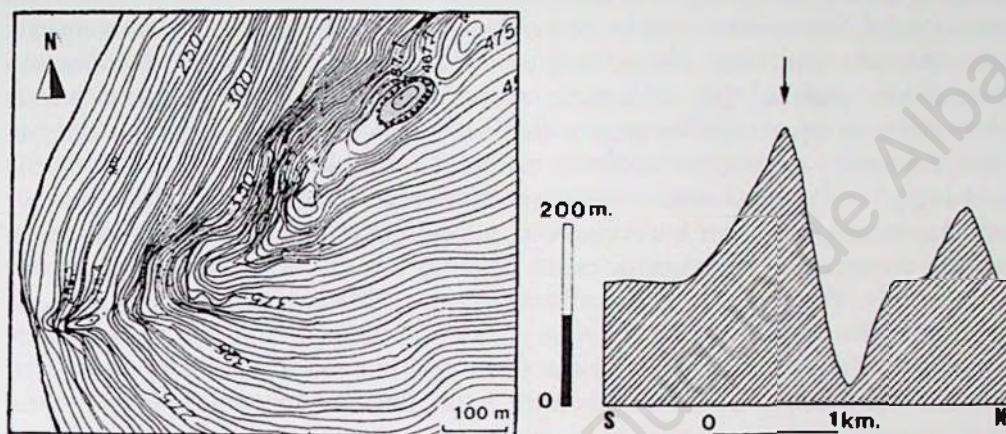


Fig. 3.21. Croquis y perfil topográfico del yacimiento de El Períñuelo (según Martín Bravo 1999: fig. 20).

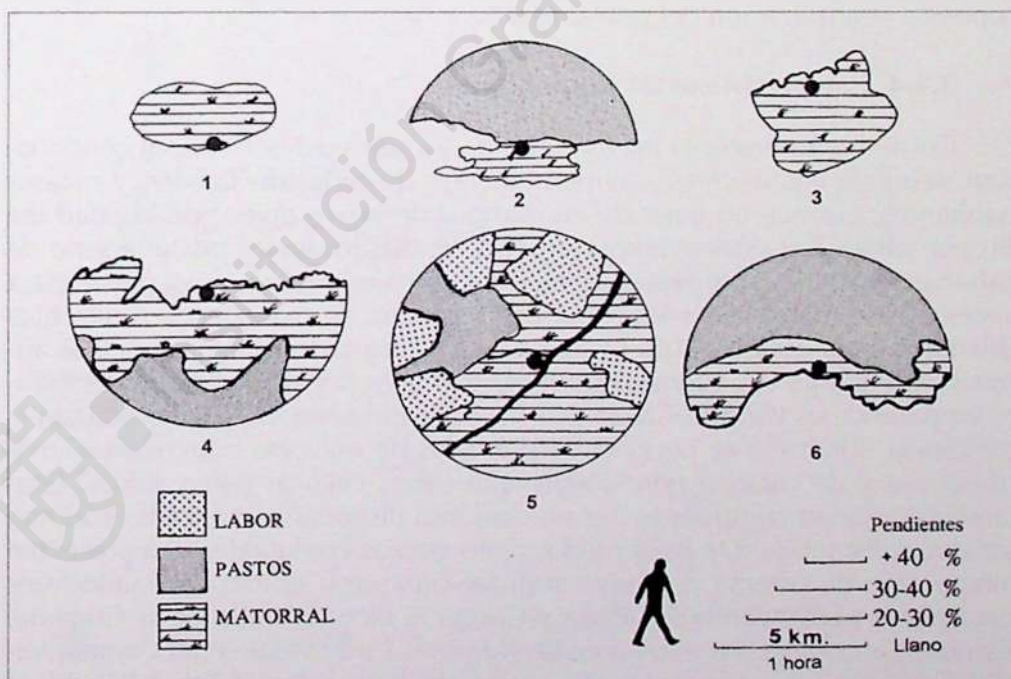


Fig. 3.22. Territorios teóricos de explotación de varios sitios del Hierro I en el valle medio del Tajo, conforme al grado de las pendientes que los rodean: 1. La Silleta; 2. Cancho de la Porra; 3. El Períñuelo; 4. La Muralla de Alcántara; 5. Los Castillones de Araya; 6. La Muralla de Valdehúncar (según Martín Bravo 1999: fig. 38, modificado).

entre los dos grupos: los sitios serranos se encuentran entre los 487 y los 823 m s.n.m., mientras que los yacimientos junto a los ríos se localizan entre los 267 y los 366 m s.n.m. Asimismo, determina las condiciones de visibilidad de las distintas estaciones, puesto que desde los poblados en sierra se controla habitualmente un territorio superior a los 30 km (Martín Bravo 1999: 101-102). Estos, al mismo tiempo, constituyen hitos en el paisaje fácilmente reconocibles desde lejos. En cambio, desde los poblados de ribero la visibilidad es mucho más limitada y al estar ubicados a una cota inferior que la penillanura son difíciles de localizar. Esta dicotomía, en definitiva, estaría reflejando la puesta en marcha por parte de los grupos del Primer Hierro de diferentes estrategias de *exhibición* y de *ocultación* en el paisaje (Criado Boado 1993b: 45-48). Sin embargo, enclaves serranos y de ribero tienen en común su difícil acceso, ya que las pendientes que los rodean se pueden caracterizar como escarpadas o muy escarpadas (en algunos casos llegan a ser del 60-66%) (Martín Bravo 1999: 100). Por otra parte, su tamaño es muy uniforme (inferior a 1 ha), con la excepción de La Muralla de Alcántara (Cáceres) que alcanza las 12 ha de superficie. Esta ostensible diferencia, junto con la amplia extensión que ocupa también La Muralla de Valdehúncar (7,5 ha), lleva a Martín Bravo a defender «una jerarquización entre las poblaciones ya en la transición del Hierro Inicial al Pleno» (*ibid.*: 103). Pero, más allá del mayor tamaño de los recintos defensivos de estos dos núcleos, carecemos de otros elementos para valorar esta supuesta jerarquización del poblamiento.

3.4.4. Características de los poblados

Como hemos visto, la mayor parte de los sitios del Soto Inicial continuarían siendo asentamientos semipermanentes de reducido tamaño y escasos habitantes, aunque en lugar de los campos de hoyos típicos de la Edad del Bronce ahora nos encontramos con yacimientos formados por una serie de cabañas realizadas con postes de madera, ramajes y barro, cuya presencia a veces puede manifestarse en superficie en forma de manchones cenicientos (Blanco García 2006b: 476). Dichas cabañas formarían parte de núcleos asimilables a granjas o alquerías, donde vivirían unas pocas familias posiblemente emparentadas (Blanco García 2014b: 97). Asimismo, hemos constatado la existencia durante este periodo de poblados de mayores dimensiones, más populosos y de carácter permanente que cabría calificar como aldeas. Estas también estarían compuestas por un conjunto de cabañas realizadas con materiales deleznales. De igual modo, tanto granjas como aldeas no presentan ningún tipo de sistema defensivo artificial, aunque sí se han detectado fosos naturales en Los Azafranales-Coca y Cuesta El Pico (Castrillo de la Guareña, Zamora), una zanja o terraplén en Los Mártires I y II (Medina del Campo, Valladolid) y posibles aterrazamientos en los enclaves salmantinos del Castil de Cabras, Los Castillejos de Zamarra y Los Castillos de Pozos de Hinojo (Blanco García 2006b: 107; Portilla Casado 2014: 235; Blanco González 2009a: vol. II (2): 229; López Jiménez 2003b: 168-170 y 173-175).

La excavación en extensión de la aldea de Guaya nos ha proporcionado numerosas informaciones sobre su organización interna. En los dos sectores excavados (en total 8650 m²), separados por un centenar de metros, se han podido documentar 18 cabañas, todas ellas aparentemente contemporáneas y orientadas de norte a sur (fig. 3.23). Sus excavadores plantean la existencia de una «incipiente regularización urbana» a partir de la identificación de posibles calles o zonas de paso, con dirección N-S, que aprovecharían los espacios vacíos localizados entre las diferentes construcciones. Además, también se ha constatado el uso de un área del poblado como vertedero, que cabe pensar tuviera un carácter comunitario. Este «urbanismo inicial» se ve interrumpido en dos zonas concretas debido a la presencia de unos recintos exteriores anejos a dos grupos de viviendas y definidos, al igual que las propias cabañas, a través de alineaciones de agujeros de poste. Su función, muy posiblemente, estaría ligada a la reunión del ganado en esos espacios (Misiego Tejeda et al. 2005: 208-210). Teniendo en cuenta este hecho y el carácter doméstico, pero también productivo y de almacenaje, de las cabañas, se puede defender que estas constituyen «un temprano precedente de las unidades de ocupación» (Blanco González 2009a: vol. I: 153), definidas por Fernández-Posse y

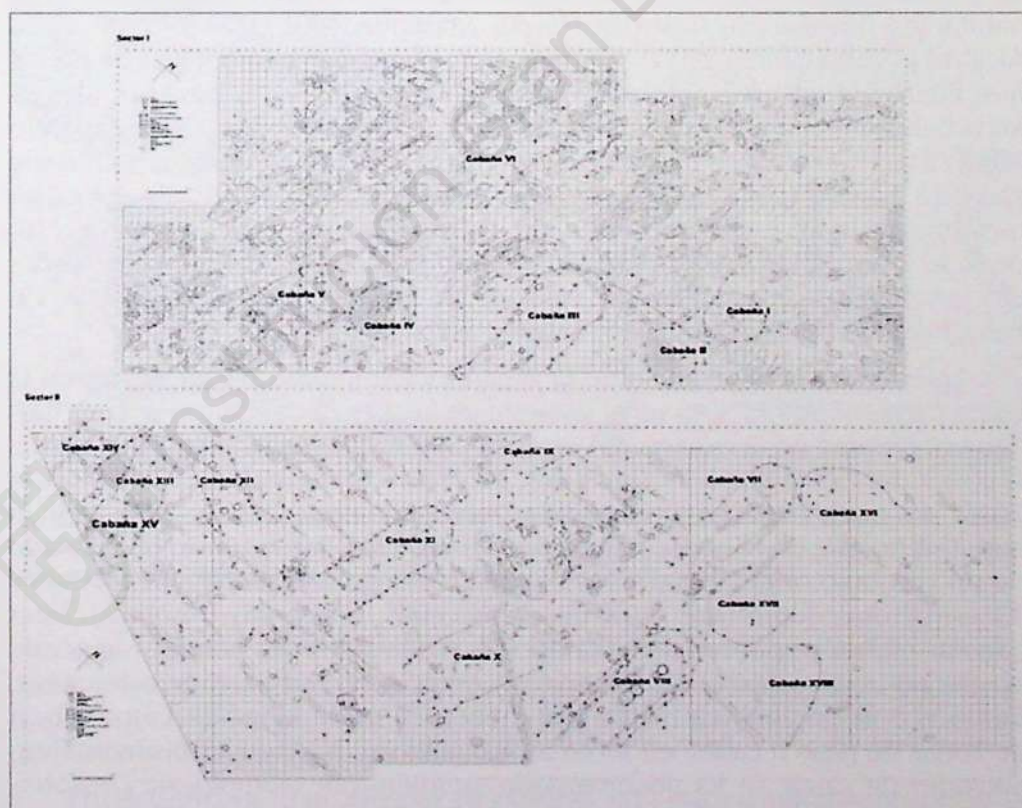


Fig. 3.23. Planimetría de los dos sectores excavados en Guaya (según Misiego Tejeda et al. 2005: fig. 1).

Sánchez-Palencia (1998: 130). El carácter aldeano de este yacimiento sería seguramente extensible, además de a los citados núcleos del Cerro de la Cabeza/Bascoarrabal, Los Azafranales-Coca y Sieteiglesias, a aquellos enclaves destacados del Soto Pleno en cuyos niveles basales se han documentado hoyos de poste, que podrían pertenecer a cabañas de la etapa inicial del mundo soteño: La Mota, La Aldehuela (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 2001: nota 7) y el Cerro de San Vicente (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 25-26 y lám. 34).

Durante el Soto Pleno, especialmente en su momento inicial, continuarían existiendo las pequeñas estaciones semipermanentes identificables con granjas o alquerías. Pero, lo que realmente caracterizará este periodo será la consolidación y generalización del modelo de aldeas permanentes iniciado siglo y medio antes (Blanco González 2009a: vol. I: 175 y ss.). Por encima de estas dos categorías, Blanco García (2006b: 492; 2014b: 97) propone una tercera compuesta por «poblados centrales» como La Mota, Los Azafranales-Coca o Cuéllar (Segovia). Sin embargo, en nuestro caso hemos englobado estos últimos dentro de los asentamientos aldeanos, ya que, como veremos en el capítulo siguiente, las estimaciones demográficas realizadas sobre este tipo de sitios de mayores dimensiones sitúan su población entre los 200 y los 300 habitantes (Delibes de Castro y Herrán Martínez 2007: 278-279; Macarro Alcalde y Alario García 2012: 54), muy por debajo del medio millar de personas, límite que algunos autores plantean para separar los enclaves rurales de los urbanos en el ámbito de la Meseta Norte (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2014: 210; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2015: 224). Por tanto, en nuestra zona de estudio faltan en esta etapa centros urbanos como los investigados recientemente en la Europa Templada, en algunos casos equiparables en superficie y población a los *oppida* de finales de la Edad del Hierro en fechas tan tempranas como finales del siglo VII a.C. (p. ej. Brun y Chaume 2013; Fernández-Götz y Krause 2013; Milcent 2014).

Nuestro conocimiento sobre la organización interna de las aldeas de la etapa de plenitud del Soto en el suroeste de la cuenca del Duero se basa fundamentalmente en la excavación en área (500 m²) realizada en la plataforma superior del Cerro de San Vicente (fig. 3.24) (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 49 y ss.). En dicha intervención, acometida entre 2005 y 2006, se han descubierto cinco viviendas completas (cuatro circulares con umbral dotado de un vestíbulo orientado al sureste y una rectangular orientada al noreste) y 13 estructuras domésticas auxiliares (almacenes, despensas u hornos). Estas construcciones presentan una disposición alineada en dos bandas, siguiendo un eje noroeste-sureste, que reserva un espacio central libre de estructuras, de unos 3 m de anchura media y al menos 20 m de longitud. La presencia de zonas de paso o calles, en torno a las cuales se disponen las distintas agrupaciones de casas, se ha documentado también, por ejemplo, en *Dessobriga* (Osorno-Melgar de Fernamental, Palencia-Burgos) (Misiego Tejeda et al. 2003: 80) o en La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora)

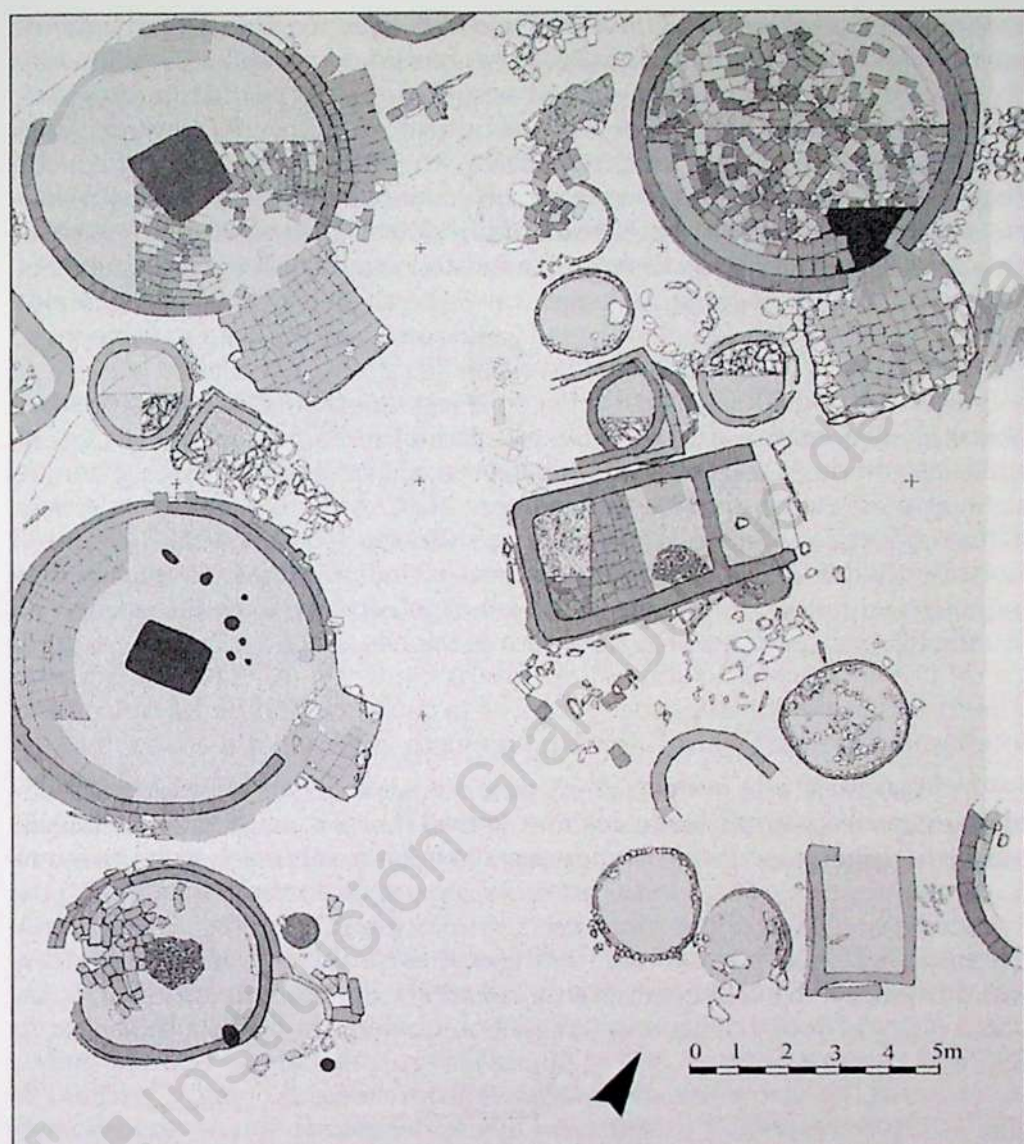


Fig. 3.24. Planta de la excavación en área de la plataforma superior del Cerro de San Vicente. Las construcciones pertenecen al momento final de la secuencia del Hierro I documentada en el sitio (según Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 30).

(Misiego Tejeda *et al.* 2013: 187). Por ello, aunque no cabe hablar de ciudades en este momento, sí se puede considerar la existencia de unas ciertas «trazas urbanas» en las estaciones de la plenitud del mundo soteño (Delibes de Castro y Romero Carnicero 2011: 73-76).

En el Cerro de San Vicente se observa una mayor separación entre el espacio colectivo (la aldea) y el espacio familiar. Este último está representado por diferentes «unidades de ocupación», conformadas por una o dos casas,

con sus correspondientes ámbitos destinados a basureros, formados a partir de la acumulación de materia orgánica, desechos de combustión y residuos generados por la actividad doméstica (Blanco González et al. 2017a: 390-391; Blanco González et al. 2017b: 230), así como un grupo de construcciones menores auxiliares. En un sondeo realizado en 1990 apareció la delimitación de una de estas unidades, formada por una cerca de grandes piedras, posiblemente reforzada por una empalizada de troncos. Además, el suelo entre las distintas construcciones de la unidad doméstica estaba pavimentado con adobes ordenados, un encachado de pizarras y soleras de arcilla (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 52 y láms. 31-33). Por otro lado, en este yacimiento se ha constatado, a través de la superposición de construcciones a lo largo de la secuencia estratigráfica, la reiteración en el uso de unos mismos espacios para ubicar las diferentes estructuras. De este modo, se ha documentado tanto la amortización de casas previas al levantar una nueva, como la reutilización de alguno de sus elementos (Blanco González 2011: 401-403). Esta «alta redundancia espacial» y «elevada congruencia» (Brooks y Yellen 1987, citado en González Ruibal 2003: 58) de los enclaves del Soto supondrá la ocupación de menos terreno que los campos de hoyos cogoteños, la acumulación de una estratigrafía más potente (alcanzando en ocasiones varios metros) y la existencia de un menor espacio libre entre construcciones. El resultado final de esta superposición de poblados sucesivos será la conformación de los típicos *tells* soteños (Delibes de Castro y Romero Carnicero 2011: 76-79).

A lo largo de este período de madurez del grupo Soto se producirá, además, una novedad importante: la construcción de defensas artificiales en algunos de los asentamientos de la cuenca sedimentaria del Duero y el surgimiento de una serie de aldeas fortificadas o castros en sus rebordes montañosos. Tradicionalmente se venía manteniendo una distinción entre los «poblados del grupo Soto» del centro de la cuenca y los «castros» de la periferia: los castros del norte de Soria (Romero Carnicero 1991), del noroeste de Zamora (Esparza Arroyo 1986) y del ámbito salmantino-abulense (González-Tablas Sastre 1986-87; Álvarez-Sanchís 2003c: 98-100). Pero el hallazgo, cada vez menos excepcional, de elementos defensivos en los primeros (Romero Carnicero et al. 2015) y de materiales y estructuras típicos del mundo soteño en los segundos (Romero Carnicero y Misiego Tejeda 1992; 1995; Esparza Arroyo 1990a: 101-104; 1995: 105 y 121-122; González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 1995: 196-197; Martín Valls 1998: 141-142; Fabián García 1999) han ido difuminando sus supuestas diferencias. Algo similar parece ocurrir con los castros de los Montes de León y de la Montaña Palentina (Esparza Arroyo 2011: 12 y 26-27; Marín Suárez 2011: 319-321). A continuación, comentaremos los tipos de sistemas defensivos, documentados en los enclaves del suroeste de la cuenca del Duero, que pueden asociarse con una cierta seguridad a este momento de plenitud del Soto.

En El Castillo de Fariza, Las Fraguas (Cozcurrita, Fariza, Zamora) y El Castro (Fornillos de Fermoselle, Villar del Buey, Zamora) —estos dos últimos sitios están

adscritos genéricamente al grupo Soto pero, muy posiblemente, pertenecen también a esta etapa de madurez— se ha constatado la presencia de murallas de mampostería de granito aparejada en seco (Martín Valls 1995: 156-157; Ramos Fraile 2005: 299). Estas no rodean los yacimientos por completo, sino que se limitan a cerrar sus flancos más vulnerables. El Castillo de Herguijuela conserva una muralla de piedra en seco de unos 200 m de longitud, levantada en la zona meridional, que es la más accesible. En su trazado se ha podido documentar una interrupción de unos 3 m que habría servido como puerta (Martín Benito y Martín Benito 1994: 119; López Jiménez 2003b: 204-207). En el Cerro de San Vicente, las excavaciones recientes han puesto al descubierto una muralla erigida en el flanco más vulnerable (el noreste). Esta tiene un trazado arqueado de unos 90 m de longitud y está compuesta por un muro de 2-3 m de anchura y 1,4 m de alzado máximo conservado, levantado con grandes piedras de arenisca y lajas de pizarra trabadas con arcilla. Sobre él un posible alzado de tierra mezclada con cascotes, cantos y esquirlas de pizarra. Todo ello, quizá revestido por una pared de tapial conformada por arcilla muy decantada (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 21-22). La estación de El Guijo-El Castillo (Alaraz, Salamanca) podría tener también una muralla, aunque en las últimas prospecciones realizadas no ha podido ser reconocida (Soto García 2013: 93).

En Los Castillejos de Sanchorreja las excavaciones emprendidas en los años 80 del siglo pasado por parte de González-Tablas documentaron la existencia de una cerca o una muralla previa a la descrita por Maluquer (1958: 21-25), compuesta en su cara interna por una serie de bloques que sirven de tope al relleno. Se desconoce la anchura y el cierre externo de la misma. En su interior se detectó, al menos, un poste clavado verticalmente, del cual se extrajeron dos muestras que fueron datadas por C14 (Blanco González 2009a: vol. II (2): 215-216). Las fechas obtenidas indican que esta estructura se habría levantado en un momento avanzado del Calcolítico o en una etapa antigua del Bronce Inicial (González-Tablas Sastre et al. 1986: 120-122; González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002: 45-51 y 226). Blanco González (2009a: vol. II (2): 220), por su parte, sitúa su construcción en el Bronce Antiguo, adscripción que parece muy plausible a la vista del registro disponible para este periodo en el Valle Amblés (Fabián García 2006a: 513-519). Este cerramiento habría estado en funcionamiento hasta el s. VI a.C., momento en el que se levanta la muralla visible hoy día. Esta, formada ahora por dos recintos, aprovecha en su trazado los canchales existentes, sobre todo, en el flanco meridional. Según su excavador está planteada a modo de escalón que dificulte al acceso al interior. Así, estaría integrada por un paramento externo a hueso, ligeramente ataludado, relleno de piedra y cascote y al interior una o dos hiladas cerrarían el conjunto. Además, en el extremo occidental del primer recinto aparecen los posibles restos de «una gran torre», flanqueando una de las puertas. Estas consisten en simples interrupciones en el trazado de los lienzos (González-Tablas Sastre 2005: 28-32). Finalmente, en La Mota se

ha descubierto recientemente un doble foso localizado en el sector sureste del cerro, aunque desconocemos en gran medida sus características debido a su destrucción parcial en época medieval (fig. 3.25) (Blanco García y Retuerce Velasco 2010: 77-78).

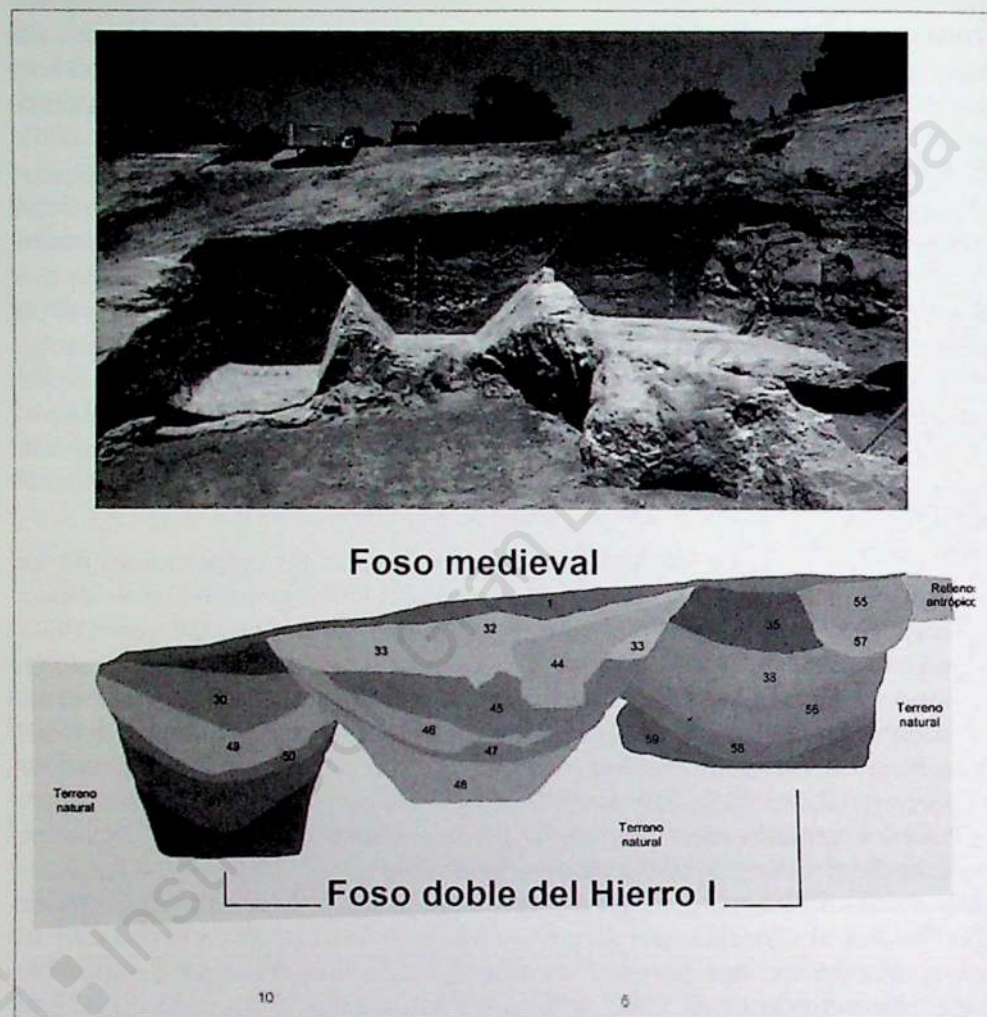


Fig. 3.25. Sección del doble foso de la Primera Edad del Hierro descubierto en el cerro de La Mota, cortado por el foso excavado en época de los Reyes Católicos (según Blanco García y Retuerce Velasco 2010: 77, modificado).

En los últimos años autores como Martín Valls (1998: 141-142) o Esparza (2003: 158 y 169; 2011: 22-23) han planteado la posibilidad de vincular el arranque de los poblados fortificados del occidente salmantino al desarrollo del mundo soteño en esta zona, al igual que sucede en el ámbito occidental zamorano (Esparza Arroyo 1986: 368; 1990a: 101-104; 1995: 105 y 121-122; 2003: 161-163 y 169; 2009: 31 y 34; 2011: 23-26 y 41). De esta manera,

frente a la interpretación tradicional que sitúa el inicio del amurallamiento de buena parte de los castros occidentales en el Hierro II (Martín Valls 1985: 109-111; 1986-87: 65-68; Álvarez-Sanchís 2003c: 159-165), sugieren un comienzo más temprano para dicho fenómeno. Siguiendo su planteamiento, podríamos considerar como pertenecientes a esta etapa de plenitud del grupo Soto los sistemas defensivos de varios sitios fortificados de nuestra zona de estudio, que presentan una ocupación continua a lo largo de la Edad del Hierro. Este sería el caso de los yacimientos salmantinos de la Virgen del Castillo, Los Castillos (Gema, Yecla de Yeltes) y el Picón de la Mora.

En la Virgen del Castillo la muralla está constituida por un paramento de granito sin cimentación alguna, con un alzado conservado de unos 3-4 m y una anchura en la base de unos 5-6 m. En su diseño destaca la entrada en esviaje, situada, al igual que los restos de lienzo descubiertos, en el sector sureste del castro (López Jiménez 2003b: 220-222). En Los Castillos se mantiene en pie un tramo de muralla con una altura cercana a los 6 m. Se trata de un paramento de factura muy tosca, formado a base de piedras de granito ligeramente desbastadas (*ibid.*: 210-211). Por último, en el Picón de la Mora la muralla, de unos 350 m de longitud total, rodea el enclave por tres de sus lados, interrumpiéndose en el tramo occidental por la presencia de un cerro con fuertes pendientes, que hace innecesario la erección de defensas artificiales en esta zona. La muralla está construida a base de mampostería en seco con dos paramentos ataludados (sobre todo el exterior) y entre ellos un relleno de piedras dispuestas en capas horizontales. Se asienta sobre la roca natural, alcanza una anchura de 6 a 8 m de media y en algunas zonas debió tener unos 4 m de altura. En su trazado se abren tres puertas en embudo. Además, protegiendo el lienzo septentrional hay un foso de 8 a 9 m de anchura y una amplia zona de piedras hincadas (Martín Valls 1971: 126-130).

Menos plausible resulta la adscripción de los recintos amurallados de Las Merchanas y Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca) al Soto Pleno, debido a sus paramentos realizados a base de sillares formando hiladas, característica más propia de los momentos finales de la Edad del Hierro (Álvarez-Sanchís 2003c: 133). Sin embargo, sí se podría incluir en esa fase de plenitud del Soto la empalizada que, según Bellido Blanco y Cruz Sánchez (1993: 263), habría protegido el sector meridional de la aldea de Sieteiglesias.

Esta monumentalización del espacio colectivo es un fenómeno que afecta a buena parte de Europa, incluida la Península Ibérica, durante el primer milenio a.C. (p. ej. Harding 1998: 306; Kristiansen 2001: 164-166, 425-429 y 477-479; Ruiz Zapatero 2003b; Cunliffe 2005: 347-406; Ralston 2006; Berrocal-Rangel y Moret 2007; Parcero Oubiña *et al.* 2007: 144; Wells 2011: 417 y 421-422). Es en este momento cuando surgiría el «paisaje fortificado», según la terminología de Criado (1993a: 41-42). La aproximación tradicional al estudio de las murallas se basa en la asunción de su carácter defensivo (Ruiz Zapatero 2011d: 97). Por tanto, los poblados fortificados habrían cumplido una función defensiva de la comunidad, en un ambiente de guerra

endémica (Armit 2007; James 2007) o de «guerra interna» (Esparza Arroyo 2009: 34-35). Alternativamente se ha planteado una interpretación simbólica de las murallas y de los asentamientos fortificados. Para Bowden y McOmish (1987) la creciente complejidad de los recintos de los *hillforts* (castros) británicos respondería al deseo de las élites residentes en los mismos de aumentar su prestigio y aislamiento. De igual modo, Cunliffe (1994: 72) considera los *hillforts* como símbolos del poder de las élites. Por el contrario, Hill (1995: 53; 1996: 109) defiende que los *hillforts* serían «símbolos de la comunidad», en los que celebrarían periódicamente asambleas comunales y rituales de distinto tipo. Sharples (2007; 2010: cap. 3), por su parte, contempla la construcción de los recintos de los *hillforts* como una forma de «crear comunidad» y, a la vez, de competición entre comunidades, a través del consumo conspicuo de recursos (de manera análoga al *potlach*). Para Lock (2011) la construcción y mantenimiento de los *hillforts* habría buscado preservar la armonía social de la comunidad. Desde su perspectiva, los sitios fortificados se convertirían en una defensa contra las «amenazas cósmicas» a la tranquilidad del grupo y, por tanto, en metáforas de la cohesión social. Por último, para Fernández-Posse y Sánchez-Palencia (1998) las obras de delimitación de los castros, además de una función defensiva, habrían cumplido una función social, proporcionando una cohesión interna a la comunidad, frente a las tendencias sociales disgregadoras y permitiendo su afirmación con respecto a otros grupos.

Por nuestra parte, creemos que ambas interpretaciones no son excluyentes, sino complementarias. Parece ingenuo pensar que durante la Edad del Hierro no surgieran conflictos intercomunitarios, aunque fueran a pequeña escala. Por ello, las murallas y, en general, las fortificaciones protohistóricas habrían cumplido un papel defensivo de la comunidad, actuando como barreras disuasorias, como elementos de control del acceso y la salida al poblado y, de forma extraordinaria, como recursos para impedir asaltos y sitios (Berrocal-Rangel 2004: 56-61). Pero, al mismo tiempo, debemos tener en cuenta las posibles tensiones en el seno de la propia comunidad. En este caso, la construcción de fortificaciones habría buscado afianzar la cohesión social del grupo, creando un espacio colectivo separado nítidamente del espacio exterior mediante una serie de barreras. Por otro lado, no podemos perder de vista el probable papel cambiante desempeñado por los asentamientos fortificados a lo largo del tiempo, como han planteado para el sureste inglés Hamilton y Manley (2001) y para el noroeste peninsular Parcero (2005). En este sentido, la aparición de aldeas amuralladas o castros durante la Primera Edad del Hierro podría responder, principalmente, a la consolidación de la sedentarización definitiva, al proceso de territorialización del paisaje y al deseo de reforzar la identidad comunitaria; mientras que los castros y *oppida* de la Segunda Edad del Hierro serían, en buena medida, la respuesta a un contexto de mayor conflictividad y de aumento de la desigualdad. Finalmente, tampoco debemos descartar la posibilidad de que, en casos muy determinados, la erección de la muralla responda a una necesidad puntual, como pudiera ser la de proteger

el enclave de posibles inundaciones, como se sugirió inicialmente en la estación de La Corona/El Pesadero (Misiego Tejeda *et al.* 1997: 23), aunque en la reciente monografía sobre el yacimiento se descarte esta hipótesis a partir de los resultados de los análisis polínicos realizados (Misiego Tejeda *et al.* 2013: 213). También se ha apuntado esta posibilidad para la muralla del Soto de Medinilla (Delibes de Castro y Romero Carnicero 2011: 76). Por tanto, nos encontramos ante un fenómeno polisémico y polimorfo, lo que provoca que, para entender el significado específico que tuvieron las fortificaciones y los sitios amurallados en una determinada zona en un momento concreto, sea necesaria una mayor contextualización.

Al sur del Sistema Central el poblamiento está protagonizado por aldeas (fortificadas o no) y granjas o alquerías. La carencia absoluta de excavaciones en extensión en los núcleos del Hierro Inicial en esta zona impide que sepamos cómo era la organización interna de los mismos. Solo conocemos algunas estructuras habitacionales aisladas y las murallas, en el caso de los asentamientos fortificados o castros. Estos constituyen el 40% de los poblados localizados en la zona meridional de nuestra área de estudio. Martín Bravo (1999: 104-106) ha establecido una seriación de los recintos fortificados de este momento a partir de la cronología de los enclaves, distinguiendo dos fases diferentes. En la fase I incluye las murallas de aquellas estaciones cuya ocupación no va más allá del siglo V a.C. y que se caracterizan por no rodear completamente al poblado, por no presentar torreones y por los vanos simples como acceso. Mientras que en la fase II engloba las fortificaciones de los yacimientos del Hierro Antiguo que continuaron habitados durante la Segunda Edad del Hierro, datando las mismas hacia finales del s. V a.C. En esta segunda etapa las murallas sí rodean por completo las aldeas, en ocasiones mediante varios recintos (adosados o independientes), aparecen por primera vez los torreones circulares (en La Muralla de Alcántara y La Muralla de Valdehúncar) y las puertas son de dos tipos: vanos simples y en esviaje (solo documentada en el primero de los sitios mencionados con anterioridad).

Sin embargo, las recientes excavaciones en el cercano enclave del Cerro de la Mesa contradicen la seriación planteada por Martín Bravo. En este yacimiento se han detectado dos fortificaciones distintas, que señalan la existencia de al menos dos fases constructivas durante el Hierro I (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: 176-177): una más antigua, correspondiente a un muro realizado con piedras irregulares de mediano tamaño, careado al exterior y que solo ha sido exhumado en una pequeña superficie bajo la fortificación más reciente; y una segunda fase, a la que pertenece una muralla realizada con piedras de granito de tamaño mediano sin trabajar, colocadas buscando la cara. Su contorno exterior se ha excavado en su mayor parte y presenta una estructura maciza formada por dos muros rectos y un relleno de piedras compactadas con tierra. La cara externa, a su vez, se cubre con un segundo muro en forma de talud, construido con piedras irregulares de granito de tamaño mediano. Además, al exterior se le adosan una serie de torres de planta

semicircular y alzado atalucado de unos 6-8 metros de diámetro y una altura máxima aproximada de 2,5 metros (fig. 3.26). Finalmente, sobre este conjunto se elevaba una estructura de adobe. Esta muralla más moderna parece haber sido amortizada a inicios del s. VI a.C.



Fig. 3.26. Muralla del Cerro de la Mesa (segunda fase): muro vertical, muro en talud y torre semicircular adosada al exterior (foto de Carmen Solé García).

3.4.5. Las estructuras domésticas

Los estudios antropológicos han subrayado la gran importancia simbólica que tiene la casa en la mayor parte de las sociedades preindustriales, al representar y reproducir el cosmos, convirtiéndose así en uno de los símbolos fundamentales del orden cultural, fuente de socialización en ese orden y el dominio en el que dicho orden es apropiado y, en ocasiones, renegociado (Kus 1997: 206). Según González Ruibal (2003: 105) «el espacio doméstico y la arquitectura constituyen, en las sociedades ágrafas, el mejor libro en el que plasmar ideas sobre el orden, la familia, la sociedad, el poder y el cosmos: así se explica la lentitud de los cambios en este ámbito». Asimismo, para este autor la casa es uno de los principales elementos materiales conformadores de *habitus*, ya que «vivir desde la infancia en una determinada vivienda o en otra creará una forma determinada de ser-social» (*ibid.*: 141). En esta «estructura estructurante» (Donley-Reid 1990, citada en González Ruibal 2006-07: 113) se produce el aprendizaje de gran parte de las reglas sociales y de los conocimientos de la comunidad, así como la adquisición de determinadas habilidades técnicas. Este orden aprendido se reproduce a lo largo del tiempo a través de la práctica, de las acciones realizadas por los distintos actores sociales. En el caso del espacio doméstico, la repetición de actividades, realizadas de manera similar día tras día, produce una *rutinización* de las prácticas cotidianas (Giddens 2011: 24), entre las cuales se encuentran las actividades de mantenimiento (p. ej. Picazo Gurina 1997; Montón Subías y Sánchez Romero 2008; Alarcón García 2010). Estas tienen lugar dentro del ámbito doméstico, aunque no de modo exclusivo (González Marcén et al. 2008: 6), por lo que pueden generar evidencias materiales perdurables en el registro arqueológico de las viviendas y, de esta manera, posibilitar la visibilización de estas tareas desempeñadas fundamentalmente por mujeres (Hernando Gonzalo 2005: 129). Por todo ello, el análisis de las casas resulta vital para el estudio de las sociedades del pasado. Sin embargo, para ir más allá de la mera descripción de las características de los espacios domésticos y de la posible funcionalidad de sus distintos ámbitos es necesario contar con un rico registro arqueológico de las viviendas y, lamentablemente, en nuestra zona de estudio este es bastante pobre.

Como hemos visto en el apartado anterior, durante el Soto Inicial las granjas o alquerías y las aldeas están conformadas por una serie de cabañas levantadas con materiales deleznable. En las excavaciones realizadas en el núcleo abulense de La Viña se han localizado tres agujeros de poste y dos pavimentos de tierra quemada, superpuestos entre sí, pertenecientes a una posible vivienda circular de al menos 9 metros de diámetro (Blanco González 2009a: vol. II (2): 103). De igual modo, en el cercano Cerro de la Cabeza contamos con dos posibles estructuras domésticas, una de planta ovalada y 7 metros de eje mayor y otra de 3 x 4 metros, con posibles construcciones anejas y un hoyo interpretado como horno doméstico. Además, en el sector norte de este poblado se detectaron varios agujeros de poste pertenecientes probablemente a una cabaña, cuya datación es incierta (*ibid.*: vol. II (1): 74-75). Sin embargo,

es la excavación en extensión de Guaya la que ha proporcionado más datos sobre los espacios domésticos de este momento en nuestra área de estudio (Misiego Tejeda et al. 2005). Las 18 cabañas documentadas poseen una estructura de madera y paredes revestidas de barro (fig. 3.27). Todas ellas han podido ser definidas en planta a partir de los agujeros de poste perimetrales e

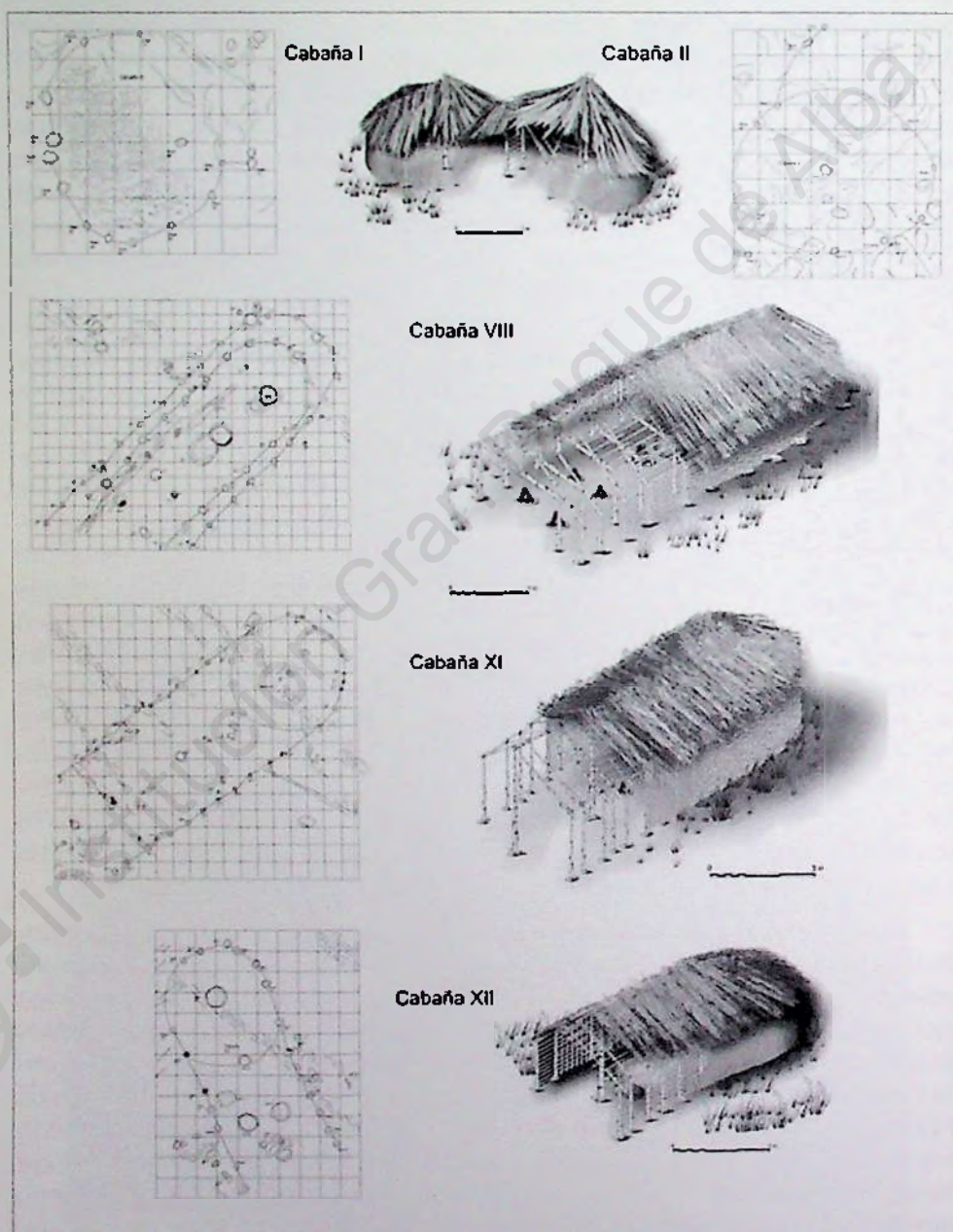


Fig. 3.27. Plantas y reconstrucciones de varias cabañas de Guaya (según Misiego Tejeda et al. 2005: fig. 2).

interiores. Tienen, en general, una forma alargada con una cabecera absidal, presentando en casi todos los casos una división interna, con una zona de vivienda circular u ovalada, habitualmente localizada al norte de la cabaña, y un área destinada al almacenaje y a la realización de otras actividades, ubicada en el ámbito rectangular de la construcción. El diámetro de las viviendas oscila entre los 6 y los 10 metros, por lo que ocupan una superficie que varía entre los 25 y los 70 m², mientras que la zona artesanal y de almacenaje sobrepasa, en ocasiones, los 100-120 m². No obstante, existen excepciones a este esquema general: las cabañas I y II son completamente circulares (fig. 3.27) y otras dos no tendrían división interna. El acceso a estos espacios domésticos se realiza, en la mayor parte de los casos, por el sur, a través del recinto rectangular. Los hogares se localizan, por lo general, en la zona central de la cabaña. Por último, los excavadores de este asentamiento, a partir del hallazgo de diversos hornos en las cabañas V, VIII y XII, plantean que estas estructuras estuvieran destinadas más bien a trabajos de fundición metalúrgica y de cocción de recipientes cerámicos; aunque en el caso de la cabaña VIII se producirá una reestructuración por la cual pasará de tener un uso exclusivamente artesanal a convertirse en una vivienda.

Hay varios aspectos del enclave de Guaya y de sus estructuras domésticas que creemos necesario tratar más detalladamente. El primero es la supuesta condición semiestable del yacimiento, «caracterizado por una arquitectura poco consistente» (*ibid.*: 210) realizada a base de «cañas y barro» (Ramírez Ramírez 1995-96: 79-80). Creemos que Blanco González (2009a: vol. I: 156-157) acierta cuando denuncia un cierto etnocentrismo en estos postulados, basados en el seguimiento de un rígido esquema evolucionista que desembocaría en la arquitectura «en duro» típica del Soto Pleno. Urbina y Urquijo (2012) describen el sitio de Las Lunas, una estación parecida a Guaya localizada en la comarca de La Sagra (Toledo), como «una ciudad de cabañas». Aunque el término «ciudad» es a todas luces exagerado, los autores quieren evidenciar con su uso la complejidad estructural de «estas grandes aglomeraciones de cabañas con arquitecturas estables, a las que podemos suponer [...] una vida de al menos uno o dos siglos» (*ibid.*: 193). Poblados como Guaya o Las Lunas muestran «un perfecto desarrollo de la construcción en madera, con ejemplos de cabañas de tamaños medios o grandes longhouses» (*id.*). Esta imagen dista mucho de la planteada hace más de dos décadas por Romero (1992: 210), que hablaba de la «inestabilidad» del poblamiento en los niveles más antiguos del Soto de Meclinilla, reflejada en las cabañas levantadas a base de postes (contra Fernández-Posse 1998: 152).

El segundo aspecto es la posible funcionalidad de las *longhouses* o casas alargadas de Guaya. Como hemos visto se trata de espacios polifuncionales destinados a vivienda, almacenaje, tareas relacionadas con las actividades agropecuarias y labores artesanales. Por tanto, habría que descartar otras interpretaciones, propuestas en ejemplos franceses, que las consideran santuarios o templos (Urbina et al. 2007: 57). Para Fokkens (2003: 16-18) serían

fundamentalmente un ámbito donde vivirían tanto las personas como su ganado, debido no solo a su importancia económica sino también social e ideológica. Por su parte, Moreno Raso (2014: 34) propone considerarlas «casas de subsistencia comunitaria», es decir, estructuras de uso comunitario destinadas al almacenaje de grano y a la protección del ganado. Pero, si diéramos por válida esta última hipótesis, en el caso de Guaya tendríamos que admitir la existencia de al menos siete almacenes comunitarios (según sus propios cálculos), algo que parece bastante exagerado teniendo en cuenta el tamaño que debieron tener las comunidades del Soto Inicial. Finalmente, Milcent (2014: 42) interpreta dos edificios con cabecera absidal de grandes proporciones y un equipamiento de lujo, descubiertos recientemente en Mont Lassois (Vix, Côte-d'Or, Francia), como «residencias aristocráticas arcaicas». Aunque este ejemplo no parece análogo a los encontrados en el centro peninsular, sí nos interesa la consideración que hace este autor sobre la orientación del ábside de estas estructuras, condicionada por los vientos dominantes. Este elemento parece haber jugado también un papel destacado en los casos peninsulares (Moreno Raso 2014: 32). En este sentido, en Guaya la orientación N-S de las cabañas asegura su protección frente al viento dominante del norte (Misiego Tejeda et al. 2005: 209).

El tercer aspecto, íntimamente relacionado con el anterior, es el tipo de grupo residente en las *longhouses*. Diversos autores han planteado que este tipo de viviendas sirvieran para alojar a una familia extensa, es decir, a un grupo de personas emparentadas pertenecientes a distintas generaciones (Urbina et al. 2007: 54-55; Blanco González 2009a: vol. I: 153 y 193). Para ello, se basan en ejemplos etnográficos (como el de los indios iroqueses de Norteamérica), en la superficie de estas estructuras y en dos asunciones: que hay una relación directa entre el tamaño de las casas y el número de personas que viven en ellas y que la familia nuclear ocupa estructuras más pequeñas que la familia extendida (Ruiz Zapatero et al. 1986: 86). Según los datos reunidos por Ramírez Ramírez (1995-96: tabla 1), el 90% de las viviendas circulares de la Primera Edad del Hierro documentadas en la cuenca del Duero tenían superficies inferiores a los 30 m², lo que las hace idóneas para albergar una familia nuclear o conyugal. Sin embargo, como hemos visto ya, el espacio habitacional de las cabañas alargadas de Guaya alcanza en algunos casos los 70 m². Por ello, parece verosímil que estuvieran destinadas a alojar una familia extensa. Por otra parte, las dos cabañas circulares (I y II) encontradas en este yacimiento muy posiblemente formaban una unidad de ocupación junto con la cabaña alargada III, por lo que no fue necesario levantar las zonas rectangulares anexas. Su función podría haber sido la de albergar el excedente humano de la *longhouse*. En otro orden de cosas, tendríamos que contemplar la existencia de dos tipos de organización social en el mundo del Soto Inicial del valle del Duero: una basada en familias extensas, representada por sitios como Guaya, y otra sustentada en familias nucleares, ejemplificada por poblados como el de Sacaojos (Santiago de la Valduerna, León), donde se han

exhumado ocho cabañas circulares que, salvo en uno de los casos, no superan los 10 m² (Misiego Tejeda *et al.* 1995-96: 53). Aunque, como apunta Blanco González (2009a: vol. I: 193), «la constatación de estructuras residenciales para familias conyugales [...] no es incompatible con una organización social sustentada en familias extensas».

Durante el Soto Pleno las aldeas están compuestas, de forma mayoritaria, por casas circulares con alzados de adobe (Romero Carnicero 1992; Ramírez Ramírez 1995-96; Arnaiz Alonso 2017). En Zamora capital las excavaciones realizadas en los jardines de la Catedral dejaron al descubierto parte de una vivienda de estas características (Martín Arijá *et al.* 1994). En La Aldehuela se han documentado una serie de estructuras, destacando especialmente las dos casas circulares de adobes halladas en la cata 1, una de ellas con un diámetro de unos 7 metros (Santos Villaseñor 1988; 1989). Sin embargo, en La Mota las viviendas de planta circular conviven con otras cuadrangulares, levantadas a base de adobe y tapial (Seco Villar y Treceño Losada 1995: 225; Blanco García y Retuerce Velasco 2010: 78). De hecho, en las excavaciones realizadas hasta la fecha son más comunes los muros rectilíneos que los curvilíneos (Seco Villar y Treceño Losada 1995: 225). Junto a esta circunstancia es reseñable también el descubrimiento en la zona inferior de la secuencia del Cuadro C, excavado entre 1988 y 1989, de un espacio destinado a actividades textiles, en el cual se encontraron una docena de pesas de telar y posible fibra vegetal o animal (Seco Villar y Treceño Losada 1993: 136; 1995: 227). En la Plaza de San Martín en Ledesma se exhumaron los restos de tres casas circulares de adobe superpuestas. Estas presentan unos diámetros que oscilan entre los 5 y los 6 metros (Benet *et al.* 1991). Como ya hemos visto, en el Cerro de San Vicente las excavaciones han documentado cinco viviendas completas (cuatro circulares y una rectangular) y 13 estructuras auxiliares en la plataforma superior (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 49 y ss.). Estas intervenciones también han descubierto parcialmente una serie de casas y ámbitos anejos, tanto circulares como rectangulares, en la zona del claustro del antiguo convento de San Vicente (*ibid.*: lám. 36). Por último, en Los Castillejos de Sanchorreja las excavaciones realizadas por Navascués y Camps entre 1932 y 1933 exhumaron 17 «chozas» rectangulares con zócalos de piedra (Maluquer de Motes 1958: 27-34), a las que habría que añadir otras dos más (Choza de la Reina Mora y Choza Interior) mencionadas en la revisión realizada por Armendáriz (1989: 78 y 82). Sin embargo, a partir de una campaña de excavación realizada en 1988 en el denominado «barrio extramuros», González-Tablas (1990: 58) defiende que las cinco chozas localizadas en esta zona (Maluquer de Motes 1958: fig. 7) no son viviendas, sino estructuras tumulares pertenecientes a una necrópolis. Para Blanco González (2014: 313) no estarían claras ni la funcionalidad ni la cronología de los 17 «fondos u hoyos» reconstruidos por Maluquer, ni tampoco la condición de verdadera casa de la estructura Sa18 documentada en las excavaciones modernas (González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002: 37-39; González-Tablas Sastre 2005: 33).

Dada la naturaleza bastante estandarizada de la arquitectura doméstica de este momento (Romero Carnicero *et al.* 2008: 652-654), nos vamos a centrar en las características de las viviendas y de las estructuras auxiliares documentadas en el Cerro de San Vicente (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 25-39). En este sitio, como hemos comentado anteriormente, existen casas circulares erigidas a base de «cañas y barro», detectables a partir de los hoyos de poste perimetrales y levantadas de forma previa a las construcciones en adobe (*ibid.*: lám. 34). Estas últimas son generalmente circulares, aunque se ha descubierto un 20-25% de estructuras de habitación rectangulares. Las primeras presentan un diámetro externo que oscila entre 3,8 y 7,4 metros, mientras que las rectangulares oscilan entre los 4,5 y 6 metros de longitud y los 2,5-4,2 metros de anchura. La cubierta sería cónica en el caso de las viviendas circulares y a dos o cuatro aguas en las estructuras rectangulares. Ambos tipos de

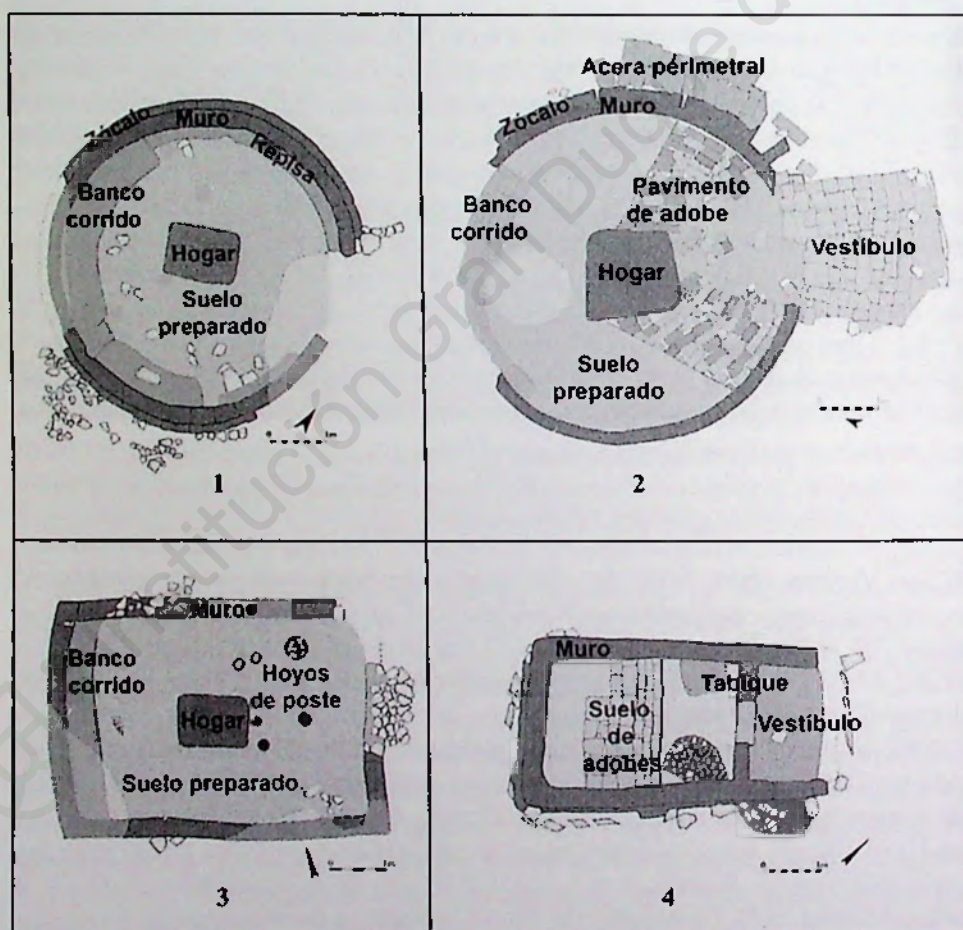


Fig. 3.28. Elementos característicos de las viviendas circulares y rectangulares del Cerro de San Vicente y su evolución a lo largo del tiempo (casas 1 y 3: base de la secuencia; casas 2 y 4: techo de la secuencia) (según Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 26, modificado).

casas cuentan con un único ambiente, salvo una vivienda de planta rectangular localizada en la zona superior de la secuencia, que consta de una división interna en tres estancias (dos separadas mediante un tabique de adobe y la otra a través de un suelo de adobes sobreelevado a diferente cota): vestíbulo, espacio central con el hogar y zona de descanso (fig. 3.28). En el interior de buena parte de las casas hay un banco corrido situado en el lado opuesto al umbral. También se han documentado repisas adosadas al paramento interno de los muros (*ibid.*: lám. 12). En la zona central de las construcciones se localiza el hogar, que en algunos casos presenta superposiciones, lo que indicaría reformas o reparaciones periódicas. Cerca del hogar se han encontrado posibles vasares para apoyar los recipientes de cocina y hoyos que serían utilizados para insertar soportes de madera para la sustentación de las ollas. También es habitual que los suelos preparados presenten superposiciones. En la zona media y superior de la estratigrafía del yacimiento están compuestos por enchachados de pizarra bajo pavimentos de adobe (en ocasiones, concéntricos) cubiertos por una fina capa de arcilla. Además, a lo largo de toda la secuencia resulta normal encontrar decoradas las paredes interiores y las estructuras más relevantes de las viviendas con pintura aplicada sobre un enlucido arcilloso. Hay decoraciones monocromas (en rojo o blanco) con motivos geométricos como los triángulos en friso y policromas (en rojo, amarillo y negro) con motivos lineales. En la zona exterior de las casas aparecen vestíbulos adosados al umbral, especialmente en la fase más reciente de la estratigrafía. Estos están compuestos por un cimientó perimetral de piedras de tamaño medio-grande y en el interior un suelo de arcilla y gravilla sobre un nivel de adobes (*ibid.*: láms. 21 y 49). También en la fase superior de la secuencia es frecuente el uso de adobes conformando pavimentos a modo de aceras.

Por su parte, las construcciones domésticas auxiliares suelen disponerse en las inmediaciones de las viviendas y están realizadas en adobe, tapial o piedra revestida de arcilla (*ibid.*: 40). Frecuentemente tienen plantas de tendencia circular o rectangular. En el interior de una de estas estructuras se han encontrado numerosos granos de cebada, lo que unido a la clara intencionalidad aislante de su diseño permite confirmar su función como graneros o almacenes (*ibid.*: láms. 27 y 28). Otro tipo de construcciones son interpretadas como hornos, presentando paredes con múltiples capas arcillosas rubefactadas, separadas por capas arenosas. Finalmente, al igual que las casas, estas estructuras auxiliares aparecen habitualmente superpuestas unas a otras (*ibid.*: lám. 24).

La forma circular y el alzado en adobe de la mayor parte de las viviendas del Soto Pleno han sido explicados tradicionalmente como un «rasgo cultural» (Romero Carnicero 1992: 206; Ramírez Ramírez 1995-96: 83) o una «tradición constructiva compartida» (Esparza Arroyo 1990a: 104). De este modo, resulta comprensible que en un emplazamiento como Ledesma, donde abunda el granito, se utilice el adobe para levantar las casas. Pero, hace ya tres décadas que Ruiz Zapatero et al. (1986: 83) llamaron la atención sobre los múltiples factores

(culturales, ambientales y socio-económicos) que condicionan la construcción de un determinado tipo de vivienda. En este sentido, Blanco González (2009a: vol. 1: 194) apunta cómo la casa circular pudo requerir una menor inversión de trabajo que las estructuras alargadas de la Edad del Bronce o del Hierro II, debido fundamentalmente a las diferencias existentes a la hora de realizar la techumbre. Por otro lado, la presencia durante el Soto Pleno de viviendas circulares y rectangulares se ha explicado habitualmente a través de supuestas desemejanzas funcionales entre ellas (Álvarez-Sanchís 2003c: 79). Pero, como plantea Moore (2003: 55) para la Edad del Hierro británica, quizá simplemente haya que admitir la coexistencia de diferentes tipos de casas en el suroeste de la cuenca del Duero durante el periodo de plenitud del Soto.

El tamaño de las viviendas, generalmente inferior a los 30 m², hace plausible que fueran ocupadas por familias nucleares. Para Marín Suárez (2011: 324-326) el distinto tamaño de las casas soteñas y la privatización de espacios llevada a cabo por las distintas familias a través de la delimitación de las diferentes unidades de ocupación, mostrarían la desigualdad existente ya en estos momentos del Hierro I. Sin embargo, más que en el tamaño de las estructuras domésticas, la desigualdad podría verse reflejada en el número de viviendas (capital humano) y de construcciones auxiliares (capital económico) pertenecientes a una misma familia (González Ruibal 2006-07: 414). En cuanto a la ubicación espacial de las casas dentro de las aldeas parece posible que se hubiera regido por la afinidad existente entre las distintas familias (González Ruibal 2003: 99), como ocurre en gran número de sociedades preindustriales, en las que la «distancia física» implica una «distancia social» (Wiseman 2016).

La entrada en las viviendas circulares del Soto Pleno se abre de forma preferente al sur o al sureste (Ramírez Ramírez 1995-96: 71 y 76-77; Macarro Alcalde y Alario García 2012: 51), aunque como se puede apreciar en el poblado de La Corona/El Pesadero las casas se orientan en todas las direcciones posibles menos en aquella de donde proceden los vientos dominantes (en este caso el oeste) (Misiego Tejeda et al. 2013: 192-194). Este tema de la orientación de las viviendas circulares ha sido tratado en profundidad en el ámbito británico, donde se ha formulado el denominado «modelo cosmológico». Este defiende que la orientación de las puertas está más relacionada con cuestiones simbólicas o rituales que con la protección de los vientos dominantes y el aprovechamiento máximo de la luz solar (Parker Pearson y Richards 1994: 47-54; Parker Pearson 1996; Oswald 1997). Dicho modelo en su versión más desarrollada plantea que las distintas actividades llevadas a cabo dentro de las casas estuvieran estructuradas de forma ritual (Fitzpatrick 1997; Giles y Parker Pearson 1999; Parker Pearson 1999b). Así, la orientación de las entradas hacia la salida del sol en los meses invernales indicaría un sistema en el que el tiempo alrededor de las viviendas transcurriría en la dirección de las agujas del reloj, dividiendo de este modo el espacio interior en una mitad meridional asociada con el día y la preparación de los alimentos y una mitad

septentrional vinculada con la noche, el almacenaje y el descanso. Pero, en un estudio reciente basado en la orientación de 690 casas circulares del centro y norte de Gran Bretaña, Pope (2007) sostiene que la disposición de las puertas estaría buscando maximizar la luz recibida y la protección contra los vientos dominantes. Asimismo, la organización del espacio doméstico estaría determinada por una distinción entre la zona central de la casa, una de las principales áreas de actividad de la vivienda debido a la presencia del hogar, y la periferia, usada fundamentalmente para dormir y almacenar herramientas, comida y leña; así como por una diferenciación entre la parte delantera, dedicada a la preparación de alimentos y a la producción artesanal, y la trasera, utilizada para dormir y almacenar distintos bienes. Para esta autora, mientras la distinción centro/periferia sería consciente, la diferenciación delante/atrás respondería al deseo inconsciente de luz y contacto con otros seres humanos (delante) y de cierta privacidad (atrás) (*ibid.*: 204 y 223). Esta división del espacio doméstico en una zona central y otra periférica, sugerida también por Hingley (1990), parece ajustarse perfectamente al registro arqueológico disponible en nuestra zona de estudio, ya que en los ejemplos de casas circulares más completos el espacio central está reservado al hogar, mientras que la periferia está ocupada por un banco corrido situado en el lado opuesto al umbral y una serie de repisas (fig. 3.29). De igual modo, la distribución de los distintos elementos característicos de las viviendas soteñas permite considerar la existencia de una distinción entre la parte delantera, más accesible y destinada a las tareas domésticas, y una zona trasera más privada y dedicada al descanso y al consumo de alimentos.



Fig. 3.29. Interpretación funcional de una casa circular de adobe del Cerro de San Vicente (gráfico elaborado a partir de la planta dibujada por Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 26).

A lo largo del Soto Pleno se produjo una paulatina monumentalización de la arquitectura doméstica, que culminaría en el caso del Cerro de San Vicente con la realización de complejos vestíbulos y pavimentos de adobe, aunque parece que en ningún momento las estructuras de habitación soteñas alcanzaron el grado de elaboración logrado en las denominadas «sociedades de casa», identificadas en los últimos años tanto en la Europa Atlántica (González Ruibal 2006b; 2006-07: 410-419; 2009) como en el Mediterráneo (Ruiz-Gálvez Priego 2013: *pass.*; González Ruibal y Ruiz-Gálvez 2016). Asimismo, en esta fase de plenitud se produjo la consolidación de la institución de la «casa», entendida como «una unidad social básica y perpetuada, compuesta por co-residentes relacionados por parentesco –real o ficticio–, que además de cobijo y sustento –tierras, aperos– comparten una serie de principios normativos y cierto acervo inmaterial, como títulos y alianzas» (Blanco González 2010d: 161). Dicha consolidación se refleja, entre otras cosas, en la pauta seguida a la hora de sustituir las estructuras domésticas. Como hemos visto, las comunidades cogoteñas desmantelarían por completo las cabañas al trasladarse o al fallecer sus ocupantes, mientras que los grupos soteños, al menos en la etapa de plenitud, respetaban los restos preexistentes superponiendo las nuevas construcciones o reutilizando alguno de sus elementos (Blanco González 2010d: 160-165; 2011: 398-403). En el Cerro de San Vicente, por ejemplo, se ha comprobado la superposición de cuatro viviendas de adobe (y posiblemente una previa levantada a base de «cañas y barro»), en las que se mantuvo en todo momento la posición de la entrada y del hogar (Blanco González 2011: fig. 8; Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 34). En el noroeste peninsular se ha constatado también la conservación del hogar en la misma ubicación cuando se realizan remodelaciones en las estructuras domésticas. Esto se debería a la importancia simbólica de este elemento, al constituir el punto de referencia a partir del cual se organizan todos los objetos de la vivienda y la propia vida doméstica (Ayán Vila 2008: 932-933). La perpetuación material de la casa llevaría a que esta se convirtiera en un símbolo de la continuidad del grupo familiar (Gerritsen 1999: 81-82), de la conexión con los ancestros y, por tanto, en una pieza fundamental en la legitimación de los derechos de propiedad de la familia residente (Blanco González 2010d: 163-164; 2011: 405-406). Esta relevancia de la genealogía familiar y de la perseverancia de las estructuras habitacionales estaría denotando la importancia creciente que entre las comunidades soteñas tendría el tiempo como principio ordenador de la realidad (Hernando Gonzalo 2002: *pass.*).

El hallazgo ocasional de inhumaciones infantiles y depósitos de animales bajo los suelos de las viviendas del grupo Soto es otra prueba más de la enorme carga simbólica asociada a las casas. En el suroeste de la cuenca del Duero contamos con el enterramiento infantil localizado en la zona exterior de una de las viviendas de La Mota (García Alonso y Urteaga Artigas 1985: 130 y lám. II) y con la inhumación de un neonato bajo el suelo de una de las casas del Cerro de San Vicente (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 67).

Probablemente estas sepulturas infantiles respondan a la voluntad de conceder a los neonatos y niños pequeños un tratamiento funerario diferente al que recibieron los adultos (desconocido, por el momento) (Delibes de Castro y Herrán Martínez 2007: 307; Ruiz Zapatero 2009a: 236). No obstante, la escasez de este tipo de hallazgos hace pensar en la existencia de «dos maneras de considerar el fallecimiento de un niño/a: una, con cierta ritualidad, dentro del grupo familiar/social, por causas que nos son desconocidas; y otra, sin ningún tipo de formalización aparente, mediante una inhumación desconocida y apartada del grupo comunitario» (Gusi y Muriel 2008: 308). Por su parte, los depósitos de animales, realizados también de forma excepcional, podrían estar ligados a acontecimientos especialmente significativos en la vida de los habitantes de la vivienda correspondiente (Romero Carnicero *et al.* 2008: 663). Por otro lado, ciertas construcciones circulares de adobe identificadas en La Corona/El Pesadero han sido interpretadas como estructuras cultuales, debido a la presencia en su interior de cerámicas fragmentadas y restos animales, consideradas a su vez como ofrendas (Misiego Tejeda *et al.* 2013: 214-222). Pero, su gran número (en las excavaciones realizadas se descubrieron en total 15 ejemplos) y cercanía espacial con respecto a las casas y construcciones auxiliares hace más plausible la propuesta planteada por Marín Suárez (2011: 324 y fig. 3.47), quien las considera simples bases de hórreos.

Al sur del Sistema Central disponemos de muy pocos datos para caracterizar las estructuras domésticas erigidas en las aldeas (fortificadas o abiertas) y granjas durante la Primera Edad del Hierro. En el occidente toledano contamos con las construcciones localizadas en los sectores II y III del cerro de La Fragua, una de las elevaciones que forma parte del yacimiento de Arroyo Manzanas. En el sector II se encontraron los restos de un suelo de arcilla apisonada, aparentemente rodeado por cantos rodados y excavado unos centímetros en el terreno natural; mientras que en el sector III se hallaron varias habitaciones de planta rectangular levantadas a base de muros de piedra (Moreno Arrastio 1990: 279). Asimismo, en el Cerro de la Mesa se han documentado parcialmente dos habitaciones separadas por un murete de adobe enlucido y dos pavimentos superpuestos de arcilla rubefactada. Sobre el más moderno se localizó un posible altar con forma de «lingote chipriota» (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: 178), por lo que será tratado en el próximo capítulo, dentro del apartado dedicado al fenómeno orientalizante. En la zona oriental de Cáceres disponemos de las estructuras documentadas en Talavera la Vieja, de tendencia rectangular y construidas con cantos rodados, alzados en tapial o adobe y pavimentos de cantos o tierra apisonada (Jiménez Ávila y González Cordero 1999: 183 y fig. 1; González Cordero y Morán Sánchez 2006: 34 y fig. 11; Salgado Carmona 2017). Pero, mientras para Salgado Carmona (2017) dichas estructuras formarían parte de un extenso poblado orientalizante, según Jiménez Ávila y González Cordero (2012: 214) estarían más bien relacionadas con los enterramientos de la necrópolis. En el poblado abulense de El Castañar se han reconocido los restos de varias construcciones semiexcavadas en el

suelo, formadas en su parte inferior por cantos cogidos con barro (Fernández Gómez et al. 1986-87: 270; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 99; Fernández Gómez 2005: 13). Por último, en la comarca de La Vera contamos con las viviendas descubiertas en los tres espacios de habitación excavados en la Cañada de Pajares (Celestino Pérez y Martín Bañón 1999; Celestino Pérez 2008a: 103-106; Fernández Freire 2008: 317-318, 333-334 y 337; Celestino

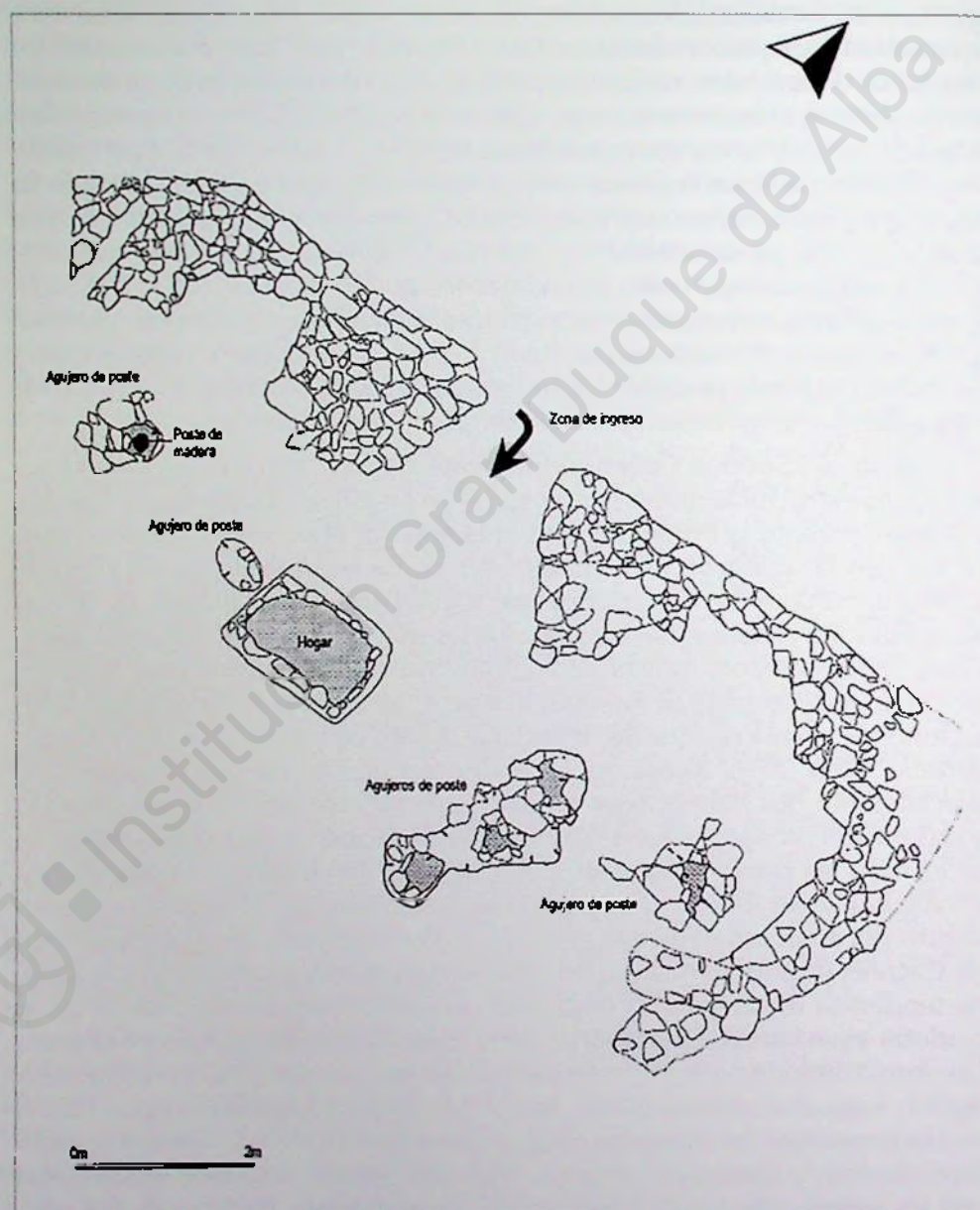


Fig. 3.30. Planta de una vivienda del yacimiento de la Cañada de Pajares (según Celestino Pérez 2008a: fig. 8).

Pérez et al. 2009: 203-204). En la primera área doméstica intervenida (Zona 3) se exhumaron dos casas ovales rehundidas en el nivel natural del terreno, levantadas mediante un zócalo de piedra y alzados de tapial. En la segunda (Zona 2) se localizaron una serie de agujeros de poste correspondientes a tres momentos distintos e interpretados como pertenecientes a estructuras de almacenamiento construidas en madera (hórreos). En la tercera (Zona 1 y 2000) se pudieron detectar tres fases diferentes: en la Fase I se reconoció una vivienda de planta oval, en la Fase II se descubrió una construcción en piedra de planta simétrica, de 11 m de longitud por 5 m de anchura reconocida, con la entrada en la zona septentrional y con un hogar central que podría haber sido utilizado para el torrefactado de las numerosas bellotas carbonizadas encontradas en el suelo de esta estructura, donde también se hallaron varios molinos barquiformes y abundantes molederas (fig. 3.30); en la fase III se documentó un nivel compuesto por restos de tapial, cal y piedras, fruto del abandono y derrumbe de las estructuras.

A partir de la secuencia obtenida en la Cañada de Pajares se puede plantear la sustitución, a finales de la Primera Edad del Hierro, de las casas ovales excavadas ligeramente en el terreno, con zócalo de piedra y alzados de tapial, por las casas rectangulares con muros de piedra y alzados también de tapial. Pero, lo exiguo de las evidencias encontradas, tanto en este sitio como en el resto de yacimientos ubicados en el área meridional de nuestra zona de estudio, hace necesario tomar con mucha cautela esta hipótesis.

4. PRODUCCIÓN ARTESANAL Y SOCIEDAD EN LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO



Institución Gran Duque de Alba

4.1. TECNOLOGÍAS: ALFARERÍA Y METALURGIA

4.1.1. Alfarería

Para el Hierro I es poco lo que sabemos sobre la cadena técnica de la cerámica, manufactura no especializada que, según Sánchez Romero (2002: 279), formaría parte de las actividades de mantenimiento llevadas a cabo fundamentalmente por mujeres. En Guaya se ha planteado el uso de los hornos descubiertos en varias cabañas, entre otras cosas, para la cocción de cerámica (Misiego Tejeda *et al.* 2005: 211 y lám. I). Asimismo, en el Cerro de la Cabeza se ha documentado un gran vaso troncocónico enterrado *in situ*, localizado a 15 m de un horno considerado doméstico, relleno con piezas cerámicas con defectos de cocción (Blanco González 2009a: vol. II (1): 75). En La Mota los análisis realizados con lentes binoculares a cinco muestras de cerámica han evidenciado la utilización como desgrasantes de arenas semejantes a las que se encuentran en el propio cerro sobre el que se asienta el poblado, así como el poco control existente sobre las condiciones de cocción de los recipientes estudiados (García Alonso y Urteaga Artigas 1985: 73-74). Estos son siempre realizados a mano, cocidos en ambientes reductores, presentan acabados rugosos, espatulados o bruñidos y generalmente no están decorados.

Ya hemos comentado en el capítulo anterior la dificultad existente a la hora de distinguir entre la cerámica del Soto Inicial y Pleno a partir de materiales recuperados en prospección, debido fundamentalmente a la notable estabilidad que caracteriza a la tradición alfarera sotense a lo largo del tiempo y a la presencia de una serie de rasgos comunes durante las dos fases (Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 14; Blanco González 2009a: vol. I: 196-197), como se ha podido comprobar, por ejemplo, en El Soto de Medinilla (fig. 4.1) (Delibes de Castro *et al.* 1995b: 171-172 y figs. 3, 5 y 7). Nosotros mismos hemos podido constatar dicho problema al estudiar un conjunto cerámico procedente de El Cogote II, recogido durante las prospecciones del Valle Amblés dirigidas por Ruiz Zapatero, Álvarez Sanchís y Collis. Este lote contiene algunos elementos que parecen remitirnos a la etapa de plenitud del mundo soteño (fig. 4.2), aunque los materiales conocidos hasta ahora apuntan hacia un momento previo (Fabián García 1999: 173; Blanco González 2009a: vol. II (1): 195-198). En el caso de un segundo conjunto de cerámicas recuperado

Atributo	Soto Inicial	Soto Pleno
Mayor variedad formal y decorativa		X
Vasitos carenados bruñidos	X	Menos frecuentes
Vasos bitroncocónicos u ovoides con cuellos cilíndricos claramente diferenciados	X	Menos frecuentes
Vasos de perfiles más suaves, en S, y cuellos menos acentuados		X
Vasos de bordes rectos decorados bajo el borde con líneas de digitaciones y/o ungulaciones		X
Cuencos con un pequeño hombro o troncocónicos		X
Tapaderas		X
Cubiletes de pie anular		X
Cerámicas con decoración incisa de triángulos rayados o líneas en zigzag	X	X
Cerámicas pintadas, a peine o grafitadas		X
Asideros de mamelón perforado	X	X
Asas de cinta u orejetas		X
Pies anulares con una línea de digitaciones entre la base y el pie y/o en el borde del pie	X	Menos frecuentes
Pies anulares sin decorar, con un baquetón entre base y pie o moldurados		X
Pies más altos		X

Fig. 4.1. Rasgos característicos de la cerámica del Soto Inicial y Pleno, detectados en las producciones descubiertas en El Soto de Medinilla (tabla elaborada a partir de los datos proporcionados por Delibes de Castro et al. 1995b: 171-172 y figs. 3, 5 y 7).

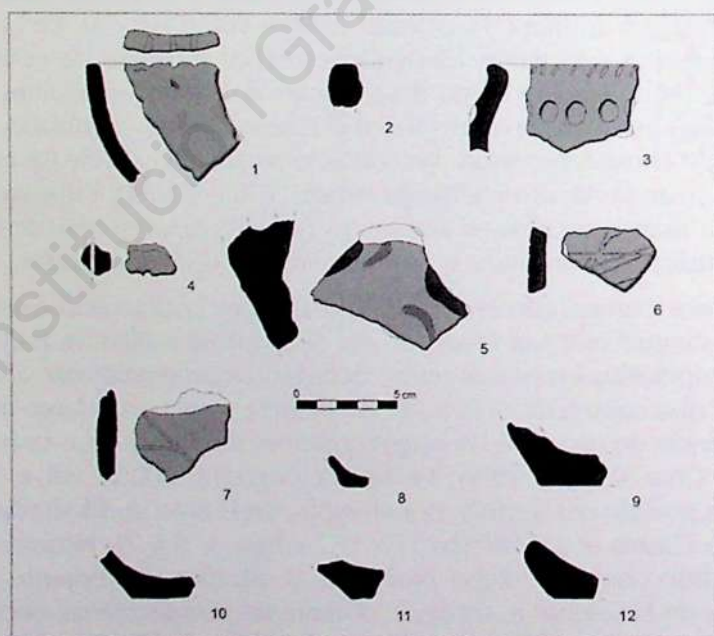


Fig. 4.2. Cerámica a mano procedente de El Cogote II: 1) borde de recipiente hemisférico con impresiones en el labio; 2) borde recto; 3) borde con impresiones en el labio y una línea de digitaciones; 4) mamelón perforado verticalmente; 5) arranque de asa; 6-7) galbos con líneas incisas oblicuas y horizontales; 8-12) fondos planos.

en Los Castillejos de Sanchorreja (fig. 4.3), en el marco de estas mismas prospecciones, su adscripción al Soto Pleno viene determinada por la presencia de un fragmento con decoración a peine blando.

Entre las producciones del Soto Inicial destacan los «vasitos de carena resaltada», que se caracterizan por sus reducidas dimensiones, su cuidada superficie bruñida y su carena sobresaliente (fig. 4.4) (Romero Carnicero 1980; Balado Pachón 1987; 1989: 75-77; Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 23-25). Aunque este tipo de recipientes de cerámica fina se ha vinculado en alguna ocasión a un supuesto contexto funerario (Balado Pachón 1987: 174),

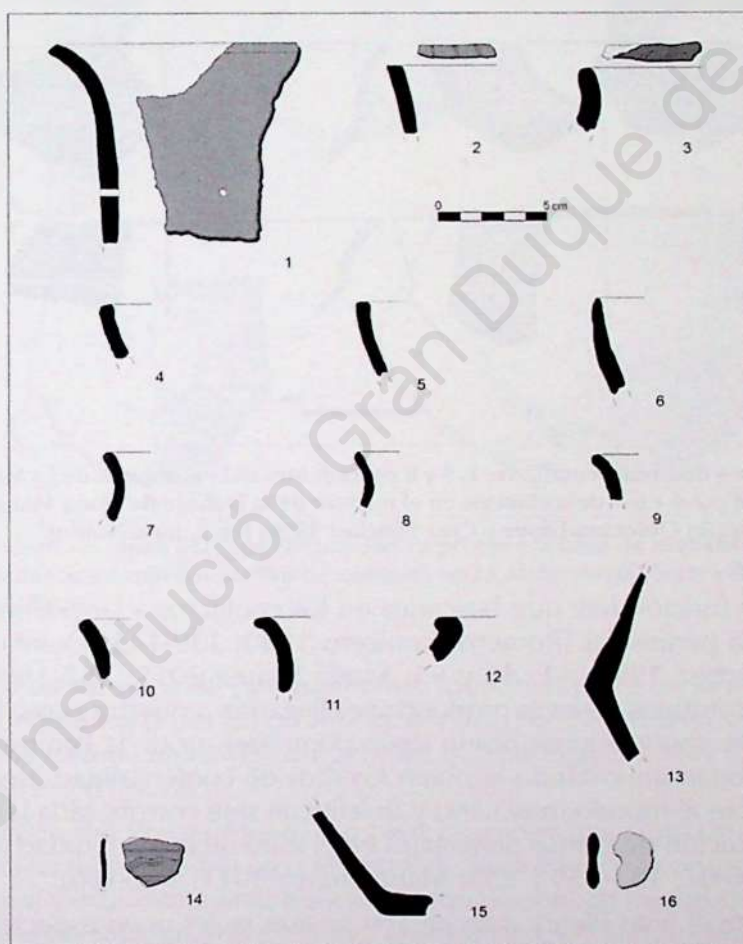


Fig. 4.3. Cerámica a mano procedente de Los Castillejos de Sanchorreja: 1) recipiente de perfil recto con el borde exvasado y una perforación en el cuerpo; 2) borde de vasito troncocónico con impresiones en el labio; 3) borde con impresiones en el labio; 4-6) bordes de cuencos hemisféricos; 7-8) bordes de vasitos globulares; 9) borde abierto curvo; 10) borde exvasado; 11) borde exvasado; 12) borde entrante de labio aplanado; 13) carena media; 14) galbo con decoración a peine; 15) fondo plano; 16) posible fusayola de piedra.

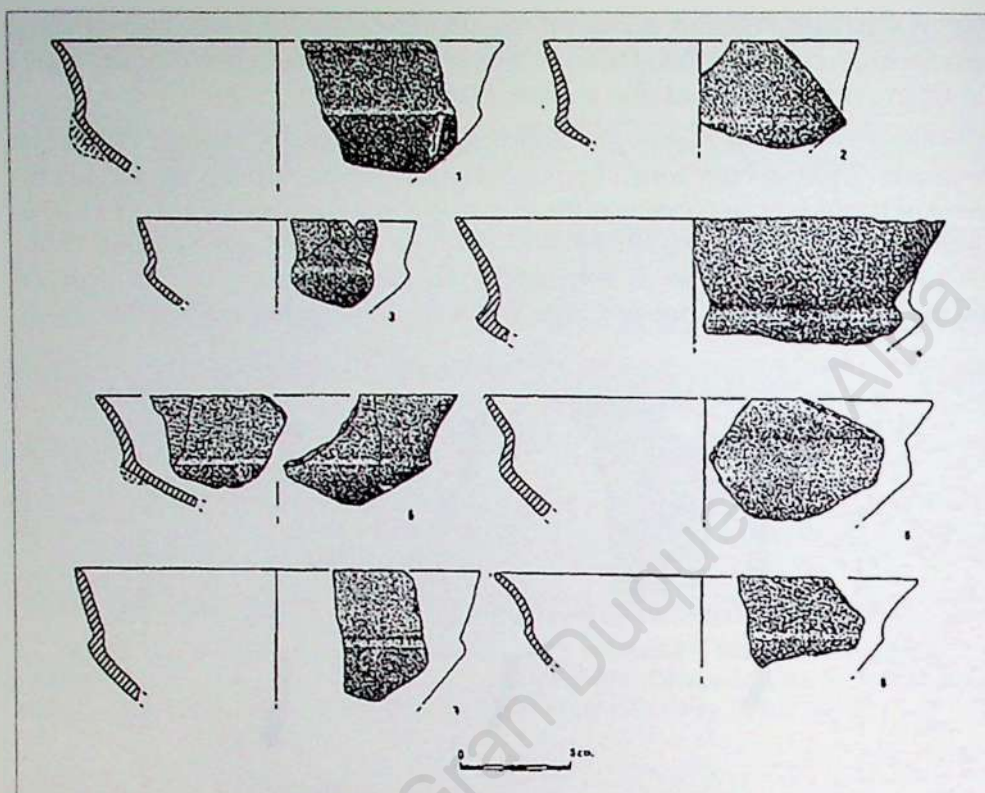


Fig. 4.4. Vasitos de carena resaltada: 1, 5 y 8 procedentes del yacimiento de La Monja (Aguasal, Valladolid); 2-4 y 6-7 descubiertos en el enclave de la Dehesa de Doña María (Olmedo, Valladolid) (según Quintana López y Cruz Sánchez 1996: fig. 2, modificado).

su origen y función hay que buscarlos en los contactos a larga distancia con el mediodía peninsular (Romero Carnicero 1980: 139-145; Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 41, 46 y 55; Marín Suárez 2011: 167-168). Así, los primeros prototipos de estas producciones llegarían a nuestra zona de estudio en forma de importaciones desde algún punto del sur de la Península. Y con ellos se estarían importando también los ritos de comensalidad asociados ya posiblemente al mundo masculino y de elite, lo que corroboraría la creciente individualización de ciertos personajes en el seno de la comunidad (González Ruibal 2006-07: 153-159 y 235; Marín Suárez 2011: 167-168).

Durante el Soto Pleno, a las cerámicas lisas se les unen especies decoradas a peine blando, caracterizadas por sus diseños decorativos sencillos (figs. 4.3.14 y 4.5) (p. ej. Martín Valls 1986-87; González-Tablas Sastre 1989; 1990: 61-65; Seco Villar y Treceño Losada 1993: 159-163; González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002: 121-133; Álvarez-Sanchís 2003c: 83-85). La génesis de estas cerámicas se ha situado en ciertas piezas soteñas decoradas con rayados muy finos, formando triángulos (Martín Valls 1986-87: 65). Así, los vasos decorados con esta técnica, que aparecen por norma general de forma muy

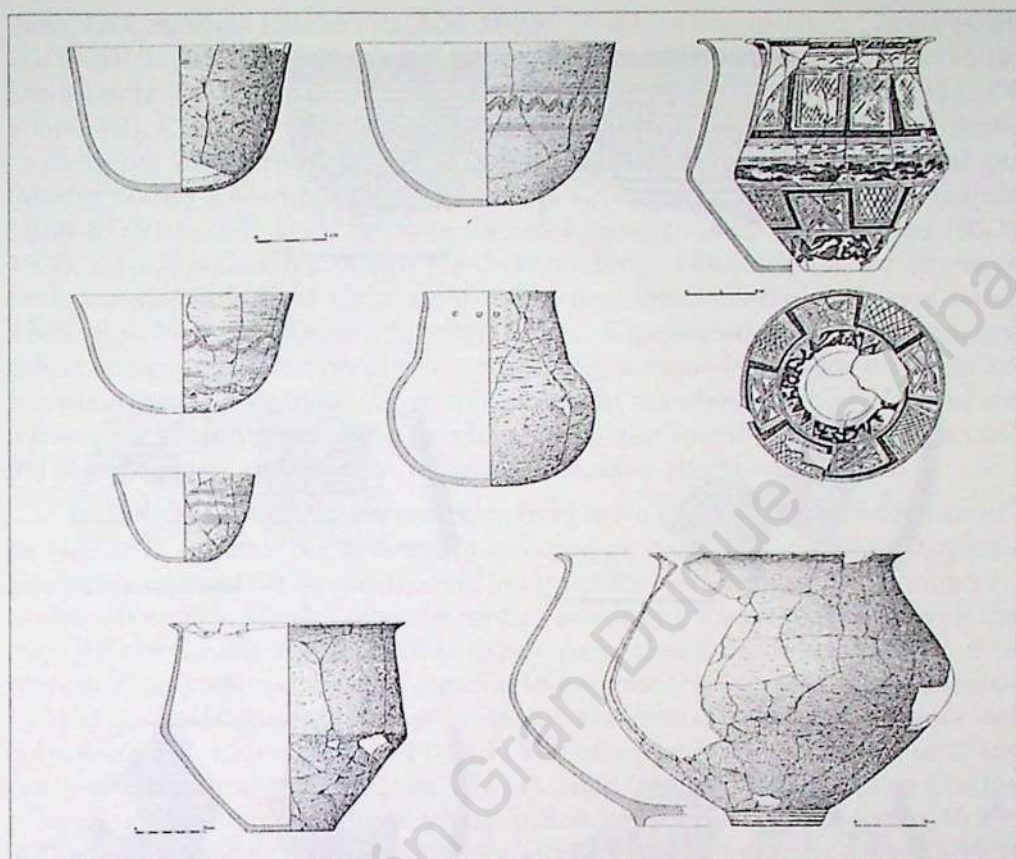


Fig. 4.5. Cerámica a mano lisa, con decoración «a peine» y a base de motivos geométricos y florales pintados en rojo y amarillo; descubierta en La Mota (según Seco Villar y Treceño Losada 1995: fig. 3).

minoritaria en los sitios de este momento, formarían parte de la normal evolución experimentada por las cerámicas soteñas. Por ello, deben ser incluidos en la misma cadena tecnológico-operativa que las especies lisas de tipo Soto (Marín Suárez 2011: 327).

A lo largo del Primer Hierro también aparecen una serie de recipientes de cuidada factura y posible uso ceremonial, decorados con pintura monócroma, bícroma y ocasionalmente polícroma poscocción. En los mismos se aplica pintura de color rojo, amarillo, blanco, azul y negro; formando composiciones geométricas (figs. 4.5 y 4.6). La presencia de este tipo de producciones en la Meseta se ha interpretado habitualmente como una prueba de la existencia de una política de intercambio de regalos entre elites para garantizar alianzas o de meras relaciones comerciales con el mediodía peninsular (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 1996: 322). Pero, a partir de su amplia dispersión por el espacio geográfico meseteño, González-Tablas y Domínguez Calvo (1995: 190) han propuesto revisar el carácter alóctono atribuido tradicionalmente a

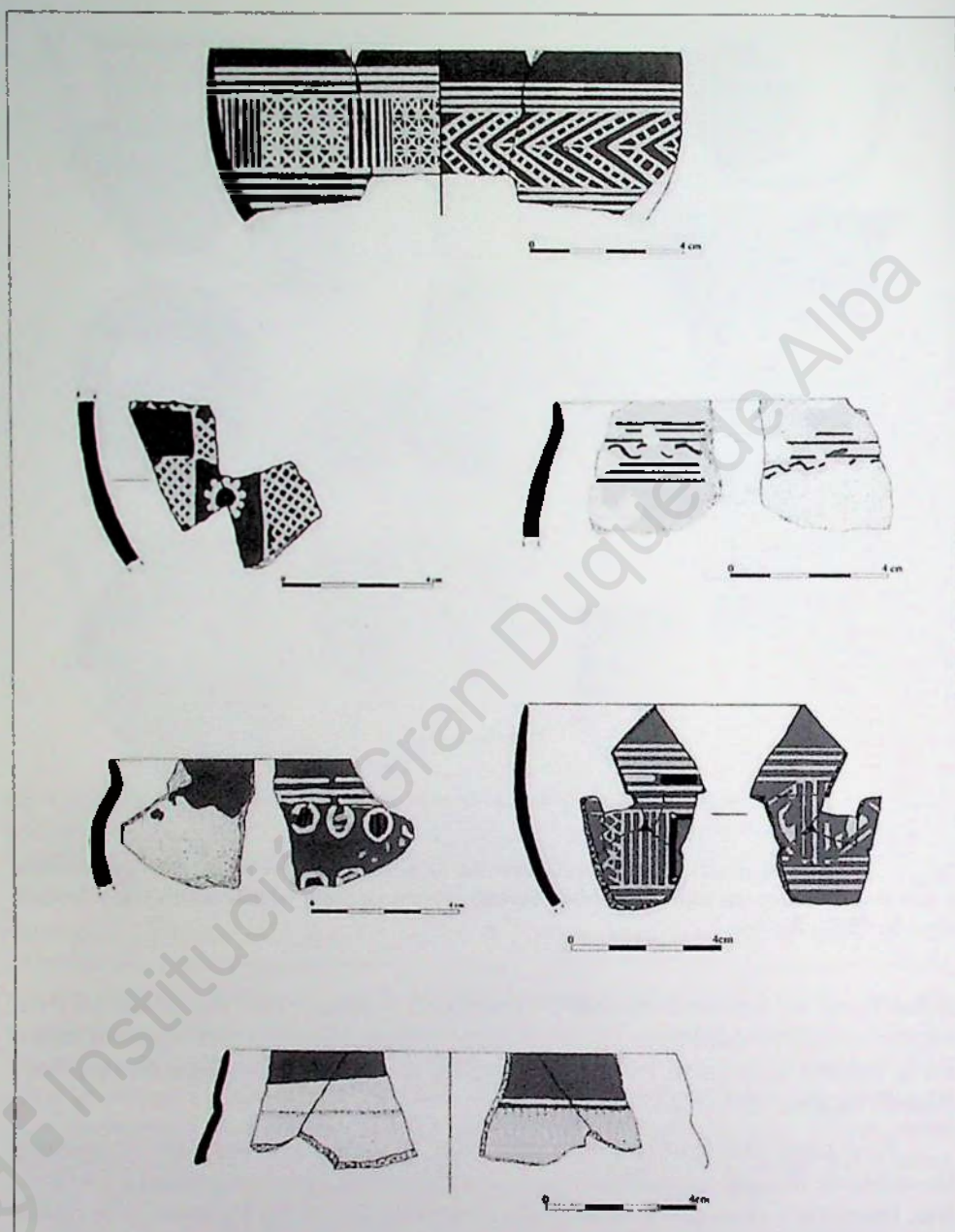


Fig. 4.6. Cerámica a mano pintada postcoCCIÓN procedente del Cerro de San Vicente (según Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 43).

estas cerámicas. En efecto, este tipo de piezas decoradas comparecen en un buen número de sitios del suroeste de la Meseta Norte: La Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 228-229 y láms. 1-3; 2005), La Mota (Seco Villar y Treceño Losada 1993: 156-157), Sieteiglesias (Bellido Blanco y Cruz Sánchez 1993:

266), La Calzadilla (Balado Pachón 1989: 79-81), Coca (Blanco García *et al.* 2012-2013: 77, 81 y 129), Ledesma (Benet *et al.* 1991: 129-130), Cerro de San Vicente (Benet *et al.* 1991: 134; Macarro Alcalde y Alario García 2012: 71 y lám. 43), Cerro de San Pelayo (Benet 1990: 84-85 y figs. 3-4; López Jiménez y Benet 2004: 160 y fig. 4), El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito 1994: 119-120), Las Paredejas (Fabián García 1986-87: 281-283), Los Castillejos de Sanchorreja (Maluquer de Motes 1957; 1958: 43-47) o Guaya (Misiego Tejeda *et al.* 2005: 214). Además de aparecer en la tumba de la Casa del Carpio, en el occidente toledano (Pereira Sieso 1989: figs. 1-2). Así, Álvarez-Sanchís (2003c: 83) defiende que la mayoría de estos recipientes fueran productos autóctonos, aunque inspirados en modelos meridionales. Recientemente, se ha puesto de manifiesto la complejidad de influencias presentes en estas producciones, que incluirían las procedentes del foco riojano y del Alto Ebro (Blanco González 2009a: vol. I: 199).

En la Alta Extremadura la cerámica del Hierro Inicial se caracteriza por estar realizada a mano, por presentar tonos negros, marrones y rojizos y superficies generalmente sin ningún tipo de tratamiento. Las formas más comúnmente documentadas son las ollas de formas sencillas y los cuencos, algunos de ellos de carena alta (fig. 4.7). En la mayor parte de los casos los vasos de este momento no están decorados, aunque se han encontrado piezas con incisiones y ungulaciones, situadas en el borde, en el cuello o en la parte superior del cuerpo (Martín Bravo 1999: 111-113). Por otra parte, inmediatamente al sur del Sistema Central, en los núcleos de la Cañada de Pajares (González Cordeiro *et al.* 1990; Celestino Pérez y Martín Bañón 1999; Celestino Pérez 1999; 2008a), El Castañar (p. ej. Fernández Gómez 1986: tomo II; 1993; 1997; 2003: 158-161; 2008) y sus correspondientes necrópolis, destaca la presencia de cerámica decorada a peine como la descubierta en la Submeseta Norte.

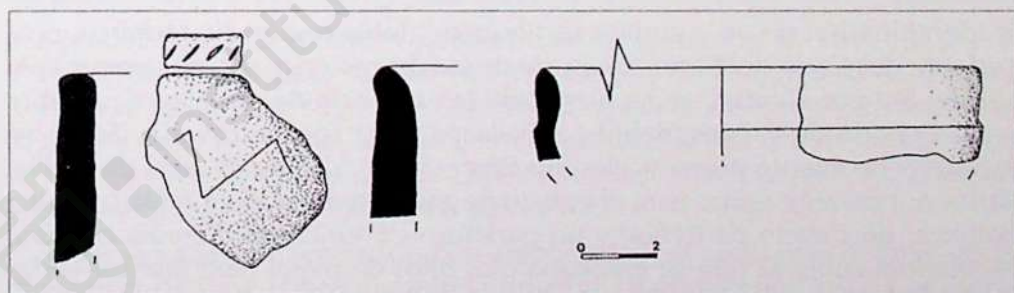


Fig. 4.7. Cerámica a mano del castro del Cancho de la Porra (Mirabel, Cáceres) (según Martín Bravo 1999: fig. 35).

4.1.2. Metalurgia

Nuestra zona de estudio, como hemos visto en el capítulo 2, es rica en mineralizaciones de cobre, plomo, pero sobre todo de estaño (fig. 2.8). Sin embargo, contamos con muy pocos indicios de la extracción de estos minerales.

En este sentido, se ha planteado la obtención desde época calcolítica de carbonatos de cobre (malaquita) en el Cerro de la Cabeza/Bascoarrabal y en las cercanías del sitio de La Viña (Fernández Manzano et al. 1997). Afortunadamente, en el Cerro de San Cristóbal de Logrosán (Cáceres), relativamente cerca del límite meridional de nuestro ámbito espacial de análisis, se ha podido documentar la cadena operativa de la extracción de la casiterita en un momento fechado en la transición Bronce Final-Orientalizante. Esta comenzaría con la apertura de una serie de trincheras o «rafas» por medio de martillos-mazas de piedra, siguiendo los filones de cuarzo (que albergaban la mineralización de casiterita) visibles probablemente en superficie. Después se trituraría el cuarzo con machacadores de piedra, para extraer la casiterita. Posteriormente, se procedería a la separación, afinado y molturación de la casiterita en una serie de molinos barquiformes y su añadido al cobre «prefundido o fundido» en pequeños crisoles de barro. El paso final sería la elaboración de piezas de bronce en moldes de piedra (Rodríguez Díaz et al. 2013: 102-105).

Según Delibes et al. (2001: 79) la reducción del mineral de cobre se habría realizado en vasijas de reducción o vasijas-horno (Renzi 2010: 126-133), como las documentadas en El Soto de Medinilla (Delibes de Castro et al. 1995a: 151) y posiblemente en La Viña (Blanco González 2009a: vol II (2): 104), aunque en el yacimiento de Guaya se cita la presencia de hornos destinados a la «fundición metalúrgica» (Misiego Tejeda et al. 2005: 211). En este último sitio la actividad bronceística está atestiguada también a partir de la aparición de crisoles, moldes y restos de fundición (Fabián García 1999: 173; Misiego Tejeda et al. 2005: 215). En La Mota se han descubierto numerosos fragmentos de crisol con restos de fundición, tanto de bronce como de hierro (Seco Villar y Treceño Losada 1995: 233). Asimismo, en Los Arenalones y La Viña se han encontrado restos de fundición (Fabián García 1999: 173; Blanco González 2009a: vol II (2): 103). Jiménez Ávila (2002: 311 y 375), a partir de la identificación de un ejemplar de fíbula de doble resorte sin terminar, procedente del Cerro del Berrueco, propone la fabricación *in situ* de la misma. Al sur del Sistema Central, se ha planteado la existencia de un taller de orfebre en la Cañada de Pajares, debido al hallazgo en la zona excavada, donde se localizó el conjunto áureo (Celestino Pérez 1999), de dos toberas de arcilla, varios punzones y agujas para el trabajo de grabado repujado, un plato de una balanza, un carrito de trefilar y un parahuso cilíndrico de arenisca con una escotadura sobre la que se enrollaban los hilos de metal para fabricar cadenas (Celestino Pérez et al. 2009: 205). Además, en los núcleos menores de Rabinche, El Tudal y Rocastaño 1, todos ellos situados alrededor de la Cañada de Pajares, en Villanueva de la Vera (Cáceres), se llevaron a cabo actividades metalúrgicas, como puede deducirse de la gran cantidad de toberas encontradas en los tres enclaves (Fernández Freire 2008: 277, 347-348 y 353), especialmente en Rabinche (fig. 4.8.3). Por su parte, en Arroyo Manzanas se descubrieron cuatro moldes de fundición de arcilla y un crisol de barro cocido (fig. 4.8.1-2). Al menos tres de los moldes serían bivalvos y estarían destinados

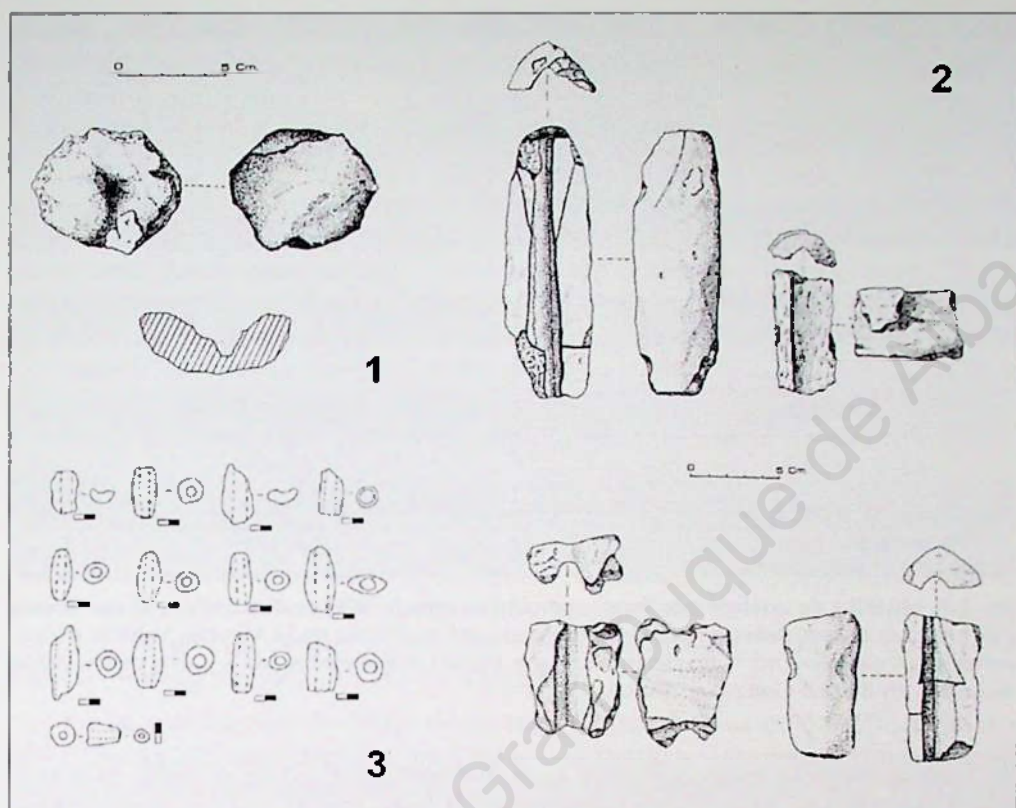


Fig. 4.8. Elementos relacionados con los trabajos metalúrgicos durante el Hierro I: 1) crisol descubierto en Arroyo Manzanas (según Urbina *et al.* 1992: 317); 2) moldes de Arroyo Manzanas (según Urbina *et al.* 1992: 318); 3) toberas halladas en el yacimiento de Rabinche (según Fernández Freire 2008: 112).

a la producción de regatones y puntas de flecha (Urbina *et al.* 1992: 312-313 y 317-318). Con respecto al hierro, en El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo se hallaron en superficie una serie de escorias de hierro y un fragmento de una tobera de fuelle, lo que permite plantear la práctica de la siderurgia en este sitio, en un momento que López Jiménez y Benet (2005: 1022) sitúan hacia finales del siglo VI-inicios del siglo V a.C.

Como ya se ha comentado con anterioridad, el rasgo más notable de la metalurgia de base cobre durante la Primera Edad del Hierro sería el crecimiento experimentado por los broncees plomados (Fernández-Posse y Montero Ruiz 1998: 200; Gómez Ramos *et al.* 1998: 105 y 110; Delibes de Castro *et al.* 2001: 76-79, figs. 2-4 y 6). Sin embargo, a la vista de los análisis por fluorescencia de rayos X (XRF) consignados en la tabla de la fig. 4.9, parece necesario hacer una distinción entre las producciones realizadas durante el Soto Inicial y aquellas llevadas a cabo a lo largo del Soto Pleno. En dicha tabla todos los broncees son binarios, salvo en el caso de la varilla descubierta en el Cerro de la Laguna, que es un bronce ternario pobre en plomo. Este yacimiento y el

Yacimiento	Tipo	Ref. lab.	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
Cerro de la Laguna	Varilla	PA6349	0,24	0,15	83,37	nd	nd	0,065	13,63	0,055	2,5
Guaya	Punzón	GU1	0,07	0,05	89,8	nd	nd	0,004	9,4	0,005	0,6
Guaya	Gota fundición	GU2	0,01	nd	90,8	nd	nd	0,01	7,4	0,02	1,7
Los Arenalones	Puñal	LA1	0,12	nd	90,6	nd	0,1	0,002	9,2	0,006	nd
Los Arenalones	Lámina con nervadura	LA2	tr	tr	91,4	nd	nd	0,03	7,8	0,08	nd
Los Arenalones	¿Pulsera?	LA3	0,08	nd	85,6	nd	nd	0,005	14,3	nd	nd
Los Arenalones	Gota fundición	LA4	0,06	nd	87,7	nd	0,3	0,004	11,6	0,08	0,2
Los Arenalones	Gota fundición	LA5	tr	nd	87,3	nd	0,4	0,005	12,2	0,07	nd
Los Arenalones	Varilla	LA6	tr	nd	94,1	nd	0,2	0,007	5,6	0,04	nd
Los Arenalones	¿Puñal?	LA7	tr	nd	90,4	nd	0,1	0,002	9,4	0,02	nd
Los Arenalones	Lezna	LA8	tr	nd	90,8	nd	0,3	0,006	8,6	0,01	0,2
Solana Angosta	Punta pedunculada	SA1	0,04	nd	89,7	nd	nd	0,07	8,3	0,03	1,8

Fig. 4.9. Muestra de análisis por fluorescencia de rayos X (XRF) realizados por el Dr. Rovira sobre piezas encontradas en contextos soteños del occidente de la Meseta. Valores expresados en % en peso (nd = no detectado; tr = trazas) (tabla elaborada a partir de los datos incluidos en Blanco González 2009a).

de Solana Angosta están adscritos a un momento soteño indefinido, mientras que Guaya y Los Arenalones pertenecen al Soto Inicial. Así, se puede plantear una continuidad entre los bronce binarios cogotianos y los del momento inicial del mundo soteño, que contrastarían con los bronce ternarios típicos del Soto Pleno. En nuestra área de estudio entre los productos elaborados en bronce destacan las puntas de flecha, las leznas, las agujas, los punzones, las pulseras y los puñales.

A partir de las informaciones etnográficas se puede plantear que el desempeño de las actividades metalúrgicas estuviera en manos masculinas (p. ej. Eliade 1983; Haaland 2004: 5; Lévi-Strauss 2008: 20). En las sociedades preindustriales esta artesanía tiene un carácter ambiguo, ya que sirve para elaborar elementos destructivos como las armas y objetos ligados a la producción como las herramientas (Eliade 1983: cap. 9; González Ruibal 2003: 50; Haaland 2004: 5; Giles 2007). De ahí que el estatus social del artesano dedicado a labores metalúrgicas oscile entre la marginación y la ocupación de una posición privilegiada.

4.2. EL FENÓMENO ORIENTALIZANTE

El término «orientalizante» fue acuñado por los historiadores del arte para definir una serie de manifestaciones culturales (artefactos o técnicas) de estilo oriental que aparecían en contextos indígenas de Occidente (Aubert 2005:

118). Pero, rápidamente este concepto pasó a situarse como eje del cambio cultural de las poblaciones locales durante la primera mitad del primer milenio a.C. (Marín Aguilera 2012: 150). Así, el orientalizante se ha relacionado con la aparición en la Península Ibérica de innovaciones tecnológicas como el torno de alfarero o la metalurgia del hierro (Almagro-Gorbea 1993a; Ruiz Zapatero et al. 2012a; Álvarez-Sanchís et al. 2016), la introducción y aprovechamiento económico del olivo, los asnos y las gallinas, así como la emergencia de novedades constructivas (técnicas de construcción y planeamiento urbanístico) e ideológicas (políticas, religiosas y funerarias) (Pereira Sieso 2005). La aparición de estos rasgos culturales se habría producido a través de la influencia colonial fenicia. Así, el orientalizante vendría a ser sinónimo de colonialismo (Aubet 2005: 118). Por ello, desde posturas teóricas poscoloniales se ha planteado la supresión de este término en los estudios sobre la presencia oriental en el Mediterráneo (Marín Aguilera 2012: 150). La crítica llevada a cabo en las últimas décadas desde el marco de la teoría poscolonial (Fernández Martínez 2006b: 163 y ss.) ha posibilitado la introducción de conceptos como «interacción», «hibridación» o «negociación», que tienen en cuenta la respuesta local ante la presencia fenicia (Vives-Ferrándiz 2008), aunque conviene no olvidar que el contacto se produjo entre sociedades desiguales (Aubet 2005), lo cual daría lugar a conflictos (González Ruibal 2008b).

En la publicación derivada de su tesis doctoral, Álvarez Sanchís (2003c: 85-91) realiza un excelente repaso de los elementos vinculados al fenómeno orientalizante encontrados en el marco de la Meseta Occidental: 1) cultura material asociada a la vestimenta, objetos de tocador y joyas (fibulas de doble resorte, cuentas de collar de vidrio policromo, *aryballoi*, etc.); 2) elementos de banquete asociados al consumo de carne (asadores y calderos); 3) objetos asociados al ritual de libación (jarros, «braseros» y *timiaterios*); 4) orfebrería y elementos votivos vinculados al culto religioso; 5) elementos asociados a nuevas tecnologías (metalurgia del hierro y cerámicas a torno). Asimismo, Romero Carnicero y Ramírez Ramírez (1996) sintetizan la información disponible sobre la aportación orientalizante en el centro de la cuenca del Duero. De igual modo, los contactos entre el mundo mediterráneo y los principales yacimientos del Hierro I de la provincia de Ávila han sido objeto de diversos estudios (Baquedano Beltrán 1996; Cerdeño et al. 1996). Finalmente, Jiménez Ávila (2002) ha analizado de forma exhaustiva la toréutica orientalizante peninsular, incluyendo los materiales procedentes del occidente de la Meseta. Por ello, nos vamos a centrar en los hallazgos orientalizantes más importantes producidos en los últimos años y en la aparición en esta zona de las primeras necrópolis.

En los últimos tiempos se han publicado tres piezas orientalizantes que tienen en común su elaboración en bronce y la representación de figuras animales. La primera de ellas es un aplique cilíndrico con un zoomorfo de bulto redondo con la cabeza vuelta (fig. 4.10.1). Se trata de una pieza procedente de las remociones realizadas por Rotondo Nicolau en Las Cogotas entre

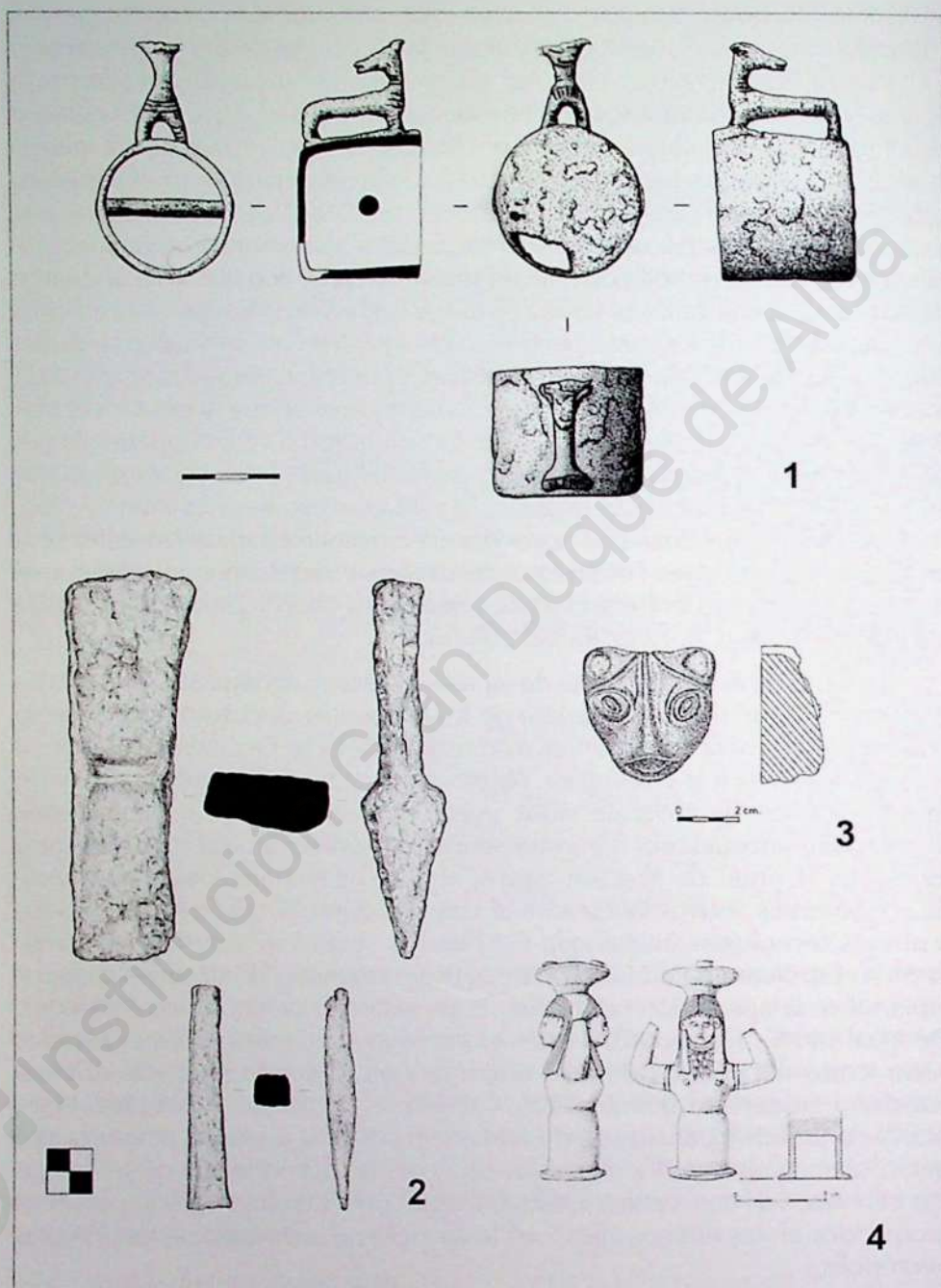


Fig. 4.10. Diversos materiales orientalizantes de la Meseta Occidental: 1) posible elemento de carro ligero elaborado en bronce (según Blanco González 2010b: fig. 10); 2) herramientas de hierro de Talavera la Vieja (según Jiménez Ávila y González Cordero 2012: fig. 10); 3) cabeza de leona en bronce, procedente de la Virgen del Castillo (según Martín Valls 1998: fig. 12); 4) fuste antropomorfo de El Raso realizado en bronce (según Fernández Gómez 1997: fig. 54).

1880-1882. Sin embargo, su identificación como un posible elemento de carro ligero es relativamente reciente. Galán (1989-90: 179) cita la presencia de «un pequeño cubo de carro rematado en una figura animal, posiblemente un bóvido» entre los objetos procedentes de este *oppidum*. Pero, será Blanco González (2010b: 131-133) el que publique un dibujo de la pieza y la analice con un mayor detenimiento. Según este autor, podría tratarse de un tapacubos de rueda o un remate de lanza o timón de un carro ligero. El segundo objeto es una cabeza de una leona, recuperada en el castro de la Virgen del Castillo, que habría formado parte de un recipiente metálico (fig. 4.10.3) (Martín Valls 1998: 160). La última de las piezas es un aplique decorativo con forma de cabeza de león procedente de Coca (Blanco García 2014c: 62). Entre los elementos arquitectónicos de carácter orientalizante descubiertos en los últimos años destaca, sin lugar a dudas, el posible altar con forma de «lingote chipriota» hallado en el Cerro de la Mesa (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: 178). Esta estructura formada por una placa de arcilla endurecida con fuego, enmarcada por una hilada de adobes con un enlucido de color amarillo claro, contaba con cuatro líneas grabadas que se cruzaban en el centro. Alrededor de dicha estructura aparecieron, entre otros materiales, unos anforoides realizados a torno, de boca ancha y fondo plano, con decoración pintada a base de bandas horizontales, círculos concéntricos y meandros.

Habitualmente se ha vinculado la aparición de necrópolis de incineración en el suroeste de la Meseta Norte con la «extensión» de la tradición funeraria de los Campos de Urnas a esta zona (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 231-235 y figs. 1-2; Álvarez-Sanchís 2003c: 169). Sin embargo, en el caso de la Alta Extremadura y de algunas zonas de la Meseta Sur se ha atribuido frecuentemente a la influencia del fenómeno orientalizante (Martín Bravo 1999: 121-124; Chapa Brunet y Pereira Sieso 2006: 131; Blasco Bosqued *et al.* 2012). No obstante, la elevada cronología de necrópolis como la de Herrería (Guadalupe) (Cerdeño y Sagardoy 2016) o Palomar de Pintado (Toledo) (Pereira Sieso *et al.* 2003) ponen en duda dicho origen orientalizante, algo ya defendido por Torres Ortiz (2005: 436) en el caso de los cementerios del suroeste peninsular. En cualquier caso, resulta innegable el influjo orientalizante en la mayor parte de las necrópolis y enterramientos localizados en este momento en el occidente de la Meseta:

a) Necrópolis de Talavera la Vieja: en este cementerio se han hallado, entre otros materiales, joyas de oro y plata (fig. 4.11.1-5), escarabeos egipcios, peines de marfil, objetos de hierro y cerámicas grises a torno (Martín Bravo 1998: 46-48; 1999: 93-96; Jiménez Ávila y González Cordero 1999; Jiménez Ávila 2006). Recientemente se ha localizado una tumba con elementos de carro (pasarriendas de bronce, bocados de hierro y cadenas), así como nuevas herramientas de hierro (fig. 4.10.2) (Jiménez Ávila y González Cordero 2012).

b) Enterramientos de la Calera de Fuentidueña: en este lugar fueron descubiertas dos vasijas con cenizas y algunos huesos, junto con dos fibulas anulares cuyos mejores paralelos se encuentran en yacimientos con materiales

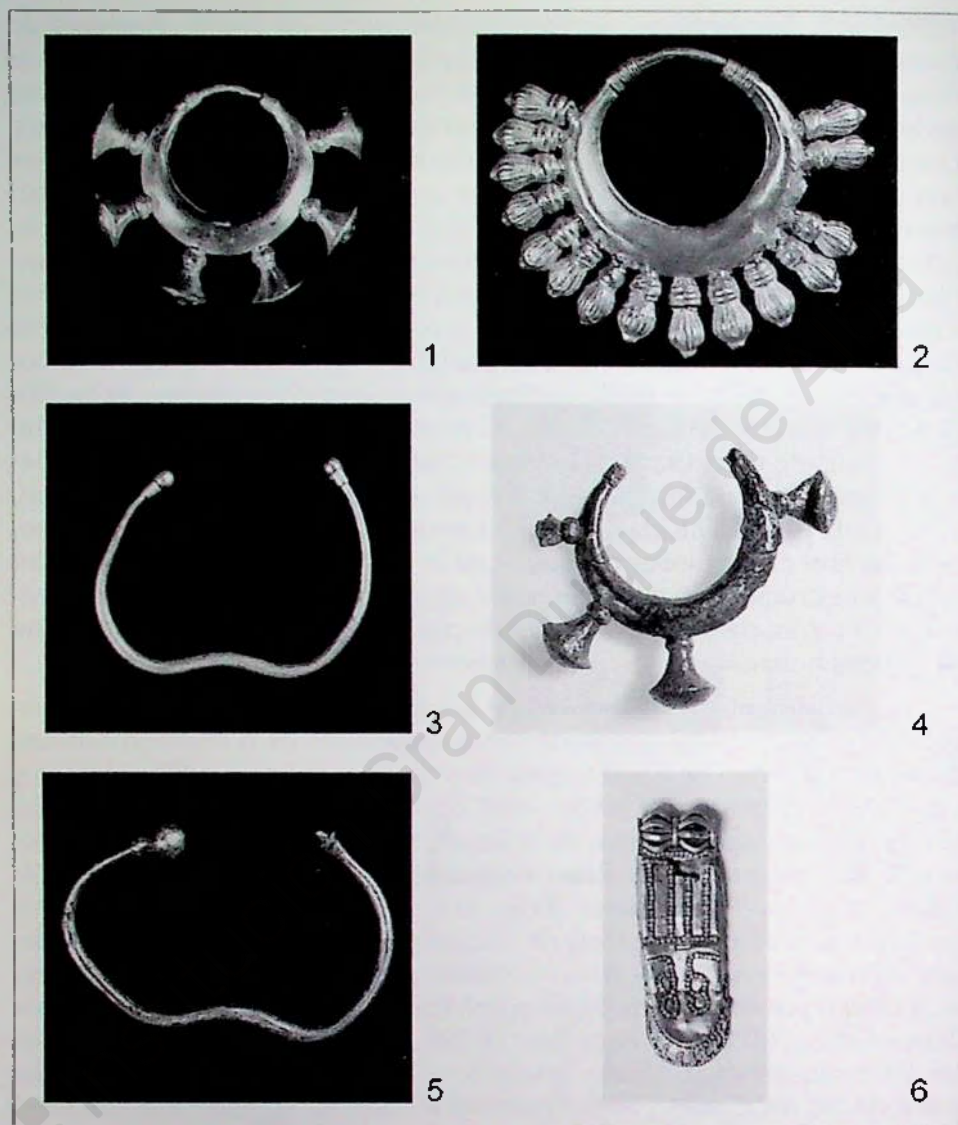


Fig. 4.11. Selección de orfebrería orientalizante localizada en yacimientos del occidente meseteño: arracadas de oro (1-2), brazalete de oro (3), arracada de plata (4) y brazalete de plata (5) de la necrópolis de Talavera la Vieja (según Jiménez Ávila 2006: 197-198 y 200-201; fotos de Vicente Novillo); elemento de diadema de oro de la necrópolis de El Raso (según Fernández Gómez 2007: 54; foto de Rafael Delgado).

orientalizantes tardíos (Jiménez de Gregorio 1955: 185-187; Fernández-Miranda y Pereira 1992: 70 y fig. 12; Chapa Brunet y Pereira Sieso 2006: 131).

c) Tumba de la Casa del Carpio: este enterramiento albergaba la inhumación de una mujer adulta y un recién nacido, acompañados de un ajuar excepcional en el que es digno de destacar la fusión de elementos autóctonos

y foráneos (fig. 4.12) (Pereira Sieso 1989; 2008a; 2012; Fernández-Miranda y Pereira 1992). Entre estos últimos sobresalen unos cuchillos de hierro, un vasito de plata, un alabastrón de cerámica (posiblemente usado para contener aceite perfumado), un broche de un garfio realizado en bronce y un posible caldero de bronce. Martín Bravo (1998; 1999: 122-124) ha interpretado esta tumba como perteneciente a una mujer tartésica de alto rango, que habría

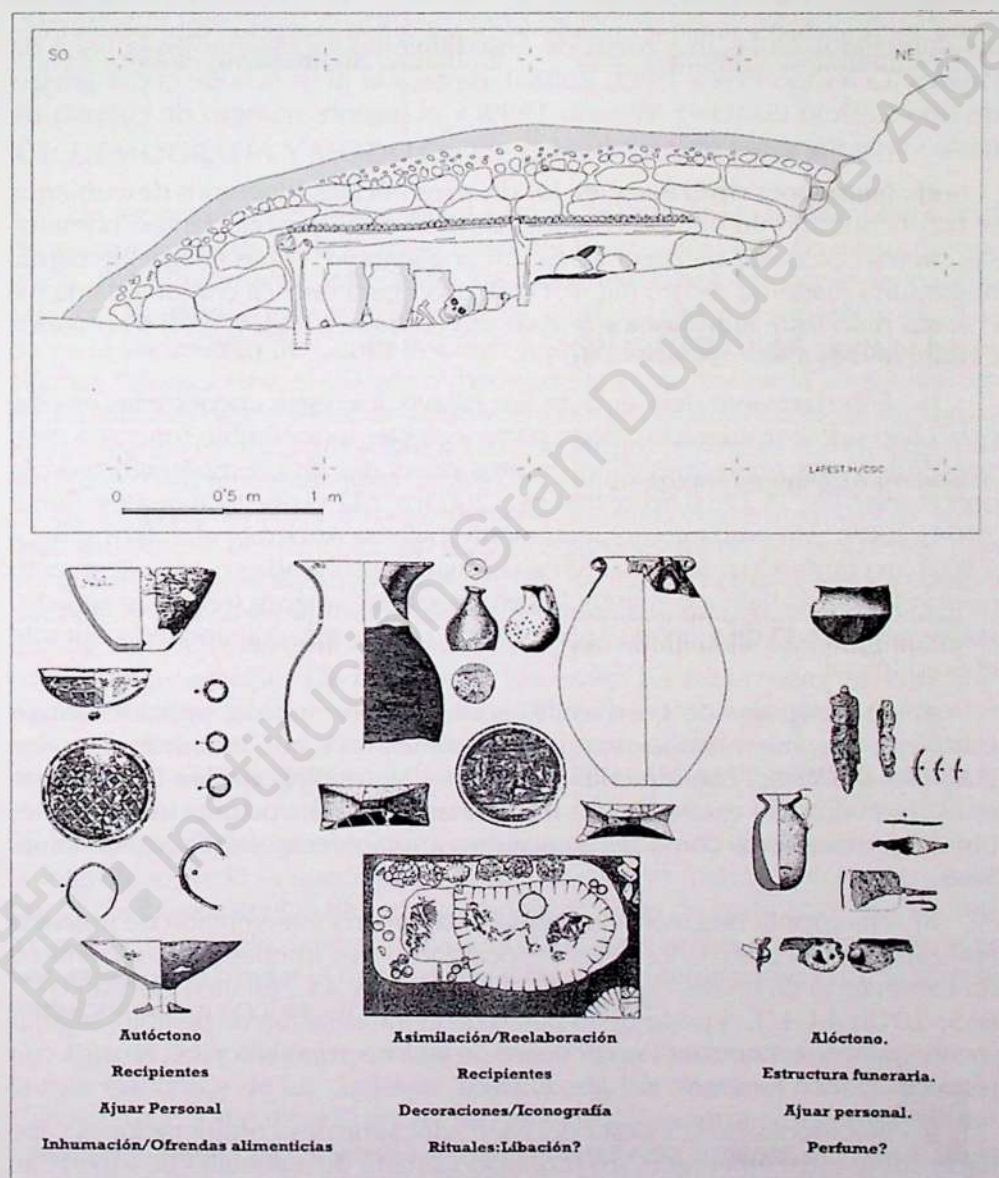


Fig. 4.12. Arriba: reconstrucción ideal del túmulo del Cerro de San Pelayo (según López Jiménez y Benet 2004: fig. 8). Abajo: elementos autóctonos, reelaborados e importados en el enterramiento de la Casa del Carpio (según Pereira Sieso 2005: fig. 3).

llegado a este territorio en el marco de una política de enlaces matrimoniales, destinada a garantizar alianzas que permitieran continuar con la actividad comercial entre ambas zonas. Sin embargo, para Pereira (2005: 175) este enterramiento sería el resultado del proceso de interacción desarrollado en la frontera septentrional del área de influencia de Tartessos y no el producto de la llegada de una princesa tartésica.

d) Necrópolis de la Cañada de Pajares: entre los materiales orientalizantes detectados en las tres zonas de enterramiento localizadas en la finca de Pajares (Celestino Pérez 1999; 2008a), destaca la presencia de copas griegas de tipo Cástulo (Sánchez Moreno 1999) y el ingente número de cuentas de pasta vítrea (Jiménez Ávila 1999).

e) Necrópolis de El Raso: en los diversos núcleos funerarios descubiertos se ha encontrado un nutrido conjunto de elementos orientalizantes: numerosas cuentas de collar de pasta vítrea, un ungüentario, copas griegas de barniz negro, una diadema de oro (fig. 4.11.6), una figura etrusca con una dama recostada o un fuste antropomorfo realizado en bronce (fig. 4.10.4) (Fernández Gómez 1972; 1986; 1993-94; 1997).

f) Enterramiento del Cerro de San Pelayo: los restos encontrados en este cerro han sido considerados como pertenecientes a un túmulo funerario, que constituiría una reinterpretación de ritos orientales en un momento todavía precolonial (fig. 4.12) (López Jiménez 2003b: 241; López Jiménez y Benet 2004; 2005). Sin embargo, recientemente Esparza Arroyo *et al.* (2016: 76-77 y 80) han planteado que la mandíbula humana encontrada en este yacimiento respondería más bien a la manipulación de restos humanos (reliquias) característica del mundo de Cogotas I, que habría continuado funcionando durante el Soto Inicial.

g) «Necrópolis» de Los Castillejos de Sanchorreja: del poblado de Los Castillejos proceden numerosos productos metálicos que muestran tanto influencias atlánticas, como meridionales y del Noreste (González-Tablas Sastre *et al.* 1991-92). Su excavador ha interpretado unas estructuras tumuliformes ubicadas extramuros como pertenecientes a una necrópolis (González-Tablas Sastre 1990).

h) Necrópolis de Los Azafranales-Coca: en una intervención de urgencia realizada en Coca en 1992-1993 se localizaron tres tumbas pertenecientes a un cementerio de finales del siglo VI o inicios del V a.C. (Blanco García 2017: 665; 2018: 44-47). A pesar de lo parco de la información disponible, seguramente haya que vincular el surgimiento de esta necrópolis con la cercanía con respecto al foco funerario del Alto Duero.

i) Necrópolis de la Cuesta del Mercado: similares consideraciones cabe hacer sobre este cementerio, solo conocido a partir de materiales de superficie.

Tradicionalmente se ha explicado la presencia de elementos orientalizantes en el occidente de la Meseta como regalos políticos destinados a sellar

alianzas entre grupos dirigentes (Romero Carnicero y Ramírez Ramírez 1996; Martín Bravo 1999: 121 y ss.; Álvarez-Sanchís 2003c: 85 y ss.; 2009c: 194-198). De este modo se constituirían en auténticos «bienes de prestigio» importados desde el mediodía peninsular. Pero, recientemente Blanco González y Pérez Ortiz (2005) han propuesto entender estos productos importados y las prácticas asociadas a los mismos dentro de ciclos largos de interacción entre comunidades paritarias. Sin embargo, la naturaleza suntuaria e individual de algunos de estos objetos, como las joyas de oro y plata, encaja mejor en el primer modelo propuesto.

4.3. DEMOGRAFÍA Y MODELOS DE ORGANIZACIÓN SOCIAL

Un aspecto previo fundamental para el análisis de la organización social de las comunidades de la Primera Edad del Hierro es el estudio de su demografía. Por el momento, carecemos de aproximaciones demográficas para la Meseta Occidental durante el Soto Inicial, aunque la amplia superficie excavada en el yacimiento de Guaya (Misiego Tejeda *et al.* 2005) nos permite hacer algunas valoraciones: el diámetro medio de la zona destinada a vivienda en las 18 cabañas descubiertas es de unos 8 metros. Habitualmente en los trabajos demográficos se calcula sobre la base de grupos familiares compuestos por 4 o 5 efectivos, tendiendo así a infravalorar el número de preadultos presentes en las sociedades preindustriales, pero por estudios etnoarqueológicos sabemos que en una construcción de esas dimensiones caben sin problemas una docena de personas (González Ruibal 2006-07: 205). Por ello, hemos optado por aplicar una cifra intermedia de 8 residentes por estructura de habitación, que incluiría a un matrimonio con cuatro hijos y un par de parientes laterales o de otra generación. De este modo, las viviendas exhumadas en este sitio podrían albergar a unos 144 habitantes. El mayor problema viene al intentar aplicar la densidad de construcciones documentada en los dos sectores excavados (8650 m²) al conjunto del enclave (4,7 ha), ya que supondría asumir la existencia de aproximadamente un centenar de cabañas y unas 800 personas. Sin embargo, es muy posible que en el área no excavada de este asentamiento la intensidad de la ocupación del suelo sea mucho menor, entre otras cosas por la posible existencia de espacios públicos libres de edificaciones. Por tanto, parece razonable defender una cantidad de viviendas sensiblemente inferior, que podría rondar el doble de las estructuras identificadas (36), lo que se traduciría en una población de unos 300 habitantes.

Para el Soto Pleno sí contamos con diversas propuestas demográficas, la más elaborada de las cuales es la planteada por Macarro Alcalde y Alario García (2012: 54) para el Cerro de San Vicente. Estos autores, a partir de la excavación en área (500 m²) realizada en la plataforma superior del cerro, en la que se descubrieron cinco casas pertenecientes posiblemente a tres unidades de ocupación, han planteado la existencia de unas 60 unidades de ocupación en el conjunto del yacimiento (1,6 ha). De esta manera, aplicando una media

de cuatro miembros por unidad familiar obtienen una población de unas 250 personas, ampliable hasta los 300 habitantes si se incorporan los residentes en las posibles construcciones extramuros y las ubicadas en la vertiente meridional del enclave, aún sin investigar (fig. 4.13). Estos cálculos están lejos de las 25 viviendas y 150 almas contempladas por Benet (2002: 20; Benet y López Jiménez 2008: 168), aunque a la hora de realizar su propuesta este autor no dispuso de los resultados obtenidos en la excavación en extensión realizada entre los años 2005 y 2006. Por nuestra parte, creemos razonable el número de unidades de ocupación consideradas por Macarro Alcalde y Alario García, aunque dado que el diámetro medio de las casas es de unos 6 m parece posible plantear que albergaran familias nucleares compuestas por 5 o 6 efectivos, por lo que el castro estaría habitado por un contingente de 300 o 350 personas.

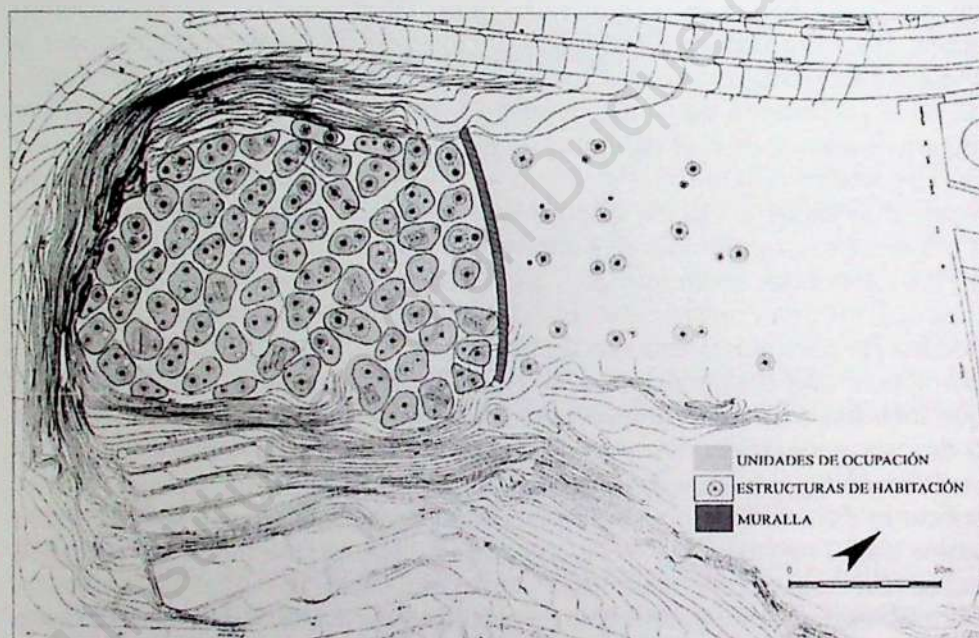


Fig. 4.13. Reconstrucción hipotética de la ocupación del Solo Pleno del Cerro de San Vicente (según Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 35).

Para el caso de Coca en plena época soteña, Blanco García (2006b: 453) defiende una población en torno a los 200 habitantes (fig. 4.14). Pero, teniendo en cuenta sus 2,73 ha de superficie, creemos que se puede plantear la existencia de una mayor cantidad de residentes en esta aldea, al menos equiparable a las cifras propuestas para el Cerro de San Vicente, en consonancia con la densidad de población de unas 150 personas/ha propuesta últimamente para los poblados soteños por parte del propio Blanco García (2017: 670). Recientemente, González-Tablas (2011b: 123-124) ha calculado en unos 600 habitantes la población de Los Castillejos de Sanchorreja entre

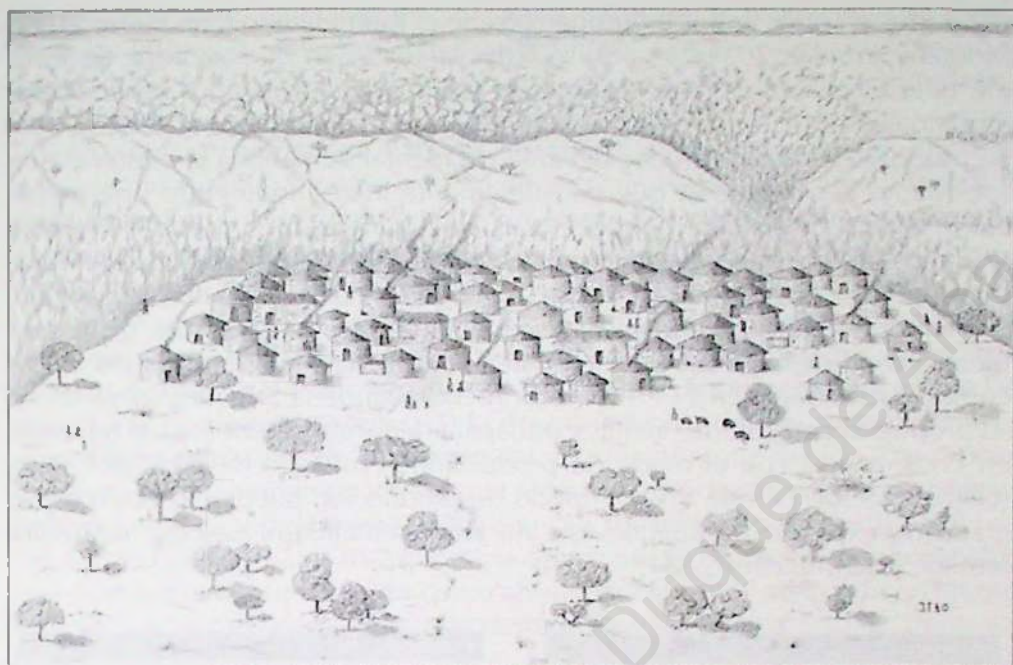


Fig. 4.14. Reconstrucción ideal del poblado de Los Azafranales-Coca hacia el siglo VII a.C. (según Blanco García 2014b: fig. 2).

los siglos VII y V a.C. Sin embargo, es necesario recordar las dudas existentes sobre el carácter habitacional de las estructuras localizadas en este enclave (Blanco González 2014: 313). Finalmente, aunque ya fuera de nuestro ámbito de estudio, Delibes y Herrán (2007: 278-279) han propuesto para El Soto de Medinilla (2 ha) durante el Soto Pleno un contingente de unas 200 o 300 personas, teniendo para ello en cuenta una densidad de viviendas muy inferior a la descubierta por Palol en la zona central del yacimiento, de acuerdo con la menor intensidad de ocupación detectada en excavaciones más amplias, como las realizadas en el sitio zamorano de La Corona/El Pesadero (Misiego Tejeda et al. 2013: fig. 41).

En suma, durante el Soto Inicial la mayor parte de los núcleos documentados en el suroeste de la cuenca del Duero, asimilables a granjas o alquerías, contarían con unas dos o tres decenas de habitantes, mientras que las escasas estaciones equiparables a aldeas, como por ejemplo Guaya, reunirían hasta tres centenares de personas. A lo largo de la fase siguiente (ca. 800-400 cal AC), en el conjunto de nuestra área de estudio continuaría habiendo granjas, pero, como hemos visto en el capítulo anterior, se produjo la generalización del modelo de aldeas, que congregarían hasta 300 o 350 efectivos, e incluso más en los momentos finales de esta etapa.

Estas cifras nos pueden ayudar a valorar los distintos modelos de organización social propuestos para la Meseta Occidental durante la Primera Edad del Hierro. En los últimos años, en consonancia con los desarrollos investigadores

realizados en otros ámbitos europeos como el Reino Unido (Hill 2006; 2011; Moore y Armada 2011: 44-48), se han planteado en nuestra zona de estudio diferentes sistemas de organización social alternativos a los tradicionales modelos jerárquicos triangulares (fig. 4.15). Así, López Jiménez (2011: 255) ha propuesto entre los grupos del área occidental salmantina la existencia de sociedades segmentarias, que paulatinamente irían adquiriendo una mayor complejidad. Su sistema de producción seguiría siendo el modo doméstico (Sahlins 1977), en el que cada familia es una unidad productiva que sostiene una serie de relaciones económicas, sociales e ideológicas que soportan una estructura heterárquica. Asimismo, Blanco González (2009a: cap. 4) ha empleado el modelo de campesinado en su aproximación a la sociedad de las comunidades del Hierro I en el sector meridional de la Submeseta Norte. En su propuesta cada unidad familiar trabajaría de forma autónoma sus terrenos, en consonancia con el modo de producción germánico definido por Marx (Gilman 1995). En este tipo de modo de producción puede existir un cierto grado de explotación, aunque esta no sea sistemática ni traspase el ámbito familiar (Marín Suárez 2011).

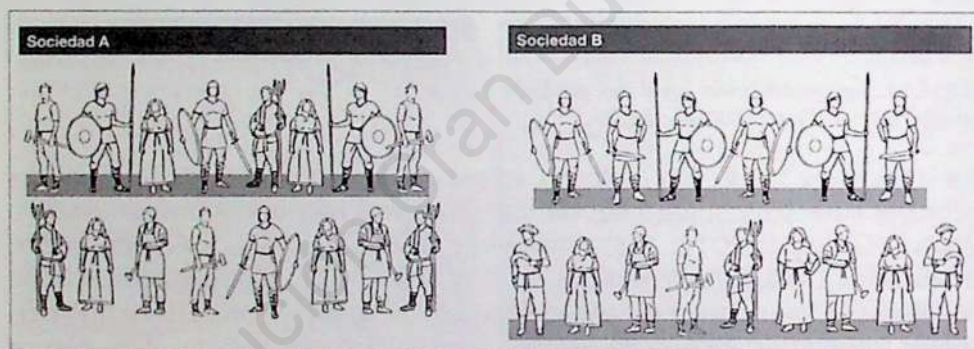


Fig. 4.15. Modelos de sociedades de la Edad del Hierro: a) rectangular; b) trapezoidal (según Ruiz Zapatero 2014: 36).

En lo que respecta al modelo segmentario planteado por López Jiménez, parece ajustarse bastante bien al registro arqueológico del occidente de la provincia de Salamanca, compuesto por una serie de pequeños poblados que habrían dado lugar a otros nuevos por escisión de parte del grupo, al alcanzar un determinado nivel demográfico. Por su parte, el modo de producción germánico tendría su correspondencia material en las «unidades de ocupación» detectadas en los poblados soteños. Sin embargo, el modelo de campesinado, ensayado por numerosos autores en los últimos años (p. ej. Burillo Mozota y Ortega Ortega 1999; Parceró Oubiña 2002; Sastre 2002; Blanco González 2009a: cap. 4; Esparza Arroyo 2009), tiene dos problemas fundamentales para ser aplicado a nuestro ámbito de estudio. En primer lugar, como acertadamente ha comentado González Ruibal (2006-07: 402), las sociedades campesinas definidas por la antropología y la sociología se enmarcan dentro

de organizaciones estatales, en las cuales parte de la producción se destina a los grupos dominantes. En segundo lugar, existen ciertos indicios que apuntan a la existencia de miembros privilegiados dentro de las comunidades de la Meseta Occidental durante la Primera Edad del Hierro (Blanco García 2014b), por lo que parece haberse quebrado, al menos en parte, el *ethos* comunitario característico de las sociedades campesinas. Básicamente, dichos indicios serían: 1) el levantamiento de elementos defensivos artificiales en algunos poblados, que podría haber sido coordinado por las élites incipientes (Blanco García 2017: 656), de modo que las fortificaciones constituirían, a la vez, una representación del conjunto de la comunidad y una materialización del embrionario poder estructural (Wolf 1999: 5) de determinados personajes capaces de movilizar mano de obra; 2) la paulatina monumentalización de las estructuras domésticas soteñas; 3) la documentación de una serie de bienes de prestigio en algunos de los principales yacimientos, que debido a su procedencia exótica suponen un importante elemento creador de capital simbólico, evidenciando el poder de lo distante entre las sociedades preindustriales (Helms 1988; Giles 2012: 230-231); 4) la aparición de las primeras necrópolis, que podrían haber funcionado como arena para la exhibición de la creciente riqueza y poder de ciertas personas destacadas y sus familias.

5. LA APARICIÓN DE LAS PRIMERAS CIUDADES EN EL OCCIDENTE DE LA MESETA



Institución Gran Duque de Alba

5.1. LA TRANSICIÓN HIERRO I-HIERRO II

En nuestra área de estudio la gran mayoría de los autores aceptan una cierta continuidad entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro (p. ej. Fernández-Posse 1998: 155; Martín Bravo 1999: 131; Álvarez-Sanchís 2003c: 101 y 332; Chapa Brunet y Pereira Sieso 2006: 131; Romero Carnicero *et al.* 2008: 678). A pesar de ello, los profundos cambios que se observan en el registro arqueológico alrededor del 400 cal AC justifican la distinción de una nueva fase:

a) En este momento se produce el abandono de sitios emblemáticos del Hierro Antiguo como La Mota (Delibes de Castro *et al.* 1995c: 83), Los Castillejos de Sanchorreja (González-Tablas Sastre y Domínguez Calvo 2002: 240) o Talavera la Vieja (González Cordero y Morán Sánchez 2006: 34); y, en el caso de la capital salmantina, se materializa el traslado de la población desde el Cerro de San Vicente al colindante Teso de las Catedrales (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 90). Así, de 43 yacimientos de la Segunda Edad del Hierro (ca. 400-50 cal AC) en el suroeste de la cuenca del Duero, 20 son establecimientos de nueva planta, es decir, el 47% (fig. 5.1). De igual modo, al sur del Sistema Central, de 25 estaciones del Hierro Pleno, 19 son fundaciones *ex novo*, o sea, el 76% (fig. 5.2). Además, a partir de esa fecha se produce una aceleración en el proceso de concentración de la población en núcleos más grandes (Martín Bravo 1994: 284; Fernández-Posse 1998: 161; Romero Carnicero *et al.* 2008: 682), lo que provocará que durante el Hierro II aumente ostensiblemente la superficie de una parte de los enclaves ocupados desde la fase anterior (fig. 5.3).

b) Alrededor del 400 cal AC se generalizarán en esta zona occidental de la Meseta las construcciones de esquinas escuadradas (Fernández-Posse 1998: 159; Martín Bravo 1999: 125 y 216; Romero Carnicero *et al.* 2008: 682), aunque en el área más noroccidental perdurará la planta circular durante toda la Segunda Edad del Hierro, como se ha podido comprobar recientemente en las excavaciones emprendidas en el castro de San Mamede/Peña Redonda (Villardiegua de la Ribera, Zamora) (Romero Perona *et al.* 2015: 528).

c) Tras los esporádicos vestigios funerarios del Primer Hierro, en este momento aparecerán extensas necrópolis de incineración (Fernández-Posse

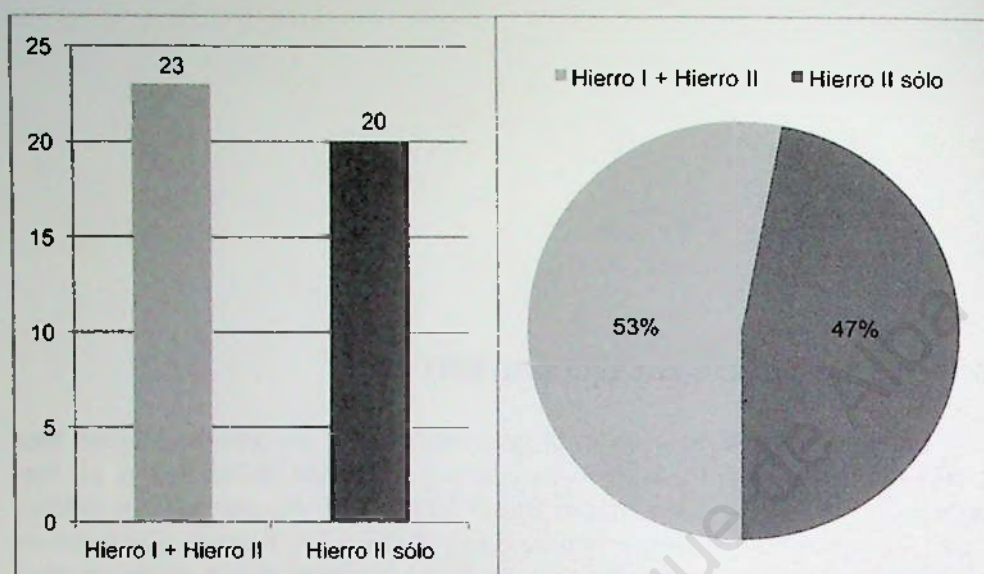


Fig. 5.1. Yacimientos del suroeste de la Meseta Norte con ocupaciones de la Primera y la Segunda Edad del Hierro, y fundaciones *ex novo* del Hierro II, así como sus respectivos porcentajes.

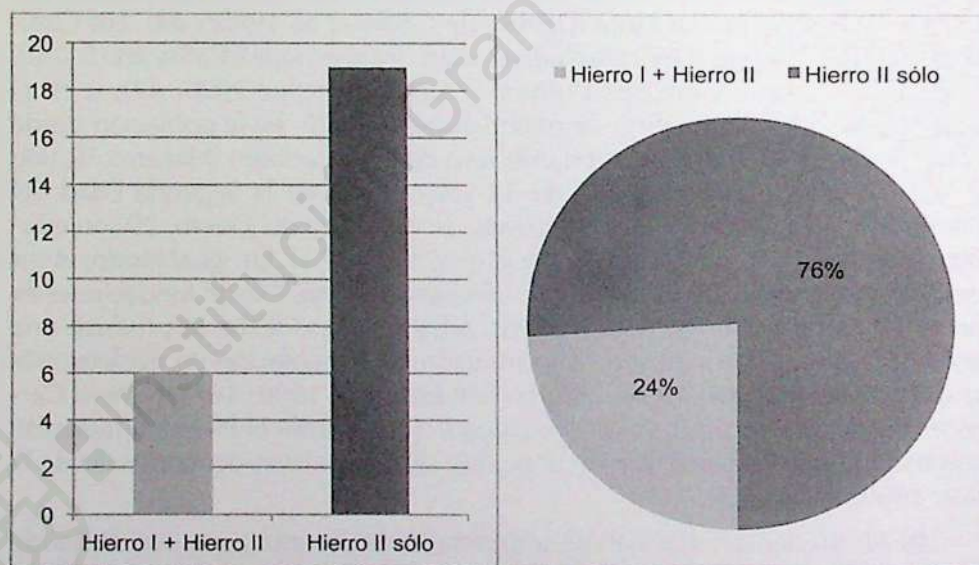


Fig. 5.2. Sitios arqueológicos al sur del Sistema Central con continuidad entre el Hierro Antiguo y el Pleno, y establecimientos de nueva planta de la Segunda Edad del Hierro, con su correspondiente representación porcentual.

1998: 160-161; Martín Bravo 1999: 141 y ss.; Álvarez-Sanchís 2000: 71; 2003c: 332; Romero Carnicero et al. 2008: 683), al menos, en la zona suroccidental de la Meseta Norte hasta el río Tormes y en el valle medio del Tajo.

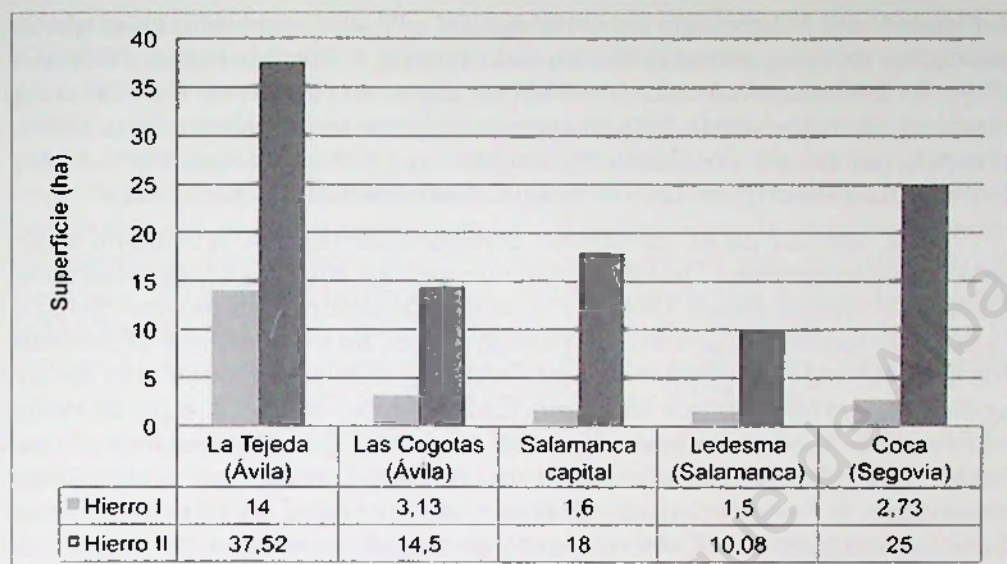


Fig. 5.3. Variación en la superficie de algunos poblados del suroeste de la Submeseta Norte ocupados durante las dos fases de la Edad del Hierro. Elaborada a partir de los datos contenidos en el anexo I.

d) En dicha fecha se produce también la introducción del torno de alfarero en esta área (Martín Bravo 1999: 125 y 234-242; Álvarez-Sanchís 2000: 71; 2003c: 211; Romero Carnicero *et al.* 2008: 682).

e) Por último, ca. 400 cal AC se constata una generalización del instrumental de hierro en los poblados de esta zona, relacionable con un mayor desarrollo local de la metalurgia del hierro (Martín Bravo 1999: 229; Álvarez-Sanchís 2000: 71; 2003c: 332; Romero Carnicero *et al.* 2008: 682).

Los investigadores de la Protohistoria de la Meseta Occidental han planteado distintas hipótesis para intentar explicar estas importantes transformaciones. Romero y Jimeno (1993: 200), por ejemplo, propusieron ligar este proceso de cambio a la profunda crisis que atravesó el Mediterráneo Occidental y gran parte de la Península Ibérica entre la segunda mitad del siglo VI y la primera del V a.C., y que implicó el ocaso del mundo tartésico. Este habría provocado una ruptura de las relaciones comerciales entre el occidente meseteño y el suroeste peninsular, de la cual se derivarían toda una serie de consecuencias económicas, políticas y sociales que llevarían al inicio del mencionado proceso transformador. Pero, lo cierto es que los materiales meridionales siguen llegando a esta área a lo largo del siglo V a.C. (Burillo Mozota y Ortega Ortega 1999: 134; contra Delibes de Castro *et al.* 1995c: 87-88) y, en el caso de la Alta Extremadura, Celestino y otros (2009: 206) defienden que en esta centuria «se afianzaron las bases demográficas, el hábitat, la tecnología y las relaciones a larga distancia», por lo que no se puede «identificar el s. V a.C. con una época de crisis o de declive». Más recientemente, Burillo y Ortega (1999: 132-135) han planteado alargar los efectos de la «crisis del Ibérico

Antiguo» hasta la transición entre los siglos V y IV a.C., momento en el que se producen cambios estructurales en toda Europa (González Ruibal 2006-07: 279). En la Península Ibérica hay indicios claros de esta «crisis del 400 a.C.» desde el Noroeste (*ibid.*: 279-284) hasta el Suroeste (Rodríguez Díaz 1994), pasando por el valle del Duero (Burillo Mozota y Ortega Ortega 1999: 134) y Extremadura (Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001: 239-242).

Pero, además de los problemas derivados del declive del mundo tartésico y, posteriormente, de los importantes centros situados en la cuenca del Guadiana (Martín Bravo 1999: 275), hay otros factores a tener en cuenta a la hora de explicar el proceso de cambio detectado en la Meseta Occidental hacia el 400 cal AC. Quizá el más relevante de ellos sea el crecimiento demográfico experimentado por las comunidades del Hierro Inicial, especialmente visible en la Submeseta Norte (Esparza Arroyo 1995: 140; Fernández-Posse 1998: 154; Blanco González 2010a; d). Este auge poblacional podría haber provocado, al final del periodo, una creciente necesidad de acceso a recursos básicos para asegurar el sostenimiento de grupos cada vez más numerosos. Ante esta situación las comunidades de finales del Hierro I parecen haber puesto en marcha dos tipos de estrategias distintas: 1) en las zonas más densamente pobladas de la cuenca del Duero se produjo una concentración de la población en unos pocos núcleos, bastante distanciados entre sí (Sacristán de Lama 1989; 2010; 2011; Sacristán de Lama et al. 1995), en un proceso de sinecismo voluntario o forzado (Burillo Mozota y Ortega Ortega 1999: 135) que cristalizó en las primeras ciudades u *oppida* del occidente meseteño; 2) en las áreas menos pobladas se habría llevado a cabo una colonización de nuevos terrenos, a través de movimientos migratorios de corto alcance a lo largo de los principales ríos, como los descritos por Blanco González (2010a; d; Blanco González y López Sáez 2013) para la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte, fundándose de esta manera una serie de nuevas estaciones a partir del excedente demográfico de las aldeas preexistentes. Esta «colonización pionera encadenada» (Blanco González 2010d: 173) habría afectado fundamentalmente a los valles de los ríos Huebra, Águeda, Alagón, Jerte y Almonte, este último fuera del ámbito de análisis de este trabajo. No obstante, en algunas de estas áreas de colonización surgirán también una serie de sitios de grandes dimensiones u *oppida* en un momento tardío del Hierro II (ss. II-I a.C.).

5.2. EL FINAL DE LA EDAD DEL HIERRO A PARTIR DEL RADIOCARBONO

En nuestra zona de estudio disponemos de muy pocas dataciones de C14 para situar de forma precisa el momento de abandono de algunos de los enclaves principales de la Segunda Edad del Hierro y la fundación de nuevas ciudades impulsada por Roma, en el marco de la reorganización territorial que seguirá a la conquista romana y que marca el final de la Edad del Hierro (Álvarez-Sanchís 2003c: 165-168; 2003b: 141-146; 2005a: 277-279; 2011a: 173-176; 2011b: 117-120). Esto se debe fundamentalmente a la antigüedad

de algunas de las intervenciones realizadas en los yacimientos del Hierro II, a la presencia en los mismos de importaciones mediterráneas y monedas, que proporcionan generalmente rangos de fechas más ajustados que el C14, y a la existencia de fósiles guía como la *terra sigillata* para detectar las ocupaciones romanas altoimperiales. Pero, las mejoras producidas en las últimas décadas en la datación radiocarbónica (empleo habitual de la técnica AMS), una selección adecuada de las muestras a analizar y la aplicación de técnicas bayesianas permiten obtener intervalos cronológicos cada vez más precisos (Blanco González 2014: 309; Hamilton *et al.* 2015). Además, las fechas de C14 resultan fundamentales en contextos de contacto entre el mundo indígena y el romano en los que la cultura material sea ambigua y no aparezcan elementos diagnósticos como la *terra sigillata* (López Jiménez 2003a: 140).

En el suroeste de la cuenca del Duero contamos con las dataciones obtenidas en la parte alta del Teso de las Catedrales (Salamanca capital) y en el castro zamorano de San Mamede/Peña Redonda, así como en el yacimiento de los inicios del mundo romano de La Mata del Castillo (La Bastida, Salamanca) (figs. 5.4 y 5.5). En la capital salmantina la excavación de urgencia

Yacimiento	Material	Referencia laboratorio	Fecha BP	Calibración 1 σ	Calibración 2 σ	Bibliografía
Cerro de la Mesa	Semilla	Beta-252781	1910 \pm 50	23-203 cal DC	21 cal AC-232 cal DC	Cabrera y Moreno-García 2014: 143
Cerro de la Mesa	Hueso	Beta-324224	2250 \pm 30	384-232 cal AC	395-206 cal AC	Chapa Brunet <i>et al.</i> 2013: 146
Coca	Carbón	CSIC-548	2170 \pm 50	357-166 cal AC	371-61 cal AC	Romero Carnicero <i>et al.</i> 1993: 260
Coca	Carbón	CSIC-549	2320 \pm 50	471-235 cal AC	703-206 cal AC	Romero Carnicero <i>et al.</i> 1993: 260
El Raso	Carbón	I-12.292	2190 \pm 80	367-171 cal AC	397-51 cal AC	Fernández Gómez 1986: 526
El Raso	Carbón	UGRA-45	2190 \pm 120	388-107 cal AC	727 cal AC-69 cal DC	Fernández Gómez 1986: 526
El Raso	Carbón	UGRA-46	1845 \pm 140	19-344 cal DC	176 cal AC-534 cal DC	Fernández Gómez 1986: 526
El Raso	Carbón	UGRA-105	2010 \pm 135	201 cal AC-131 cal DC	379 cal AC-317 cal DC	Fernández Gómez 1986: 526
El Raso	Carbón	UGRA-108	2090 \pm 140	354 cal AC-51 cal DC	416 cal AC-243 cal DC	Fernández Gómez 1986: 526
La Mata del Castillo	Carbón	CSIC-1759	2068 \pm 33	158-43 cal AC	177 cal AC-3 cal DC	López Jiménez 2003a: 138
La Mata del Castillo	Carbón	CSIC-1760	2028 \pm 40	91 cal AC-25 cal DC	163 cal AC-59 cal DC	López Jiménez 2003a: 138
Patio de las Catedrales	Carbón	CSIC-1374	2051 \pm 27	105-2 cal AC	165 cal AC-16 cal DC	López Jiménez 2003a: 138
San Mamede/Peña Redonda	Semilla	Beta-318626	2070 \pm 40	162-43 cal AC	195 cal AC-16 cal DC	Romero Perona <i>et al.</i> 2015: 528
San Mamede/Peña Redonda	Hueso	Beta-318627	2020 \pm 30	50 cal AC-22 cal DC	107 cal AC-59 cal DC	Romero Perona <i>et al.</i> 2015: 528
San Mamede/Peña Redonda	Hueso	Beta-318628	2070 \pm 30	155-45 cal AC	174-1 cal AC	Romero Perona <i>et al.</i> 2015: 528

Fig. 5.4. Fechas de C14 pertenecientes a contextos de la Segunda Edad del Hierro dentro de nuestra área de estudio. Se han incluido dos dataciones de La Mata del Castillo por su utilidad como referencia para el inicio del proceso romanizador en el suroeste de la Meseta Norte.

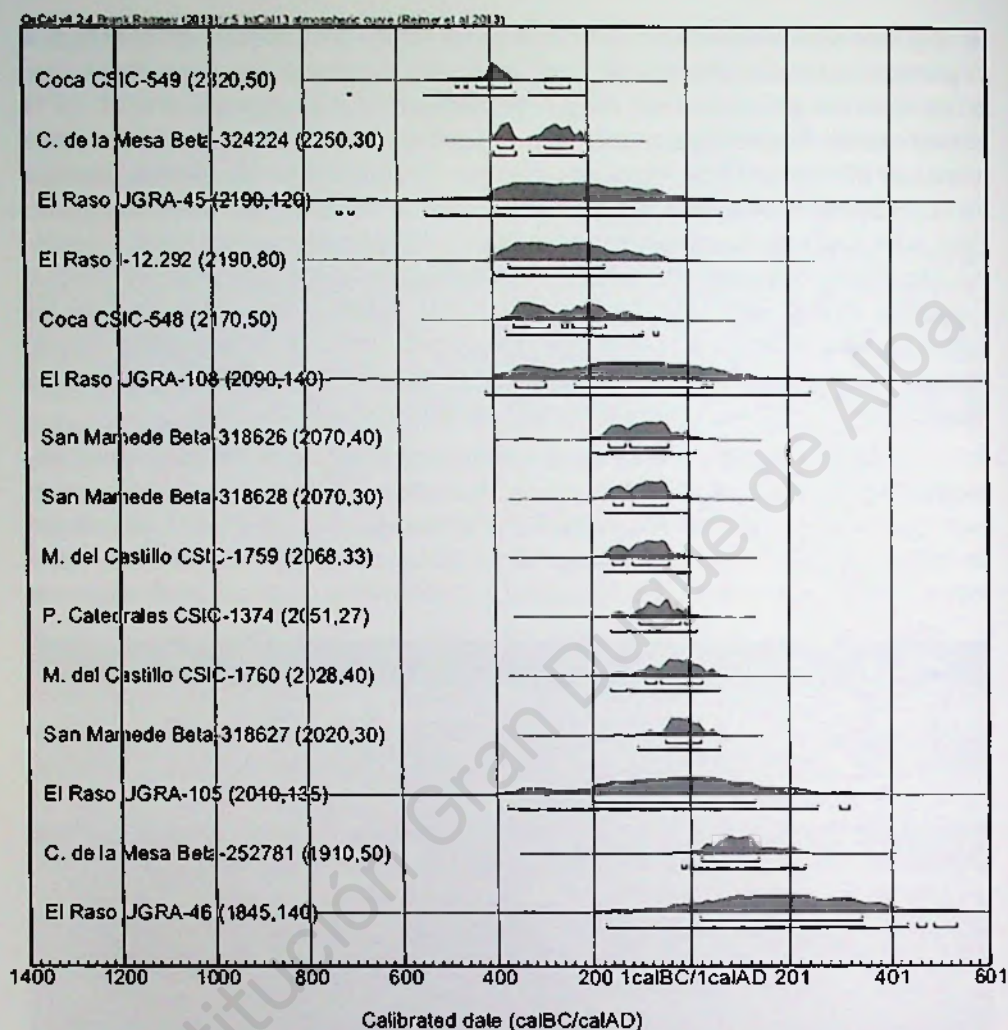


Fig. 5.5. Gráfico de calibración de las dataciones de C14 incluidas en la tabla de la fig. 5.4. La calibración se ha llevado a cabo con el programa OxCal 4.2.4 (Bronk Ramsey 2013) utilizando la curva IntCal13 (Reimer et al. 2013).

realizada en 1998 en el Patio de las Catedrales deparó el hallazgo de dos niveles prerromanos, en los que se exhumaron los restos de dos estructuras habitacionales. En el interior de la construcción más tardía se pudo obtener una fecha radiocarbónica, que apunta una datación para la misma de finales del s. II o del s. I cal AC. Este intervalo coincide con la cronología de la cerámica encontrada, que incluye ejemplares romanos del s. I a.C. (*ibid.*: 137-138). En San Mamede/Peña Redonda los trabajos recientes han documentado parte de la muralla que delimitaba el yacimiento, así como un potente nivel que la amortizaba. Un par de dataciones procedentes de dicho nivel (Beta-318627 y Beta-318628) sitúan el momento de amortización de la muralla en el siglo I cal AC (Romero Perona et al. 2015: 528). La otra fecha obtenida en este sitio

corresponde a un nivel inmediatamente inferior, originado por la destrucción y abandono de una cabaña circular con zócalo de piedra. Finalmente, en La Mata del Castillo las dos muestras de carbón analizadas en el CSIC establecen el siglo I cal AC como fecha aproximada de fundación de un enlosado de pizarra, que estaría marcando el momento en el que se produjo el traslado de la población desde el cercano castro de La Corona (Rinconada de la Sierra, Salamanca) (López Jiménez 2003a: 138-140).

Al sur del Sistema Central disponemos de las dataciones obtenidas en El Raso (Candeleda, Ávila) y en el Cerro de la Mesa (figs. 5.4 y 5.5). En el primer enclave la elevada amplitud de los intervalos proporcionados por las fechas, que en el mejor de los casos (I-12.292) abarca todo el periodo del Hierro II, hace que estas sean de escasa utilidad a la hora de determinar el momento de abandono de este yacimiento. Por ello, su excavador ha recurrido a las monedas encontradas en el poblado para situar el final de la ocupación ca. 45 a.C., en época de César (Fernández Gómez 1986: 521-522; 2011: 328). En el caso de la estación toledana nos interesa especialmente la fecha obtenida en el nivel de incendio de la Casa 1 (Beta-252781), cuya calibración apunta a un momento altoimperial para dicha destrucción, aunque Cabrera Díez y Moreno-García (2014: 143) la sitúan hacia el 40 a.C. Esta exigua muestra de dataciones contrasta, por ejemplo, con la serie de 17 fechas obtenida en contextos de la Segunda Edad del Hierro en El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid) (Märtens Alfaro et al. 2009: 211-212). En consecuencia, tanto en esta zona como en el suroeste de la Submeseta Norte hay todo «un trabajo por hacer», en acertada expresión de López Jiménez (2003a), para lograr una buena base de dataciones en contextos estratigráficos, que ayuden a precisar la duración y los posibles diferentes ritmos regionales del proceso de cambio que tuvo lugar en estos territorios tras la conquista romana, y, de este modo, superar el cierto escepticismo que ha existido en torno a los límites del C14 en la Edad del Hierro, especialmente por el problema de la «meseta de Hallstatt» en la curva de calibración a lo largo del Hierro I (Fábregas Valcarce 2001: 24-25; Baquedano et al. 2007: 378-379; Hamilton et al. 2015: 643-644).

5.3. LOS *OPPIDA*: CONCEPTO, FUNCIONES Y ORÍGENES

A lo largo de la Segunda Edad del Hierro aparecieron en la mayor parte del área de estudio una serie de núcleos de grandes dimensiones, conocidos como *oppida*, que pueden considerarse las primeras ciudades del occidente de la Meseta (Álvarez-Sanchís 2011a). El término latino *oppidum* fue empleado por Julio César para describir algunos de los enclaves más importantes que encontró durante su conquista de la Galia, aunque sin aportar una definición precisa del mismo y aplicándolo a sitios con características muy diferentes (Collis 1984: 5-6; Fichtl 2005: 11-16). Por ello, este concepto ha sido objeto de numerosas discusiones (Fernández-Götz 2013: 133-134) e incluso algunos autores rechazan su uso, por considerar que no constituye una categoría

analítica útil, debido a que es aplicada a estaciones demasiado diferentes entre sí en cuanto a tamaño, forma, cronología y función (Woolf 1993: 223). En este sentido, las distintas propuestas difieren en la superficie mínima que debe tener un asentamiento para ser incluido en esta categoría, variando entre las 10 y las 30 ha. En este trabajo se ha considerado como *oppidum* todo aquel yacimiento con un tamaño mínimo de 10 ha, debido a que se ha constatado la existencia de una ruptura con respecto al resto de poblados, que no superan en ningún caso las 6 ha. De igual modo, los especialistas de la Edad del Hierro han incluido bajo la denominación de *oppida* núcleos situados en llano (Manching), en altura (Bibracte), fortificados, abiertos..., por lo que en los últimos años se han planteado diversas clasificaciones para intentar aclarar el panorama (Haselgrove 2000; Cunliffe 2005: 159; Moore 2012), distinguiendo, por ejemplo, entre los *oppida* de montaña (*Bergoppida*/hilltop *oppida*) y los de llanura (*Taloppida*/low-land *oppida*) (Salač 2014). Si trasladáramos esta última propuesta a nuestra área de estudio, podríamos diferenciar entre enclaves localizados en altura, en lugares con un acceso complicado y una difícil habitabilidad, como Ulaca y sitios ubicados en el llano, en entornos con ricas tierras agrícolas y junto a las principales vías de comunicación terrestres y fluviales, como La Peña.

Otro aspecto controvertido es el carácter urbano de los *oppida*, ya que, aunque buena parte de los investigadores abogan por el uso del término «ciudad» para describir la naturaleza de al menos algunas de estas estaciones protohistóricas (p. ej. Collis 1984; Wells 1988; Audouze y Buchsensschutz 1989; Fichtl 2005; 2012a), otros autores mantienen posturas más matizadas (Fernández-Götz 2013; Salač 2014), llegando en algunos casos a negar su validez (Woolf 1993: 231-233). Almagro-Gorbea defiende el carácter urbano de buena parte de los *oppida*, de acuerdo con el concepto ideológico de ciudad propio del mundo céltico, diferente del existente en el ámbito mediterráneo (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich 1991: 210 y ss.; Almagro-Gorbea 1994: 26-30; Almagro-Gorbea y Lorrio Alvarado 2011: 155 y ss.). Han sido numerosos los geógrafos, historiadores y arqueólogos que han intentado definir el concepto de «ciudad», pero sigue sin haber un consenso sobre el mismo, debido a la enorme variabilidad que adquiere su significado en función del contexto en el cual se estudie (Ruiz Zapatero 2011a: 298; Fernández-Götz et al. 2014: 6-9; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2014: 209-211; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2015: 222-226). A pesar de ello, la reciente definición propuesta por Fernández-Götz y Krause (2013: 480) nos parece de sumo interés: «a numerically significant aggregation of people permanently living together in a settlement which fulfils central place functions for a wider territory». Esta definición es lo suficientemente abierta como para englobar a las distintas tradiciones urbanas, aunque, precisamente por ello, resulta algo imprecisa. Teniendo en cuenta la misma se puede defender el carácter urbano de los *oppida* de la Meseta Occidental. De igual modo, atendiendo a la lista de 21 atributos urbanos elaborada por Smith (2016: tabla 10.1) también se

puede considerar a los *oppida* como ciudades (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2019: 154). Recientemente, Moore (2017a; b) ha comparado el urbanismo de los *oppida* con distintos ejemplos preindustriales de «urbanismo de baja densidad», caracterizados por una gran extensión, unida a una baja densidad de población; comparación que resulta de gran utilidad para ir más allá de las analogías con el mundo clásico.

Estrechamente relacionada con la concepción urbana (o no) de los *oppida* se encuentra la problemática en torno a las funciones que desempeñaron. Estas pueden ser agrupadas básicamente en dos categorías (Fichtl 2005: 107 y ss.): 1) los *oppida* como centros económicos; 2) los *oppida* como centros político-religiosos. De este modo, estos sitios han sido interpretados como grandes centros industriales y comerciales, dedicados a la producción de manufacturas a gran escala y ubicados en lugares estratégicos para el control de las rutas comerciales (Collis 1984; Wells 1988). Asimismo, los *oppida* han sido descritos como sedes de santuarios, lugares de asamblea, capitales de entidades político-étnicas, etc. (Fichtl et al. 2000; Metzler et al. 2006; Fichtl 2012b; Fernández-Götz 2014). En el primer caso, se defendía la concentración exclusiva en los *oppida* de las actividades artesanales y comerciales más importantes, pero en los últimos años se ha confirmado la existencia de una considerable actividad económica en las aglomeraciones abiertas que precedieron y/o coexistieron con los *oppida* (Collis et al. 2000; Barral y Lallemand 2014), por lo que Salač (2014) las considera importantes «centros de producción y distribución». En cuanto a su papel político-religioso, las recientes investigaciones han constatado la presencia de espacios públicos destinados a la celebración de asambleas, ferias y ceremonias religiosas en el interior de *oppida* como Tittelberg, Manching, Corent o Bibracte (Fichtl et al. 2000; Metzler et al. 2006; Poux 2006; Fichtl 2012b; Fernández-Götz 2011a; 2013; 2014). En cualquier caso, en la mayoría de los *oppida* estarían presentes tanto la función económica como la político-religiosa, así como la defensiva (Collis 1989: 223-232), algo aplicable también a nuestra zona de estudio.

Con respecto a los orígenes de los *oppida*, las interpretaciones se pueden agrupar en dos grandes bloques: uno constituido por las propuestas que defienden que el surgimiento de estos centros se debería, sobre todo, a la recepción de estímulos procedentes del mundo mediterráneo; y otro formado por aquellas que consideran a los *oppida* de los siglos II-I a.C. como el resultado del proceso de evolución interna experimentado por las sociedades de la Europa Templada desde el s. III a.C. (Fernández-Götz 2013: 135-137). Sin embargo, las investigaciones realizadas en las últimas décadas y las importantes diferencias existentes entre las ciudades mediterráneas y los *oppida* apuntan a que la aparición de estos últimos supuso la culminación del proceso de evolución interna iniciado un siglo antes, aunque acelerado en los momentos finales por el contacto con el mundo romano (Fichtl 2005; Collis 2008; 2014). En el occidente de la Meseta peninsular Álvarez-Sanchís (2000: 77-85; 2003c: 112 y ss.; 2003a: 367-379; 2003b: 40-49 y 127 y ss.; 2005a; 2009a; 2011a; b) ha planteado una

serie de factores internos, presentes desde el siglo IV a.C., y externos, a partir de finales del siglo III a.C., que explicarían la emergencia de los *oppida*: 1) la intensificación de la producción artesanal; 2) un importante comercio interregional; 3) una expansión de la actividad agrícola y ganadera; 4) un elevado nivel de competencia entre asentamientos; 5) el comercio a gran escala con el mundo mediterráneo; 6) la presencia del ejército romano, que consumiría alimentos y otra serie de productos. Estos dos últimos elementos estimularían todavía más el proceso de intensificación económica y de aumento de la complejidad social iniciado siglos atrás.

En la Europa Templada la mayor parte de los *oppida* fueron el resultado de un acto de fundación deliberada, producto de una decisión tomada, en el marco de consejos y/o asambleas, por parte de los líderes de los grupos locales más importantes (Fernández-Götz 2011b). Dicho acto incluiría la celebración de una serie de ritos similares a los realizados por griegos y romanos, como la consulta de los presagios para determinar si la fundación era aprobada por parte de la deidad o la realización de sacrificios (Almagro-Gorbea 2016). Los emplazamientos elegidos, en muchos casos, eran lugares con una significación sagrada, que habían sido frecuentados de forma más o menos regular desde tiempo antes (Fernández-Götz 2014). Cada vez son más numerosos los sitios en los que se ha constatado la existencia de un santuario y/o de un lugar de asamblea en una fase previa a la fundación del *oppidum* (Fichtl et al. 2000; Metzler et al. 2006; Fernández-Götz 2011a). Se trata en algunos casos de auténticos «lugares de memoria» (González Ruibal 2006-07: 103



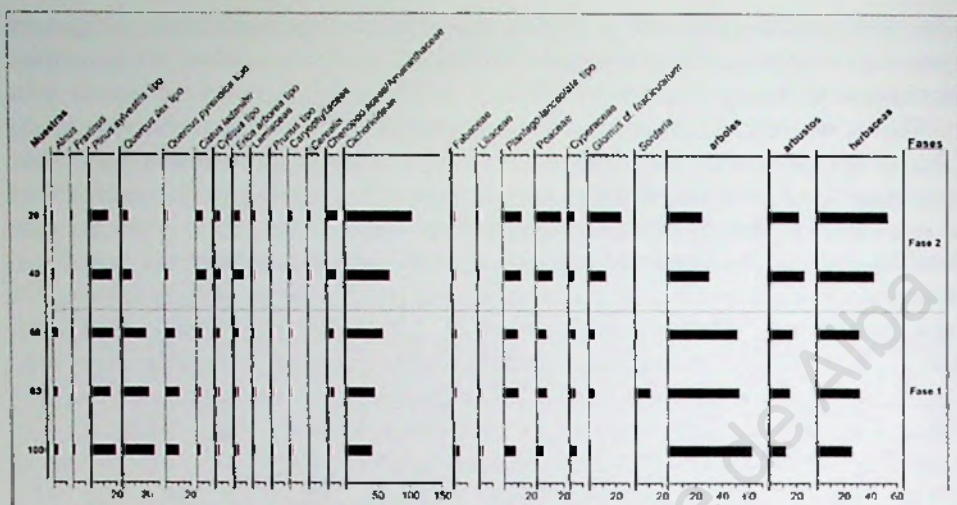
Fig. 5.6. Vista del *oppidum* de Ulaca con la Sierra de la Paramera al fondo.

y ss.; Fernández-Götz 2013; 2014), que seguirán frecuentándose incluso en épocas posteriores. Para Fernández-Götz (2013; 2014), la elección de emplazamientos prominentes como Bibracte o Ulaca (fig. 5.6), en los que la vida cotidiana no sería fácil, respondería a motivaciones religiosas. En el caso de Ulaca, ubicado a más de 1500 m s.n.m., este autor propone que hubiera sido «un lugar ancestral de reunión en los pastos de verano ya con anterioridad al establecimiento del asentamiento» (Fernández-Götz 2013: 143). En este sentido, cabe mencionar el hallazgo en esta estación de algunos brazaletes penanulares de bronce y una ajorca de oro, posiblemente pertenecientes a la Edad del Bronce (Delibes de Castro et al. 1991: 210-211; Delibes de Castro 2003: 76 y 78-79). En cuanto al ámbito ritual es necesario recordar la presencia en este yacimiento de un área sacra compuesta por un santuario, en el que destaca el famoso altar rupestre (p. ej. Gómez-Moreno 1983 [1901]: 21-22; Lantier y Breuil 1930: 212-213; Álvarez-Sanchís 1993b: 275; Marco Simón 2004: 282-284; Pérez Gutiérrez 2009: 152-156; 2010: 136-138 y 180-191), y una sauna (Almagro-Gorbea y Moltó 1992: 72-74; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993).

5.4. ANÁLISIS PALINOLÓGICOS: EL AUMENTO DE LA PRESIÓN ANTROPICA SOBRE EL PAISAJE

En los últimos años se han dado a conocer distintos estudios paleoambientales realizados en algunos de los castros y *oppida* más importantes del Hierro Pleno en nuestro ámbito de análisis. Así, para el suroeste de la Meseta Norte disponemos de los estudios palinológicos llevados a cabo en los sitios de La Mesa de Miranda (López Sáez et al. 2008: 146-147), Las Cogotas (*ibid.*: 143-145), Ulaca (*ibid.*: 145-146), el Teso de las Catedrales (Benet y López Jiménez 2008: 172) y La Corona (López Jiménez y López Sáez 2005: 15-18), aunque la cronología de este último está en discusión, ya que su excavador lo sitúa en la Segunda Edad del Hierro (*ibid.*: 8), mientras que otros investigadores lo adscriben al Hierro I (López Sáez et al. 2014: 111). Del mismo modo, para la parte meridional de nuestra área de estudio contamos con los análisis realizados en El Raso (López Sáez et al. 2008: 141-143) y el Cerro de la Mesa (Chapa Brunet et al. 2013: 151-155).

En La Mesa de Miranda las cinco muestras estudiadas indican la existencia de un paisaje relativamente forestado, con una cobertura arbórea compuesta principalmente por encinas y robles melojos, que va disminuyendo con el paso del tiempo, ya que los porcentajes de polen arbóreo pasan de ser superiores al 50% en la primera fase de ocupación del poblado, a ser del 25-32% en la fase posterior (fig. 5.7). Durante este segundo momento se detecta un aumento muy significativo de palinomorfos indicativos de la antropización del entorno como Cichorioideae, una mayor presencia local de elementos característicos de los pastizales antropozoógenos como *Plantago lanceolata* tipo y Poaceae y elevados porcentajes del hongo *Glomus* cf. *fasciculatum*,



relacionado con el desarrollo de importantes procesos erosivos. Asimismo, se identifica por primera vez polen de cereal (2,8%), que sería cultivado a una cierta distancia del asentamiento.

En Las Cogotas la columna polínica de seis muestras, obtenida en uno de los sondeos practicados en 1986 en el segundo recinto del yacimiento, apunta a la existencia de un paisaje muy deforestado, con porcentajes de encinar inferiores al 20% y de melojar por debajo del 5%. La relativa abundancia de *Plantago lanceolata* tipo, *Chenopodiaceae/Amaranthaceae* y de hongos coprófilos estaría indicando la presencia de animales *in situ*, lo que corroboraría la función –no exclusiva– de los recintos fortificados como encerraderos de ganado (Cabré Aguiló 1930: 20 y 39; Cabré Aguiló et al. 1950: 17; Molinero Pérez 1958: 31; Sánchez Moreno 2000b: nota 33; Álvarez-Sanchís 2003c: 151). De igual modo, la documentación, en dos de las muestras, de porcentajes de polen de cereal superiores al 3% asegura su cultivo en los campos inmediatos al poblado. Además, la identificación de una elevada cantidad de *Glomus* cf. *fasciculatum* nos advierte sobre la importancia de los fenómenos erosivos, asociados a la antropización del paisaje, durante el Hierro II.

En el caso de Ulaca, las diez muestras analizadas proceden de los sedimentos que rellenaban diversos vasos cerámicos recuperados en las excavaciones arqueológicas realizadas en 2003 y 2004, en la falda norte del cerro donde se asienta el *oppidum*. En dichas muestras se ha documentado polen de encina, roble melojo, fresno, aliso y pino albar, así como palinomorfos de carácter antrópico y nitrófilo como Cichorioideae y Cardueae. También se ha detectado polen de cereal en cuatro de las muestras. En las tres correspondientes al conjunto L aparece en porcentajes inferiores al 1%, lo que podría indicar su cultivo a cierta distancia del yacimiento, mientras que en la muestra de la unidad estratigráfica (UE) 60 del sector A (cuadro 3-C) se ha identificado

una elevada cantidad (9,7%), debido, posiblemente, al almacenaje de cereal en el contenedor cerámico estudiado.

En el Teso de las Catedrales las muestras obtenidas dibujan un paisaje abierto, dominado por los prados de gramíneas. El polen arbóreo corresponde principalmente a encinas, quejigos y robles, aunque también a abedules, pinos, enebros/sabinas y a especies riparias como avellanos, olmos, negrillos, álamos, sauces y saúcos. Asimismo, se han documentado algunas especies que podrían haber sido cultivadas en los huertos cercanos al enclave: hinojo, zanahoria, apio, col, nabo, coliflor, brécol, mostaza, colza, haba, guisante y lenteja. Además, se ha constatado una mayor presencia de cereal que en la aldea del Hierro I del Cerro de San Vicente (fig. 5.8).

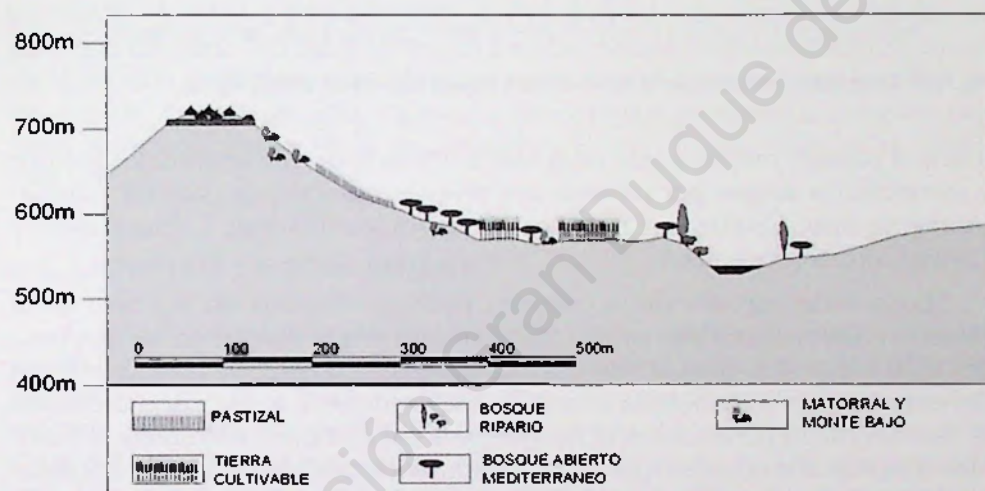


Fig. 5.8. Modelo de explotación del entorno y recursos disponibles en el valle medio del Tormes (según Benet y López Jiménez 2008: fig. 8).

En La Corona las cuatro muestras recuperadas reflejan un paisaje bastante abierto (20-27% de AP), dominado por los pastizales de gramíneas, donde la principal especie arbórea sería el roble melojo. El bosque ripario apenas aparece representado (únicamente aliso y fresno), debido a su lejanía respecto al sitio o a su deforestación. Se ha detectado la presencia de avellano, abedul y castaño con porcentajes cercanos al 2-3%. Destaca la abundancia de flora nitrófila como Cichorioideae, así como de microfósiles no polínicos de carácter coprófilo, indicativos de la presencia de ganado en el entorno. Esta actividad pastoril está atestiguada también a través de la identificación de polen de especies como *Plantago lanceolata* tipo, *Chenopodiaceae/Amaranthaceae* y *Urtica dioica* tipo. Sin embargo, no se ha podido documentar polen de cereal.

En El Raso las cuatro muestras positivas analizadas permiten diferenciar dos fases distintas (fig. 5.9): en la más antigua destacan los elevadísimos porcentajes de fresno y la escasez de elementos indicativos del impacto humano

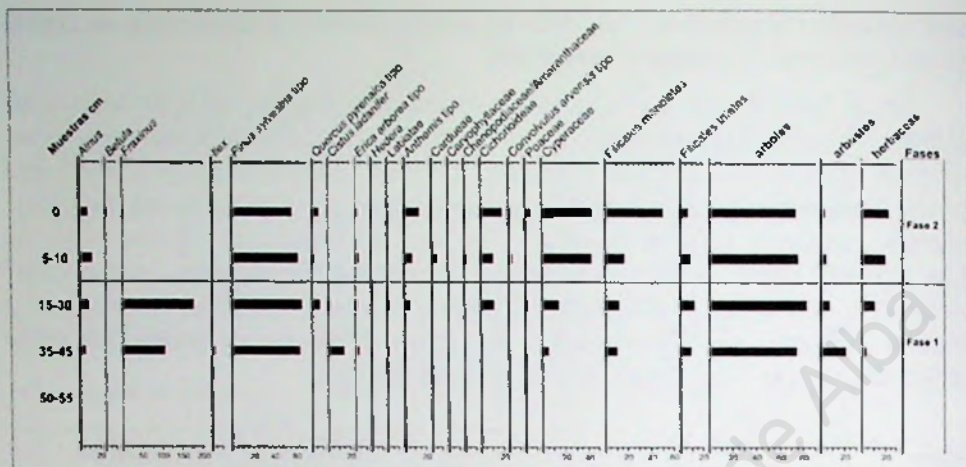


Fig. 5.9. Diagrama polínico de El Raso (según López Sáez et al. 2008: fig. 2).

sobre el paisaje, mientras que en la fase 2 el fresno prácticamente desaparece y aumentan o surgen por primera vez diversas especies de carácter nitrófilo (*Anthemis* tipo, *Cardueae*, *Chenopodiaceae/Amaranthaceae*, *Cichorioideae* y *Convolvulus arvensis* tipo).

En la serie superior de la columna polínica obtenida en el Cerro de la Mesa la cobertura arbórea va incrementándose progresivamente, ya que pasa del 28% inicial al 51% en la muestra más superficial, a partir de la recuperación del encinar y de su cobertura arbustiva. Esto se debería a una disminución en el uso del fuego para aclarar el bosque. Los palinomorfos antrópicos y nitrófilos son más abundantes que en la serie inferior, posiblemente por la contaminación de las muestras con sedimentos incorporados durante las labores de construcción de las casas del Hierro Pleno. En esta fase se puede defender una mayor presión pastoril, que incluso afectaría al interior del propio yacimiento, como parece revelar la presencia de especies coprófilas. En cambio, no se ha podido identificar polen de cereal, aunque sí valores relativamente elevados de leguminosas (5-10%), que podrían estar indicando su cultivo.

En cuanto a los registros polínicos procedentes de turberas, en las sierras de Gredos, Béjar y Gata los análisis realizados en depósitos higroturbosos situados en zonas elevadas (Puerto de Serranillos, Hoyos del Espino, Navarredonda, Narrillos del Rebollar, Cuerpo de Hombre, Presa del Duque y Garganta del Trampal) muestran la presencia de bosques de pinos o de pinos y abedules. De igual modo, los estudios llevados a cabo en turberas ubicadas en áreas más bajas de dichas sierras (Lanzahíta, Peña Negra y Puerto de Santa Clara) reflejan la existencia de bosques de *Pinus pinaster* (Gredos), de robles y avellanos (Béjar), o de alisos y abedules (Gata) (López Sáez et al. 2014: 112). Sin embargo, también aquí hay evidencias de actividades ganaderas y agrícolas, por ejemplo en el registro de Peña Negra (Abel Schaad y López Sáez 2013: 207).

En suma, durante la Segunda Edad del Hierro los análisis palinológicos realizados en nuestra zona de estudio muestran un paisaje cada vez más antropizado, en el cual se detectan varios procesos vinculados estrechamente a la acción humana: 1) una deforestación progresiva del paisaje (salvo en el caso del Cerro de la Mesa), aunque en esta ocasión parece deberse más a la tala de árboles para su empleo en la construcción de viviendas y como combustible, que a la quema intencionada de las masas boscosas; 2) una creciente presión ganadera protagonizada fundamentalmente por la cabaña vacuna, que supera en todos los casos el 20% del número de restos determinables (Castaños Ugarte 1991: tabla 10; Morales Muñoz y Liesau 2008: tabla 2; Chapa Brunet *et al.* 2013: tabla 9; López-Romero González de la Aleja 2017; Estaca Gómez *et al.* 2018), y los ovicaprinos; 3) una destacada actividad agrícola, basada en el cultivo de cereales y, posiblemente, de leguminosas, así como de algunas especies hortícolas. Al final del periodo parece vislumbrarse una intensificación de la presión antrópica sobre el medio, coincidiendo con la consolidación de los *oppida*. En este sentido, cabe citar los cambios producidos entre las dos fases detectadas en La Mesa de Miranda y El Raso (López Sáez *et al.* 2008: 148 y 150).

5.5. MODELOS DE POBLAMIENTO

Como ocurría para la Primera Edad del Hierro, dentro de nuestra zona de estudio existen notables diferencias territoriales en el volumen de información disponible sobre la ocupación del territorio durante el Hierro Pleno. Para el suroeste de la cuenca del Duero contamos con 23 yacimientos excavados (53% del total de sitios conocidos), distribuidos de forma equilibrada por toda esta área. Sin embargo, carecemos de información sobre el poblamiento de esta fase en los valles de los ríos Zapardiel, Trabancos y Guareña (comarcas de la Tierra de Medina y La Guareña). Al sur del Sistema Central, en cambio, solo disponemos de 7 estaciones excavadas (28% del total de enclaves localizados), que además se distribuyen de manera muy desigual ya que, exceptuando El Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres) (Ongil Valentín 1988), los núcleos intervenidos se encuentran en la mitad oriental de este tramo medio de la cuenca del Tago. A continuación, analizaremos las características básicas del poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en la Meseta Occidental. Para ello, vamos a organizar nuestra exposición a partir de los ríos más importantes de esta zona, debido a que la mayor parte de los asentamientos de este momento se ubican junto a la red fluvial principal (fig. 5.10).

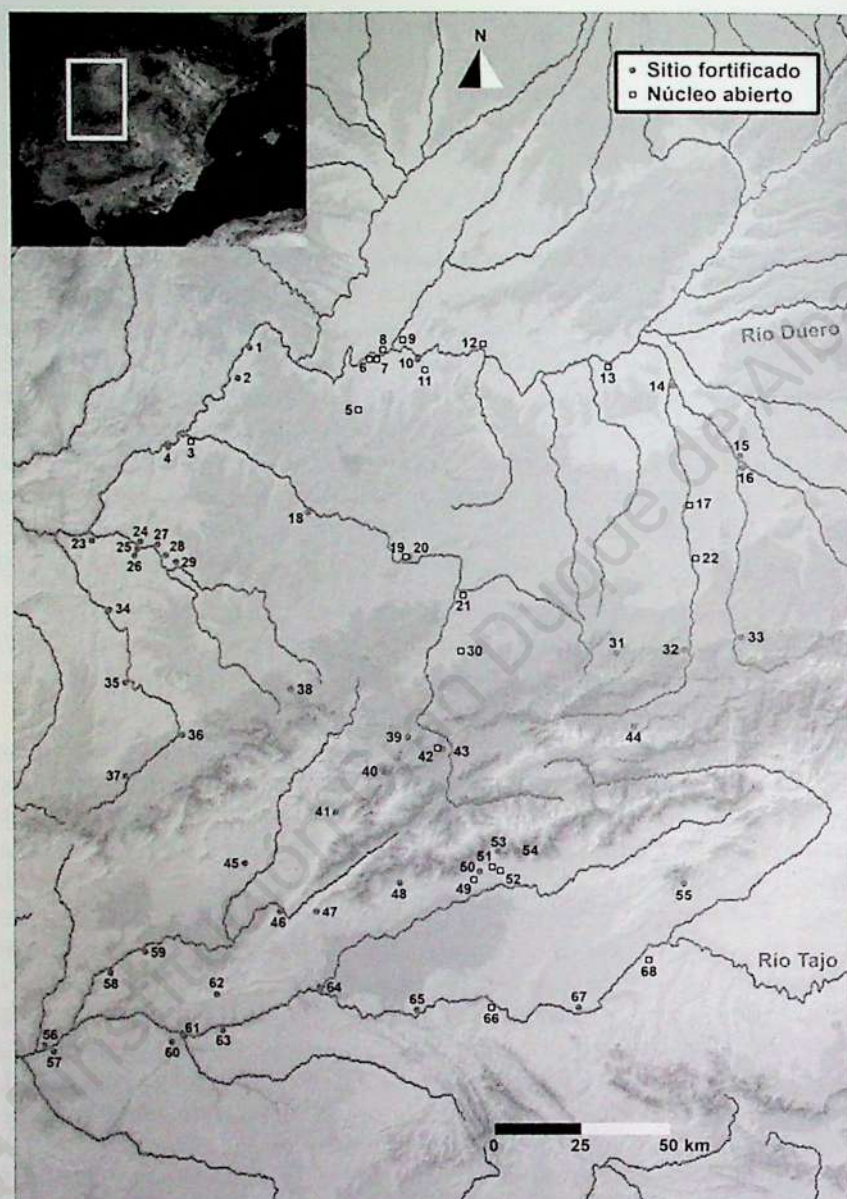


Fig. 5.10. Poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el occidente de la Meseta: 1. San Mamede/Peña Redonda (Villardiegua de la Ribera, Zamora); 2. El Castillo (Fariza, Zamora); 3. Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires, Salamanca); 4. Virgen del Castillo (Pereña de la Ribera, Salamanca); 5. Los Castillos (La Tuda, Pereruela, Zamora); 6. El Castro (Zamora); 7. Teso del Castro (Zamora); 8. Zamora; 9. Valdegallinas II (Zamora); 10. Los Castros/Valcuevo/¿El Alba? (Villalazán, Zamora); 11. El Viso (Bamba, Madridanos, Zamora); 12. Toro (Zamora); 13. La Peña (Tordesillas, Valladolid); 14. Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid); 15. Cuesta del Mercado (Coca, Segovia); 16. Coca (Segovia); 17. La Puente (Donhierro, Segovia); 18. Ledesma (Salamanca); 19. Cerro de San Vicente

(Salamanca); 20. Teso de las Catedrales (Salamanca); 21. Cuesta de Santa Ana (Garcihernández, Salamanca); 22. La Tejeda (Orbita, Ávila); 23. Cabeza de Moncalvo (Hinojosa de Duero, Salamanca); 24. El Castillo (Saldeana, Salamanca); 25. Castillo de Saldañuela (Bermellar, Salamanca); 26. Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca); 27. Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca); 28. Los Castillos (Gema, Yecla de Yeltes, Salamanca); 29. Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca); 30. Los Ocuestos (Alaraz, Salamanca); 31. La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila); 32. Las Cogotas (Cardenosa, Ávila); 33. San Juan (Ojos-Albos, Ávila); 34. Castelmao (San Felices de los Gallegos, Salamanca); 35. La Plaza (Gallegos de Argañán, Salamanca); 36. Lerilla (Zamarra, Salamanca); 37. Iruña (Fuenteguinaldo, Salamanca); 38. La Corona (Rinconada de la Sierra, Salamanca); 39. El Castillo (Cabeza de Béjar, Salamanca); 40. La Corvera (Navalmoral de Béjar, Salamanca); 41. Cabezo Castillo (Valdelamatanza, El Cerro, Salamanca); 42. Las Paredejas (Medinilla, Ávila); 43. Los Tejares (El Tejado, Salamanca); 44. Ulaca (Villaviciosa, Solosancho, Ávila); 45. El Castillejo (Santa Cruz de Paniagua, Cáceres); 46. El Berrocalillo (Plasencia, Cáceres); 47. El Camocho (Malpartida de Plasencia, Cáceres); 48. El Castillejo (Aldeanueva de la Vera, Cáceres); 49. Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres); 50. Castrejón (Villanueva de la Vera, Cáceres); 51. El Cardenillo (Madrigal de la Vera, Cáceres); 52. El Castañar (El Raso, Candeleda, Ávila); 53. El Raso (El Raso, Candeleda, Ávila); 54. Castillejo de Chilla (Candeleda, Ávila); 55. Castillo de Bayuela (Castillo de Bayuela, Toledo); 56. Morros de la Novillada (Alcántara, Cáceres); 57. El Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres); 58. El Perinuelo (Ceclavín, Cáceres); 59. El Zamarril (Portaje, Cáceres); 60. Los Castillones de Araya (Garrovillas de Alconétar, Cáceres); 61. Alconétar (Garrovillas de Alconétar, Cáceres); 62. Cáceres Viejo (Cañaveral, Cáceres); 63. Cerro del Castillo (Talaván, Cáceres); 64. Desembocadura del Tiétar (Mirabel, Cáceres); 65. El Castillejo de Valdecañas (Almaraz, Cáceres); 66. Cerros de Alija (Peraleda de San Román, Cáceres); 67. Cerro de la Mesa (El Bercial, Alcolea de Tajo, Toledo); 68. Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo) (a partir de los datos incluidos en Rodríguez Almeida 1955; Martín Valls 1998; Martín Bravo 1999; Álvarez-Sanchís 2003c; Fernández Gómez 2003; López Jiménez 2003b; Ramos Fraile 2005; Blanco García 2006b; Jiménez Ávila 2006; Fernández Freire 2008; Vicente González 2008-09; Blanco González 2009a; b; Martín Bravo 2009; Sacristán de Lama 2010; Charro Lobato y Cabrera Díez 2011; Hernández Sánchez 2011; Fabián García 2012a; Paniago Díaz y Lapuente Martín 2015; Mateos Leal 2016).

a) Ríos Voltoya-Eresma:

En el valle del río Eresma se ha planteado la existencia de un modelo de poblamiento configurado por una serie de poblados ubicados junto a su cauce, en lugares estratégicos bien defendidos y próximos a las mejores tierras de cultivo. A partir de las considerables dimensiones que debieron alcanzar Segovia, Coca y Simancas (en la orilla derecha del Duero) en estos momentos, se ha defendido una jerarquización lineal del poblamiento, según la cual en un punto intermedio entre estas grandes poblaciones habría otras de segundo orden (Cerro de la Virgen de Tormejón y Sieteiglesias) (Blanco García 2006a: 42-58). El problema es que, en el caso de Sieteiglesias, parece difícil considerarlo un sitio secundario, cuando tiene una extensión similar (Sacristán de Lama et al. 1995: tabla 2) o incluso superior a la de Simancas (Blanco González 2009a:

vol. II (2): 316). Quizá relacionado de alguna manera con este corredor del Eresma estaría el pequeño castro abulense de San Juan (Ojos-Albos), localizado junto al río Voltoya (principal afluente del Eresma) y con una posible ocupación prerromana (Blanco González 2009b: 161). De este modo, el poblamiento en estos valles fluviales se caracteriza por su situación en espigones sobre los cauces principales (fig. 5.11), con un fácil acceso a fértiles terrenos de cultivo y a pastizales y recursos forestales en el caso de San Juan. Excluyendo el yacimiento abulense, el resto de enclaves se encuentran ubicados a una altitud muy similar (entre los 712 y los 785 m s.n.m.). Más diferencias hay en cuanto a su tamaño, puesto que Coca más su anejo de la Cuesta del Mercado prácticamente duplican la superficie de Sieteiglesias (fig. 5.12), aunque la considerable distancia que los separa (30 km) parece asegurar la independencia y autonomía de la estación vallisoletana.

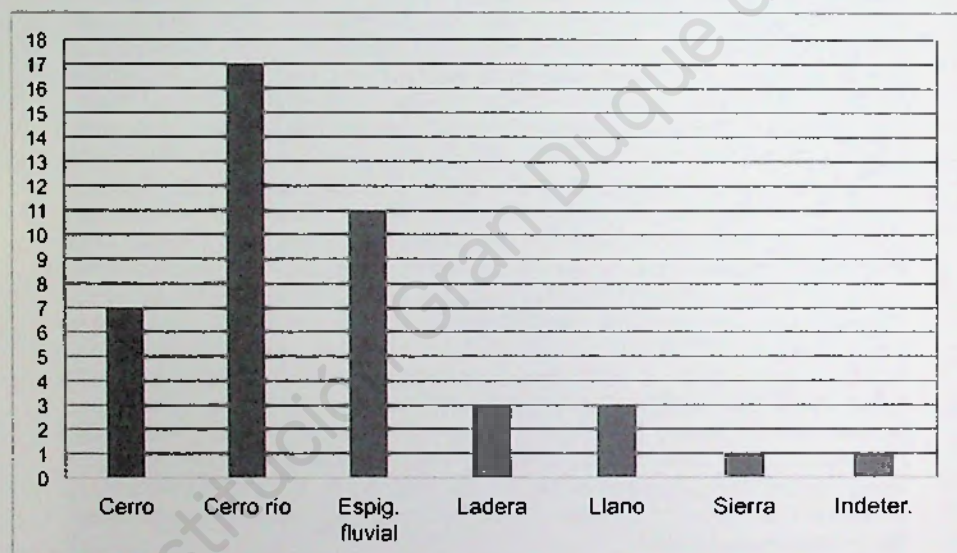


Fig. 5.11. Tipos de emplazamiento de las estaciones del Hierro II en el suroeste de la cuenca del Duero.

b) Río Adaja:

Para la cabecera del río Adaja o Valle Amblés se ha propuesto un patrón de poblamiento jerarquizado, formado por asentamientos fortificados de grandes dimensiones, localizados en las estribaciones de las sierras que circundan el valle, y núcleos menores situados en las zonas llanas próximas al cauce del río (Álvarez-Sanchís 1990: 215 y ss.; 2003c: 115-120; 2005a: 262-264; 2007c: 244-246; 2009a: 46 y 56; 2011a: 149-150; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 226-230). Sin embargo, dicho modelo está basado en los datos proporcionados por la Carta Arqueológica provincial de Ávila que responde «más a una recopilación de noticias orales y escritas (muy parcas y

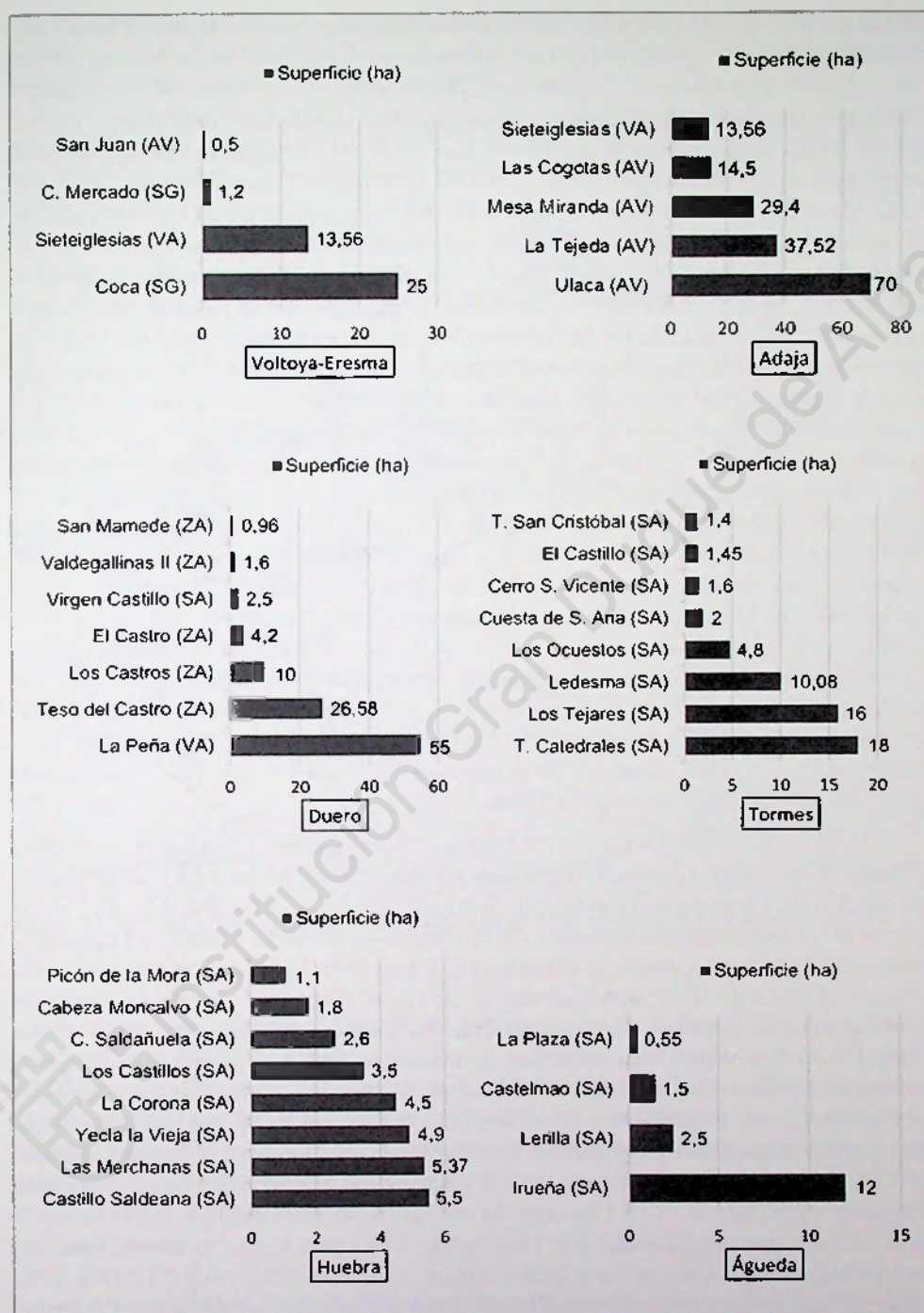


Fig. 5.12. Tamaño de los asentamientos del Hierro II localizados en torno a los principales cauces fluviales del suroeste de la Meseta Norte. Gráficos elaborados a partir de los datos contenidos en el anexo I.

antiguas) que a una labor de campo sistemática y concienzuda» (Hernando Sobrino 1994: 24). Así, los establecimientos del fondo del valle solo se conocen a partir de hallazgos escasos (fundamentalmente cerámicos), cuyo lugar exacto de procedencia se sabe a veces con muchas dudas (Fernández Gómez 2003: 168), lo que impide confirmar que se trate de verdaderos poblados y asignarles una cronología firme. Por ello, mientras Álvarez-Sanchís (2003c: 130) los sitúa en un momento avanzado de la Segunda Edad del Hierro, reservando para ellos una posición subordinada a la de los *oppida* serranos, Hernando Sobrino (1994: 350) los vincula al período que va entre mediados del s. I a.C. y el s. II d.C., poniéndolos en relación con la capital abulense y la reorientación romana de la economía hacia la explotación de los recursos agrícolas. Sin embargo, los diferentes trabajos de prospección llevados a cabo en los últimos años al sur del Duero, incluyendo aquellos realizados en los municipios del Valle Amblés con supuestos materiales del Hierro II, no han conseguido identificar restos pertenecientes a estos sitios menores ubicados en el llano (Fabián García 2012b: 223). Así pues, tras una revisión de la información disponible para los enclaves del fondo del valle, Blanco González (2009b: 161) decide descartarlos. De igual modo, en las prospecciones de muestreo sistemático y regular del área occidental del Valle Amblés (entre los *oppida* de Ulaca y La Mesa de Miranda) (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 46-47), realizadas entre 1997 y 2003 por un equipo de la Universidad Complutense de Madrid y otro de la Universidad de Sheffield dirigidos por los profesores Ruiz Zapatero, Álvarez Sanchís y Collis, no se han encontrado vestigios de asentamientos menores adscribibles al Hierro Pleno (Collis 2008: 73), como hemos podido constatar en nuestra revisión preliminar de los materiales procedentes de dichas prospecciones.

En el curso medio-bajo del río Adaja contamos con el extenso yacimiento abierto de La Tejada (Blanco González 2009a: vol. II (2): 81-86), con el dudoso núcleo de La Puente (Donhierro, Segovia) (Blanco García 2006b: 457-458) y con la ya mencionada estación de Sieteiglesias (Bellido Blanco y Cruz Sánchez 1993; Blanco González 2009a: vol. II (2): 316-322). Así, el poblamiento situado a lo largo del cauce del Adaja se caracteriza por su emplazamiento tanto en zonas serranas como de ribera, en relación directa con uno o varios cursos fluviales, y con una variedad de recursos agropecuarios en su entorno inmediato (Alonso Hernández 1995), como se puede comprobar en el análisis del territorio de explotación de Ulaca (fig. 5.13): un 60% del mismo estaría formado por pastizales, los suelos cultivables constituirían aproximadamente el 32%, el bosque alrededor de un 3% y los suelos improductivos un 5% (Ruiz Zapatero 2005a: 31-32). Los *oppida* serranos se encuentran localizados a una altitud que oscila entre los 1508 y los 1122 m s.n.m., mientras que los poblados ubicados en la campiña se sitúan entre los 854 y los 712 m s.n.m. Uno de los rasgos más destacados de los yacimientos localizados en torno al río Adaja es su gran tamaño (exceptuando el sitio abierto de La Puente), ya que Ulaca con sus 70 ha es el enclave de mayores dimensiones de

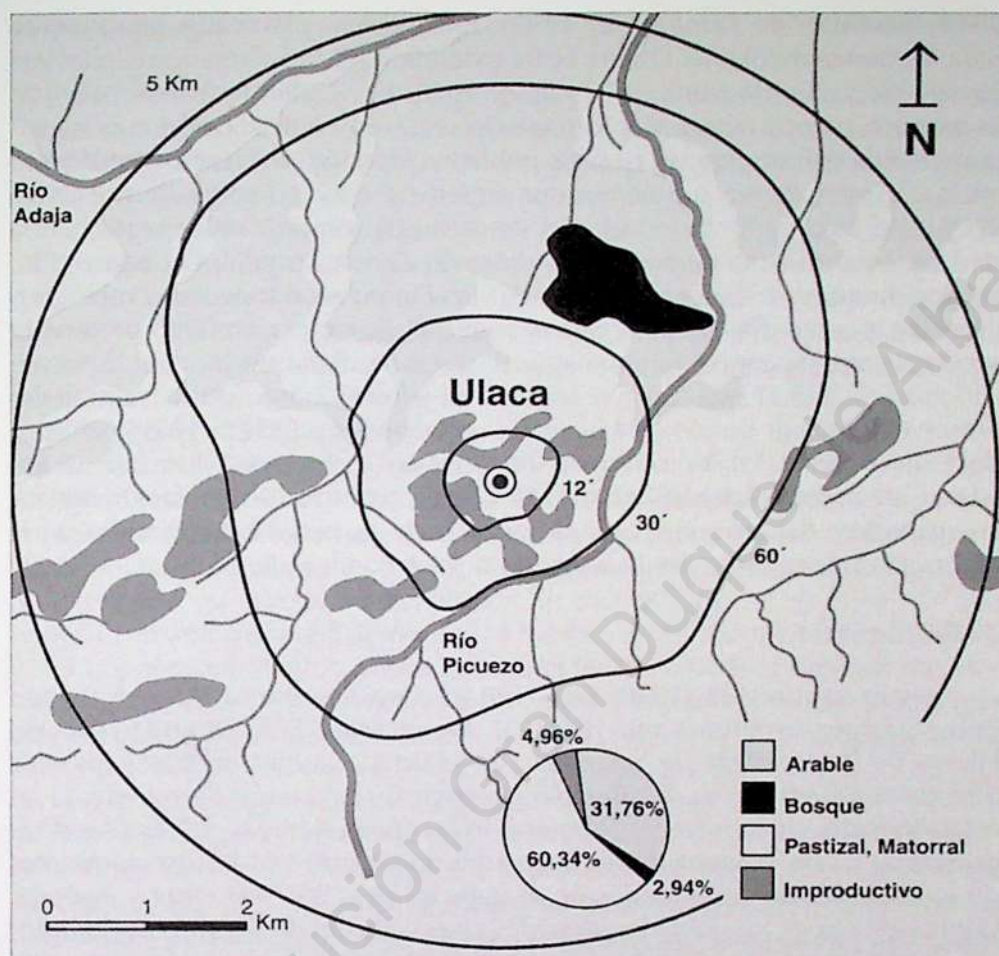


Fig. 5.13. Territorio de explotación del oppidum de Ulaca (según Ruiz Zapatero 2005a: 32, modificado).

todo el área de estudio y uno de los más grandes de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea 1987; 1994: apéndice y cuadro II; Almagro-Gorbea y Dávila 1995), y el resto de núcleos superan las 10 ha (fig. 5.12). No obstante, la distancia existente entre ellos, superior a los 20 km, posibilitó el control por parte de sus crecientes poblaciones de un territorio amplio, con recursos suficientes para asegurar el sostenimiento del grupo.

c) Río Duero:

En torno al río Duero se ha sugerido la existencia de un modelo de poblamiento escasamente jerarquizado, adaptado a los principales corredores fluviales y compuesto casi exclusivamente por asentamientos de grandes dimensiones, bastante distanciados entre sí (Sacristán de Lama 1989; 1995; 2010;

2011; Sacristán de Lama et al. 1995). Este patrón, planteado inicialmente para la cuenca media del Duero, se ha extendido hasta Salamanca capital y el Sayago (Sacristán de Lama 2010: fig. 1; 2011: fig. 1). Sin embargo, mientras lo primero parece razonable, lo segundo entra en contradicción con las características del modelo, ya que los poblados identificados hasta el momento en la comarca de Sayago tienen una superficie más reducida (Ramos Fraile 2005). Por ello, el límite occidental de dicho patrón de poblamiento habría que situarlo aproximadamente a la altura de Zamora capital. De este modo, los yacimientos ubicados a lo largo del río Duero se distinguen, entre otros aspectos, por sus diferentes tamaños (fig. 5.12). Su emplazamiento preferente son los cerros cercanos o inmediatos al cauce de dicho río (fig. 5.11), localizados a una altitud que oscila entre los 782 y los 652 m s.n.m. Las distancias entre vecinos más próximos, calculadas por Sacristán (2011: 187) a lo largo del Duero, serían: La Peña-Toro, 36 km; Toro-Los Castros de Villalazán, 18 km y Los Castros de Villalazán-Zamora, 12 km. En cuanto a la explotación agrícola y ganadera del territorio, ante la ausencia de alquerías subordinadas, sería realizada directamente desde los grandes sitios conocidos.

d) Río Tormes:

Según Martín Valls (1998: 167-169) y López Jiménez (2003b: 269 y ss.; Benet y López Jiménez 2008: 168-171), los enclaves de la Segunda Edad del Hierro de la provincia de Salamanca se pueden agrupar en tres conjuntos diferentes a partir de su distribución geográfica y sus rasgos distintivos: 1) las estaciones del curso Alto del Tormes y de las zonas serranas del sureste de la provincia; 2) los núcleos del curso medio del Tormes; 3) los asentamientos de la zona occidental, situados en el Bajo Tormes, Yeltes-Huebra y Águeda. Centrándonos en los poblados ubicados en el valle del río Tormes, sus diferentes emplazamientos y tamaños parecen corroborar la clasificación propuesta por estos autores. Así, los yacimientos del Alto Tormes se caracterizan por su localización en cerros elevados (entre los 1103 y los 943 m s.n.m.), alejados del cauce del río. Por su parte, los sitios del curso medio del Tormes ocupan cerros inmediatos a este río o al río Almar (su principal afluente), situados a una altitud que oscila entre los 848 y los 775 m s.n.m. La principal diferencia de estos últimos con respecto al Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires, Salamanca), ubicado también en un cerro muy cerca de la desembocadura del Tormes, es su mayor tamaño –especialmente en el caso del Teso de las Catedrales y Ledesma– (fig. 5.12). El grupo de estaciones del Alto Tormes ha sido puesto en relación con el control de la Cañada de Béjar y los pasos entre la Alta Extremadura y Salamanca, mientras que los enclaves del curso medio del río Tormes se dedicarían a la explotación agropecuaria de sus amplios territorios (López Jiménez 2003b: 269 y ss.; Benet y López Jiménez 2008: 168-170). En este último ámbito, las distancias entre vecinos más próximos serían: Cuesta de Santa Ana-Teso de las Catedrales, 19 km; Teso de las Catedrales-Ledesma, 35 km y Ledesma-Teso de San Cristóbal, 42 km.

e) Río Huebra:

En torno al río Huebra se ha propuesto un patrón de poblamiento configurado por pequeños núcleos, fuertemente fortificados, localizados junto a su cauce (Martín Benito y Martín Benito 1994: 121-122; Martín Valls 1998: 167-169; Álvarez-Sanchís 2003c: 120; López Jiménez 2003b: 300 y ss.; Pérez Gómez 2005; Benet y López Jiménez 2008: 170; Hernández Sánchez 2011: 144-145). Destaca especialmente la concentración de los mismos, ya que en un radio de 10 km en torno al Picón de la Mora se encuentran los castros de Yecla la Vieja, Los Castillos de Gema, El Castillo de Saldeana, Castillo de Saldañuela (Bermellar) y Las Merchanas (Santonja 1992: 202). Esta gran concentración de asentamientos fortificados en el noroeste de Salamanca ha sido explicada habitualmente a partir de la explotación de los recursos mineros de la zona (Salinas de Frías 1992-93: 179-180; Martín Valls 1998: 166; Álvarez-Sanchís 2003c: 122), aunque no hay evidencias arqueológicas que corroboren esta actividad en época prerromana (López Jiménez 2003b: 72 y ss.; Hernández Sánchez 2011: 145). Recientemente, González-Tablas (2008b) ha planteado que dicha concentración de castros fuera el resultado de una política romana de reubicación de los habitantes de los poblados abulenses y del oriente salmantino en esta zona occidental, llevada a cabo en los momentos finales de la República y los inicios del Imperio. El problema es que esta propuesta se basa, entre otras cosas, en considerar a la mayor parte de los castros del Huebra como fundaciones realizadas durante el proceso de conquista o incluso en momentos posteriores, algo que a día de hoy es difícil de dilucidar debido a nuestro escaso conocimiento de su secuencia temporal (Martín Valls 1998: 166; Benet y López Jiménez 2008: 171; Hernández Sánchez 2011: 147). Así pues, si mantenemos el carácter prerromano de los mismos, el poblamiento en la región occidental de Salamanca, atravesada por los ríos Huebra, Yeltes y Camaces, se caracterizaría por la presencia de un buen número de castros situados en cerros y espigones sobre el cauce de dichos ríos (fig. 5.11), en un paisaje dominado por pastizales y encinares, que estaría mostrando su vocación eminentemente ganadera (Martín Valls 1998: 166). Excluyendo el sitio serrano de La Corona, la altitud a la que se encuentran estos yacimientos oscila entre los 721 y los 534 m s.n.m. Se trata en todos los casos de estaciones de pequeño y mediano tamaño (fig. 5.12), por lo que resulta difícil hablar de jerarquización (Benet y López Jiménez 2008: 170). Presentan distancias medias con el vecino más próximo inferiores a los 5 km (Álvarez-Sanchís 2003c: 122), aunque la orografía accidentada del terreno reduce considerablemente el dominio visual de los diferentes enclaves (Sánchez Nicolás y Mateos Leal 2013: 104-106; Mateos Leal 2016: 127-133) y complica mucho las comunicaciones. En este sentido, se pueden mencionar los castros de Saldeana y Saldañuela, ubicados uno frente al otro, a 1 km de distancia, visibles entre sí, pero con el cañón del Huebra entre ellos (fig. 5.14) (Benet y López Jiménez 2008: 171).

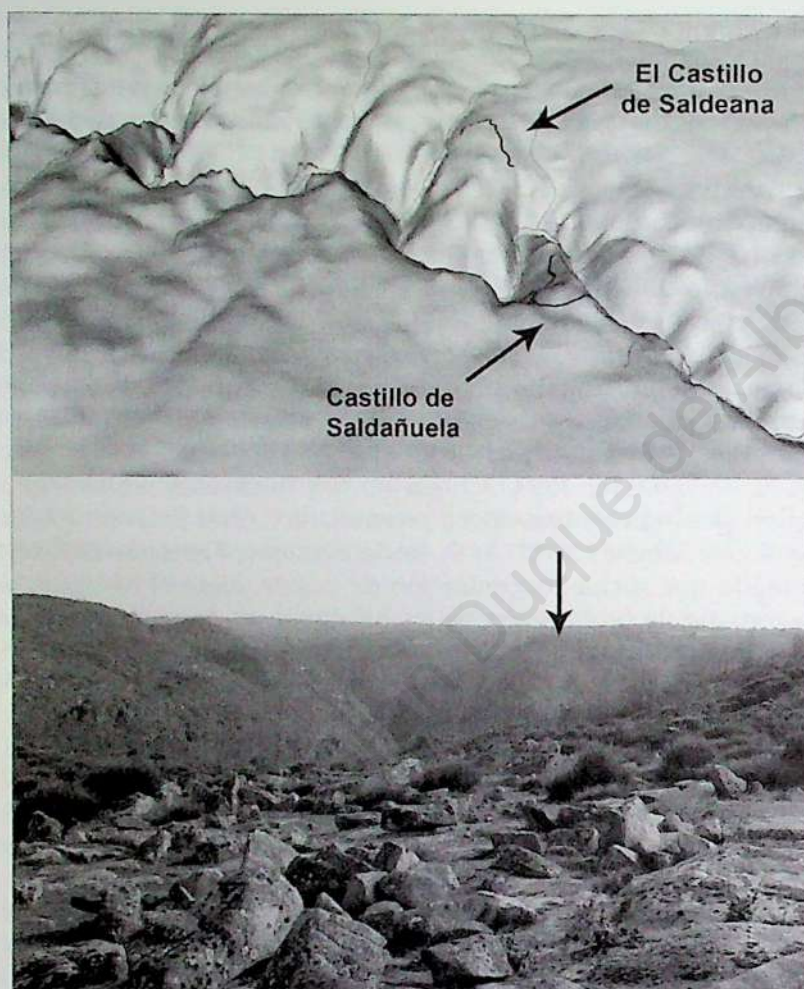


Fig. 5.14. Arriba: mapa tridimensional con la localización de los castros de Saldeana y Bermellar (según Hernández Sánchez 2011: fig. 2, modificado). Abajo: vista del cerro donde se asienta el Castillo de Saldañuela, con el campo de piedras hincadas de El Castillo de Saldeana en primer término.

f) Río Águeda:

A lo largo del río Águeda también se ha planteado un modelo de poblamiento protagonizado por núcleos fortificados de pequeño tamaño, situados al lado de su cauce, aunque más distanciados que los del Huebra (Martín Benito y Martín Benito 1994: 121-122; Martín Valls 1998: 167-169; Álvarez-Sanchís 2003c: 120; López Jiménez 2003b: 316 y ss.; Benet y López Jiménez 2008: 170; Hernández Sánchez 2011: 143-144). Así, estos castros ocupan cerros y espigones sobre el Águeda (fig. 5.11), a una altitud que oscila entre los 830 y los 614 m s.n.m., en entornos con buenas posibilidades económicas y con

un control casi directo de los pasos del río (Benet y López Jiménez 2008: 170). Sobresale por su tamaño el poblado de Iruña (Fuenteguinaldo, Salamanca) (fig. 5.12), aunque su posterior ocupación en época romana podría haber distorsionado su aspecto. Uno de los aspectos más destacados de los asentamientos del Águeda es su distribución regular a lo largo de su cauce, aproximadamente cada 20 km, lo que posibilita que cada poblado controle un territorio amplio.

g) Ríos Alberche-Tajo:

En la cuenca del río Alberche solo contamos, por el momento, con el pequeño yacimiento toledano de Castillo de Bayuela (Rodríguez Almeida 1955: 266-268), ya que los sitios de Almoerón y Navarredonda –ambos en el municipio madrileño de San Martín de Valdeiglesias–, recogidos por Álvarez-Sanchís (2003c: 266 y fig. 29) a partir del trabajo de Fuidio (1934), son más bien estaciones medievales (Martín Viso 2002: 142; Pastor Muñoz y Adán Poza 2012). Por su parte, en el valle medio del Tajo, entre Talavera de la Reina y Talavera la Vieja, se ha propuesto un patrón de poblamiento jerarquizado formado por enclaves ubicados en las alturas inmediatas al cauce del Tajo y del Gévalo y pequeños núcleos localizados en el llano (Álvarez-Sanchís 2003c: 122; 2007b: 201-202). Pero, este modelo choca con la escasez de datos disponibles para la zona, que solo cuenta con las excavaciones realizadas en Arroyo Manzanas (Moreno Arrastio 1990) y el Cerro de la Mesa (p. ej. Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004; Chapa Brunet *et al.* 2007), y publicaciones de hallazgos casuales, en su mayoría a cargo de Jiménez de Gregorio (1992). Una buena parte de las noticias que aporta dicho autor no son claras desde el punto de

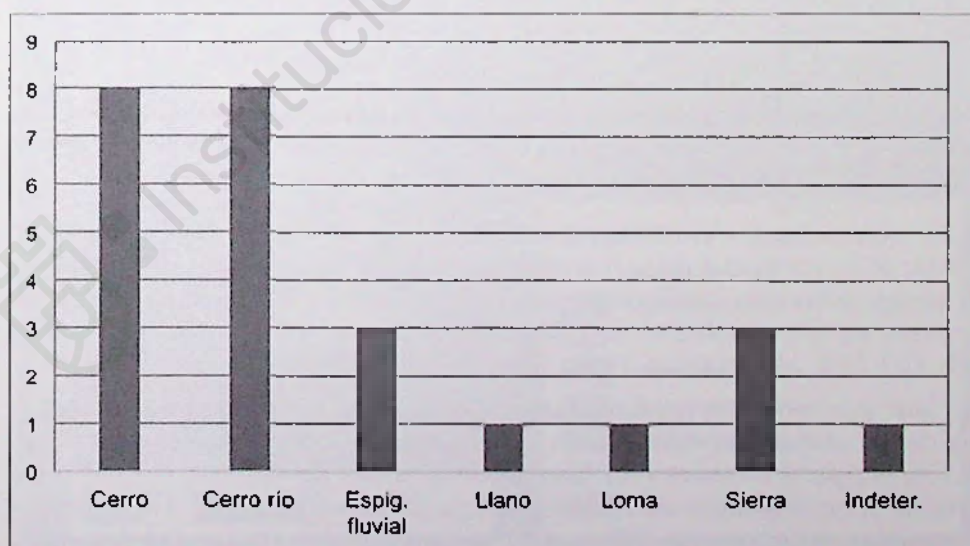


Fig. 5.15. Tipos de emplazamiento de los núcleos del Hierro Pleno ubicados al sur del Sistema Central.

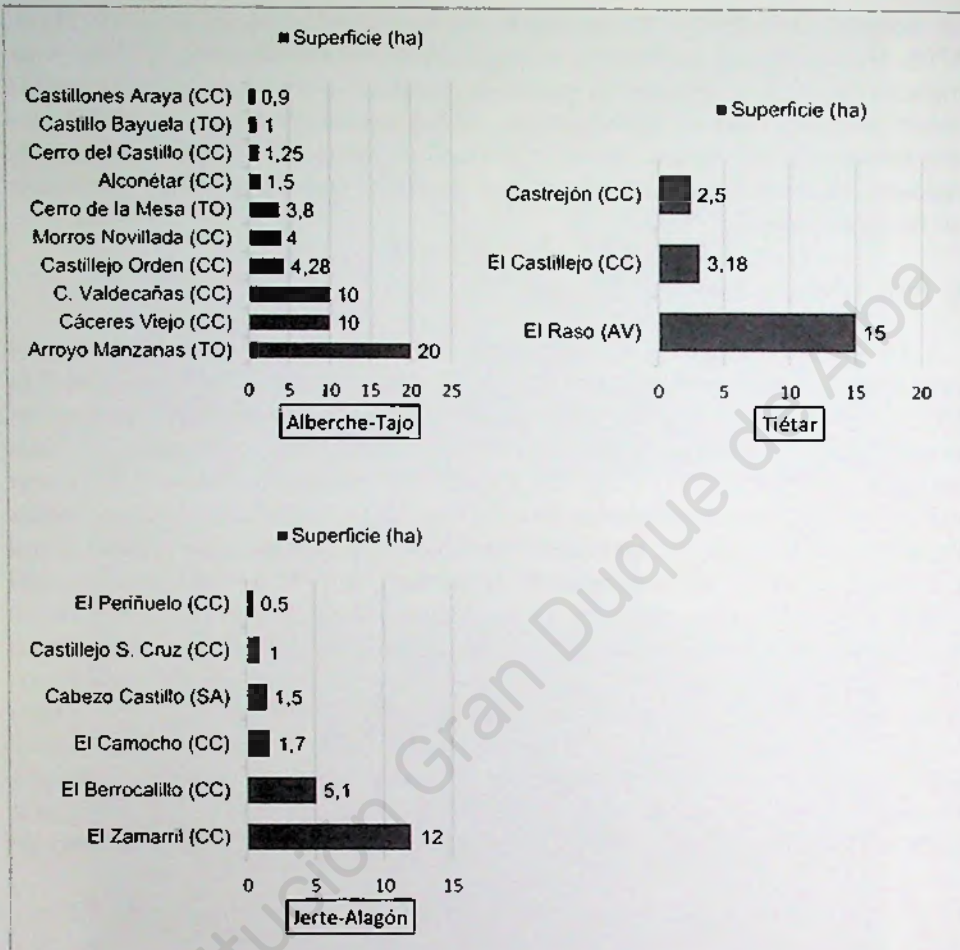


Fig. 5.16. Tamaño de los poblados de la Segunda Edad del Hierro localizados alrededor de los principales cursos fluviales al sur del Sistema Central. Gráficos elaborados a partir de los datos del anexo I.

vista cronocultural (Álvarez-Sanchís 2003c: nota 80; Morín de Pablos *et al.* 2002: 353), por lo que no se han tenido en cuenta. Aguas abajo, entre Talavera la Vieja y la frontera con Portugal, los castros se sitúan casi sin excepción en los cerros y espigones sobre el Tajo (Redondo Rodríguez y Esteban Ortega 1992-93: 163-164; Martín Bravo 1993; 1994; 1999; 2009).

De este modo, el poblamiento en el valle medio del Tajo se caracterizaría por su ubicación preferente en las elevaciones inmediatas a su cauce (fig. 5.15), ocupando lugares con buenas condiciones de defensa natural o de control sobre un vado, aunque con un escaso dominio visual. Estos asentamientos se encuentran localizados tanto en terrenos aptos para el desarrollo de la agricultura como en espacios dominados por los pastizales y matorrales, a una altitud que oscila entre los 468 y los 198 m s.n.m. Su tamaño también es

variable, puesto que, mientras la mayoría no alcanza las 5 ha, El Castillejo de Valdecañas (Almaraz, Cáceres) y Cáceres Viejo (Cañaveral, Cáceres) llegaron a las 10 ha, y Arroyo Manzanas a las 20 ha (fig. 5.16). En aquellos yacimientos que disponen de territorios más amplios, la distancia con respecto al vecino más próximo oscila entre los 23 y los 30 km: Arroyo Manzanas-Cerro de la Mesa, 25 km; Cerro de la Mesa-Cerros de Alija, 25 km; Cerros de Alija-El Castillejo de Valdecañas, 23 km.; El Castillejo de Valdecañas-Desembocadura del Tiétar, 30 km y Desembocadura del Tiétar-Cerro del Castillo, 30 km.

h) Río Tiétar:

Las estaciones prerromanas situadas en las últimas estribaciones de la Sierra de Gredos han sido puestas en relación con el control de la vía de acceso a la Meseta que discurre a través del Valle del Tiétar (Martín Bravo 1999: 209). Se trata tanto de sitios fortificados, ubicados en cerros con buenas condiciones

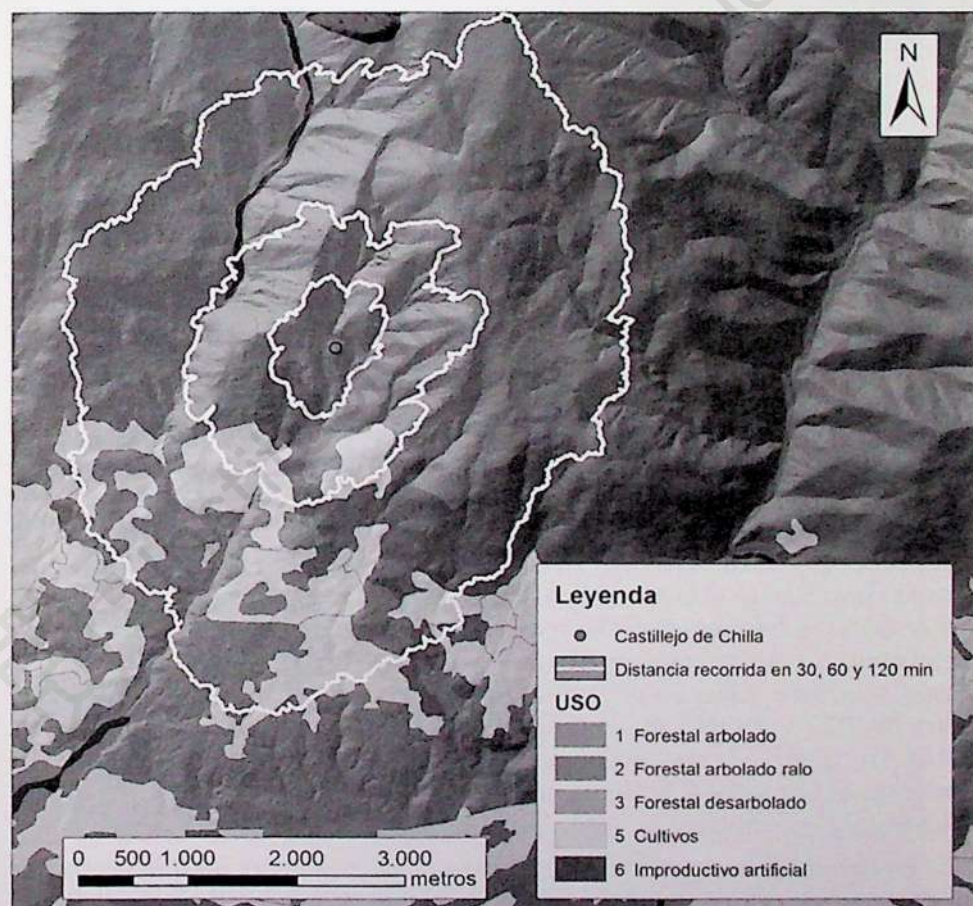


Fig. 5.17. Usos del suelo y Área de Captación Económica del yacimiento del Castillejo de Chilla (según Paniego Díaz y Lapuente Martín 2015: fig. 6, modificado).

de defensa natural y control del entorno (fig. 5.15), como de enclaves abiertos, localizados en lugares más llanos con un dominio visual inferior. Todos ellos se encuentran alejados del cauce del río Tíetar, a una altitud que oscila entre los 917 y los 374 m s.n.m. Su diferente emplazamiento determina su acceso a una diversidad de recursos agropecuarios, con un predominio de los forestales y pastizales en el caso de los asentamientos situados en alto, como se puede observar en el análisis del territorio de explotación del Castillejo de Chilla (fig. 5.17). En cuanto al tamaño de estos núcleos, destaca la extensión del *oppidum* de El Raso (fig. 5.16). Como se puede observar en el mapa de la fig. 5.10, su distribución es muy concentrada, aunque es muy posible que esto se deba a la diferente cronología (dentro del Hierro II) de alguno de los poblados. Así, Fernández Gómez y otros (1986-87: 270) han planteado el traslado de la población desde el yacimiento sin amurallar de El Castañar al sitio fortificado de El Raso, a finales del s. III a.C. Asimismo, Sánchez Moreno (2000b: 102) ha propuesto un desarrollo parecido para las estaciones ubicadas en el término municipal de Villanueva de la Vera: un enclave abierto y en el llano (Cañada de Pajares), reemplazado hacia finales del s. III o inicios del II a.C. por un lugar defensivo (Castrejón).

i) Ríos Jerte-Alagón:

En la cuenca del río Alagón se ha planteado la existencia de una serie de núcleos que controlarían puntos estratégicos, como la vía de acceso a la Meseta Norte a través del Valle del Jerte (Martín Bravo 1999: 209). Uno de estos núcleos sería el de Villavieja (Casas del Castañar, Cáceres), un asentamiento fortificado de 40 ha que solo ha deparado unos pocos fragmentos de cerámica a torno (Martín Bravo 1999: 132-133). Pero el notable parecido que presenta este sitio con respecto al Castillo Viejo de Valero (Salamanca), levantado posiblemente entre los siglos VIII y XII d.C. (Santonja et al. 1986-87: 372), nos lleva a situarlo también en un momento medieval. No obstante, disponemos de otros dos poblados controlando el acceso al puerto de Tornavacas: El Berrocalillo (Plasencia, Cáceres) y El Camocho (Malpartida de Plasencia, Cáceres). De igual modo, el yacimiento del Cabezo Castillo (Valdelamatanza, Salamanca) estaría controlando el acceso al puerto de Béjar. En esta región regada por el río Alagón los enclaves prerromanos ocupan de manera preferente cerros y sierras (fig. 5.15), fácilmente defendibles, en entornos donde predominan los pastizales (Reher Díez 2009: 246-250). Se localizan a una altitud que oscila entre los 783 y los 318 m s.n.m. y su tamaño varía considerablemente (fig. 5.16). En cuanto a la distancia con respecto al vecino más próximo, es de 12 km entre El Camocho y El Berrocalillo, y de 13 km entre El Zamarril (Portaje, Cáceres) y El Períñuelo (Ceclavín, Cáceres).

En definitiva, los patrones que acabamos de comentar permiten esbozar las características fundamentales del poblamiento del Hierro II en el occidente de la Meseta: 1) en el suroeste de la cuenca del Duero, entre los ríos Tormes

y Voltoya-Eresma la población se concentraría en esta fase en una serie de grandes núcleos, bastante distanciados entre sí, que serían el resultado de los procesos de sinecismo llevados a cabo en esta zona durante la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro. 2) Estos asentamientos de grandes dimensiones (≥ 10 ha) u *oppida* (fig. 5.18), carecen casi por completo de alquerías o estaciones subordinadas, al contrario de los que sucede, por ejemplo, en la Europa Templada (Wells 1988; Audouze y Buchsenschutz 1989),

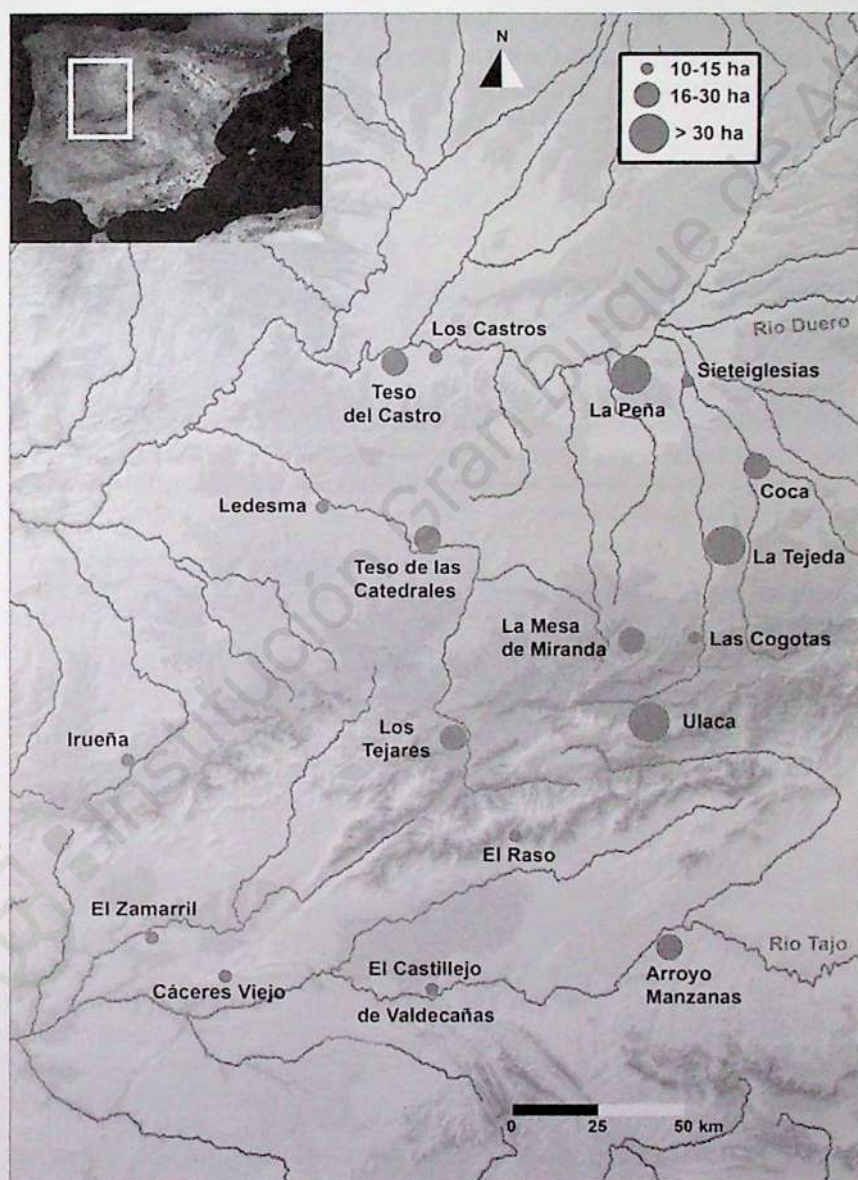


Fig. 5.18. *Oppida* de la Meseta Occidental.

en el valle medio del Ebro (Burillo Mozota 2007) o en la zona mediterránea peninsular (Ruiz y Molinos 1993). 3) En el resto del área de estudio predominan los poblados fortificados de menor tamaño (< 6 ha) o castros, muchos de los cuales son fundaciones *ex novo* realizadas a lo largo del cauce de los ríos Huebra, Águeda, Jerte y Alagón, en un proceso de colonización de nuevos espacios similar al descrito para el Hierro I (Blanco González 2010c: 105). 4) En las zonas colonizadas de los valles del Águeda y del Alagón aparecerán también, en un momento tardío de la Segunda Edad del Hierro (ss. II-I a.C.), yacimientos de dimensiones considerables u *oppida* (Iruña y El Zamarril). 5) El mayor tamaño (y población) de los sitios del Hierro II en el área de estudio, se refleja en un aumento general de la superficie media de los enclaves de este periodo con respecto a los de la Primera Edad del Hierro, entre aproximadamente un 72%, en el caso del suroeste de la Meseta Norte (fig. 5.19), y un 40% en el valle medio del Tajo (fig. 5.20).

	Soto Pleno	Hierro II
Altitud media	804	820
Superficie media	6,55	11,24
Emplazamiento preferente	Espigón	Cerro r.
Cauce fluvial	Principal	Principal

Fig. 5.19. Características fundamentales del poblamiento del Soto Pleno y de la Segunda Edad del Hierro en el suroeste de la cuenca del Duero. Elaborada a partir de los datos del anexo I.

	Hierro I	Hierro II
Altitud media	418	528
Superficie media	3,72	5,22
Emplazamiento preferente	Cerro/cerro r./sierra	Cerro/cerro r.
Cauce fluvial	Principal/secundario	Secundario

Fig. 5.20. Tabla con las características básicas del poblamiento del Hierro Antiguo y del Hierro Pleno en el valle medio del Tajo, elaborada a partir de los datos contenidos en el anexo I.

Estos patrones de poblamiento se verán truncados por la conquista y el posterior control efectivo de la Meseta Occidental por parte de Roma, que a partir de la segunda mitad del siglo I a.C. impuso cambios profundos en los modelos de ocupación de este territorio. En este momento se fundaron una serie de núcleos urbanos de nueva planta como Ávila (*¿Obila?*) (Fabián García 2007: 98; Ruiz Entrecañales y Cabrera González 2017), Ciudad Rodrigo (*¿Mirobriga?*) (Martín Valls 1976: 384), Talavera de la Reina (*¿Caesarobriga?*) (Urbina 2001: 24) o Talavera la Vieja (*¿Augustobriga?*) (Urbina et al. 1994: 271), que albergarían a las gentes provenientes de los antiguos asentamientos indígenas localizados en sus cercanías. Desde estos enclaves urbanos *ex novo* y otros preexistentes que continuarían habitados, como Coca (Cauca),

Salamanca (*Salmantica*) o Ledesma (*Blētisama?*), Roma impulsará la ocupación efectiva y la explotación de zonas de alto valor agrario a través del establecimiento de una serie de villas (*villae*) y de otros núcleos rurales dispersos (p. ej. Ariño Gil 2006; Blanco González et al. 2009; 279).

5.6. ESTRUCTURAS DEFENSIVAS Y URBANISMO

5.6.1. Los sistemas defensivos: murallas, fosos y campos de piedras hincadas

Durante la Segunda Edad del Hierro se produce un aumento considerable del número de núcleos que presentan elementos defensivos artificiales. En el suroeste de la cuenca del Duero los poblados fortificados constituyen el 65% de los enclaves conocidos, mientras que al sur del Sistema Central suponen el 80%. Por tanto, en este último ámbito se duplica el porcentaje de sitios amurallados con respecto a la fase anterior. A pesar de ello, continúa habiendo asentamientos abiertos de pequeño tamaño, a los que hay que sumar cuatro *oppida* sin fortificaciones visibles (Teso del Castro, La Peña, La Tejecla y Arroyo Manzanas).

En la Meseta Occidental los castros y *oppida* del Hierro II se dotan de murallas levantadas con la piedra que les proporciona el entorno en el que se ubican, en la mayoría de los casos el granito, aunque también se emplea la cuarcita (p. ej. en El Camocho), la pizarra (p. ej. en El Zamarri) o la arenisca (en el Teso de las Catedrales). Como excepción se puede citar el reciente hallazgo de la muralla de Coca, compuesta por un zócalo de lajas de pizarra y cuarcita y un alzado de adobes (fig. 5.21) (Blanco García 2014a; 2015a;



Fig. 5.21. Muralla de la Segunda Edad del Hierro de Coca (según Blanco García 2015b: 38).

b; 2018: 82-90). La técnica constructiva de las murallas de la Segunda Edad del Hierro en nuestra zona de estudio es bastante uniforme: dos paramentos, uno exterior y otro interior, de mampostería en seco bien ajustada, con un relleno de piedras más pequeñas dispuestas horizontalmente (p. ej. Martín Valls 1998: 169; Martín Bravo 1999: 210; Sánchez Moreno 2000b: 78; Álvarez-Sanchís 2003c: 133; Bonnaud 2005b: 221). Pero, en algunas estaciones, a este esquema básico se le unen soluciones particulares como el doble muro adosado al exterior de Las Cogotas y al torreón occidental de la puerta sur de Las Merchanas (Cabré Aguiló 1930: 30; Benet y López Jiménez 2008: 174), o el paramento interno levantado entre el paramento exterior y el interior en Yecla la Vieja y Castillo de Saldañuela (Martín Valls 1985: 109-110). En El Raso son las torres las que parecen realizadas mediante paramentos contiguos (Fernández Gómez 1986: 506), así como el ángulo sureste de la muralla (Fabián García 2015: 28). En La Mesa de Miranda, a partir de las informaciones proporcionadas por Cabré *et al.* (1950: 23-28), también se ha planteado la existencia de tres paramentos en sus dos primeros recintos, pero lo que se ha documentado en los modernos trabajos de limpieza y restauración llevados a cabo en el yacimiento ha sido la existencia de una antemuralla, es decir, una especie de escalón externo a menor altura que precede a la muralla propiamente dicha. Este peculiar complemento defensivo se encuentra en zonas de especial importancia, como el lienzo sur del primer recinto y la torre sur del segundo (Fabián García 2005a: 47-48; 2006b: 69-74; 2006c: 34-39). Tradicionalmente, los paramentos múltiples se han considerado como una solución arquitectónica que evitaría el desmoronamiento de la muralla si a consecuencia de un ataque desapareciera el paramento exterior, pero recientemente González-Tablas (2008b: 143; 2009) ha señalado que, al menos en Las Cogotas y La Mesa de Miranda, este fenómeno respondería a remodelaciones de los muros, a añadidos realizados en un momento diferente al de la construcción de la muralla original.

Si la técnica constructiva es más o menos similar, no sucede lo mismo con las dimensiones y la disposición de los bloques de piedra. Conforme fue avanzando el Hierro II, los sistemas constructivos se fueron haciendo más complejos, como queda evidenciado en La Mesa de Miranda. En los lienzos y puertas del primer y segundo recinto las piedras utilizadas tienen una longitud de unos 20 a 40 cm y están colocadas sobre uno de los lados mayores, formando hiladas horizontales (Cabré Aguiló *et al.* 1950: 27). Por su parte, la cara interna de la torre sur (F) del segundo recinto cuenta con varias hiladas de grandes bloques bastante regulares, de 1,30 x 0,60 x 0,60 m en algunos casos, asentados sobre una de sus bases mayores (*ibid.*: 28). Finalmente, la muralla del tercer recinto y, sobre todo, el denominado «cuerpo de guardia» conservan un espectacular aparejo ciclópeo formado por bloques que alcanzan unas dimensiones de 1,90 x 1 x 0,20 m (*ibid.*: 27-28). En algunas ocasiones estos bloques están colocados sobre uno de sus lados mayores, pero otras veces están asentados sobre una de las bases menores. El «cuerpo de guardia»

está compuesto por un lienzo rectilíneo de bloques regularizados con muescas angulares en su parte superior para albergar nuevos bloques, que servían de ensamble y trabazón (Cabré Aguiló et al. 1950: 27-31; Álvarez-Sanchís 2007c: 239 y 244).

Generalmente la muralla se apoya directamente sobre la roca natural, por lo que carece de cimentación, aunque en Las Cogotas algunos tramos descansan sobre una o dos hiladas de adobes (Cabré Aguiló 1930: 37) o sobre escombros (González-Tablas Sastre 2009: 68-71). Su anchura es de 4 a 8 m por término medio (Álvarez-Sanchís 2003c: 133), aunque es muy voluble, ya que, por ejemplo, en Las Cogotas varía entre 2,50 y 10,70 m, en Las Merchanas entre 1,50 y 6 e incluso 8 m y en Yecla la Vieja entre 3 y 14 m (Cabré Aguiló 1930: 31; Maluquer de Motes 1968: 104; Martín Valls y Romero Carnicero 2008: 233). Lógicamente, los sectores más engrosados se encuentran en las zonas más expuestas a posibles ataques, como puertas y lienzos situados en zonas de fácil acceso. En los ámbitos occidental y meridional de nuestra área de estudio (provincias de Zamora, Salamanca y Cáceres) es muy común que el muro presente un marcado talud, al menos la cara externa (Martín Bravo 1999: 211). Sobre la altura que pudieron alcanzar las murallas en la Meseta Occidental, cabe recordar los 6 metros de alzado conservado en Los Castillos de Gema o los 4 metros de altura de algunos tramos de la muralla del Picón de la Mora. Álvarez-Sanchís (2003c: 133), a partir de una cita de Apiano (B.C. 1,112) sobre el incendio de la muralla de *Pallantia* en el año 74 a.C. tras el asedio de la ciudad por parte de Pompeyo, propone que el remate de las murallas, sobre todo en las puertas, estuviera construido en madera, con una empalizada o postes entrelazados con ramas y palos. Pero, como él mismo reconoce, no se puede descartar que el remate se hubiera realizado en adobe.

El trazado sinuoso de las murallas se adapta perfectamente a la topografía del terreno, aunque a finales de la Edad del Hierro aparecerán lienzos rectilíneos (*ibid.*: 164). En ocasiones, el paramento tiene engrosamientos curvilíneos a modo de bastiones, especialmente en torno a las puertas principales. En un momento avanzado de la Edad del Hierro se levantarán torres de planta rectangular (Álvarez-Sanchís 2003c: 133 y 164; Berrocal-Rangel 2004: 51), como las presentes en La Mesa de Miranda, El Raso (fig. 5.22) o el Cerro de la Mesa. Con respecto a las puertas, en la Segunda Edad del Hierro se documentan los mismos tipos que en la fase precedente, aunque ahora serán los tipos en embudo y en esviaje los más comunes y no los vanos simples, que se reservan para poternas situadas en zonas alejadas de las entradas principales (Martín Bravo 1999: 211-212; Álvarez-Sanchís 2003c: 133 y 136). Asimismo, los recintos a lo largo del Hierro II seguirán respondiendo a los modelos documentados durante la Primera Edad del Hierro: a) recinto único (el tipo mayoritario); b) recintos múltiples, generalmente adosados (Las Cogotas, La Mesa de Miranda...) pero también independientes (El Zamarri). Excepcionalmente pueden encontrarse dos cerros independientes fortificados, como parece ser el caso de Morros de la Novillada (Alcántara, Cáceres) (Martín Bravo 1999: 214).



Fig. 5.22. Muralla meridional del oppidum de El Raso y núcleo A de casas excavadas.

Como complemento a los recintos defensivos, en algunas ocasiones, se excavaron uno o varios fosos en las zonas más accesibles, como sucede, por ejemplo, en el Teso de las Catedrales de la capital salmantina, donde hasta ahora se ha documentado un foso excavado en el suelo natural en los sectores septentrional y oriental (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 94; Vaca Lorenzo 2012: 46). También se levantaron campos de piedras hincadas integrados por piedras puntiagudas de bordes cortantes, que suelen estar dispuestos en las áreas más vulnerables llegando en numerosas ocasiones hasta la base de la muralla (Esparza Arroyo 2003: 157; Ruiz Zapatero 2003b: 18). En nuestra zona de estudio los núcleos que presentan este tipo de elemento defensivo se distribuyen en torno al Valle Amblés y los ríos Huebra y Águeda (Esparza Arroyo 2003: fig. 1). En el primer recinto de La Mesa de Miranda (fig. 5.23), Picón de la Mora y La Plaza (Gallegos de Argañán, Salamanca) se produce la asociación de piedras hincadas y fosos (*ibid.*: 157). La interpretación tradicional de este peculiar sistema defensivo defiende que fue diseñado contra ataques de caballería (p. ej. Gómez-Moreno 1904: 149; Harbison 1971: 220). Pero, al margen de que posiblemente la verdadera caballería no existió antes del s. IV a.C. en las zonas del interior peninsular y hay campos de piedras hincadas documentados en la Primera Edad del Hierro (Esparza Arroyo 2003; 2011; Romero Carnicero 2003), la idea de unos jinetes cargando contra una muralla carece de sentido (Quesada Sanz 2003: 92). Por ello, otros autores siguiendo el



Fig. 5.23. Campo de piedras hincadas localizado junto a la puerta suroccidental del primer recinto de La Mesa de Miranda.

trabajo de Moret (1991: 12) sostiene que la función de esta barrera defensiva sería la de entorpecer un ataque más o menos organizado de infantería (p. ej. Álvarez-Sanchís 2003c: 136). Por su parte, Esparza (2003: 173-174), a partir del hallazgo de esculturas zoomorfas en algunos campos de piedras hincadas, ha sugerido que este sistema defensivo podría estar cargado de un contenido simbólico de protección y prestigio de la comunidad que lo levantó.

5.6.2. El urbanismo: organización interna y espacio periurbano de los castros y *oppida*

La creciente complejidad de los sistemas defensivos discurrirá en paralelo al proceso de urbanización que experimentarán los principales enclaves del occidente de la Meseta a lo largo de la Segunda Edad del Hierro. Este proceso, impulsado posiblemente por un incremento significativo de la población (González-Tablas Sastre 2009: 77), puede vislumbrarse, por ejemplo, en los cambios urbanísticos acontecidos en sitios señeros como Las Cogotas y La Mesa de Miranda (fig. 5.24):

1) En Las Cogotas, tras la importante ocupación del Bronce Final y la más difusa del Hierro I, se ha planteado la construcción durante los momentos iniciales del Hierro Pleno del recinto amurallado superior, de unas 6,5 ha según

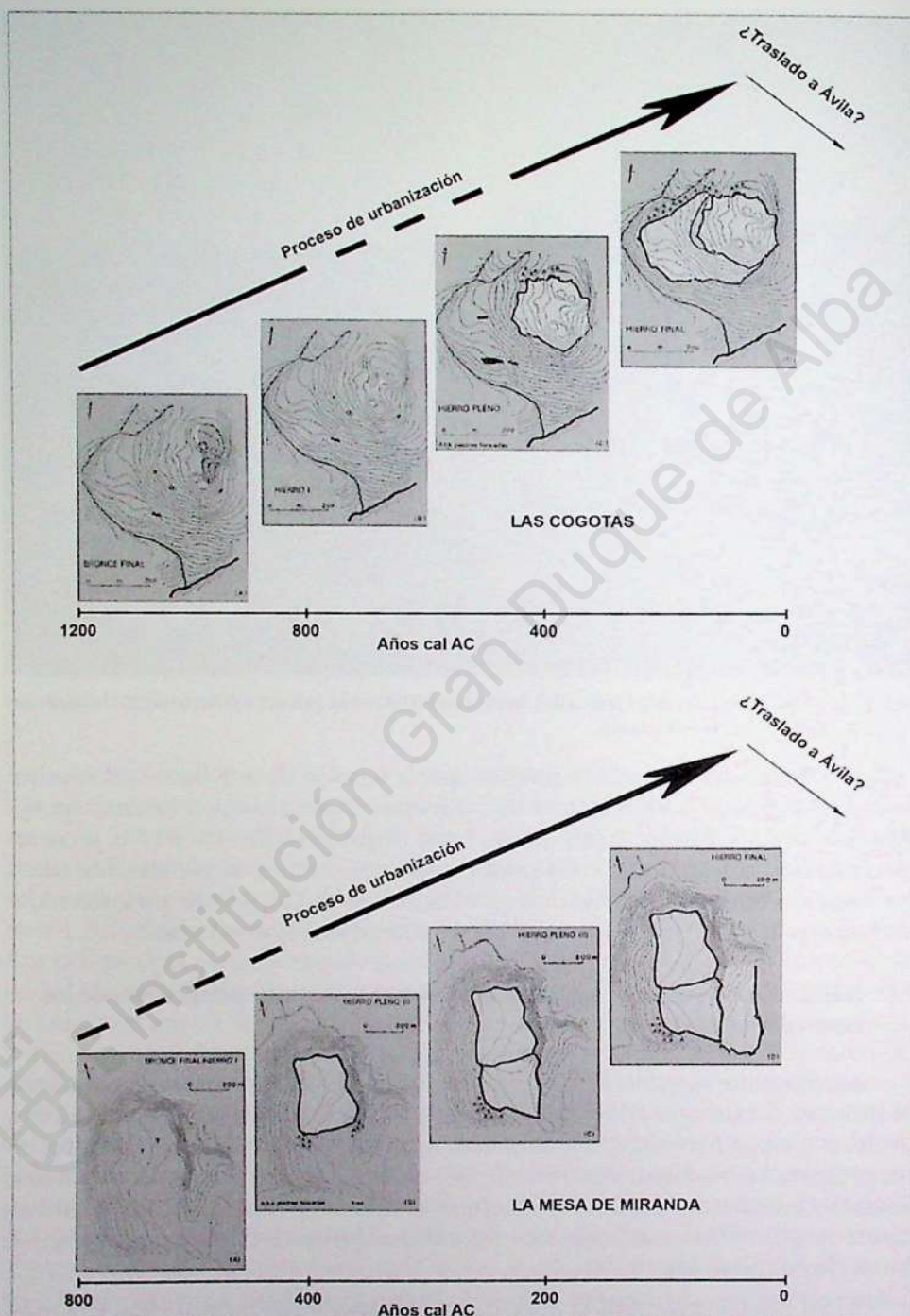


Fig. 5.24. Modelo de los procesos de urbanización de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (dibujos de las diferentes fases de ocupación de ambos yacimientos según Álvarez-Sanchís 2006: 37 y 38).

las medidas proporcionadas por Cabré (1930: 29), fuera del cual quedaría un foco de actividades secundarias situado al suroeste. Este foco sería fortificado en una fecha cercana al tránsito entre los ss. III y II a.C. o a comienzos de esta última centuria, incluyendo en su interior un alfar y un secadero de adobes, por lo que en este momento el poblado alcanzó su máxima extensión (14,5 ha) (Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995; Álvarez-Sanchís *et al.* 1998; Álvarez-Sanchís 1993b: 266-269; 2003c: 151-156 y 162-163; Ruiz Entrecanales 2005: 13-14).

2) La secuencia de La Mesa de Miranda parece comenzar hacia el siglo IV a.C., con el levantamiento del primer recinto amurallado, que ocupa una extensión de casi 12 ha (Molinero Pérez 1933: 425; Cabré Aguiló *et al.* 1950: 15). Este núcleo primigenio, según González-Tablas (2011b: 124), habría surgido a partir de la población que paulatinamente fue abandonando Los Castillejos de Sanchorreja (situado a 9,3 km en línea recta). En algún momento impreciso del Hierro Pleno se construyó un segundo recinto de unas 7 ha, adosado al primero por el sur. Finalmente, en la primera mitad del siglo II a.C. se erigió el tercer recinto (10,5 ha) al este del anterior (Martín Valls 1985: 129; 1986-87: 81-82; Álvarez-Sanchís 2003c: 162; 2007c: 244; Fabián García 2005a: 38-39; González-Tablas Sastre 2009: 77). Esta última fortificación invade un sector de la necrópolis de La Osera, cuyo final se ha situado recientemente hacia el 200 a.C. (Baquedano Beltrán 2016: vol. I: 470-471).

De todos modos, hay que tener en cuenta que el proceso de urbanización de los *oppida* de la Meseta Occidental pudo no ser tan lineal como queda reflejado en los gráficos de la fig. 5.24, sino que pudo haber procesos cíclicos de urbanización-«desurbanización»-«reurbanización», como los documentados en Europa Central a lo largo de la Edad del Hierro (Salač 2014; Fernández-Götz 2018: 126 y ss.), sobre todo en aquellas estaciones con una dilatada secuencia de ocupación como Las Cogotas.

Como hemos visto ya, las primeras ciudades u *oppida* del occidente meseteño surgieron mediante procesos de sinecismo, lo que supone que en esos novedosos núcleos urbanos sus habitantes tuvieron que aprender a convivir con personas procedentes de otras aldeas. Esto conllevaría entre sus moradores cambios «en la percepción del entorno, de la sociedad, de la comunidad y del individuo mismo» (González Ruibal 2006-07: 373) y dificultaría aún más la gestión del espacio interior de estos asentamientos, ya de por sí complicada por la reunión en los mismos de volúmenes de población desconocidos hasta ese momento en nuestra área de estudio. Para González Ruibal (*ibid.*: 378), la forma en que se estructura el espacio construido de los *oppida* supone una materialización de los nuevos principios de orden social que rigen en las comunidades que levantan dichos enclaves. En este sentido, acudiendo a la terminología de Foucault (1979: 155), los *oppida* constituyen una nueva «tecnología de poder», «que permitió articular una ideología más jerárquica y centralizadora» (González Ruibal 2008a: 922). Así, en estos lugares centrales se disciplina y divide el espacio por medio de calles o caminos principales y

vías secundarias o muros divisorios. De este modo, se configuran una serie de ínsulas donde se sitúan los diferentes conjuntos de habitación, aunque en la Meseta Occidental no contamos con un urbanismo tan ordenado como el que caracteriza, por ejemplo, a las ciudades del valle medio del Duero (Olmo Martín y San Miguel Maté 1993; Olmo Martín 2006; Sacristán de Lama 2010: 134-137; 2011: 192-196).

En el Teso de las Catedrales la excavación realizada en el solar del antiguo Colegio Trilingüe exhumó una serie de construcciones domésticas que nos permiten intuir una trama urbana de viviendas adosadas, dispuestas de forma un tanto desordenada (Alario García y Macarro Alcalde 2007: 226; Macarro Alcalde y Alario García 2012: 96-97). En Las Cogotas no parece haber existido un plan ordenado de manzanas, ni calles, aunque hay algunas casas agrupadas en la cara interna de la muralla y una serie de caminos interiores (fig. 5.25) (Cabré Aguiló 1930: 37), que al menos en el caso del que atraviesa el segundo recinto estaría enlosado (Mariné y Ruiz Zapatero 1988: 51; Álvarez-Sanchís 1993b: 269). Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís (1995) han propuesto la existencia de diferentes áreas funcionales y sociales en este *oppidum* (fig. 5.26). Así, para estos autores el recinto superior estaría destinado a zona residencial de la élite, mientras que el recinto inferior albergaría a la población común que vivía intramuros, así como instalaciones artesanales (alfar y secadero de adobes), un basurero y rediles para el ganado. Pero, si bien contamos con indicios suficientes sobre la distinta funcionalidad de las áreas del poblado, no sucede lo mismo con la supuesta diferenciación social, basada fundamentalmente en un comentario de Cabré (1930: 20) sobre la presencia en las viviendas situadas junto a la entrada principal del primer recinto de ajuares domésticos más ricos. Sin embargo, el propio Cabré (*id.*) señala la existencia de casas de «mayor pobreza» diseminadas por este recinto superior y, además, como indica Fernández-Posse (1998: 189), resulta sorprendente que en la propuesta de Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís la zona ocupada por la élite sea más extensa que el área destinada al resto de la población.

En Ulaca, a pesar de la ausencia de excavaciones en extensión, se puede vislumbrar perfectamente la organización interna, estructurada a partir de una serie de caminos en torno a los cuales se disponen una parte de las viviendas (fig. 5.27). Hasta el momento se han reconocido más de 250 casas repartidas por distintos puntos de la ciudad, así como otras estructuras de carácter monumental, lugares dedicados a la extracción de piedra y posibles encerraderos para el ganado (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999; Álvarez-Sanchís 2003c: 139 y ss.; 2011c; Ruiz Zapatero 2005a; Álvarez-Sanchís *et al.* 2008). Las diferencias observadas entre las distintas viviendas han propiciado que en este yacimiento también se haya propuesto la existencia de unas zonas destinadas a residencia de la élite y otras que albergarían casas y talleres pertenecientes al resto de la población (Álvarez-Sanchís 2003c: fig. 53), aunque lo cierto es que hay viviendas modestas dispersas por todo el enclave (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 39; Álvarez-Sanchís 2003c: 139).

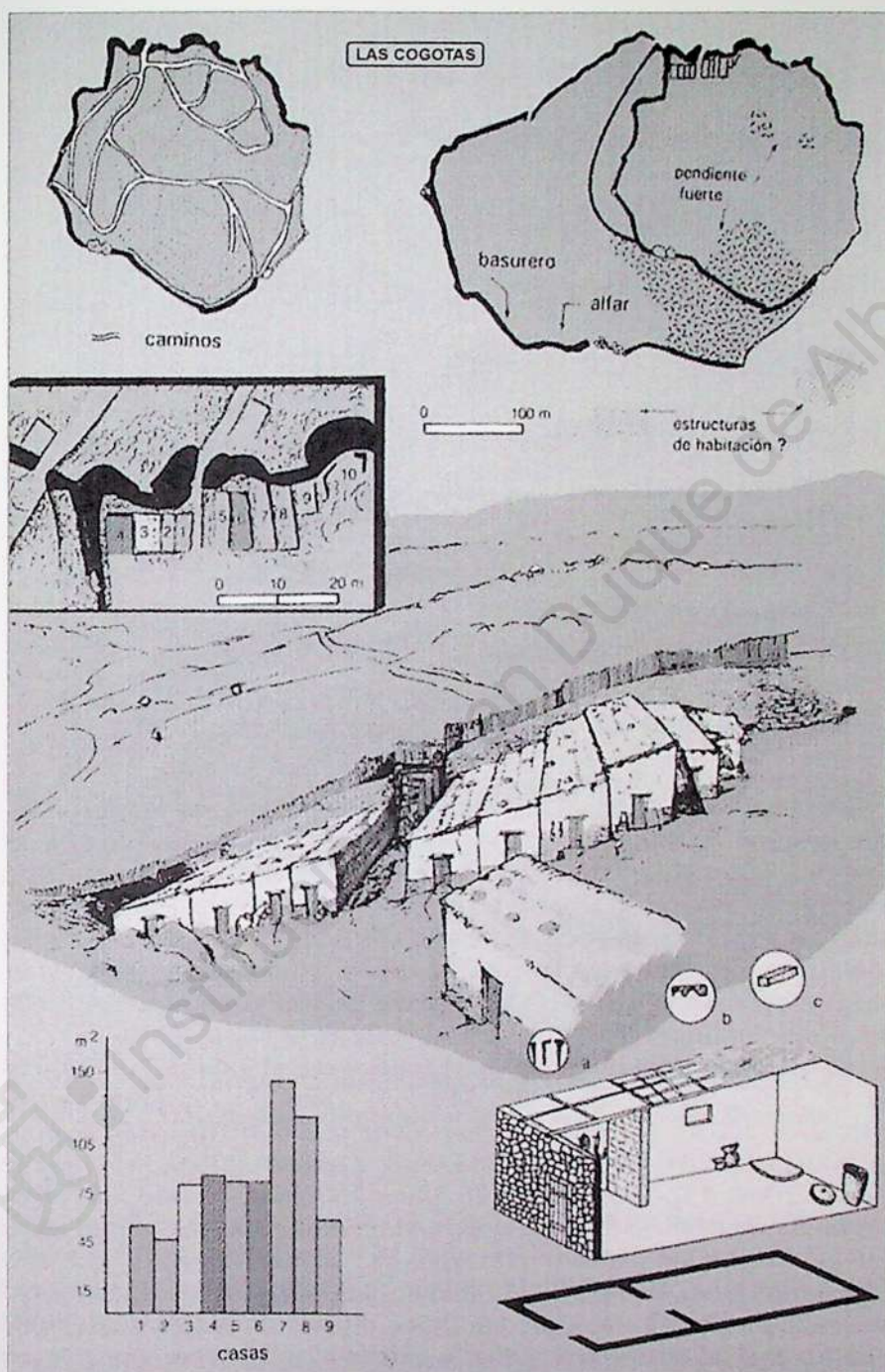


Fig. 5.25. Organización interna de Las Cogotas, planta y superficie interna de las casas excavadas por Cabré junto a la puerta principal del primer recinto y reconstrucción ideal de las mismas (según Álvarez-Sanchís 2006: 12, modificado).

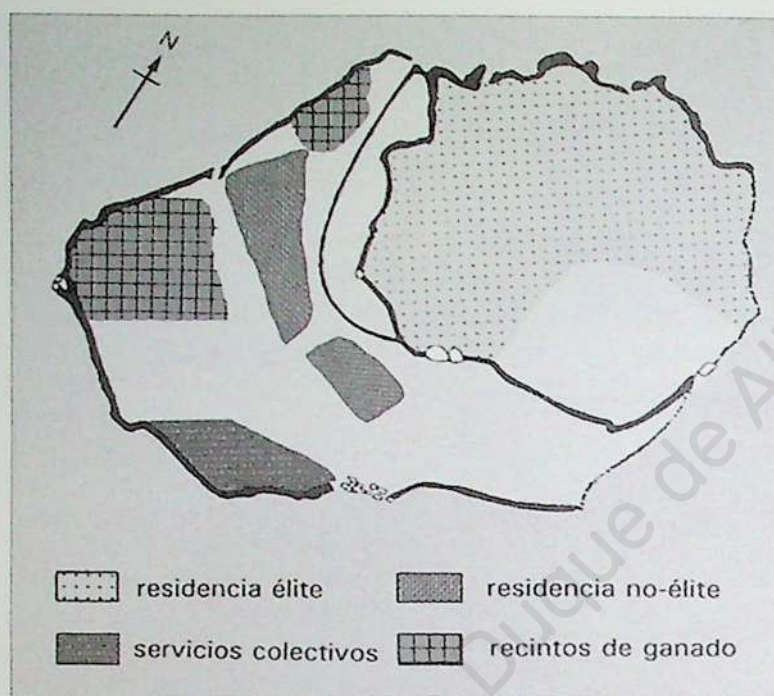


Fig. 5.26. Áreas funcionales del *oppidum* de Las Cogotas (según Álvarez-Sanchís 2006: 20, modificado).

En el sector noroccidental del *oppidum* se ha planteado la existencia de un área sacra o *nemeton* formada por un santuario y una sauna ritual, separados entre sí unos 140 m en línea recta (Álvarez-Sanchís 2003c: 147-150). El emblemático santuario de Ulaca está compuesto por dos estructuras bien delimitadas pero que forman parte del mismo conjunto: una estancia rectangular de 16 x 8 m excavada parcialmente en la roca y una gran peña de granito con dos escaleras paralelas labradas y cuatro cavidades de distintos tamaños comunicadas entre sí. Esta peña, conocida como el «altar de los sacrificios» (Gómez-Moreno 1983 [1901]: 21-22; Lantier y Breuil 1930: 212-213; Posac Mon 1953: 67; Martín Valls 1985: 116-117; 1986-87: 71; Álvarez-Sanchís 1993b: 275; 2003c: 147-151; Sánchez Moreno 2000b: 107-109; Marco Simón 2004: 282-284; 2008: 282-283; Ruiz Zapatero 2005a: 15-19; Pérez Gutiérrez 2009: 152-156; 2010: 136-138 y 180-191), ha sido interpretada como un monumento sacro a partir de una serie de paralelos, el más conocido de los cuales es el santuario portugués de Panoias (Vila Real), que ofrece inscripciones latinas del siglo III d.C. que nos informan sobre los sacrificios de animales realizados en ese lugar. En dichos rituales las entrañas de las víctimas se quemaban en nichos o cubetas mientras la sangre se vertía en otras oquedades similares, al tiempo que se rendía culto a las divinidades (Alföldy 1995; 1997; Rodríguez Colmenero 1999). Además, los recientes estudios arqueoastronómicos realizados por Pérez Gutiérrez (2009: 154; 2010: 187) han

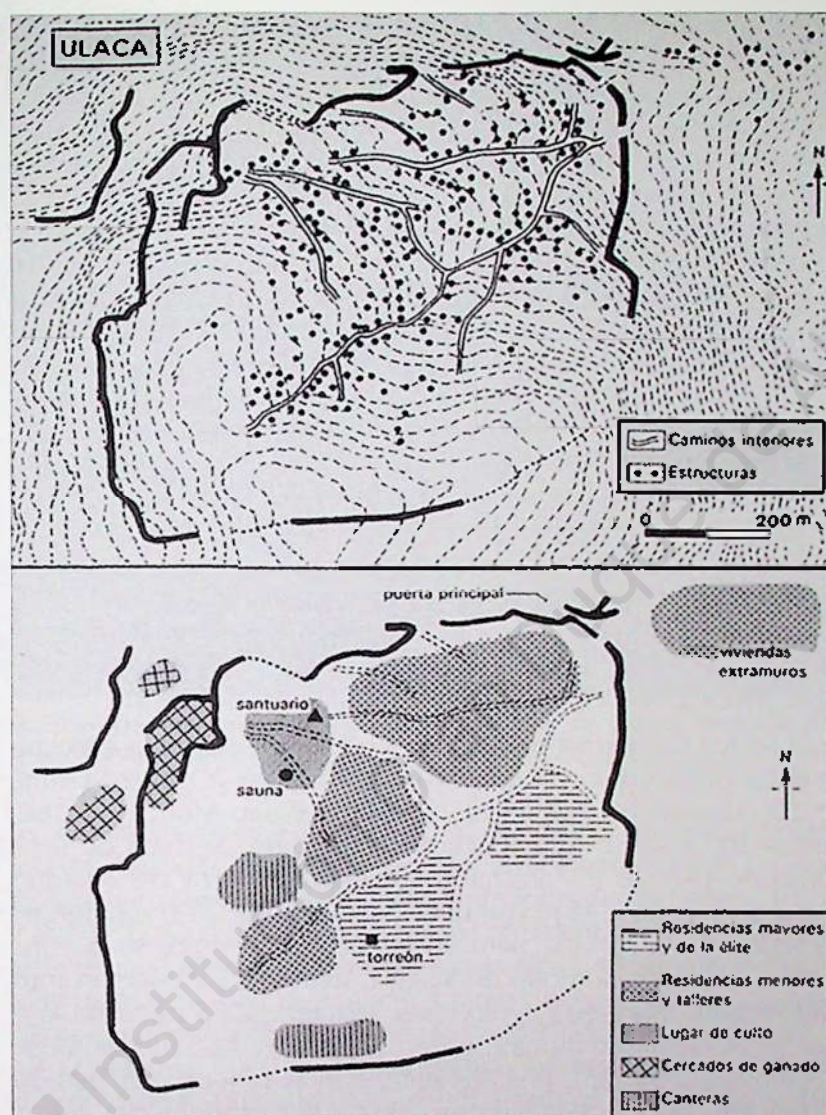


Fig. 5.27. Vías interiores y organización interna de Ulaca (según Álvarez-Sanchis 2006: 33).

revelado que la pendiente media de la escalera exterior del altar coincide con la altura del sol, a su paso por el Risco del Sol de la Sierra de la Paramera, en el solsticio de invierno, por lo que en ese momento la escalera quedaría totalmente en sombra.

La sauna de Ulaca, tradicionalmente considerada una fragua, está tallada parcialmente sobre un berrocal de granito, ocupa una superficie de unos 15 m² y está compartimentada en tres pequeñas habitaciones orientadas de oeste a este: la más occidental sería una «antecámara», a continuación hay

una pequeña «cámara» con dos bancos enfrentados labrados en la roca y, por último, estaría el «horno». En el muro que separa la «cámara» del «horno» hay labrada en la roca una abertura en forma de arco de medio punto (Almagro-Gorbea y Moltó 1992: 72-74; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993; Álvarez-Sanchís 1993b: 275 y figs. 8-10). Esta estructura se encuentra dentro de un recinto murado de 32 x 24 m (Álvarez-Sanchís 2003c: 150) y ha sido interpretada como una sauna a partir de un texto de Estrabón (III,3,6) y de los paralelos disponibles, sobre todo, las saunas o «pedras formosas» del noroeste peninsular (Almagro-Gorbea y Moltó 1992; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993; González Ruibal 2004: 130-133; 2006-07: 570-579; García Quintela y Santos-Estévez 2015; García Quintela 2016; Prociuk 2019). Asimismo, se ha relacionado con ritos de iniciación de cofradías de guerreros (Almagro-Gorbea y Moltó 1992; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993), aunque recientemente se ha planteado su uso en ritos que posibilitarían la inserción de los guerreros en la comunidad, como ciudadanos pacíficos, a su regreso de la batalla (García Quintela 2016: 126). En cualquier caso, se trataría de un espacio de uso restringido para los guerreros y, por tanto, vedado a la mayor parte de la población (González Ruibal 2006-07: 382 y 575-576), frente a estructuras de carácter comunal como el santuario (Almagro-Gorbea y Berrocal-Rangel 1997: 583). De este modo, la sauna supone una representación del poder alcanzado por el grupo dominante en Ulaca.

En el sector meridional de la ciudad contamos con otra estructura monumental conocida como «la Iglesia» o «el Torreón» (Gómez-Moreno 1983 [1901]: 20; Lantier y Breuil 1930: 212-213; Posac Mon 1953: 66; Álvarez-Sanchís 2003c: 150; Ruiz Zapatero 2005a: 28). Se trata de un edificio rectangular de 14 x 10 m construido con gran aparejo y delimitado por un recinto murado de 70 x 48 m. Lantier y Breuil (1930: 213) sugirieron un uso público para esta estructura, pero en los últimos tiempos se ha propuesto una función defensiva, a modo de atalaya, debido a su posición estratégica y a la importante altura que debió tener, vislumbrada a partir de la elevada cantidad de bloques que forman su derrumbe (Álvarez-Sanchís 2003c: 150; Ruiz Zapatero 2005a: 28). Precisamente, con el objetivo de determinar la posible funcionalidad de esta construcción, se han emprendido desde el año 2017 una serie de actuaciones de limpieza superficial, prospección geofísica y excavación en esta zona del *oppidum* (fig. 5.28) (<https://www.facebook.com/proyectoUlaca/>).

En El Raso existen algunas diferencias entre los distintos núcleos excavados (A, B-D y C) (fig. 5.29). El núcleo A está compuesto por cuatro viviendas adosadas dispuestas de modo regular a lo largo de una calle a la que abren sus puertas, mientras que las casas del núcleo B-D se distribuyen de manera más irregular. Por su parte, el núcleo C presenta una mayor regularidad que el B-D pero sin alcanzar la disposición tan ordenada del A (Fernández Gómez 1986: 496-497). En cualquier caso, existe en todos ellos una tendencia clara a adosar las viviendas unas a otras, formando manzanas de hasta una docena



Fig. 5.28. Excavación del derrumbe exterior del “Torreón” de Ulaca y sondeo realizado en sus cercanías (campana de 2018).

de casas, separadas entre sí por calles o callejones. Su excavador interpreta la presencia de viviendas que comparten muros medianeros como un indicio de los lazos familiares existentes entre los moradores de las mismas (Fernández Gómez 2005: 27; 2011: 386-387). En este *oppidum* tampoco se ha constatado la presencia de barrios específicos para la élite, puesto que en las distintas áreas intervenidas se han descubiertos tanto casas de grandes dimensiones como de pequeño tamaño (Fernández Gómez 2011: 386). La excavación del núcleo B-D, de unos 5000 m², es la que más información ha aportado sobre el urbanismo de este poblado (fig. 5.29) (Fernández Gómez 1986: 161-278; 2011). En dicho núcleo se exhumaron 27 construcciones, la mayor parte de ellas viviendas, con sus correspondientes estructuras auxiliares y un total de 11 calles o callejones. Los habitantes de El Raso generalmente evitan que las puertas de sus casas den a las calles principales o frente a la entrada de la vivienda del vecino, por tanto, tratan de preservar su intimidad familiar, lo que en algunos casos les obligó a realizar cambios en la orientación de las casas (por ejemplo, en D8) (Fernández Gómez 2011: 393-394). En el núcleo B-D se ha podido documentar una de las calles principales del *oppidum*, que discurre al este del conjunto de viviendas exhumadas en dirección norte-sur (calles 4B y 6D), así como otra serie de calles secundarias que discurren en dirección este-oeste configurando las distintas manzanas y una plaza abierta a la calle principal, además de varios callejones (Fernández Gómez 1986: 267-

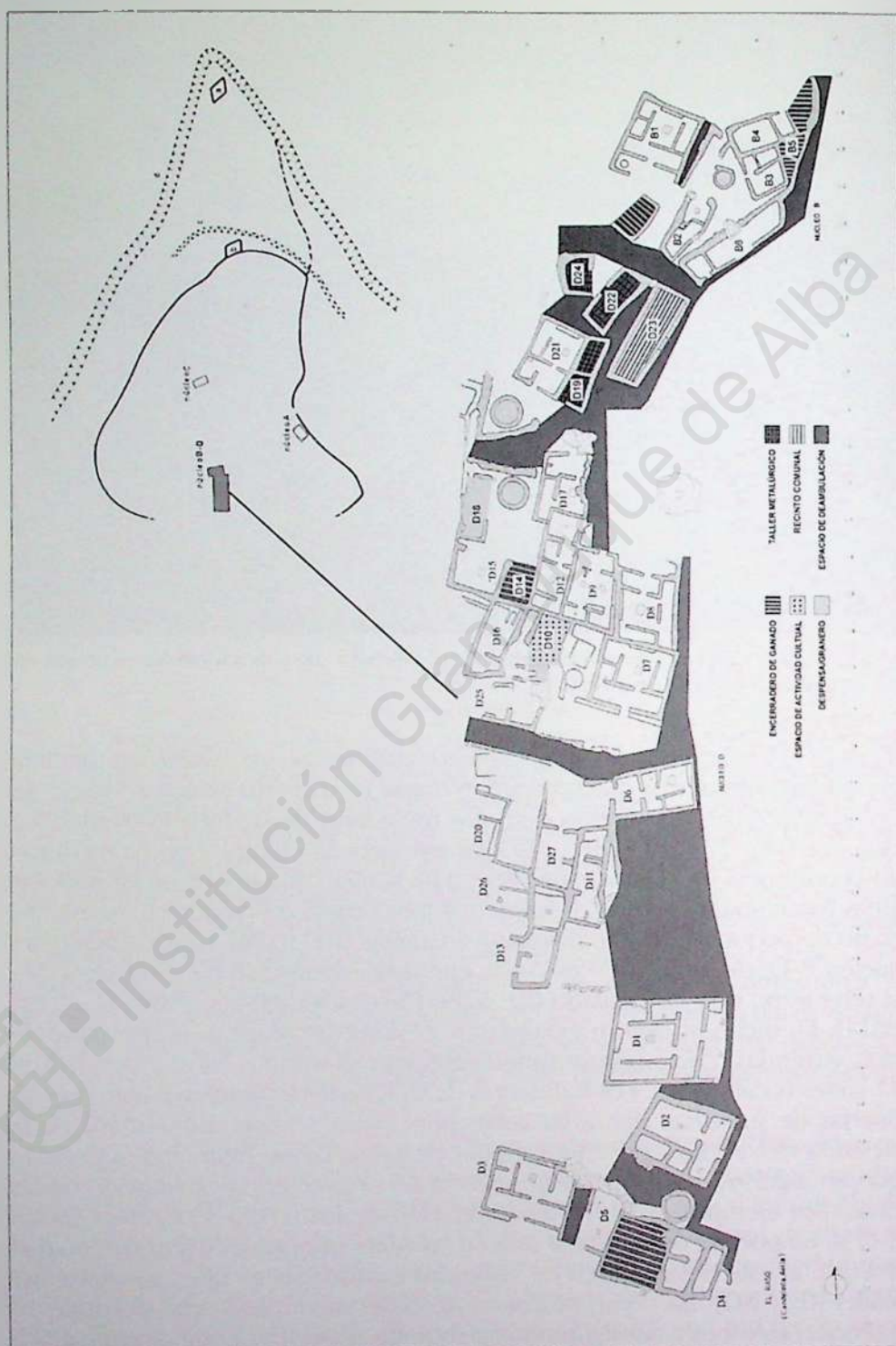


Fig. 5.29. Núcleo B-D de El Raso (modificado a partir de Fernández Gómez 2011: figs. 4 y 6).

278; 2011: 289-310). Asimismo, se han descubierto algunos muros de cierre de los diferentes conjuntos de habitación, compuestos por una o varias casas y, en algunas ocasiones, una serie de estructuras auxiliares, como despensas/graneros o posibles encerraderos de ganado. Además, su excavador ha planteado la existencia de varias construcciones dedicadas a labores metalúrgicas, de una estructura destinada a actividades culturales o de hechicería (D10) y de un recinto comunal (D23) (Fernández Gómez 2011: 381-386).

En nuestra área de estudio se ha planteado la existencia de otros santuarios, tanto situados en el interior de los asentamientos como extramuros, además del santuario urbano de Ulaca. Se trata en todos los casos de santuarios rupestres compuestos por peñas con entalladuras o escaleras talladas y/o una serie de oquedades (cubetas, pilas, cazoletas...), localizados en las provincias de Zamora, Salamanca, Ávila y Cáceres. Así, sin ánimo de ser exhaustivos, se ha propuesto la existencia de un santuario en el interior del castro de San Mamede/Peña Redonda (Gómez-Moreno 1927: 27; Benito del Rey et al. 1987), en El Castillo de Fariza, en el Teso de San Cristóbal, en la Virgen del Castillo de Pereña (Benito del Rey y Grande del Brío 1992; 2000), en las cercanías del Picón de la Mora (Mateos Leal et al. 2005-06; Sánchez Nicolás y Mateos Leal 2013; 2015; Mateos Leal 2016: 350-357), en la zona meridional del *oppidum* de Ulaca o en las inmediaciones de El Raso (Fabián García 2010). Pero, hay que ser prudentes a la hora de valorar este tipo de manifestaciones, ya que algunos de los santuarios propuestos pudieron pertenecer a momentos prehistóricos previos o incluso no tener tal funcionalidad (Sánchez Moreno 1997: nota 22; 2000b: nota 39; Álvarez-Sanchís 2003c: 147), como parece suceder en el caso del supuesto santuario localizado en el recinto superior de Las Cogotas (Soutou 1963; Bonnaud 2006: 197), cuyas oquedades se deberían más bien a la erosión natural (Martín Valls 1986-87: 71). En este sentido, aunque en los últimos años ha aumentado el interés por este tipo de estructuras (p. ej. Alfayé Villa 2009: cap. 7), todavía carecemos de una metodología que nos permita estimar su cronología aproximada y dilucidar los criterios a tener en cuenta a la hora de clasificar un sitio como santuario (Correia Santos 2010: 148-149). Recientemente, Martín Valls y Romero (2008: 249) han sugerido la hipótesis de que Yecla la Vieja fuera un santuario, frecuentado al menos desde el Bronce Final, cuyo carácter sagrado tendría su plasmación material primero en las peñas con grabados similares a los petroglifos gallegos, y después, posiblemente durante el Hierro II, en los sillares y peñas con insculturas representando caballos (Martín Jiménez 1919; 1922; Martín Valls 1973; 1983; Martín Valls y Romero Carnicero 2008). Otro caso especial sería el del santuario de Postoloboso, situado a unos 7 km en línea recta del *oppidum* de El Raso, del cual no se ha conservado construcción alguna de época prerromana o romana (en caso de que hubiera existido), pero sí una serie de aras latinas dedicadas al dios indígena *Vaelicus* (Fernández Gómez 1973; 1986: 879-905).

De igual modo, además de la sauna localizada en Ulaca se han documentado en nuestra zona de estudio otras dos construcciones similares: una

situada a 100 m al noreste del acceso al castro de San Mamede/Peña Redonda (Gómez-Moreno 1927: 27; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993: 187 y 252) y otra en las inmediaciones del *oppidum* de El Raso (Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993: nota 7). Por tanto, frente al ejemplar de Ulaca ubicado en el interior del poblado (aunque relativamente cerca de una puerta), ambas ocupan posiciones periféricas con respecto al asentamiento, lo que concuerda con su función social liminal.

Alrededor del núcleo amurallado podía haber otros elementos, como barrios residenciales o artesanales, escombreras y necrópolis (Sacristán de Lama 2011: 197). En la Meseta Occidental se ha planteado la existencia de arrabales en estaciones tan relevantes como Ulaca o Las Cogotas. En este último sitio Cabré (1930: 38-39; 1932: 11-12) menciona la excavación de una serie de casas extramuros, en las cercanías de la entrada principal, así como en el lado oriental y meridional del poblado (fig. 5.25), aunque no especifica su ubicación exacta ni los ajuares domésticos que contenían. En Ulaca se ha detectado una zona habitada al noreste del recinto fortificado (fig. 5.27) (Álvarez-Sanchís 2003c: 139), sin embargo, parece que ese sector estuvo también amurallado (Ruiz Zapatero 2005a: 24; Collis 2008: 65 y fig. 2). Asimismo, en Las Merchanas, el Picón de la Mora y El Castillejo de Valdecañas se han descubierto estructuras fuera de las murallas, pero existen dudas sobre su naturaleza y cronología (Maluquer de Motes 1968: 115; Martín Valls 1971: 131; Redondo Rodríguez y Esteban Ortega 1992-93: 170 y 174). En Salamanca capital, Plutarco (*Virt. Mul.*, 248e) menciona la existencia de un arrabal durante la toma de la ciudad por parte de Aníbal, que podría corresponderse con el ya por entonces barrio secundario ubicado en el Cerro de San Vicente (Macarro Alcalde y Alario García 2012: 92; Vaca Lorenzo 2012: 50). De modo similar, en Coca parece posible defender el carácter de «anejo», «barrio», «pedanía» o aldea satélite que habría adquirido el cercano enclave de la Cuesta del Mercado con respecto a la ciudad (Blanco García 2006a: 51; 2006b: 435 y 469).

La presencia de cenizales o escombreras en buena parte de los *oppida* del valle medio del Duero llevó a que fuera considerado un elemento distintivo de las estaciones de la región vaccea (San Miguel Maté 1993: 38). Con el descubrimiento de este tipo de vestigios al sur del Duero pasó a convertirse en un rasgo diferencial del poblamiento de la Meseta Norte (Álvarez-Sanchís 2003c: 151), pero en la actualidad conocemos también cenizales, vertederos o escombreras en la cuenca del Tago (provincias de Toledo y Cáceres) (Ongil Valentín 1991: 250; Redondo Rodríguez y Esteban Ortega 1992-93: 171-172; Chapa Brunet et al. 2013). Dentro de nuestra zona de estudio se han documentado, generalmente alrededor del núcleo urbano pero en algunos casos en el interior del mismo, extensas áreas compuestas por acumulaciones de tierra repletas de materiales de construcción, cerámicas rotas y restos de fauna, en sitios como Toro, La Peña, Teso de las Catedrales, Las Merchanas, Las Cogotas (fig. 5.25), Ulaca o el Cerro de la Mesa (Martín Valls y Delibes de Castro 1977: 309; Sacristán de Lama et al. 1995: tabla 2; Martín Valls et al.

1992: 95; Maluquer de Motes 1968: 114-116; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 220-222; Posac Mon 1953: 67; Chapa Brunet et al. 2013). Dichas áreas han sido interpretadas como depósitos relacionados con remodelaciones urbanísticas de los poblados (Sacristán de Lama 1986: 149-154; San Miguel Maté 1993: 38-40; Sacristán de Lama et al. 1995: 349-350; Chapa Brunet et al. 2013: 162) o con el establecimiento temporal de ferias o mercados (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 222; Álvarez-Sanchís 2003c: 153).

Los barrios extramuros, junto con las escombreras y necrópolis, formarían parte del espacio periurbano de los enclaves fortificados, es decir, su entorno inmediato. El estudio de estas áreas periurbanas está aportando interesantes novedades en los últimos años, tanto en Europa Central (Pion 2012; Poux 2014), como en el Mediterráneo Occidental (Belarte y Plana Mallart 2012). Así, en diversos yacimientos, tan importantes como Bibracte (Moore et al. 2013; Moore y Ponroy 2014), Corent (Poux 2014) o Levroux (Collis et al. 2000), se ha detectado la presencia en las cercanías del núcleo urbano amurallado de al menos un asentamiento abierto de grandes dimensiones, por lo que el *oppidum* solo constituiría una parte de las importantes aglomeraciones que surgieron a finales de la Edad del Hierro (Collis et al. 2000; Barral 2011; Nouvel 2011; Barral y Nouvel 2012; Barral y Lallemand 2014). Por ello, frente al modelo procedente de la geografía funcionalista que contempla la ciudad como una organización piramidal, centrípeta, jerárquica y con funciones centrales, han surgido propuestas, basadas en modelos heterárquicos, que consideran la ciudad como un espacio comunitario con diversos polos con funciones complementarias (Pion 2012: 54-55).

Cerca de nuestra área de estudio contamos con la prospección de cobertura total realizada en torno al yacimiento de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres) (Hernández Hernández et al. 2009a; Hernández Hernández et al. 2009b; Hernández Hernández y Martín Bravo 2017: 275 y ss.). En ella se ha inspeccionado el terreno comprendido en un círculo de 1,5 km de radio alrededor del castro. De este modo, se han detectado un total de 13 nuevos asentamientos del Hierro Pleno, todos de pequeño tamaño, que se unen al sitio fortificado y a las tres necrópolis conocidos con anterioridad. De ellos, 11 se encuentran a menos de medio km de distancia respecto a Villasviejas, mientras que los otros dos están situados aproximadamente a 1 km. Es posible que algunas de estas estaciones estuvieran dedicadas a una funcionalidad específica, como el trabajo del metal o la explotación del campo y el ganado. La menor entidad de estos enclaves, junto a su carácter abierto, su menor extensión temporal y la ausencia en los mismos de elementos de prestigio, lleva a sus descubridores a plantear su carácter de «asentamientos satélites» con respecto al castro (Hernández Hernández et al. 2009b: 124). Dentro de nuestra zona de estudio se han realizado prospecciones intensivas en un área de cinco km de radio alrededor del Cerro de la Mesa (Charro Lobato y Cabrera Díez 2011: 216-217), aunque sus resultados aún no han sido publicados. También se ha llevado a cabo un programa de prospecciones intensivas del

entorno inmediato de Ulaca (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 46), en el marco del cual se realizaron en el año 2003 una serie de sondeos para intentar localizar la necrópolis del *oppidum* (ver capítulo 6). Al año siguiente se excavó en extensión en torno a los dos sondeos que habían deparado unos resultados más prometedores, configurándose de este modo dos sectores de excavación (A y B), que pasamos a describir brevemente a continuación:

El sector A fue planteado inicialmente como un corte de 7 x 7 m, abierto alrededor del sondeo 5 de la campaña de 2003, pero se fue ampliando progresivamente por el oeste hasta alcanzar los 58 m² (figs. 5.30 y 5.31.5). La secuencia de este sector se inicia, bajo la fina capa de manto vegetal (UE 1), con un nivel de color gris claro y textura terrosa (UE 2), que rellena el nivel superficial de una fosa excavada en un nivel estéril de granito meteorizado (UE 3) (figs. 5.31.1-2 y 5.32). Tanto la UE 2 como el nivel geológico UE 3 presentan en su superficie una serie de marcas de arado (UE 7) en distintas direcciones. Dichas marcas se deben al uso de un arado de madera en estos terrenos, cultivados con centeno hasta los años 70 del siglo pasado (Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: 349 y 355). La UE 2 incluye un nivel compacto de manteado de barro con improntas de ramas (UE 62), que ocupa fundamentalmente los cuadros

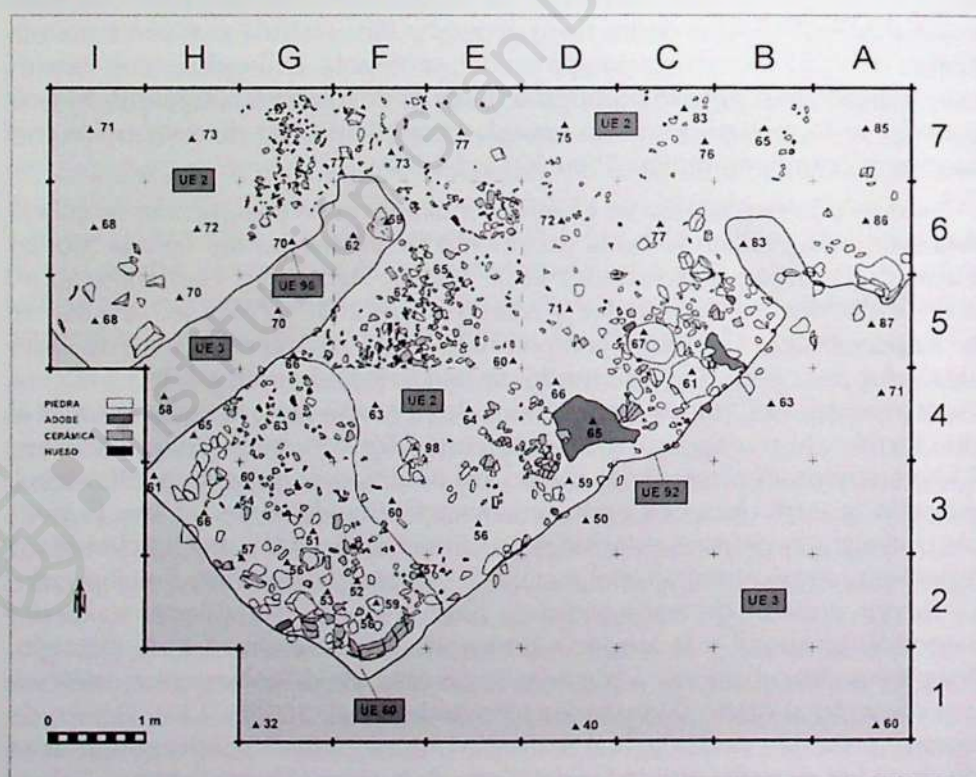


Fig. 5.30. Planimetría del sector A de la excavación realizada en la ladera norte de Ulaca: nivel «basurero» e inicio de la UE 60. Se ha marcado en línea discontinua el trazado del sondeo 5 (2 x 2 m) de la campaña de 2003.

C4 y D4. Bajo la UE 2 se documentó un nivel compuesto por un sedimento de color negro, muy fino, de aspecto y textura cenicienta (UE 60), que también forma parte del relleno de la gran fosa rectangular (UE 92) excavada en el nivel geológico (figs. 5.31.3 y 5.33). En la zona noroeste del sector A, la UE 2 cubre a la UE 63, un nivel muy similar a la UE 60, pero al que se decidió dar una denominación diferente por precaución (fig. 5.31.4). De igual modo, a la fosa secundaria que corta el nivel estéril (UE 3) en esta zona noroeste se le ha asignado un número diferente de UE (96). En la esquina meridional de la fosa UE 92 se encontraron tres recipientes cerámicos de grandes dimensiones (*dolia*)

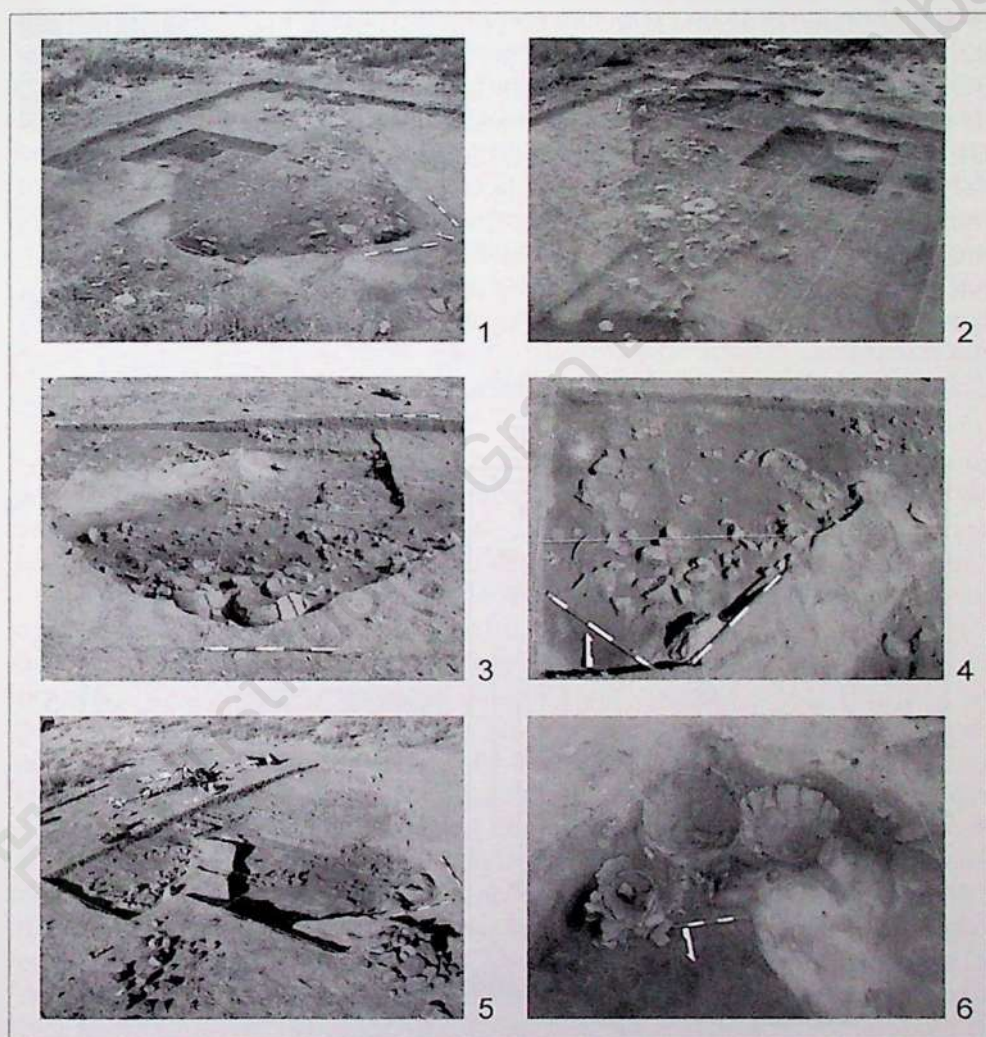


Fig. 5.31. Diferentes vistas del sector A: 1) fosa principal desde el suroeste, con el relleno UE 2 y el inicio de la UE 60; 2) ídem desde el noreste; 3) esquina meridional de la fosa principal con el relleno UE 60; 4) fosa secundaria y relleno UE 63; 5) fosas UE 92 y 96 desde el suroeste; 6) *dolia* situados en la esquina sur de la fosa principal (n.º 6 según Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: fig. 21).

(UEs 66, 67 y 68) (fig. 5.31.6), con sus correspondientes rellenos (UEs 61, 64 y 65, respectivamente), encajados en unas fosas de pequeñas dimensiones (UEs 93, 94 y 95, respectivamente). Por último, en el relleno de la fosa UE 96 se documentó un pequeño muro de piedra con un revoco de barro (UE 69), así como su pequeña fosa de cimentación (UE 91) y su relleno UE 90.

Así pues, en el sector A lo más destacado fue el descubrimiento de una gran fosa rectangular (UE 92), que parece continuar hacia el noroeste (UE 96). La fosa principal UE 92 se encuentra colmatada por el estrato superficial UE 2 y el más profundo UE 60, aunque la potencia de ambos varía mucho. Así, en el extremo suroeste de la fosa la UE 2 tiene muy poca potencia y la UE 60 aparece de manera muy superficial (figs. 5.30 y 5.31.1), mientras que hacia el noreste la potencia de la UE 2 aumenta y la UE 60 parece encontrarse a mayor profundidad,

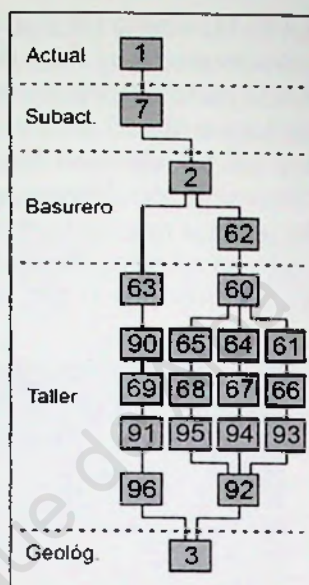


Fig. 5.32. Secuencia estratigráfica del sector A.

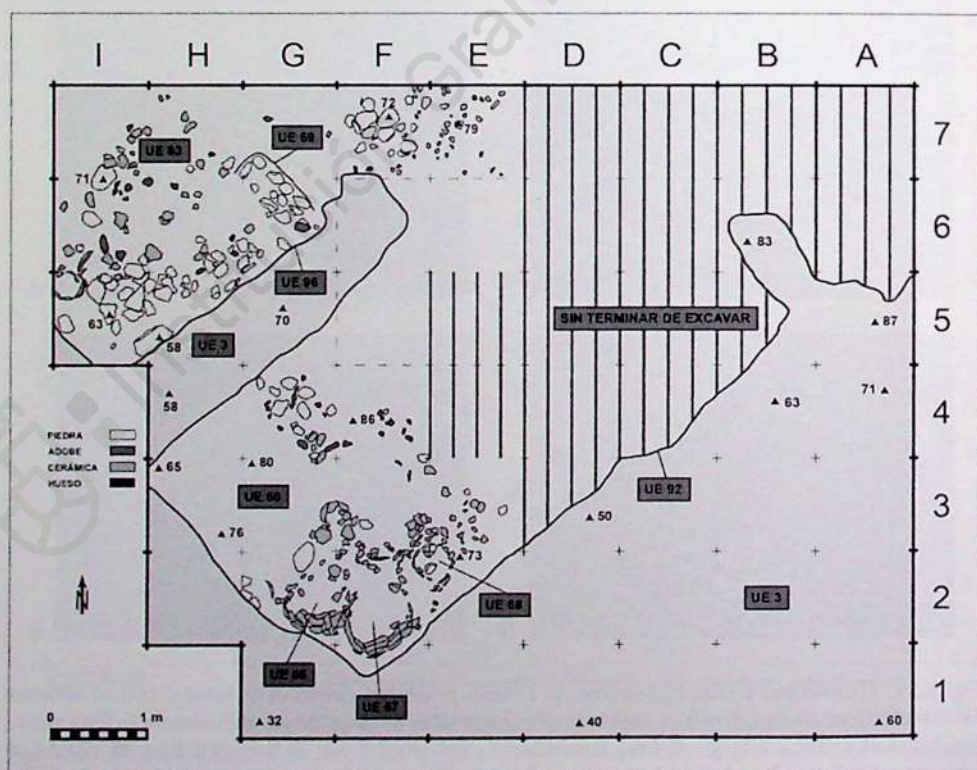


Fig. 5.33. Planimetría del sector A: nivel «taller».

aunque esta zona no terminó de excavarse (fig. 5.33). La UE 2 está compuesta por una gran cantidad de fragmentos cerámicos (más de 10.000), sin conexiones destacables entre sí, numerosos huesos de gran formato, fragmentos de manteado de barro con improntas de ramas y escorias de tamaño considerable, por lo que podría tratarse de un basurero que amortiza el nivel de uso y destrucción de la fosa (UE 60). Por su parte, en la UE 60 destaca la presencia de tres grandes recipientes de cerámica que contenían importantes cantidades de cereal carbonizado (fig. 5.31.6). Junto a ellos aparecieron otros conjuntos cerámicos, entre los que sobresalen dos vasos de pequeño tamaño realizados a mano. En esta UE se descubrieron también varias placas de bronce de grandes dimensiones, una de las cuales contenía una cantidad importante de cereal carbonizado, que seguramente formaron parte de un caldero. Asimismo, se hallaron restos de madera carbonizada, siendo los encontrados en contacto con el fondo de la fosa los que tenían una entidad mayor, y grandes fragmentos de adobe y de manteado de barro de color naranja intenso. Todo parece indicar que la UE 60 es el nivel de ocupación de la fosa, que en un momento determinado sufrió un importante incendio. Por otro lado, la fosa secundaria UE 96 parece seguir una trayectoria idéntica a la de la fosa principal, ya que debajo del nivel de basurero UE 2 se encontró un estrato afectado por el fuego (UE 63), con algunos conjuntos cerámicos y restos de adobes, aunque en este caso sí se pudo documentar un pequeño muro de piedra con un revoco de barro (UE 69) (fig. 5.31.4).

A unos 40 m al sur del sector A se planteó el sector B (fig. 5.34), en un principio como un corte de 20 x 8 m excavado alrededor del sondeo 13 del año 2003, pero con posterioridad se amplió por el noroeste hasta alcanzar los 175 m² (figs. 5.35 y 5.36.1). En este sector bajo los niveles modernos y el perteneciente a la necrópolis, que serán descritos en el capítulo siguiente, aparecieron una serie de muros en dirección este-oeste (UEs 21, 23, 31 y 54) y norte-sur (UE 53), así como diversos suelos de tierra con cerámicas en posición horizontal (UEs 58 y 71 –este último cubierto por la UE 58–), un suelo de barro cocido (UE 57) y un suelo de lajas horizontales (UE 59); todo ello sobre los niveles geológicos (UEs 8 y 9) (figs. 5.36 y 5.37). Los distintos muros exhumados están levantados con piedras graníticas de tamaño mediano/grande. La UE 21 es un muro de mampostería en seco de unos 70 cm de espesor, que conserva un máximo de tres hiladas y presenta la cara norte bien definida, no así el lado sur que se encuentra adosado al nivel geológico UE 9 (fig. 5.36.2). El muro UE 23 tiene las mismas características, aunque su espesor es de un metro más o menos (fig. 5.36.3). El muro UE 31 es muy similar a los dos anteriores, conserva dos hiladas, tiene unos 70 cm de espesor y su lado sur está adosado al nivel geológico UE 8 (fig. 5.36.4). El muro UE 54, también de unos 70 cm de espesor, conserva solo una hilada de alzado, pero, a pesar de ello, presenta dos caras bastante bien definidas, tanto en su lado norte como en el sur (fig. 5.36.6). Finalmente, la UE 53 está compuesta por cinco lajas de grandes dimensiones, colocadas horizontalmente, en contacto directo con el



Fig. 5.34. Vista general de la excavación realizada en el año 2004 en la zona baja de la ladera norte del cerro de Ulaca. En primer término aparece el sector B y en el centro de la fotografía el sector A (según Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: fig. 13).

muro UE 54 (fig. 5.36.5). El desnivel del terreno, mayor cuanto más al sur, y la diferente factura de los muros UE 21, 23 y 31 con respecto al muro UE 54, nos hace pensar que los tres primeros hubieran funcionado a modo de terrazas. Por otro lado, en este sector también destacan los suelos descubiertos en la esquina noroeste de la excavación (UEs 58 y 71), debido a la gran cantidad de materiales (cerámicos, metálicos, líticos...) que albergaban. En dicha esquina además se documentaron dos posibles hogares, uno de considerable tamaño y forma ovalada (UE 57) y otro más pequeño situado entre los cuadros H19 e I19, junto al muro UE 54, formando parte del suelo UE 71.

En conjunto, el sector A y el nivel inferior del sector B han sido interpretados como una zona donde se establecieron un conjunto de estructuras vinculables a talleres y áreas de trabajo artesanal (Ruiz Zapatero 2005a: 36; Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: 355-357; Álvarez-Sanchís 2011c: 205). En este sentido, se puede mencionar la gran cantidad de fragmentos de molinos circulares encontrados en esta zona, lo que sugiere la posibilidad de que en esta área cercana a los campos de cultivo se hubiera realizado el procesamiento del cereal, que una vez convertido en harina se habría trasladado a lo alto del *oppidum* (Ruiz Zapatero 2005a: 32; Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: 357; Álvarez-Sanchís 2011c: 205). También cabe destacar el hallazgo de restos de

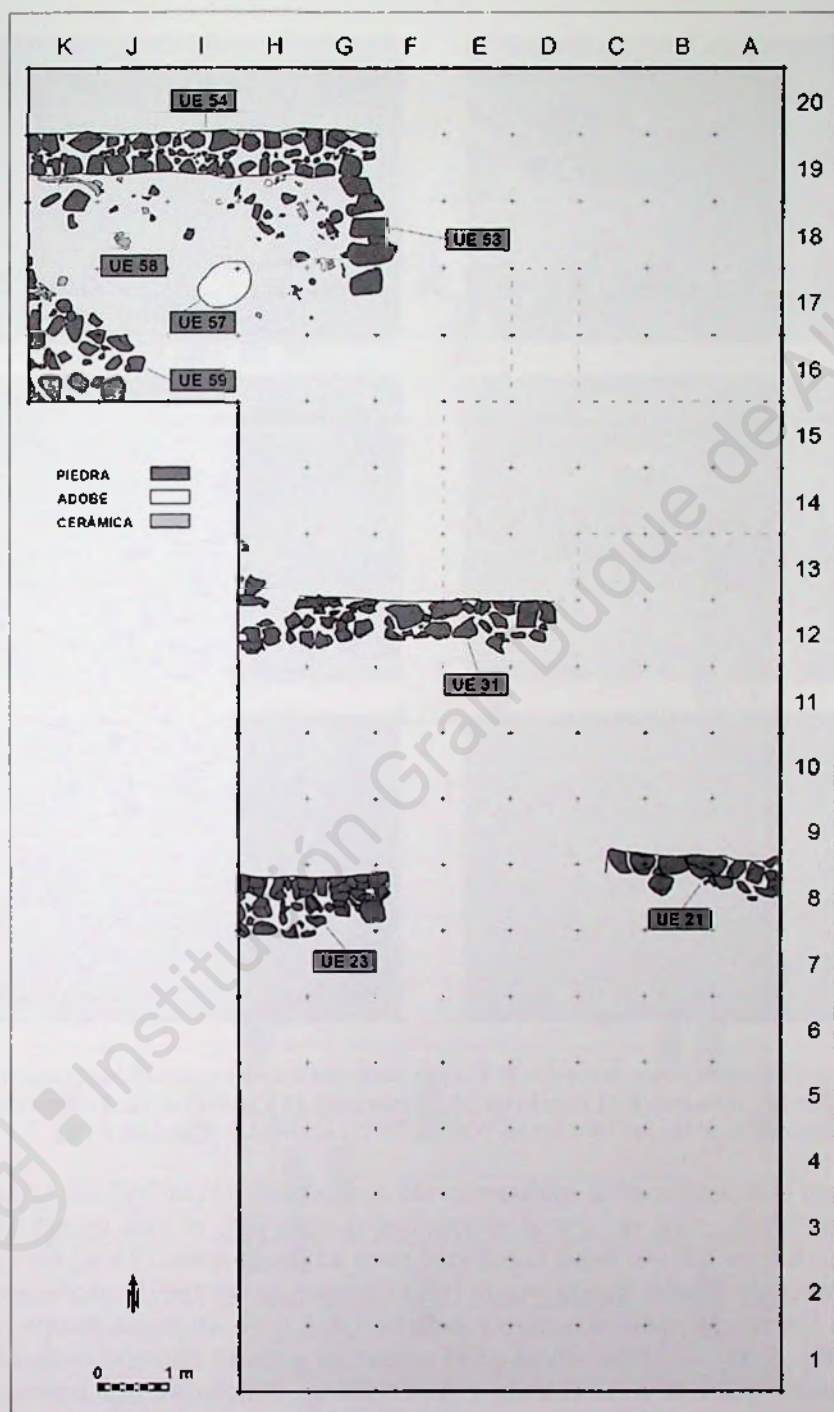


Fig. 5.35. Planimetría del sector B excavado en la ladera norte de Ulaca: nivel «taller». Se ha delimitado en línea discontinua el trazado del sondeo 13 de la campaña de 2003.

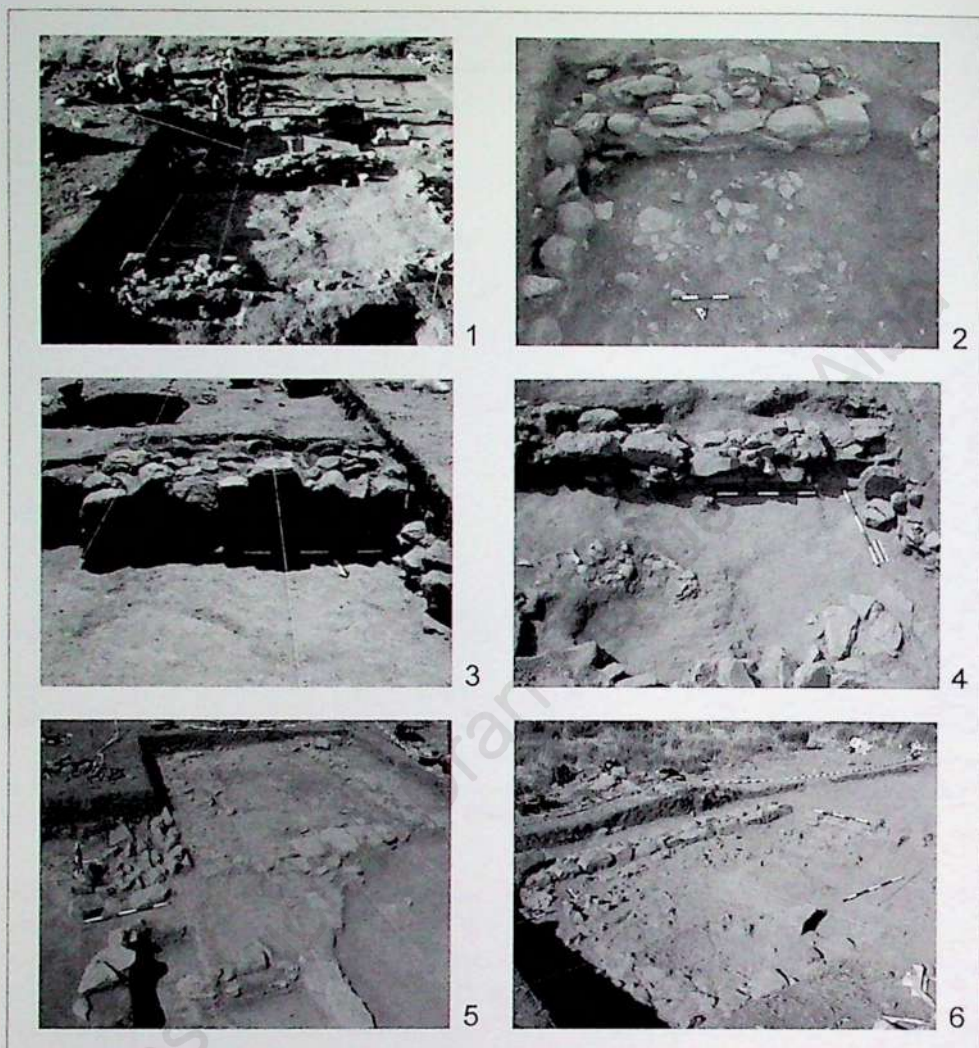


Fig. 5.36. Diferentes vistas del sector B: 1) zona norte del área de excavación; 2) muro UE 21 y suelo UE 22; 3) muro UE 23 y suelo UE 33; 4) muro UE 31 y suelo UE 32; 5) zona noroeste de la excavación; 6) muros UE 53 y 54, hogar UE 57 y suelos UE 59 (lajas) y 71.

escorias, que implican la realización de actividades metalúrgicas, y de una zona de almacenaje de cereal en grandes recipientes, el más grande de los cuales (*dolium* UE 66) tiene capacidad para albergar unos 125 kg de cereal. Es importante señalar que la mayor parte de los fragmentos de molino aparecieron formando parte del muro moderno UE 5 y de los encachados UE 30 y 52 (fig. 5.37), es decir, en el nivel subactual y en el correspondiente a la necrópolis, que está amortizando el nivel «taller». Asimismo, una buena parte de las escorias encontradas proceden del basurero UE 2 del sector A y de las UEs 1 y 10 del sector B. Por lo que se refiere a la cronología de estas instalaciones artesanales, contamos con el hallazgo en el suelo UE 33 del sector B

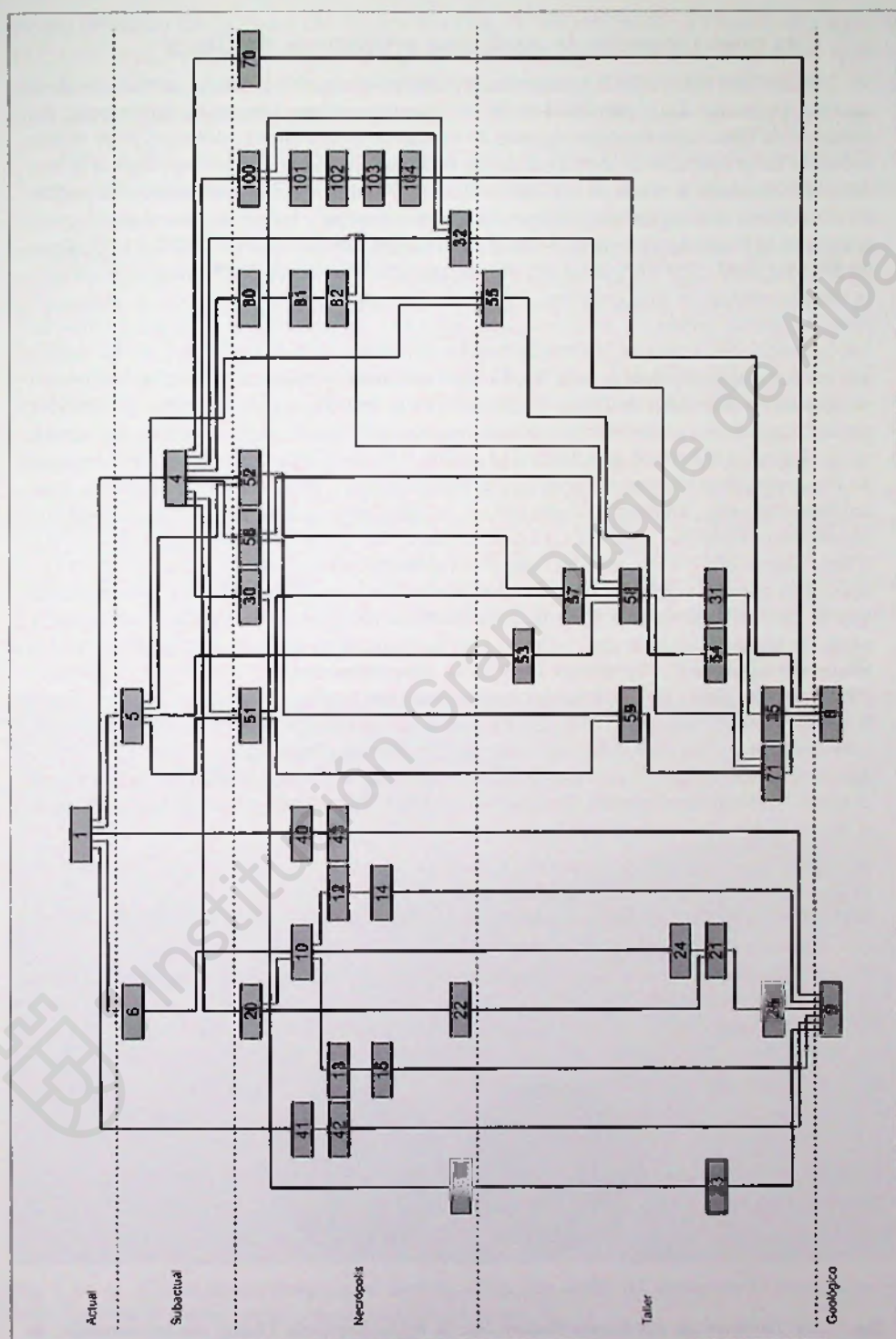


Fig. 5.37. Secuencia estratigráfica del sector B.

Una nueva moneda de *Arekorata* procedente de Ulaca

Posac Mon (1953: 70-71) menciona el posible hallazgo en Ulaca de un denario de la ceca de *Arekorata*. En el año 2004 en las excavaciones efectuadas en la ladera norte del *oppidum* de Ulaca apareció otro denario de esta ceca. Desde finales del siglo XIX se han sucedido las propuestas de identificación de esta ciudad, que pese a la importancia de sus emisiones no aparece citada en las fuentes clásicas. Aunque su ubicación aún no ha podido ser establecida con seguridad, la dispersión de las monedas y las evidencias arqueológicas apuntan a la localidad soriana de Muro (Otero Morán 2002: 147-149; 2009: 67-69; Buriillo Mozota 2007: 309-312; 2010: 45-48; Jimeno Martínez *et al.* 2010), donde se levantó la ciudad romana de Augustóbriga. Esta fundación augustea habría tapado, al menos en parte, la ciudad previa de *Arekorata*, que, por tanto, se encontraría en plena Celtiberia. Las monedas de la ceca de *Arekorata* pueden agruparse en seis emisiones, de las cuales nos interesa especialmente la serie VI, a la que pertenece la moneda hallada en las últimas excavaciones realizadas en Ulaca. Dicha serie es la más abundante de todas las emitidas por esta ceca y está compuesta por denarios y un nuevo sistema de bronce (unidad, mitad, tercio y cuarto) (Otero Morán 2002: 154; 2009: 67). La marca distintiva de los denarios de esta emisión es el signo circular con un punto central situado detrás de la cabeza masculina del anverso, idéntico al signo ibérico *ku*, aunque posiblemente se corresponda con un símbolo de carácter solar (*id.*). El peso medio de los denarios de esta serie es de 3.69 g (Otero Morán 2002: 155), mientras que el del ejemplar presentado aquí es de 2.9 g, lo que unido a la mancha verdosa presente en los cuartos traseros del caballo, nos lleva a pensar que se trata de una moneda forrada. La cronología de esta emisión se ha establecido, a partir de los distintos hallazgos aislados y de las monedas que forman parte de tesoros, a finales del siglo II a.C. (Villaronga 1994: 274), concretamente en el intervalo 125-100 a.C. (Otero Morán 2002: 156 y 162), aunque otras autoras la sitúan a comienzos del s. I a.C. (García-Bellido y Blázquez 2001: 28). En cuanto a la dispersión geográfica de esta emisión cabe destacar su extensión hasta el occidente de la Meseta (Otero Morán 2002: 157; 2009), donde se conocían hasta ahora cuatro denarios de la serie VI procedentes de un tesoro encontrado en Salamanca capital (García-Bellido 1974: 382 y 392), a los que hay que sumar el nuevo denario encontrado en Ulaca.

AREKORATA. Emisión de finales del siglo II a.C.

Ae/Ag. Denario forrado. 18 mm. 2.90 g. Cuño: 1 h.

Anv.: Cabeza masculina con torques a derecha, peinado de arcos concéntricos pareados; detrás círculo con punto central. Todo dentro de gráfila de puntos.

Rev.: Jinete lancero a derecha, visible un solo pie; debajo, sobre exergo, leyenda a.f.e.ko.f.a. ta. Todo dentro de gráfila lineal.

VIVES ceca 34, XL-10; NAIH, 687; CNH 274, 26; DCPH 28, 15.

Ladera norte de Ulaca, excavación del año 2004, sector B, UE 33, cuadro E10.



Fig. 5.38. Denario de *Arekorata* hallado en la falda norte de Ulaca, en la campaña de excavaciones del año 2004.

de un denario de la ceca de *Arekorata* (fig. 5.38), fechado a finales del siglo II a.C. (ver texto-caja). Dicha moneda nos proporciona un *terminus ante quem* para los muros que sirvieron para abancalar este sector, así como una data *post quem* para el nivel de necrópolis.

Por último, resulta necesario aludir a un último elemento relacionado con el espacio periurbano de los núcleos del Hierro II, que solo recientemente ha empezado a valorarse: la presencia en sus alrededores de «peñas sacras» propiciatorias y oraculares (Almagro-Gorbea 2015), como el «Canto de los Responsos» de Ulaca (fig. 5.39) (Almagro-Gorbea 2006). Este es un berrueco de grandes dimensiones, cubierto de piedras arrojadas a su parte superior, que se encuentra a unos dos km al suroeste de Ulaca, junto al Camino de la Sierra, justo fuera del área de dominio visual del *oppidum*. Por ello, estaría «marcando el límite con el *saltus, terrae incognitae* o «monte», que en el imaginario popular es refugio de monstruos y seres perturbadores, por lo que parece marcar el límite territorial entre el terreno antropizado y el ya fuera del control humano» (*ibid.*: 25). Según Almagro-Gorbea (*ibid.*: 24-25), el «Canto de los Responsos» de Ulaca habría funcionado como un lugar de comunicación con el Más Allá, además de haber cumplido, muy posiblemente, funciones oraculares. Su forma casi circular y esférica permite suponer que fuera considerado como un *omphalos* o punto de convergencia cosmológico entre el mundo subterráneo, el terrestre y el celeste.



Fig. 5.39. El «Canto de los Responsos» de Ulaca, situado junto al Camino de la Sierra, con el Valle Amblés al fondo (según Almagro-Gorbea 2006: fig. 2).

5.7. LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS

Dentro de nuestra área de estudio se conocen viviendas en el sitio zamorano de San Mamede/Peña Redonda (Romero Perona *et al.* 2015: 528); en Las Merchanas (Maluquer de Motes 1968: 110-114), Yecla la Vieja (Martín Valls 1998: 177) y el Teso de las Catedrales (Martín Valls *et al.* 1992: 93-96; Alario García y Macarro Alcalde 2007: 222-223) en Salamanca; en La Mesa de Miranda (Cabré Aguiló *et al.* 1950: 22-23; González-Tablas Sastre 2008a), Las Cogotas (Cabré Aguiló 1930: 36-39), Ulaca (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 38-40) y El Raso (Fernández Gómez 1986; 2011) en Ávila; en Coca (Segovia) (Blanco García *et al.* 2012-2013: 131 y ss.; Blanco García 2018: 90 y ss.) y en Arroyo Manzanas (Moreno Arrastio 1990) y el Cerro de la Mesa (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: 179-180; Charro Lobato *et al.* 2009) en Toledo. Sin embargo, salvo en Las Cogotas, Ulaca y El Raso, el número de casas descubiertas es muy pequeño. En El Castillo de Saldeana el padre Morán (1946: 150) cita la presencia de cimientos de casas circulares y rectangulares, con dos piedras hincadas señalando la entrada, pero la falta de excavaciones en el lugar impide asignarles una cronología concreta. En La Mesa de Miranda las intervenciones recientes han sacado a la luz la práctica totalidad de la denominada casa C, lo que ha posibilitado la reconstrucción virtual de la misma (https://www.youtube.com/watch?v=SUL_sS8s1XA) (Ortiz Moreno 2012).

Lo más común es que las viviendas, casi siempre rectangulares o cuadrangulares, se levanten sobre un zócalo de granito o pizarra de altura y grosor variable. Para el recrecimiento de las paredes se empleó el adobe o el tapial y las cubiertas, a una o doble vertiente, estarían construidas con un entramado de troncos y palos que se cubriría con escobas, retama o piorno y se impermeabilizaría con una fina capa de barro (Álvarez-Sanchís 2003c: 141; Álvarez-Sanchís y González-Tablas 2005: 32; Ruiz Zapatero 2009a: 232-233; López García 2012: 117 y ss.). Pero, este modelo ideal admite variaciones regionales, ya que en San Mamede/Peña Redonda se ha documentado en esta fase la presencia de una cabaña circular con zócalo de piedra (Romero Perona *et al.* 2015: 528). Asimismo, las construcciones descubiertas en el Teso de las Catedrales (Alario García y Macarro Alcalde 2007: 222-223) y en Coca (Blanco García *et al.* 2012-2013: 131 y ss.; Blanco García 2018: 90 y ss.) están levantadas a base de muros de adobe y tapial, raramente sobre cimentaciones de piedra, como es habitual en el centro de la cuenca del Duero (Sanz Mínguez y Martín Valls 2004: 317; Sacristán de Lama 2010: 136). Por tanto, en dichos enclaves se siguen empleando las técnicas constructivas de época soteña, aunque aplicadas a casas de planta rectangular. Por último, en Ulaca Ruiz Zapatero (2005a: 25) ha propuesto que, dada la escasez de restos de adobe o tapial en el yacimiento y la abundancia de granito, los alzados fueran de piedra hasta la cubierta, al modo de las tinadas o chozos de pastores que se han venido levantando en la zona hasta hace pocos años (Navarro Barba 2004: 215-221).

Por otro lado, las estructuras auxiliares (despensas, graneros, encerraderos...) en cada sitio están construidas con los mismos materiales que las viviendas: adobe en el Teso de las Catedrales y piedra con alzado de tapial en El Raso, por ejemplo. Sin embargo, en el primer núcleo su planta es rectangular, mientras que en el segundo, en algunos casos, es circular (fig. 5.29). Como hemos comentado ya, en las excavaciones de este último yacimiento se han exhumado diferentes conjuntos de habitación, compuestos por una o varias casas y diversas estructuras domésticas auxiliares, separados del resto de construcciones del enclave por medio de muros.

Las distintas viviendas documentadas en el occidente meseteño se pueden agrupar en dos tipos básicos a partir de sus plantas (Ruiz Zapatero 2009a: 233): 1) rectangulares, con una única estancia o compartimentadas en unos pocos departamentos, de dos a cuatro generalmente; 2) cuadrangulares, con un mayor número de estancias y una distribución modular que revela fuertes influencias orientalizantes, con plantas que recuerdan la del palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) (Álvarez-Sanchís 2003c: 147; Fernández Gómez 2008: 192-193). En el primer modelo las casas suelen estar compuestas por una habitación de entrada o vestíbulo, la estancia central con el hogar y una despensa al fondo (figs. 5.40 y 5.41) (Fernández Gómez 1986: 492). El segundo tipo se caracteriza por contar con un hogar en el centro de la vivienda y el resto de habitaciones a su alrededor (figs. 5.41 y 5.42) (Fernández Gómez 2008: 193). Por delante de la fachada de la casa puede haber un porche cubierto, como sucede en El Raso (Fernández Gómez 1986: 487). En este espacio se desarrollaría gran parte de la vida y las actividades

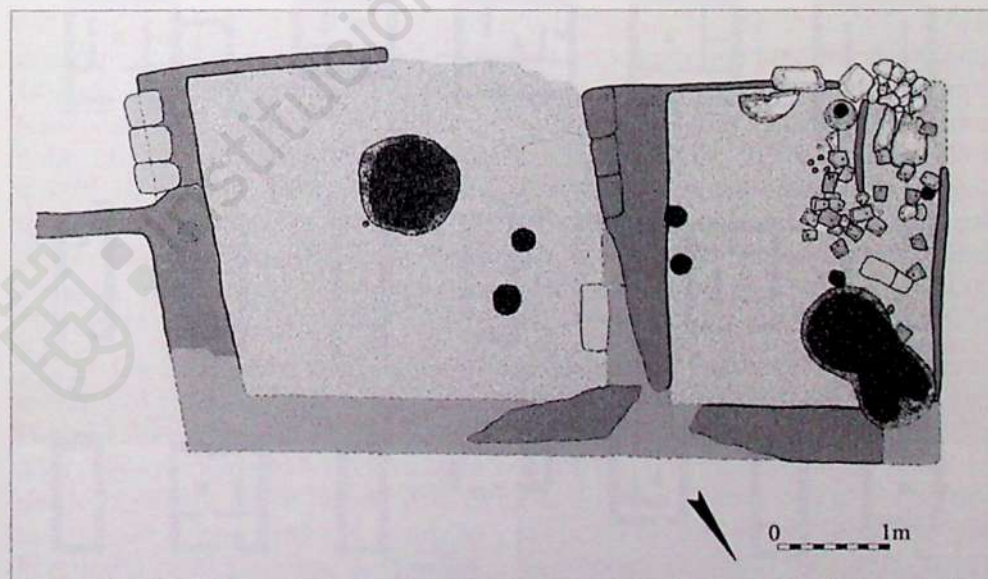


Fig. 5.40. Planta parcial de una vivienda exhumada en el solar del Trilingüe del Teso de las Catedrales (Salamanca) (según Macarro Alcalde y Alario García 2012: lám. 53).

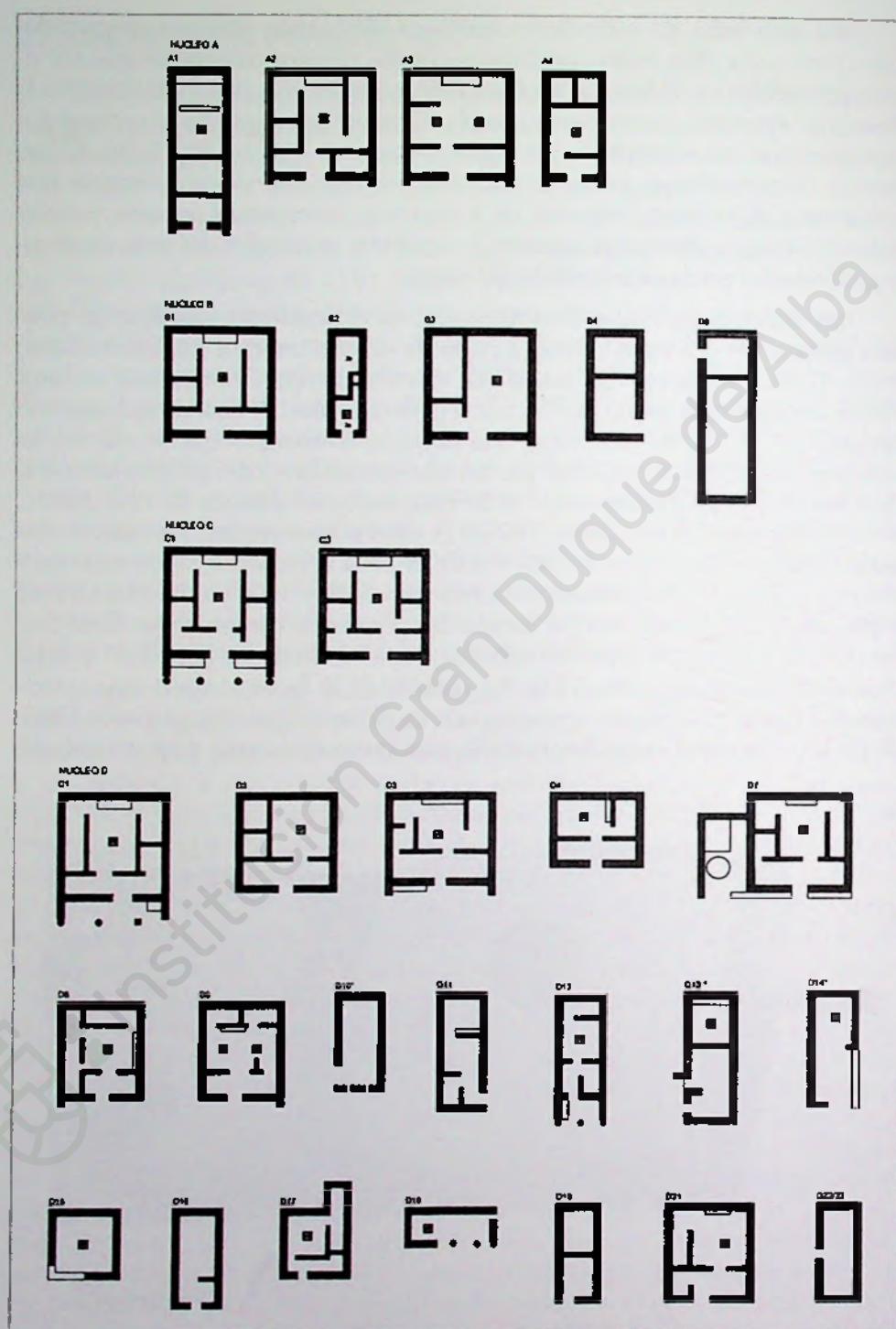


Fig. 5.41. Selección de plantas de viviendas pertenecientes a los distintos núcleos excavados en El Raso (modificado a partir de Fernández Gómez 2011: figs. 554 y 555).



Fig. 5.42. (a) Planimetría de la casa C de La Mesa de Miranda (según González-Tablas Sastre 2008a: fig. 5). (b) Interpretación funcional de los distintos espacios (según Ruiz Zapatero 2009a: fig. 8).

domésticas de la familia en los momentos en los que el clima lo permitiera. El vestíbulo de la vivienda estaría destinado a zona de trabajos domésticos (molienda del cereal, hilado, tejido...) y también podría servir como cuadra para caballos, asnos o bueyes (Fernández Gómez 2008: 193-194; 2011: 374 y 378). La estancia central con el hogar constituiría el lugar donde se prepararían los alimentos y se descansaría, como demuestra la presencia habitual de un banco. En las despensas se almacenaría grano y líquidos en grandes vasos de provisiones, así como distintos enseres (Fernández Gómez 2008: 193; 2011: 378).

En las casas de la Segunda Edad del Hierro se advierte un notable incremento del grado de privacidad con respecto a las estructuras domésticas del Hierro I. Ya hemos visto cómo en El Raso las puertas de las casas no suelen dar a las calles principales o frente a la entrada de las viviendas próximas. Además, desde la puerta no se puede vislumbrar la estancia central con el hogar, debido a que el paso entre el vestíbulo y la cocina no está en el mismo eje que la entrada principal (figs. 5.41 y 5.42) (Fernández Gómez 1986: 488; 2011: 375). Asimismo, en los diagramas de permeabilidad disponibles (*sensu* Hillier y Hanson 1984) se observa un control estricto del acceso al interior de la casa

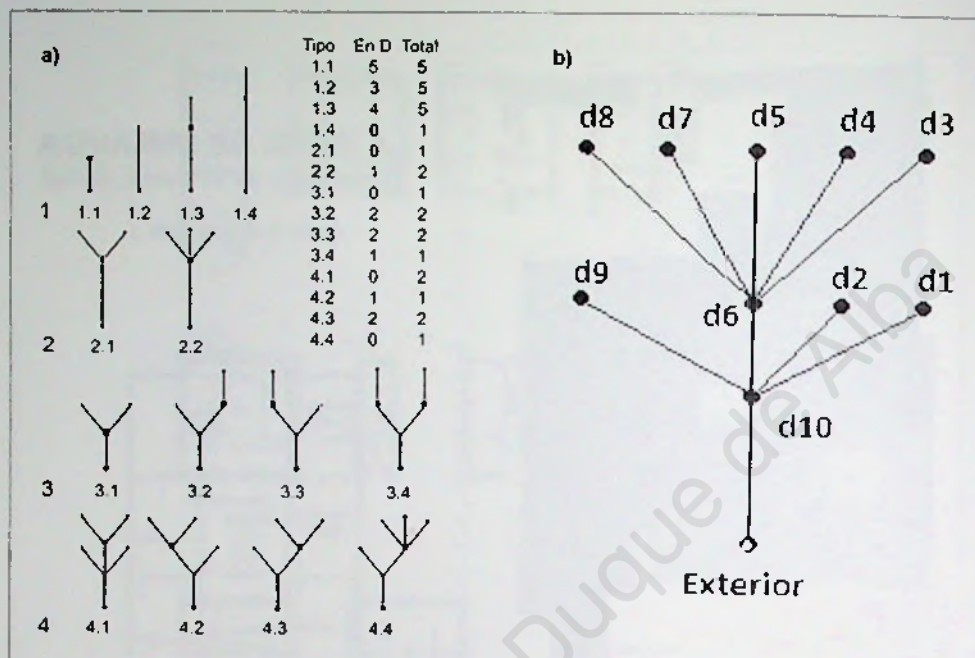


Fig. 5.43. Diagramas de permeabilidad: a) viviendas de El Raso (según Fernández Gómez 2011: fig. 552); b) casa C de La Mesa de Miranda (según López García 2012: fig. 34).

desde el exterior (fig. 5.43). En viviendas con una elevada compartimentación interna destaca la presencia de espacios distribuidores de la circulación; en el caso de la casa C de La Mesa de Miranda estos serían el patio y la estancia central (figs. 5.42 y 5.43) (González-Tablas Sastre 2008a: 207; Ruiz Zapatero 2009a: 234; López García 2012: 155-157). También hay que tener en cuenta los muros y desniveles presentes en el interior de las viviendas, que determinarían el recorrido circulatorio interno. En los *oppida* de la Europa Templada se ha observado una proliferación de cerrojos y llaves a partir del s. II a.C., hecho que se ha puesto en relación con cambios en la forma de percibir a los vecinos y de relacionarse con ellos, debido a la concentración de un importante número de personas en un mismo enclave (Wells 2011: 439; Fernández-Götz 2013: 146). Así, surgiría la necesidad de proteger las pertenencias personales frente a vecinos desconocidos o en los cuales no se confiaba. De igual modo, se emplearían cajas y arcones para guardar objetos en el interior de las casas. Esto estaría indicando una importancia creciente de las tendencias individualizadoras, tanto de personas individuales como de las unidades domésticas frente a la comunidad (Fernández-Götz 2013: 146). En nuestra zona de estudio contamos para esta fase con llaves de hierro como la encontrada en el Cerro de la Mesa (Charro Lobato y Cabrera Díez 2011: 215).

En el occidente meseteño la superficie de las viviendas oscila por término medio entre 50 y 150 m² (Álvarez-Sanchís 2003c: 145). No obstante, en Las Cogotas algunas casas superan los 200 m² (Cabré Aguiló 1930: 37) y

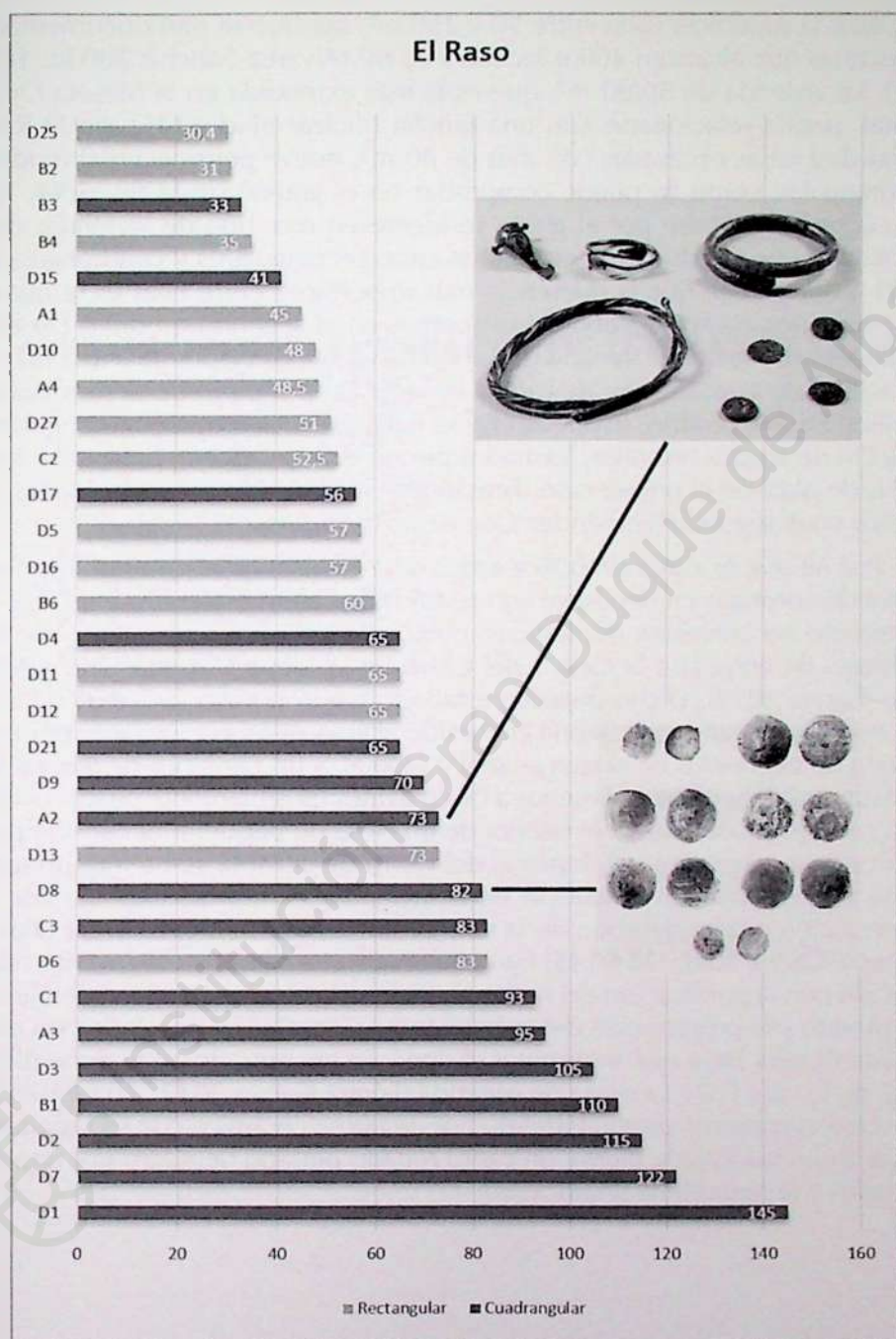


Fig. 5.44. Tamaño de las viviendas rectangulares y cuadrangulares en El Raso —sin contabilizar porches ni corrales— (gráfico elaborado a partir de los datos de Fernández Gómez 1986; 2011) y tesorillos localizados en las casas A2 (según Barril Vicente y Galán Domingo 2007: 244; foto de Rafael Delgado) y D8 (según Fernández Gómez 2011: fig. 191, modificado).

en Ulaca la superficie varía entre 50 y 250 m², aunque se han documentado estructuras que alcanzan 400 e incluso 700 m² (Álvarez-Sanchís 2003c: 145-147). La vivienda de 50/80 m², que es la más extendida en la Meseta Occidental, podría relacionarse con una familia nuclear (*ibid.*: 145). En El Raso de las diez casas excavadas con más de 80 m², nueve pertenecen al modelo cuadrangular, como se puede comprobar en el gráfico de la fig. 5.44. Por ello, cabe preguntarse por el grupo residente en este tipo de viviendas más amplias. Comparando las plantas de las casas rectangulares y cuadrangulares de El Raso, parece que la diferencia más importante entre ellas es la mayor superficie destinada a vestíbulo y despensas en el segundo modelo. De este modo, es posible que el tamaño dispar de las viviendas responda a una mayor capacidad de acumulación de capital económico por parte de determinadas familias. En este sentido, se puede citar el hallazgo en las casas cuadrangulares A2 y D8 de sendos tesorillos, formados por objetos de adorno personal y monedas de plata en el primer caso (Fernández Gómez 1979) y por monedas de bronce en el segundo (Fernández Gómez 2011: 130-133).

Por último, la carga simbólica asociada a las viviendas durante esta fase se puede constatar en depósitos con restos óseos animales enterrados bajo el pavimento en contextos domésticos, como el localizado junto a uno de los umbrales de entrada a la Casa 1 del Cerro de la Mesa (Cabrera Díez y Moreno-García 2014). Dicho depósito estaba formado por un pequeño cuenco de cerámica a mano, que habría contenido alguna sustancia formada por una mezcla de elementos de origen animal y vegetal, y un conjunto de huesos de animales, pertenecientes al menos a cinco ovinos (posiblemente cuatro ovejas y un carnero); todo ello en el interior de una fosa de pequeño tamaño. A partir de sus características, el depósito del Cerro de la Mesa se ha interpretado como una ofrenda de fundación de la vivienda, llevada a cabo durante la construcción o remodelación de la misma. Alternativamente, Cabrera Díez y Moreno-García (*ibid.*: 144-145) han planteado que se tratara de un rito relacionado con la purificación del recinto, así como con la protección y fertilidad del ganado y la propiciación del trabajo doméstico. Quizá vinculado con este tipo de rituales haya que interpretar el depósito encontrado en la dependencia 7 de la casa C de La Mesa de Miranda (López García 2012: 109-110). En este caso el conjunto estaba formado por una urna cerámica con su tapadera, el asa de un caldero de hierro, un canto rodado pintado de negro por uno de sus lados y la mandíbula de un suido.

6. NECRÓPOLIS: EL ESPACIO DE LOS ANCESTROS



Institución Gran Duque de Aña

6.1. EL SIGNIFICADO DE LAS NECRÓPOLIS DE INCINERACIÓN

Tras los escasos vestigios funerarios recuperados en nuestra zona de estudio durante el Hierro Inicial, a mediados-finales del s. V a.C. surgieron una serie de importantes necrópolis de incineración a ambos lados del Sistema Central. Así, durante la Segunda Edad del Hierro el ritual predominante habría sido la incineración. Esta es una operación compleja que implica la transformación del cadáver y su posterior enterramiento, además de ser costosa tanto en términos de tiempo como de elementos necesarios para su realización (combustible y posible ajuar) (McKinley 2006: 81). La cremación es una operación preliminar al entierro, cuya particularidad principal es la relativa rapidez con la que se produce la transformación del cuerpo, frente a la inhumación o la exposición del cadáver (Jimeno Martínez *et al.* 2004: 305). En este sentido, se ha calculado en siete u ocho horas el tiempo necesario para completar la incineración en una pira, siempre que se mantenga de manera constante una elevada temperatura en la misma (McKinley 1989: 67). En cuanto a las necesidades de combustible, la cremación de un cuerpo humano requiere la quema de alrededor de una tonelada de madera (Parker Pearson 1999a: 49). Aunque las creencias en torno al ritual de la incineración son muy variadas, la mayor parte de ellas aluden a la liberación del alma para que pueda alcanzar la otra vida o reencarnarse, o, alternativamente, a su realización por motivos de higiene (McKinley 2006: 86).

Para Torres Rodríguez (2013: 232-235) las implicaciones sociales y simbólicas de la aparición de las necrópolis de incineración en el valle medio del Tajo serían básicamente dos: el cambio en la percepción de la realidad que rodea a estas poblaciones y las características del orden social que pretende reflejarse en los espacios de enterramiento. El surgimiento de las necrópolis constituye un hito más en la apropiación del paisaje y supone un indicio de primer orden de la creciente importancia del tiempo como principio estructurador de la realidad (Hernando Gonzalo 2002: *pass.*). Ahora las comunidades reservarán un espacio sagrado para enterrar a los muertos de cada linaje o familia, convertidos así en antepasados o ancestros. Situar los restos funerarios bajo tierra y crear un lugar en el que el muerto pueda descansar crea un sentido de cierre de un ciclo vital, a la vez que constituye una afirmación

territorial (Bradley 1990: 131). En este sentido, en muchos grupos documentados por los etnógrafos son los muertos los que guardan la propiedad de la tierra (Lévy-Bruhl 1985 [1927]: 88, citado en Hernando Gonzalo 2002: 155-156). En Samoa, por ejemplo, «la presencia de tumbas ancestrales es la mejor prueba que existe sobre la posesión perpetua de tierras» (Barley 2012: 173). Así, los antepasados justifican y legitiman el derecho exclusivo a explotar la tierra por parte de sus descendientes. Asimismo, las necrópolis son espacios simbólicos en los que se trata de plasmar un determinado orden social, que puede reproducir de manera fidedigna o distorsionada el de los vivos (Torres Rodríguez 2013: 234). De este modo, las prácticas funerarias pueden reflejar no solo las condiciones reales del difunto y su grupo de parentesco, sino también sus expectativas. Por ello, los rituales funerarios constituyen una arena para la competición social y la expresión de riqueza y desigualdades dentro de la comunidad (Ruiz-Gálvez Priego 2007: 186; Pereira Sieso y Torres Rodríguez 2014; Torres Rodríguez 2014). En el caso concreto de la incineración se trata de una práctica con un fuerte contenido visual, por lo que constituye un escenario perfecto para la exhibición del poder y la riqueza del difunto y su familia. Así, tanto el tipo y la cantidad de combustible utilizado en la pira funeraria, como el ajuar depositado junto al muerto o las ofrendas realizadas durante la ceremonia, suponen campos en los que se puede invertir riqueza y, de esta manera, ensalzar el prestigio del difunto y su grupo familiar (Ruiz-Gálvez Priego 2007: 187; Torres Rodríguez 2013: 234).

6.2. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LOS CEMENTERIOS

En la Meseta Occidental contamos con un importante registro funerario correspondiente a la Segunda Edad del Hierro, aunque de calidad muy desigual (Sánchez Moreno 2000b: 87-103; Álvarez-Sanchís 2003c: 169-172; Bonnaud 2006: 188-196; Baquedano Beltrán 2007; M. Corbí 2008). Disponemos de necrópolis con una sola tumba publicada, como en el caso de Los Tejares (fig. 6.1) (López Jiménez y Martínez Calvo 2009), Ulaca (Álvarez-Sanchís et al. 2008) y El Cardenillo (González Cordero et al. 1990; González Cordero 1999); cementerios con miles de enterramientos excavados, como La Osera (2267 tumbas) (Cabré



Fig. 6.1. Planta del Túmulo A y conjunto de la Tumba 1 de la necrópolis de Los Tejares (según López Jiménez y Martínez Calvo 2009: fig. 6).

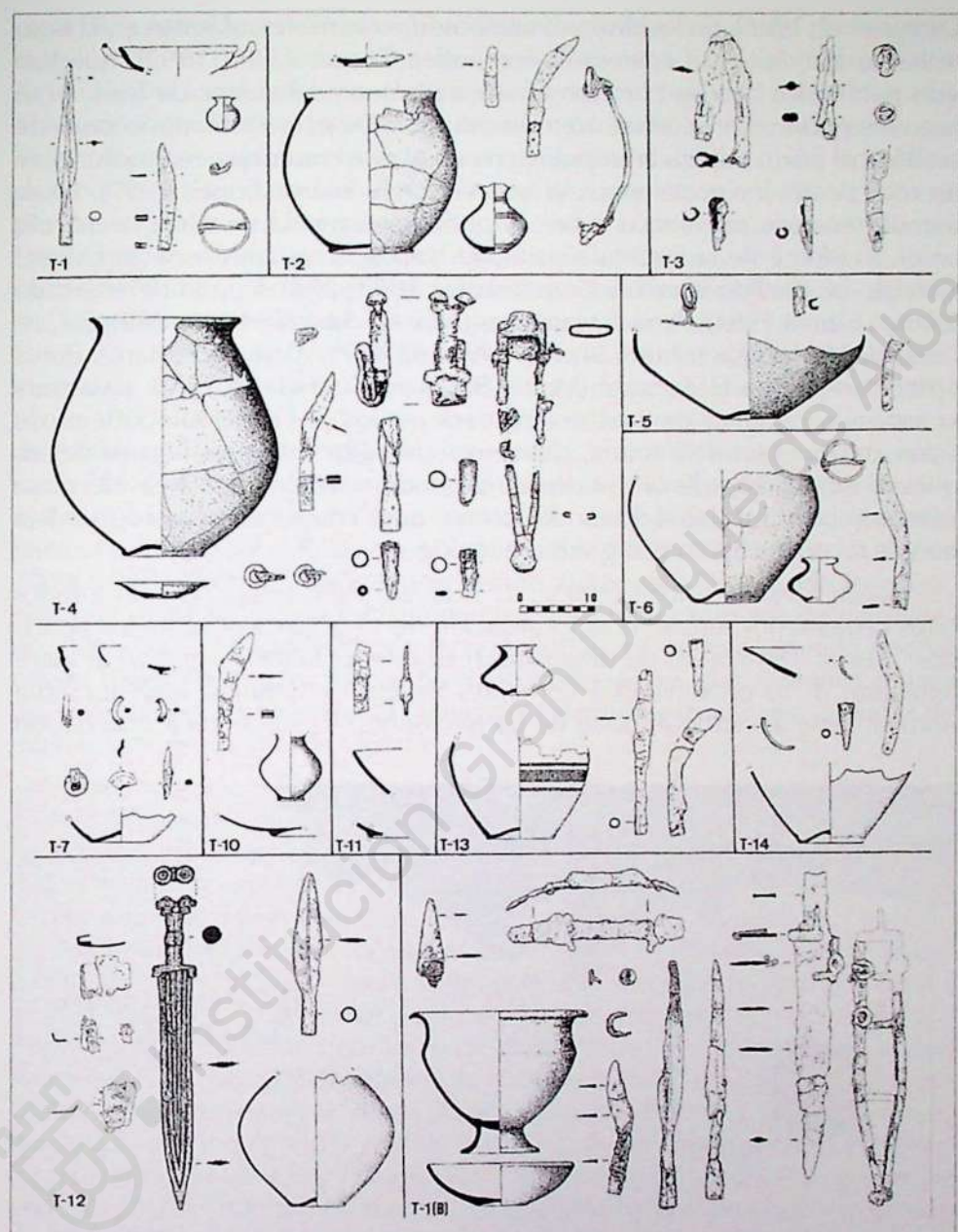


Fig. 6.2. Tumbas excavadas en las zonas A y B de la necrópolis de El Castillejo de la Orden (a excepción de las sepulturas 8 y 9) (según Martín Bravo 1999: fig. 56).

Aguiló *et al.* 1950; Baquedano Beltrán 2016) y Las Cogotas (1613 tumbas) (Cabré Aguiló 1932; Kurtz 1987) y necrópolis con unas pocas decenas de depósitos funerarios documentados, como en Pajares (33 tumbas) (Celestino Pérez 1999) y en El Castillejo de la Orden (15 tumbas) (fig. 6.2) (Esteban

Ortega et al. 1988). En los diversos núcleos funerarios descubiertos en El Raso se han exhumado 123 conjuntos (Fernández Gómez 1986; 1997), que han sido publicados con las correspondientes plantas y secciones de las tumbas (algo excepcional en nuestra área de estudio). De este cementerio procede también el único análisis antropológico con el que contamos, realizado sobre un total de 85 incineraciones (Alcázar Godoy y Suárez López 1997). Finalmente, tenemos referencias sobre la posible existencia de otras necrópolis en el occidente de la Meseta a partir de hallazgos casuales o de superficie: Sieteiglesias (Bellido Blanco y Cruz Sánchez 1993: 274), Cuesta del Mercado (Blanco García 1994), Arroyo Manzanas (Moreno Arrastio 1995: 289), El Castillejo de Valdecañas (Martín Bravo 1999: 183-187), Alconétar (Martín Bravo 1999: 164-165) y El Zamarril (Martín Bravo 1999: 141-143). Así, para toda la zona noroccidental de nuestro ámbito de estudio, es decir, el occidente de Salamanca y el sur de Zamora, carecemos de datos sobre sus lugares de enterramiento. Ello nos lleva a pensar en la continuidad en estas áreas del ritual funerario característico del mundo soteño, que, como hemos visto, no deja huellas reconocibles en el registro arqueológico.

Según Álvarez-Sanchís (2003c: 172) las características comunes a todos estos cementerios serían: 1) su localización frente a las puertas de los poblados, a unos 150-300 m de distancia; 2) su intervisibilidad respecto al asentamiento; 3) su proximidad a corrientes de agua continuas, que discurren normalmente al este o al oeste de las necrópolis; 4) su peculiar ordenación

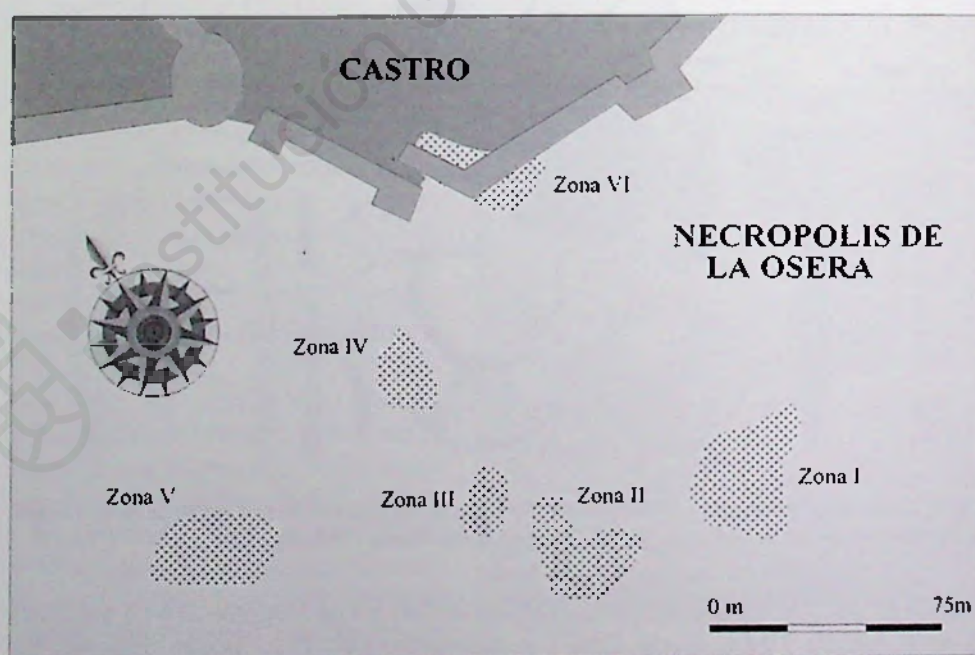


Fig. 6.3. Plano general de la necrópolis de La Osera y sus seis zonas de enterramiento (según Álvarez-Sanchís 2006: 17).

espacial, presentando distintas áreas individualizadas separadas por espacios estériles (fig. 6.3). La cremación de los cadáveres debió realizarse en *ustrina*, como los localizados en el cementerio de Los Tejares (López Jiménez y Martínez Calvo 2009: 125-127). La mayor parte de los enterramientos son incineraciones simples en hoyo o en un pequeño rebaje del suelo, sin apenas protección. Sin embargo, en determinadas ocasiones se encuentran cubiertos por estructuras tumulares y encachados de piedra (La Osera, El Raso, Ulaca y Los Tejares) o estelas (Las Cogotas). Algunos de los túmulos de La Osera se encontraban vacíos, por lo que han sido interpretados como cenotafios dedicados a personas muertas lejos de su hogar (Baquedano Beltrán y Martín Escorza 1995: 34; 1996: 180-181), explicación que cuenta con soporte etnográfico, a partir de su constatación entre diversas sociedades preindustriales africanas (Ucko 1969: 271). En esta misma necrópolis se ha documentado la presencia de estelas relacionadas espacialmente con las zonas de enterramiento excavadas por Cabré, aunque sin señalar tumbas concretas, lo que ha llevado a distintos autores a buscar una explicación astronómica a esta disposición particular (Baquedano Beltrán y Martín Escorza 1998; 2008; Pérez Gutiérrez 2009; 2010: 168-177; Baquedano Beltrán 2016: cap. 3); línea de investigación que se ha extendido recientemente a los propios túmulos del cementerio (Baquedano Beltrán y Martín Escorza 2009). Así, se ha planteado que las estelas hubieran funcionado como marcadores de los días más importantes del año (solsticios y principales fechas del calendario ritual celta), además de dibujar la constelación de Orión.

La demografía y la lectura sociológica de las necrópolis serán abordadas en el capítulo siguiente, por lo que aquí nos vamos a limitar a exponer algunas cuestiones relevantes que se pueden plantear a partir del análisis antropológico llevado a cabo en El Raso (Alcázar Godoy y Suárez López 1997). En la representación porcentual de los diferentes grupos de edad reconocidos en dicho análisis se observa una escasez de enterramientos pertenecientes a neonatos e individuos infantiles (fig. 6.4). Esta situación ha sido constatada en casi todos los cementerios peninsulares que disponen de un estudio antropológico (Baquedano Beltrán 2016: 285). Precisamente una de las tumbas infantiles, la número 79 del núcleo de «Las Guijas B», contiene un ajuar significativo que incluye una arracada de oro (Fernández Gómez 1997: 31-34), lo que nos estaría indicando la posible existencia de un rango adscrito en el seno de esta comunidad. Sobre la identificación por sexo de los distintos grupos de edad es poco lo que puede decirse, ya que solo ha podido estimarse el sexo de 26 individuos adultos (fig. 6.5). Sin embargo, resulta especialmente interesante la tumba 119, localizada en «El Romo», perteneciente a una mujer adulta, puesto que contiene una espada de frontón con su correspondiente vaina (*ibid.*: 70-71). Este caso podría relacionarse con el hecho de que «en muchas partes del mundo, cuanta más importancia social alcanza una mujer, tanto más se la clasifica simbólicamente como varón. De modo que en Benin a una Reina Madre que se haya convertido en ejemplo de éxito y fertilidad

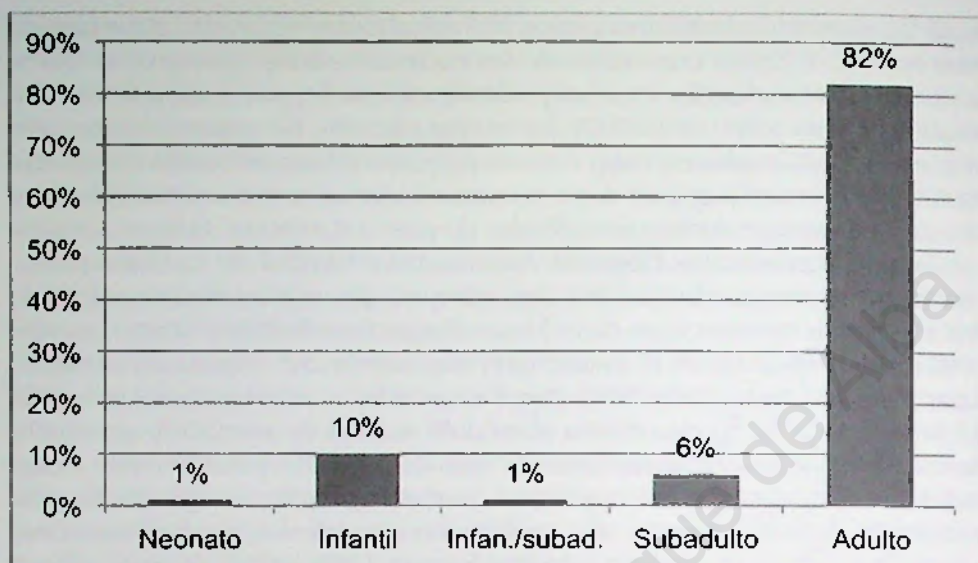


Fig. 6.4. Representación porcentual de los distintos grupos de edad reconocidos en la necrópolis de El Raso. Elaborada a partir del análisis antropológico realizado por Alcázar Godoy y Suárez López (1997).

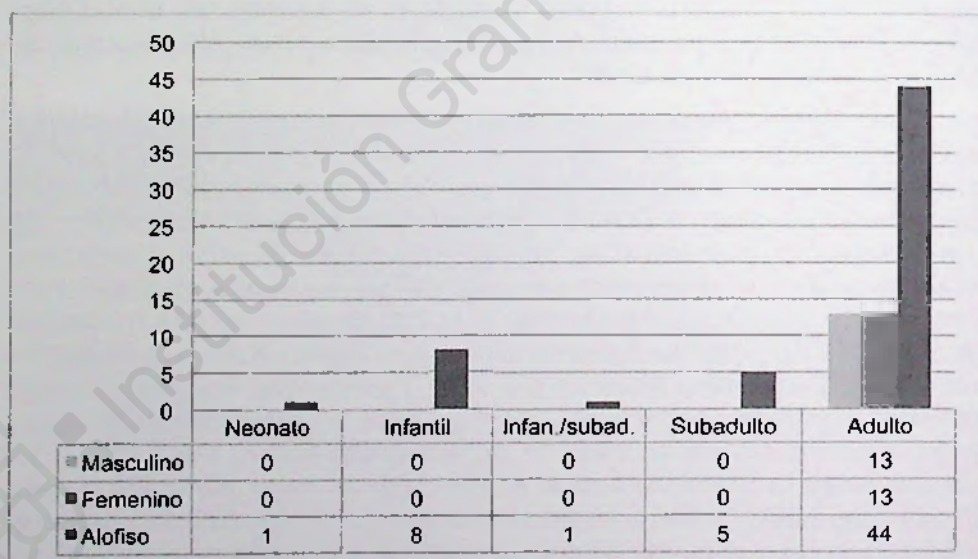


Fig. 6.5. Estimación del sexo por grupos de edad en la necrópolis de El Raso. Elaborada a partir del estudio antropológico llevado a cabo por Alcázar Godoy y Suárez López (1997).

femeninos se la trata y se la entierra como a un hombre» (Barley 2012: 112-113). Esta circunstancia nos alerta contra las oposiciones binarias de objetos típicos asignados a cada sexo en tumbas de la Edad del Hierro (Arnold 2016; Jordan 2016).

Aunque el ritual incinerador sería el mayoritario, habría convivido durante el Hierro II con la inhumación de los cadáveres, la exposición de los mismos o su descarnación, e incluso con la realización de sacrificios humanos (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 235-237; Sopeña Genzor 2008). Así, en la pequeña necrópolis de la Segunda Edad del Hierro de Arroyo Manzanas se ha podido documentar la coexistencia de inhumaciones e incineraciones (Moreno Arrastio 1995: 289), rasgo también presente en las fases III (primera mitad del s. IV a.C.) y IV (segunda mitad del s. IV-inicio del s. III a.C.) de la necrópolis toledana de Palomar de Pintado (Torres Rodríguez 2013: tabla 6.1; Pereira Sieso y Torres Rodríguez 2014: fig. 3). En estos contextos no parece que se puedan interpretar como fruto de muertes accidentales o de acciones violentas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 236). La práctica de rituales como la descarnación o la exposición de los cadáveres es conocida en la Meseta a través de las fuentes clásicas y la iconografía. Silio Itálico (*Pun.* III, 340-343) y Claudio Eliano (*De nat. anim.* X, 22) se refieren a la costumbre de celtíberos y vacceos de dejar que los buitres devoraran los cuerpos de los guerreros muertos en combate, para que estos animales sagrados transportaran el alma del difunto a los cielos. Esta práctica aparece representada, por ejemplo, en dos fragmentos cerámicos descubiertos en Numancia (Marco Simón 1993: 502 y fig. 1; Blázquez Martínez 2004: 181) y resulta similar al hábito documentado entre los Nandi de Kenia, que abandonan a sus muertos para que sean devorados por las hienas y, de esta manera, el corazón de los fallecidos pueda realizar el viaje a la tierra de los espíritus (Ucko 1969: 270). Asimismo, las fuentes literarias mencionan la realización de sacrificios humanos entre las poblaciones prerromanas del norte y el occidente peninsular, incluidos los habitantes de *Bletisama*, identificada habitualmente con Ledesma (Estrabón 3, 3, 6; 3, 3, 7; Livio *Per.* 49; Plutarco *Quaest. Rom.* 83). Quizá habría que poner en relación con los sacrificios humanos una serie de representaciones en piedra de cabezas cortadas procedentes de Yecla de Yeltes (Blázquez Martínez 1962), Plasencia (Sayans Castaños 1964), La Vera (Abad Casal y Mora Rodríguez 1979) o Candelario (en este caso bifronte) (Muñoz García 1953), aunque su datación y funcionalidad no es segura (Sánchez Moreno 2000b: 247; Álvarez-Sanchís 2003c: 313), así como un par de cráneos inhumados en la necrópolis de La Osera (Cabré Aguiló et al. 1950: 100 y 166; Baquedano Beltrán 2016: vol. I: 77-79).

6.3. LA NECRÓPOLIS DE ULACA

En septiembre del año 2002, en el marco de los trabajos de prospección del área occidental del Valle Amblés ya aludidos con anterioridad, se detectaron en la falda norte del oppidum de Ulaca una serie de remociones en el suelo que parecían corresponder a excavaciones clandestinas, seguramente llevadas a cabo con la ayuda de un detector de metales con el objetivo de localizar sepulturas con ajuares metálicos. Para comprobar la existencia en esta zona de una necrópolis de incineración de la Edad del Hierro se realizaron,

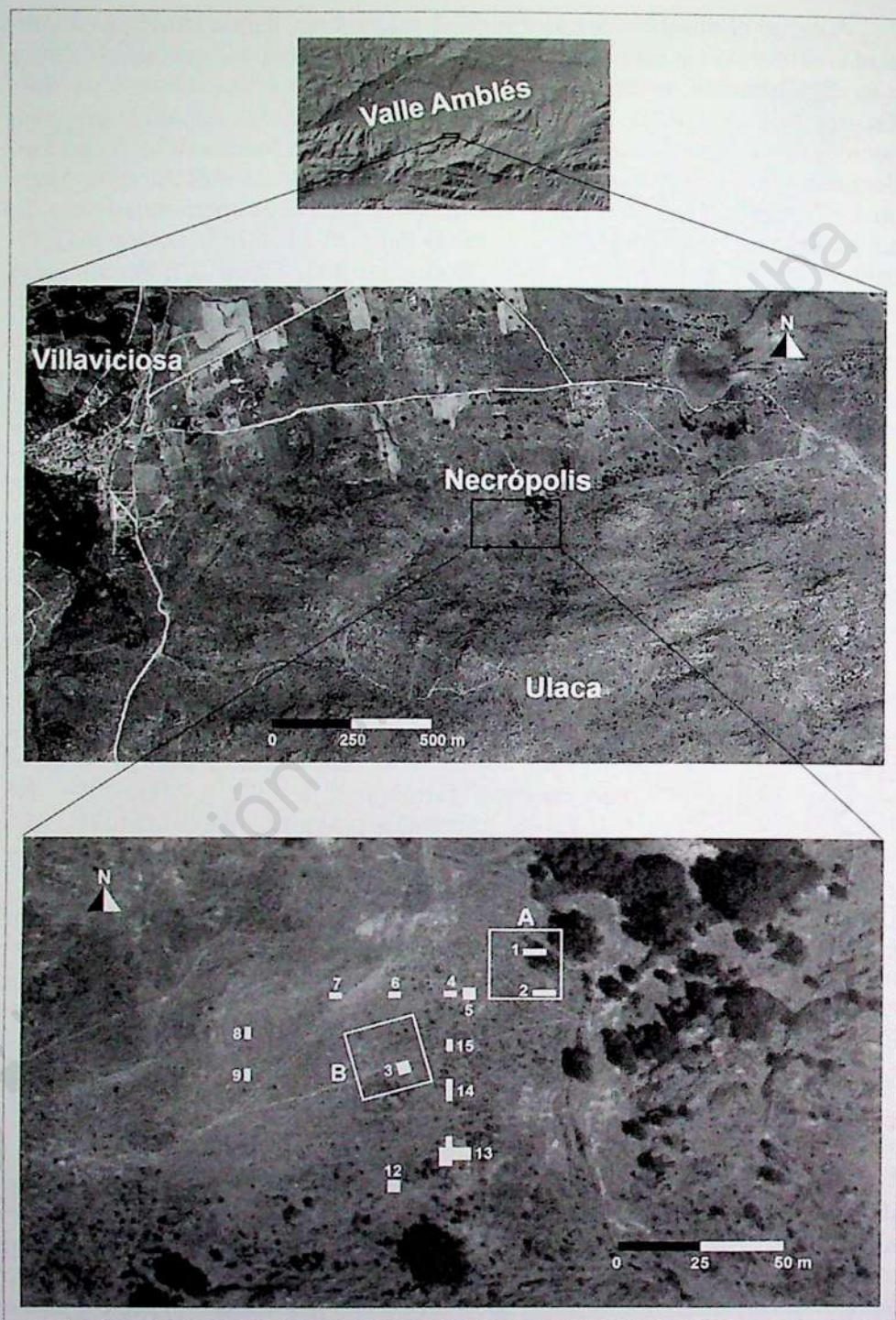


Fig. 6.6. Ubicación de la necrópolis de Ulaca, de las zonas prospectadas con el georradar (A y B) y de los sondeos realizados (1-9 y 12-15).

en septiembre de 2003, una serie de sondeos en el terreno (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2004: 107). La intervención arqueológica consistió en la excavación de trece cortes (de 2 x 1 m, ampliados en ocasiones a 2 x 2 m o 4 x 1 m), planteados en un muestreo aleatorio, en la zona baja de la ladera norte del cerro de Ulaca (fig. 6.6). La disposición de los sondeos tuvo en cuenta los resultados obtenidos previamente en una prospección con georradar (zonas A y B), llevada a cabo en esta área de pendiente suave conocida como «Fuente de Sabucedo». Mediante este método se detectaron signos claros de alteraciones en el subsuelo, aunque en los cortes 1, 2 y 3, excavados para comprobar la naturaleza de dichas alteraciones, solo se pudo constatar la presencia de pequeñas bolsadas de arena más suelta o restos de toperas (Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: 349; Álvarez-Sanchís 2011c: 204). Los sondeos 4, 6, 7, 8 y 15 resultaron también estériles, mientras que los cortes 10 y 11 planteados en un inicio no fueron finalmente excavados. En el sondeo 5 se documentó gran cantidad de cerámica, fragmentos de piezas de bronce y huesos de animales, así como parte de una fosa excavada en el terreno (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2004: 107), por lo que fue ampliado durante la campaña del año 2004, dando origen al sector A ya comentado en el capítulo anterior. Asimismo, en los cortes 9, 12 y 14 se descubrieron posibles encachados tumulares relacionados con enterramientos y muros. Por último, en el sondeo 13 se hallaron los restos de una tumba de finales de la Edad del Hierro que pasamos a describir a continuación, basándonos en la publicación de Álvarez-Sanchís *et al.* (2008: 350 y ss.) y en información inédita.

El corte 13, inicialmente de 2 x 1 m, se fue ampliando progresivamente hasta alcanzar los 14 m². Durante su excavación se localizó, bajo la fina capa superficial (UE 1), un estrato terroso suelto que contenía abundantes fragmentos cerámicos en posición secundaria (UE 4). Este estrato cubría, a unos 30 cm de profundidad, una estructura de piedras muy compacta, de planta oval, formada por lajas de granito clavadas verticalmente en el suelo (UE 100). Esta estructura estaba limitada y protegida por un gran encachado cuyos límites quedaban bien definidos en los lados septentrional y meridional, mediante otras piedras dispuestas horizontalmente (fig. 6.7.1). Dicha estructura tumular debió tener originalmente una planta casi circular, pero, posiblemente debido a las modernas labores de arado, las lajas exteriores se encontraban vencidas hacia los laterales. Constaba de una laja central, de mayor tamaño, alrededor de la cual se disponían otras de menores dimensiones. Se contabilizaron hasta un centenar de piedras, de las cuales, en torno a una veintena presentaba uno o dos cortes de cantería, entre ellas dos fragmentos de molinos reaprovechados (señalados mediante flechas en la fig. 6.7.2). Las lajas quedaban trabadas y ajustadas por medio de cuñas de piedra de pequeño tamaño y nódulos de adobe, lo que daba al conjunto un aspecto muy compacto. Esta cubierta sellaba una compleja estructura funeraria formada por dos depósitos:

1) El más reciente (UE 101) se encontraba dentro de un hoyo abierto en la tierra cenicienta (UE 102), cuya base estaba formada por un suelo de

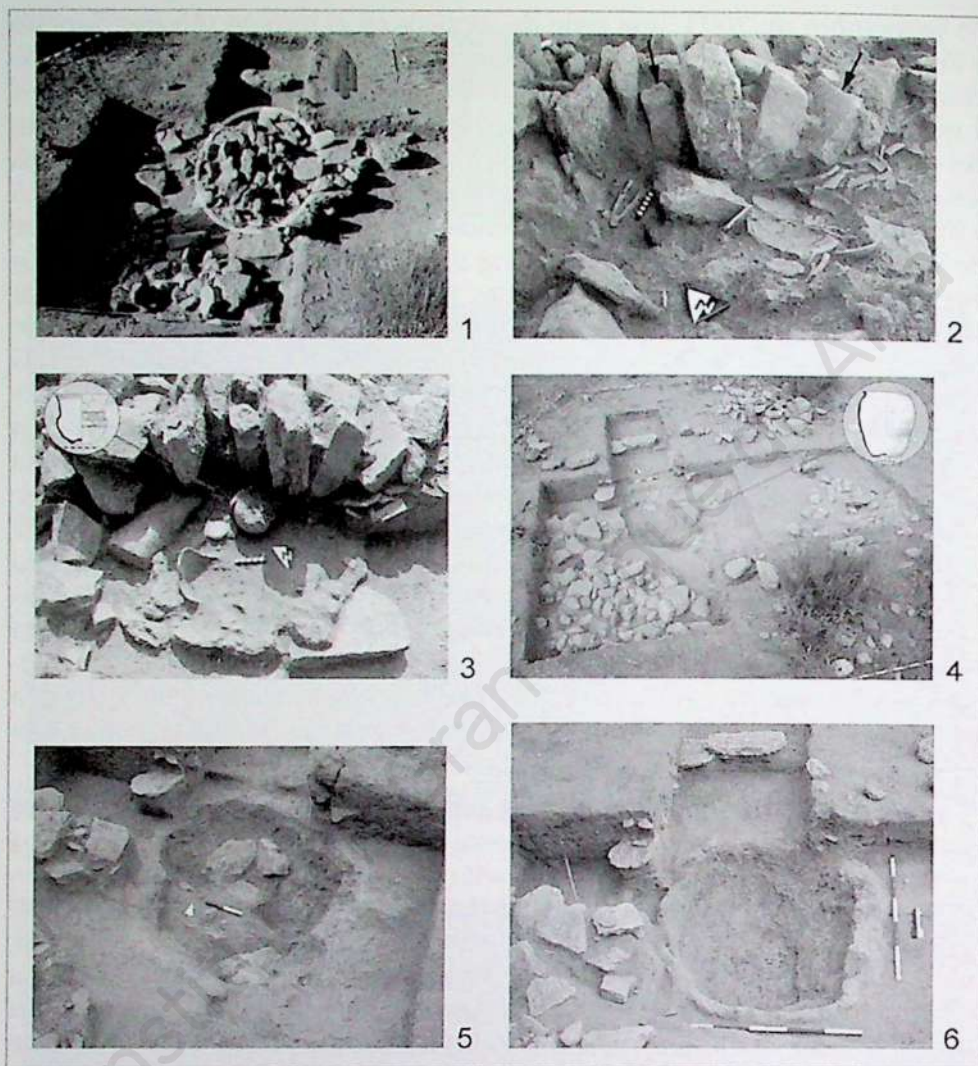


Fig. 6.7. Secuencia de la excavación del sondeo 13 (según Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: fig. 15).

pequeñas lajas colocadas horizontalmente, sobre el que apoyaba un lecho de adobes, placas de barro y fragmentos de contenedores cerámicos de grandes dimensiones (figs. 6.7.3 y 6.8). En la parte central, se localizó una urna de cerámica a torno y forma acampanada, decorada con bandas horizontales rojas a mitad del cuerpo y en el interior del borde, que incluía restos de cremación y abundantes carbones y semillas de cereal en su interior. En torno a ella se disponía un pequeño ajuar constituido por una piedra pulimentada, una aguja de hierro, las cachas metálicas de una vaina de puñal con contera discoidal, un fragmento de hoja de hierro de un cuchillo y una cuenta bitroncocónica de color amarillo realizada en pasta vítrea (figs. 6.7.2-3 y 6.9). La urna cineraria estaba sellada con una piedra colocada horizontalmente, sobre

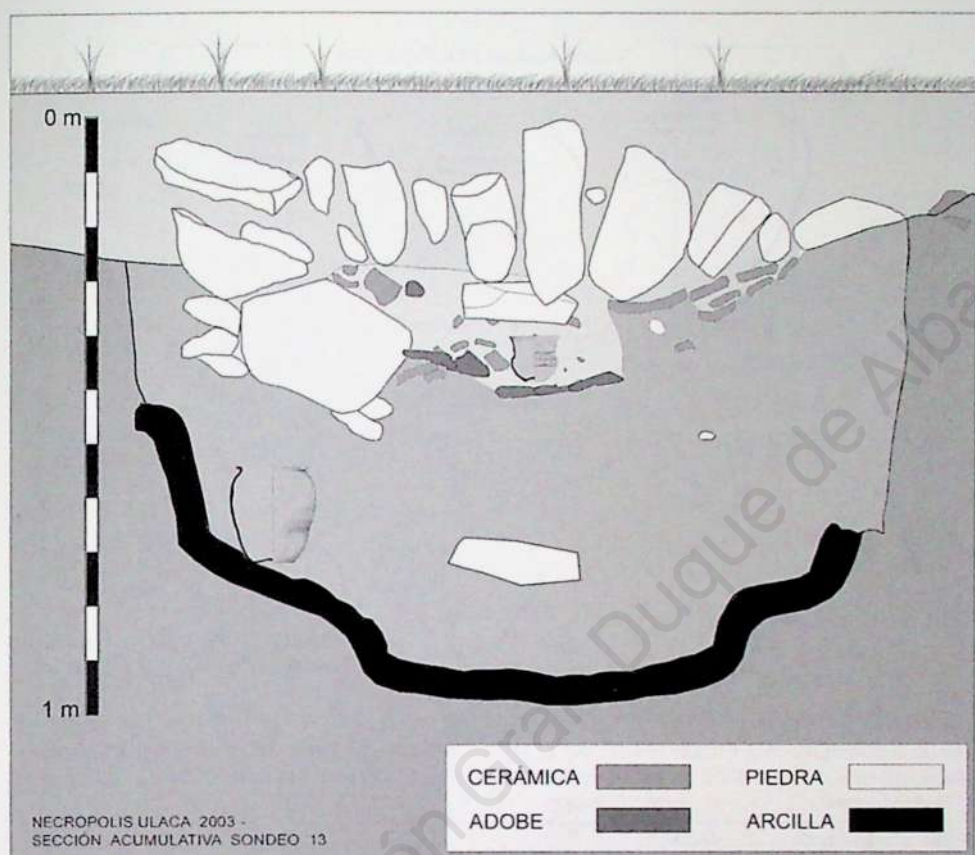


Fig. 6.8. Sección acumulativa del sondeo 13 con los dos depósitos funerarios superpuestos (según Álvarez-Sanchís et al. 2008: fig. 17, modificado).

la que apoyaba directamente la laja central del túmulo (figs. 6.7.2 y 6.8). A la misma altura de esta piedra horizontal afloraba un nivel compuesto por un número importante de fragmentos cerámicos, especialmente en el tercio occidental de la tumba, sobre los que apoyaban directamente las lajas verticales que conformaban el túmulo. En este depósito superior se han encontrado, en total, fragmentos cerámicos pertenecientes a no menos de 32 recipientes, de los cuales cinco estaban completos cuando fueron depositados. Se trata de la urna cineraria, dos ollas, una de ellas con abundantes restos de cereal, y dos cuencos (uno con bandas pintadas en el interior) (fig. 6.9).

2) Debajo de este depósito se halló una fosa revestida de barro (UE 104) que albergaba un nuevo conjunto de vasos cerámicos y otra urna con restos de cremación (UE 103) (fig. 6.7.4-5). La base del depósito cortaba el nivel geológico y estaba compuesta por un lecho de arcilla grisácea de consistencia muy dura (figs. 6.7.6, 6.8 y 6.10B). El lado oriental del mencionado lecho formaba una especie de escalón sobre el cual se depositó una urna de gran tamaño (figs. 6.7.4 y 6.8), que apareció aplastada, y en cuyo interior se encontraron restos

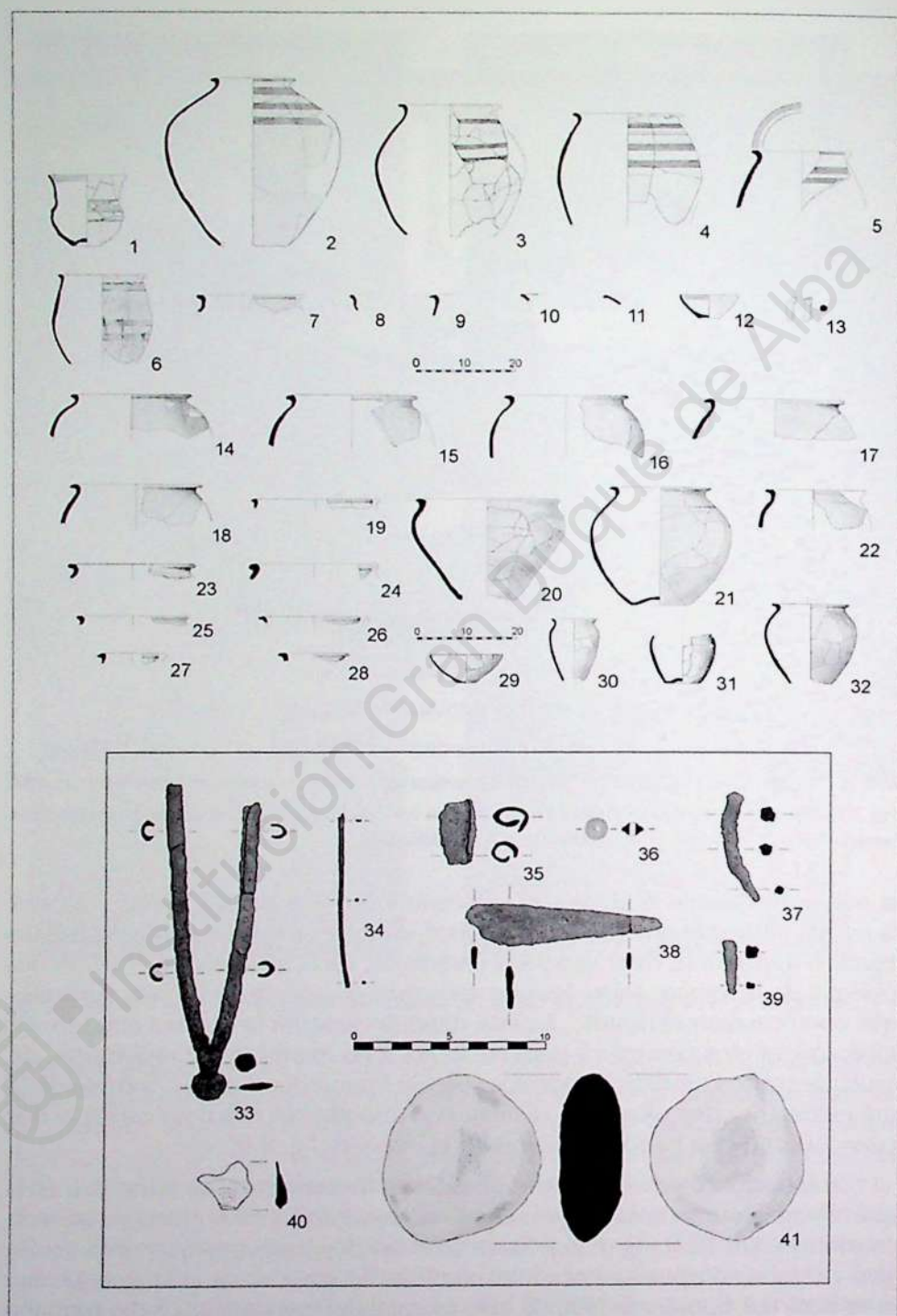


Fig. 6.9. Muestra del ajuar encontrado en el depósito superior de la tumba del sondeo 13 (según Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: fig. 18, modificado).

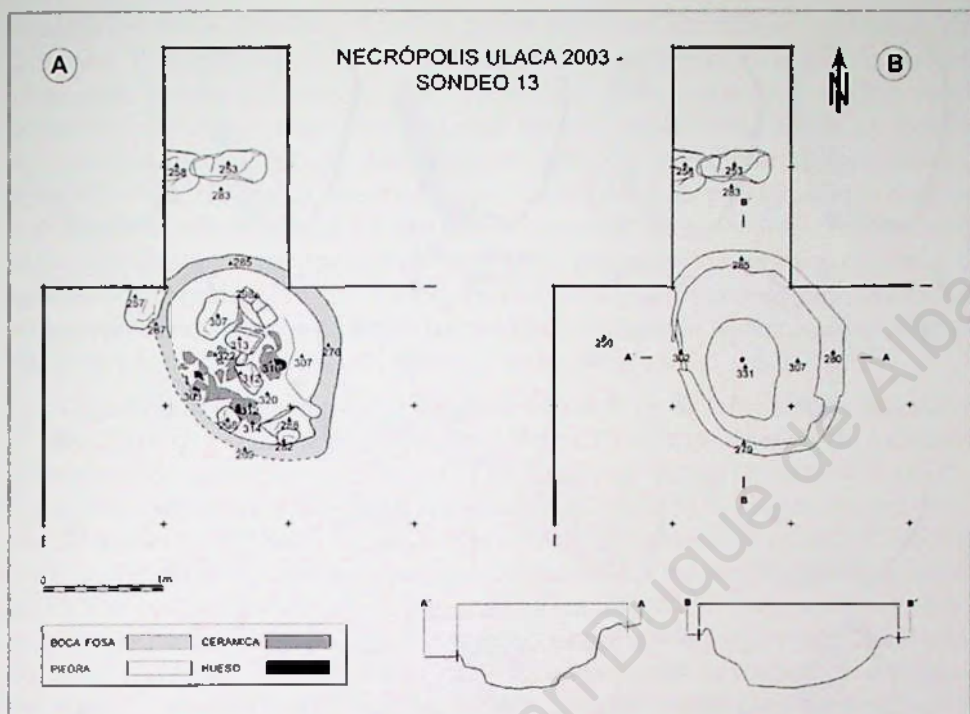


Fig. 6.10. Plantas y secciones de la fosa inferior de la tumba del corte 13. A: en proceso de excavación. B: vaciada completamente (según Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: fig. 16, modificado).

óseos quemados, algunos de ellos humanos, otros de fauna y semillas de cereal carbonizado, así como algún fragmento de cerámica oxidante. En la boca se halló una pequeña cuenta de color azul oscuro realizada en pasta vítrea y junto a la urna un regatón cónico de hierro y un canto pulido (fig. 6.11). En el relleno de la fosa aparecieron piedras de grandes dimensiones, destacando un fragmento de un molino circular, restos de huesos y un elevado número de fragmentos cerámicos (fig. 6.10A), que se corresponden con no menos de 35 recipientes, de los que ocho han podido ser reconstruidos prácticamente enteros, entre ellos la urna cineraria, otras dos vasijas análogas, una olla pequeña con asa en la boca y cuatro cuencos, dos de ellos pintados con motivos de bandas horizontales en rojo, de las cuales, en uno de los casos, penden cuatro medallones (fig. 6.11). Una gran piedra con los lados redondeados, colocada horizontalmente, sellaba el sector superior de la urna cineraria.

Así pues, se trata de una tumba de elaboración compleja, con un metro de potencia desde la base de la fosa hasta la parte superior del encachado (fig. 6.8), y formada por dos enterramientos con sus respectivos ajuares. Las similitudes existentes entre los recipientes cerámicos hallados, todos ellos realizados a torno, llevan a pensar que ambos enterramientos fueron depositados en un breve lapso de tiempo. En este sentido, cabe señalar cómo dos de los recipientes encontrados en el nivel superior (la urna cineraria y la olla que

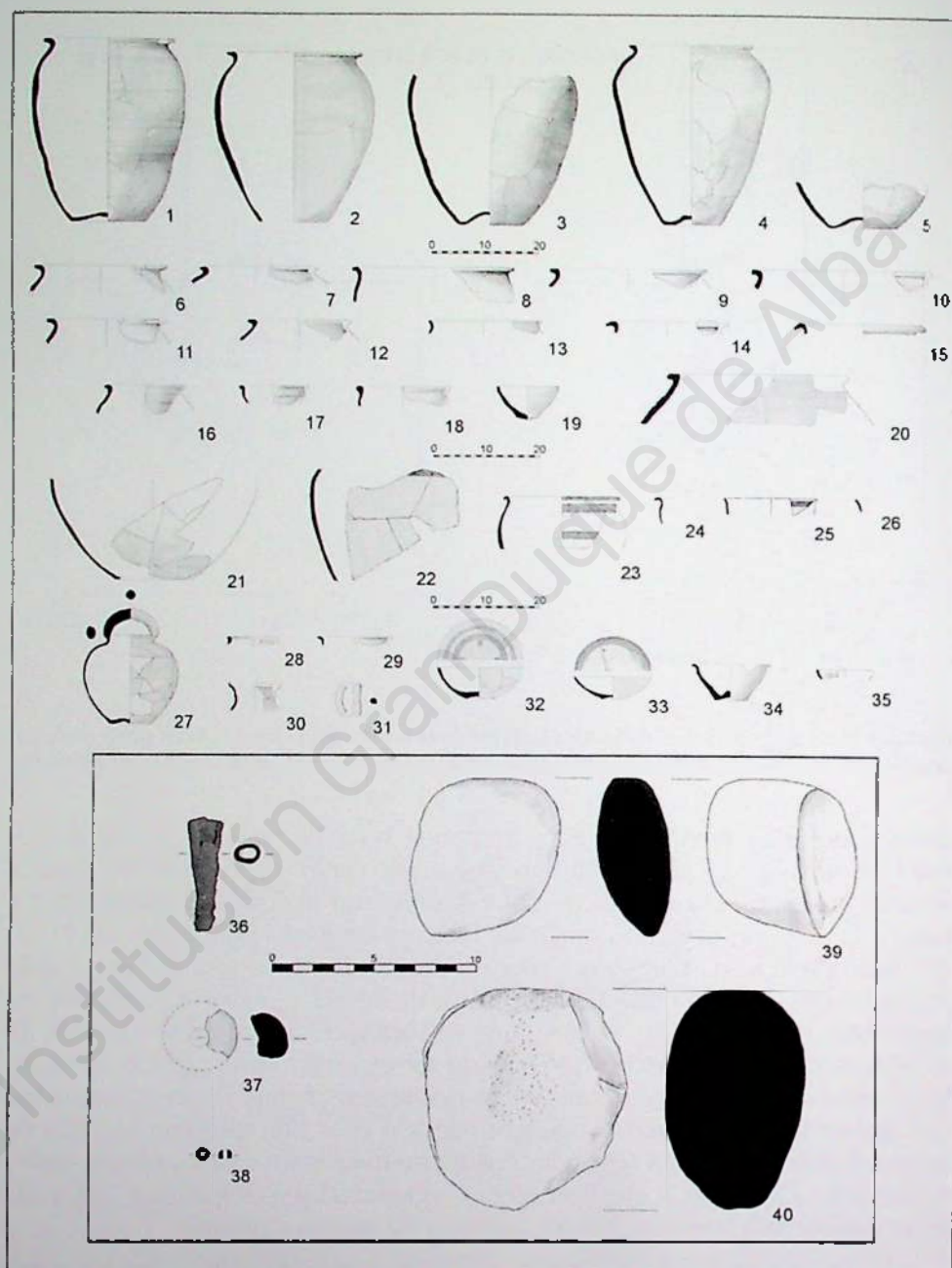


Fig. 6.11. Muestra del ajuar hallado en el depósito inferior de la tumba del corte 13.

contenía numerosos restos de cereal) estaban completos al ser depositados pero unos pocos fragmentos fueron descubiertos en la parte externa del encachado. Es muy posible que la rotura de las dos piezas se produjera al levantar dicho encachado. De igual modo, dos fragmentos de uno de los grandes vasos

localizados en el depósito inferior aparecieron en los niveles exteriores de la tumba. A partir del número de elementos que integran los dos conjuntos funerarios, parece plausible que se hubiera buscado un cierto equilibrio en el contenido de ambos depósitos. A pesar de ello, existen diferencias en lo que al ajuar cerámico se refiere. Así, la mayor parte de los recipientes del nivel inferior son lisos, de cocciones mixtas, pastas hojaldradas y desgrasantes cuarcíticos gruesos, mientras que en el superior abundan las cerámicas de cocciones oxidantes, pastas decantadas y decoraciones pintadas con motivos de líneas y bandas horizontales. De este modo, en estos dos grandes conjuntos cerámicos están representadas dos cadenas tecnológico-operativas distintas, ejemplificadas perfectamente por las dos urnas cinerarias (figs. 6.9.1 y 6.11.1).

Como ya hemos visto en el capítulo anterior, en la campaña realizada en el año 2004 se excavó alrededor del sondeo 13 con el objetivo de localizar nuevas tumbas, configurándose así el sector B (fig. 6.12). La secuencia de dicho sector comenzaba, bajo la capa de manto vegetal UE 1, con dos derrumbes de muros subactuales, que habrían servido de separación entre fincas (UEs 5 y 6) y un potente estrato terroso que cubría toda la excavación desde la línea de los 8 m hacia el norte (UE 4) (fig. 5.37). Esta última UE contenía restos cerámicos muy fragmentados y rodados y se encontraba sobre los empedrados UEs 20, 30, 51, 52, 56 y 70, así como sobre los encachados tumulares de la tumba del corte 13 y de la posible tumba UE 80. Dichos empedrados y encachados cubrían casi por completo la zona central y noroccidental de la cata (fig. 6.13), los suelos de tierra con cerámicas en posición horizontal (UEs 22, 32 y 33) y amortizaban los muros y estructuras artesanales del nivel «taller». En la zona meridional de la excavación la UE 1 cubría directamente al muro subactual UE 6, a la tumba UE 40 y a las UEs 10 y 41. Estas últimas eran dos manchas grisáceas que contenían una gran cantidad de restos cerámicos y óseos, aunque su tamaño era muy distinto, ya que mientras la UE 10 cruzaba de este a oeste toda la cata, la UE 41 y el estrato subyacente UE 42 estaban concentrados en el cuadro A3. Además, dentro del contorno de la UE 10 se encontraban las fosas UEs 14 y 15 con sus correspondientes rellenos UEs 12 y 13.

La tumba UE 40 se descubrió al terminar de levantar la UE 1 en la esquina sureste de la cata. De hecho, este rebaje afectó al límite norte de la fosa UE 43 que contenía el depósito (sección A-A' de la fig. 6.14). Inicialmente, esta tumba se definió a partir de una mancha grisácea que contrastaba con el color marrón del estrato geológico UE 9, en el que estaba excavada su fosa (fig. 6.15.1). Dicha mancha quedaba delimitada en su lado occidental por una agrupación de piedras de mediano tamaño situadas en dirección norte-sur y en su extremo oriental por otra línea de piedras en dirección noreste-suroeste (fig. 6.15.2). En la parte interna de cada agrupación de piedras apareció una concentración de restos cerámicos correspondientes, al menos, a dos vasijas casi completas (figs. 6.14A y 6.15.3), denominadas «conjunto 6» (la más occidental) (fig. 6.16.1) y «conjunto 7» (la ubicada entre los cuadros B3 y C3). Entre medias se encontraron carbones de grandes dimensiones, huesos quemados,

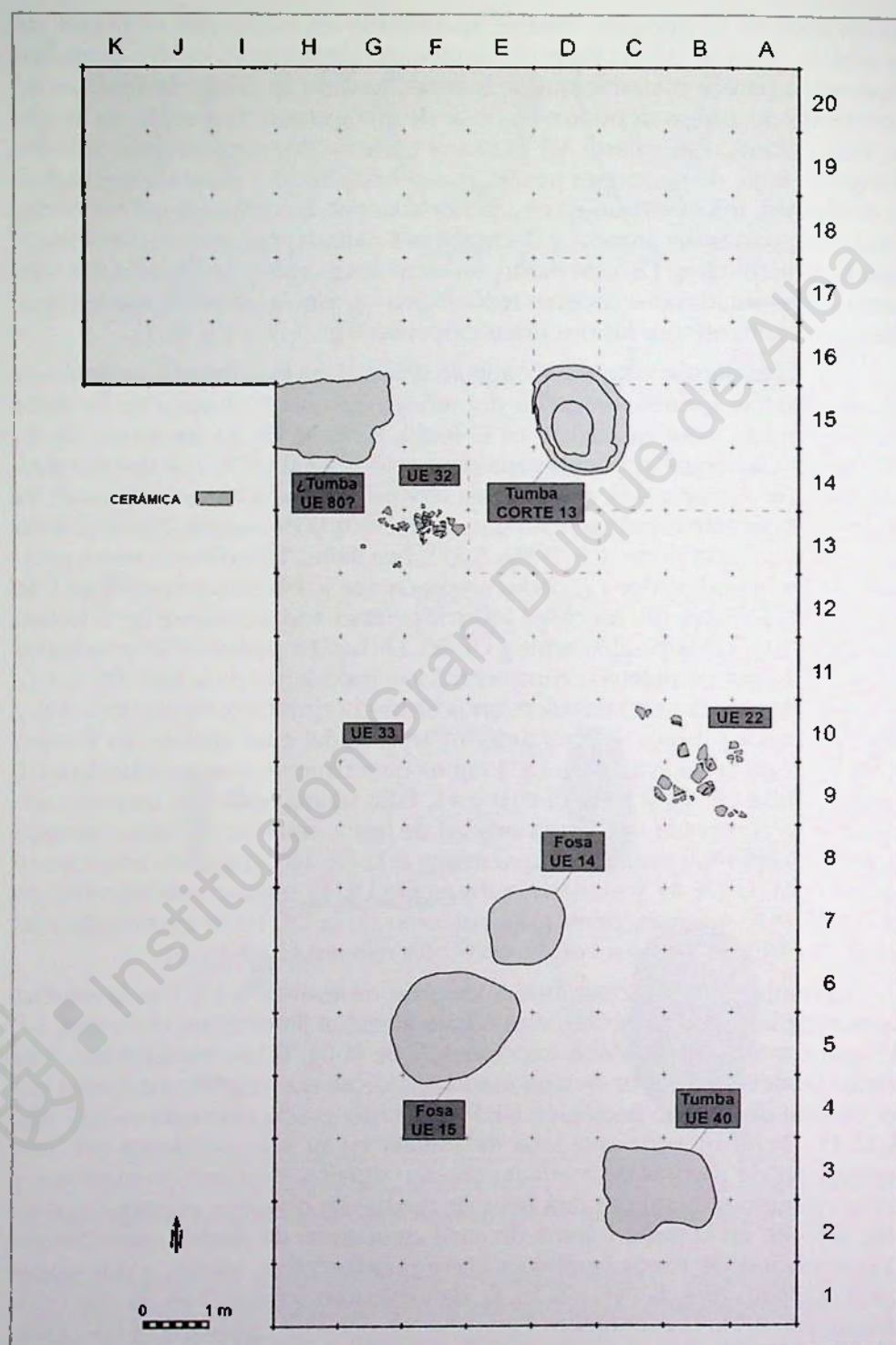


Fig. 6.12. Planimetría del sector B: nivel «necrópolis».



Fig. 6.13. Vista general del área de empedrados de la necrópolis de Ulaca (Álvarez-Sanchís et al. 2008: fig. 14).

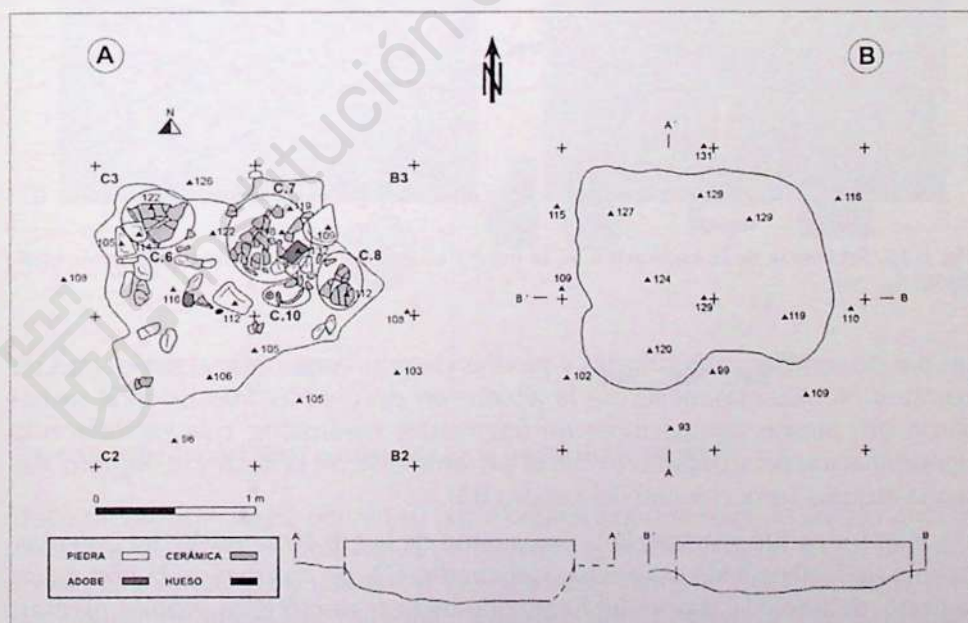


Fig. 6.14. Plantas y secciones de la tumba UE 40. A: en proceso de excavación. B: vaciada por completo.

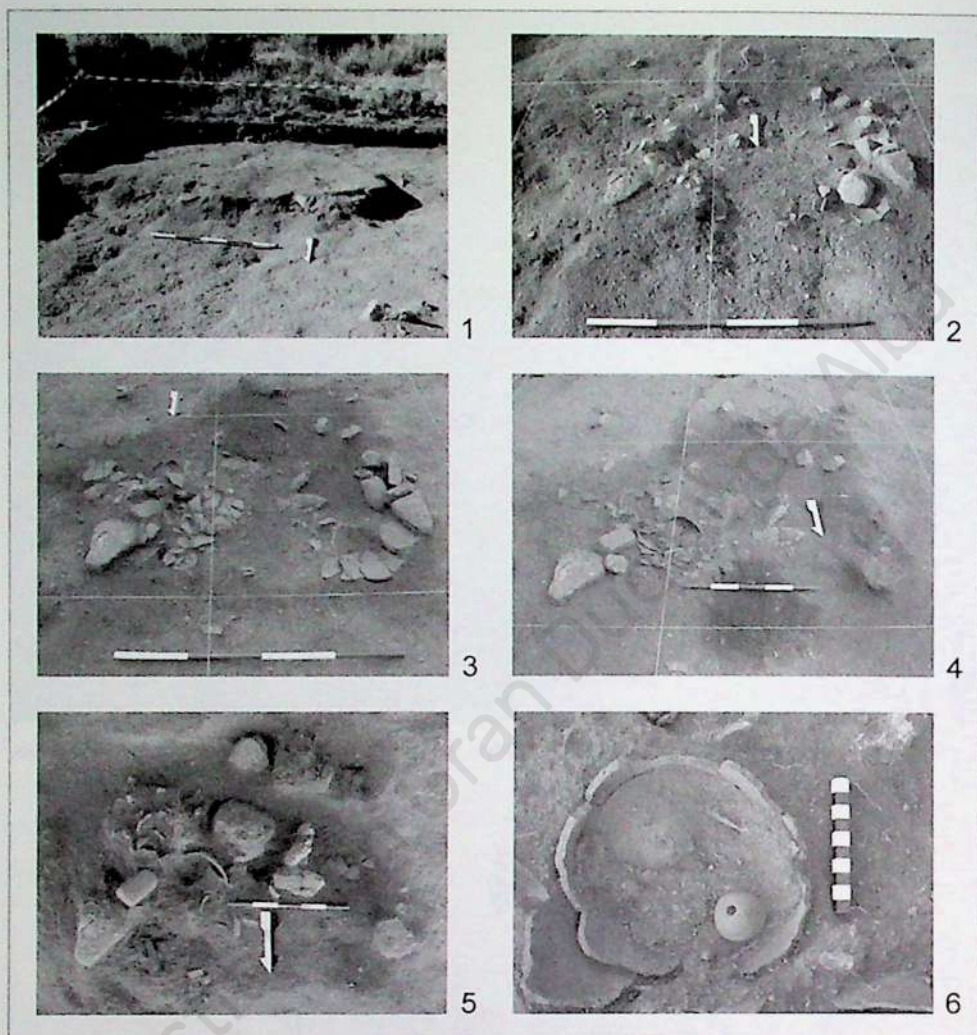


Fig. 6.15. Secuencia de la excavación de la tumba UE 40 (n.º 6 según Álvarez-Sanchís *et al.* 2008: fig. 20).

un par de semillas carbonizadas y piedras de granito con signos evidentes de combustión. Además, al sur de la alineación de piedras más oriental se hallaron dos nuevas agrupaciones de fragmentos cerámicos, que recibieron la denominación de «conjunto 8» (en el extremo este de la fosa) y «conjunto 10» (en la esquina suroccidental del cuadro B3).

Conforme fue avanzando la excavación de la UE 40 se pudo documentar, debajo de la alineación de piedras del cuadro C3, un cambio en la textura de la tierra, debido a la acción del fuego que incluso afectó a las propias piedras, así como recuperar varios trozos de carbón vegetal de grandes dimensiones. Asimismo, en el extremo sureste de la fosa, junto al conjunto 8, se localizó un

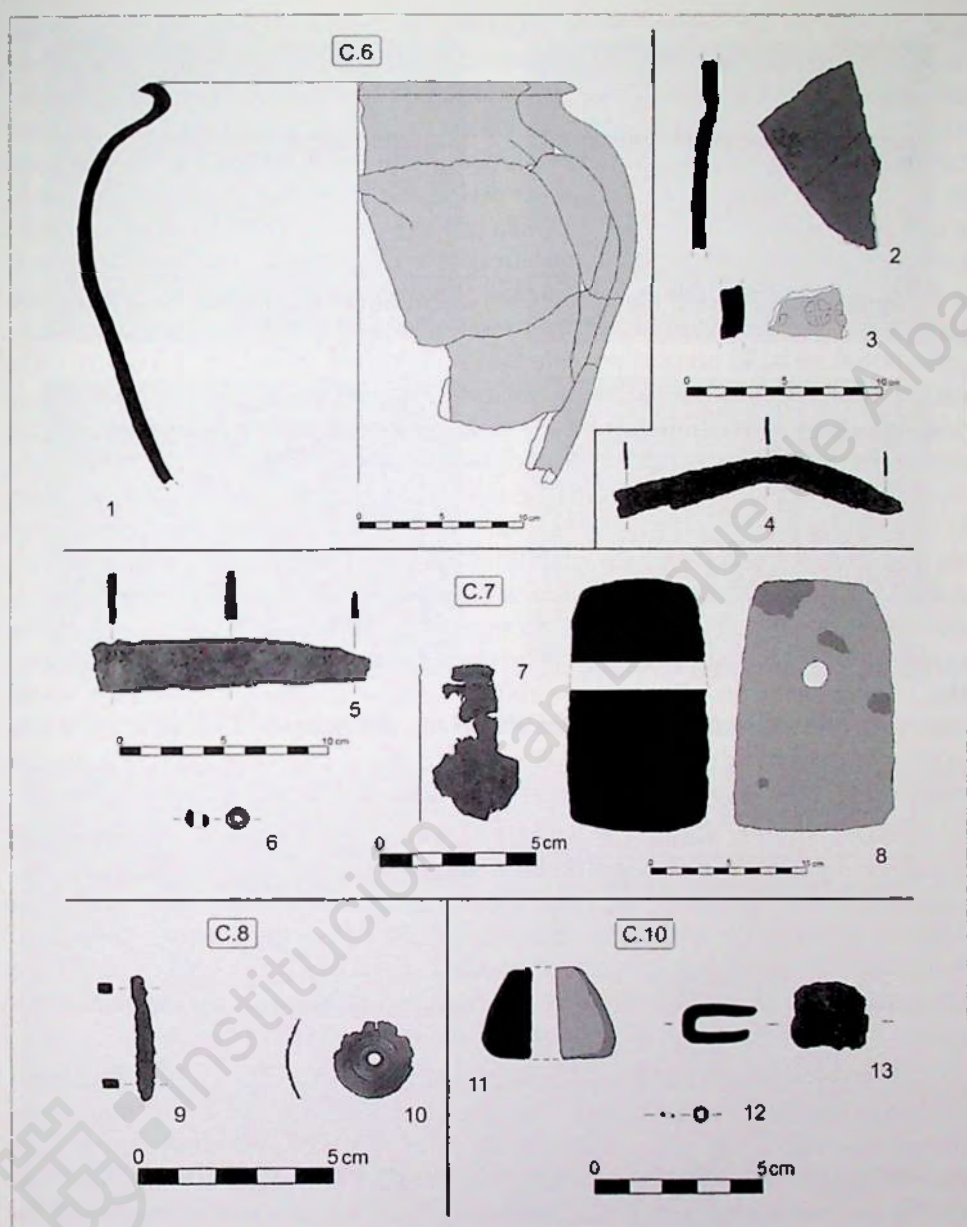


Fig. 6.16. Muestra del ajuar encontrado en la tumba doble UE 40.

disco de bronce, decorado en su parte central por una serie de líneas concéntricas (fig. 6.16.10), y una varilla de hierro fragmentada (fig. 6.16.9). De igual modo, al levantar el conjunto 7 se descubrieron varios huesos quemados, presumiblemente humanos, muy fragmentados, por lo que todo indica que este conjunto es una urna cineraria. Esta apareció en conexión, aunque aplastada, y con signos claros de combustión en gran parte de su superficie, de tal modo

que, a pesar de ser originalmente una cerámica fina oxidante, muchos de sus restos presentaban una intensa coloración negra. Asimismo, la mayor parte de sus fragmentos están exfoliados, presumiblemente por la intensa acción del fuego. En contacto directo con este conjunto se encontró una pesa de telar completa (figs. 6.15.2-5 y 6.16.8), una cuenta de collar de color azul elaborada en pasta vítrea (fig. 6.16.6), una placa de bronce con líneas incisas (fig. 6.16.7) y una hoja de cuchillo de hierro con la punta rota (fig. 6.16.5). En el caso del conjunto 10 se descubrió en su interior una fusayola troncocónica (figs. 6.15.6 y 6.16.11) y varios huesos quemados, posiblemente humanos, por lo que parece tratarse de una nueva urna cineraria. Junto a este conjunto, en su lado meridional, se halló un posible resto de caña de una vaina (fig. 6.16.13). En la esquina sureste del cuadro C3 aparecieron fragmentos de hueso quemado y carbones de gran tamaño que habría que vincular también al conjunto 10, así como la cuenta de pasta vítrea de reducidas dimensiones y color amarillo encontrada en la esquina noroeste del cuadro B2 (fig. 6.16.12). Finalmente, bajo la laja situada en el centro de la fosa, que también presentaba signos evidentes de combustión, se localizó un cuchillo afalcado de hierro en posición horizontal (fig. 6.16.4). Por su ubicación se puede considerar como parte del ajuar del enterramiento del conjunto 10, pero también se puede interpretar como un elemento empleado en el sacrificio de algún animal que acompañaría a las dos cremaciones. En este sentido cabe mencionar la aparición en la UE 40 de varios dientes de fauna. Al finalizar el vaciado del relleno de la fosa UE 43 se pudo comprobar la naturaleza más o menos plana de su suelo y la potencia máxima de toda la estructura, cercana a los 30 cm (fig. 6.14B).

En definitiva, la tumba UE 40 estaba formada por dos enterramientos con sus respectivos ajuares. A partir de las múltiples evidencias de combustión documentadas en esta estructura se puede plantear el incendio intencional de la misma, una vez depositados los diferentes conjuntos en el interior de la fosa. Esto explicaría el cambio en la textura de la tierra, la presencia de carbones de grandes dimensiones y de piedras de granito quemadas, así como la coloración negruzca y el nivel de exfoliación del conjunto 7.

La posible tumba UE 80 se localizó al limpiar la UE 4 al oeste del sondeo 13, en la línea de los 15 metros. Su aspecto inicial era el de un encachado formado por lajas clavadas verticalmente en el terreno, delimitado en su lado meridional por otras lajas dispuestas horizontalmente, de modo análogo a la tumba del corte 13 (fig. 6.17.1). Este encachado se realizó introduciendo las lajas en un agujero excavado en la tierra (UE 82), de modo que esta estructura corta los suelos UE 58 (al norte) y UE 32 (al sur). En el nivel superficial del encachado apareció un tahalí triangular de hierro con una decoración de líneas paralelas (fig. 6.18), similar a los encontrados formando parte de la vaina de un puñal en las tumbas 4, 9, 17 o 27 de la necrópolis burgalesa de Villanueva de Teba (Ruiz Vélez y Elorza Guinea 1997: fig. 8; Ruiz Vélez 2005: figs. 5, 8 y 10; Pablo Martínez 2010: 373). Al quitar las lajas verticales de la UE 80 se comprobó la existencia de otra hilada de lajas colocadas verticalmente y de

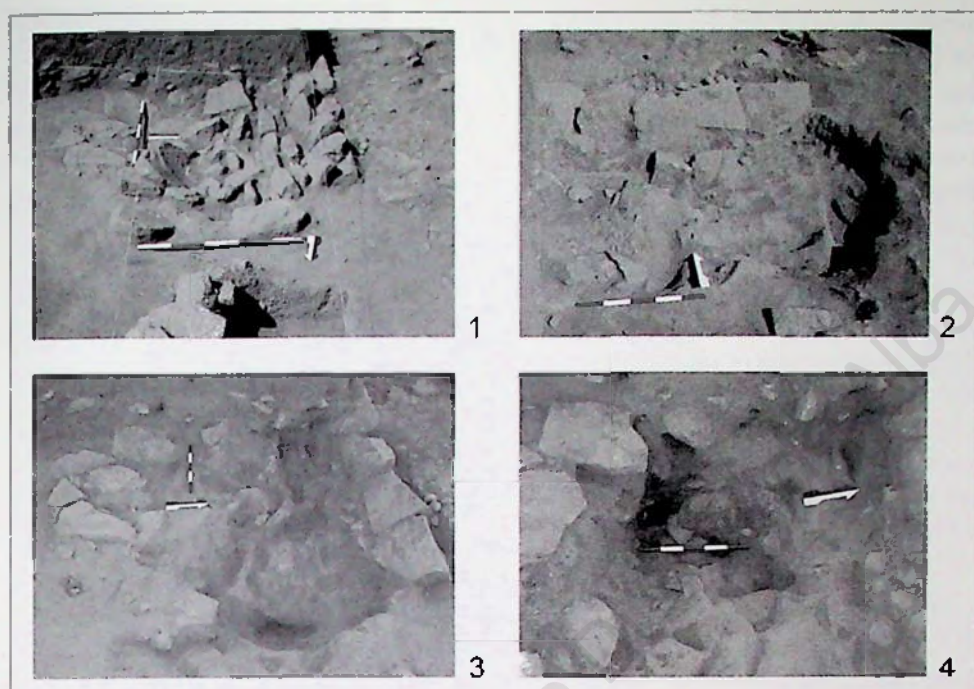


Fig. 6.17. Secuencia de la excavación de la posible tumba UE 80.



Fig. 6.18. Tahalí metálico hallado en el nivel superficial de la posible tumba UE 80.

un revestimiento de arcilla de la fosa UE 82. Además, se descubrieron algunas cerámicas entre las piedras (fig. 6.17.2), una de ellas con decoración pintada bícroma (en rojo y marrón oscuro), y una cuenta bitroncocónica de color azul realizada en pasta vítrea (fig. 6.19A). Bajo este segundo nivel de lajas apareció concentrado junto al perfil de la cata un estrato más oscuro y terroso denominado UE 81, que contrastaba claramente con el color blanquecino y la textura

arcillosa de la UE 80. En esta UE 81 se hallaron una serie de fragmentos cerámicos (fig. 6.17.4), abundantes restos de carbones y una fusayola (fig. 6.19B). Debido a la finalización de la campaña de excavación solo se pudo documentar el techo de la UE 81. No obstante, a partir de las similitudes de esta estructura con la tumba del sondeo 13 pensamos que es en este nuevo estrato en el que se encontraría el enterramiento. En conjunto, de esta posible estructura funeraria se extrajeron más de 70 lajas de entre 30 y 60 cm de longitud, además de una treintena de piedras más pequeñas que habían sido empleadas a modo de cuñas para calzar las lajas.

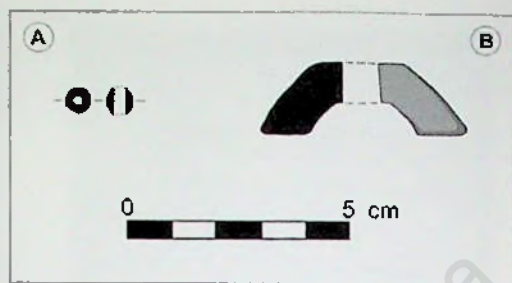


Fig. 6.19. Cuenta de collar de pasta vítrea (A) y fusayola (B) encontradas en la posible tumba UE 80.

Por otro lado, al sur del sector B la gran mancha grisácea UE 10 contenía, como hemos comentado anteriormente, una gran cantidad de restos cerámicos y multitud de huesos de gran tamaño, así como bastantes escorias, algunos fragmentos de adobe y piedras menudas, por lo que puede interpretarse como un nivel de basurero parecido a la UE 2 del sector A. Esta UE 10 ganaba potencia en su zona más septentrional, donde se localizaron las fosas UEs 14 y 15 (figs. 6.12 y 6.20). Los rellenos de ambas fosas (UEs 12 y 13) contienen el mismo tipo de materiales que la UE 10, aunque la tierra salía más suelta y más oscura, debido a la presencia de pequeños fragmentos de carbón. La fosa más septentrional (UE 14) tenía aproximadamente un metro de diámetro y una profundidad de unos 40 cm, mientras que la fosa más meridional (UE 15) superaba el metro y medio de diámetro y alcanzaba el metro de profundidad. En el perfil de esta última fosa apareció una fíbula de bronce en omega completa, aunque fragmentada (fig. 6.20). Dicha fosa recuerda por su forma y profundidad a la tumba del corte 13, por lo que podría haber sido excavada para albergar un nuevo enterramiento, pero al no ser utilizada para este fin se dedicó a basurero.

En suma, los trabajos arqueológicos desarrollados en la falda norte de Ulaca entre los años 2003 y 2004 han posibilitado el descubrimiento de la necrópolis del *oppidum* o, al menos, de una de sus áreas de enterramiento (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2004: 107; Ruiz Zapatero 2005a: 35-36; Álvarez-Sanchís et al. 2008: 349-359; Álvarez-Sanchís 2011c: 204-206). Su ubicación, a unos 250 metros en línea recta con respecto al poblado, se ajusta a las características típicas del emplazamiento de los cementerios documentados en la Meseta Occidental (Álvarez-Sanchís 2003c: 172 y figs. 67 y 68). Se trata de una necrópolis de incineración con encachados tumulares y sepulturas en hoyo. Los empedrados tumulares hallados hasta ahora no tienen el tamaño de los encontrados en La Osera (Cabré Aguiló et al. 1950; Baquedano

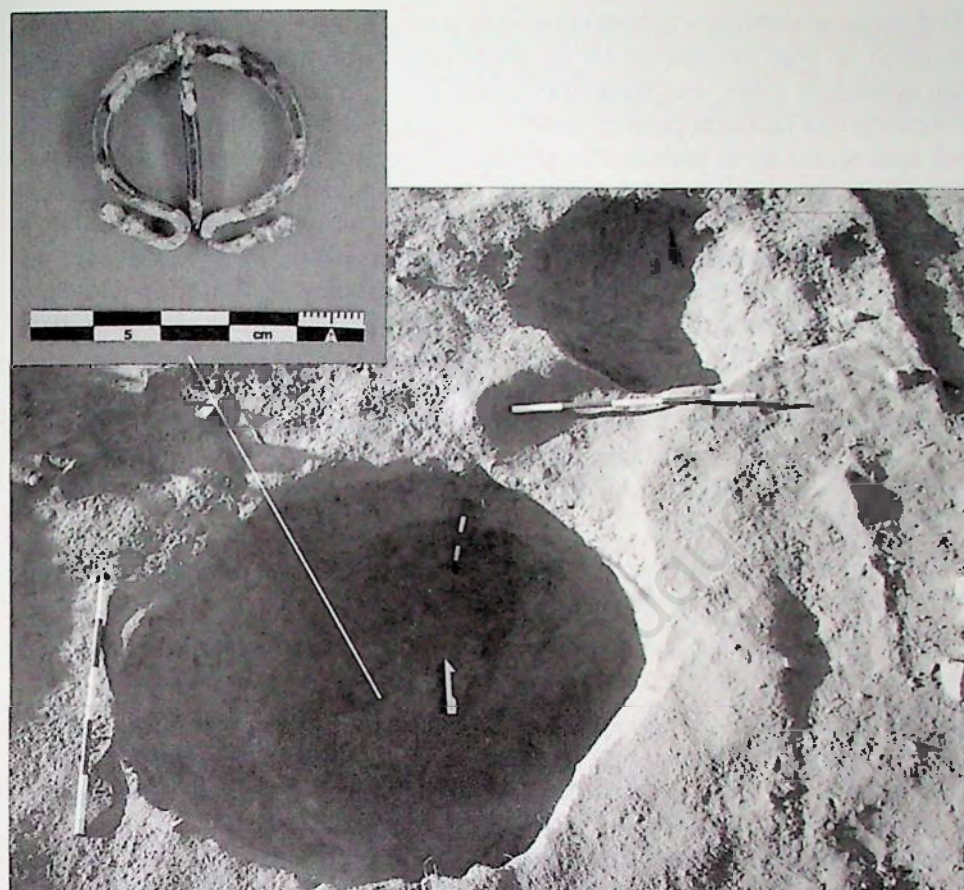


Fig. 6.20. Fosas UE 14 y 15 y fibula de bronce en omega aparecida en esta última.

Beltrán 2016) o El Raso (Fernández Gómez 1997), pero hay que tener en cuenta la mayor antigüedad de dichos cementerios. Por otra parte, los diversos agujeros practicados por los excavadores furtivos en esta zona sugieren la posibilidad de que buena parte de los enterramientos sean simples sepulturas de incineración en hoyo, como en la cercana necrópolis de Las Cogotas (Cabré Aguiló 1932).

Las estructuras funerarias descubiertas en estos trabajos recientes revisten el mayor interés, debido a su notable singularidad. La excavación de la tumba del sondeo 13 ha revelado un tipo de enterramiento no documentado hasta el momento en otros cementerios del occidente de la Meseta. Asimismo, la tumba UE 40 sobresale por el posible incendio intencional de sus enterramientos, una vez dispuestos en el interior de la fosa, además de por su carácter de tumba doble, aunque la presencia de enterramientos dobles e incluso triples no es desconocida en otras necrópolis de la Edad del Hierro como, por ejemplo, la de El Raso (Fernández Gómez 1997: 163-164). Igualmente, en la tumba UE

80 destaca el doble encachado que cubre el posible depósito funerario. No obstante, lo más interesante de las estructuras funerarias localizadas es que han aparecido sobre una zona que, como vimos en el capítulo previo, anteriormente fue utilizada para emplazar una serie de instalaciones artesanales. Así, este sector de la falda norte de Ulaca parece haber estado funcionando durante un tiempo como una zona de talleres, que posteriormente habría sido amortizada de forma deliberada y utilizada como área de enterramiento. De todas maneras, el número de tumbas descubiertas es muy reducido, por lo que la zona excavada podría pertenecer a un sector periférico de la necrópolis, cuya área central estaría más al este (Álvarez-Sanchís et al. 2008: 357). Otra posibilidad es que se trate de depósitos funerarios pertenecientes a los artesanos que trabajaron en los talleres existentes en esta zona, como se ha propuesto en el caso de los dos enterramientos encontrados en el barrio artesanal de Carralaceña, en el complejo arqueológico de *Pintia* (Padilla-Pesquera de Duero, Valladolid) (Sanz Mínguez et al. 1993; Sanz Mínguez y Romero Carnicero 2007b: 75-76).

Finalmente, contamos con diversos elementos para establecer la cronología de las tumbas descubiertas al pie del *oppidum* de Ulaca:

1) El *terminus post quem* de finales del s. II a.C. proporcionado para el nivel de necrópolis por la moneda de *Arekorata* hallada en el sector B (fig. 5.38).

2) Los materiales recuperados en la tumba del sondeo 13, fundamentalmente cerámicas torneadas de los momentos finales de la Edad del Hierro, piezas metálicas como la vaina de puñal con contera discoidal perteneciente a un posible tipo biglobular y las dos cuentas de collar de pasta vítrea, sitúan la cronología de esta estructura funeraria en un momento avanzado del siglo II a.C., llegando incluso a alcanzar el s. I a.C., en el contexto de las guerras sertorianas. Esto explicaría la aparición en superficie, entre las piedras del encachado, de una punta de ballesta de tipología romana (Álvarez-Sanchís et al. 2008: 355), así como la similitud existente entre la urna cineraria del depósito superior de esta tumba (fig. 6.9.1) y el vaso D de la tumba 1 exhumada en el citado barrio artesanal de Carralaceña, cuya cronología se ha fijado a comienzos del siglo I a.C. (Sanz Mínguez et al. 1993; Sanz Mínguez y Romero Carnicero 2007b: 76).

3) La aparición en la tumba UE 40 de unos pocos fragmentos pertenecientes a cerámicas negras bruñidas, cuya producción se ha fechado entre inicios-mediados del siglo II a.C. y época sertoriana (Sanz Mínguez 1998: 161-162, 312-314, fig. 160 y lám. XXVII; Blanco García 2010: 284-286 y fig. 27; Sanz Mínguez et al. 2010b; Romero Carnicero et al. 2012).

4) La presencia en el nivel superficial del encachado superior de la posible tumba UE 80 de un tahalí metálico (fig. 6.18), posiblemente perteneciente a un puñal de filos curvos, modelo que se desarrolló a lo largo del s. II y buena parte del I a.C. (Pablo Martínez 2010: 389). Asimismo, la documentación entre los dos encachados de unos fragmentos correspondientes a una

cerámica con decoración pintada bícroma de bandas, líneas y posiblemente frisos metopados (la pintura está muy deteriorada), un tipo de producción que se suele datar en el siglo I a.C. o incluso en fechas posteriores (Sanz Mínguez 1998: 306).

En conjunto estas evidencias cronológicas apuntan hacia los comienzos del siglo I a.C. como el momento de uso de esta zona de enterramiento, encuadre temporal que encaja muy bien con la cronología propuesta hasta ahora para la fase final de ocupación del *oppidum* (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 46; Álvarez-Sanchís 2003c: 166; Ruiz Zapatero 2005a: 37).

7. TECNOLOGÍAS Y ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA EN LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO



Institución Gran Duque de Ana

7.1. ESPECIALIZACIÓN ARTESANAL: CERÁMICAS A TORNO, ESPADAS Y VERRACOS

En conjunción con la emergencia en nuestra zona de estudio de los *oppid* se constata una especialización de la producción artesanal, que tendrá en las cerámicas realizadas a torno, ciertos tipos de armas y las famosas esculturas de toros y cerdos, popularmente conocidas como «verracos», algunos de sus mejores exponentes. No obstante, al menos en el caso de la alfarería, la producción especializada convivirá inicialmente con la desarrollada a nivel doméstico. Según Hernando (2002: 56 y ss.) existe una relación estructural entre la especialización del trabajo y el aumento de la división de funciones, la complejidad socioeconómica, el control material de la naturaleza no humana, el desarrollo de la individualidad, la objetivación de los fenómenos naturales y el uso de modelos metafóricos (científicos) para explicar las dinámicas de la naturaleza; por ello, la documentación de una producción especializada denotaría la presencia y acrecentamiento del resto de factores. Han sido numerosos los autores que han tratado de definir el concepto de «especialización» (p. ej. Rice 1981: 220; Tosí 1984: 23; Brumfiel y Earle 1987; Clark y Parry 1990; Costin 1991: 3-4). Por nuestra parte creemos que una buena definición del mismo sería la propuesta por Arnold y Munns (1994: 475): «the production of substantial quantities of goods or services well beyond local or personal needs, and whose production is generally organized, standardized, and carried out by persons freed in part from subsistence pursuits». Así, la especialización es una manera de organizar la producción que se distingue del modo de producción doméstico por la mayor cantidad de tiempo empleado en una determinada actividad, la mayor proporción de sustento de la unidad familiar que es obtenido a partir de dicha actividad, la existencia de un título, nombre o cargo reconocido para la persona o actividad desempeñada y el pago en dinero o en especie por los productos elaborados por el especialista (Rice 1981: 219). La especialización puede estar organizada de muchas maneras diferentes por lo que hay múltiples tipos de especialización (Costin 1991: 4 y ss.): independiente o adjunta (sometida al control de las élites), dispersa o concentrada (los especialistas están distribuidos por el territorio o establecidos en un único lugar), a pequeña escala (basada en la unidad familiar) o a gran escala y a tiempo parcial o completo. Las principales evidencias arqueológicas

que, al menos a nivel teórico, nos permiten identificar este modo particular de organización de la producción son de dos tipos, directas e indirectas (*ibid.*: 18 y ss.). Entre las primeras contamos con la posible localización de las materias primas utilizadas, de las áreas de actividad artesanal, de las herramientas empleadas o de los residuos generados. Las evidencias indirectas, por su parte, se basan principalmente en las características que presentan los productos finales, como su estandarización o su variación regional (que puede deberse a la existencia de diferentes sistemas de producción o talleres), así como en ciertos factores como el nivel de habilidad de los artesanos o su eficiencia, que se pueden comprobar a través de análisis arqueométricos y del concurso de la arqueología experimental. Teniendo en mente todas estas cuestiones, a continuación vamos a analizar la cadena tecnológico-operativa de la alfarería, la metalurgia y la cantería en la Meseta Occidental durante la Segunda Edad del Hierro.

7.1.1. Alfarería: producción doméstica y especializada

a) La arcilla: habitualmente los centros alfareros suelen situarse en lugares que cuentan en sus cercanías con las materias primas básicas para la elaboración de cerámica: arcilla, agua y combustible vegetal (Rice 1987: 117; Coll Conesa 2000: 192). Así, la extracción de la arcilla suele realizarse en la proximidad de los sitios de producción, como queda constatado en los análisis arqueométricos realizados en el yacimiento soriano de Izana (García Heras 1994a; b), en el barrio artesanal de Carralaceña (Escudero Navarro 1999a) o en el sitio salmantino de la Cuesta de Santa Ana (Soto García *et al.* 2014), aunque en estos mismos enclaves se han podido documentar cerámicas elaboradas con arcillas de origen foráneo. Por ello, en el caso del taller alfarero de Las Cogotas se ha planteado la obtención de la arcilla en los cercanos lechos del río Adaja y el arroyo Rominillas (Padilla Fernández 2011: 118; 2016: 267) y en La Mesa de Miranda se ha descubierto recientemente un posible barrero junto al arroyo Matapeces, del cual se extraerían arcillas que no solo servirían para elaborar cerámicas sino también adobes y ladrillos (López García 2012: 69-72). La obtención de la arcilla se haría mediante el uso de azadones, azadillas y alcotanas de hierro (Padilla Fernández 2011: 119; 2016: 266), como los encontrados en las excavaciones realizadas en Las Cogotas (Cabré Aguiló 1930: 101-102 y láms. LXXIV-LXXV) o El Raso (Fernández Gómez 2011: 340 y fig. 524).

En las excavaciones emprendidas entre 1986 y 1990 en el *oppidum* de Las Cogotas se consiguió documentar un área de trabajo destinada a la producción de cerámica a torno, compartimentada en varias dependencias que en conjunto ocupan más de 300 m² (fig. 7.1) (Mariné y Ruiz Zapatero 1988: 51 y 53; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 220-221; Álvarez-Sanchís *et al.* 1998: 84-85; Álvarez-Sanchís 2003c: 156; Salas Lopes 2008; Padilla Fernández 2011). Las distintas estancias localizadas en este complejo alfarero

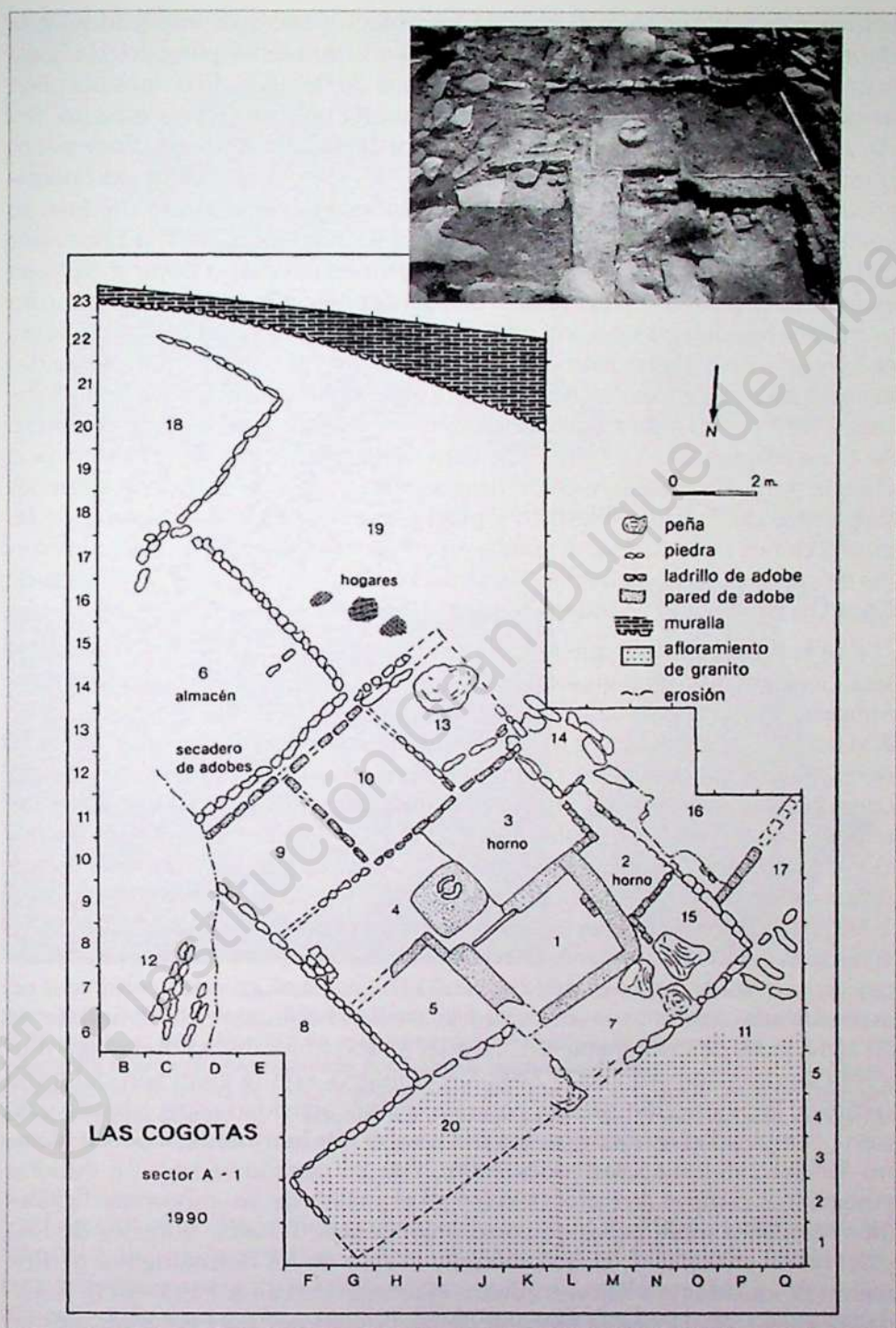


Fig. 7.1. Planimetría general y foto de detalle del alfar de Las Cogotas (modificado a partir de Álvarez-Sanchís 2003b: fig. 33; 2003c: fig. 60).

permiten reconstruir en gran medida los procesos técnicos implicados en la elaboración de piezas cerámicas. Así, los muros de piedra paralelos de la estructura 12 se han interpretado como un canal de desagüe de un posible pilón de decantación no conservado, pero que estaría ubicado en los espacios 8 y 20, zonas muy afectadas por la erosión y por la presencia de un afloramiento granítico. De igual modo, las estructuras 1, 5 y 7 podrían haber sido piletas en las que la arcilla habría permanecido en estado semilíquido durante un tiempo, hasta que el agua contenida en ella se evaporara (Padilla Fernández 2011: 120-121). Tras la decantación del barro es necesario llevar a cabo un amasado del mismo, con el objetivo de homogeneizar la masa y evitar que en su interior queden burbujas de aire, que provocarían el estallido de la vasija en el momento de la cocción (Coll Conesa 2000: 195). Este es uno de los defectos detectados en las cerámicas producidas en el alfar de Las Cogotas (Salas Lopes 2008) y en las piezas recuperadas en los Recintos del complejo alfarero de Coca (Blanco García 1992: 39). Para conseguir una mayor resistencia al choque térmico se pueden añadir desgrasantes a la pasta cerámica, como los fragmentos de cuarzo, feldespato y plagioclasa detectados en algunas de las producciones de la Cuesta de Santa Ana (Soto García *et al.* 2014) o los restos de cuarzo y otros elementos secundarios documentados en cerámicas de Coca/Los Azafranales (Escudero Navarro 1999a: tabla 3).

b) El modelado: aunque la introducción del torno de alfarero en la Meseta Occidental se produjo a inicios del s. IV a.C. (Escudero Navarro y Sanz Mínguez 1999: 338; Martín Bravo 1999: 125 y 234-242; Álvarez-Sanchís 2003c: 211), el modelado a mano seguiría utilizándose en la elaboración de determinadas producciones cerámicas fabricadas en el ámbito doméstico, como parecen constatar los útiles de alfarería encontrados en varias casas del recinto superior de Las Cogotas (fig. 7.2) (Cabré Aguiló 1930: 66-67 y láms. LVI y LXVI; Barril Vicente 2005b; 2007: 71-72) y muy posiblemente la estampilla, con un tema en esvástica, descubierta en Yecla de Yeltes (Martín Valls 1998: fig. 27). No obstante, en un momento avanzado del siglo III a.C. estas cerámicas elaboradas a mano fueron sustituidas de forma masiva por las especies a torno (Álvarez-Sanchís 2003c: 213). Las producciones cerámicas no especializadas, como ya hemos visto, se asocian habitualmente al ámbito de las actividades de mantenimiento, llevadas a cabo fundamentalmente por mujeres (Sánchez Romero 2002: 279). Sin embargo, con la aparición del torno cerámico la producción alfarera pasará a ser una actividad especializada y de cierta complejidad tecnológica, llevada a cabo por hombres (Escudero Navarro 1999a: 255-256; Salas Lopes 2008). Esta afirmación se basa en estudios etnográficos como el de Balfet (1965) y en el análisis de las improntas digitales (dermatoglifos) sobre pellas de barro procedentes del alfar burgalés de Roa y del barrio artesanal de Carralaceña. En el caso de los dermatoglifos de Roa fueron producidos por varones adultos (Sacristán de Lama 1993: 505), mientras que en Carralaceña la mayoría de las huellas pertenecen a varones en edad madura, aunque también se han detectado improntas correspondientes



Fig. 7.2. Arriba: útiles de alfarería descubiertos en varias casas del *oppidum* de Las Cogotas (una pella de barro, dos alisadores, dos punzones, una moledera para pulverizar el desgrasante, una alisadora en esquisto y dos estampillas de cerámica –la impronta de estampilla sobre cera fue realizada por Cabré–) (según Barril Vicente 2005b: 110). Abajo: cerámicas con defectos de cocción procedentes del alfar de Las Cogotas (izquierda) (según Álvarez-Sanchís 2009a: fig. 4; foto de Mario Torquemada) y de las excavaciones realizadas por Cabré en este enclave (derecha) (según Galán Domingo 2005: 112).

a adolescentes y una mujer (Sacristán de Lama et al. 1999). Esto último ha llevado a Escudero (1999a: 256) a plantear el posible carácter familiar de esta actividad, en la cual colaborarían ocasionalmente en ciertas tareas las mujeres de la casa y a la que se irían incorporando los hijos para garantizar el futuro del taller. Este tipo de organización familiar del trabajo de la cerámica ha sido el habitual en las sociedades europeas durante la etapa preindustrial

(Lévi-Strauss 2008: 19). De todos modos, el paso a manos masculinas de la producción alfarera supondría una pérdida de poder simbólico para las mujeres, ya que dejarían de controlar la simbología presente en las cerámicas o, al menos, de tener cierta capacidad de negociación (González Ruibal 2003: 130-131; Marín Suárez 2011: 551).

En el alfar de Las Cogotas el modelado de las piezas se llevaría a cabo en la estructura número 4, compuesta por una plataforma de arcilla cocida que cuenta en su parte central con una rueda de molino, que podría constituir la base de un torno (fig. 7.1) (Salas Lopes 2008). Este muy probablemente sería de pie o doble rueda, como el utilizado en la elaboración de la cerámica numantina (García Heras 2005: 361). Para el caso de las piezas con fondo umbilicado, procedentes de las recientes excavaciones llevadas a cabo en la falda norte de Ulaca, se ha planteado su realización en dos partes, confeccionando el fondo con umbo por un lado y el resto del recipiente por otro (Marín Suárez 2011: 540). De igual modo, en *Pintia* a partir de la arqueología experimental se ha propuesto el modelado de estas piezas umbilicadas de manera invertida, comenzando a levantar la pella de barro a partir del borde y finalizando la producción mediante el pegado del umbo, que habría sido ejecutado aparte (Sanz Mínguez et al. 2007: 293). Asimismo, las piezas de mayores dimensiones habrían sido realizadas en dos partes (Padilla Fernández 2011: 123), e incluso más, como hemos podido constatar en el análisis de los *dolia* localizados en el sector A de Ulaca.

c) El secado: después del modelado es necesario el secado de los recipientes, que debe realizarse en unas condiciones ambientales adecuadas, puesto que el calor o frío excesivo puede dañar la arcilla. Según García Heras (2005: 361), el secado se llevaría a cabo muy posiblemente en los periodos estivales. En el taller alfarero de Las Cogotas se ha propuesto la realización de este proceso en las estructuras 9 y 10. Concretamente, en la estancia 10 pudo existir una techumbre que proporcionaría sombra a las piezas durante su primera etapa de reposo (Padilla Fernández 2011: 123-124). En los alfares tradicionales la cerámica se colocaba a la sombra durante un día entero, para después acabar el proceso al sol durante varios días (Chapa Brunet y Mayoral Herrera 2007: 85). Esta segunda fase se desarrollaría en la estructura 9, donde se ha recuperado un galbo con una huella provocada por la punta de un compás, que habría sido utilizado junto con un pincel para decorar esta pieza con pintura mientras la arcilla no estaba seca del todo (Salas Lopes 2008).

d) La cocción: en el alfar de Las Cogotas no se encontraron indicios de los posibles hornos de cocción (Padilla Fernández 2011: 124) y lo mismo se puede decir en el caso del taller cerámico descubierto en Coca (Escudero Navarro y Sanz Mínguez 1993: 480-481), en contra de lo que publicaron sus respectivos excavadores, que en el primer enclave consideraron las estructuras 2 y 3 como hornos sencillos de una sola cámara (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 221; Álvarez-Sanchís et al. 1998: 85; Álvarez-Sanchís 2003c: 156) y en el yacimiento segoviano interpretaron diversas dependencias o cámaras

rectangulares de adobe y tapial, con importantes niveles de cenizas y ramas carbonizadas, como hornos (Blanco García 1992; 1998: 121 y fig. 2). Sin embargo, en estos dos espacios alfareros ninguna de las estancias aludidas reúne las características documentadas en otros hornos de la Edad del Hierro, como el Horno 2 de Carralaceña, que presenta planta circular, tiro vertical y dos cámaras separadas por una parrilla perforada, estando la cámara de combustión dividida en dos por un gran muro continuo (Escudero Navarro y Sanz Mínguez 1993). Recientemente se ha planteado la existencia de un horno de características muy similares en el alfar de Las Cogotas, ubicado en la estructura 16, muy deteriorada y no excavada. Su localización se ha determinado a partir de la proximidad existente con respecto a las estancias 2, 14 y 15, utilizadas como zona de testar (Padilla Fernández 2011: 125). En las últimas excavaciones llevadas a cabo en el recinto superior de Las Cogotas se exhumaron unos hornos de cocción, aunque desconocemos por completo sus características (Ruiz Entrecanales 2005: 14). La presencia de cerámicas a mano y a torno en diversas dependencias del alfar de Las Cogotas (Salas Lopes 2008) y del taller de Coca (Blanco García 1992; 1998) se debería, al menos, a su cocción en los mismos hornos, cuando no a su producción conjunta en estos espacios. A partir de los análisis arqueométricos disponibles sabemos que las temperaturas de cocción oscilaron entre 550-850 °C en la Cuesta de Santa Ana (Soto García *et al.* 2014) y entre menos de 700 °C y más de 1000 °C en el caso de Coca/Los Azafranales (Escudero Navarro 1999a: tabla 5). La cocción y el enfriamiento de las piezas son las operaciones con las que acaba el ciclo productivo de la cerámica (Mannoni y Giannichedda 2007: 95-105), siendo la primera la acción más crítica de toda la cadena técnica, ya que es en este momento cuando se producen la mayor parte de los accidentes que pueden ocasionar pérdidas considerables del trabajo realizado durante meses (Coll Conesa 2000: 197). En consecuencia, el alfarero reproduciría «fielmente los materiales y los modos de fabricación que por experiencia sabe que son los más apropiados para evitarle un fracaso» (Lévi-Strauss 2008: 176). A pesar de ello, se producirían contratiempos durante la fase de cocción, como queda demostrado por el hallazgo de numerosas cerámicas con defectos de cocción en Las Cogotas (fig. 7.2) (Galán Domingo 2005; Salas Lopes 2008) y en el complejo alfarero de Coca (Blanco García 1992: 39). El almacenaje de los productos acabados podría realizarse en la estructura 6, destinada también al secado de los adobes realizados en el propio alfar.

e) Uso y distribución: con respecto al uso dado a las distintas producciones cerámicas nos faltan en nuestra zona de estudio análisis de residuos como los llevados a cabo, por ejemplo, en *Pintia* (Juan-Tresserras y Matamala 2003; Sanz Mínguez *et al.* 2003c; Romero Carnicero *et al.* 2009; Górriz Gañán 2010; Sanz Mínguez *et al.* 2010a), por lo que solo puede ser sugerido a partir de sus rasgos tipológicos. La producción de alfares como el de Las Cogotas rebasaría con seguridad el límite de lo doméstico, por lo que se ha propuesto que esta actividad tuviera carácter industrial y fuera realizada por especialistas

a tiempo completo (Álvarez-Sanchís 2003c: 156; Blasco Bosqued 2008: 132; Marín Suárez 2011: 541; Padilla Fernández et al. 2013: 474), aunque autoras como Escudero (1999a: 256) defienden una dedicación a tiempo parcial, complementada con labores agrícolas. Asimismo, se ha planteado la posible distribución de los productos cerámicos fabricados en Las Cogotas fuera del poblado (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 221; Álvarez-Sanchís 2003c: 156), pero teniendo en cuenta la probable existencia de talleres alfareros en los cercanos *oppida* de La Mesa de Miranda (López García 2012: 71-72) y Ulaca (Marín Suárez 2011: 539), resulta más lógico pensar que cada alfar atendiera básicamente a la demanda local, como se ha sugerido también en el caso de Carralaceña (Escudero Navarro y Sanz Mínguez 1993: 492). Finalmente, con respecto al carácter adjunto o independiente de los especialistas alfareros en la Meseta Occidental, podemos aludir a la presencia en algunos recipientes descubiertos en El Raso de una serie de aspas, cruces y otros signos geométricos, que han sido interpretados como marcas de alfarero (Fernández Gómez 2003: 220; 2011: 350 y figs. 533-534). En un par de casos las vasijas contienen grafitos, que se podrían corresponder con el nombre de los dueños de las casas en que se hallaron (A-NORC y NEGEL), lo que estaría indicando «la existencia de propiedad y de modos de producción privados» (Fernández Gómez 2008: 195).

f) Reutilizaciones: la cadena técnica no finalizaría con la fabricación de un producto, sino que continuaría hasta que este fuera descartado definitivamente, después de ser usado y reutilizado (Martínón-Torres 2002: 33). Este sería el caso de los fragmentos cerámicos aprovechados como fichas de juego (Barril Vicente 2005a), alisadores (Barril Vicente 2005b) o, tras un proceso de machacado, como desgrasante (*chamota*) (Cobas Fernández y Prieto Martínez 1998: 22).

La alfarería de la Segunda Edad del Hierro, a partir de la generalización del uso del torno y de la aparición de alfares como el de Las Cogotas, se caracteriza, entre otras cosas, por el surgimiento de una amplia variedad de producciones cerámicas y la estandarización de las mismas. En esta fase hay documentadas en el suroeste de la Meseta Norte una especialidad cerámica a mano y seis a torno, que se corresponden con otras tantas cadenas tecnológico-operativas (CTOs) diferentes. Estas producciones son las mismas que Blanco García y otros autores detectan en el centro de la cuenca del Duero: 1) cerámica a mano lisa o con decoración a peine (p. ej. Hernández Hernández 1981; García-Soto Mateos y La-Rosa Municipio 1990; Sanz Mínguez 1998: 224-277; 1999; Álvarez-Sanchís 2003c: 198-202; 2010a; Blanco García 2010: 259-263); 2) cerámica a torno fina oxidante lisa o con decoración pintada (p. ej. Sanz Mínguez 1998: 280-307; Álvarez-Sanchís 2003c: 206-211; Blanco García 2010: 264-274); 3) cerámica común a torno (Sanz Mínguez 1998: 307-308; Escudero Navarro 1999b; Blanco García 2010: 274-278); 4) cerámica a torno con decoración estampada (Álvarez-Sanchís 2003c: 204; Blanco García 2010: 278-279); 5) cerámica gris antigua a torno (Blanco García 2010:

279-280); 6) cerámica gris a torno, imitadora de vasos argénteos (Blanco García 1993; 2001; 2010: 280-284; Sanz Mínguez 1998: 309-312); 7) cerámica a torno negra de superficie bruñida (Sanz Mínguez 1998: 312-314; Blanco García 2010: 284-286; Sanz Mínguez *et al.* 2010b; Romero Carnicero *et al.* 2012). La existencia de estos estudios recientes y exhaustivos nos exime del análisis detallado de dichas especialidades. Al sur del Sistema Central se han podido documentar especies a mano con decoración a peine, así como recipientes de cocina lisos de pequeño y mediano tamaño también realizados a mano, cerámica a torno fina oxidante lisa o con decoración pintada, cerámica común a torno y cerámicas grises (Martín Bravo 1999: 229-242).

Por tanto, hay dos CTOs cerámicas compartidas por toda nuestra zona de estudio: la cerámica a torno fina oxidante lisa o con decoración pintada, denominada de manera incorrecta como «cerámica celtibérica», y la cerámica común a torno (fig. 7.3). En el primer caso, según Marín Suárez (2011: 541) esta especialidad cerámica estaría funcionando en el sentido de un «gran estilo» (Earle 2002: 162, citado en González Ruibal 2007: 306), elemento típico de las jefaturas complejas (las más jerarquizadas y desigualitarias), que forma parte de sus mecanismos de construcción del poder y de diferenciación social. «Los grandes estilos se asocian a las élites, que son quienes los crean y pueden usar e interpretar, aunque algunos de los elementos aparecen también en las expresiones de los dominados» (González Ruibal 2007: 306-307), debido a que la mayor parte de los símbolos proceden de una «reserva simbólica» compartida por todas las capas sociales. El uso de un mismo lenguaje, materializado en un estilo particular, crea lazos entre las élites, a la vez que los aleja de la gente común. De esta manera, obtienen un capital simbólico vital para su legitimación y consolidación. No obstante, la manipulación de símbolos compartidos impide que la separación entre los dominantes y el resto de la población sea tan marcada como en una sociedad estatal (*ibid.*: 307). Como demuestran los ya mencionados análisis de residuos realizados en algunos vasos oxidantes con decoración pintada procedentes de *Pintia* (Juan-Tresserras y Matamala 2003; Sanz Mínguez *et al.* 2003c;

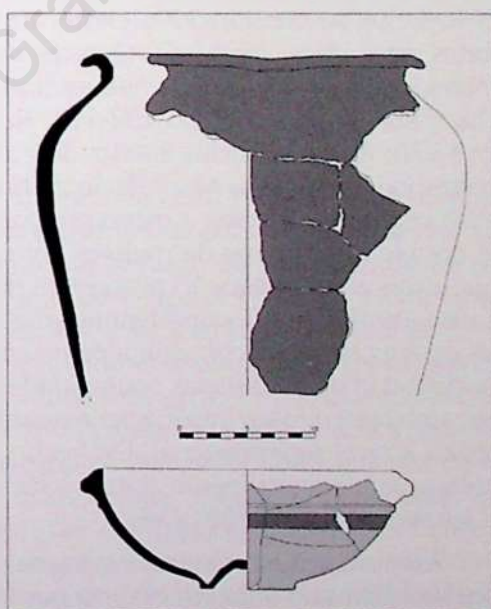


Fig. 7.3. Cerámica a torno procedente de las excavaciones en la ladera norte del cerro de Ulaca. Arriba: olla de cerámica común (sector A, UE 66). Abajo: cuenco umbilicado de cerámica fina oxidante con una banda pintada en rojo (sector B, UE 33).

Romero Carnicero *et al.* 2009; Górriz Gañán 2010; Sanz Mínguez *et al.* 2010a), este tipo de producciones estarían relacionadas con el consumo de bebidas alcohólicas (vino y cerveza) y de alimentos, en el marco del ritual funerario, pero también de ritos de comensalidad celebrados por la aristocracia guerrera con el objetivo de establecer alianzas con las élites de los poblados cercanos o de mantener buenas relaciones con los vecinos del castro/*oppidum* (Marín Suárez 2011: 543).

Un último elemento a considerar dentro de la alfarería del Hierro II es el pretendido uso de algunas de las especialidades citadas anteriormente como indicadores de etnicidad. En concreto, la cerámica a mano con decoración a peine y la cerámica a torno negra de superficie bruñida. En el primer caso, a partir del predominio de producciones con decoración incisa a peine en sitios como Salamanca, Las Cogotas, La Mesa de Miranda, El Raso o la Cañada de Pajares; y de cerámicas con decoración impresa o inciso-impresa a peine en enclaves como Coca, Cuéllar, La Mota, *Pintia*, Olivares de Duero, Roa, Tiermes o Luzaga, se ha planteado la correspondencia de estos diferentes estilos decorativos con los territorios de los pueblos vetón, vacceo y arévaco (Sanz Mínguez 1999; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2002; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2002; Álvarez-Sanchís 2003c: 198-202; 2010a). Además, en los análisis microlocacionales llevados a cabo sobre las cerámicas con decoración a peine descubiertas en las necrópolis de Las Cogotas, La Osera y El Raso, se ha constatado la existencia de motivos decorativos comunes a todos estos sitios, motivos y técnicas característicos de algunas comarcas y motivos predominantes e incluso exclusivos de algunos enclaves (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2002: 192-194; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2002: 268-270; Álvarez-Sanchís 2003c: 304-305; 2010a: 306-307). Este patrón se correspondería, según Marín Suárez (2011: 543), con el control de la tecnología cerámica realizada a mano por parte de las mujeres de cada poblado y el posible intercambio de mujeres entre asentamientos cercanos, fenómeno que explicaría el pequeño porcentaje de decoración diferencial presente en cada yacimiento. Así, consideramos que se puede admitir sin problemas que las cerámicas con decoración a peine constituirían expresiones materiales de la identidad de las distintas comunidades en las que se encuentran presentes. Sin embargo, esto no implica necesariamente la existencia de una conciencia étnica a nivel suprarregional. De hecho, su sentido identitario pudo circunscribirse fundamentalmente al marco de cada castro u *oppidum* y su territorio (González Ruibal 2012b: 254).

Asimismo, las cerámicas realizadas a torno, negras y con la superficie bruñida han sido valoradas como posibles marcadores de la etnicidad vaccea (Sanz Mínguez *et al.* 2010b: 71), al haber sido documentadas, hasta el momento, exclusivamente en tres sitios adscritos tradicionalmente a la órbita vaccea: Cuéllar, Coca y *Pintia*. Pero, como acertadamente apuntan Romero Carnicero *et al.* (2012: 632), su reducida distribución actual podría deberse a la escasez de intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en yacimientos

del valle medio del Duero en los últimos años y al amplio desconocimiento de esta producción, que podría haber provocado que en las excavaciones realizadas se hubieran descartado restos fragmentados y poco expresivos, o que estos hubieran pasado desapercibidos. Afortunadamente, en las excavaciones realizadas en la zona baja de la ladera norte de Ulaca hemos podido identificar esta producción, tanto en el nivel de necrópolis como en el destinado a talleres artesanales (fig. 7.4). En general, aparece en forma de pequeños fragmentos lisos, perfectamente distinguibles por su excelente acabado bruñido. A pesar de su grado de fragmentación, su elevado número nos lleva a pensar más en una producción local que en una importación de este tipo de piezas, por lo que su consideración de marcadores de la etnicidad vaccea quedaría en entredicho.



Fig. 7.4. Borde abierto de una cerámica a torno negra de superficie bruñida procedente de las excavaciones de Ulaca (sector A, UE 2).

7.1.2. Metalurgia

Como ya hemos visto, durante la Segunda Edad del Hierro se produjo la generalización del instrumental de hierro en los poblados, por lo que en las excavaciones de esta fase es común el hallazgo de todo tipo de herramientas realizadas en este metal (p. ej. Cabré Aguiló 1930: 98-103 y láms. LXXIV-LXXIX; Fernández Gómez 1986: 454 y ss.; 2011: 340-345) (figs. 7.5 y 7.6). Asimismo, en las necrópolis de este momento abundan los hallazgos de armamento de hierro (fig. 6.2) (p. ej. Kurtz 1986-87a; 1987; Álvarez-Sanchís 2003c: cap. VI; Lorrio 2008; Baquedano Beltrán 2016: vol. I: 332 y ss.). Sin embargo, son numerosas las lagunas que existen en el conocimiento de la tecnología que sirvió para elaborar estos objetos. Desafortunadamente, en nuestra área de estudio desconocemos por completo todo lo concerniente a la obtención del mineral de hierro, aunque podría haberse llevado a cabo en explotaciones a cielo abierto, de las que es difícil encontrar restos debido a la continuación de los trabajos mineros en épocas posteriores (Rovira Llorens 2005a: 62). Además, las tierras del occidente de la Meseta son pobres en mineralizaciones de este metal, salvo en la zona de la Sierra de Francia y la penillanura zamorana (fig. 2.8). En el ámbito del Sistema Ibérico los hornos utilizados para obtener el hierro a partir de la reducción del mineral presentan

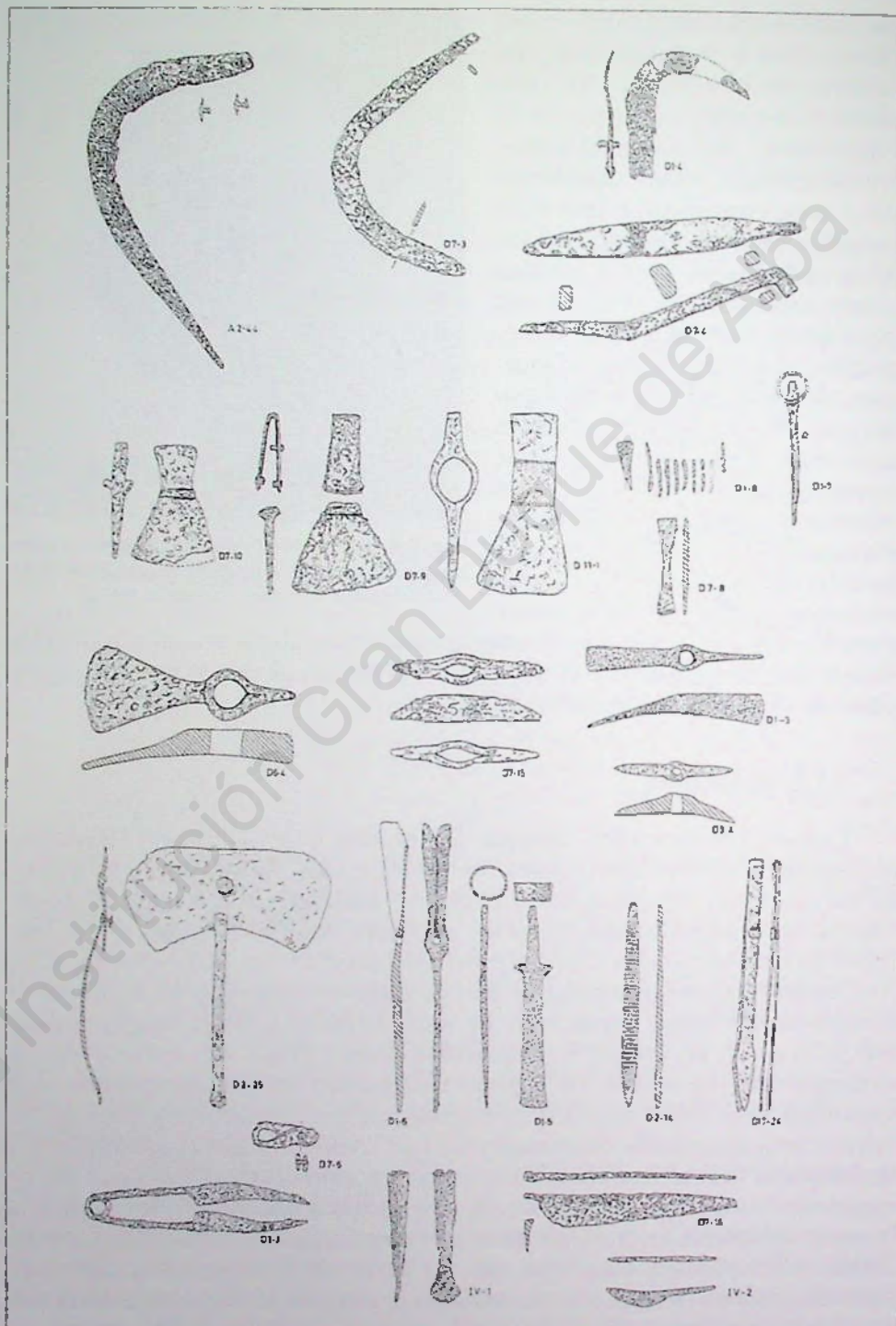


Fig. 7.5. Herramientas de hierro del *oppidum* de El Raso (según Fernández Gómez 2011: fig. 524).

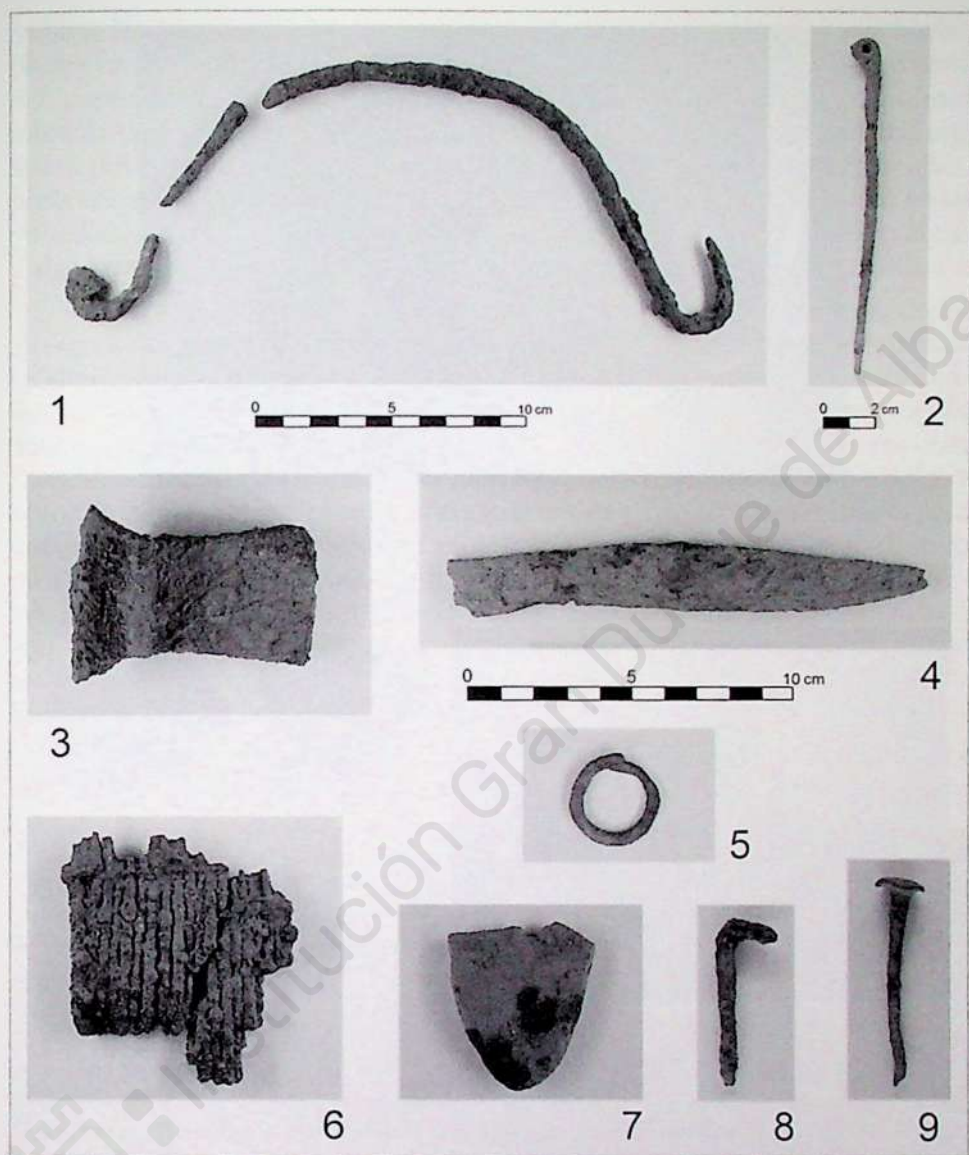


Fig. 7.6. Algunos de los utensilios de hierro recuperados en las excavaciones realizadas en la ladera norte de Ulaca: 1) asa de un caldero (sector A, UE 2); 2) aguja (sector B, UE 4); 3) hacha (sector A, UE 2); 4) cuchillo afalcata (sector B, UE 71); 5) anilla (sector B, UE 1); 6) peine cardador (sector A, UE 60); 7) reja de arado (sector B, UE 1); 8) alcayata (sector B, UE 13); 9) clavo (sector B, UE 1).

una chimenea de entre 70-100 cm de altura y 40-50 cm de diámetro, con un pozo para la escoria de unos 30 cm de profundidad (Rovira Llorens 2005a: 62-63; 2005b: 347). En nuestra zona de análisis la única estructura asimilable a un horno fue localizada en la casa D17 de El Raso. Dicha estructura, de unos 70 x 45 x 40 cm, conservaba una perforación circular para introducir una tobera,



Fig. 7.7. Diferentes elementos relacionados con los trabajos metalúrgicos: 1) horno de El Raso (según Fernández Gómez 2011: 435); 2) posible forja localizada en el Cerro de la Mesa (según Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: lám. VI); 3) crisoles encontrados en El Raso (según Almagro-Gorbea *et al.* 2004: 426); 4) martillo descubierto en Las Cogotas (según Barril Vicente 2005c: 118).

posiblemente dispuso de algún tipo de chimenea en la parte posterior y apareció rodeada de escorias de hierro (fig. 7.7.1) (Fernández Gómez 2011: 212 y figs. 337-338). El producto obtenido en este tipo de horno era una lupia de hierro dulce mezclado con escoria, que había que depurar hasta conformar un lingote en forma de barra, con el cual el herrero fabricaría las piezas metálicas, sirviéndose de martillos como el encontrado en Las Cogotas (fig. 7.7.4) (Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXV; Barril Vicente 2005c). En el Cerro de la

Mesa se ha documentado una estructura relacionada con el trabajo del hierro, posiblemente una forja (fig. 7.7.2). Está levantada a base de adobes y tiene dos partes diferenciadas con tendencia circular. La de mayor tamaño está formada por un solado de arcilla endurecida por el fuego, colocado sobre una solera doble de piedras y cerámica. La cubeta menor, por su parte, se interpreta como el lugar de combustión u «horno». Tanto en su interior como en las inmediaciones se recogieron grandes cantidades de escorias, restos metálicos y algún fragmento de tobera (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: 180).

Entre los productos donde se puede comprobar el nivel de destreza de los artesanos del hierro destacan las armas, especialmente las espadas y las lanzas. En el primer caso contamos en nuestro ámbito espacial de análisis con los análisis metalográficos realizados a varias espadas procedentes de la necrópolis abulense de La Osera. A partir de los mismos, sabemos que los herreros eran capaces de realizar las hojas de las espadas apilando láminas de hierro dulce y acero de forma alterna, procurando situar la lámina de acero en el medio para que coincidiera con el filo de la espada (fig. 7.8). De esta manera, el acero proporcionaba dureza y rigidez en los filos y el hierro dulce elasticidad y resistencia al choque. Sin embargo, no todas las espadas analizadas presentan este alto estándar de calidad, ya que las hay con hojas compuestas únicamente por láminas de hierro dulce o de acero extrasuave (Lorrio *et al.* 1999: 171-172; Rovira Llorens 2005a: 63-64).

Por lo que respecta a la metalurgia del bronce en el occidente de la Meseta durante el Hierro II, disponemos de una posible área de actividad metalúrgica,

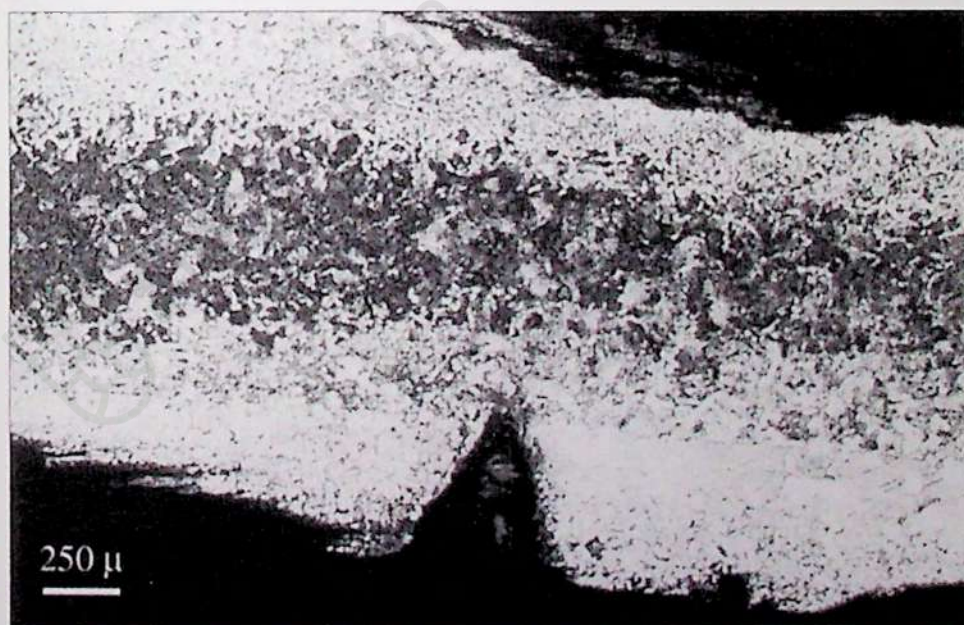


Fig. 7.8. Microestructura metalográfica de la sección de la hoja de una espada de la necrópolis de La Osera (según Rovira Llorens 2005a: fig. 3).

detectada por la presencia de escorias y de un posible crisol, en el Teso de las Catedrales (Benet y López Jiménez 2008: 173). Pero, sin duda, el sitio del cual disponemos de más información es el *oppidum* de El Raso. En el denominado núcleo D de este poblado se ha propuesto la existencia de diversas construcciones destinadas a labores metalúrgicas, en concreto al trabajo del bronce (fig. 5.29). En distintas edificaciones de este enclave fortificado han aparecido moldes (D12, D19 y D24), crisoles (D19, D21 y D24) (fig. 7.7.3), toberas (D24) y lingotillos de bronce (D21) (Fernández Gómez 2011).

Por tanto, a pesar del peligro de incendio que conllevaba el desempeño de actividades metalúrgicas dentro de los poblados y de la emisión de humos nocivos durante el desarrollo de las mismas (Hingley 1997: 12), debemos admitir el funcionamiento de pequeños talleres metalúrgicos en el interior de los recintos fortificados, muy posiblemente en forma de herrerías o fraguas (Fernández Gómez 2011: 385-386). A partir del descubrimiento de algunos objetos realizados mediante piezas ensambladas de bronce y de hierro se puede plantear que bronceistas y herreros hubieran trabajado juntos, e incluso que un mismo artesano practicara ambos oficios (Lorrio *et al.* 1999: 175) y también el de orfebre (Sanz Mínguez 2005: 337). Hay que tener en cuenta que los trabajos de forja, al contrario que otras actividades artesanales, no estarían limitados a una estación en particular (Giles 2007: 398). En base al modelo interpretativo clásico planteado por Childe –metalúrgicos con dedicación exclusiva, itinerantes, fuera de la comunidad– (Gibson 1996; Esparza Arroyo 1999: 113), habitualmente se ha propuesto la existencia en nuestra zona de estudio de especialistas itinerantes (p. ej. Álvarez-Sanchís 2000: 79; 2003a: 368; Blasco Bosqued 2008: 136), sin embargo, consideramos que, a pesar de la parquedad del registro, hay evidencias suficientes que permiten asegurar la presencia de artesanos estables dedicados a labores metalúrgicas en los *oppida* meseteños (Álvarez-Sanchís 2003c: 304), como se ha planteado recientemente para el caso de los orfebres-bronceistas en el valle medio del Duero (Sanz Mínguez y Carrascal Arranz 2016: 30). La presencia de estos talleres sería la que explicaría las peculiaridades estilísticas detectadas, por ejemplo, en las fíbulas de caballito (Almagro-Gorbea y Torres Ortiz 1999: 59-63) o en los anillos con iconografía ecuestre (Almagro-Gorbea *et al.* 2016: 98).

7.1.3. Cantería

Para la reconstrucción de los procesos técnicos implicados en los trabajos de cantería, desarrollados por las comunidades de la Meseta Occidental durante la Segunda Edad del Hierro, nos vamos a basar fundamentalmente en una de nuestras publicaciones (Rodríguez-Hernández 2012) y en los análisis petrográficos llevados a cabo por distintos investigadores en los últimos años (Charro Lobato *et al.* 2013; Berrocal-Rangel *et al.* 2018; Manglano Valcárcel 2018).

a) La piedra: en el occidente de la Meseta la piedra más empleada para la erección de las murallas, de los zócalos de las casas o de los famosos

«verracos» fue el granito, por lo que en nuestro análisis nos centraremos en esta roca, compuesta por cuarzo, feldespato y mica en diversas proporciones. Esta diferente composición mineralógica es la que determina la existencia de distintos tipos de granito. Mientras los geólogos los clasifican según los minerales accesorios que presentan (granito con hornblenda, granito de dos micas, etc.), los constructores los caracterizan según el color que tienen y/o el lugar de procedencia: Gris Yecla, Rubio de Cardeñosa, etc. Pero, estas clasificaciones no son relevantes para los canteros, puesto que estos se guían por criterios diferentes como, por ejemplo, la disponibilidad, la dureza, la tenacidad, la duración o el color de la piedra (Rockwell 1993: 16-21). Por lo que respecta a la disponibilidad de la piedra, un vistazo rápido al mapa geológico peninsular basta para observar la abundancia del granito en nuestra área de estudio (Instituto Tecnológico Geominero de España 1994; Vera 2004: Mapa Geológico de España a escala 1:2.000.000). La dureza de la piedra determina, por ejemplo, el tipo de herramientas que se pueden utilizar en su desbaste y labra, así como el desgaste de las mismas. La dureza del granito varía según su composición, principalmente por la proporción y tipo de feldespatos presentes (Vidal Romaní y Twidale 1998: 21). El granito se labra mejor recién extraído ya que, conforme pierde el agua de la cantera al aire libre, se endurece y ofrece mayor resistencia (Torre Martín-Romo 2006; Sánchez Pérez 2008 [1884]: 71). La tenacidad se refiere a la resistencia que opone la piedra a romperse. En este sentido, el granito es, por ejemplo, más tenaz que el mármol y bastante más que la caliza (Nortes Nolasco 2010: 143-144). Respecto a su duración, las piedras más duraderas son las más compactas y de mayor peso específico como el granito. Por ella es muy apreciado en la construcción ya que, debido a su contenido en cuarzo, ofrece una gran resistencia al desgaste (Schumann 1994: 74). Su peso específico cambia un poco de una variedad a otra, pero como valor medio se considera 2,7 g/cm³. Su color se valora, sobre todo, por cuestiones estéticas (Rockwell 1993: 21). Puede ser azulado, amarillento, rojizo, verdoso o gris y esas diferentes coloraciones son debidas al feldespato (Schumann 1994: 72).

b) La cantera: el granito se obtiene de los afloramientos y berruecos existentes al aire libre, por lo que no es necesario excavar para llevar a cabo su explotación. Estas formaciones graníticas suelen presentar numerosas fracturas o *diaclasas* que pueden aprovecharse para iniciar la extracción de los bloques (Sánchez Pérez 2008 [1884]: 55-56). En Ulaca, las prospecciones intensivas han puesto al descubierto la existencia de canteras de bloques de granito, localizadas en los sectores oeste y suroeste del recinto principal (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 45; Álvarez-Sanchís 2003c: 158-159; 2011c: 202-203; Ruiz Zapatero 2005a: 28-31). Para extraer los bloques, los canteros utilizarían un pico o un pico-martillo para abrir en la superficie de la roca, a intervalos más o menos regulares, unos agujeros o «cuñeras» siguiendo una línea recta y en la dirección de la veta de la roca, ya que por ella va el «raje», que es el sentido en el cual la piedra abre bien (Martínez Rossy et al. 1987:

38). Con un puntero ahondarían las «cuñeras» hasta que estas alcanzaran una profundidad suficiente. En estos agujeros introducirían cuñas de hierro y las golpearían de forma correlativa con un pico-martillo, como los hallados en El Berrocalillo o Las Cogotas, hasta lograr la fractura definitiva del bloque (Azconegui Morán y Castellanos Miguélez 1999: 67). Aunque Martínez Rossy et al. (1987: 38) y Gómez Canales (2008: 41) citan el uso antiguo de cuñas de madera empapaadas en agua, en una experimentación de corte de granito realizada en el enclave hispanomusulmán de Ciudad de Vascos (Navalmoralejo, Toledo), se ha constatado que utilizando cuñas de madera es posible crear una línea de fractura en la piedra, pero es necesaria la utilización de cuñas de hierro para la separación definitiva de la misma (Juan Ares y Cáceres Gutiérrez 2007: 334). A esta evidencia en contra, hay que añadir el hallazgo de una cuña de hierro en El Raso y el hecho de que las cuñas de madera quedarán inservibles después de un solo uso (*ibid.*: 333).

En las canteras de Ulaca se han documentado diferentes estadios de elaboración de los bloques (fig. 7.9):

1) Bloques esbozados en la roca mediante las «cuñeras» perimetrales.

2) Bloques grandes, ya separados de la roca, pero sin trocear: en la cantera oeste se conserva un bloque de estas características con 3,5 m de longitud, 50 cm de anchura y otros 50 cm de profundidad. Dada la longitud, para su extracción fue necesario abrir longitudinalmente diez «cuñeras» en la roca. Mientras, en la cantera suroeste los bloques, separados pero no partidos, miden aproximadamente 1,2 m de longitud, 50 cm de anchura y 40 cm de profundidad. Para obtener bloques de esta magnitud los canteros realizaron de forma longitudinal hasta cinco «cuñeras».

3) Bloques terminados y no transportados. En la cantera oeste el tamaño medio de este tipo de bloques es de 1,2 m de longitud, 50 cm de anchura y 50 cm de profundidad; es decir, aproximadamente son el resultado de fragmentar en tres grandes bloques como el descrito anteriormente. En la cantera del extremo suroeste las dimensiones de los bloques finalizados son de unos 60 cm de longitud, 50 cm de anchura y 40 cm de profundidad. Por tanto, en esta cantera los bloques de primera extracción serían divididos a la mitad.

Estas evidencias permiten afirmar que todo el proceso de trabajo tenía lugar *in situ*. La cantera del sector oeste parece que se utilizó para la obtención de material constructivo para las viviendas, debido a su cercanía y a que las dimensiones de los bloques se asemejan al tamaño de los bloques que conforman la base de los zócalos de las casas más próximas. La cantera suroeste del poblado estaría relacionada con la elaboración de sillares para la construcción del recinto defensivo en ese lado. Esto lo demuestra la proximidad de la cantera a la muralla y las medidas similares de los bloques respectivos (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 45; Álvarez-Sanchís 2003c: 158; Ruiz Zapatero 2005a: 29-30). Para hacernos una idea del volumen de trabajo realizado en las canteras de Ulaca podemos acudir de nuevo a la experimentación realizada

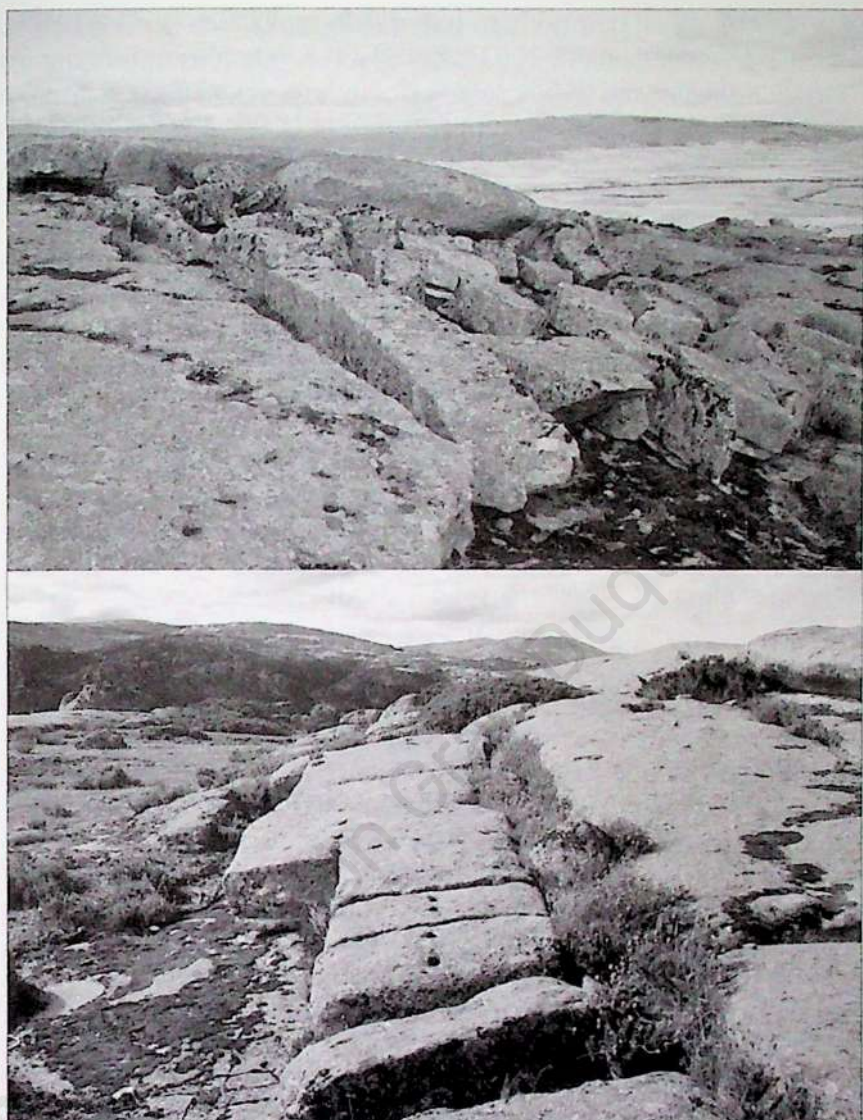


Fig. 7.9. Arriba: cantera oeste de Ulaca. En la esquina inferior izquierda se pueden apreciar varias «cuñeras». A su derecha se encuentran el bloque de 3,5 m de longitud descrito en el texto y los bloques ya partidos listos para su transporte y uso. Abajo: cantera suroeste de Ulaca. Se pueden observar varios bloques separados, incluso con «cuñeras» transversales, pero sin partir.

en Ciudad de Vascos. Allí se procedió a la fractura controlada de un bloque de granito de 1,23 x 1,05 m con medios tradicionales, siendo necesarias tres horas y media para lograrlo (Juan Ares y Cáceres Gutiérrez 2007: 335).

Junto a esta actividad a gran escala, en Ulaca también se intuyen trabajos de extracción de piedra de índole menor, en pequeños roquedos graníticos

anexos a algunas casas, que podrían haber sido realizados por los habitantes de las mismas (Álvarez-Sanchís 2003c: nota 129). Un fenómeno similar ocurre en el *oppidum* de El Raso, donde se han documentado «cuñeras» practicadas en la roca con el objetivo de extraer piedras para la construcción de las casas (Fernández Gómez 1986: 434 y 456; 2011: 343). En Las Cogotas, Cabré cita la existencia de una cantera para la extracción de las estelas de la necrópolis, en la cual se conservaban aún algunas lajas cortadas pero no utilizadas que estarían destinadas a futuros enterramientos. Corrobora su ubicación en el área de la necrópolis, en las proximidades del pequeño foco compuesto por tres sepulturas, situado cerca de la Zona I de la misma (Cabré Aguiló 1932: 17). Recientemente, se ha descubierto una cantera de similares características a las de Ulaca, al pie mismo del lienzo oriental de la muralla del castro de Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes, Salamanca), al sur del portillo abierto en ese lado de la fortificación (Martín Valls y Romero Carnicero 2008: 249 y fig. 1). Asimismo, López García (2012: 72-76) ha planteado la existencia de tres canteras utilizadas durante la Edad del Hierro en el entorno de Las Cogotas, pero la continuidad de las actividades extractivas en la zona hasta la actualidad, al menos en la cantera C1, impide la validación de estos hallazgos.

c) El transporte: la extracción del granito que iba a formar parte de la muralla, del zócalo de una vivienda o de una estela funeraria se producía en la zona más cercana al lugar de destino de la piedra. Esto se debe a la dificultad que entraña transportar bloques pesados a media y larga distancia. Hay que tener en cuenta que, por ejemplo, el peso de los bloques terminados y no transportados de la cantera oeste de Ulaca –120 x 50 x 50 cm– sería de alrededor de 800 kg y el de los bloques del mismo tipo de la cantera suroeste –60 x 50 x 40 cm– unos 300 kg, si aplicamos el peso específico del granito gris de Cardenosa –2,63 g/cm³– que es la variedad más cercana de la que conocemos ese dato (García de los Ríos Cobo y Báez Mezquita 1994: 171). Los canteros movieron estos bloques unos pocos metros hasta su lugar de colocación y posiblemente lo hicieron con alguna clase de palanca de madera o de hierro como las que se han venido utilizando tradicionalmente, aunque, por el momento, este tipo de útil no ha sido documentado. Por este método es posible mover grandes bloques de varias toneladas de peso, pero cuando el bloque fuera muy pesado y/o hubiera que llevarlo a una distancia mayor se emplearían otro tipo de sistemas. Uno de ellos podría haber sido el transporte con rodillos cilíndricos de madera. Es un sistema sencillo con el que se pueden mover bloques de varias toneladas, aunque solo podría emplearse en lugares sin desniveles importantes. Otro posible sistema sería el transporte con una narria o «rastrón», especie de trineo de madera sobre el que se colocaría el bloque. Posiblemente, la narria iría atada mediante cuerdas a una yunta de bueyes que tiraría de ella (Rockwell 1993: 168).

Para distancias medias y largas se emplearían carros tirados por bueyes o caballos, cuyas huellas o carriladas son visibles en algunos puntos en el camino de acceso a la puerta noreste del *oppidum* de Ulaca (Ruiz Zapatero y

Álvarez-Sanchís 1999: 41; Ruiz Zapatero 2005a: 14-15). También se observan en el camino que se dirige desde la puerta occidental hacia el sur en el castro de El Castillejo de la Orden, donde ha sido posible establecer una longitud de los ejes del carro que oscila entre 105 cm de máxima –distancia entre los extremos de fuera de las rodadas– y 91 cm de mínima –distancia entre los puntos más próximos de las carriladas, más 10 cm equivalentes al ancho de las llantas– (Martín Bravo 1999: 148). El transporte de granito a larga distancia se ha podido documentar, por ejemplo, en el castro de La Coraja (Aldeacentenera, Cáceres), gracias a las cuatro basas de granito encontradas en la Cabaña II. En este caso el material procede del batolito de Trujillo, situado a más de 20 km de distancia del yacimiento (Redondo Rodríguez et al. 1991: 277). Este castro se asienta sobre un terreno en el que la roca dominante es la pizarra (Ongil Valentín 1986-87: 326) y, por ello, ha sido necesario el transporte del granito. Además, los distintos análisis petrográficos realizados en los últimos años han permitido localizar los lugares de procedencia del granito utilizado en la realización de algunas de las esculturas zoomorfas del occidente peninsular, como en el caso de los verracos ubicados en varias fincas en los alrededores del Cerro de la Mesa, cuya materia prima procede de unos afloramientos graníticos ubicados a unos 12-15 km de distancia (Charro Lobato et al. 2013). A partir de dichos análisis se ha planteado el transporte de determinados verracos a distancias superiores a los 20 km de media (Berrocal-Rangel et al. 2018). Pero, si bien nos parece factible el traslado de las esculturas zoomorfas de los tipos B y C (s. II a.C.-época romana), definidos por estos autores, no nos parece viable en el caso de las efigies del tipo A, debido a su enorme peso.

d) Las herramientas: en nuestra zona de estudio hemos logrado identificar un total de 21 herramientas de cantería, todas ellas de hierro, pertenecientes a diez tipos diferentes: barrena helicoidal (1), cinceles (7), cincel enmangado (1), cuña (1), escoplo (1), gradinas (2), picos (3), picos-martillo (2), puntero (1) y punteros enmangados (2) (figs. 7.10 y 7.11) (Rodríguez-Hernández 2012: 119-122). Los 21 instrumentos de trabajo identificados suponen un número escaso para un área tan grande, sobre todo si se tiene en cuenta que solamente un yacimiento como Numancia (Garray, Soria) ha aportado una treintena de herramientas vinculadas al trabajo de la piedra, aunque su cronología sea tardía (ss. I a. C. - IV d. C.) (Jimeno Martínez et al. 1999: fig. 2A y 2B; Berzosa del Campo 2005: fig. 4). Esto se debe en gran medida a la escasez de asentamientos excavados en extensión suficiente dentro de nuestro ámbito espacial de análisis. No en vano, 19 de esos útiles proceden de Las Cogotas y El Raso, sitios que sí han sido abiertos de forma amplia.

Los útiles de cantería pueden ser divididos en herramientas de percusión, de abrasión y de medición (Rockwell 1993: 31). Todos los instrumentos catalogados por nosotros pertenecen al primer grupo, aunque, incluso en este, se echan en falta ciertos útiles que sí han sido documentados en otras áreas: taladros, como los de La Bastida de les Alcuses (Moixent, Valencia), La Covalta (Albaida, Valencia) (Plá Ballester 1968: 152 y fig. 15; 1969: 318) y Numancia

Tipo	Dimens.	Procedencia	Bibliografía
Barrena helicoidal	15 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 102 y lám. LXXIV
Cinzel	4 cm	Las Paredejas	Piñel 1976: 362 y fig. 9
Cinzel	5,9 x 1,2 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXVI
Cinzel (frag.)	3 x 1,4 x 0,8 cm	El Raso	Fernández Gómez 1986: 141 y fig. 70
Cinzel (frag.)	6,8 x 1,9 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 69 y fig. 65
Cinzel	7,6 x 1,2 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 139 y fig. 192
Cinzel	6 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 102 y fig. 116
Cinzel	7 x 1 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 309 y fig. 487
Cinzel enmangado	10 x 1,3 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXIV
Cuña	8,5 x 2,3 x 1,5 cm	El Raso	Fernández Gómez 1986: 293 y fig. 165
Escoplo	15 x 2,2 x 4 cm	El Raso	Fernández Gómez 1986: 107 y fig. 39
Gradina	10,3 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 54 y fig. 44
Gradina	19 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 268 y fig. 420
Pico	23 (28) cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXV
Pico	17 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 124 y fig. 150
Pico	13,3 cm	El Raso	Fernández Gómez 2011: 69 y fig. 63
Pico-martillo	28 cm	El Berrocalillo	Martín Bravo 1999: 138 y fig. 47
Pico-martillo	15 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXV
Puntero	9,1 x 0,8 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXVI
Puntero enmangado	20 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXVI
Puntero enmangado	15 cm	Las Cogotas	Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXVI

Fig. 7.10. Herramientas de cantería identificadas en la Meseta Occidental (tabla elaborada a partir de las informaciones contenidas en Rodríguez-Hernández 2012).

(Manrique Mayor 1980: 154 y 156), a pesar de que su uso en el granito sería muy limitado y macetas, como las documentadas indirectamente en el Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén) (Negueruela 1990-91: fig. 2). De hecho, a excepción de los picos-martillo que pudieron ser utilizados para golpear las cuñas, en el occidente de la Meseta carecemos de percutores, a no ser que recurramos a martillos como el encontrado en Las Cogotas (Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXV; Barril Vicente 2005c; 2010-11: 128 y figs. 2 y 4). Pero,

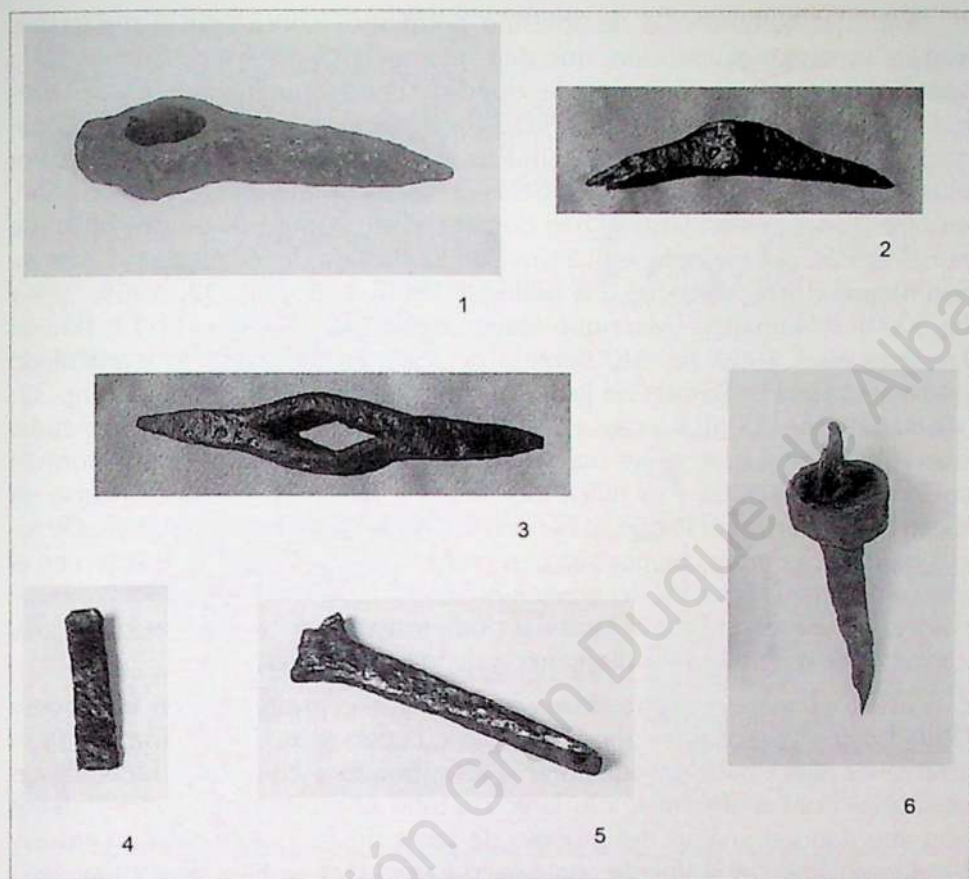


Fig. 7.11. Algunos de los útiles de cantería documentados en el occidente de la Meseta: 1) pico-martillo (según Barril Vicente 2005c: 118); 2-3) picos (según Fernández Gómez 2011: 431); 4) cincel (según Álvarez-Sanchís 2008d: 49); 5) escoplo (*id.*); 6) puntero enmangado (según Barril Vicente 2005c: 118) (a diferentes escalas).

dado que este tipo de herramienta es más propia del trabajo del metal, nos decantamos por la existencia de algún tipo de maceta de hierro. Su existencia puede documentarse de forma indirecta, a través de las rebabas presentes en la cabeza del cincel encontrado en Las Paredejas (Piñel 1976: fig. 9) y el rehundimiento existente en la cabeza del cincel hallado en Las Cogotas (Cabré Aguiló 1930: 101 y lám. LXXVI), puesto que es necesario el golpeo repetitivo con un objeto duro como una maceta de hierro para deformarlos así (Nortes Nolasco 2010: 171). Además, la presencia de útiles enmangados nos habla de forma indirecta de la existencia de mazos de madera, que al estar hechos en materia orgánica difícilmente se conservarían. Para su creación se emplearían maderas duras como la de nogal, ciruelo, encina o fresno (Bessac 1986: 159). Este tipo de maderas serían también las utilizadas en los astiles de las herramientas enmangadas. Por su parte, los picos seguramente irían equipados con un mango de roble, como ha sido tradicional (*ibid.*: 15).

Entre las herramientas de abrasión podríamos considerar la piedra pómez, el esmeril o el corindón, que una vez machacados y reducidos a polvo se aplicarían por frotación contra la superficie (Negueruela 1990-91: 83). Debido a la rugosidad que presentan la totalidad de las esculturas zoomorfas conocidas hasta hoy, descartamos su utilización en nuestra zona de estudio. Por último, con respecto a las herramientas de medición, trazo y comprobación, en otras zonas peninsulares se han documentado compases de dos tipos: de ramas rígidas, por ejemplo, en La Covalta, La Bastida de les Alcuses, Cerro de San Miguel (Llíria, Valencia) (Plá Ballester 1968: 158 y fig. 32; 1969: 329 y fig. XXXII) o Numancia (Manrique Mayor 1980: 68, 70 y figs. 11-12; Jimeno Martínez et al. 1999: fig. 5B; Berzosa del Campo 2005: fig. 4) y articulado o «bigotera» en La Bastida de les Alcuses (Plá Ballester 1968: 158 y fig. 32; 1969: 329 y fig. XXXII). La causa de su ausencia en nuestro ámbito de estudio puede deberse a que, al ser un objeto articulado, las piezas que lo forman suelen hallarse sueltas y es difícil identificarlas; además puede fabricarse en materias orgánicas por lo que su conservación resultaría muy compleja. De todas maneras, como ya hemos visto, su uso ha podido ser documentado en el marco de la realización de decoraciones pintadas sobre cerámica. Para dibujar o trazar sobre la piedra los canteros pudieron utilizar trazadores metálicos, compuestos por una varilla de hierro o algún tipo de pigmento.

e) La labra: para ilustrar este apartado nos centraremos en el proceso de labra de las esculturas zoomorfas, atendiendo tanto a las distintas fases necesarias para su elaboración como a las variantes o elecciones tecnológicas realizadas por los artesanos a lo largo de todo el proceso. Diversos trabajos han abordado el análisis del proceso de labra de las esculturas de cerdos y toros conocidas comúnmente como «verracos» (Álvarez-Sanchís 1993a: 162-164; 2003c: 221-222; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008: 217-220). Estos estudios han definido una serie de fases más o menos comunes por las que pasarían todas o casi todas las piezas hasta adquirir su aspecto final, aunque hay que tener en cuenta que, dada la variedad de tamaños y características, la labra de las esculturas habría requerido de soluciones diferentes en cada caso (fig. 7.12).

En primer lugar, los canteros seleccionarían la materia prima que constituiría la base de la escultura. Esta es, salvo raras excepciones, alguna de las variedades de granito presentes en el occidente peninsular (Serrano 1957: 105). La piedra se obtendría de dos sitios diferentes: berrocales y canteras. El descubrimiento en la base de la torre sur de la puerta de San Vicente, en la muralla de Ávila, de un verraco labrado *in situ* en un berrueco, sobre el substrato geológico de la ciudad, ilustra perfectamente el primer caso (fig. 7.13) (Gutiérrez Robledo 1999; Martínez Lillo y Murillo Fragero 2003: 281-282). A raíz de este hallazgo, se puede plantear la posibilidad de que otras esculturas zoomorfas hayan sido labradas directamente en los berruecos de superficie. Hay que tener en cuenta que, si bien hoy día es posible extraer bloques de granito de grandes dimensiones, con las herramientas y técnicas documentadas entre las comunidades

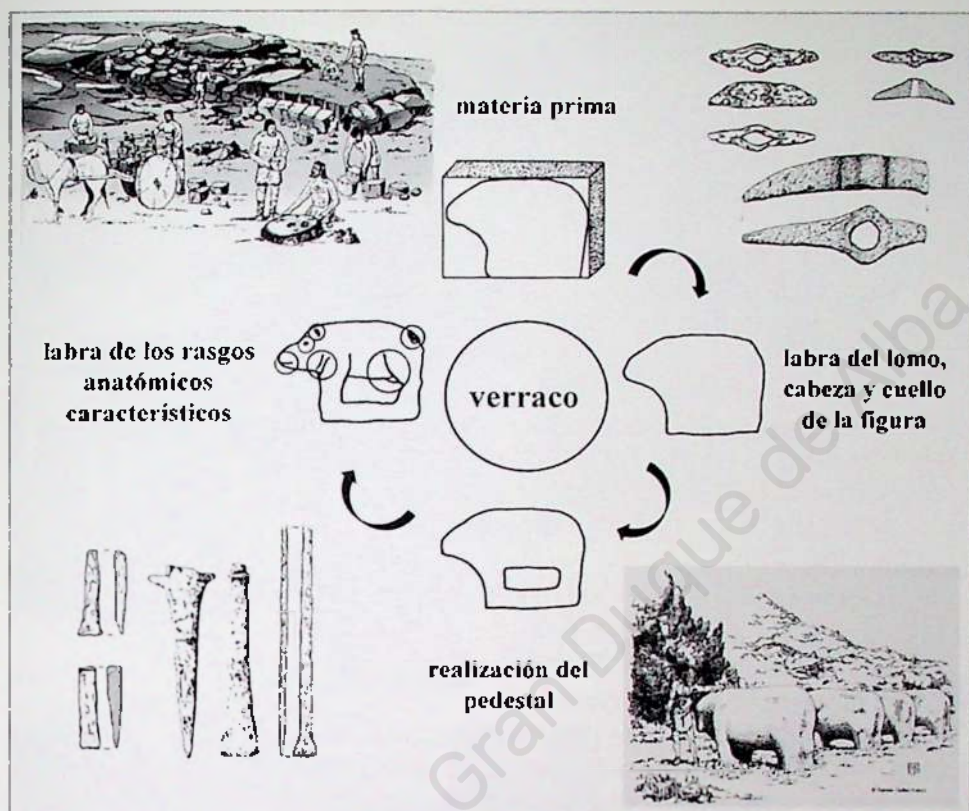


Fig. 7.12. Principales etapas en la elaboración de un verraco y algunas de las herramientas asociadas a las mismas (según Rodríguez-Hernández 2012: fig. 4, a partir de los dibujos de diversos autores).

prerromanas de nuestra zona de estudio, debió resultarles muy complicado obtener bloques con las dimensiones adecuadas para la labra, por ejemplo, del toro de Villanueva del Campillo (Ávila) (fig. 7.13) (p. ej. López Monteagudo 1989: 79, n.º 117 y lám. 43; Álvarez-Sanchís 2003c: 356, n.º 152 y fig. 93) o los Toros de Guisando (El Tiemblo, Ávila) (p. ej. López Monteagudo 1989: 71-73, n.º 85-88 y láms. 31-33; Álvarez-Sanchís 2003c: 353-354, n.º 120-123 y figs. 91-92). Además, aun en el caso de que efectivamente pudieran extraer bloques de las dimensiones apropiadas en las canteras, se encontrarían con la enorme dificultad de transportarlos hasta su emplazamiento final, incluso llevando a cabo previamente la labor de desbastado inicial de la pieza en la propia cantera. En contra de la posible labra de verracos en los berruecos de superficie se ha argumentado la gran calidad de la piedra empleada en las esculturas y la dificultad de obtenerla de un berrueco de granito meteorizado (Blanco Freijeiro 1984: 5). Pero, a pesar de que esta dificultad exista, hay que considerar que, aunque la superficie del berrueco esté meteorizada, el núcleo de la piedra puede estar menos alterado o no presentar dicha meteorización (Nortes Nolasco 2010: fig. 170). Por último, es necesario mencionar aquí la

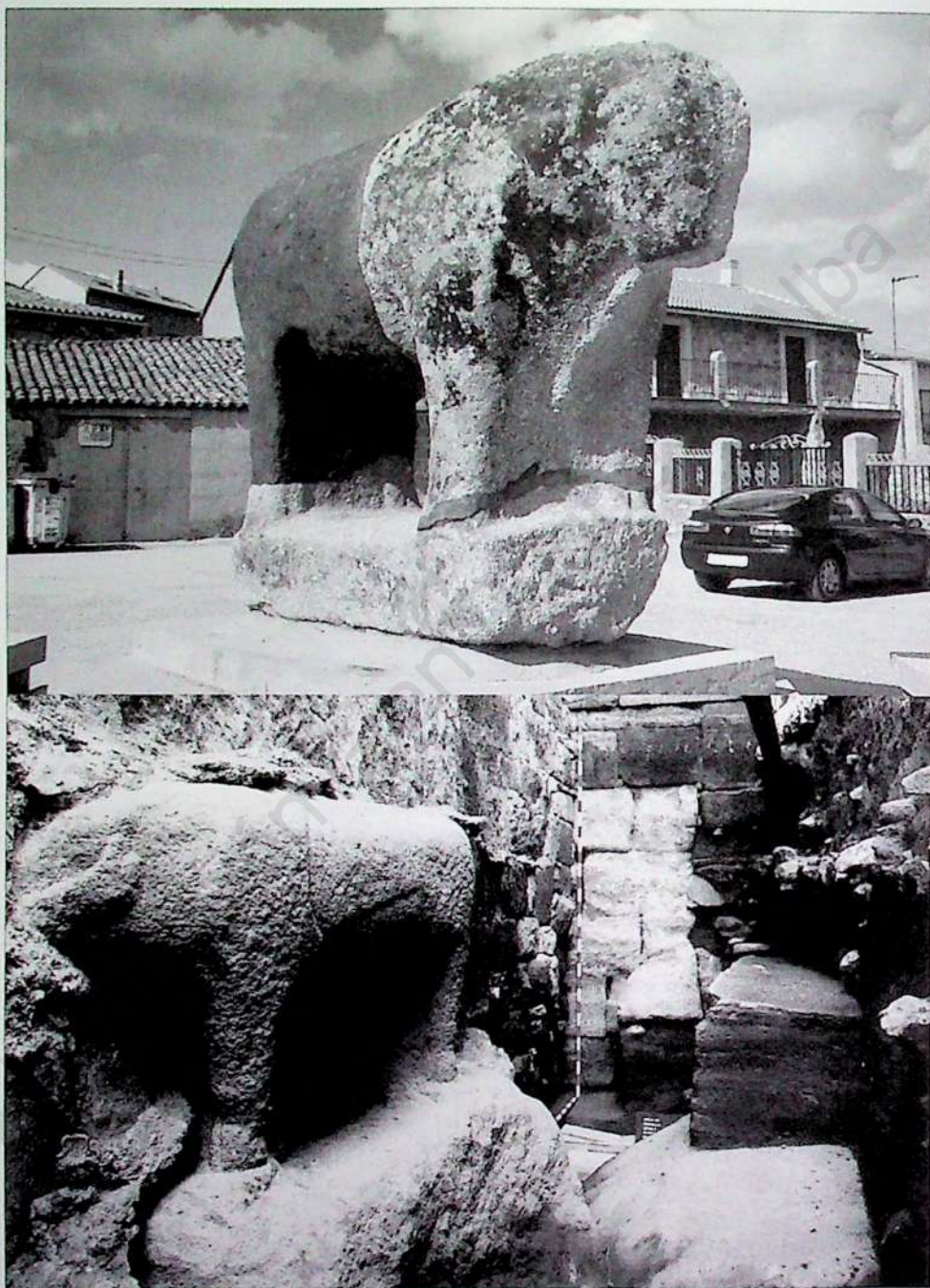


Fig. 7.13. Arriba: toro de Villanueva del Campillo. Abajo: verraco localizado en la torre sur de la puerta de San Vicente de la muralla de Ávila (según Martínez Lillo y Murillo Fragero 2003: 280).

demostrada habilidad de los canteros de la Meseta Occidental a la hora de labrar los berruecos de superficie, ejemplificada en altares y saunas rupestres como los localizados en Ulaca.

A la hora de elegir el berrueco o el bloque adecuado para realizar la escultura, los canteros tendrían en cuenta la especie a representar, dada la diferencia de tamaño entre toros y suidos. En el caso de las figuras hechas a partir de un berrueco la labra se haría *in situ*, lo que implica el desplazamiento expreso de los artesanos para llevar a cabo esta tarea (Álvarez-Sanchís 1990: 227). Los análisis petrográficos realizados a los toros de Salamanca y Toro han determinado que el granito en el que están labrados procede de las Sierras de Béjar o Gredos (Martín Valls *et al.* 1992: 96) y de la zona de Ávila (Martín Valls 1974: 81), respectivamente y, por tanto, se ha descartado su labra *in situ*. El peso de estas efigies ronda los 4500 kg y los 4000 kg, respectivamente; eso unido a la distancia que separa las mencionadas zonas de las dos localidades deja como única explicación plausible a su localización actual un traslado posterior. Lo mismo se puede decir del toro encontrado en las cercanías de Ulaca y cuyo granito procede de una cantera ubicada en Chamartín, a unos 40 km de distancia (Berrocal-Rangel *et al.* 2018; Manglano Valcárcel 2018: 137 y 153-158). El desplazamiento de estas esculturas ha sido habitual desde, al menos, el Renacimiento (Mariné 2008: 443-444), aunque en el caso del toro de Salamanca debió llevarse a cabo como mínimo antes del S. XIII ya que en ese momento aparece citado en el Fuero de la ciudad (Tít. XLVIII). En cuanto a las esculturas realizadas sobre un bloque extraído de una cantera la labra se podría llevar a cabo en el taller del artesano, aunque previamente debió producirse el desbaste de la pieza en la propia cantera, como se ha podido documentar en el área mediterránea peninsular (Gagnaison *et al.* 2007). Posteriormente, tras la finalización de la figura, se procedería al traslado a su ubicación definitiva.

Una vez obtenida la materia prima se procedería a la labra de la escultura, que debió comenzar por la parte superior. Así, los canteros realizarían primero el lomo, la cabeza y el cuello del animal. A continuación tallarían el cuerpo del animal por una de las caras y después por la otra, como parecen atestiguar las esculturas inacabadas de Las Cogotas, San Mamede (Álvarez-Sanchís 1993a: 159-160) y Aldea del Rey Niño (Ávila) (Mariné 2012b) y la asimetría existente en cada uno de los lados de algunas figuras (Nortes Nolasco 2010: 228-230). El paso siguiente sería el de preparar los pedestales de las figuras. Estos presentan numerosas rugosidades fruto de una labra tosca, señal de que esta parte de la pieza iría enterrada. Aunque se han llegado a identificar hasta tres tipos y cuatro subtipos de pedestales (Arias Cabezudo *et al.* 1986: 16-18), las esculturas de toros y cerdos pueden dividirse básicamente en dos clases a partir de las diferencias presentes en sus pedestales: las que tienen el espacio calado entre el vientre y la basa y las que tienen un pedestal macizo. Por último, en algunos casos el artesano labraría los rasgos anatómicos característicos del animal representando las arrugas del cuello, ojos, arranque de los cuernos,

rabo y sexo; estas esculturas pasarían así a formar parte del grupo de las más naturalistas (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008: 218). De esta manera acabaría el proceso de elaboración de las figuras (fig. 7.14).

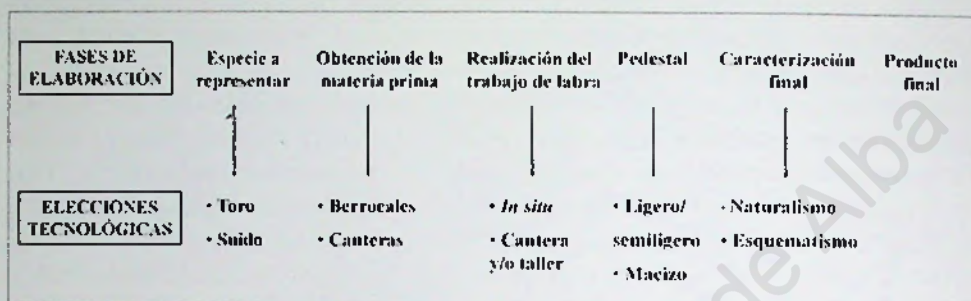


Fig. 7.14. Variantes tecnológicas documentadas en el proceso de elaboración de un verraco (según Rodríguez-Hernández 2012: fig. 6).

Recientemente se ha planteado en el mundo mediterráneo peninsular la existencia en algunas esculturas de posibles marcas de escultor o de taller (Chapa Brunet et al. 2009a; Chapa Brunet et al. 2009b: 167-170; Fort et al. 2013), pero en el granito, debido a su dureza, las marcas que dejan las herramientas no son tan claras como las que se pueden observar en otras piedras como, por ejemplo, la caliza. En las labores de desbaste de las figuras zoomorfas los canteros emplearían el pico de pequeño tamaño y el puntero, cuyas marcas son muy parecidas entre sí (Nortes Nolasco 2010: 80). El acabado final lo harían fundamentalmente a puntero; así parece desprenderse de la textura rugosa que presenta el suido labrado *in situ* en la puerta de San Vicente (Martínez Lillo y Murillo Fragero 2003: 268). El cincel lo emplearían en la realización de líneas, ranuras o muescas, mientras que los cinceles de menor tamaño y las herramientas enmangadas serían utilizados para la labra de los detalles anatómicos de las esculturas. El proceso de elaboración de un verraco resulta duro y laborioso y en él sería necesaria la participación de varias personas (Nortes Nolasco 2010: 130). Álvarez-Sanchís (1990: 226) ha estimado que la realización de una pieza de tamaño medio exigiría entre 20 y 25 días de dedicación a tiempo completo por parte de un cantero actual.

f) Reutilizaciones: en las excavaciones realizadas en los yacimientos de la Segunda Edad del Hierro resulta frecuente el hallazgo de molinos circulares reutilizados, fundamentalmente como elementos de construcción. Suelen aparecer aprovechados en los muros de las viviendas y en las murallas (Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004: 180; González-Tablas Sastre 2011a: 198) e incluso formando parte de tumbas de encachado tumular (Álvarez-Sanchís et al. 2008: 350).

Si hay un tema secular en el estudio de las comunidades del occidente de la Meseta es, sin duda, el de los verracos, debido a las múltiples incógnitas que los rodean. Las principales entre todas ellas serían su cronología y su función

y significado, que ha dado origen a diversas interpretaciones a lo largo del tiempo (fig. 7.15) (p. ej. Hernández Hernández 1982: 233-234; López Monteagudo 1984; González Cordero *et al.* 1988: 30-31; Salinas de Frías 2001: 59-62; Álvarez-Sanchís 2004a; Bonnaud 2008: 19 y ss.; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008: 222-229). En la actualidad las tres líneas interpretativas que cuentan con más apoyos son: 1) aquella que considera que las esculturas zoomorfas son monumentos funerarios de época romana (p. ej. Hübner 1888: 253 y ss.; Gómez-Moreno 1904: 154; Martín Valls y Pérez Herrero 1976; Martín Valls y Pérez Gómez 2004); 2) la formulada por Cabré (1930: 39-40), para quien los verracos estarían relacionados con ritos de protección y propiciación de los ganados; 3) la que juzga a los zoomorfos como hitos demarcadores de zonas ricas de pastos, controladas por las élites de los castros y *oppida* (Álvarez-Sanchís 1990; 1993a; 1994; 1998; 2003b: 59-62; 2003c: 281-294; 2005b; 2007a; 2008c; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 1999; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008). Para intentar esclarecer la función y significado, así como la cronología de las esculturas de toros y cerdos del occidente peninsular, parece que lo más razonable es centrarse en aquellas efigies sobre las que existen elementos de peso para considerar que se encuentran en su contexto original, como, por ejemplo, el toro de Villanueva del Campillo (antes de su reciente traslado a la plaza principal de la localidad) y el cerdo labrado *in situ* en la base de la puerta de San Vicente de Ávila; o que han

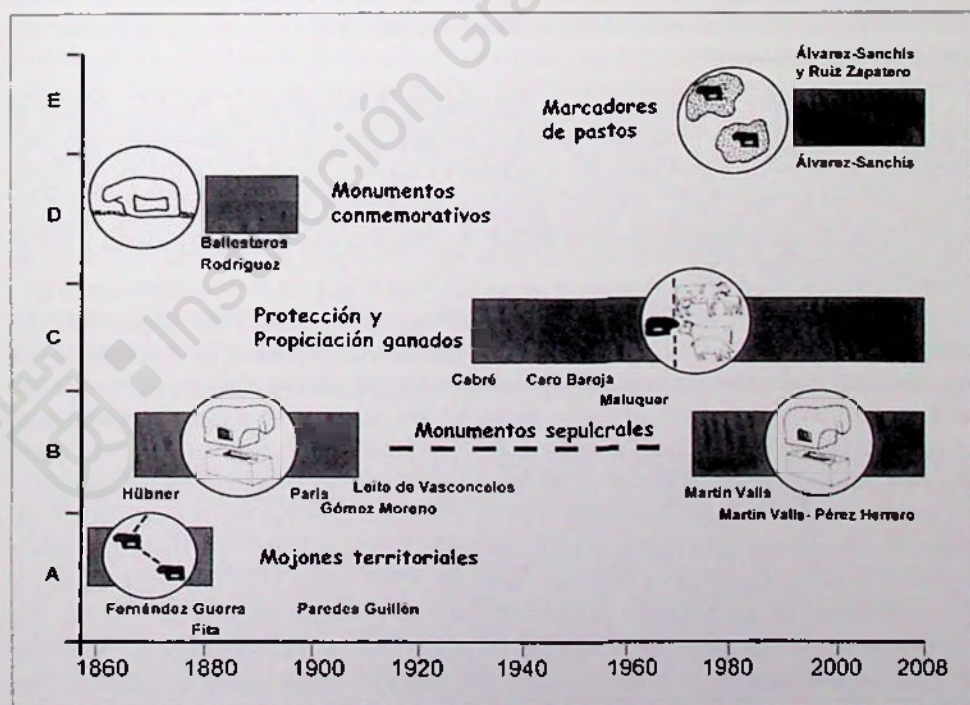


Fig. 7.15. Hipótesis interpretativas propuestas por los diferentes autores sobre el significado de los verracos (según Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008: fig. 7).

sido descubiertas en un contexto arqueológico claro, como en el caso de las esculturas de Martiherrero (Ávila). En el primer caso, la excavación realizada en torno al enorme toro (y al cerdo de pequeño tamaño que lo acompañaba) resultó infructuosa (Larrén Izquierdo 1990: 249), al igual que ocurriera en las intervenciones llevadas a cabo en el terreno donde se levantan los famosos Toros de Guisando (Sopranis Salto y Martín-Rocha 1955). De este modo, como acertadamente plantean Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero (1999: 316), el contexto de estas figuras hay que buscarlo en su ubicación en el paisaje. Sin embargo, su propuesta de considerar a los verracos como demarcadores de áreas ricas en pastos no ha podido ser validada en un reciente análisis espacial realizado en el occidente de la provincia de Toledo (Charro Lobato 2008). Con respecto al suido de la puerta de San Vicente se ha planteado que flanqueara, junto a una escultura de tipología análoga que fue descubierta al lado de la torre norte de dicha puerta, el acceso de la ciudad romana ubicada en el actual solar de Ávila (Fabián García 2007: 87; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008: 225), identificada habitualmente con la *Obila* citada por Ptolomeo (II, 5, 7) (Roldán Hervás 1968-69: 91-92; Sayas Abengoechea y López Melero 1991: 78 y nota 6). En cuanto a las cuatro figuras exhumadas en Martiherrero, aparecieron asociadas a cistas de incineración romanas y una de ellas presentaba una inscripción funeraria latina en el costado (Martín Valls y Pérez Herretero 1976); aunque existe la duda sobre el carácter prerromano o romano de los verracos (Hernández Hernández 1982: 233-234; Álvarez-Sanchís 1995: 344). A partir de estas evidencias consideramos que se pueden plantear las siguientes cuestiones:

1) La función que cumplieron los verracos desde el s. IV a.C. hasta la época romana fue cambiando. Aunque existen propuestas recientes que defienden la estructuración de este fenómeno bajo el dominio romano (López Jiménez 2011: 260-263), hoy día «resulta absolutamente insostenible la pretensión de llevar a época romana todas las esculturas» (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2008: 226).

2) Inicialmente, las élites de los distintos poblados promoverían la erección de los verracos con el objetivo de exhibir el poder y la riqueza de la comunidad residente en la zona. Esto explicaría la ubicación de figuras como el toro de Villanueva del Campillo, situadas en puntos de paso obligado, y el gran tamaño de las mismas, puesto que constituirían un referente visual para los «extraños» que accedieran al territorio controlado por un *castro/oppidum* (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 1999: 318). Lo mismo se puede decir de aquellas esculturas levantadas en las fronteras teóricas entre los distintos asentamientos (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: fig. 10). De esta manera, los individuos destacados de la comunidad obtendrían capital simbólico, en un contexto de competición entre las élites de los distintos enclaves. Además, al estar localizados en puntos liminales del paisaje, estos verracos podrían haber servido como elementos referenciales en el paisaje, como marcadores de lugares donde se llevarían a cabo reuniones e intercambios entre poblaciones

vecinas o actuaciones ceremoniales de carácter público, como han sugerido recientemente Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís (2008: 228-229).

3) De manera sincrónica, estos miembros privilegiados de las poblaciones del occidente meseteño patrocinarían la construcción de verracos en el entorno de las puertas de los castros y *oppida*. En este caso las efigies habrían actuado como elementos activos en la protección de la comunidad, como acatantes, es decir, agentes no humanos que «hacen hacer» (Latour 2001, citado en Rodríguez-Corral 2012: 87), al igual que se ha propuesto para las esculturas de guerreros castreños (Rodríguez-Corral 2012).

4) Ya en época romana, las élites indígenas se habrían apropiado de estos símbolos compartidos por toda la comunidad, colocándolos encima de sus tumbas de incineración, con el objetivo de justificar su poder (González Ruibal 2008a: 924-925). De este modo, las figuras zoomorfas pasarían a ensalzar el prestigio de individuos potentados y a proteger su descanso eterno.

En conexión con esta evolución en la función de los verracos podemos plantear cambios en las condiciones de trabajo de los canteros. Entre los siglos IV-III a.C. la realización *in situ* de la mayor parte de las efigies obligaría, como hemos visto, al desplazamiento de los artesanos. En cambio, en los ss. II-I a.C. posiblemente surgirían una serie de talleres localizados en el espacio periurbano de los *oppida*, que atenderían la demanda local de productos elaborados en piedra (esculturas zoomorfas, molinos circulares, elementos constructivos...) y los encargos puntuales que les pudieran hacer desde otras comunidades. En este último caso, el cantero podría desplazarse para llevar a cabo su labor, como se ha planteado para el sureste peninsular (Chapa Brunet y Izquierdo Peraile 2012: 260). Finalmente, a partir de la segunda mitad del s. I a.C. los talleres se trasladarán cerca de las ciudades romanas, por lo que la materia prima será trasladada en forma de bloques desde las canteras hasta estas nuevas instalaciones, donde se realizarían las piezas y desde las cuales se distribuirían por el territorio cercano (Berrocal-Rangel et al. 2018). En las inmediaciones de la ciudad de Ávila surgiría en este momento un taller cuyas producciones se caracterizan por sus dimensiones más pequeñas, su diseño geométrico con perfiles muy rectos y por presentar el espacio entre el vientre y el plinto sin calar. Este conjunto de toros fue sistematizado inicialmente por Martín Valls (1974: 74 y ss.).

Una última cuestión a tratar en relación a los verracos es su consideración como marcadores étnicos (Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2002; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 2002; Álvarez-Sanchís 2009b). Como muy bien han expuesto Esparza y Blanco González (2008: 81-82), en todas las discusiones sobre los límites de los vettones se parte de las noticias recogidas por las fuentes clásicas, especialmente la Geografía de Ptolomeo (II, 5, 7) (López Jiménez 2004: 209). Las lagunas presentes en dichas informaciones son suplidas mediante el uso de las evidencias arqueológicas, sobre todo, los verracos (p. ej. Roldán Hervás 1968-69: 105-106; Salinas de Frías 1986: 21-23; 2001:

45; Castelo Ruano y Sánchez Moreno 1995: 324; Sánchez Moreno 2000b: 45; Bonnaud 2002; Álvarez-Sanchís 2003c: 323-325; Almagro-Gorbea 2008: 54-56; 2009: 19-21), lo que habitualmente conduce a argumentaciones circulares (Reher Díez 2011: fig. 32.1), según las cuales los verracos, considerados como elementos distintivos de la etnicidad vettona, son empleados como prueba del carácter vetton de algunos territorios cuya adscripción étnica se desconoce y a partir de entonces se considerarán vettones todos los vestigios arqueológicos presentes en tales territorios. Por nuestra parte creemos razonable considerar a los verracos como expresiones materiales de la identidad de las comunidades del occidente peninsular. El problema viene a la hora de valorar el alcance de dichos procesos identitarios, ya que podrían haberse limitado al nivel de los castros u *oppida* o a un ámbito comarcal. En este sentido, para López Jiménez (2004) y Sánchez Moreno (2009: 76) la *Vettonia* como sujeto territorial respondería más a una reorganización provincial altoimperial, que a los límites de una entidad prerromana unitaria. Por ello, denominaciones como *Lusitani*, *Celtici* o *Vettones* pudieron servir a los romanos para agrupar poblaciones que, desde su punto de vista exógeno, compartirían una serie de elementos comunes (Salinas de Frías 2011: 145), uno de los cuales, en el caso de los vettones, podría haber sido la presencia de esculturas zoomorfas en sus territorios.

7.2. DEMOGRAFÍA Y ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA

Como ya vimos en el capítulo 4, los estudios demográficos nos pueden aportar claves fundamentales para el análisis de la organización social de las comunidades del pasado. Para la Meseta Occidental contamos con una serie de aproximaciones a la demografía de los núcleos de la Segunda Edad del Hierro, como la llevada a cabo por Benet (2002: 27) para el Teso de las Catedrales. Este autor calcula que a partir de mediados del s. III a.C. la población de este *oppidum* sería de unos 5000 habitantes. Para alcanzar esta cifra parte de las 150 personas que según él habitarían en el asentamiento previo del Cerro de San Vicente y aplica una tasa de crecimiento anual del 1,175% entre los años 550 y 250 a.C. Dicha tasa parece exageradamente elevada (Hassan 1978: 68-69), sin embargo, el número de residentes propuesto coincide con los cálculos realizados por Sacristán (2010: 139-140; 2011: 198) para las ciudades del valle medio del Duero (incluida la propia capital salmantina). Este investigador estima la densidad de ocupación de una ciudad media de este ámbito geográfico en unas 70 viviendas (de 100 m² incluyendo corrales) y 280 moradores por ha, lo que supone considerar una media de cuatro efectivos por estructura de habitación. En su modelo Sacristán contempla que las casas ocuparían un 70% del espacio, reservando para los espacios públicos el 30% restante. Para ello, se basa en las tramas urbanas reveladas por la fotografía aérea, en las que se aprecia que todo el ámbito intramuros estaba ocupado por calles y manzanas de casas (Olmo Martín y San Miguel Maté 1993; Olmo

Martín 2006). Sin embargo, en el caso del Teso de las Catedrales la organización interna es más desordenada (Alario García y Macarro Alcalde 2007: 226; Macarro Alcalde y Alario García 2012: 96-97), por lo que su densidad de población pudo ser sensiblemente inferior.

Asimismo, disponemos de las estimaciones demográficas realizadas para Las Cogotas y La Mesa de Miranda a partir de los datos proporcionados por sus correspondientes necrópolis (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995: 225-226; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2001: 64-67; Álvarez-Sanchís 2003c: 306-308; 2010b). En ambos casos Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís emplearon en sus cálculos la fórmula de Acsádi y Nemeskéri (1970: 65):

$$P = \frac{D \cdot e}{t} + K$$

Donde P es el tamaño medio de la población de la comunidad viva; D es el número total de muertos en el cementerio; e es la esperanza de vida media al nacer; t es el número de años de uso de la necrópolis y K es un factor de corrección al que se asigna generalmente un valor del 10%-20% por la presumible pérdida de tumbas. Así, en Las Cogotas, con 1613 tumbas excavadas, asumen una esperanza de vida media de 30 años, un tiempo de uso del cementerio de 300, 250 y 200 años y un valor de K del 10%, resultando en 177, 212 y 265 habitantes, extensibles a cerca de 300 personas aplicando un factor de corrección del 20%. Por tanto, plantean para este *oppidum* una población media de unos 250 residentes, que se distribuirían en familias de 4-5 miembros, lo que implicaría la existencia de alrededor de medio centenar de casas. De igual modo, a partir de las 2230 tumbas de la necrópolis de La Mesa de Miranda y empleando los mismos baremos que en Las Cogotas los valores de la población serían de 270, 297 y 324 habitantes con un factor de corrección del 10%, y de 335, 368 y 401 personas asumiendo un valor de K del 20%. De esta manera, el cementerio de La Osera estaría reflejando una comunidad media de unos 325-335 efectivos, por lo que estos autores proponen la presencia en el *oppidum* de unas 65-75 viviendas, repartidas entre los dos primeros recintos. A partir de estos datos, Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís calculan la densidad de población de Las Cogotas en unos 15 habitantes/ha y de La Mesa de Miranda en unos 20 habitantes/ha, cifras que extrapolan a las 70 ha de Ulaca, obteniendo un número de residentes de entre 1050 y 1400 personas, que se ajustaría bastante a las 250 estructuras documentadas en la superficie del poblado (fig. 7.16). Finalmente, estos investigadores estiman en unos 5000-6000 habitantes la población del Valle Amblés (ca. 900 km²), lo que supone una densidad de unos 5-6 habitantes/km², así como en unas 2000-4000 personas la población para el conjunto de castros concentrados en torno a los ríos Yeltes-Huebra.

En cualquier estimación del número de integrantes de una comunidad a partir de sus restos funerarios es necesario controlar una serie de factores



Fig. 7.16. Vista hipotética de Ulaca desde el norte (según Val Recio y Escribano Velasco 2004: 34).

perfectamente resumidos por Wells (1981: 97-98, citado en Ruiz Zapatero y Chapa Brunet 1990: 362), de los cuales nos gustaría destacar dos especialmente problemáticos en los ejemplos tratados aquí. El primero de ellos es que todos los habitantes fueran enterrados en el cementerio. Como ya vimos en el capítulo anterior, parece posible que el derecho a ser enterrado en la necrópolis estuviera socialmente restringido en el caso de los niños. Esta situación se ha confirmado en casi todos los cementerios protohistóricos peninsulares que cuentan con un análisis antropológico (Baquedano Beltrán 2016: vol. I: 285). Teniendo en cuenta que la mortalidad infantil hubo de ser muy elevada, la posible escasa representación de individuos infantiles en Las Cogotas y La Mesa de Miranda introduciría un sesgo importante a la hora de calcular la comunidad viva a partir del registro de dichas necrópolis. El segundo aspecto cuestionable es que la población se mantuviese más o menos estable a lo largo del tiempo de uso del cementerio (Cerdeño y Sagardoy 2005-06: 233). En los tres niveles detectados en la necrópolis de La Osera el número de tumbas es sensiblemente distinto (mayor cuanto más antiguo es el nivel) (Baquedano Beltrán 2016: vol. I: 126-134 y cuadro 11), por lo que podrían estar reflejando diferencias notables en cuanto al tamaño de la población del *oppidum* entre los años 425-200 a.C. Estos factores afectarían tanto a los cálculos llevados a cabo por Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís como a los realizados por Mangas y Hernando (1990-91: 226), que estiman una población de unos 440 efectivos para La Mesa de Miranda, y Baquedano Beltrán (2016: vol. I: 280-287), que plantea para este mismo yacimiento una población media que oscilaría entre

200 y 480 personas. Así pues, la asunción de que las comunidades enterradas en Las Cogotas y La Mesa de Miranda reflejarían las comunidades vivas de estos asentamientos es discutible. Más verosímiles parecen los análisis demográficos llevados a cabo a partir del número de casas exhumadas en una excavación en extensión o visibles a simple vista, como en el caso de Ulaca. En este yacimiento, como ya se ha dicho, se han descubierto cerca de 250 estructuras repartidas en varios sectores, aunque sumando las documentadas en la zona noreste el cómputo total superaría con creces las 300 construcciones (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1999: 39). De este modo, si consideramos que la mayor parte de ellas fueran viviendas ocupadas por familias compuestas por 5 o 6 miembros, la población de este sitio sería de unos 1500-1800 efectivos, ampliable hasta los 2000 habitantes, debido a la presencia de estructuras de hasta 250 m² que podrían albergar más personas. Teniendo en cuenta esta última cifra la densidad de población sería de unos 30 habitantes/ha, que sigue siendo una cantidad muy baja si la comparamos con las 160-200 personas/ha consideradas por Sánchez-Palencia y Fernández-Posse (1986-87: 378) para La Corona de Corporales, los 208-277 habitantes/ha calculados para la Numancia del 133 a.C. (Jimeno Martínez y Tabernero Galán 1996: 429; Jimeno Martínez et al. 2004: 351) o las 70-80 personas/ha contempladas de media para los *oppida* de la Celtiberia (Almagro-Gorbea 2001: 53 y cuadro 10). A pesar de ello, si aplicamos esta nueva densidad calculada para Ulaca a los casos de Las Cogotas y La Mesa de Miranda, la población total resultante sería de unos 435 habitantes en el primer enclave y de unas 570 personas en el segundo, lo que proporcionaría para el conjunto del Valle Ambles una densidad de unos 3,3 habitantes/km², bastante inferior a la planteada por Sacristán (2010: 140; 2011: 198) para el valle medio del Duero (5 hab./km²) o a la calculada por Almagro-Gorbea (2001: 48 y cuadro 10) para las áreas montañosas de la Celtiberia (5-6 hab./km²), pero cercana a la defendida por Burillo (2005: 838-839) para lo que él considera el «territorio de la alianza celtibérica del 153 a.C.» (3,7 hab./km²).

Por último, contamos con los estudios demográficos llevados a cabo a partir de las excavaciones en extensión realizadas en El Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 949-951; 2011: 394-398). En su primera propuesta su excavador tuvo en consideración una superficie intramuros de 15 ha, que estaría dedicada en un 50% a viviendas con una superficie media de unos 125 m², por lo que contempla la existencia de unas 600 casas en el interior del *oppidum*, que proporcionarían una población total de unas 3000 personas aplicando una media de 5 residentes por vivienda. Posteriormente, Fernández Gómez ha tratado de matizar dicha propuesta reduciendo el número de habitantes de cada casa, a partir de las diferencias existentes en la superficie de las mismas, y teniendo en cuenta la posible presencia de zonas sin edificar (fig. 7.17). De este modo, plantea una población mínima para este asentamiento de unos 2000 efectivos. Esta cifra contrasta enormemente con la que obtendríamos aplicando la densidad de población calculada por nosotros para



Fig. 7.17. Reconstrucción ideal del *oppidum* de El Raso (según Fabián García 2015: 24; dibujo de José Muñoz Domínguez).

Ulaca, que implicaría una población total de unos 450 habitantes, suma que, sin embargo, coincide con las 400-500 personas estimadas por Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero (2001: 66) para este enclave. De todas maneras, es necesario reconocer que el urbanismo más regular de El Raso posibilitaría una mayor densidad de población que la presente en los *oppida* del Valle Amblés y con ello un número de habitantes superior al casi medio millar de residentes calculado.

Por todo ello, a la hora de evaluar los distintos modelos de organización social propuestos para nuestra zona de estudio durante el Hierro II, es necesario tener en cuenta la existencia de una serie de núcleos urbanos u *oppida*, que llegaron a albergar, en algunos casos, varios miles de personas. Las dos herramientas básicas que han servido para caracterizar las sociedades de la Segunda Edad del Hierro en la Meseta han sido el registro funerario y las referencias incluidas en las fuentes clásicas (Ruiz Zapatero 2007b). La lectura social tradicional de los enterramientos (fig. 7.18.A) considera la existencia de una minoría formada por *equites* o aristócratas (fig. 7.19), reconocida perfectamente en las tumbas con los armamentos más ricos y arreos de caballo (Kurtz 1986-87b; Baquedano Beltrán 1990; Sánchez Moreno 2005: 240-243), ocupando la cúspide de la pirámide (González-Tablas Sastre 1985; Castro Martínez 1986; Martín Valls 1986-87). Próxima a estas élites ecuestres habría una clase «sacerdotal», como parece deducirse de la ordenación de las tumbas según mapas celestes en la necrópolis de La Osera (Baquedano

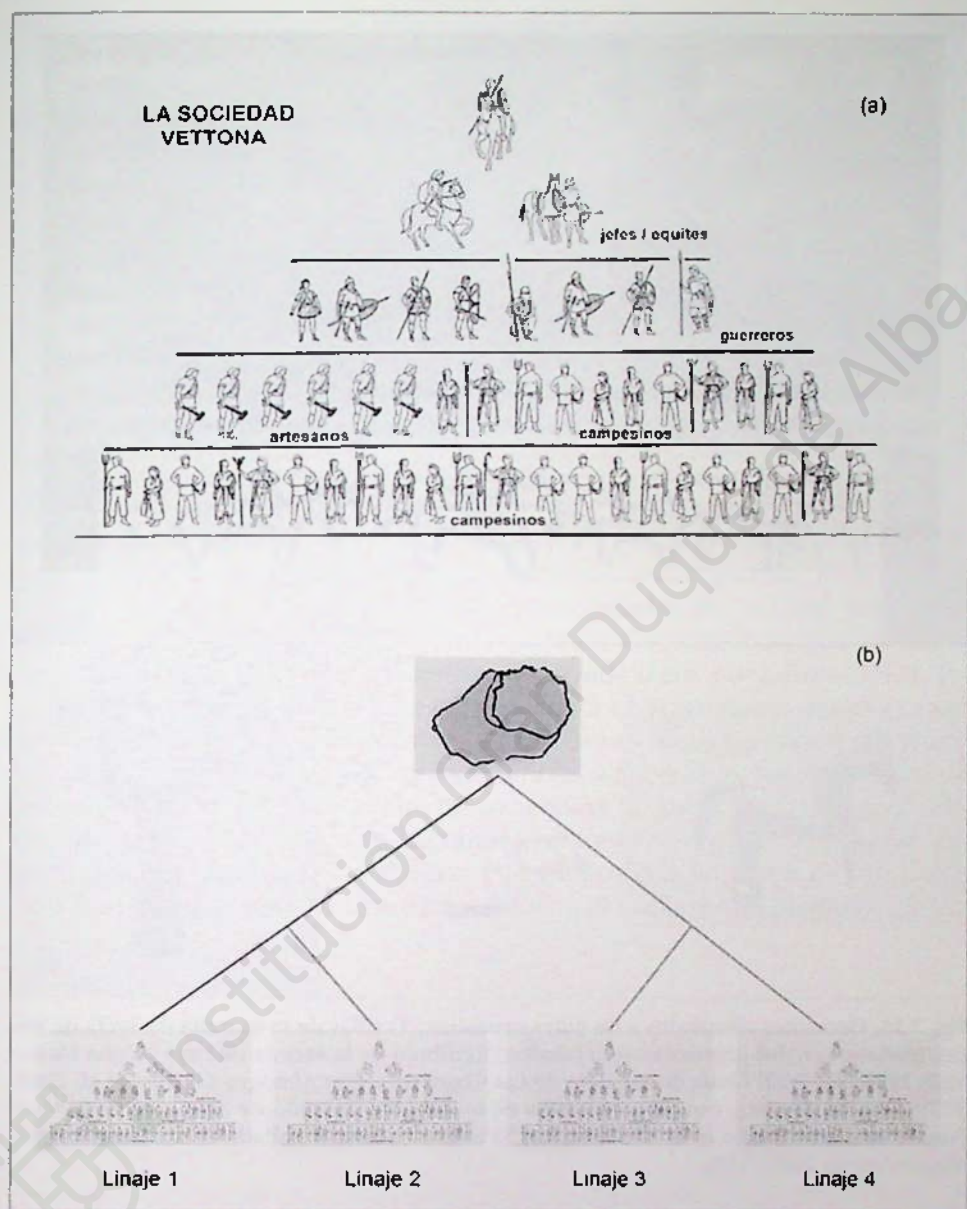


Fig. 7.18. (a) La sociedad vettona (según Ruiz Zapatero 2007b: fig. 3). (b) Posible estructura cónica de la comunidad de Las Cogotas, elaborada a partir de los datos aportados por su necrópolis (dibujo del yacimiento según Álvarez-Sanchís 2006: 7 y esquemas piramidales de los distintos linajes según Ruiz Zapatero 2007: fig. 3).

Beltrán y Martín Escorza 2008). Por debajo, estaría un grupo más numeroso de guerreros con panoplias menos ricas. Otro grupo de tumbas pertenecerían a artesanos y campesinos y, por último, estarían los enterramientos sin ningún tipo de ajuar, que se corresponden normalmente con más del 80% del total

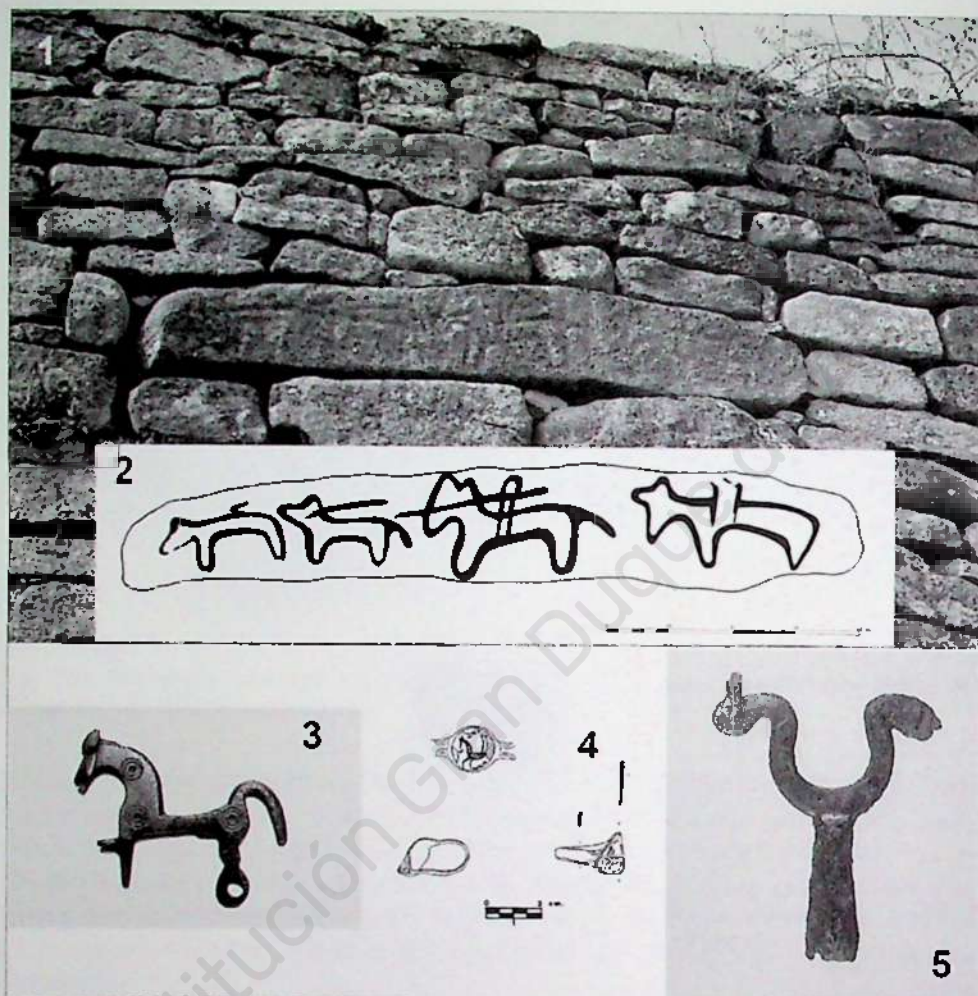


Fig. 7.19. Elementos vinculados a las élites ecuestres: 1) sillar de la muralla de Yecla de Yeltes, grabado con dos jinetes cazando jabalíes; 2) dibujo de la escena de caza (según Martín Valls 1983: fig. 7); 3) fibula de caballito de Las Cogotas (según Almagro-Gorbea *et al.* 2004: 427); 4) anillo de plata, con representación de un caballo, procedente del Cerro de la Mesa (según Almagro-Gorbea *et al.* 1999: fig. 2); 5) *signa equitum*? hallado en La Osera (según Manso Martín 2005: 130).

de tumbas y con los individuos más humildes y quizá también con esclavos (Bonnaud 2005a: 264-265). La presencia de estos últimos se ha planteado fundamentalmente a partir de los relatos de Plutarco (*Virt. Mul.*, 248e) y Polieno (VII, 48) sobre el ataque anibálico a *Salamanca*, ya que en ellos se menciona la presencia de esclavos en dicha ciudad, aunque para Sánchez Moreno (2000a: 127) serían más bien prisioneros de guerra. De esta manera, las sociedades del occidente meseteño han sido tradicionalmente definidas como comunidades fuertemente jerarquizadas con élites militares situadas por encima del grueso de población campesina y como sociedades guerreras en las que el componente

bélico formaría parte de sus vidas cotidianas. Pero, quizá se podrían caracterizar mejor a partir del modelo de clan cónico (Johnson y Earle 2003: 292-293) (fig. 7.18.B) en el cual «dentro de una comunidad, los diferentes grupos familiares se estructuran en una pirámide de jerarquía, legitimada simbólicamente en función de la mayor o menor proximidad a un determinado antepasado» (Parcero Oubiña 2002: 181). En cualquier caso, con la consolidación de los *oppida* posiblemente surgieron una serie de asambleas/consejos u órganos de gobierno, como los documentados en otras zonas peninsulares (Sánchez Moreno 1996: 261-263; 2000b: 234; Ruiz Zapatero 2007b: 71): una asamblea de hombres libres o ciudadanos, un consejo de notables o ancianos, más reducido, y ciertas magistraturas de marcado signo autocrático, posiblemente con atribuciones militares, jurídicas y religiosas, como los legados que aparecen en la *deditio* de Alcántara (López Melero et al. 1984).

Por su parte, las comunidades asentadas en torno al río Huebra serían, utilizando la expresión de Clastres (2014), «sociedades contra el Estado» (entendido como relación de poder), representado en este caso por los *oppida*. Dicho modelo antropológico ha sido empleado recientemente para analizar el comportamiento de algunas de las comunidades de la Edad del Hierro del noroeste peninsular (Parcero Oubiña 2003; González García et al. 2011; González García 2017) y de la Europa Templada (Fernández-Götz 2017). Estas sociedades utilizan diversas estrategias para contrarrestar la diferenciación jerárquica. Uno de los mecanismos principales es la segmentación del grupo una vez ha alcanzado un determinado umbral demográfico, fundándose así un nuevo asentamiento. En este tipo de sociedades la guerra juega un papel central, dando cohesión interna a la comunidad frente al resto de grupos que son por definición potenciales enemigos. Esto explicaría la presencia de complejos sistemas defensivos en los castros que jalonan el curso del río Huebra.

8. CONCLUSIONES



El objetivo fundamental de este trabajo era proporcionar una visión actualizada de la arqueología de las comunidades de la Edad del Hierro de la Meseta occidental, centrada en el análisis social de una serie de temas que consideramos clave: sus patrones de poblamiento, las características de sus poblados y estructuras domésticas, sus necrópolis, sus producciones artesanales y sus modelos de organización sociopolítica. Para ello, ha resultado fundamental no solo la revisión de la considerable bibliografía existente sino también la oportunidad de contar con datos inéditos procedentes de las prospecciones realizadas en el Valle Amblés entre 1997 y 2003 y las excavaciones llevadas a cabo en los años 2003 y 2004 en la zona baja de la ladera norte del cerro de Ulaca.

En este apartado de conclusiones vamos a intentar condensar la lectura histórica de las grandes transformaciones y continuidades observadas en el registro arqueológico de los grupos protohistóricos del occidente de la Meseta a lo largo de la Edad del Hierro:

La **transición Bronce Final-Hierro I** (ca. 1150/1100-950 cal AC en el suroeste de la Meseta Norte y ca. 1000-800 cal AC al sur del Sistema Central) supondrá en la zona un momento de grandes cambios debido, entre otros factores, a las condiciones de aridez características de la fase final del periodo Subboreal. Ante estas condiciones ambientales adversas las comunidades del suroeste de la cuenca del Duero optaron por dos tipos de estrategias distintas: la primera de ellas, basada en la tradición, supuso la continuidad del modelo de poblamiento semipermanente típico de los grupos cogoteños, mientras que la segunda conllevó el asentamiento definitivo de las familias en localizaciones especialmente privilegiadas desde el punto de vista hídrico. Esta divergencia en el comportamiento se debería, probablemente, al diferente tamaño de los grupos humanos, siendo los menos numerosos los que adoptarían la primera estrategia, debido a su mayor facilidad para moverse por el paisaje. En el valle medio del Tajo, en cambio, habrá que esperar siglo y medio para constatar las primeras ocupaciones estables, por lo que parecen estar más relacionadas con el evento climático producido entre ca. 850-760 cal AC y la mejora de las condiciones ambientales tras su finalización.

De este modo, comenzaría el asentamiento definitivo de los distintos grupos en poblados permanentes y, con ello, daría comienzo la **Primera Edad**

del Hierro (ca. 950/800-400 cal AC). En un primer momento, durante el Soto Inicial (ca. 950-800 cal AC), la mayor parte de los enclaves arqueológicos seguirían siendo asentamientos semipermanentes de reducido tamaño y dos o tres decenas de habitantes, pero también se ha podido constatar la presencia de auténticas aldeas, conformadas por un conjunto de cabañas realizadas con materiales deleznales, que darían cobijo a familias extensas. Estos establecimientos aldeanos, que albergarían contingentes de hasta 300 personas, constituyen el vestigio más visible de la apropiación efectiva del paisaje por parte de estas comunidades de los inicios de la Edad del Hierro, y, por tanto, se erigen como los nuevos marcadores del proceso de territorialización del paisaje. Dichos fenómenos se consolidarán durante el Soto Pleno y el inicio del Hierro I en el valle medio del Tajo (ca. 800-400 cal AC), a partir de la generalización del modelo aldeano, que en algunos casos habría implicado la colonización de nuevos espacios. A partir de ahora se constata una inversión de trabajo colectivo todavía mayor en la construcción de los poblados, lo que provocará una importante alteración del paisaje previo, a través de la realización de obras de fortificación (murallas, empalizadas y fosos) en alguno de ellos. Esta monumentalización de los enclaves estaría relacionada en este momento más con el deseo de reforzar la identidad comunitaria que con la defensa del grupo. En conjunto, los establecimientos aldeanos de esta etapa acogerían a unas 300-350 personas, aunque estas cifras serían posiblemente superiores en los momentos finales de la misma. La organización interna de las aldeas, con presencia de calles, muestra la preocupación de sus habitantes por ordenar el espacio colectivo. Asimismo, en este periodo se observa una mayor individualización del espacio familiar, con la conformación de «unidades de ocupación» separadas entre sí por cercas y zonas vacías de construcciones. Las casas, generalmente de forma circular y con alzados de adobe, estarían habitadas muy posiblemente por familias nucleares, que dispondrían además de una serie de estructuras auxiliares destinadas a almacenaje. A partir de la ubicación del hogar, del banco corrido y de las repisas en las viviendas del Soto Pleno, se puede defender la división del espacio habitacional en una zona central y otra periférica, así como una parte delantera más accesible, dedicada a las tareas domésticas, y otra trasera más privada, destinada al descanso y al consumo de alimentos.

Durante el Hierro Antiguo las comunidades del occidente meseteño habrían continuado con las estrategias de subsistencia tradicionales: agricultura cerealista y ganadería. Pero, la tendencia general de disminución de las masas arbóreas, constatada en los análisis palinológicos disponibles, estaría indicando un aclarado de la vegetación relacionado con una intensificación de las actividades agrícolas y ganaderas. En este sentido, en esta fase se ponen por primera vez en explotación determinadas zonas serranas con el propósito de incrementar los pastos de verano. Por lo que respecta a la producción artesanal de cerámica y objetos de metal, cabe destacar su realización a pequeña escala, destinada al autoabastecimiento y a satisfacer una demanda de

carácter eminentemente local. Sin embargo, este tipo de producción sería complementada por la llegada de una serie de piezas exóticas, primero desde el mundo atlántico y después desde el mediodía peninsular. Objetos a los que solo tendrían acceso determinados individuos que ocuparían posiciones privilegiadas dentro de las comunidades, aunque su condición no estaría consolidada y, por tanto, sería reversible. La aparición de estos bienes de prestigio estaría señalando la ruptura del *ethos* fundamentalmente igualitario que había caracterizado hasta entonces a los grupos de la Meseta occidental. Otro elemento que estaría apuntando al desarrollo de la desigualdad en estas comunidades sería la paulatina monumentalización de la arquitectura doméstica, que se habría convertido al final del periodo en una arena para la competición social. Igualmente, las primeras necrópolis que surgieron en nuestra zona de estudio habrían servido de escenario de complejas ceremonias de exhibición del creciente poder y riqueza que atesoraban ciertos personajes y sus familias.

Alrededor del 400 cal AC se observan en el registro arqueológico una serie de profundos cambios que justifican la distinción de una **Segunda Edad del Hierro** (ca. 400-50 cal AC). Uno de estos cambios es el abandono de alguno de los sitios más emblemáticos de la fase anterior y la concentración de la población en núcleos más grandes (ocupados previamente o *ex novo*), lo que dará lugar en la Submeseta Norte a un patrón de poblamiento protagonizado por unos pocos núcleos bastante distanciados entre sí. Este proceso de sinecismo (voluntario o forzoso) culminaría en la aparición de las primeras ciudades u *oppida* del occidente meseteño. Estos núcleos, capaces de albergar miles de almas, controlarían un territorio amplio para asegurar la subsistencia de sus habitantes. En las áreas menos pobladas se produciría en este momento una colonización de nuevos terrenos, a partir del excedente demográfico de las aldeas ya existentes. No obstante, en algunas de estas áreas surgirían también enclaves de grandes dimensiones u *oppida* al final del periodo (ss. II-I a.C.), momento en el que se generalizaría el modelo urbano en nuestra zona de estudio. Durante el Hierro II se produjo un aumento importante en el número de núcleos que presentaban imponentes elementos defensivos artificiales, murallas de piedra, fosos y campos de piedras hincadas; cuya construcción habría sido promovida por las élites de los distintos asentamientos. En los *oppida* el espacio interno se encuentra dividido por medio de calles que configuran ínsulas, en las cuales se instalaron las distintas construcciones, fundamentalmente domésticas, aunque también hubo espacios destinados a uso colectivo y lugares de culto. De hecho, la existencia de un santuario previo en determinadas localizaciones prominentes podría haber sido el motivo del establecimiento de la población en dichos lugares. Las estructuras domésticas en este momento albergan familias nucleares y se caracterizan por su planta rectangular o cuadrangular y por su zócalo de piedra, con un alzado de adobe o tapial. El mayor tamaño de algunas viviendas podría deberse a una mayor capacidad de acumulación de capital económico por parte de ciertas familias. Además, la elevada compartimentación interna que presentan algunas casas

buscaría aumentar el grado de privacidad de sus ocupantes. Alrededor de los núcleos urbanos suelen situarse barrios residenciales y artesanales, así como escombreras y necrópolis. La documentación de estas últimas supone un hito más en la apropiación del paisaje por parte de los grupos del occidente de la Meseta, ya que la presencia de tumbas ancestrales justifica y legitima el derecho exclusivo a explotar la tierra por parte de los descendientes. Los cementerios de la Segunda Edad del Hierro albergan en algunos casos miles de tumbas agrupadas en distintas zonas, lo que estaría marcando la existencia de espacios de enterramiento diferenciado en relación con los diferentes grupos de parentesco que convivirían en los castros y *oppida*.

Los análisis palinológicos muestran un aumento de la presión antrópica sobre el paisaje durante esta fase, acorde con el establecimiento de asentamientos urbanos. Lo que parecen reflejar dichos estudios es una creciente presión ganadera y una destacada actividad agrícola, basada en el cultivo de cereales y de leguminosas, así como de determinadas especies hortícolas; lo que habría provocado una deforestación progresiva del paisaje. Las tecnologías artesanales en este momento constituyen auténticas industrias especializadas, desarrolladas por especialistas a tiempo completo en barrios específicos ubicados habitualmente en el espacio periurbano de los *oppida*. Estos artesanos cubrirían la demanda de productos cotidianos y los encargos realizados por las élites. Estos últimos incluirían ciertas producciones de cerámica a torno, que se unirían a otras especies importadas, destinadas al consumo de bebidas alcohólicas y alimentos en el marco del ritual funerario y/o de ritos de comensalidad; así como puñales o espadas, en ocasiones con nielados de plata, fíbulas de caballito, anillos con tema ecuestre y esculturas zoomorfas en piedra. A lo largo de la Segunda Edad del Hierro se produjeron importantes cambios en la organización social de las comunidades analizadas. Para los siglos IV-III a.C. se ha planteado la existencia de sociedades fuertemente jerarquizadas, controladas por una élite guerrera que tendría en el caballo uno de sus signos distintivos, como se puede comprobar, por ejemplo, en los ricos ajuares con arreos de caballo depositados en las necrópolis de este momento. Posteriormente, con la generalización de los *oppida* por todo el área de estudio (salvo en el occidente salmantino), aparecerían auténticas sociedades urbanas dirigidas por un conjunto de asambleas/consejos u órganos de gobierno.

Con la conquista romana, las formas de vida que habían caracterizado a las comunidades de la Meseta Occidental a lo largo de la Edad del Hierro se irían diluyendo paulatinamente debido, entre otros factores, a la importante reorganización territorial impuesta por Roma a partir de la segunda mitad del siglo I a.C. Alrededor de esta fecha aparecería en esta zona un conjunto de importantes enclaves urbanos *ex novo* formados a partir del traslado de la población desde los viejos castros y *oppida* de finales de la Edad del Hierro. Estos núcleos de nuevo cuño, unidos a los asentamientos urbanos previos que continuaron funcionando como tales, organizarían la ocupación y explotación agropecuaria de sus respectivos territorios mediante el establecimiento de una

serie de *villae* y de otros enclaves rurales dispersos. En esta etapa romana las élites de las poblaciones indígenas se habrían apropiado definitivamente de símbolos compartidos por toda la comunidad, como las efigies de toros y cerdos, para justificar y consolidar su poder. Así, las esculturas zoomorfas pasarían a estar colocadas encima de las tumbas de incineración de estos miembros destacados de la sociedad, ensalzando su prestigio y protegiendo su descanso eterno.

 Institución Gran Duque de Alba

9. BIBLIOGRAFÍA



- Abad Casal, L. y Mora Rodríguez, G. (1979). «Una nueva "cabeza cortada" en Extremadura». En: *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*. Cáceres: Diputación de Cáceres, pp. 21-30.
- Abarquero Moras, F. J. (2005). *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 4. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Abarquero Moras, F. J.; Guerra Doce, E.; Delibes de Castro, G.; Palomino Lázaro, A. L. y Val Recio, J. del (2012). *Arqueología de la sal en las Lagunas de Villafáfila (Zamora): investigaciones sobre los cocederos prehistóricos*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 9. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Abel Schaad, D.; Hernández Carretero, A. M.; López Sáez, J. A.; Pulido Díaz, F. J.; López Merino, L. y Martínez Cortizas, A. (2009). «Evolución de la vegetación en la Sierra de Gata (Cáceres-Salamanca, España) durante el Holoceno reciente. Implicaciones biogeográficas». *Revista Española de Micropaleontología*, 41(1-2): 91-105.
- Abel Schaad, D. y López Sáez, J. A. (2013). «Vegetation changes in relation to fire history and human activities at the Peña Negra mire (Bejar Range, Iberian Central Mountain System, Spain) during the past 4,000 years». *Vegetation History and Archaeobotany*, 22(3): 199-214.
- Acsádi, G. y Nemeskéri, J. (1970). *History of human life span and mortality*. Budapest: Akadémiai Kiadó.
- Agustí García, E.; Morín de Pablos, J.; Urbina Martínez, D.; López Fraile, F. J.; Sanabria Marcos, P. J.; López López, G.; López Recio, M.; Illán Illán, J. M.; Yravedra Sainz de los Terreros, J. y Montero, I. (2012). «El yacimiento de Las Camas (Villaverde, Madrid). Longhouses en la Meseta Central». En: Morín de Pablos, J. y Urbina Martínez, D. (eds.). *El primer milenio a.C. en la Meseta Central. De la longhouse al oppidum*. Vol. 1: I Edad del Hierro. Madrid: Auditores de Energía y Medio Ambiente, pp. 111-147.
- Alarcón García, E. (2010). «Arqueología de las actividades de mantenimiento: un nuevo concepto en los estudios de las mujeres en el pasado». *@rqueología y Territorio*, 7: 195-210.
- Alario García, C. y Macarro Alcalde, C. (2007). «La ciudad hispano romana de *Salmantica* a partir de la secuencia estratigráfica del solar del Trilingüe». En: Gillani, G. y Santonja, M. (eds.). *Arqueología de la Vía de la Plata (Salamanca)*. Béjar: Fundación Premysa, pp. 213-241.
- Alcázar Godoy, J. y Suárez López, A. (1997). «Análisis antropológico». En: Fernández Gómez, F. *La necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso" (Candeleda, Ávila) "Las Guijas, B"*. Zamora: Memorias Arqueología en Castilla y León, 4. Junta de Castilla y León, pp. 145-161.
- Alfayé Villa, S. (2009). *Santuarios y rituales en la Hispania Céltica*. BAR International Series, 1963. Oxford.
- Alföldy, G. (1995). «Inscripciones, sacrificios y misterios: el santuario rupestre de Panoias/Portugal. Informe preliminar». *Madriider Mitteilungen*, 36: 252-258.
- (1997). «Die Mysterien von Panoias (Vila Real, Portugal)». *Madriider Mitteilungen*, 38: 176-246.

- Almagro-Gorbea, M. (1977). *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Universidad de Valencia.
- (1987). «El área superficial de las poblaciones ibéricas». En: *Coloquio Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid: Ministerio de Cultura, pp. 21-34.
- (1993a). «La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Período Protoorientalizante». *Complutum*, 4: 81-94.
- (1993b). «Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Actas, pp. 121-173.
- (1994). «Urbanismo de la Hispania "Céltica". Castros y oppida del centro y occidente de la Península Ibérica». En: Almagro-Gorbea, M. y Martín Bravo, A. M. (eds.). *Castros y Oppida en Extremadura*. Complutum Extra, 4: pp. 13-75.
- (2001). «Aproximaciones a la demografía de la Celtiberia». En: Berrocal-Rangel, L. y Gardes, P. (eds.). *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8. Madrid: Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, pp. 45-60.
- (2006). «El "Canto de los Responsos" de Ulaca (Ávila): un rito celta del Más Allá». *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, 11: 5-38.
- (2008). «Celtas y Vettones». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 44-60.
- (2009). «Lusitanos y Vettones». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.). *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 15-43.
- (2014). «Introducción». En: Almagro-Gorbea, M. (ed.). *Protohistoria de la Península Ibérica: del Neolítico a la Romanización*. Burgos: Universidad de Burgos-Fundación Atapuerca, pp. 9-16.
- (2015). «Sacra Saxa. 'Peñas Sacras' propiciatorias y de adivinación de la Hispania Celtica». *Estudios Arqueológicos de Oeiras*, 22: 329-410.
- (2016). «Founding rituals and myths in the Keltiké». En: Fernández-Götz, M. y Krause, D. (eds.). *Eurasia at the dawn of history: urbanization and social change*. New York: Cambridge University Press, pp. 336-350.
- Almagro-Gorbea, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (1993). «La "Sauna" de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico». *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 177-253.
- Almagro-Gorbea, M. y Berrocal-Rangel, L. (1997). «Entre iberos y celtas: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18: 567-588.
- Almagro-Gorbea, M.; Camacho, P.; Graells, R.; Lorrio, A. J. y Sánchez de Prado, M. D. (2016). «Anillos con équido de la Hispania prerromana. Consideraciones tipo-cronológicas». *BSAA arqueología*, LXXXII: 87-153.
- Almagro-Gorbea, M.; Cano Martín, J. J. y Ortega Blanco, J. (1999). «El anillo argénteo del Cerro de la Mesa (Toledo) y los anillos con caballito de la Hispania prerromana». *Complutum*, 10: 157-165.
- Almagro-Gorbea, M. y Dávila, A. F. (1995). «El área superficial de los oppida en la Hispania "Céltica"». *Complutum*, 6: 209-233.
- Almagro-Gorbea, M. y Gran-Aymerich, J. (1991). *El estanque monumental de Bibracte (Mont Beuvray, Borgoña)*. Complutum Extra, 1. Madrid: Editorial Complutense.
- Almagro-Gorbea, M. y Lorrio Alvarado, A. J. (2011). *Teutates: el héroe fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y en la Keltiké*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 36. Madrid: Real Academia de la Historia.

- Almagro-Gorbea, M.; Mariné, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.) (2004). *Celtas y Vettones*. 4.^a ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia.
- Almagro-Gorbea, M. y Moltó, L. (1992). «Saunas» en la hispania prerromana». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, V: 67-102.
- Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.) (1992). *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3. Madrid: Editorial Complutense.
- Almagro-Gorbea, M. y Torres Ortiz, M. (1999). *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- Alonso González, P. (2012). «Flanqueando el procesualismo y posprocesualismo: arqueología, teoría de la complejidad y la filosofía de Gilles Deleuze». En: Fernández, V. M., González Ruibal, A. y Hernando, A. (eds.). *Teoría Arqueológica*. Complutum, 23(2): pp. 13-32.
- Alonso González, P. y González Álvarez, D. (2013). «Construyendo el pasado, reproduciendo el presente: identidad y arqueología en las recreaciones históricas de indígenas contra romanos en el Noroeste de España». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXVIII(2): 305-330.
- Alonso Hernández, P. (1995). «El territorio de explotación económica de una comunidad de la Edad del Hierro: Las Cogotas». En: *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología: Vigo 1993*. Vol. II. Vigo: Xunta de Galicia, pp. 431-436.
- Álvarez-Sanchís, J. R. (1990). «Los «verracos» del valle del Ambles (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica». *Trabajos de Prehistoria*, 47: 201-233.
- (1993a). «En busca del verraco perdido. Aportaciones a la escultura zoomorfa de la Edad del Hierro en la Meseta». *Complutum*, 4: 157-168.
- (1993b). «Los castros de Ávila». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Actas, pp. 255-284.
- (1994). «Zoomorphic Iron Age sculpture in Western Iberia: symbols of social and cultural identity?». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 60: 403-416.
- (1995). «Esculturas de verracos y etnicidad en el contexto de la romanización». En: *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología: Vigo 1993*. Vol. II. Vigo: Xunta de Galicia, pp. 343-347.
- (1998). «Verracos vettones y espacios sociales: Arqueología del Paisaje en la Edad del Hierro». *Arqueología Espacial*, 19-20: 609-631.
- (2000). «The Iron Age in Western Spain (800 BC-AD 50): an overview». *Oxford Journal of Archaeology*, 19(1): 65-89.
- (2003a). «La Edad del Hierro en la Meseta Occidental». *Madriditer Mitteilungen*, 44: 346-386.
- (2003b). *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Madrid: Akal.
- (2003c). *Los Vettones*. 2.^a ed. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1. Madrid: Real Academia de la Historia.
- (2004a). «Juan Cabré y la arqueología de los verracos». En: Blázquez Pérez, J. y Rodríguez Nuere, B. (eds.). *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid: Instituto de Patrimonio Histórico Español, pp. 350-359.
- (2004b). «Los vettones». En: Almagro-Gorbea, M., Mariné, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Celtas y Vettones*. 4.^a ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia, pp. 258-277.
- (2005a). «Oppida and Celtic society in western Spain». *E-Keltoi*, 6: 255-285. (http://www4.uwm.edu/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/6_5/alvarez_sanchis_6_5.html) (Acceso 20/08/2009).
- (2005b). *Verracos. Esculturas zoomorfas en la provincia de Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 1. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.

- (2006). *Guía arqueológica de castros y verracos. Provincia de Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 8. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2007a). «Animales protectores en la cultura vettona: los verracos». En: Barril Vicente, M. M. y Galán Domingo, E. (eds.). *Ecós del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 191-194.
- (2007b). «Castros y aldeas. Los vettones en el valle medio del Tajo». En: Pereira Sieso, J. (coord.) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*. Ciudad Real: Almad, ediciones de Castilla-La Mancha, pp. 199-216.
- (2007c). «El poblado fortificado de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) y su relación con el poblamiento prerromano del valle Ambles». En: Berrocal-Rangel, L. y Moret, P. (eds.). *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 28. Madrid: Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, pp. 237-254.
- (ed.) (2008a). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- (2008b). «El descubrimiento de los vettones. Las Cogotas y la cultura de los verracos». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 14-42.
- (2008c). «Simbolismo y función de los verracos en la cultura vettona». En: Ferrer Albelda, E., Mazuelos Pérez, J. y Escacena Carrasco, J. L. (coords.). *De dioses y bestias. Animales y religión en el Mundo Antiguo*. SPAL Monografías, XI. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 163-182.
- (2008d). *Vettones. Pastores y guerreros de la Edad del Hierro*. Madrid: Museo Arqueológico Regional.
- (2009a). «Antes de los Oppida. Los Vettones y la Edad del Hierro». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.) *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 45-64.
- (2009b). «Expresiones de identidad: las comunidades prerromanas de la Meseta». En: Sastre Prats, I. (coord.) *Identidades*. Arqueología Espacial, 27, pp. 145-156.
- (2009c). «Huellas del consumo del vino en las necrópolis vettonas». En: Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (eds.). *El vino y el banquete en la Europa prerromana*. Vaccea Monografías, 2. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 193-211.
- (2010a). «La cerámica con decoración a peine: de "fósil guía" a indicador de etnicidad». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 293-318.
- (2010b). «La paleodemografía de los vettones». *Revista de Demografía Histórica*, segunda época, XXVIII (I): 71-90.
- (2011a). «Ciudades vettonas». En: Álvarez-Sanchís, J. R., Jimeno Martínez, A. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22(2): pp. 147-183.
- (2011b). «La Segunda Edad del Hierro en el oeste de la Meseta». En: Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia. (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 101-127.
- (2011c). «Ulaca (Solosancho, Ávila). El oppidum prerromano y su entorno». En: López García, J. P., Hernández Sánchez, D. y García Sánchez, J. (eds.). *Los vínculos entre el hábitat y el paisaje. Actas del I Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. Madrid: Ediciones de La Ergástula, pp. 191-208.
- (2012). «Ávila y los vettones, una historia para el presente». En: *Institución Gran Duque de Alba 1962-2012: 50 años de cultura abulense*. Vol. I. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 71-88.

- Álvarez-Sanchís, J. R. y González-Tablas, F. J. (2005). *Vettonia. Cultura y Naturaleza*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Álvarez-Sanchís, J. R.; Jimeno Martínez, A. y Ruiz Zapatero, G. (eds.) (2011). *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22(2). Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Álvarez-Sanchís, J. R.; Lorrio Alvarado, A. J. y Ruiz Zapatero, G. (2016). «Los primeros elementos de hierro en Iberia». En: *Homenaje a la profesora Concepción Blasco Bosqued*. Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 2: pp. 149-165.
- Álvarez-Sanchís, J. R.; Marín, C.; Falquina, A. y Ruiz Zapatero, G. (2008). «El oppidum vetton de Ulaca (Solosancho, Ávila) y su necrópolis». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 338-361.
- Álvarez-Sanchís, J. R. y Rodríguez-Hernández, J. (2016). «Engagement strategies for Late Iron Age oppida in North-Central Spain». En: Castillo, A. (ed.) *Interpreting the past through participatory approaches: ideals and challenges in archaeological practice*. Complutum, 27(2): pp. 401-415.
- Álvarez-Sanchís, J. R. y Ruiz Zapatero, G. (1998). «España y los españoles hace dos mil años según el bachillerato franquista (período 1936-1953)». *Iberia*, 1: 37-52.
- (1999). «Paisajes de la Edad del Hierro: pastos, ganado y esculturas en el valle de Amblés (Ávila)». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 313-323.
- (2001). «Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica de la Meseta en la Edad del Hierro». En: Berrocal-Rangel, L. y Gardes, P. (eds.). *Entre Celtas e Iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8. Madrid: Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, pp. 61-75.
- (2002). «Vettones, etnicidad y cultura material». En: Molinos, M. y Zifferero, A. (eds.). *Primi popoli d'Europa. Proposte e riflessioni sulle origini della civiltà nell'Europa mediterranea*. Firenze: All'Insegna del Giglio, pp. 181-199.
- (2004). «Ulaca, la gran ciudad fortificada de los vettones». *La Aventura de la Historia*, 72: 104-107.
- (2014). «The emergence of urbanism in Early Iron Age Central Iberia». En: Fernández-Götz, M., Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 204-213.
- (2019). «Urbanism and identity in Celtic Iberia. What did it mean to be a Vetton, Vaccæan or Carpetanian in Late Iron Age oppida?». En: Romankiewicz, T., Fernández-Götz, M., Lock, G. y Büchsenschütz, O. (eds.). *Enclosing space, opening new ground. Iron Age studies from Scotland to mainland Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 153-167.
- Álvarez-Sanchís, J. R.; Ruiz Zapatero, G.; Lorrio Alvarado, A. J.; Benito-López, J. E. y Alonso Hernández, P. (1998). «Las Cogotas: anatomía de un oppidum vetton». En: Marín, M. y Terés, E. (coords.). *Homenaje a Sonsoles Paradinas*. Ávila: Asociación de Amigos del Museo de Ávila, pp. 73-94.
- Álvarez-Sanchís, J. R. y Torre Echávarri, J. I. de la (2007). «Enseñar el pasado al público: aulas arqueológicas y centros de interpretación». En: Burillo Mozota, F. (ed.) *V Simposio sobre Celtiberos: Gestión y desarrollo*. Zaragoza: Fundación Segeda-Centro de Estudios Celtibéricos, pp. 137-147.
- Álvarez Rodríguez, A.; Tejedor Rodríguez, C. y García Vázquez, I. (eds.) (2017). *Investigaciones arqueológicas en el valle del Duero: del Paleolítico a la Edad Media*, 5. Valladolid: Glyphos Publicaciones.
- Álvarez Rojas, A. y Gil Montes, J. (1988). «Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura». *Trabajos de Prehistoria*, 45: 305-316.

- Ames, K. M. (2007). «The archaeology of rank». En: Bentley, R. A., Maschner, H. D. G. y Chippindale, C. (eds.). *Handbook of archaeological theories*. Lanham: AltaMira Press, pp. 487-513.
- Appadurai, A. (1986). «Introduction: commodities and the politics of value». En: Appadurai, A. (ed.) *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 3-63.
- Arias Cabezudo, P.; López Vázquez, M. y Sánchez Sastre, J. (1986). *Catálogo de la escultura zoomorfa protohistórica y romana de tradición indígena de la provincia de Ávila*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Ariño Gil, E. (2006). «Modelos de poblamiento rural en la provincia de Salamanca (España) entre la Antigüedad y la Alta Edad Media». *Zephyrus*, LIX: 317-337.
- Armendáriz Martija, J. (1989). «Estudio de los materiales de Sanchorreja procedentes de excavaciones antiguas». *Cuadernos Abulenses*, 12: 71-126.
- Armit, I. (2007). «Hillforts at war: from Maiden Castle to Taniwaha Pa». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 73: 25-37.
- Arnaiz Alonso, M. A. (2017). «La I Edad del Hierro en la cuenca media del Duero: arquitectura doméstica y formas de poder político durante la Facies Soto (siglos IX-VII a.C.)». *Trabajos de Prehistoria*, 74(1): 86-107.
- Arnold, B. (2016). «Belts vs. blades: the binary bind in Iron Age mortuary contexts in Southwest Germany». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 23(3): 832-853.
- Arnold, J. E. y Munns, A. (1994). «Independent or attached specialization: the organization of shell bead production in California». *Journal of Field Archaeology*, 21(4): 473-489.
- Aubet, M. E. (2005). «El "Orientalizante": un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales». En: Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.). *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV. Vol. I. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 117-128.
- Audouze, F. y Buchsenschutz, O. (1989). *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique. Du début du IIe millénaire à la fin du Ier siècle avant J.-C.* Paris: Hachette.
- Ayán Vila, X. M. (2008). «A round Iron Age: the circular house in the hillforts of the Northwestern Iberian Peninsula». *E-Keltoi*, 6: 903-1003. (http://www4.uwm.edu/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/6_19/) (Acceso 25/03/2016).
- (2015). «Territorios en fuga: estudios críticos sobre las fortificaciones de la Edad del Hierro del Noroeste». En: Rodríguez Monterrubio, O., Portilla Casado, R., Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 31-50.
- Ayazagüena Sanz, M.; Mora, G. y Salas Álvarez, J. (eds.) (2017). *150 años de historia de la arqueología: teoría y método de una disciplina*. Madrid: Sociedad Española de Historia de la Arqueología.
- Azconegui Morán, F. y Castellanos Miguélez, A. (eds.) (1999). *Guía práctica de la cantería*. 3.ª ed. León: Editorial de los Oficios.
- Balado Pachón, A. (1987). «La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIII: 169-177.
- (1989). *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*. Valladolid: Diputación Provincial de Valladolid.
- Balfet, H. (1965). «Ethnographical observations in North Africa and archaeological interpretation». En: Matson, F. R. (ed.). *Ceramics and man*. Viking Fund Publications in Anthropology, 41. New York: Wenner-Gren Foundation, pp. 161-177.
- Baquedano Beltrán, I. (1990). «Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de la Osera (Zona II)». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 279-286.
- (1996). «Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36: 73-90.

- (2004). «El descubrimiento y las excavaciones del castro de La Mesa de Miranda y de su necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila)». En: Blánquez Pérez, J. y Rodríguez Nuere, B. (eds.). *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid: Instituto de Patrimonio Histórico Español, pp. 384-394.
- (2007). «Perspectivas ante el más allá: las necrópolis vettonas». En: Barril Vicente, M. M. y Galán Domingo, E. (eds.). *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 167-172.
- (2016). *La necrópolis vettona de La Osera (Chamartín, Ávila, España)*. 2 v. Zona Arqueológica, 19. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- Baquedano Beltrán, J. y Martín Escorza, C. (1995). «La Estadística y su aplicación en Arqueología. El ejemplo de las necrópolis vettonas». *Revista de Arqueología*, 176: 26-37.
- (1996). «Distribución espacial de una necrópolis de la II Edad del Hierro: la zona I de La Osera en Chamartín de la Sierra, Ávila». *Complutum*, 7: 175-194.
- (1998). «Alineaciones astronómicas en la necrópolis de la Edad del Hierro de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)». *Complutum*, 9: 85-100.
- (2008). «Sacerdotes vettones: el sol y las estrellas. Un mapa estelar en la necrópolis de La Osera». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 310-320.
- (2009). «Orientaciones astronómicas en las necrópolis tumulares de La Osera (Ávila) y El Cigarralejo (Murcia)». En: Cerdeño Serrano, M. L. y Rodríguez Caderot, G. (eds.). *Arqueoastronomía*. Complutum, 20(2): pp. 121-140.
- Baquedano, E.; Contreras, M.; Mörtens, G. y Ruiz Zapatero, G. (2007). «El oppidum carpetano de "El Llano de la Horca" (Santorcaz, Madrid)». En: Dávila, A. F. (ed.). *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*. Zona Arqueológica, 10. Vol. II. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 374-394.
- Barley, N. (2012). *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*. 3.ª ed. Barcelona: Anagrama.
- Barral, P. (2011). «Dynamique de création et de romanisation des agglomérations dans l'Est de la France». En: Reddé, M.; Barral, P.; Favory, F.; Guillaumet, J.-P.; Joly, M.; Marc, J.-Y.; Nouvel, P.; Nuninger, L. y Petit, C. (dirs.). *Aspects de la Romanisation dans l'Est de la Gaule*. Collection Bibracte, 21. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen du Mont Beuvray, pp. 207-214.
- Barral, P. y Lallemand, D. (2014). «Les agglomérations ouvertes du IIe siècle av. J.-C. à spécialisation artisanale et commerciale : deux exemples du Centre-Est de la France, Varennes-sur-Allier (Allier) et Verdun-sur-le-Doubs (Saône-et-Loire)». En: Hornung, S. (ed.). *Produktion - Distribution - Ökonomie. Siedlungs- und Wirtschaftsmuster der Latènezeit. Akten des internationalen Kolloquiums in Otzenhausen, 28.-30. Oktober 2011*. Universitätsforschungen zur prähistorischen Archäologie, 258. Bonn: Rudolf Habelt, pp. 205-230.
- Barral, P. y Nouvel, P. (2012). «La dynamique d'urbanisation à la fin de l'âge du Fer dans le centre-est de la France». En: Sievers, S. y Schönfelder, M. (eds.). *Die Frage der Protourbanisation in der Eisenzeit / La question de la proto-urbanisation à l'âge du Fer*. Akten des 34. internationalen Kolloquiums der AFEAF vom 13.-16. Mai 2010 in Aschaffenburg. Bonn: Rudolf Habelt, pp. 139-164.
- Barrientos Allageme, G. (1998). «Introducción geográfica: Extremadura, una realidad diversa». En: Rodríguez Díaz, A. (coord.). *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*. Cáceres: Universidad de Extremadura, pp. 15-28.
- (1999). «El entorno geográfico». En: Celestino Pérez, S. (ed.) *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera*. Cáceres. 1. *Las necrópolis y el tesoro áureo*. Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 15-19.

- Barril Vicente, M. M. (2005a). «Canicas decoradas y fichas». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 106-107.
- (2005b). «Útiles para el trabajo de alfarería». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 110-111.
- (2005c). «Útiles para trabajos artesanales: Pico, martillo, cuchilla y puntero». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 118-119.
- (2007). «La denominada vivienda 3 del castro de Las Cogotas». *Cuadernos Abulenses*, 36: 53-103.
- (2008). «Los vettones y el Museo Arqueológico Nacional». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 454-471.
- (2010-11). «Funcionalidad y sistemas de sujeción de las herramientas férreas del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 46: 121-137.
- Barril Vicente, M. M. y Galán Domingo, E. (eds.) (2007). *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Barrio Aldea, C. (1992). «El Oso. Un poblado de altura en la sierra de San Vicente». En: *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 301-306.
- Barroso Bermejo, R. M. (2002). *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- Barroso Bermejo, R. M. y González Cordero, A. (2007). «Datos para la definición del Bronce Final en la zona suroccidental de la Meseta. Los yacimientos de la comarca del Campo Arañuelo (Cáceres)». *Revista de Estudios Extremeños*, LXIII(1): 11-36.
- Belarte, M. C. y Plana Mallart, R. (eds.) (2012). *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat / Le paysage périurbain en Méditerranée occidentale pendant la Protohistoire et l'Antiquité*. Documenta, 26. Tarragona: Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Bellido Blanco, A. y Cruz Sánchez, P. J. (1993). «Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)». En: Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 263-277.
- Benet, N. (1990). «Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)». *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León*, III: 77-93.
- (2002). «La ciudad de Salamanca. De su formación a la Repoblación». En: *Salamanca. Ciudad Europea de la Cultura 2002*. Salamanca: Caja Duero, pp. 15-43.
- Benet, N.; Jiménez, M. C. y Rodríguez, M. B. (1991). «Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: la excavación en la Plaza de San Martín». En: Santonja, M. (coord.). *Del Paleolítico a la Historia*. 2.ª ed. Salamanca: Junta de Castilla y León, pp. 117-136.
- Benet, N. y López Jiménez, O. (2008). «Investigaciones recientes en la Edad del Hierro en Salamanca y la Beira Alta: los castros del occidente». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 162-181.
- Benet, N. y Martín Valls, R. (2004). «Actuar sobre el patrimonio cultural: veinte años en Yecla la Vieja (Salamanca)». En: Val Recio, J. del y Escribano Velasco, C. (eds.). *Actas. Puesta en valor del patrimonio arqueológico en Castilla y León*. Salamanca: Junta de Castilla y León, pp. 191-206.
- Benet, N. y Sánchez Guinaldo, A. I. (1999). «Urbanismo medieval de Salamanca: ¿continuidad o reconstrucción?». En: Valdés Fernández, F. (coord.). *La Península Ibérica y el*

- Mediterráneo entre los siglos XI y XII -III-: el urbanismo de los estados cristianos peninsulares*. Codex Aquilarensis, 15. Aguilar de Campoo: Fundación Santa María la Real, pp. 120-152.
- Benito del Rey, L. y Grande del Brío, R. (1992). *Santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca*. Zamora-Salamanca: Iberdrola.
- (2000). *Santuarios rupestres prehistóricos en el centro-oeste de España*. Salamanca: Librería Cervantes.
- Benito del Rey, L.; Grande del Brío, R.; Martín García, R.; García Diego, A. J. y Lera Maíllo, J. C. (1987). «El castro de San Mamede, en Villardiegua de la Ribera (Zamora): nuevos descubrimientos arqueológicos». *Studia Zamorensia*, VIII: 41-51.
- Berrocal-Rangel, L. (2004). «La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica». *Gladius*, XXIV: 27-98.
- Berrocal-Rangel, L.; García-Giménez, R.; Manglano, G. R. y Ruano, L. (2018). «When archaeological context is lacking. Lithology and spatial analysis, new interpretations of the "verracos" Iron Age sculptures in Western Iberian Peninsula». *Journal of Archaeological Science: Reports*, 22: 344-358.
- Berrocal-Rangel, L. y Moret, P. (eds.). (2007). *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 28. Madrid: Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez.
- Berrocal-Rangel, L.; Paniego Díaz, P.; Ruano, L. y Manglano Valcárcel, G. R. (2017). «Aplicaciones LiDAR a la topografía arqueológica: el castro de Iruña (Fuenteguinaldo, Salamanca)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 43: 195-215.
- Berzosa del Campo, R. (2005). «Ustillaje y herramientas de trabajo de los celtíberos». En: Jimeno Martínez, A. (ed.) *Celtíberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación de Soria, pp. 319-328.
- Bessac, J.-C. (1986). *L'outillage traditionnel du tailleur de pierre de l'Antiquité à nos jours*. Revue Archéologique de Narbonnaise, supplément 14, Paris: Éditions du CNRS.
- Binford, L. R. (1983). *In pursuit of the past: decoding the archaeological record*. New York: Thames and Hudson.
- Blanco Freijeiro, A. (1984). «Museo de los verracos celtibéricos». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXI, cuaderno I: 1-60.
- Blanco García, J. F. (1992). «El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)». *Revista de Arqueología*, 130: 34-41.
- (1993). «La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX: 113-139.
- (1994). «El castro protohistórico de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21: 35-80.
- (1998). «Las producciones cerámicas del alfar vacceo de Cauca (Coca, Segovia)». *Madrid-Mitteilungen*, 39: 121-141.
- (2001). «La cerámica Celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 27: 23-62.
- (2006a). «El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización». *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 2: 35-84.
- (2006b). *El primer milenio a. C. en el noroeste de Segovia. Hacia la formación de Cauca (Coca). (Siglos XI-V a. C.)*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- (2010). «La cerámica vaccea». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 257-291.

- (2014a). «Descubiertas las murallas vacceas de Cauca». En: Sanz Mínguez, C. (dir.). *Vaccea Anuario 2013*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 78-79.
- (2014b). «Indicios arqueológicos de desigualdad social en los poblados de la fase de plenitud de la cultura del Soto de Medinilla (700-400 a.C.) situados en el centro de las campiñas meridionales del Duero». En: *Homenaje a la profesora Catalina Galán Saulnier. Anejos a Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 1: pp. 87-100.
- (2014c). «Las raíces de los vacceos». En: Sanz Mínguez, C. (dir.). *Vaccea Anuario 2013*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 54-64.
- (2015a). «La muralla de Cauca vaccea». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 8: 87-133.
- (2015b). «Piedra y barro. La muralla de la ciudad vaccea de Cauca». En: Sanz Mínguez, C. (dir.). *Vaccea Anuario 2014*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 38-46.
- (2017). «Los pueblos prerromanos del interior peninsular y los territorios atlánticos». En: Celestino Pérez, S. (coord.). *La Protohistoria en la península Ibérica*. Madrid: Istmo, pp. 645-811.
- (2018). *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. *Vaccea Monografías*, 5. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid.
- Blanco García, J. F.; Pérez González, C. y Reyes Hernando, O. V. (2012-2013). «Campana de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica». *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 8-9: 29-144.
- Blanco García, J. F. y Retuerce Velasco, M. (2010). «Últimas intervenciones arqueológicas en el cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid)». En: Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (dirs.). *Vaccea Anuario 2009*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 77-79.
- Blanco González, A. (2008). «Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro Inicial». *Zephyrus*, LXII: 101-123.
- (2009a). *El poblamiento del Bronce Final y Primer Hierro en el sector meridional de la Submeseta Norte*. 2 v. Salamanca. (<http://hdl.handle.net/10366/76407>). (Acceso 13/04/2015). Universidad de Salamanca.
- (2009b). «Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). De la Edad del Hierro al Medieval». *Zephyrus*, LXIII: 155-183.
- (2010a). «Arqueología de la población entre la Edad del Bronce y el Primer Hierro (1800-400 AC): sobre procesos migratorios y colonizadores en la Submeseta Norte». En: Burillo Mozota, F. (ed.). *Arqueología de la Población*. *Arqueología Espacial*, 28: pp. 361-379.
- (2010b). «La definición del Hierro Antiguo en el castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila). Consideraciones sobre algunos materiales del Museo Arqueológico Nacional». *Complutum*, 21(1): 123-143.
- (2010c). «Los castros de La Raya en perspectiva: dinámicas sociales del asentamiento antiguo en el sector occidental del Duero». En: Cubas Martín, N., Hidalgo Rodríguez, D. y Salinas de Frías, M. (eds.). *Arqueología, patrimonio, Prehistoria e Historia Antigua de los pueblos «sin pasado». Ecos de la Lusitania en Arribes del Duero*. Aquilafuente, 171. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 97-110.
- (2010d). «¿Nuevos hogares para los emigrantes? Casas y paisajes en el debate sobre el límite entre Cogotas I y el Primer Hierro en el valle del Duero». *Zephyrus*, LXVI: 155-179.
- (2011). «From huts to 'the house': the shift in perceiving home between the Bronze Age and the Early Iron Age in central Iberia (Spain)». *Oxford Journal of Archaeology*, 30(4): 393-410.

- (2014). «Sitios en altura y vasijas rotas: reconsiderando la etapa de 'plenitud' de Cogotas I (1450-1150 cal AC) en la Meseta». *Trabajos de Prehistoria*, 71(2): 305-329.
- Blanco González, A.; Alario García, C. y Macarro Alcalde, C. (2017a). «The earliest villages in Iron Age Iberia (800–400 BC): a view from Cerro de San Vicente (Salamanca, Spain)». *Documenta Praehistorica*, XLIV: 386-401.
- Blanco González, A.; Cancelo, C. y Esparza, Á. (eds.) (2005). *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Aquilafuente, 86. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Blanco González, A. y López Sáez, J. A. (2013). «Dynamics of pioneer colonisation in the Early Iron Age in the Duero basin (Central Iberia, Spain): integrating archaeological and palynological records». *Journal of Environmental Archaeology*, 18(2): 102-113.
- Blanco González, A.; López Sáez, J. A. y López Merino, L. (2009). «Ocupación y uso del territorio en el sector centromeridional de la cuenca del Duero entre la Antigüedad y la Alta Edad Media (siglos I-XI d.C.)». *Archivo Español de Arqueología*, 82: 275-300.
- Blanco González, A.; Macarro Alcalde, C. y Alario García, C. (2017b). «La aldea del Hierro Inicial del Cerro de San Vicente (Salamanca, España): Resultados de las excavaciones entre 1990 y 2006 a la luz de algunos debates actuales». *Munibe Antropologia-Arkeologia*, 68: 217-236.
- Blanco González, A. y Pérez Ortiz, L. (2005). «El fenómeno Orientalizante entre las comunidades del Primer Hierro del Occidente de la Cuenca del Duero». En: Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.). *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXXV. Vol. II. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 1005-1013.
- Blasco Bosqued, M. C. (1992). «Etnogénesis de la Meseta Sur». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: pp. 281-297.
- (1997). «Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en la Meseta». *Saguntum*, 30: 173-190.
- (2008). «Las actividades productivas en el mundo vetton». En: Álvarez-Sanchis, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 126-139.
- Blasco Bosqued, M. C.; Chamón, J. y Barrio, J. (2012). «Las primeras necrópolis de incineración en tierras de Madrid». En: Morín de Pablos, J. y Urbina Martínez, D. (eds.). *El primer milenio a.C. en la Meseta Central. De la longhouse al oppidum*. Vol. 1: I Edad del Hierro. Madrid: Auditores de Energía y Medio Ambiente, pp. 47-71.
- Blázquez Martínez, J. M. (1962). «Cabezas célticas inéditas del castro de Yecla. Salamanca». En: *VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona 1961)*. Zaragoza: pp. 217-226.
- (2004). «La religión celta en Hispania». En: Almagro-Gorbea, M.; Mariné, M.; y Álvarez-Sanchis, J. R. (eds.). *Celtas y Vettones*. 4.^a ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia, pp. 170-181.
- Bonnaud, C. (2002). «Vettonia Antiqua: les limites ethniques et administratives d'un peuple de l'ouest de la Meseta dans l'Antiquité». *Studia Historica. Historia Antigua*, 20: 171-199.
- (2005a). «Les castros vettons et leurs populations au Second Âge du Fer (Ve siècle - IIe siècle av. J.-C.). II: l'habitat, l'économie, la société». *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8(2): 225-271.
- (2005b). «Les castros vettons et leurs populations au Second Âge du Fer (Ve siècle - IIe siècle avant J.-C.). I: implantation et systèmes défensifs». *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8(1): 209-242.
- (2006). «Les castros vettons et leurs populations au Second Âge du Fer (Ve siècle - IIe siècle av. J.-C.). III: les lieux sacrés: nécropoles, sanctuaires et sacrifices». *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 9(2): 187-210.

- (2008). «Sculptures zoomorphes de Vetonnie: un bilan historiographique». *Conimbriga*, XLVII: 5-29.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bowden, M. y McOmish, D. (1987). «The required barrier». *Scottish Archaeological Review*, 4(2): 76-84.
- Bradley, R. (1990). *The passage of arms: an archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brandis García, D. y Troitiño Vinuesa, M. Á. (1977). «Ávila». En: Martínez de Pisón, E. (dir.). *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, pp. 49-103.
- Bronk Ramsey, C. (2013). *OxCal v. 4.2.4*. (<http://c14.arch.ox.ac.uk/embed.php?File=oxcal.html>). (Acceso 17/04/2015).
- Brooks, A. y Yellen, J. (1987). «The preservation of activity areas in the archaeological record: ethnoarchaeological and archaeological work in Northwest Ngamiland, Botswana». En: Kent, S. (ed.). *Method and theory of activity area research*. New York: Columbia University Press, pp. 63-106.
- Brumfiel, E. M. y Earle, T. (1987). «Specialization, exchange, and complex societies: an introduction». En: Brumfiel, E. M. y Earle, T. (eds.). *Specialization, exchange, and complex societies*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-9.
- Brun, P. y Chaume, B. (2013). «Une éphémère tentative d'urbanisation en Europe centre-occidentale durant les VI^e et V^e siècles av. J.-C.». *Bulletin de la Société préhistorique française*, 110(2): 319-349.
- Brun, P. y Ruby, P. (2008). *L'âge du Fer en France. Premières villes, premiers États celtiques*. Paris: La Découverte.
- Bullón Mata, T. y Sanz Herraiz, C. (1977). «Segovia». En: Martínez de Pisón, E. (dir.). *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, pp. 9-47.
- Burillo Mozota, F. (2005). «Aproximación a la demografía de la ciudad celtibérica de Segeda I». *Mayurqa*, 30: 827-847.
- (2007). *Los Celtiberos. Etnias y Estados*. 2.^a ed. Barcelona: Crítica.
- (2010). «La prospección bibliográfica I: una moneda de *Arekorata* procedente de Torrellas en la obra de Lastanosa». *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 18(2): 41-52.
- Burillo Mozota, F.; Álvarez-Sanchis, J. R. y Rísquez Cuenca, C. (2007). «España prerromana: un estado de la cuestión en los albores del siglo XXI». *Caesaraugusta*, 78: 193-234.
- Burillo Mozota, F. y Ortega Ortega, J. M. (1999). «El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de «ruptura»». En: Arenas Esteban, J. A. y Palacios Tamayo, M. V. (coords.). *El origen del mundo celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico (Molina de Aragón, 1-3 de octubre de 1998)*. Guadalajara: Ayuntamiento de Molina de Aragón-Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 123-141.
- Cabré Aguiló, J. (1930). *Excavaciones de Las Cogotas, Cardenosa (Ávila). I. El Castro*. Memorias, 110. Madrid: Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.
- (1932). *Excavaciones de Las Cogotas, Cardenosa (Ávila). II. La Necrópolis*. Memorias, 120. Madrid: Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.
- Cabré Aguiló, J.; Cabré de Morán, M. E. y Molinero Pérez, A. (1950). *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, V. Madrid: Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.
- Cabrera Díez, A. y Moreno-García, M. (2014). «Prácticas de sacrificio en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo): el depósito ritual de la Casa 1». *Zephyrus*, LXXIII: 133-147.
- Calonge Cano, G. (1995a). «Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle

- medio del Duero». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 529-539.
- (1995b). «Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 19-46.
- Camacho Rodríguez, P. (2018). *Las fibulas de los vetones*. Ss. V-I a.C. Universidad de Alicante: Tesis Doctoral inédita.
- Castañón Ugarte, P. M. (1991). «Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución». *Revista de Estudios Extremeños*, XLVII(1): 9-66.
- Castelo Ruano, R. y Sánchez Moreno, E. (1995). «De verribus vettonum. El verraco de Talavera la Nueva (Toledo) y algunas notas sobre la arqueología de las tierras orientales vetonas». *Zephyrus*, XLVIII: 317-330.
- Castro Martínez, P. V. (1986). «Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)». *Arqueología Espacial*, 9: 127-137.
- Castro Martínez, P. V.; Micó Pérez, R. y Sanahuja Yll, M. E. (1995). «Genealogía y cronología de la «cultura de Cogotas I» (el estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI: 51-118.
- Celestino Pérez, S. (ed.) (1999). *El yacimiento protohistórico de Pajares*. Villanueva de la Vera, Cáceres. 1. *Las necrópolis y el tesoro áureo*. Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Mérida: Junta de Extremadura.
- (2001). *Estelas de guerrero y estelas diademaadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona: Bellaterra.
- (2008a). «La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres). El influjo orientalizante en territorio vetón». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 94-112.
- (2008b). «Tartessos». En: Gracia Alonso, F. (coord.). *De Iberia a Hispania*. Barcelona: Ariel, pp. 93-345.
- (2016). *Tarteso. Territorio y cultura*. Barcelona: Ariel.
- Celestino Pérez, S.; Enríquez Navascués, J.-J. y Rodríguez Díaz, A. (1992). «Paleoetnología del área extremeña». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: pp. 311-327.
- Celestino Pérez, S. y Martín Bañón, A. (1999). «Las relaciones culturales entre Cogotas y el mediodía peninsular: el yacimiento de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres)». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 357-363.
- Celestino Pérez, S.; Rafel, N. y Armada, X.-L. (eds.). (2008). *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Celestino Pérez, S.; Salgado Carmona, J. A. y Cazorla Martín, R. (2009). «El siglo V a.C. en la Alta Extremadura». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.). *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 197-211.
- Cerdeño, M. L.; García Huerta, R.; Baquedano, I. y Cabanes, E. (1996). «Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro: los focos del noreste y suroeste mesetanos». En: Querol, M. Á. y Chapa, T. (eds.). *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra, 6(1): pp. 287-312.
- Cerdeño, M. L. y Sagardoy, T. (2005-06). «Estudio demográfico sobre el celibérico antiguo». *Kalathos*, 24-25: 219-237.

- Cerdeño, M. L. y Sagardoy, T. (2016). *La necrópolis de Herrería I y II. Las fases culturales del Bronce Final II-III*. Madrid: Ediciones de La Ergástula.
- Clark, J. E. y Parry, W. J. (1990). «Craft specialization and cultural complexity». *Research in Economic Anthropology*, 12: 289-346.
- Clastres, P. (2014). *La sociedad contra el Estado*. 2.^a ed. Barcelona: Virus editorial.
- Cobas Fernández, M. I. y Prieto Martínez, M. P. (1998). *Criterios y convenciones para la gestión y el tratamiento de la cultura material mueble*. CAPA, 7. Santiago de Compostela: Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidade de Santiago de Compostela.
- (2001). «La Cadena Tecnológica Operativa como una herramienta teórica y metodológica. Una perspectiva desde los planteamientos de la Arqueología del Paisaje». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XLVIII, Fascículo 114: 9-27.
- Coll Conesa, J. (2000). «Aspectos de tecnología de producción de la cerámica ibérica». En: *III Reunión sobre Economía en el Món Ibèric*. Saguntum Extra, 3, pp. 191-207.
- Collis, J. (1984). *Oppida: earliest towns north of the Alps*. Sheffield: University of Sheffield.
- (1989). *La Edad del Hierro en Europa*. Barcelona: Labor.
- (2003). *The Celts: origins, myths & inventions*. Stroud: Tempus.
- (2008). «The vettones in a european context». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 62-77.
- (2014). «Urbanisation in Temperate Europe in the Iron Age: Mediterranean influence or indigenous?». En: Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 15-22.
- Collis, J.; Krausz, S. y Guichard, V. (2000). «Les villages ouverts en Gaule centrale aux I^{er} et II^{es} siècles av. J.-C.». En: Guichard, V.; Sievers, S. y Urban, O.H. (dirs.). *Les processus d'urbanisation à l'âge du Fer / Eisenzeitliche Urbanisationsprozesse*. Actes du colloque des 8-11 juin 1998 (Glux-en-Glenne). Collection Bibracte, 4. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen du Mont Beuvray, pp. 73-82.
- Correia Santos, M. J. (2010). «Santuários rupestres no Ocidente da Hispania Indo-europeia. Ensaio de tipologia e classificação». *Palaeohispanica*, 10: 147-172.
- Corzo Varillas, V. (2006). *El tesoro de Arévaces*. Madrid: Sileto.
- Costin, C. L. (1991). «Craft specialization: issues in defining, documenting, and explaining the organization of production». *Archaeological Method and Theory*, 3: 1-56.
- Criado Boado, F. (1993a). «Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje». *SPAL*, 2: 9-55.
- (1993b). «Visibilidad e interpretación del registro arqueológico». *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56.
- (1996). «El futuro de la Arqueología, ¿la Arqueología del futuro?». *Trabajos de Prehistoria*, 53(1): 15-35.
- (1999). *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. CAPA, 6. Santiago de Compostela: Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidade de Santiago de Compostela.
- (2012). *Arqueológicas. La razón perdida. La construcción de la inteligencia arqueológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Cunliffe, B. (1994). «After hillforts». *Oxford Journal of Archaeology*, 13(1): 71-84.
- (1999). *The Ancient Celts*. London: Penguin Books.
- (2005). *Iron Age communities in Britain: an account of England, Scotland and Wales from the seventh century BC until the Roman conquest*. 4.^a ed. London: Routledge.
- Champion, T. (2006). «The image of the Celts in the 19th century». En: Rieckhoff, S. (dir.). *Celts et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, 1: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne*. Actes du colloque de Leipzig, 16-17 juin 2005. Collection Bibracte, 12/1. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen, pp. 123-142.

- Chapa Brunet, T.; Belén, M.; Martínez-Navarrete, M. I.; Rodero, A.; Ceprián, B. y Pereira, J. (2009a). «Sculptors' signatures on Iberian stone statues from *Ipolca-Obulco* (Porcuna, Jaén, Spain)». *Antiquity*, 83(321): 723-737.
- Chapa Brunet, T. y Izquierdo Peraile, I. (2012). «Talleres de escultura ibérica en piedra: a propósito de algunos ejemplos del sureste peninsular». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIX: 237-264.
- Chapa Brunet, T. y Mayoral Herrera, V. (2007). *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*. Madrid: Akal.
- Chapa Brunet, T. y Pereira Sieso, J. (2006). «Un vado perdido: El Cerro de la Mesa (Alcolea del Tajo, Toledo)». En: Maíllo Fernández, J. M. y Baquedano, E. (eds.). *Miscelánea en homenaje a Victoria Cabrera*. Zona Arqueológica, 7. Vol. II. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional-UNED, pp. 120-133.
- Chapa Brunet, T.; Pereira Sieso, J.; Cabrera Díez, A.; Charro Lobato, C.; Moreno-García, M.; Ruiz Alonso, M.; Pérez Díaz, S.; López Sáez, J. A. y Araujo, R. (2013). «Una fosa-vertedero de época vettona en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)». *Trabajos de Prehistoria*, 70(1): 140-165.
- Chapa Brunet, T.; Pereira Sieso, J.; Madrigal Belinchón, A.; Perlín, M.; Fernández del Cerro, J.; Arcos Lamarca, L. de y Charro Lobato, C. (2007). «El asentamiento protohistórico del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)». En: Millán Martínez, J. M. y Rodríguez Ruza, C. (coords.). *Arqueología de Castilla-La Mancha: I Jornadas. Cuenca, 13-17 de diciembre de 2005*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha-Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 797-809.
- Chapa Brunet, T.; Vallejo, I.; Belén, M.; Martínez-Navarrete, M. I.; Ceprián, B.; Rodero, A. y Pereira, J. (2009b). «El trabajo de los escultores ibéricos: un ejemplo de Porcuna (Jaén)». *Trabajos de Prehistoria*, 66(1): 161-173.
- Charro Lobato, C. (2008). «Estudio de los verracos del valle medio del Tajo. Una aproximación desde el paisaje». En: Orjía (coord.). *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material*. Tomo I. Madrid: CERSA, pp. 335-340.
- Charro Lobato, C. y Cabrera Díez, A. (2011). «El yacimiento arqueológico del Cerro de la Mesa y su entorno (Alcolea de Tajo, Toledo)». En: López García, J. P.; Hernández Sánchez, D. y García Sánchez, J. (eds.). *Los vínculos entre el hábitat y el paisaje. Actas del I Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. Madrid: Ediciones de La Ergástula, pp. 209-218.
- Charro Lobato, C.; Chapa Brunet, T. y Pereira Sieso, J. (2009). «Intervenciones arqueológicas en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). Campañas 2005-2007». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.) *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 131-139.
- Charro Lobato, C.; Chapa, T.; Cabrera, A.; Uribe Larrea, D.; Pereira, J.; Merino, E. y Andonaegui, P. (2013). «Non-destructive approaches applied to the environment of the archaeological site of Cerro de la Mesa, VII-II cent. BC (Alcolea de Tajo, Toledo, central Spain)». En: Vermeulen, F. y Corsi, C. (eds.). *Non-destructive approaches to complex archaeological sites in Europe: a round-up*. Ghent: Ghent University, p. 40.
- Delibes de Castro, G. (1978). «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)». *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.
- (2000-01). «Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto». *Zephyrus*, LIII-LIV: 293-309.
- (2003). «Del Neolítico al Bronce». En: Mariné, M. (coord.). *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. 3.ª ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Caja de Ahorros de Ávila, pp. 21-92.

- Delibes de Castro, G.; Crespo Díez, M.; Fernández Manzano, J.; Herrán Martínez, J. I. y Rodríguez Marcos, J. A. (2009). «Un recinto de fosos calcolítico en el valle medio del Duero: El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)». En: Benet, N. y Benito, J. E. (coords.). *Actas de las Cuartas Jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 239-247.
- Delibes de Castro, G. y Fernández-Miranda, M. (1986-87). «Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 17-30.
- Delibes de Castro, G. y Fernández Manzano, J. (1991). «Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española». En: Chevillot, C. y Coffyn, A. (dirs.). *L'Âge du Bronze Atlantique. Ses faciès, de l'Écosse à l'Andalousie et leurs relations avec le Bronze Continental et la Méditerranée*. Beynac-et-Cazenac: Association des Musées du Sarladais, pp. 203-212.
- (2000). «La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso». En: Jorge, V. O. (coord.) *Actas 3.º Congresso de Arqueologia Peninsular. Pré-História Recente da Península Ibérica*. Vol. 4. Porto: ADECAP, pp. 95-122.
- Delibes de Castro, G.; Fernández Manzano, J. y Herrán Martínez, J. I. (2007). «Los bronzes de Valdevimbre y la metalurgia Cogotas I». En: Celis Sánchez, J., Delibes de Castro, G., Fernández Manzano, J. y Grau Lobo, L. (eds.). *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica*. Estudios y catálogos, 17. Salamanca: Junta de Castilla y León-Diputación Provincial de León, pp. 106-131.
- Delibes de Castro, G.; Fernández Manzano, J. y Rodríguez Marcos, J. A. (1990). «Cerámica de la plenitud Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija. (Valladolid)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 64-105.
- Delibes de Castro, G.; Fernández Manzano, J.; Romero Carnicero, F.; Herrán Martínez, J. I. y Ramírez Ramírez, M. L. (2001). «Metal production at the end of the Late Bronze Age in the Central Iberian Peninsula». *Journal of Iberian Archaeology*, 3: 73-95.
- Delibes de Castro, G. y Herrán Martínez, J. I. (2007). *La Prehistoria*. Valladolid: Diputación de Valladolid.
- Delibes de Castro, G.; Rodríguez Marcos, J. A. y Santonja Gómez, M. (1991). «Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte». *Trabajos de Prehistoria*, 48: 203-213.
- Delibes de Castro, G. y Romero Carnicero, F. (1992). «El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: pp. 233-258.
- (2011). «La plena colonización agraria del valle medio del Duero». En: Álvarez-Sanchís, J. R.; Jimeno Martínez, A. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22(2): pp. 49-94.
- Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F.; Fernández Manzano, J.; Ramírez Ramírez, M. L.; Misiego Tejeda, J. C. y Marcos Contreras, G. J. (1995a). «El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero Medio. A propósito de las nuevas excavaciones en El Soto de Medinilla (Valladolid)». *Verdolay*, 7: 145-158.
- Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Ramírez Ramírez, M. L. (1995b). «El poblado "céltico" de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 149-177.
- Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C.; Escudero Navarro, Z. y San Miguel Maté, L. C. (1995c). «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 49-146.

- Desprat, S.; Sánchez Goñi, M. F. y Loutre, M.-F. (2003). «Revealing climatic variability of the last three millennia in northwestern Iberia using pollen influx data». *Earth and Planetary Science Letters*, 213: 63-78.
- Díaz-Andreu, M.; Lucy, S.; BahiĆ, S. y Edwards, D. N. (2005). *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. London: Routledge.
- Díaz-Andreu, M. y Mora, G. (1997). «La Historiografía Española sobre Arqueología: panorama actual de la investigación». En: Mora, G. y Díaz-Andreu, M. (eds.). *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Málaga: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-Centro de Estudios Históricos del CSIC, pp. 9-18.
- Díaz-del-Río, P. (2000). «Arqueología comercial y estructura de clase». En: Bóveda López, M. M. (coord.). *Gestión patrimonial y desarrollo social*. 12: CAPA, pp. 7-18.
- (2001). *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9. Madrid: Comunidad de Madrid.
- (2003). «Recintos de fosos del III milenio AC en la Meseta peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 61-78.
- Díaz-Guardamino Uribe, M. (2010). *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/11070/1/T32200.pdf>). (Acceso 22/05/2015). Universidad Complutense de Madrid.
- Díaz Santana, B. (2001). «Arqueología y política en la investigación protohistórica de Galicia». *Complutum*, 12: 311-324.
- (2002). *Los celtas en Galicia: arqueología y política en la creación de la identidad gallega*. Noia: Toxosoutos.
- Dieller, M. (1994). «“Our ancestors the Gauls”: archaeology, ethnic nationalism, and the manipulation of Celtic identity in modern Europe». *American Anthropologist*, 96(3): 584-605.
- Dobres, M.-A. (2000). *Technology and social agency: outlining a practice framework for archaeology*. Oxford: Blackwell.
- Dobres, M.-A. y Hoffman, C. R. (1994). «Social agency and the dynamics of prehistoric technology». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 1(3): 211-258.
- Donley-Reid, L. W. (1990). «A structuring structure: the Swahili house». En: Kent, S. (ed.). *Domestic architecture and the use of space. An interdisciplinary cross-cultural study*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 114-126.
- Dorado Valiño, M.; Valdeolmillos Rodríguez, A. y Ruiz Zapata, M. B. (2001). «Actividad humana y dinámica de la vegetación en la Sierra de Ávila (Sistema Central Español) desde el Bronce Medio». *Polen*, 11: 39-49.
- Earle, T. (2002). *Bronze Age economics. The beginnings of political economies*. Boulder: Westview Press.
- Eliade, M. (1983). *Herreros y alquimistas*. 2.^a ed. Madrid: Alianza.
- Enríquez Navascués, J.-J.; Rodríguez Díaz, A. y Pavón Soldevila, I. (2001). *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres) -1991 y 1993-*. Memorias de Arqueología Extremeña, 4. Cáceres: Junta de Extremadura.
- Escudero Navarro, Z. (1999a). «Consideraciones sobre la alfarería vaccea. La producción de cerámica a torno». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *IV Simposio sobre los Celtiberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 241-257.
- (1999b). «Datos sobre la cerámica común a torno de época Vaccea». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 275-288.
- Escudero Navarro, Z. y Sanz Mínguez, C. (1993). «Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)». En: Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el*

- mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 471-492.
- (1999). «Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al valle medio del Duero». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 323-339.
 - Esparza Arroyo, Á. (1986). *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo.
 - (1990a). «La Edad del Hierro en Zamora». En: *Primer Congreso de Historia de Zamora*. Tomo II. Prehistoria e Historia Antigua. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», pp. 101-126.
 - (1990b). «Sobre el ritual funerario de Cogotas I». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 106-143.
 - (1995). «La Primera Edad del Hierro». En: Alba López, J. C. (coord.). *Historia de Zamora. Tomo I. De los orígenes al final del Medievo*. Zamora: Diputación de Zamora-Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»-Caja España, pp. 101-149.
 - (1999). «Economía de la Meseta prerromana». *Studia Historica. Historia Antigua*, 17: 87-123.
 - (2003). «Castros con piedras hincadas del oeste de la Meseta y sus aledaños». En: Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, A. y López, J. B. (coords.). *Chevaux-de frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro europea*. Lleida: Universitat de Lleida, pp. 155-178.
 - (2009). «El significado de los castros del noroeste zamorano». En: *Actas III y IV Congreso de Antropología*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», pp. 29-37.
 - (2011). «Los castros del oeste de la Meseta». En: Álvarez-Sanchís, J. R.; Jimeno Martínez, A. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22(2): pp. 11-47.
 - Esparza Arroyo, Á. y Blanco González, A. (2008). «El solar de Vettonia, antes de los vettones». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 80-93.
 - Esparza Arroyo, Á.; González Gómez, F. y Lucio Martínez, O. R. (1999). «El Inventario Arqueológico de la Provincia de Zamora (1991-1995): avance de resultados». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 603-617.
 - Esparza Arroyo, Á.; Velasco Vázquez, J. y Celis Sánchez, J. (2016). «Notas sobre la fase Soto Formativo en el poblado de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora)». *BSAA arqueología*, LXXXII: 63-85.
 - Esparza Arroyo, Á.; Velasco Vázquez, J. y Delibes de Castro, G. (2012). «HUM 2005-00139: planteamiento y primeros resultados de un proyecto de investigación sobre la muerte en Cogotas I». En: Rodríguez Marcos, J. A. y Fernández Manzano, J. (eds.). *Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 259-320.
 - Estaca Gómez, V.; Gómez Hernández, R.; Fernández Gallardo, I. y Yravedra Sainz de los Terreros, J. (2018). *Informe zooarqueológico del yacimiento de Ulaca*. Documento inédito.
 - Esteban Ortega, J.; Sánchez Abal, J. L. y Fernández Corrales, J. M. (1988). *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Cáceres: Consejería de Educación y Cultura-Servicio de Publicaciones de la UNEX.
 - Fabián García, J. F. (1986-87). «El Bronce Final y la Edad del Hierro en «El Cerro del Berrueco» (Ávila-Salamanca)». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 273-287.
 - (1999). «La transición del Bronce Final al Hierro I en el sur de la Meseta Norte. Nuevos datos para su sistematización». *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 161-180.

- (2004). «Recuperación, rehabilitación y difusión del patrimonio arqueológico de Ávila». En: Val Recio, J. del y Escribano Velasco, C. (eds.). *Actas. Puesta en valor del patrimonio arqueológico en Castilla y León*. Salamanca: Junta de Castilla y León, pp. 25-38.
- (2005a). *Castro de La Mesa de Miranda*. Chamartín, Ávila. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 2. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2005b). *Castro de Las Paredejas*. Medinilla, Ávila. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 7. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2006a). *El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 5. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- (2006b). *Guía de la ruta de los castros vettones de Ávila y su entorno*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2006c). *Guía de los castros visitables en el entorno de Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 9. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2006d). «La arqueología de emergencia en Ávila: el deber de documentar el patrimonio». En: Estremera Portela, S. (coord.); Centeno Cea, I. y Quintana López, J. *Arqueología urbana en Ávila. La intervención en los solares del palacio de don Gaspar del Águila y Bracamonte (antiguo convento de los Padres Paúles)*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 13-27.
- (2007). «Los orígenes de la ciudad de Ávila y la época antigua. Aportaciones de la arqueología al esclarecimiento de las cuestiones históricas previas a la etapa medieval». En: Ávila en el tiempo. Homenaje al profesor Ángel Barrios. Vol. I. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 83-111.
- (2008). «La arqueología y el público en los yacimientos vettones de Ávila y Salamanca». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 424-439.
- (2010). «Altars rupestres, peñas sacras y rocas con cazoletas. Ocho nuevos casos abulenses y uno salmantino para la estadística, el debate y la reflexión». *Madridrer Mitteilungen*, 51: 222-267.
- (2012a). «El tiempo más antiguo (del Paleolítico al siglo XI)». En: Hernández Díaz, J. M. y Domínguez Garrido, U. (coords.). *Historia de Béjar*. Vol. I. Salamanca: Centro de Estudios Bejaranos, pp. 71-192.
- (2012b). «Todos los paisajes del Valle Amblés». En: *Institución Gran Duque de Alba 1962-2012: 50 años de cultura abulense*. Vol. I. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 213-229.
- (2015). *Guía de recursos arqueológicos y etnológicos visitables de El Raso de Candeleda (Ávila)*. Ávila: Ayuntamiento de Candeleda.
- Fabián García, J. F.; Strato y Blanco González, A. (2010). «El enterramiento en íosa del Cerro de la Cabeza (Ávila). La cuestión funeraria en el Bronce Final/Hierro I en el suroeste de la Meseta Norte». En: Bueno, P.; Gilman, A.; Martín Morales, C. y Sánchez-Palencia, F.-J. (eds.). *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre Prehistoria Reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M.^a Dolores Fernández Posse*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 183-194.
- Fábregas Valcarce, R. (2001). «La dendrocronología y el Carbono 14 calibrado. ¿A qué carta quedarse...?». En: Ruiz-Gálvez Priego, M. (coord.). *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*. Barcelona: Crítica, pp. 15-30.
- Falquina, A.; Marín, C. y Rolland, J. (2005). «El polémico traslado de los verracos de Villanueva del Campillo (Ávila)». *Revista Cultural de Ávila, Segovia y Salamanca*, 67: 37.
- Fernández-Götz, M. (2011a). «Cultos, ferias y asambleas: los santuarios protohistóricos del Rin Medio-Mosela como espacios de agregación». *Palaeohispanica*, 11: 127-154.
- (2011b). «Niveles sociopolíticos y órganos de gobierno en la Galia de finales de la Protohistoria». *Habis*, 42: 7-26.

- (2013). «Una nueva mirada sobre los oppida de la Europa Templada». *Complutum*, 24(1): 131-150.
- (2014). «Reassessing the oppida: the role of power and religion». *Oxford Journal of Archaeology*, 33(4): 379-394.
- (2017). «Contested power: Iron Age societies against the state?». En: Hansen, S. y Müller, J. (eds.). *Rebellion and Inequality in Archaeology*. Bonn: Rudolf Habelt, pp. 271-287.
- (2018). «Urbanization in Iron Age Europe: trajectories, patterns, and social dynamics». *Journal of Archaeological Research*, 26: 117-162.
- Fernández-Götz, M. y Krausse, D. (2013). «Rethinking Early Iron Age urbanisation in Central Europe: the Heuneburg site and its archaeological environment». *Antiquity*, 87(336): 473-487.
- Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (2014). «Introduction: new perspectives on Iron Age urbanisation». En: Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 2-14.
- Fernández-Miranda, M. y Pereira, J. (1992). «Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera». En: *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 57-94.
- Fernández-Posse, M. D. (1982). «Consideraciones sobre la técnica de boquique». *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159.
- (1986-87). «La cerámica decorada de Cogotas I». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 231-237.
- (1998). *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid: Síntesis.
- Fernández-Posse, M. D. y Montero Ruiz, I. (1998). «Una visión de la metalurgia atlántica en el interior de la Península Ibérica». En: Jorge, S. O. (ed.) *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?* *Trabalhos de Arqueologia*, 10. Lisboa: Instituto Português de Arqueologia, pp. 192-202.
- Fernández-Posse, M. D. y Sánchez-Palencia, F. J. (1998). «Las comunidades campesinas en la Cultura Castreña». *Trabajos de Prehistoria*, 55(2): 127-150.
- Fernández Freire, C. (2008). *Paisajes agrarios pre y protohistóricos en la comarca de la Vera Alta (Cáceres): un enfoque arqueogeográfico*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/8442/1/T30438.pdf>). (Acceso 27/07/2015). Universidad Complutense de Madrid.
- Fernández Gómez, F. (1972). «Objetos de origen exótico en el Raso de Candeleda (Ávila)». *Trabajos de Prehistoria*, 29: 273-294.
- (1973). «El santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila)». *Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología*, 2: 169-270.
- (1979). «Un tesoro de plata en el castro de "El Raso de Candeleda" (Ávila)». *Trabajos de Prehistoria*, 36: 379-404.
- (1986). *Excavaciones Arqueológicas en el Raso de Candeleda (I-II)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (1993). «El Raso de Candeleda (Ávila). De la Prehistoria a la Romanización». En: *El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana*. Cuadernos Emeritenses, 7: pp. 145-189.
- (1993-94). «Joyas de oro en castros de la Meseta: Ulaca y El Raso de Candeleda (Ávila)». *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 6: 9-30.
- (1997). *La necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso" (Candeleda, Ávila) "Las Guijas, B"*. *Memorias Arqueología en Castilla y León*, 4. Zamora: Junta de Castilla y León.
- (2003). «La Edad del Hierro». En: Mariné, M. (coord.). *Historia de Ávila. I. Prehistoria e Historia Antigua*. 3.ª ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Caja de Ahorros de Ávila, pp. 105-280.
- (2004). «El Raso de Candeleda». En: Almagro-Gorbea, M.; Mariné, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Celtas y Vettones*. 4.ª ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia, pp. 294-303.

- (2005). *Castro de El Raso. Candeleda, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 5. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2007). «Elemento de diadema. Aplique». En: Barril Vicente, M. M. y Galán Domingo, E. (eds.). *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 54-55.
- (2008). «Anatomía de un castro vetón: El Raso de Candeleda (Ávila)». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 182-200.
- (2011). *El poblado fortificado de "El Raso de Candeleda" (Ávila): el núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla*. Sevilla: Universidad de Sevilla-Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia.
- Fernández Gómez, F. y López Fernández, M. T. (1990). «Secuencia cultural de El Raso de Candeleda (Ávila)». *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León*, III: 95-123.
- Fernández Gómez, F.; Sierra Fernández, J. A. de la y López Fernández, M. T. (1986-87). «Evolución y cronología de El Raso (Candeleda, Ávila)». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 265-271.
- Fernández Manzano, J. (1986). *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Fernández Manzano, J.; Herrán Martínez, J. I.; Orejas Saco del Valle, A.; Hernansanz Sanz, M. y Paradinas, S. (1997). «Minería y poblamiento calcolítico en Ávila de los Caballeros». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Neolítico, Calcolítico y Bronce*. Tomo II. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 527-542.
- Fernández Martínez, V. M. (2006a). «Arqueologías críticas: El conflicto entre verdad y valor». *Complutum*, 17: 191-203.
- (2006b). *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Barcelona: Crítica.
- Fewster, K. J. (2007). «The role of agency and material culture in remembering and forgetting: an ethnoarchaeological case study from central Spain». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 20(1): 89-114.
- Fichtl, S. (2005). *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J.-C. à 15 ap. J.-C.* 2.^a ed. Paris: Errance.
- (2012a). *Les premières villes de Gaule. Le temps des oppida celtiques*. Lacapelle-Marival: Archéologie Nouvelle.
- (2012b). «Places publiques et lieux de rassemblement à la fin de l'âge du Fer dans le monde celtique». En: Bouet, A. (ed.). *Le forum en Gaule et dans les régions voisines*. Mémoires, 31. Bordeaux: Ausonius, pp. 41-53.
- Fichtl, S.; Metzler, J. y Sievers, S. (2000). «Le rôle des sanctuaires dans le processus d'urbanisation». En: Guichard, V.; Sievers, S. y Urban, O.H. (dirs.). *Les processus d'urbanisation à l'âge du Fer / Eisenzeitliche Urbanisationsprozesse*. Actes du colloque des 8-11 juin 1998 (Glux-en-Glenne). Collection Bibracte, 4. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen du Mont Beuvray, pp. 179-186.
- Fitzpatrick, A. P. (1997). «Everyday life in Iron Age Wessex». En: Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.). *Reconstructing Iron Age societies: new approaches to the British Iron Age*. Oxford: Oxbow Books, pp. 73-86.
- Fokkens, H. (2003). «The longhouse as a central element in Bronze Age daily life». En: Bourgeois, J.; Bourgeois, I. y Cherretté, B. (eds.). *Bronze Age and Iron Age communities in North-Western Europe*. Brussels: Koninklijke Vlaamse Academie van België voor Wetenschappen en Kunsten, pp. 9-38.
- Fort, R.; Vazquez-Calvo, C.; Chapa, T.; Martínez-Navarrete, M. I. y Belén, M. (2013). «An analytical study of Iberian Iron Age stone sculptures and their surface marks». *Archaeometry*, 55(3): 391-406.

- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. 2.^a ed. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.
- Franco Aliaga, T. (1995). *Geografía física de España*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Fuidio, F. (1934). *Carpetania Romana*. Madrid: Editorial Reus.
- Gagnaison, C.; Montenat, C.; Moratalla, J.; Rouillard, P. y Truszkowski, E. (2007). «Un esbozo de escultura ibérica en las canteras de la Dama de Elche: el busto de El Ferriol (Elche, Alicante)». En: Abad Casal, L. y Soler Díaz, J. (eds.). *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España mediterránea*. Alicante, 24-27 de octubre de 2005. Alicante: Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Alber», pp. 141-153.
- Galán Domingo, E. (1989-90). «Naturaleza y Cultura en el mundo celtibérico». *Kalathos*, 9-10: 175-204.
- (1993). *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra, 3. Madrid: Editorial Complutense.
- (2005). «Vasija deformada». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 112-113.
- Galán Domingo, E. y Martín Bravo, A. M. (1991-92). «Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo». *Zephyrus*, XLIV-XLV: 193-205.
- Galán Domingo, E. y Ruiz-Gálvez, M. (2001). «Rutas ganaderas, transterminancia y caminos antiguos. El caso del Occidente peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro». En: Gómez-Pantoja, J. (ed.). *Los rebaños de Cerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval*. Collection de la Casa de Velázquez, 73. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 263-278.
- García-Bellido, M. P. (1974). ««Tesorillo» salmantino de denarios ibéricos». *Zephyrus*, XXV: 379-395.
- García-Bellido, M. P. y Blázquez, C. (2001). *Diccionario de cecas y pueblos hispánicos. Volumen II: catálogo de cecas y pueblos que acuñan moneda*. Madrid: CSIC.
- García-Soto Mateos, E. y La-Rosa Municio, R. de (1990). «Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte». En: Burillo Mozota, F. (coord.) *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 305-310.
- García Alonso, M. y Urteaga Artigas, M. (1985). «La villa medieval y el poblado de la Edad de Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 23: 61-139.
- García de los Ríos Cobo, J. I. y Báez Mezquita, J. M. (1994). *La piedra en Castilla y León*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- García Heras, M. (1994a). «El yacimiento celtibérico de Izana (Soria). Un modelo de producción cerámica». *Zephyrus*, XLVII: 133-155.
- (1994b). «Estudio arqueométrico de cerámica de Izana (Soria) y de otros yacimientos celtibéricos del Alto Duero». *Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio*, 33(6): 315-325.
- (2005). «La tecnología cerámica». En: Jimeno Martínez, A. (ed.). *Celtíberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación de Soria, pp. 359-366.
- García Hernández, M.; Herráez Bautista, M. y Jiménez Muñoz, F. (2002). «La exposición Celtas y Vettones (Ávila, octubre-noviembre 2001). Balance sobre sus implicaciones para el desarrollo turístico de la ciudad». *Boletín Informativo del Observatorio Turístico de la Ciudad de Ávila*, 1: 6-9.
- García Quintela, M. V. (2016). «Sobre las saunas de la Edad del Hierro en la Península ibérica: novedades, tipologías e interpretaciones». *Complutum*, 27(1): 109-130.
- García Quintela, M. V. y Santos-Estévez, M. (2015). «Iron Age saunas of Northern Portugal: state of the art and research perspectives». *Oxford Journal of Archaeology*, 34(1): 67-95.

- Geel, B. van; Buurman, J. y Waterbolk, H. T. (1996). «Archaeological and palaeoecological indications of an abrupt climate change in The Netherlands, and evidence for climatological teleconnections around 2650 BP». *Journal of Quaternary Science*, 11(6): 451-460.
- Geel, B. van; Heusser, C.J.; Renssen, H. y Schuurmans, C.J.E. (2000). «Climatic change in Chile at around 2700 BP and global evidence for solar forcing: a hypothesis». *The Holocene*, 10(5): 659-664.
- Geel, B. van; van der Plicht, J.; Kilian, M. R.; Klaver, E. R.; Kouwenberg, J. H. M.; Renssen, H.; Reynaud-Farrera, I. y Waterbolk, H. T. (1998). «The sharp rise of $\Delta^{14}\text{C}$ ca. 800 cal BC: possible causes, related climatic teleconnections and the impact on human environments». *Radiocarbon*, 40(1): 535-550.
- Gerritsen, F. (1999). «To build and to abandon. The cultural biography of late prehistoric houses and farmsteads in the southern Netherlands». *Archaeological Dialogues*, 6(2): 78-114.
- Gibson, D. B. (1996). «Death of a salesman: Childe's itinerant craftsman in the light of present knowledge of Late Prehistoric European craft production». En: Wailes, B. (ed.) *Craft specialization and social evolution: in memory of V. Gordon Childe*. Philadelphia: The University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, pp. 107-119.
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. 2.ª ed. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giles, M. (2007). «Making metal and forging relations: ironworking in the British Iron Age». *Oxford Journal of Archaeology*, 26(4): 395-413.
- (2012). *A forged glamour: landscape, identity and material culture in the Iron Age*. Oxford: Windgather.
- Giles, M. y Parker Pearson, M. (1999). «Learning to Live in the Iron Age: dwelling and praxis». En: B. Bevan (ed.) *Northern exposure: interpretative devolution and the Iron Ages in Britain*. Leicester Archaeology Monographs, 4. Leicester: School of Archaeological Studies, pp. 217-231.
- Gilman, A. (1995). «Prehistoric European chiefdoms. Rethinking "Germanic" societies». En: Price, T. D. y Feinman, G. M. (eds.). *Foundations of social inequality*. New York: Plenum Press, pp. 235-251.
- Gillani, C. y Santonja, M. (eds.) (2007). *Arqueología de la Vía de la Plata (Salamanca)*. Béjar: Fundación Premysa.
- Gómez-Moreno, M. (1904). «Sobre arqueología primitiva en la región del Duero». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLV: 147-160.
- (1927). *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora (1903-1905)*. Madrid: Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- (1983 [1901]). *Catálogo monumental de la provincia de Ávila*. Ávila: Ed. rev. Ministerio de Cultura-Institución Gran Duque de Alba.
- Gómez Canales, F. (2008). *Manual de cantería*. 2.ª ed. Aguilar de Campoo: Fundación Santa María la Real-Centro de Estudios del Románico.
- Gómez Ramos, P.; Montero Ruiz, I. y Rovira Llorens, S. (1998). «Metalurgia protohistórica extremeña en el marco del suroeste peninsular». En: Rodríguez Díaz, A. (coord.). *Extremadura protohistórica: paleoambiente, economía y poblamiento*. Cáceres: Universidad de Extremadura, pp. 97-117.
- González-Conde Puente, M. P. (1986). «Elementos para una delimitación entre vettones y carpetanos en la provincia de Toledo». *Lucentum*, V: 87-93.
- González-Tablas Sastre, F. J. (1985). «La necrópolis de Trasguja: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas». *Norba*, 6: 43-49.
- (1986-87). «Transición a la Segunda Edad del Hierro». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 49-57.
- (1989). «Los niveles superiores de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta». *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.

- (1990). *La necrópolis de «Los Castillejos» de Sanchorreja: su contexto histórico*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, 69. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- (2005). *Castro de Los Castillejos. Sanchorreja, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 6. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2008a). «La casa vettona. Actuaciones recientes en el castro de La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila)». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 202-211.
- (2008b). «Los castros del occidente salmantino. Edad del Hierro y romanización». *Zephyrus*, LXII: 139-149.
- (2009). «Las murallas de Las Cogotas y La Mesa de Miranda. Apuntes a la arquitectura defensiva de los vettones». *Zephyrus*, LXIV: 63-79.
- (2011a). «La casa «C» del castro de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila). Novedades en torno a la arquitectura doméstica de los vettones». En: Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia. (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 191-203.
- (2011b). «La influencia del paisaje en la evolución del poblamiento en la Sierra de Ávila durante la Edad del Hierro». En: López García, J. P.; Hernández Sánchez, D. y García Sánchez, J. (eds.). *Los vínculos entre el hábitat y el paisaje. Actas del I Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. Madrid: Ediciones de La Ergástula, pp. 117-130.
- González-Tablas Sastre, F. J.; Arias González, L. y Benito Álvarez, J. M. (1986). «Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro)». *Arqueología Espacial*, 9: 113-126.
- González-Tablas Sastre, F. J. y Domínguez Calvo, A. (1995). «Cerámicas pintadas postcocción: fósil guía y conjunto cultural». *Zephyrus*, XLVIII: 187-198.
- González-Tablas Sastre, F. J. y Domínguez Calvo, A. (2002). *Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila): campañas de 1981, 1982 y 1985*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos & Geográficos, 117. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- González-Tablas Sastre, F. J. y Fano Martínez, M. A. (1994). «El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica». *Zephyrus*, XLVII: 93-103.
- González-Tablas Sastre, F. J.; Fano Martínez, M. A. y Martínez Liquiniano, A. (1991-92). «Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración». *Zephyrus*, XLIV-XLV: 301-329.
- González-Tablas Sastre, F. J. y Mateos Benito, M. (2004). *Vettones. Guía infantil de castros y verracos*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- González Álvarez, D. (2013). «Del precariado a la nada. La situación laboral de la Arqueología Comercial en el Estado Español a comienzos del s. XXI». En: Almansa Sánchez, J. (ed.). *Arqueología pública en España*. Madrid: JAS Arqueología, pp. 151-168.
- (2016). *Poblamiento y antropización de la montaña occidental cantábrica durante la Prehistoria reciente: una aproximación desde la Arqueología del Paisaje*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/39363/1/T37836.pdf>). (Acceso 12/11/2016). Universidad Complutense de Madrid.
- González Álvarez, D. y Alonso González, P. (2013). «The 'Celtic-Barbarian Assemblage': Archaeology and Cultural Memory in the Fiestas de Astures y Romanos, Astorga, Spain». *Public Archaeology*, 12(3): 155-180.
- González Álvarez, D. y Rodríguez-Hernández, J. (2011). «Arqueología en áreas de montaña. Ganadería, movimientos pastoriles y cultura material». En: Orjila (coord.). *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (Madrid, 6, 7 y 8 de mayo de 2009)*. Tomo I. Zaragoza: Libros Pórtico, pp. 121-122.
- González Cordero, A. (1999). «La Necrópolis I de Pajares». En: Celestino Pérez, S. (ed.) *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1. Las necrópolis y*

- el tesoro áureo. Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 21-34.
- González Cordero, A.; Alvarado Gonzalo, M. de y Barroso Gutiérrez, F. (1988). «Esculturas zoomorfas de la provincia de Cáceres». *Anas*, 1: 19-33.
- González Cordero, A.; Hernández López, M.; Castillo Castillo, J. y Torres Núñez, N. (1990). «Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura». *Studia Zamorensia*, XI: 129-160.
- González Cordero, A. y Morán Sánchez, C. (2006). «Talavera la Vieja y su entorno arqueológico». En: Jiménez Ávila, J. (ed.) *El conjunto oriental de Talavera la Vieja (Cáceres). Memorias*, 5. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 19-43.
- González de la Fuente, F. J.; Paniagua Vara, E. y Inés Sutil, P. de (eds.) (2014). *Investigaciones Arqueológicas en el Valle del Duero: del Paleolítico a la Antigüedad Tardía. Actas de las III Jornadas de jóvenes investigadores del Valle del Duero. Salamanca, 20, 21 y 22 de noviembre de 2013*. Valladolid: Glyphos Publicaciones.
- González García, F. J. (2007). «Celtismo e historiografía en Galicia: en busca de los celtas perdidos». En: González García, F. J. (coord.). *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, pp. 9-130.
- (2017). «Exploring alternative pathways to social complexity in the European Iron Age: The northwestern Iberian Peninsula as a case study». *Cambridge Archaeological Journal*, 27(2): 295-311.
- González García, F. J.; Parceros Oubiña, C. y Ayán Vila, X. (2011). «Iron Age societies against the state. An account on the emergence of the Iron Age in the NW Iberian Peninsula». En: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 285-301.
- González Marcén, P.; Montón Subías, S. y Picazo, M. (2008). «Towards an archaeology of maintenance activities». En: Montón Subías, S. y Sánchez Romero, M. (eds.). *Engendering social dynamics: the archaeology of maintenance activities*. BAR International Series, 1862. Oxford: pp. 3-8.
- González Ruibal, A. (2003). *La experiencia del Otro. Una introducción a la etnoarqueología*. Madrid: Akal.
- (2004). «Artistic expression and material culture in Celtic Gallaecia». *E-Keltoi*, 6: 113-166. (http://www4.uwinn.edu/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/6_3/gonzalez_ruibal_6_3.pdf) (Acceso 15/03/2013).
- (2006a). «Experiencia, Narración, Personas: Elementos para una arqueología comprensible». *Complutum*, 17: 235-246.
- (2006b). «House societies vs. kinship-based societies: an archaeological case from Iron Age Europe». *Journal of Anthropological Archaeology*, 25: 144-173.
- (2006-07). *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.)*. Brigantium, 18-19. A Coruña: Museo Arqueológico e Histórico.
- (2007). «La vida social de los objetos castreños». En: González García, F. J. (coord.). *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, pp. 259-322.
- (2008a). «Los pueblos del Noroeste». En: Gracia Alonso, F. (coord.). *De Iberia a Hispania*. Barcelona: Ariel, pp. 899-930.
- (2008b). «Postpolitical colonialism». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 21(2): 285-288.
- (2009). «Economía política y tecnología del espacio: "sociedades de casa" en el noroeste de la Península Ibérica (s. II a.C.-I d.C.)». En: Belarte, M. C. (ed.). *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC): Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell - Tarragona, 6 al 9 de març de 2007)*. Arqueo Mediterrània, 11. Barcelona: Universitat de Barcelona-Institut Català d'Arqueologia Clàssica, pp. 245-252.

- (2010). «Contra la Pospolítica: Arqueología de la Guerra Civil Española». *Revista Chilena de Antropología*, 22: 9-32.
- (2012a). «Hacia otra arqueología: diez propuestas». En: Fernández, V. M.; González Ruibal, A. y Hernando, A. (eds.). *Teoría Arqueológica*. Complutum, 23(2): pp. 103-116.
- (2012b). «The politics of identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age north-west Iberia». En: Cifani, G. y Stoddart, S. (eds.). *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area*. Oxford: Oxbow Books, pp. 245-266.
- (2013). «Reclaiming archaeology». En: González Ruibal, A. (ed.). *Reclaiming archaeology: beyond the tropes of modernity*. London: Routledge, pp. 1-29.
- González Ruibal, A.; Alonso González, P. y Criado Boado, F. (2018). «Against reactionary populism: towards a new public archaeology». *Antiquity*, 92(362): 507-515.
- González Ruibal, A.; Hernando, A. y Politis, G. (2011). «Ontology of the self and material culture: arrow-making among the Awá hunter-gatherers (Brazil)». *Journal of Anthropological Archaeology*, 30(1): 1-16.
- González Ruibal, A. y Ruiz-Gálvez, M. (2016). «House societies in the ancient Mediterranean (2000-500 BC)». *Journal of World Prehistory*, 29(4): 383-437.
- Górriz Gañán, C. (2010). «Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vaceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 231-256.
- Guichard, V. (2017). «Bibracte: le paysage au cœur du projet de site / Bibracte: die Landschaft im Zentrum des Projekts der archäologischen Stätte». En: Dunning Thierstein, C. y Dunning, E. (dirs.). *Paysages entre archéologie et tourisme / Landschaften zwischen Archäologie und Tourismus*. Biel/Bienne: ArchaeoTourism, pp. 102-113.
- Gusi, F. y Muriel, S. (2008). «Panorama actual de la investigación de las inhumaciones infantiles en la Protohistoria del sudoeste mediterráneo europeo». En: Gusi, F.; Muriel, S. y Olària, C. (coords.). *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra: la muerte en la infancia / la mort dans l'enfance / la mort a la infància / the death in the childhood*. Castellón: Diputació de Castelló, pp. 257-329.
- Gutiérrez Robledo, J. L. (1999). «Un verraco en las murallas». *Descubrir el Arte*, 8: 112-113.
- Haaland, R. (2004). «Technology, transformation and symbolism: ethnographic perspectives on European iron working». *Norwegian Archaeological Review*, 37(1): 1-19.
- Halstead, P. y O'Shea, J. (1989). «Introduction: cultural responses to risk and uncertainty». En: Halstead, P. y O'Shea, J. (eds.). *Bad year economics: cultural responses to risk and uncertainty*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-7.
- Hamilton, S. y Manley, J. (2001). «Hillforts, monumentality and place: a chronological and topographic review of first millennium BC hillforts of south-east England». *European Journal of Archaeology*, 4(1): 7-42.
- Hamilton, W. D.; Haselgrove, C. y Gosden, C. (2015). «The impact of Bayesian chronologies on the British Iron Age». *World Archaeology*, 47(4): 642-660.
- Harbison, P. (1971). «Wooden and stone chevaux-de-frise in Central and Western Europe». *Proceedings of the Prehistoric Society*, XXXVII(1): 195-225.
- Harding, A. (1998). «Reforma en la Europa bárbara, 1300-600 a.C.». En: Cunliffe, B. (ed.). *Prehistoria de Europa Oxford*. Barcelona: Crítica, pp. 305-336.
- Haselgrove, C. (2000). «The character of oppida in Iron Age Britain». En: Guichard, V.; Sievers, S. y Urban, O.H. (dirs.). *Les processus d'urbanisation à l'âge du Fer / Eisenzeitliche Urbanisationsprozesse*. Actes du colloque des 8-11 juin 1998 (Glux-en-Glenne). Collection Bibracte, 4. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen du Mont Beuvray, pp. 103-110.
- Hassan, F. A. (1978). «Demographic Archaeology». En: Schiffer, M. B. (ed.). *Advances in Archaeological Method and Theory*. Vol. 1. New York: Academic Press, pp. 49-103.
- Helms, M. W. (1988). *Ulysses' sail: An ethnographic odyssey of power, knowledge and geographical distance*. Princeton: Princeton University Press.

- Hernández Carretero, A. M. (2006). «El paisaje del Tajo extremeño en el Período Orientalizante. Estudio paleoambiental». En: Jiménez Ávila, J. (ed.). *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja* (Cáceres). Memorias, 5. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 45-61.
- Hernández García, R. (2011). «Vacceos ¿identidad de pasado o de futuro?». *El Futuro del Pasado*, 2: 353-369.
- Hernández Giménez, F. (1967). «Los caminos de Córdoba hacia Noroeste en época musulmana». *Al-Andalus*, XXXII(1-2): 37-123 y 277-358.
- Hernández Gutiérrez, N.; Larrazabal Galarza, J. y Portero Hernández, R. (eds.) (2018). *Investigaciones arqueológicas en el valle del Duero: del Paleolítico a la Edad Media*, 6. Valladolid: Glyphos Publicaciones.
- Hernández Hernández, F. (1981). «Cerámica con decoración "a peine"». *Trabajos de Prehistoria*, 38: 317-326.
- (1982). «La escultura zoomorfa del occidente peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 39: 211-239.
- Hernández Hernández, F.; Galán Domingo, E. y Martín Bravo, A. M. (2009a). «El proyecto Villasviejas de Tamuja. Análisis global de un asentamiento prerromano». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.) *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 161-180.
- Hernández Hernández, F. y Martín Bravo, A. M. (2017). *Las necrópolis de El Romazal y el conjunto arqueológico de Villasviejas del Tamuja (Botija / Plasenzuela, Cáceres)*. Madrid: Ediciones de La Ergástula.
- Hernández Hernández, F.; Martín Bravo, A. M. y Galán, E. (2009b). «A la vista de las murallas: análisis arqueológico del entorno del castro prerromano de Villasviejas del Tamuja (Cáceres)». *Complutum*, 20(1): 109-132.
- Hernández Sánchez, D. (2011). «El poblamiento castreño del occidente salmantino». En: López García, J. P.; Hernández Sánchez, D. y García Sánchez, J. (eds.). *Los vínculos entre el hábitat y el paisaje. Actas del I Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. Madrid: Ediciones de La Ergástula, pp. 139-148.
- Hernández Sánchez, D. y López García, J. P. (eds.) (2012). *Nuevos paradigmas en la investigación arqueológica. Actas del Segundo Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. 5, 6, 7 de agosto de 2011. Madrid: Ediciones de La Ergástula.
- Hernando Gonzalo, A. (2002). *Arqueología de la Identidad*. Madrid: Akal.
- (2005). «¿Por qué la Historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?». En: González Marcén, P.; Montón Subías, S. y Picazo Gurina, M. (eds.). *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*. Treballs d'Arqueologia, 11: pp. 115-133.
- (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Buenos Aires: Katz Editores.
- (2015). «¿Por qué la arqueología oculta la importancia de la comunidad?». *Trabajos de Prehistoria*, 72(1): 22-40.
- (2016). «The impact of social differentiation on identity: lights and shadows of the individualization process». En: Fernández-Götz, M. y Krause, D. (eds.). *Eurasia at the dawn of history: urbanization and social change*. New York: Cambridge University Press, pp. 52-64.
- Hernando Sobrino, M. R. (1994). *Indigenismo y romanización del territorio abulense (s. V a. C.-s. III d. C.)*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/2408/1/H0023201.pdf>). (Acceso 25/05/2015). Universidad Complutense de Madrid.
- (2007). «Los toros de Guisando y las glorias ajenas». En: Plácido Suárez, D.; Moreno Arrastio, F. J. y Ruiz Cabrero, L. A. (coords.). *Necedad, sabiduría y verdad: el legado de Juan Cascajero*. Gerión, Extra 1, pp. 341-361.
- Hill, J. D. (1989). «Re-thinking the Iron Age». *Scottish Archaeological Review*, 6: 16-24.
- (1995). «How should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from Southern Britain». En: Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (eds.). *Different Iron Ages:*

- studies on the Iron Age in temperate Europe. BAR International Series, 602. Oxford: pp. 45-66.
- (1996). «Hill-forts and the Iron Age of Wessex». En: Champion, T. y Collis, J. (eds.). *The Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*. Sheffield: J. R. Collis Publications, pp. 95-116.
- (2006). «Are we any closer to understanding how later Iron Age societies worked (or did not work)?». En: Haselgrove, C. (dir.). *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, 4: les mutations de la fin de l'âge du Fer*. Actes de la table ronde de Cambridge, 7-8 juillet 2005. Collection Bibracte, 12/4. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen, pp. 169-179.
- (2011). «How did British Middle and Late Pre-Roman Iron Age societies work (if they did)?». En: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 242-263.
- Hill, J. D. y Cumberpatch, C. G. (1993). «Volviendo a pensar la Edad del Hierro». *Trabajos de Prehistoria*, 50: 127-137.
- Hillier, B. y Hanson, J. (1984). *The social logic of space*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hingley, R. (1990). «Domestic organisation and gender relations in Iron Age and Romano-British households». En: Samson, R. (ed.). *The social archaeology of houses*. Edinburgh: Edinburgh University Press, pp. 125-147.
- (1997). «Iron, ironworking and regeneration: a study of the symbolic meaning of metalworking in Iron Age Britain». En: Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.). *Reconstructing Iron Age societies: new approaches to the British Iron Age*. Oxford: Oxbow Books, pp. 9-18.
- Hodder, I. (2012). *Entangled. An archaeology of the relationships between humans and things*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Honrado Castro, J.; Brezmes Escribano, M. Á.; Tejeiro Pizarro, A. y Rodríguez Monterrubio, O. (eds.) (2014). *Investigaciones arqueológicas en el valle del Duero: del Neolítico a la Antigüedad Tardía. Actas de las Segundas Jornadas de Jóvenes Investigadores del valle del Duero*. León, 25 a 27 de octubre de 2012. Valladolid: Glyphos Publicaciones.
- Hübner, E. (1888). *La arqueología de España*. Barcelona: Tipo-litografía de los sucesores de Ramírez y Cía.
- Ibáñez González, J. (1999). «Evolución de la potencialidad agrotérmica en la Celtiberia durante la Edad del Hierro». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 11-46.
- Instituto Geológico y Minero de España (1970a). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 60. Villanueva de la Serena*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1970b). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hojas 58-59. Villarreal-Badajoz*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973a). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 18. Ponferrada*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973b). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 19. León*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973c). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 20. Burgos*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973d). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 29. Valladolid*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973e). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 30. Aranda de Duero*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973f). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 37. Salamanca*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973g). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 38. Segovia*. Madrid: Ministerio de Industria.

- (1973h). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 43. Plasencia*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973i). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 44. Ávila*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973j). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 45. Madrid*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973k). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 51. Cáceres*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973l). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 52. Talavera de la Reina*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973m). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 53. Toledo*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1973n). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 61. Ciudad Real*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1999a). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 28. Alcañices*. Madrid: Ministerio de Industria.
- (1999b). *Mapa metalogenético de España a escala 1:200.000. Hoja 36. Vitigudino*. Madrid: Ministerio de Industria.
- Instituto Tecnológico Geominero de España (1994). *Mapa geológico de la Península Ibérica, Baleares y Canarias a escala 1:1.000.000*. Madrid: Instituto Tecnológico Geominero de España.
- James, S. (2007). «A bloodless past: the pacification of Early Iron Age Britain». En: Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.). *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*. Oxford: Oxbow Books, pp. 160-173.
- Jiménez Ávila, J. (1999). «Los objetos de vidrio procedentes del yacimiento de Pajares: estudio preliminar». En: Celestino Pérez, S. (ed.). *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1. Las necrópolis y el tesoro áureo*. Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 139-153.
- (2002). *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16. Madrid: Real Academia de la Historia.
- (ed.) (2006). *El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)*. Memorias, 5. Mérida: Junta de Extremadura.
- Jiménez Ávila, J. y González Cordero, A. (1999). «Referencias culturales en la definición del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro de la Cuenca del Tajo: el yacimiento de Talavera la Vieja, Cáceres». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Alfonso Henriques, pp. 181-190.
- (2012). «Una tumba "de carro" en la necrópolis orientalizante de Talavera La Vieja (Cáceres)». En: Deus, M. de (coord.). *Actas do V Encontro de Arqueologia do Sudoeste Peninsular*. Almodôvar: Município de Almodôvar, pp. 213-233.
- Jiménez de Gregorio, F. (1955). «Hallazgos arqueológicos en la Jara (VII)». *Archivo Español de Arqueología*, 28(91): 179-187.
- (1965). «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Toledo». *Archivo Español de Arqueología*, 38(111): 174-186.
- (1992). «Aproximación al mapa arqueológico del occidente provincial toledano. (Del Paleolítico Inferior a la invasión árabo-beréber)». En: *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 5-38.
- Jimeno Martínez, A. (2000). «Numancia: pasado vivido, pasado sentido». *Trabajos de Prehistoria*, 57(2): 175-193.
- (2007). «Asociaciones y equipos de reconstrucción histórica, una herramienta para la difusión arqueológica: el ejemplo de "Tierraquemada" de Numancia-Garray (Soria)». En:

- Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, A.; López, J.; Tartera, E. y Vidal, A. (eds.). *Associacions d'Amics del Patrimoni Arqueològic. Funció i rol social en el segle XXI*. Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida, pp. 131-141.
- Jimeno Martínez, A. y Fernández Moreno, J. J. (1991). *Los Tolmos de Caracena (Soria), (campanas 1981 y 1982): aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Excavaciones Arqueológicas en España, 161. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Jimeno Martínez, A. y Martínez Naranjo, J. P. (1999). «El inicio de la Edad del Hierro en el nudo hidrográfico Alto Jalón-Alto Duero». En: Arenas Esteban, J. A. y Palacios Tamayo, M. V. (coords.). *El origen del mundo celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico (Molina de Aragón, 1-3 de octubre de 1998)*. Guadalajara: Ayuntamiento de Molina de Aragón-Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 165-189.
- Jimeno Martínez, A.; Sanz, A.; Bernardo, P. de; Tabernero, C. y Benito, J. P. (2010). «Nueva tésera hallada en Muro (Soria) y la posible ubicación de "AreKoraTa"». En: Burillo Mozota, F. (ed.). *VI Simposio sobre Celtíberos: Ritos y Mitos*. Zaragoza: Fundación Segeda-Centro de Estudios Celtibéricos, pp. 291-297.
- Jimeno Martínez, A. y Tabernero Galán, C. (1996). «Origen de Numancia y su evolución urbana». En: Querol, M. Á. y Chapa, T. (eds.). *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra, 6(1): pp. 415-432.
- Jimeno Martínez, A.; Torre, J. I. de la; Berzosa, R. y Granda, R. (1999). «El utillaje de hierro en Numancia y su información económica». En: Burillo Mozota, F. (coord.) *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 103-113.
- Jimeno Martínez, A.; Torre, J. I. de la; Berzosa, R. y Martínez, J. P. (2004). *La necrópolis celtibérica de Numancia*. Memorias Arqueología en Castilla y León, 12. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Johnson, A. W. y Earle, T. (2003). *La evolución de las sociedades humanas. Desde los grupos cazadores-recolectores al estado agrario*. Barcelona: Ariel.
- Jordá Pardo, J. F. (2006-09). «Geoarqueología, de la teoría a la práctica: interpretación de un yacimiento de la Edad del Hierro en la Península Ibérica». *Xama*, 19-23: 45-61.
- Jordan, A. M. (2016). «Her mirror, his sword: unbinding binary gender and sex assumptions in Iron Age British mortuary traditions». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 23(3): 870-899.
- Juan-Tresserras, J. y Matamala, J. C. (2003). «Análisis de adobe, pigmentos, contenido de recipientes, instrumental textil, material lítico de molienda y cálculo dental humano procedentes del yacimiento de Pintia. Apéndice b». En: Sanz Mínguez, C. y Velasco Vázquez, J. (eds.). *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 311-323.
- Juan Ares, J. de y Cáceres Gutiérrez, Y. E. (2007). «Piedra y madera: experimentación del corte del granito en el yacimiento hispanomusulmán de Ciudad de Vascos». En: Ramos Sáinz, M. L.; González Urquijo, J. E. y Baena Preysler, J. (eds.). *Arqueología experimental en la Península Ibérica: investigación, didáctica y patrimonio*. Santander: Asociación Española de Arqueología Experimental, pp. 329-335.
- Kristiansen, K. (2001). *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro*. Barcelona: Península.
- (2014). «Towards a new paradigm? The third science revolution and its possible consequences in archaeology». *Current Swedish Archaeology*, 22: 11-34.
- Kurtz, W.S. (1986-87a). «El armamento en la necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 445-458.
- (1986-87b). «Los arreos de caballo en la necrópolis de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 459-472.

- (1987). *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. BAR International Series, 344. Oxford.
- Kus, S. (1997). «Archaeologist as anthropologist: much ado about something after all?». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 4(3/4): 199-213.
- Lamoca Rebollo, D. (2010). «Puesta en valor del Patrimonio Arqueológico de la Edad del Hierro en Castilla y León». En: Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (dirs.). *Vacceas Anuario 2009*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 40-44.
- Lantier, R. y Breuil, H. (1930). «Villages Pré-romains de la Péninsule Ibérique». *Revue Archéologique*, V^e série, t. XXXII: 209-216.
- Larrén Izquierdo, H. (1990). «Provincia de Ávila. (Arqueología preventiva y de gestión 1984-1988)». *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, III: 243-250.
- (1999). «La evolución urbana de la ciudad de Zamora a través de los vestigios arqueológicos». En: Valdés Fernández, F. (coord.). *La Península Ibérica y el Mediterráneo entre los siglos XI y XII -III-: el urbanismo de los estados cristianos peninsulares*. Codex Aquilarensis, 15. Aguilar de Campoo: Fundación Santa María la Real, pp. 91-118.
- Larrén Izquierdo, H. y Pichel Ramos, L. (2010). *Bienes culturales de la provincia de Zamora*. Zamora: Junta de Castilla y León.
- Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Lemonnier, P. (1986). «The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems». *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 147-186.
- (1992). *Elements for an anthropology of technology*. Michigan: Ann Arbor: University of Michigan Press-Museum of Anthropology.
- (1993). «Introduction». En: Lemonnier, P. (ed.) *Technological choices. Transformation in material cultures since the Neolithic*. London: Routledge, pp. 1-35.
- Leroi-Courhan, A. (1964). *Le geste et la parole. Technique et langage*. Paris: Albin Michel.
- Lévi-Strauss, C. (2008). *La alfarera celosa*. Barcelona: Paidós.
- Lévy-Bruhl, L. (1985 [1927]). *El alma primitiva*. Barcelona: Península.
- Lock, G. (2011). «Hillforts, emotional metaphors, and the good life: a response to Armitt». *Proceedings of the Prehistoric Society*, 77: 355-362.
- López-Davalillo Larrea, J. (2013). *Geografía regional de España*. Madrid: UNED.
- López-Romero González de la Aleja, E. (2017). «Preliminary study of faunal remains from a rubbish pit of Las Cogotas (Cardenosa, Ávila, España)». En: Valente, M. J.; Costa, C. y Detry, C. (eds.). *Book of Abstracts of the Encontro de Zooarqueologia Ibérica 2017 (EZI2017) and 5ª Reunião Científica de Arqueomalacologia da Península Ibérica (SRCAP)*. 26-29 April 2017, Faro-Portugal. Faro: Universidade do Algarve, pp. 18.
- López García, J. P. (2012). *Arqueología de la arquitectura en el mundo vetón. La Casa C de La Mesa de Miranda*. Arqueología y Patrimonio, 3. Madrid: Ediciones de La Ergástula.
- López García, J. P.; Hernández Sánchez, D. y García Sánchez, J. (eds.) (2011). *Los vínculos entre el hábitat y el paisaje. Actas del I Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. Madrid: Ediciones de La Ergástula.
- López Jiménez, O. (2003a). «Dataciones radiocarbónicas en la protohistoria del sudoeste de la Meseta Norte. Consideraciones para un trabajo por hacer». *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 131-141.
- (2003b). *Protohistoria del occidente de la Meseta Norte: estructura social y territorio*. Universidad Complutense de Madrid: Tesis Doctoral inédita.
- (2004). «Las fuentes antiguas y la creación literaria de la Vetonia». *Gerión*, 22(1): 201-214.
- (2011). «Estructura social y formas de ocupación del territorio en el occidente de la Meseta Norte en el I milenio a.C.». En: Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.).

- Castros y verracos. *Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*. (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano). Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 243-268.
- López Jiménez, O. y Benet, N. (2004). «Nuevos resultados en la investigación sobre 'La Plaza de Toros' del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca): un enterramiento tumular con inhumación en los inicios del primer milenio en el área occidental de la Meseta Norte». *Trabajos de Prehistoria*, 61(1): 157-173.
- (2005). «Frontera y margen en el ámbito orientalizante: procesos históricos en la zona sudoccidental de la Meseta Norte». En: Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.). *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV. Vol. II. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 1015-1024.
- López Jiménez, O. y López Sáez, J. A. (2005). «Paleoambiente y formación de los paisajes antiguos de la comarca de la Sierra de Francia (Salamanca, España): de la estructura social a la creación del paisaje». *Conimbriga*, XLIV: 5-24.
- López Jiménez, O. y Martínez Calvo, V. (2006). «El proyecto Zona Arqueológica del cerro de El Berrueco». *Arqueoweb*, 8(1). (http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8_1/conjunto8_1.htm) (Acceso 20/08/2009).
- (2009). «Nuevos resultados en la investigación de la Segunda Edad del Hierro en el Cerro de El Berrueco (Salamanca): el poblado y la necrópolis prerromana de "Los Tejares"». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.). *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 117-130.
- López Melero, R.; Sánchez Abal, J. L. y García Jiménez, S. (1984). «El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a. C.». *Gerión*, 2: 265-323.
- López Merino, L.; López Sáez, J. A.; Alba Sánchez, F.; Pérez Díaz, S.; Abel Schaad, D. y Guerra Doce, E. (2009). «Estudio polínico de una laguna endorreica en Almenara de Adaja (Valladolid, Meseta Norte): cambios ambientales y actividad humana durante los últimos 2.800 años». *Revista Española de Micropaleontología*, 41(3): 333-347.
- López Monteagudo, G. (1984). «Mitos y leyendas en torno a las esculturas de "Verracos"». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 39: 147-168.
- (1989). *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, X. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- López Sáez, J. A.; Abel Schaad, D.; Pérez Díaz, S.; Blanco González, A.; Alba Sánchez, F.; Dorado, M.; Ruiz Zapata, M. B.; Gil García, M. J.; Gómez González, C. y Franco Múgica, F. (2014). «Vegetation history, climate and human impact in the Spanish Central System over the last 9000 years». *Quaternary International*, 353: 98-122.
- López Sáez, J. A. y Blanco González, A. (2005). «La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el suroeste de la Cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?». En: Blanco, A.; Cancelo, C. y Esparza, A. (eds.). *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Aquilafuente, 86. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 229-250.
- López Sáez, J. A.; Blanco González, A.; López Merino, L.; Ruiz Zapata, M. B.; Dorado Valiño, M.; Pérez Díaz, S.; Valdeolmillos, A. y Burjachs, F. (2009a). «Landscape and climatic changes during the end of the Late Prehistory in the Amblés Valley (Ávila, central Spain), from 1200 to 400 cal BC». *Quaternary International*, 200: 90-101.
- López Sáez, J. A.; Dorado Valiño, M.; Burjachs, F.; Ruiz Zapata, M. B.; López García, P. y Fabián García, J. F. (2003). «Paleoambiente y paleoeconomía durante la Prehistoria en el Valle Amblés (Ávila)». *Polen*, 13: 129-141.
- López Sáez, J. A.; López Merino, L.; Alba Sánchez, F. y Pérez Díaz, S. (2009b). «Contribución paleoambiental al estudio de la trashumancia en el sector abulense de la Sierra de Gredos». *Hispania*, LXIX(231): 9-38.

- López Sáez, J. A.; López Merino, L. y Pérez Díaz, S. (2008). «Los vettones y sus paisajes: paleoambiente y paleoeconomía de los castros de Ávila». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 140-152.
- Lorrio, A. J. (2005). *Los Celtíberos*. 2.^a ed. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25. Madrid: Real Academia de la Historia-Universidad Complutense.
- (2008). «El armamento vettón». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 252-274.
- Lorrio, A. J.; Gómez Ramos, P.; Montero, I. y Rovira, S. (1999). «Minería y metalurgia celtibérica». En: Burillo Mozota, F. (coord.) *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 161-180.
- Lull, V.; González Marcén, P. y Risch, R. (1992). *Arqueología de Europa, 2250-1200 A.C. Una introducción a la «edad del bronce»*. Madrid: Síntesis.
- M. Corbí, J. F. (2008). «¿Qué hay -y no hay- de las necrópolis de vettones y vacceos? Una visión crítica del registro arqueológico». En: Orjila (coord.). *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material*. Tomo I. Madrid: CERSA, pp. 317-324.
- Macarro Alcalde, C. y Alario García, C. (2012). *Los orígenes de Salamanca: el poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Serie Minor, 2. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos-Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes.
- Matuquer de Motes, J. (1951). «De la Salamanca primitiva». *Zephyrus*, II: 61-72.
- (1957). «La cerámica pintada hallstática del nivel inferior del castro de Sanchoreja (Ávila)». *Zephyrus*, VIII: 286-287.
- (1958). *El castro de Los Castillejos en Sanchoreja*. Ávila-Salamanca: Excmo. Diputación Provincial de Ávila-Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca.
- (1968). «Excavaciones arqueológicas en el castro de «Las Merchanas» (Lumbrals, Salamanca)». *Pyrenae*, 4: 101-128.
- Mangas Manjarres, J. y Hernando Sobrino, M. R. (1990-91). «La sal y las relaciones intercomunitarias en la Península Ibérica durante la Antigüedad». *Memorias de Historia Antigua*, XI-XII: 219-231.
- Manglano Valcárcel, G. R. (2010-11). «Nueva escultura de verraco vettón en el área geográfica de la cuenca del Tajo». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 46: 139-140.
- (2018). *Los verracos vettones: orígenes, litologías, entronque popular, procedencia y dispersión natural en el territorio español*. Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid.
- Mannoni, T. y Giannichedda, E. (2007). *Arqueología. Materias, objetos y producciones*. Barcelona: Ariel.
- Manrique Mayor, M. Á. (1980). *Instrumentos de hierro de Numancia conservados en el Museo Numantino (Soria)*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Manso Martín, E. (2005). «Representaciones de caballos: fíbula de caballito. Remate de estandarte. Exvoto de jinete». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 130-131.
- Marco Simón, F. (1993). «La religiosidad en la Céltica hispana». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Actas, pp. 477-512.
- (2004). «La religión de los vettones». En: Almagro-Gorbea, M.; Mariné, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Celtas y Vettones*. 4.^a ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia, pp. 278-287.
- (2008). «El horizonte simbólico: dioses y espacios de culto». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 276-288.

- Marín Aguilera, B. (2012). «Del colonialismo y otros demonios: fenicios en el sur peninsular entre los siglos IX y VII/VI a.C.». En: Fernández, V. M.; González Ruibal, A. y Hernando, A. (eds.). *Teoría Arqueológica*. Complutum, 23(2): pp. 147-161.
- Marín Suárez, C. (2005). *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad de Hierro en Asturias*. Noia: Toxosoutos.
- (2011). *De nómadas a castreños: el primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental de la Cordillera Cantábrica*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/14435/1/T33309.pdf>). (Acceso 24/03/2015). Universidad Complutense de Madrid.
- Marín Suárez, C.; González Álvarez, D. y Alonso González, P. (2012). «Building nations in the XXI century. Celticism, nationalism and archaeology in Northern Spain: the case of Asturias and León». En: Riagáin, R. O. y Popa, C.N. (eds.). *Archaeology and the (de)construction of national and supra-national politics*. Archaeological Review from Cambridge, 27(2): pp. 11-31.
- Marín Suárez, C. y Parga-Dans, E. (2017). «La arqueología de gestión en Madrid. Atrapados en el modelo de especulación capitalista del territorio». En: Gnecco, C. y Schmidt Dias, A. (eds.). *Crítica de la razón arqueológica. Arqueología de contrato y capitalismo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, pp. 189-214.
- Mariné, M. (2003). «Celtas y Vettones: una reflexión». *Museo*, 8: 263-271.
- (2005). «La fama de los vettones en Ávila». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 17-32.
- (2008). «Ávila, tierra de verracos». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 440-453.
- (2012a). «Siste Viator. Verracos, cistas y cvpae en caminos romanos abulenses». En: Fernández Ibáñez, C. y Bohigas Roldán, R. (eds.). *In Durii Regione Romanitas. Estudios sobre la Romanización del Valle del Duero en Homenaje a Javier Cortes Álvarez de Miranda*. Palencia-Santander: Diputación de Palencia-Instituto "Sautuola" de Prehistoria y Arqueología, pp. 281-288.
- (2012b). «Una cvpa y un verraco, peculiares, en Ávila». En: *Institución Gran Duque de Alba 1962-2012: 50 años de cultura abulense*. Vol. II. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 65-79.
- Mariné, M. y Ruiz Zapatero, C. (1988). «Nuevas investigaciones en Las Cogotas. Una aplicación del 1% cultural». *Revista de Arqueología*, 84: 46-53.
- Mariscal Álvarez, B. (1995). «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de El Soto de Medinilla (campana de 1989-1990) y El Cerro de La Mota en Medina del Campo, Valladolid». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 337-350.
- Mariscal Álvarez, B.; Cubero, C. y Uzquiano, P. (1995). «Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio antes de Cristo a través de la Paleoetnobotánica». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 417-454.
- Märtens Alfaro, G.; Contreras Martínez, M.; Ruiz Zapatero, G. y Baquedano Pérez, E. (2009). «El Llano de la Horca (Santorcaz). Un asentamiento carpetano en los albores de la romanización». En: Benet, N. (coord.) *Actas de las terceras jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 201-222.
- Martín Arija, A. M.; Iglesias del Castillo, L.; Salvador Velasco, M. y Viñé Escartín, A. I. (1994). «Nuevos datos arqueológicos en el entorno de la Catedral de Zamora». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*: 109-122.

- Martín Benito, J. I. y Jiménez González, M. C. (1988-89). «En torno a una estructura constructiva en un «campo de hoyos» de la Edad del Bronce de la Meseta española (Forfoleda, Salamanca)». *Zephyrus*, XLI-XLII: 263-281.
- Martín Benito, J. I. y Martín Benito, J. C. (1994). *Prehistoria y Romanización de la Tierra de Ciudad Rodrigo*. Salamanca: Centro de Estudios Mirobrigenses-Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo.
- Martín Bravo, A. M. (1991). «Aproximación a la economía de los castros del norte de Extremadura». En: *Alimenta. Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich*. Gerión, Anejos III: pp. 169-180.
- (1993). «El poblamiento de la comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro». *Complutum*, 4: 337-360.
- (1994). «Los castros del occidente de la provincia de Cáceres». En: Almagro-Gorbea, M. y Martín Bravo, A. M. (eds.). *Castros y Oppida en Extremadura*. *Complutum Extra*, 4: pp. 243-286.
- (1998). «Evidencias del comercio tartésico junto a puertos y vados de la cuenca del Tajo». *Archivo Español de Arqueología*, 71(177-178): 37-52.
- (1999). *Los orígenes de Lusitania: el I milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2. Madrid: Real Academia de la Historia.
- (2009). «Los castros de la cuenca extremeña del Tajo, bisagra entre lusitanos y vettones». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.). *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 147-160.
- Martín Carbajo, M. Á.; Sanz García, F. J.; Marcos Contreras, G. J.; Misiego Tejeda, J. C.; Caño García, L. Á. del; Redondo Martínez, R. y Martín Maeso, E. (2001). «La «Casa del Cid» de Zamora: trabajos arqueológicos de excavación, seguimiento y documentación estratigráfica muraria». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*: 67-86.
- Martín García, R. y García Diego, A. J. (1990). «Aproximación al estudio de la escultura zoomorfa de la provincia de Zamora: los verracos». *Studia Zamorensia*, XI: 17-37.
- Martín Jiménez, J. L. (1919). «Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXV: 399-415.
- (1922). «Descubrimientos arqueológicos en la provincia de Salamanca». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXX: 262-267.
- Martín Valls, R. (1971). «El castro del Picón de la Mora (Salamanca)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVII: 125-144.
- (1973). «Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX: 81-103.
- (1974). «Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta». En: A Ranuccio Bianchi-Bandinelli. *Sus amigos y discípulos españoles*. Studia Archaeologica, 32. Burgos: Departamento de Prehistoria y Arqueología Universidad de Valladolid, pp. 69-92.
- (1976). «Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo». *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 373-388.
- (1983). «Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos». *Zephyrus*, XXXVI: 217-231.
- (1985). «Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas». En: Valdeón, J. (dir.). *Historia de Castilla y León 1. La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid: Ámbito, pp. 104-131.
- (1986-87). «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- (1995). «La Segunda Edad del Hierro». En: Alba López, J. C. (coord.). *Historia de Zamora. Tomo I. De los orígenes al final del Medievo*. Zamora: Diputación de Zamora-Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»-Caja España, pp. 151-189.

- (1998). «La Edad del Hierro». En: Salinas de Frías, M. (coord.). *Historia de Salamanca. I. Prehistoria y Edad Antigua*. 2.^a ed. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, pp. 123-217.
- Martín Valls, R.; Benet, N. y Macarro Alcalde, C. (1992). «Arqueología de Salamanca». En: *Actas I Congreso Historia de Salamanca*. Tomo I. Salamanca: Diputación Provincial de Salamanca-Universidad de Salamanca, pp. 87-115.
- Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G. (1977). «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIII: 291-319.
- (1982). «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVIII: 45-70.
- Martín Valls, R. y Pérez Gómez, P. L. (2004). «El verraco de Yecla de Yeltes: consideraciones sobre su interpretación». *Zephyrus*, LVII: 283-301.
- Martín Valls, R. y Pérez Herrero, E. (1976). «Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII: 67-88.
- Martín Valls, R. y Romero Carnicero, F. (2008). «Las insculturas del castro de Yecla de Yeltes. Nuevas perspectivas para su estudio». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 232-251.
- Martín Vázquez, L. F. (2010). «Proyecto red de castros y verracos célticos «la ruta de los castros y verracos en la frontera hispano-lusa: arqueoturismo celta en Ávila, Salamanca, Tras-os-Montes y Tâmega»». En: Jiménez Moreno, F. J. y Melgosa Arcos, F. J. (eds.). *Estudios de turismo rural y cooperación entre Castilla y León y Portugal*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 195-212.
- Martín Viso, I. (2002). «La comunidad y el monasterio: el Señorío de Santa María en el Valle de Valdeiglesias (siglos XII-XIV)». *Historia Agraria*, 28: 139-154.
- Martínez Caballero, S.; Cabañero Martín, V. M. y Merino Bellido, C. (eds.). (2016). *Investigaciones arqueológicas en el valle del Duero: del Paleolítico a la Edad Media*. *Actas de las IV jornadas de jóvenes investigadores del valle del Duero*. Segovia, 20, 21 y 22 de noviembre de 2014. Valladolid: Glyphos Publicaciones.
- Martínez Lillo, S. y Murillo Fragero, J. I. (2003). «Últimas actuaciones arqueológicas en las murallas». En: Barrios García, Á. (coord.). *La Muralla de Ávila*. Monumentos restaurados, V. Madrid: Fundación Caja Madrid, pp. 268-291.
- Martínez Rossy, I.; Barrios Rodríguez, E.; Martín Barrientos, R. y Ruipérez García, M. (1987). *Caleros y Canteros*. Salamanca: Ediciones de la Diputación de Salamanca.
- Martinón-Torres, M. (2002). «Chaine opératoire: the concept and its applications within the study of technology». *Gallaecia*, 21: 29-43.
- Mateos Leal, C. M. (2016). *El poblamiento protohistórico del occidente de La Meseta (Sistema Central y Campo Charro)*. *Estudio de las culturas indígenas a través de su hábitat*. Madrid. (<http://hdl.handle.net/10486/671732>). (Acceso 21/07/2017). Universidad Autónoma de Madrid.
- Mateos Leal, C. M.; Sánchez Nicolás, D. y Berrocal-Rangel, L. (2005-06). «El santuario rupestre del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores, Salamanca)». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 44: 161-178.
- McKinley, J. I. (1989). «Cremations: expectations, methodologies and realities». En: Roberts, C. A., Lee, F. y Bintliff, J. (eds.). *Burial archaeology: current research, methods and developments*. Oxford: BAR British Series, 211, pp. 65-76.
- (2006). «Cremation ... the cheap option?». En: Gowland, R. y Knüsel, C. (eds.). *Social archaeology of funerary remains*. Oxford: Oxbow Books, pp. 81-88.
- Mederos Martín, A. (2012). «El final de Cogotas I y los inicios de la Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica (1200-800 a.C.)». En: Morín de Pablos, J. y Urbina Martínez, D. (eds.). *El primer milenio a.C. en la Meseta Central. De la longhouse al oppidum*. Vol. 1: I Edad del Hierro. Madrid: Auditores de Energía y Medio Ambiente, pp. 73-107.

- Metzler, J.; Méniel, P. y Gaeng, C. (2006). «Oppida et espaces publics». En: Haselgrove, C. (dir.). *Celts et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, 4: les mutations de la fin de l'âge du Fer*. Actes de la table ronde de Cambridge, 7-8 juillet 2005. Collection Bibracte, 12/4. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen, pp. 201-224.
- Milcent, P.-Y. (2014). «Hallstatt urban experience before the Celtic oppida in Central and Eastern Gaul. Two cases-studies: Bourges and Vix». En: Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 35-51.
- Miranda Viñuelas, J. (2008). *Ulaca. Una noche alucinante*. Girona: Rigau.
- Misiego Tejeda, J. C.; Marcos Contreras, G. J.; Martín Carbajo, M. A.; Sanz García, F. J. y Villanueva Martín, L. A. (2005). «Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila): reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro». En: Blanco, A.; Canelo, C. y Esparza, Á. (eds.). *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Aquilafuente, 86. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 207-228.
- Misiego Tejeda, J. C.; Martín Carbajo, M. Á.; Marcos Contreras, G. J. y Sanz García, F. J. (1997). «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa (Zamora)». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florán de Ocampo»*: 17-41.
- Misiego Tejeda, J. C.; Martín Carbajo, M. Á.; Marcos Contreras, G. J.; Sanz García, F. J.; Pérez Rodríguez, F. J.; Doval Martínez, M.; Villanueva Martín, L. A.; Sandoval Rodríguez, A. M.; Redondo Martínez, R.; Ollero Cuesta, F. J.; García Rivero, P. F.; García Martínez, M. I. y Sánchez Bonilla, G. (2013). *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de "La Corona/El Pesadero", en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Memorias Arqueología en Castilla y León, 19. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Misiego Tejeda, J. C.; Martín Carbajo, M. Á.; Marcos Contreras, G. J.; Sanz García, F. J.; Redondo Martínez, R.; Doval Martínez, M.; García Rivero, P. F. y García Martínez, M. I. (2003). «Excavación arqueológica en el poblado protohistórico de Dessobriga (Osorno, Palencia/Melgar de Fernamental, Burgos)». En: Misiego Tejeda, J. C. y Etcheberria Zarranz, C. (coords.). *Actuaciones arqueológicas en la autovía del Camino de Santiago (A-231, León-Burgos). Provincia de Burgos (2000-2003)*. León: Junta de Castilla y León-Gical, pp. 31-91.
- Misiego Tejeda, J. C.; Sanz García, F. J.; Marcos Contreras, G. J. y Martín Carbajo, M. Á. (1995-96). «Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaños (Santiago de la Valduerna, León)». *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 7: 43-65.
- Moliner Pérez, A. (1933). «El castro de La Mesa de Miranda (Chamartín-Ávila)». *Boletín de la Academia de la Historia*, CII: 421-439.
- (1958). *Los yacimientos de la Edad del Hierro en Ávila y sus excavaciones arqueológicas*. Ávila: Institución "Alonso de Madrigal".
- (1982). «Don Juan Cabré y sus investigaciones en tierras abulenses». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16: 11-19.
- Montón Subías, S. y Sánchez Romero, M. (eds.). (2008). *Engendering social dynamics: the archaeology of maintenance activities*. BAR International Series, 1862. Oxford.
- Moore, T. (2003). «Rectangular houses in the British Iron Age? - "Squaring the circle"». En: Humphrey, J. (ed.). *Re-searching the Iron Age. Selected papers from the proceedings of the Iron Age Research Student Seminars, 1999 and 2000*. Leicester Archaeology Monographs, 11. Leicester: School of Archaeology and Ancient History, pp. 47-58.
- (2012). «Beyond the oppida: polyfocal complexes and Late Iron Age societies in southern Britain». *Oxford Journal of Archaeology*, 31(4): 391-417.
- (2017a). «Alternatives to urbanism? Reconsidering oppida and the urban question in Late Iron Age Europe». *Journal of World Prehistory*, 30: 281-300.

- (2017b). «Beyond Iron Age 'towns': examining oppida as examples of low-density urbanism». *Oxford Journal of Archaeology*, 36(3): 287-305.
- Moore, T. y Armada, X.-L. (2011). «Crossing the divide: opening a dialogue on approaches to Western European first millennium BC studies». En: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 3-77.
- Moore, T.; Braun, A.; Creighton, J.; Cripps, L.; Haupt, P.; Klenner, I.; Nouvel, P.; Ponroy, C. y Schönfelder, M. (2013). «Oppida, agglomerations and suburbia: The Bibracte environs and new perspectives on Late Iron Age urbanism in central-eastern France». *European Journal of Archaeology*, 16(3): 491-517.
- Moore, T. y Ponroy, C. (2014). «What's in a wall? Considerations on the role of open settlements in Late La Tène Gaul». En: Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 140-155.
- Moragón Martínez, L. (2014). *Cuerpo y sociedades orales: una reflexión sobre la concepción del cuerpo y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/24614/1/T35129.pdf>). (Acceso 12/03/2016). Universidad Complutense de Madrid.
- Moraleda Olivares, A. y de la Llave Muñoz, S. (2015). «El hábitat fortificado del cerro de la Cabeza del Oso (El Real de San Vicente, Toledo). Un modelo de control territorial durante la Prehistoria Reciente». En: Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 194-205.
- Morales Muñoz, A. y Liesau, C. (2008). «La fauna recuperada en Salmantica». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 154-161.
- Morales Muñoz, A. y Liesau von Lettow-Vorbeck, C. (1995). «Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 455-514.
- Morán, C. (1946). *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*. Acta Salmanticensis, Tomo II, n.º 1. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Moreno Arrastio, F. J. (1990). «Notas al contexto de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo)». En: *Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 277-308.
- (1995). «La estela de Arroyo Manzanas (Las Herencias II, Toledo)». *Gerión*, 13: 275-294.
- Moreno Raso, J. (2014). «Longhouses del Bronce Final-Hierro I en la Península Ibérica». *@rqueología y Territorio*, 11: 25-37.
- Moret, P. (1991). «Les fortifications de l'Âge du Fer dans la Meseta Espagnole: origine et diffusion des techniques de construction». *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVII(1): 5-42.
- Morín de Pablos, J.; Urbina, D.; López, M.; Barroso, R.; Escolà, M.; Navarro, E.; Sánchez, F.; Urquijo, C.; Fernández, C.; Casares, J. y Regidor, D. (2002). «Un asentamiento de la II Edad del Hierro en la sierra de la Estrella. Estudio de poblamiento en el sector noroccidental de la comarca toledana de La Jara». *Bolskan*, 19: 345-357.
- Muñoz García, J. (1953). «El Jano de Candelario». *Zephyrus*, IV: 69-73.
- Muñoz Jiménez, J. (1977). «Toledo». En: Martínez de Pisón, E. (dir.). *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, pp. 105-173.
- Museo de Ávila (1987). *Pioneros de la arqueología abulense*. Ávila: Junta de Castilla y León-Museo de Ávila.
- Navarro Barba, J. A. (2004). *Arquitectura popular en la provincia de Ávila*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.

- Negueruela, I. (1990-91). «Aspectos de la técnica escultórica ibérica en el siglo V a. C.». *Lucentum*, IX-X: 77-83.
- Nortes Nolasco, A. (2010). *El toro y el espacio vetón: el proceso de labra en granito de un "verraco" y su revisión deconstructiva*. Madrid. (<http://eprints.ucm.es/10394/1/T31758.pdf>) (Acceso 25/05/2011). Universidad Complutense de Madrid.
- Nouvel, P. (2011). «La Tène and Early Gallo-Roman settlement in Central Gaul: an examination of the boundary between the Aedui, Lingoni, and Senoni (Northern Burgundy, France)». En: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 205-220.
- Novo, A.; Vallés, J.; Chapa, T.; Cabrera, A. y Pereira, J. (2016). «Detección de estructuras a diferentes profundidades mediante georradar 3D multicanal en el yacimiento de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)». En: Mayoral Herrera, V. (coord.). *La revalorización de zonas arqueológicas mediante el empleo de técnicas no destructivas*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXXV. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 125-132.
- Olmo Martín, J. del (2006). «Arqueología aérea de las ciudades romanas en la Meseta Norte. Algunos ejemplos de urbanismo de la primera Edad del Hierro, segunda Edad del Hierro y Romanización». En: *Nuevos elementos de ingeniería romana. III Congreso de las obras públicas romanas*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 313-340.
- Olmo Martín, J. del y San Miguel Maté, L. C. (1993). «Arqueología aérea en asentamientos vacceos». En: Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 507-528.
- Olsen, B. (2010). *In defense of things. Archaeology and the ontology of objects*. Lanham: AltaMira Press.
- Olsen, B.; Shanks, M.; Webmoor, T. y Witmore, C. (2012). *Archaeology: the discipline of things*. Berkeley: University of California Press.
- Ongil Valentín, M. I. (1986-87). «Los poblados de ribero. Análisis territorial». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 321-328.
- (1988). «Excavaciones en el poblado prerromano de «Villavieja del Castillejo de la Orden» (Alcántara, Cáceres). 1.ª Campaña». En: *Extremadura Arqueológica I*. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 103-112.
- (1991). «Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres). El poblado (1985-1990)». En: Enríquez Navascués, J.-J. y Rodríguez Díaz, A. (eds.). *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Extremadura Arqueológica, II. Mérida-Cáceres: Junta de Extremadura-Universidad de Extremadura, pp. 247-253.
- Ongil Valentín, M. I. y Saucedo Pizarro, M. I. (1986). «Vías naturales de comunicación y asentamiento en el sur de Cáceres durante la Prehistoria». *Norba*, 7: 155-161.
- Ortega Blanco, J. y Valle Gutiérrez, M. del (2004). «El poblado de la Edad del Hierro del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo). Primeros resultados». *Trabajos de Prehistoria*, 61(1): 175-185.
- Ortega Ortega, J. M. (1999). «Al margen de la «identidad cultural»: historia social y economía de las comunidades campesinas celtíberas». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 417-452.
- Ortiz Moreno, S. (2012). «Nuevas tecnologías aplicadas a la Arqueología. Reconstrucción virtual de la Casa C del Castro de la Mesa de Miranda». En: Hernández Sánchez, D. y López García, J. P. (eds.). *Nuevos paradigmas en la investigación arqueológica. Actas del Segundo Congreso de Arqueología de Chamartín (Ávila)*. 5, 6, 7 de agosto de 2011. Madrid: Ediciones de La Ergástula, pp. 199-210.
- Oswald, A. (1997). «A doorway on the past: practical and mystic concerns in the orientation of roundhouse doorways». En: Gwilt, A. y Haselgrove, C. (eds.). *Reconstructing Iron Age societies: new approaches to the British Iron Age*. Oxford: Oxbow Books, pp. 87-95.

- Otero Morán, P. (2002). «Arekorata: la moneda como base para el conocimiento de una ciudad». En: *Funció i producció de les seques indígenes. VI Curs d'Història monetària d'Hispania*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya, pp. 147-169.
- (2009). «La difusión de las emisiones de Arekorata». En: Campo, M. (coord.). *Ús i circulació de la moneda a la Hispania Citerior. XIII Curs d'història monetària d'Hispania*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya, pp. 65-82.
- Pablo Martínez, R. de (2010). «Los puñales de filos curvos en el Duero Medio y Alto Ebro. A propósito de los llamados tipo La Osera y Villanueva de Teba». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vaceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 363-396.
- Pacheco Jiménez, C. y Moraleda Olivares, A. (2009). «Un nuevo ejemplar de escultura zoomorfa en la zona vetona toledana: El verraco de Lagartera». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.) *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 141-145.
- Padilla Fernández, J. J. (2011). «El alfar de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila): una mirada etnoarqueológica y experimental». *@arqueología y Territorio*, 8: 115-128.
- (2016). «A thousand years of pottery in Andalusia: the popular tradition as a built bridge with the past». En: Biagetti, S. y Lugli, F. (eds.). *The intangible elements of culture in ethnoarchaeological research*. Basel: Springer, pp. 263-274.
- Padilla Fernández, J. J.; Jiménez Pasalodos, R.; García Benito, C. y Chapon, L. (2013). «La cadena técnico-operativa del alfar de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila): la construcción experimental de un horno cerámico de la II Edad del Hierro». En: Palomo, A.; Piqué, R. y Terradas, X. (eds.). *Experimentación en arqueología. Estudio y difusión del pasado*. Vol. 2. Série Monográfica del MAC, 25. Girona: Museu d'Arqueologia de Catalunya, pp. 467-475.
- Palol, P. de (1974). «Álava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro». *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI: 91-100.
- Paniego Díaz, P. y Lapuente Martín, C. (2015). «El Castillejo de Chilla: estudio del territorio». En: Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 152-157.
- Parcero Oubiña, C. (2000). «Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del noroeste ibérico». *Trabajos de Prehistoria*, 57(1): 75-95.
- (2002). *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del noroeste ibérico*. Ortegalia, 1. Ortegaleira: Fundación Ortegaleira-Instituto de Estudios Galegos Padre Sarmiento.
- (2003). «Looking forward in anger: social and political transformations in the Iron Age of the north-western Iberian Peninsula». *European Journal of Archaeology*, 6(3): 267-299.
- (2005). «Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica». En: Blanco, A.; Cancelo, C. y Esparza, Á. (eds.). *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Aquilafuente, 86. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 11-33.
- Parcero Oubiña, C.; Ayán Vila, X.; Fábrega Álvarez, P. y Teira Brión, A. (2007). «Arqueología, paisaje y sociedad». En: González García, F. J. (coord.). *Los pueblos de la Galicia celta*. Madrid: Akal, pp. 131-258.
- Parga-Dans, E. (2010). «Commercial archaeology in Spain: its growth, development, and the impact of the global economic crisis». En: Schlanger, N. y Aitchison, K. (eds.). *Archaeology and the global economic crisis. Multiple impacts, possible solutions*. Tervuren: Culture Lab Editions, pp. 45-54.
- Parker Pearson, M. (1996). «Food, fertility and front doors in the first millennium BC». En: Champion, T. y Collis, J. (eds.). *The Iron Age in Britain and Ireland: recent trends*. Sheffield: J. R. Collis Publications, pp. 117-132.

- (1999a). *The archaeology of death and burial*. Stroud: Sutton.
- (1999b). «Food, sex and death: cosmologies in the British Iron Age with particular reference to East Yorkshire». *Cambridge Archaeological Journal*, 9(1): 43-69.
- Parker Pearson, M. y Richards, C. (1994). «Architecture and order: spatial representation and archaeology». En: Parker Pearson, M. y Richards, C. (eds.). *Architecture and order: approaches to social space*. London: Routledge, pp. 38-72.
- Pastor Muñoz, F. J. y Adán Poza, M. J. (2012). «El castillo de Navarreclonda (término municipal de San Martín de Valdeiglesias): una fortaleza medieval desconocida en la Comunidad de Madrid». En: *Actas IV Congreso de Castellología*. Madrid: Asociación Española de Amigos de los Castillos, pp. 625-636.
- Pavón Soldevila, I. (1998). *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*. Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Pellicer Catalán, M. (2000). «El proceso orientalizador en el Occidente Ibérico». *Huelva Arqueológica*, 16: 89-134.
- Peralta Labrador, E. (2003). *Los Cántabros antes de Roma*. 2.^a ed. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 5. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Pereira Sieso, J. (1989). «Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo)». En: Aubet Semmler, M. E. (coord.). *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell: Editorial AUSA, pp. 395-409.
- (1994). «La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur». En: *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha. Actas del Simposio, 1990*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 37-85.
- (2005). «Entre la fascinación y el rechazo: la aculturación entre las propuestas de interpretación del Periodo Orientalizador». En: Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.). *El Periodo Orientalizador. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV. Vol. I. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 167-187.
- (2007). «El Bronce Final y los inicios de la Edad de Hierro». En: Pereira Sieso, J. (coord.). *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*. Ciudad Real: Almad, ediciones de Castilla-La Mancha, pp. 127-158.
- (2008a). «La tumba de Casa del Carpio y el comercio en el valle del Tajo». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 114-124.
- (2008b). «Nuevos escenarios en el circuito de intercambios de época colonial: los vados del Tajo». En: García i Rubert, D.; Moreno Martínez, I. y Gracia Alonso, F. (coords.). *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a.n.e.* Barcelona: Ajuntament d'Alcanar-Signes disseny i comunicació, pp. 191-209.
- (2012). «La tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). Un enterramiento femenino de época orientalizador». En: Prados Torreira, L. (ed.). *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género. II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género en la UAM*. Colección Estudios, 145. Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid, pp. 201-214.
- Pereira Sieso, J.; Ruiz Taboada, A. y Carrobles Santos, J. (2003). «Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano: la necrópolis de Palomar de Pintado». *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 153-168.
- Pereira Sieso, J. y Torres Rodríguez, J. de (2014). «El ascenso de los jefes: desigualdad, competición y resistencia en la necrópolis de Palomar de Pintado». En: *Ter Simposio sobre los carpetanos. Arqueología e historia de un pueblo de la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Zona Arqueológica, 17. Museo Arqueológico Regional, pp. 336-348.
- Pérez Gómez, P. L. (2005). «Los castros de Las Merchanas, Saldeana y Yecla de Yeltes. Castros del occidente salmantino». En: Pires de Carvalho, T. (coord.). *Castro, um lugar para habitar. Colóquio Monte Mozinho 2004*. Cadernos do Museu, 11, pp. 233-241.

- Pérez Gutiérrez, M. (2009). «Astronomía y Geometría en la Veltonia». En: Cerdeño Serrano, M. L. y Rodríguez Caderot, G. (eds.). *Arqueoastronomía*. Complutum, 20(2): pp. 141-164.
- (2010). *Astronomía en los castros celtas de la provincia de Ávila*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Pfaffenberger, B. (1988). «Fetichised objects and humanised nature: towards an Anthropology of Technology». *Man (New Series)*, 23(2): 236-252.
- (1992). «Social Anthropology of Technology». *Annual Review of Anthropology*, 21: 491-516.
- Picazo Gurina, M. (1997). «Hearth and home: the timing of maintenance activities». En: Moore, J. y Scott, E. (eds.). *Invisible people and processes: writing gender and childhood into European archaeology*. London: Leicester University Press, pp. 59-67.
- Piñel, C. (1976). «Materiales del poblado de las Paredejas en el Cerro del Berrueco. Una nueva arracada». *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 351-368.
- Pion, P. (2012). «Sortir des oppida : éléments pour une approche des espaces périurbains dans le monde celtique continental». En: Belarte, M. C. y Plana Mallart, R. (eds.). *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat / Le paysage périurbain en Méditerranée occidentale pendant la Protohistoire et l'Antiquité*. Documenta, 26. Tarragona: Institut Català d'Arqueologia Clàssica, pp. 47-56.
- Pires de Carvalho, T. (ed.) (2005). *Castro, um lugar para habitar. Colóquio Monte Mozinho 2004*. Cadernos do Museu, 11. Penafiel: Museu Municipal de Penafiel.
- Plá Ballester, E. (1968). «Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana». En: Taradell, M. (dir.). *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona: Vicens-Vives, pp. 143-190.
- (1969). «El instrumental metálico de los obreros ibéricos. Notas sobre economía antigua del País Valenciano». En: X Congreso Nacional de Arqueología: Mahón, 1967. Zaragoza: Universidad de Zaragoza-Secretaría General de los Congresos Nacionales, pp. 306-337.
- Pope, R. (2007). «Ritual and the roundhouse: a critique of recent ideas on the use of domestic space in later British prehistory». En: Haselgrove, C. y Pope, R. (eds.). *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*. Oxford: Oxbow Books, pp. 204-228.
- Portilla Casado, R. (2014). «Un nuevo yacimiento de la Primera Edad del Hierro al sur del Duero: "Cuesta El Pico" (Castrillo de La Guareña, Zamora)». En: González de la Fuente, F. J.; Paniagua Vara, E. y Inés Sutil, P. de (coords.). *Investigaciones arqueológicas en el valle del Duero: del Paleolítico a la Antigüedad Tardía. Actas de las III Jornadas de jóvenes investigadores del valle del Duero. Salamanca, 20, 21 y 22 de noviembre de 2013*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 231-245.
- (2015). «"Cuesta El Pico", Castrillo de la Guareña (Zamora). Un asentamiento atípico de la I Edad del Hierro al sur del Duero». En: Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 534-546.
- Posac Mon, C. (1953). «Solosancho (Ávila)». *Noticiario Arqueológico Hispano*, 1: 63-74.
- Poux, M. (2006). «Religion et société à la fin de l'âge du Fer. Systèmes (en)clos et logiques rituelles». En: Haselgrove, C. (dir.). *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire*, 4: *les mutations de la fin de l'âge du Fer*. Actes de la table ronde de Cambridge, 7-8 juillet 2005. Collection Bibracte, 12/4. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen, pp. 181-199.
- (2014). «Enlarging oppida: multipolar town patterns in Late Iron Age Gaul». En: Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 156-166.
- Prociuk, N. H. (2019). «Protection and purity: symbolic functions of the Iron Age saunas of the Iberian Northwest». *Cambridge Archaeological Journal*, 29(1): 125-140.
- Quesada Sanz, F. (2003). «De los fosos de Troya a la línea Sigfrido. Las "piedras hincadas" en el contexto de la historia de las fortificaciones». En: Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, A.

- y López, J. B. (coords.). *Chevaux-de frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro europea*. Lleida: Universitat de Lleida, pp. 69-100.
- Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P. J. (1996). «Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII: 9-78.
- Ralston, I. (2006). *Celtic fortifications*. Stroud: Tempus.
- Ramírez Ramírez, M. L. (1995-96). «La casa circular durante la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero». *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 7: 67-94.
- Ramos Fraile, P. (2005). «Poblamiento de Cogotas I y de la Edad del Hierro en la comarca de Sayago (Zamora)». En: Blanco, A.; Cancelo, C. y Esparza, Á. (eds.). *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de Jóvenes Investigadores*. Aquilafuente, 86. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 293-313.
- Redondo González, A. y Río Lafuente, I. del (1977). «Cáceres». En: Martínez de Pisón, E. (dir.). *Los paisajes naturales de Segovia, Ávila, Toledo y Cáceres. Estudio geográfico*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, pp. 175-246.
- Redondo Rodríguez, J. A. y Esteban Ortega, J. (1992-93). «El hábitat rural indígena en la provincia de Cáceres: problemática de su estudio». En: Gorges, J. G. y Salinas de Frías, M. (eds.). *El medio rural en Lusitania romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo*. Studia Historica. Historia Antigua, X-XI: pp. 161-175.
- Redondo Rodríguez, J. A.; Esteban Ortega, J. y Salas Martín, J. (1991). «El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres». En: Enríquez Navascués, J.-J. y Rodríguez Díaz, A. (eds.). *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. Extremadura Arqueológica, II. Mérida-Cáceres: Junta de Extremadura-Universidad de Extremadura, pp. 269-282.
- Reher Díez, G.-S. (2009). «Estrategias de asentamiento ante la romanización en la cuenca baja del Tajo». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.). *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 241-254.
- (2011). «The 'introduction to ethnicity syndrome' in proto-historical archaeology». En: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 656-667.
- Reimer, P. J.; Bard, E.; Bayliss, A.; Beck, J. W.; Blackwell, P. G.; Bronk Ramsey, C.; Buck, C. E.; Cheng, H.; Edwards, R. L.; Friedrich, M.; Grootes, P. M.; Guilderson, T. P.; Hafflason, H.; Hajdas, I.; Hatté, C.; Heaton, T. J.; Hoffmann, D. L.; Hogg, A. G.; Hughen, K. A.; Kaiser, K. F.; Kromer, B.; Manning, S. W.; Niu, M.; Reimer, R. W.; Richards, D. A.; Scott, E. M.; Southon, J. R.; Staff, R. A.; Turney, C. S. M. y Plicht, J. van der (2013). «IntCal13 and Marine13 radiocarbon age calibration curves 0–50,000 years cal BP». *Radiocarbon*, 55(4): 1869-1887.
- Renzi, M. (2010). «Vasijas de uso metalúrgico, toberas y moldes». En: Montero Ruiz, I. (coord.). *Manual de Arqueometalurgia*. Alcalá de Henares-Madrid: Museo Arqueológico Regional-Sección de Arqueología del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias, pp. 123-158.
- Rice, P. M. (1981). «Evolution of specialized pottery production: a trial model». *Current Anthropology*, 22(3): 219-240.
- (1987). *Pottery analysis: a sourcebook*. Chicago: Chicago University Press.
- Rockwell, P. (1993). *The art of stoneworking: a reference guide*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodríguez-Corral, J. (2012). «Las imágenes como un modo de acción: las estatuas de guerreros castreños». *Archivo Español de Arqueología*, 85: 79-100.
- Rodríguez-Hernández, J. (2012). «Los procesos técnicos de la cantería durante la Segunda Edad del Hierro en el occidente de la Meseta». *Zephyrus*, LXX: 113-130.
- Rodríguez Almeida, E. (1955). «Contribución al estudio de los castros abulenses». *Zephyrus*, VI: 257-271.

- Rodríguez Colmenero, A. (1999). *O santuário rupestre galaico-romano de Panóias (Vila Real, Portugal)*. Vila Real: Deorum Témenh (I).
- Rodríguez Díaz, A. (1994). «Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en la cuenca media del Guadiana: la crisis del cuatrocientos y el desarrollo de la Beturia». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21: 9-34.
- (2009). *Campesinos y «señores del campo»*. *Tierra y poder en la protohistoria extremeña*. Barcelona: Bellaterra.
- Rodríguez Díaz, A. y Enríquez Navascués, J.-J. (2001). *Extremadura tartésica: Arqueología de un proceso periférico*. Barcelona: Bellaterra.
- Rodríguez Díaz, A. y Pavón Soldevila, I. (1999). *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres) (campana de urgencia de 1995)*. Cáceres: Ayuntamiento de Aliseda.
- Rodríguez Díaz, A.; Pavón Soldevila, I.; Duque Espino, D. M.; Ponce de León Iglesias, M.; Hunt Ortiz, M. A. y Merideth, C. (2013). «La explotación tartésica de la casiterita entre los ríos Tago y Guadiana: San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)». *Trabajos de Prehistoria*, 70(1): 95-113.
- Rodríguez Marcos, J. A. (2008). *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 7. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- (2012). «Algunas notas acerca del proceso formativo de la cultura de Cogotas I». En: Rodríguez Marcos, J. A. y Fernández Manzano, J. (eds.). *Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 147-164.
- Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (eds.) (2015). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones.
- Roldán Hervás, J. M. (1968-69). «Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones». *Zephyrus*, XIX-XX: 73-106.
- (1971). *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Romero Carnicero, F. (1980). «Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI: 137-153.
- (1985). «La Primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio». En: Valdeón, J. (dir.). *Historia de Castilla y León 1. La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid: Ámbito, pp. 82-103.
- (1991). *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*. *Studia Archaeologica*, 80. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- (1992). «Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro». En: Báez Mezquita, J. M. (coord.). *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio*. Valladolid: Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Valladolid, pp. 175-211.
- (2003). «Piedras hincadas en el oriente meseteño». En: Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, A. y López, J. B. (coords.). *Chevaux-de frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro europea*. Lleida: Universitat de Lleida, pp. 179-208.
- Romero Carnicero, F. y Jimeno Martínez, A. (1993). «El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro». En: Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Actas, pp. 175-222.
- Romero Carnicero, F. y Misiego Tejeda, J. C. (1992). «Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria. Las cabañas de El Castillejo de Fuensaúco». En: *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana*. Vol. I. Soria: Diputación Provincial de Soria, pp. 307-324.
- (1995). «Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero: El Castillejo (Fuensaúco, Soria)». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtíberos*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 127-139.

- Romero Carnicero, F.; Misiego Tejeda, J. C. y Marcos Contreras, G. J. (2015). «La presencia de defensas en los poblados de la cultura del Soto: una evidencia cada vez menos excepcional». En: Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 547-564.
- Romero Carnicero, F. y Ramírez Ramírez, M. L. (1996). «La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero medio y las tierras del sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro». En: Querol, M. Á. y Chapa, T. (eds.). *Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda*. Complutum Extra, 6(1): pp. 313-326.
- (1999). «Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *IV Simposio sobre los Celtiberos. Economía*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 453-465.
- (2001). «Sobre el “celtismo” de la “cultura” del Soto». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVII: 49-80.
- Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.) (2010). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid.
- Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Álvarez-Sanchís, J. R. (2008). «El primer milenio a.C. en las tierras del interior peninsular». En: Gracia Alonso, F. (coord.). *De Iberia a Hispania*. Barcelona: Ariel, pp. 649-731.
- Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Górriz Gañán, C. (2009). «El vino entre las élites vacceas: de los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo». En: Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (eds.). *El vino y el banquete en la Europa prerromana*. Vaccea Monografías, 2. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid, pp. 225-251.
- Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C.; Górriz Gañán, C. y Pablo Martínez, R. de (2012). «Cerámicas negras bruñidas del oriente vacceo». En: Bernal Casasola, D. y Ribera i Lacomba, A. (eds.). *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 619-638.
- Romero Carnicero, M. V.; Romero Carnicero, F. y Marcos Contreras, G. J. (1993). «Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica». En: Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 223-261.
- Romero Perona, D.; Beltrán Ortega, A.; Sánchez-Palencia, F. J.; Hernández Hernández, L.; López González, L. F. y Álvarez González, Y. (2015). «Estrategias de poblamiento entre la Edad del Hierro y el inicio del dominio romano a través de dos casos del occidente zamorano». En: Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 520-533.
- Rovira Llorens, S. (2005a). «La metalurgia en tiempos de los vettones». En: *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 61-68.
- (2005b). «Tecnología del metal». En: Jimeno Martínez, A. (ed.). *Celtiberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación de Soria, pp. 345-349.
- Rowley-Conwy, P. (2007). *From Genesis to Prehistory. The archaeological Three Age System and its contested reception in Denmark, Britain, and Ireland*. Oxford: Oxford University Press.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1991). «Songs of a wayfaring lad. Late Bronze Age Atlantic exchange and the building of the regional identity in the west Iberian Peninsula». *Oxford Journal of Archaeology*, 10(3): 277-306.
- (1992). «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica». *SPAL*, 1: 219-251.

- (1995). «El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro». En: Ruiz-Gálvez Priego, M. (ed.). *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum Extra, 5: pp. 129-155.
- (1998a). *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Barcelona: Crítica.
- (1998b). «Settlement pattern and socio-economic changes in the Bronze Age/Iron Age transition of the Spanish Meseta and Southwest». En: Hänsel, B. (ed.). *Mensch und Umwelt in der Bronzezeit Europas / Man and environment in European Bronze Age*. Kiel: Oetker-Voges Verlag, pp. 441-448.
- (2007). «Loyal wives or just concubines...?». En: González Marcén, P.; Masvidal Fernández, C.; Montón Subías, S. y Picazo Gurina, M. (eds.). *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*. Treballs d'Arqueologia, 13: pp. 171-193.
- (2013). *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*. Barcelona: Bellaterra.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. y Galán Domingo, E. (1991). «Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales». *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.
- Ruiz, A. y Molinos, M. (1993). *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona: Crítica.
- Ruiz Entrecañales, R. (2005). *Castro de Las Cogotas*. Cardenosa, Ávila. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 4. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Ruiz Entrecañales, R. y Cabrera González, B. (2017). «Arqueología en la muralla de Ávila: Últimas aportaciones». *Cuadernos de Arquitectura y Fortificación*, 4: 9-46.
- Ruiz Vélez, I. (2005). «La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)». *Gladius*, XXV: 5-82.
- Ruiz Vélez, I. y Elorza Guinea, J. C. (1997). «Los puñales de la necrópolis "protohistórica" de Villanueva de Teba (Burgos)». *Boletín de la Institución Fernán González*, 215: 273-303.
- Ruiz Zapata, M. B.; Carrasco, R. M.; Gil García, M. J.; Pedraza, J. de; Razola, L.; Domínguez Villar, D. y Gallardo, J. L. (2011). «Dinámica de la vegetación durante el Holoceno en la Sierra de Gredos (Sistema Central Español)». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Sección Geológica*, 105(1-4): 109-123.
- Ruiz Zapatero, G. (1995-97). «El poder de "los celtas": de la Academia a la Política». *O Arqueólogo Português, Série IV*, 13/15: 211-232.
- (1996). «Celts and Iberians: ideological manipulations in Spanish archaeology». En: Graves-Brown, P.; Jones, S. y Gamble, C. (eds.). *Cultural identity and archaeology: the construction of European communities*. London: Routledge, pp. 179-195.
- (2002). «Arqueología e identidad: la construcción de referentes de prestigio en la sociedad contemporánea». *Arqueoweb*, 4(1). (<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/4-1/ruizzapatero.pdf>) (Acceso 10/10/2016).
- (2003a). «Historiografía y "uso público" de los celtas en la España Franquista». En: Wulff Alonso, F. y Álvarez Martí-Aguilar, M. (eds.). *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*. Málaga: CEDMA, pp. 217-240.
- (2003b). «Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en la Europa templada». En: Alonso, N.; Junyent, E.; Lafuente, A. y López, J. B. (coords.). *Chevaux-de frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro europea*. Lleida: Universitat de Lleida, pp. 13-34.
- (2004). «La construcción de la "cultura de Las Cogotas"». En: Blánquez Pérez, J. y Rodríguez Nuere, B. (eds.). *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid: Instituto de Patrimonio Histórico Español, pp. 194-219.
- (2005a). *Castro de Ulaca. Solosancho, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 3. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2005b). «Soria, "Keltiberói" – 2004: ¡la historia a la calle!». *Complutum*, 16: 279-286.

- (2006a). «The Celts in Spain. From archaeology to modern identities». En: Rieckhoff, S. (dir.). *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, 1: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne*. Actes du colloque de Leipzig, 16-17 juin 2005. Collection Bibracte, 12/1. Glux-en-Glenne: Centre archéologique européen, pp. 197-218.
- (2006b). «Prólogo». En: Ibarra Jiménez, A. *De la arqueología a la ensoñación popular. La deconstrucción de la Pasión Céltica*. Noia: Toxosoutos, pp. 9-18.
- (2007a). «Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la Meseta (ca. 1200-500 a.C.)». En: Dávila, A. F. (ed.) *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*. Zona Arqueológica, 10. Vol. 1. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 36-62.
- (2007b). «Imágenes de la sociedad prerromana: vettones». En: Barril Vicente, M. M. y Galán Domingo, E. (eds.). *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 67-72.
- (2009a). «Casas, comunidades y tipos de sociedad en el área céltica de la Península Ibérica». En: Belarte, M. C. (ed.). *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la proto-història de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni aC): Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell - Tarragona, 6 al 9 de març de 2007)*. Arqueo Mediterrània, 11. Barcelona: Universitat de Barcelona-Institut Català d'Arqueologia Clàssica, pp. 225-243.
- (2009b). «La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica: un estado de la situación y una agenda para la acción». En: Benet, N. (coord.) *Actas de las terceras jornadas de Patrimonio Arqueológico en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 187-200.
- (2010a). «Arqueología del proceso de etnogénesis en la Meseta prerromana: los vacceos». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 37-63.
- (2010b). «La divulgación arqueológica: las ideologías ocultas». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 19: 11-36.
- (2011a). «El caleidoscopio urbano en el mundo "céltico" de la Meseta». En: Álvarez-Sanchís, J. R.; Jimeno Martínez, A. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22(2): pp. 297-309.
- (2011b). «Gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia: agenda actual e investigación futura». En: Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia. (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 9-17.
- (2011c). «Los estudios historiográficos en la Arqueología española». En: Roldán Gómez, L. y Blánquez Pérez, J. (coords.). *Carteia III. Memorial*. Madrid: Junta de Andalucía-Universidad Autónoma de Madrid, pp. 61-80.
- (2011d). «Settlement and landscape in Iron Age Europe: archaeological mainstreams and minorities». En: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 81-108.
- (2014). *Gentes de la Edad del Hierro*. Madrid, una historia para todos, 4. Madrid: Comunidad de Madrid.
- (ed.) (2017a). *El poder del pasado: 150 años de arqueología en España*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte-Acción Cultural Española-Editorial Palacios y Museos.
- (2017b). «Los pueblos prerromanos al servicio de la Dictadura Franquista (1939-1956)». En: Moreno Martín, F. J. (ed.). *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, pp. 45-66.

- Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (1995). «Las Cogotas: *Oppida* and the roots of urbanism in the Spanish Meseta». En: Cunliffe, B. W. y Keay, S. J. (eds.). *Social complexity and the development of towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD*. Proceedings of the British Academy, 86. London: British Academy, pp. 209-235.
- (1999). «Ulaca: la "Pompeya" vettona». *Revista de Arqueología*, 216: 36-47.
- (2002). «Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los vettones». *SPAL*, 11: 253-275.
- (2008). «Los verracos y los vettones». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 214-231.
- (eds.) (2011). *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*. (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano). Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (2015). «¿Centros de poder? Sociedad y poblamiento en la Meseta Norte española (ca. 800-400 a.C.)». *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 15: 211-233.
- Ruiz Zapatero, G. y Chapa Brunet, T. (1990). «La Arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas». En: Burillo Mozota, F. (coord.) *II Simposio sobre los celtiberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 357-372.
- Ruiz Zapatero, G.; Fernández-Götz, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (2012a). «Die Ausbreitung der Eisenmetallurgie auf der Iberischen Halbinsel». En: Kern, A.; Koch, J. K.; Balzer, I.; Fries-Knoblach, J.; Kowarik, K.; Later, Ch.; Ramsel, P. C.; Trebsche, P. y Wiethold, J. (eds.). *Technologieentwicklung und -transfer in der Hallstatt- und Latènezeit. Beiträge zur Ur- und Frühgeschichte Mitteleuropas*, 65. Langenweissbach: Beier & Beran, pp. 149-166.
- Ruiz Zapatero, G. y Lorrio, A. J. (1988). «Elementos e influjos de tradición de "Campos de Urnas" en la Meseta Sudoriental». En: *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 257-267.
- (1995). «La muerte en el norte peninsular durante el primer milenio a.C.». En: Fábregas Valcarce, R.; Pérez Losada, F. y Fernández Ibáñez, C. (eds.). *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*. Xinzo de Limia: Concello de Xinzo de Limia, pp. 223-248.
- (1999). «Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico». En: Arenas Esteban, J. A. y Palacios Tamayo, M. V. (coords.). *El origen del mundo celtibérico. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico (Molina de Aragón, 1-3 de octubre de 1998)*. Guadalajara: Ayuntamiento de Molina de Aragón-Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, pp. 21-36.
- (2000). «La "belleza del guerrero": los equipos de aseo personal y el cuerpo en el mundo celtibérico». En: Baquedano, E. (coord.). *Soria arqueológica*, 2: a José Luis Argente Oliver. Soria: Diputación Provincial de Soria, pp. 279-309.
- Ruiz Zapatero, G.; Lorrio, A. J. y Martín Hernández, M. (1986). «Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico». *Arqueología Espacial*, 9: 79-101.
- Ruiz Zapatero, G.; Martínez Alfaro, G.; Contreras Martínez, M. y Baquedano, E. (2012b). *Los últimos carpetanos. El oppidum de El Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)*. Madrid: Museo Arqueológico Regional.
- Ruiz Zapatero, G. y Salas Lopes, N. (2008). «Los vettones hoy: arqueología, identidad moderna y divulgación». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 408-423.
- Sacristán de Lama, J. D. (1986). *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid: Junta de Castilla y León-Universidad de Valladolid.
- (1989). «Vacíos vacceos». En: Burillo Mozota, F. (ed.). *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13: pp. 77-88.

- (1993). «Aspectos industriales de la producción cerámica en época celtibérica. Los dermatoglifos». En: Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 493-506.
- (1995). «Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 369-372.
- (1997). «Buscando a los Vacceos, en el Iberespacio». *Kalathos*, 16: 45-71.
- (2007). *La Edad del Hierro en la provincia de Burgos*. Burgos: Diputación Provincial de Burgos.
- (2010). «El poblamiento y el urbanismo vacceos». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 123-161.
- (2011). «El urbanismo vacceo». En: Álvarez-Sanchís, J. R.; Jimeno Martínez, A. y Ruiz Zapatero, G. (eds.). *Aldeas y ciudades en el primer milenio a.C. La Meseta Norte y los orígenes del urbanismo*. Complutum, 22(2): pp. 185-222.
- Sacristán de Lama, J. D.; San Miguel Maté, L. C.; Barrio Martín, J. y Celis Sánchez, J. (1995). «El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero». En: Burillo Mozota, F. (coord.) *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 337-367.
- Sacristán de Lama, J. D.; Villalain Blanco, J. D. y García Valdés, I. (1999). «Holmes. Un proyecto de estudio de improntas humanas antiguas». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular. Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 683-688.
- Sahlins, M. (1977). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Salač, V. (2014). «Oppida and urbanisation processes in Central Europe». En: Fernández-Götz, M.; Wendling, H. y Winger, K. (eds.). *Paths to complexity: centralisation and urbanisation in Iron Age Europe*. Oxford: Oxbow Books, pp. 64-75.
- Salas Lopes, N. (2008). *El alfar de la Segunda Edad del Hierro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)*. Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid: Trabajo de Investigación de Doctorado inédito.
- Salgado Carmona, J. A. (2017). «Talavera la Vieja (Cáceres), un asentamiento orientalizante en la cuenca del río Tajo». En: Celestino Pérez, S. y Rodríguez González, E. (eds.). *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXXX. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 393-410.
- Salinas de Frías, M. (1986). *La organización tribal de los vettones (pueblos prerromanos de Salamanca)*. 2.ª ed. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca-Diputación Provincial de Salamanca.
- (1992-93). «El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: modelos e implicaciones históricas». En: Gorges, J. G. y Salinas de Frías, M. (eds.). *El medio rural en Lusitania romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo*. Studia Historica. Historia Antigua, X-XI: pp. 177-188.
- (2001). *Los vettones: indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- (2011). «Las fuentes clásicas y el poblamiento prerromano del occidente peninsular. Problemas de etnicidad y cultura». En: Ruiz Zapatero, G. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia. (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano)*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, pp. 129-157.
- San Miguel Maté, L. C. (1993). «El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero». En: Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z.

- (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 21-65.
- Sanabria Marcos, P. J. (ed.) (2009). *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Currás Refojos, B. X. (2010). «El contexto geoarqueológico: la Zona Minera de Pino del Oro». En: Sastre, I. y Beltrán, A. (eds.). *El bronce de El Picón (Pino del Oro). Procesos de cambio en el occidente de Hispania*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 15-38.
- Sánchez-Palencia, F. J. y Fernández-Posse, M. D. (1986-87). «Vivienda y urbanismo en la Asturias interior: La Corona de Corporales». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 375-386.
- Sánchez Moreno, E. (1995). «El origen de los vettones en la historiografía española del siglo XX. ¿Implantación o formación?». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 8: 475-499.
- (1996). «Organización y desarrollo socio-políticos en la meseta occidental prerromana: los vettones». *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 8: 247-273.
- (1997). «Aproximación a la religión de los vettones: dioses, ritos y santuarios». *Studia Zamorensia*, Segunda etapa, IV: 115-147.
- (1999). «Cerámicas griegas inéditas de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres)». En: Celestino Pérez, S. (ed.) *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1. Las necrópolis y el tesoro áureo*. Memorias de Arqueología Extremeña, 3. Mérida: Junta de Extremadura, pp. 155-163.
- (2000a). «Releyendo la campaña de Aníbal en el Duero (220 a. C.): La apertura de la meseta occidental a los intereses de las potencias mediterráneas». *Gerión*, 18: 109-134.
- (2000b). *Vettones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- (2005). «Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política». *Gladius*, XXV: 237-264.
- (2009). «Vettones y Vettonia: Etnicidad versus ordenatio romana». En: Sanabria Marcos, P. J. (ed.) *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa - Alto Alentejo - Cáceres*. Memorias, 9. Cáceres: Junta de Extremadura, pp. 65-81.
- Sánchez Muñoz, M. J. (2002). *La Cuenca Alta del Adaja (Ávila): diagnóstico geográfico y bases para un desarrollo rural integrado*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Sánchez Nicolás, D. y Mateos Leal, C. M. (2013). «El poblado fortificado de El Picón de la Mora: la fortificación de un paisaje sagrado en la ribera del Huebra». En: Sastre Blanco, J. C.; Catalán Ramos, R. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Arqueología en el valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad Tardía: nuevas perspectivas*. Madrid: La Ergástula, pp. 99-108.
- (2015). «Redescubriendo el Picón de la Mora: un poblado y santuario vetón en la ribera del Huebra». En: Rodríguez Monterrubio, O.; Portilla Casado, R.; Sastre Blanco, J. C. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Fortificaciones en la Edad del Hierro: control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones, pp. 158-163.
- Sánchez Pérez, A. (2008 [1884]). *Manual del cantero y marmolista*. Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada, Madrid.
- Sánchez Romero, M. (2002). «Espacios domésticos y mujeres en la Prehistoria Reciente de la Alta Andalucía». En: *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. La Mujer*. Tomo I. Córdoba: Fundación CajaSur, pp. 275-288.
- Sánchez Yustos, P. (2014). «Los márgenes del pasado. La producción transdisciplinar del saber arqueológico». *Complutum*, 25(1): 9-16.
- Sánchez Zurro, D. (2008). *Geografía de Castilla y León*. Valladolid: Ámbito.
- Santonja, M. (1992). «Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca». En: *Actas I Congreso Historia de Salamanca*. Tomo I. Salamanca: Diputación Provincial de Salamanca-Universidad de Salamanca, pp. 185-207.

- Santonja, M. y Benet, N. (2000). «Arqueología y patrimonio histórico en Salamanca». *SALAMANCA, Revista de Estudios*, 45: 311-332.
- Santonja, M.; Cerrillo, J.; Fabián, J. F.; Moyano, A. F. y Morales, M. G. (1986-87). «El «Castillo Viejo» de Valero (Salamanca): análisis de sus características y de su cronología». *Zephyrus*, XXXIX-XL: 365-374.
- Santos Villaseñor, J. (1988). «Resumen de la segunda campaña de excavación en el yacimiento de la I.^a Edad del Hierro de «La Aldehuela» Zamora». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*: 101-110.
- (1989). ««La Aldehuela», Zamora. Resumen de la tercera campaña de excavación 1989». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*: 171-180.
- (1990). «Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora)». En: *Primer Congreso de Historia de Zamora*. Tomo II. Prehistoria e Historia Antigua. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», pp. 225-239.
- (2005). «Motivos ornamentales orientalizantes en las cerámicas de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte: La Aldehuela (Zamora)». En: Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.). *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV. Vol. II. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 1025-1038.
- Sanz Mínguez, C. (1998). *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. *Memorias Arqueología en Castilla y León*, 6. Salamanca: Junta de Castilla y León-Ayuntamiento de Peñafiel.
- (1999). «La cerámica a peine, nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el Grupo Vacceo». En: Balbín Behrmann, R. de y Bueno Ramírez, P. (eds.). *II Congreso de Arqueología Peninsular Primer Milenio y Metodología*. Tomo III. Zamora: Universidad de Alcalá-Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 249-273.
- (2005). «Broncistas, herreros y orfebres». En: Jimeno Martínez, A. (ed.) *Celtiberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación de Soria, pp. 337-344.
- (2010). «El armamento vacceo». En: Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.). *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos «Federico Wattenberg» de la Universidad de Valladolid, pp. 319-361.
- Sanz Mínguez, C. y Carrascal Arranz, J. M. (2016). «Metalisteria vaccea IV. Orfebrería». En: Sanz Mínguez, C. (dir.). *Vaccea Anuario 2015*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos «Federico Wattenberg» de la Universidad de Valladolid, pp. 24-35.
- Sanz Mínguez, C.; Gómez Pérez, A. y Arranz Mínguez, J. A. (1993). «La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)». *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 4: 129-147.
- Sanz Mínguez, C. y Martín Valls, R. (2004). «Los vacceos». En: Almagro-Gorbea, M., Mariné, M. y Álvarez-Sanchís, J. R. (eds.). *Celtas y Vettones*. 4.^a ed. Ávila: Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia, pp. 314-325.
- Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (eds.) (2007a). *En los extremos de la región vaccea*. León: Caja España.
- (2007b). «*Pintia*, un *oppidum* en el extremo oriental de la Región Vaccea». En: Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (eds.). *En los extremos de la región vaccea*. León: Caja España, pp. 59-76.
- (eds.) (2009). *El vino y el banquete en la Europa prerromana*. Vaccea Monografías, 2. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos «Federico Wattenberg» de la Universidad de Valladolid.
- Sanz Mínguez, C.; Romero Carnicero, F.; Garrido Blázquez, A. I.; San Gregorio Hernández, D.; Román Merino, A.; García García, E.; Górriz Gañán, C.; Diezhandino Couceiro, E.

- y García Mínguez, M. L. (2007). «Técnicas de producción alfarera vaccea contrastadas a través de la arqueología experimental». En: Ramos Sáinz, M. L.; González Urquijo, J. E. y Baena Preysler, J. (eds.). *Arqueología experimental en la Península Ibérica: investigación, didáctica y patrimonio*. Santander: Asociación Española de Arqueología Experimental, pp. 291-297.
- Sanz Mínguez, C.; Romero Carnicero, F. y Górriz Gañán, C. (2010a). «El vino en *Pintia*: nuevos datos y lecturas». En: Burillo Mozota, F. (ed.). *VI Simposio sobre Celtiberos: Ritos y Mitos*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 595-612.
- Sanz Mínguez, C.; Romero Carnicero, F.; Górriz Gañán, C. y Pablo Martínez, R. de (2009). *El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria*. Vaccea Monografías, 3. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid.
- Sanz Mínguez, C.; Romero Carnicero, F.; Górriz Gañán, C. y Pablo Martínez, R. de (2010b). «Cerámicas torneadas negras de superficie y decoración bruñida. Breves apuntes para la definición de una nueva producción vaccea». En: Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (dirs.). *Vaccea Anuario 2009*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 68-71.
- Sanz Mínguez, C.; Velasco Vázquez, J.; Centeno Cea, I.; Gallardo Miguel, M. A. y Garrido Blázquez, A. I. (2003a). «El Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" y el proyecto *Pintia*. Bases para la protección, investigación y divulgación del patrimonio cultural vacceo». En: Sanz Mínguez, C. y Velasco Vázquez, J. (eds.). *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 251-278.
- Sanz Mínguez, C.; Velasco Vázquez, J.; Centeno Cea, I.; Gallardo Miguel, M. A. y Olmo Martín, J. del (2003b). «*Pintia*: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano». En: Sanz Mínguez, C. y Velasco Vázquez, J. (eds.). *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 45-65.
- Sanz Mínguez, C.; Velasco Vázquez, J.; Centeno Cea, I.; Juan-Tresserras, J. y Matamala, J. C. (2003c). «Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos». En: Sanz Mínguez, C. y Velasco Vázquez, J. (eds.). *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 145-171.
- Sastre Blanco, J. C.; Catalán Ramos, R. y Fuentes Melgar, P. (eds.) (2013). *Arqueología en el valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad Tardía: nuevas perspectivas*. Madrid: La Ergástula.
- Sastre, I. (2002). «Forms of social inequality in the Castro Culture of north-west Iberia». *European Journal of Archaeology*, 5(2): 213-248.
- Sayans Castaños, M. (1964). «Dos cabezas célticas y una romana de Plasencia (Cáceres)». En: *VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga 1963)*. Zaragoza: pp. 265-271.
- Sayas Abengoechea, J. J. y López Melero, R. (1991). «Vettones». En: Solana Sáinz, J. M. (ed.) *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana*. Anejos de Hispania Antiqua. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 75-123.
- Schumann, W. (1994). *Rocas y minerales*. 4.^a ed. Barcelona: Omega.
- Seco Villar, M. y Treceño Losada, F. J. (1993). «La temprana "iberización" de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de "La Mota", Medina del Campo (Valladolid)». En: Romero Carnicero, F.; Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 133-171.
- (1995). «Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: "La Mota", Medina del Campo». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 219-245.

- Ser Quijano, G. del (ed.) (2006a). *Rota dos castros e berrões de Ávila, Salamanca, Miranda do Douro, Mogadouro e Penafiel*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- (ed.) (2006b). *Ruta de castros y verracos de Ávila, Salamanca, Miranda do Douro, Mogadouro y Penafiel*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Serna Gancedo, M. L.; Martínez Velasco, A. y Fernández Acebo, V. (eds.) (2010). *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*. Santander: ACANTO.
- Serrano, A. (1957). «Observaciones sobre la distribución geográfica de la escultura zoomorfa prerromana». *Zephyrus*, VIII: 103-110.
- Sharples, N. (1991). «Warfare in the Iron Age of Wessex». *Scottish Archaeological Review*, 8: 79-89.
- (2007). «Building communities and creating identities in the first millennium BC». En: Haselgrove C. y Pope, R. (eds.). *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*. Oxford: Oxbow Books, pp. 174-184.
- (2010). *Social relations in Later Prehistory: Wessex in the first millennium BC*. Oxford: Oxford University Press.
- Sierra Vigil, J. M. y San Miguel Maté, L. C. (1995). «Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos». En: Burillo Mozota, F. (coord.). *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», pp. 389-398.
- Silva, R. C. da (2005). *Génese e transformação da estrutura do povoamento do 1 milénio a. C. na Beira Interior*. 2 vols. Universidade de Coimbra: Dissertação de Mestrado inédita.
- Smith, M. E. (2016). «How can archaeologists identify early cities? Definitions, types, and attributes». En: Fernández-Götz, M. y Krausse, D. (eds.). *Eurasia at the dawn of history: urbanization and social change*. New York: Cambridge University Press, pp. 153-168.
- Sopeña Genzor, G. (2008). «Aspectos funerarios y religión en la Vettonia». En: Álvarez-Sanchís, J. R. (ed.). *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, pp. 290-308.
- Sopranis Salto, J. A. y Martín-Rocha, M. V. (1955). «Informe de la campaña de exploración en los Toros de Guisando en diciembre de 1946». *Noticiario Arqueológico Hispano*, II: 57-60.
- Soto García, M. R. de (2013). «Los castros de la II Edad del Hierro en el valle del río Almar (Salamanca). Datos de una prospección extensiva-selectiva». En: Sastre Blanco, J. C.; Catalán Ramos, R. y Fuentes Melgar, P. (coords.). *Arqueología en el valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad Tardía: nuevas perspectivas*. Madrid: La Ergástula, pp. 91-98.
- Soto García, M. R. de; Soto, I. S. de y García, R. (2014). «Archaeometrical study of Second Iron Age ceramics from the Northwestern of the Iberian Peninsula». *Mediterranean Archaeology and Archaeometry*, 14(1): 143-153.
- Soutou, A. (1963). «Le sanctuaire de roches à bassins de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila) et les sites analogues du Haut-Languedoc». *Ogam*, 86-87, Tome XV, Fasc. 2/3: 191-206.
- Speranza, A.; Geel, B. van y Plicht, J. van der (2002). «Evidence for solar forcing of climate change at ca. 850 cal BC from a Czech peat sequence». *Global and Planetary Change*, 35: 51-65.
- Torre Martín-Romo, R. de la (2006). «Técnicas pre-industriales de la talla en piedra». En: *Retablos: técnicas, materiales y procedimientos*. Madrid: Grupo Español IIC, no está paginado.
- Torres Martínez, J. F. (2003-05). *La economía de los celtas de la Hispania atlántica I-II*. Noia: Toxosoutos.
- Torres Ortiz, M. (2002). *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14. Studia Hispano-Phoenicia, 1. Madrid: Real Academia de la Historia.
- (2005). «Las necrópolis orientalistas del Sudoeste de la Península Ibérica». En: Celestino Pérez, S. y Jiménez Ávila, J. (eds.). *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simpo-*

- sio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV. Vol. 1. Mérida: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 423-440.
- Torres Rodríguez, J. de (2013). *La tierra sin límites. Territorio, sociedad e identidades en el valle medio del Tajo (s. IX-I a.C.)*. Zona Arqueológica, 16. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- (2014). «A place for everyone. The structure of Arroyo Culebro D cemetery and the social organization in the Middle Tagus valley Iron Age (Spain)». *Oxford Journal of Archaeology*, 33(2): 155-176.
- Tosi, M. (1984). «The notion of craft specialization and its representation in the archaeological record of early states in the Turanian Basin». En: Spriggs, M. (ed.). *Marxist perspectives in archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 22-52.
- Treherne, P. (1995). «The warrior's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze-Age Europe». *Journal of European Archaeology*, 3(1): 105-144.
- Tully, G.; Piai, C.; Rodríguez-Hernández, J. y Delhommeau, E. (2019). «Understanding perceptions of cultural landscapes in Europe: A comparative analysis using 'oppida' landscapes». *The Historic Environment: Policy & Practice*, 10(2): 198-223.
- Ucko, P. J. (1969). «Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains». *World Archaeology*, 1(2): 262-280.
- Urbina, D. (2001). *Talavera de la Reina en la Antigüedad. Una ciudad romana. De los orígenes al siglo VI d.C.* Talavera de la Reina: Ayuntamiento de Talavera de la Reina.
- Urbina, D. y García Vuelta, O. (2010). «Las Lunas, Yuncler (Toledo). Un depósito de materiales metálicos del Bronce Final en la Submeseta Sur de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 67(1): 175-196.
- (2013). «Cronología radiocarbónica de Las Lunas (Yuncler, Toledo), un gran poblado de fines de la Prehistoria en la Meseta Sur». *Trabajos de Prehistoria*, 70(2): 352-360.
- Urbina, D.; Morín, J.; Ruiz, L. A.; Agustí, E. y Montero, I. (2007). «El yacimiento de Las Camas, Villaverde, Madrid. Longhouses y elementos orientalizantes al inicio de la Edad del Hierro, en el valle medio del Tajo». *Gerión*, 25(1): 45-82.
- Urbina, D. y Urquijo, C. (2012). «El yacimiento de Las Lunas, Yuncler (Toledo): una ciudad de cabañas». En: Morín de Pablos, J. y Urbina Martínez, D. (eds.). *El primer milenio a.C. en la Meseta Central. De la longhouse al oppidum*. Vol. 1: I Edad del Hierro. Madrid: Auditores de Energía y Medio Ambiente, pp. 173-194.
- Urbina, D.; Urquijo, C.; García, O. y Sánchez, A. (1992). «Introducción al estudio de las fuentes de abastecimiento de hierro en el yacimiento prerromano de Arroyo Manzanas». En: *Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras*. Toledo: Diputación Provincial de Toledo, pp. 307-319.
- Urbina, D.; Urquijo, C.; Sánchez, A. y Ortiz, G. (1994). «Arqueología y yacimientos minerales en el occidente de los Montes de Toledo». *Zephyrus*, XLVII: 257-272.
- Vaca Lorenzo, A. (2012). «Salamanca, de poblado a ciudad. Aproximación histórica a su origen, configuración y desarrollo sociourbanístico antes de la invasión musulmana». *Estudios de Historia de España*, 14: 11-51. (<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/salamanca-poblado-ciudad-aproximacion.pdf>) (Acceso 21/09/2015).
- Val Recio, J. del y Escribano Velasco, C. (2004). *Guía de lugares arqueológicos de Castilla y León*. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Vázquez Marcos, C. (2010). «El castro de Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca) y sus insculturas». En: Cubas Martín, N., Hidalgo Rodríguez, D. y Salinas de Frías, M. (eds.). *Arqueología, patrimonio, Prehistoria e Historia Antigua de los pueblos «sin pasado». Ecos de la Lusitania en Arribes del Duero*. Aquilafuente, 171. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 111-124.
- Vera, J. A. (ed.) (2004). *Geología de España*. Madrid: Sociedad Geológica de España-Instituto Geológico y Minero de España.

- Vicent García, J. M. (1998). «La Prehistoria del modo tributario de producción». *Hispania*, LVIII(200): 823-839.
- Vicente González, J. L. (2008-09). «BELLVM ASTVRICVM. Una hipótesis ajustada a la historiografía romana y al marco arqueológico y geográfico de la comarca de "Los Valles de Benavente" y su entorno». *Brigecio*, 18-19: 13-77.
- Vicente Toribio, J. M. de (2004). *La noche de Ulaca*. Salamanca: CELYA.
- Vidal Romani, J. R. y Twidale, C. R. (1998). *Formas y paisajes graníticos*. A Coruña: Universidade da Coruña.
- Vilça, R. (1995). *Aspectos do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos finais da Idade do Bronze*. 2 vols. *Trabalhos de Arqueologia*, 9. Lisboa: Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico.
- Villaronga, L. (1987). *Numismática antigua de Hispania. Iniciación a su estudio*. 2.^a ed. Barcelona: CYMYS.
- (1994). *Corpus nummum Hispaniae ante Augusti aetatem*. Madrid: José A. Herrero.
- Vives-Ferrándiz, J. (2008). «Negotiating colonial encounters: hybrid practices and consumption in Eastern Iberia (8th-6th centuries BC)». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 21(2): 241-272.
- Vives y Escudero, A. (1926). *La moneda hispánica*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- VV. AA. (2005). *El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba.
- Wattenberg, F. (1957). «Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva (Valladolid)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXIII: 189-191.
- Webmoor, T. y Witmore, C. (2008). «Things are us! A commentary on human/things relations under the banner of a 'social' archaeology». *Norwegian Archaeological Review*, 41(1): 53-70.
- Wells, P. S. (1981). *The emergence of an Iron Age economy: the Mecklenburg grave groups from Hallstatt and Sticna*. Cambridge: Peabody Museum.
- (1988). *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Barcelona: Labor.
- (2011). «The Iron Age». En: Milisauskas, S. (ed.) *European Prehistory. A survey*. 2.^a ed. New York: Springer, pp. 405-460.
- Whitley, J. (2002). «Too many ancestors». *Antiquity*, 76(291): 119-126.
- Williams, M. (2003). «Growing metaphors. The agricultural cycle as metaphor in the later prehistoric period of Britain and North-Western Europe». *Journal of Social Archaeology*, 3(2): 223-255.
- Wiseman, R. (2016). «Social distance in settled communities the conceptual metaphor, SOCIAL DISTANCE IS PHYSICAL DISTANCE, in action». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 23(4): 1023-1052.
- Wolf, E. R. (1999). *Envisioning power: ideologies of dominance and crises*. Berkeley: University of California Press.
- Woolf, G. (1993). «Rethinking the oppida». *Oxford Journal of Archaeology*, 12(2): 223-234.
- Yll, R. (1995). «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid)». En: Delibes de Castro, G.; Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (eds.). *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 357-370.
- Žizek, S. (2005). *Bienvenidos al desierto de lo Real*. Madrid: Akal.
- (2009). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

ANEXO I: INVENTARIO DE YACIMIENTOS



En este anexo se reúne el conjunto de yacimientos de la Edad del Hierro localizados dentro de nuestra área de estudio, junto con algunos datos básicos relativos a su ubicación, tamaño, cronología y tipo de intervención realizada en los mismos. Los sitios se han ordenado por provincias y dentro de ellas alfabéticamente a partir de su denominación. Todos aquellos que están destacados en **negrita** han sido sondeados y/o excavados en área, el resto solo se conocen mediante prospección.

N.º (número): se refiere a la numeración asignada a cada enclave en los mapas de las figs. 3.11 y 5.10. Los números de los yacimientos de la Primera Edad del Hierro están colocados a la izquierda de la barra oblicua (/), mientras que los pertenecientes al Hierro II aparecen a la derecha de la misma.

Alti. (altitud): medida en metros sobre el nivel del mar.

Ha: tamaño del sitio en hectáreas. Los números colocados a la izquierda de la barra oblicua hacen referencia a la superficie de los enclaves durante el Hierro I, los situados a la derecha de dicha barra aluden al tamaño de los mismos durante la Segunda Edad del Hierro.

Emplaz. (emplazamiento): espig. (espigón fluvial), terraza (terrazza fluvial) y cerro r. (cerro sobre el río).

C.F. (cauce fluvial): esta categoría tiene en cuenta la cercanía de los yacimientos a los ríos principales (CP –cauce principal–), es decir, a los ríos Duero, Tago y sus afluentes más importantes o a los ríos secundarios, arroyos, lagunas, etc. (CS –cauce secundario–) de la zona de estudio. Los sitios incluidos en el primer grupo (CP) están ubicados a una distancia en línea recta inferior a 1 km con respecto a los mencionados cursos fluviales principales.

Cronol. (cronología): en este apartado solo se han consignado las atribuciones cronológicas comprendidas entre el Bronce Medio y el final del mundo romano. Para el caso de los enclaves del Bronce Medio-Final y la Primera Edad del Hierro localizados en la zona suroeste de la cuenca del Duero se han empleado categorías crono-estilísticas relativas a los grupos Cogotas I y Soto. P (Protocogotas), CP (Cogotas I Pleno), CA (Cogotas I Avanzado), GS (Grupo Soto), SI (Soto Inicial), SP (Soto Pleno), BM (Bronce Medio), BF (Bronce Final), HI (Hierro I), HII (Hierro II) y R (Romanizado en época republicana, altoimperial o bajoimperial).

Bibliografía: se ha introducido una referencia por yacimiento. En la mayoría de los casos pertenecen a estudios espaciales de carácter regional, en los cuales se incluyen los datos topográficos y cronológicos recogidos en este anexo.

N.º	Yacimiento	Localidad	Alt.	Ha	Emplaz.	C.F.	Cronol.	Bibliografía
Provincia de Ávila								
86/	Arroyo del Prado	Pozanco	910	0,88	Ladera	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 33-35
754	Castillejo de Chilla	Candeleda	917	¿?	Cerro	CS	HI-R	Paniego Díaz y Lapuente Martín 2015
116/	Castillo Bayuela	Hoyorredondo	¿?	2	Terraza	CS	SP	Fabián García 1999: 176
106/	Cerro de la Cabeza/ Bascoarrabal	Ávila	1080	2,79	Ladera	CS	P-CP-CA-SI-SP	Blanco González 2009a: vol. II (1): 68-76
98/	Cerro de la Horca I	Minueña de los Infanzones	1114	0,02	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 77-78
80/	Cerro de la Laguna	Vinaderos	839	7,35	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 79-82
117/	Cerro del Río	Mesegar de Cereja	¿?	¿?	¿?	CS	GS	Fabián García 1999: 173-176
77/	Cruz de San Marcos	Rivilla de Barajas	897	1,05	Llano	CP	P-GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 133-135
103/	El Campillo	Gemuño	1130	1,13	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 165-167
124/52	El Castañar	El Raso	¿?	¿?	¿?	CS	HI-HII	Fernández Gómez et al. 1986-87
99/	El Cogote II	La Torre	1150	13,5	Loma	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 195-198
104/	El Pradillo	Gemuño	1100	2,18	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 234-236
75/	El Priyuso	Fontiveros	872	3,5	Llano	CP	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 237-238
753	El Raso	El Raso	791	15	Cerro	CS	HII	Fernández Gómez 2004
78/	Fuente de Jaraces	Rivilla de Barajas	895	0,83	Llano	CP	CP-GS-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 271-272
109/	Guaya	Berrocalejo de Aragón	1110	4,7	Ladera	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 294-300
74/	La Iglesia	Cisla	860	2,48	Loma	CP	GS-R	Blanco González 2009a: vol. II (2): 11-14
102/	La Lomita	Muñopepe	1130	0,82	Loma	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 20-27
731	La Mesa de Miranda	Chamartin	1145	29,4	Espig.	CS	HII	Cabró Aguillo et al. 1950
81/22	La Tejada	Orbila	854	14/ 37,52	Espig.	CP	CA-SP-HII	Blanco González 2009a: vol. II (2): 81-86
107/	La Viña/Fuente de la Alpargata/ Ventorro de la Rana	Ávila	1120	0,84	Ladera	CS	CP-CA-SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 93-105
110/32	Las Cogotas	Cardenosa	1122	3,13/ 14,5	Cerro r.	CP	P-CP-CA-SP-HII	Blanco González 2009a: vol. II (2): 114-144
79/	Las Ladoras	Palacios Rubios	887	3,12	Cerro	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 160-161
115/42	Las Paredojas	Medinilla	1103	¿?	Ladera	CS	SP-HII	Fabián García 1986-87
100/	Las Torroclillas	Santa María del Arroyo	1142	1,54	Llano	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 166-167
97/	Las Zorreras	Muñana	1140	2,14	Ladera	CS	P-CP-SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 170-174
98/	Los Arenales	Guareña	1150	2,5	Loma	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 175-182
101/	Los Castillejos	Sanchoreja	1553	15,85	Cerro	CS	CA-SP	Blanco González 2009a: vol. II (2): 200-224
95/	Los Gujares	Minueña de los Infanzones	¿?	¿?	¿?	CS	GS	Fabián García 1999: 173-176

N.º	Yacimiento	Localidad	Alt.	Ha	Empl. z.	C.F.	Cronol.	Bibliografía
105/	Los Pajinos	Ávila	1100	0,18	Ladera	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 234-237
82/	Prado Galindos II	Cabizuela	885	1,4	Llano	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 287-288
83/	Prado Galindos III	Cabizuela	880	0,65	Llano	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 289-291
84/	Riocabadillo	Riocabadillo	890	0,9	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 295-296
85/	Rompió de las Berlanas	Hernansancho	905	0,09	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 297-299
133/	San Juan	Ojos-Albos	1030	0,5	Espig.	CP	HII	Blanco González 2009b: 161
73/	Sepulcro	Flores de Ávila	898	0,82	Terraza	CP	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 310-313
108/	Solana Angosta	Bermuy-Salnero	1140	0,63	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 323-329
144/	Ulica	Villaviciosa	1508	70	Cerro	CS	HII	Alvarez-Sanchis et al. 2008
78/	Urracabezas II	Pascualgrande	899	5,34	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 351-352
Provincia de Cáceres								
161/	Alconétar	Garrovillas de Alconétar	¿?	1,5	Cerro r.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 164-165
162/	Cáceres Viejo	Cañaveral	770	10	Sierra	CS	HII-R	Martín Bravo 1999: 165-167
132/	Cancho de la Porra	Mirabel	581	0,75	Sierra	CS	HI	Martín Bravo 1999: 96-97
119/49	Cañada de Pajares	Villanueva de la Vera	420	¿?	Loma	CS	HI-HII	Martín Bravo 1999: 97-99
150/	Castrejón	Villanueva de la Vera	426	2,5	Cerro	CS	HII	Fernández Freire 2008: 237-238
118/	Cerro Castrejón	Villar de la Vera	735	¿?	Sierra	CS	BF-HI	Fernández Freire 2008: 239-241
163/	Cerro del Castillo	Talaván	¿?	1,25	Cerro r.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 168
123/	Cerro Romarín	Madrigal de la Vera	506	¿?	Cerro	CS	HI	Fernández Freire 2008: 355-357
166/	Cerro de Alja	Peralada de San Román	¿?	¿?	Cerro r.	CP	HII-R	González Cordero y Morán Sánchez 2006: 35
164/	Desembocadura del Tiétar	Mirabel	¿?	¿?	Cerro r.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 167-168
146/	El Berrocalillo	Plasencia	365	5,1	Cerro r.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 134-138
147/	El Camocho	Malpartida de Plasencia	681	1,7	Sierra	CS	HII	Martín Bravo 1999: 133-134
151/	El Cardenillo	Madrigal de la Vera	374	¿?	Llano	CS	HII	Fernández Freire 2008: 271-272
148/	El Castillejo	Aldeanueva de la Vera	761	3,18	Cerro	CS	HII-R	Martín Bravo 1999: 131-132
145/	El Castillejo	Santa Cruz de Paniagua	659	1	Cerro	CS	HII	Martín Bravo 1999: 138
157/	El Castillejo de la Orden	Alcántara	261	4,28	Cerro r.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 145-148
165/	El Castillejo de Valdecañas	Almaraz	418	10	Espig.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 183-187
129/	El Castillón de Abajo	Alcántara	366	¿?	Cerro	CS	HI	Martín Bravo 1999: 72
125/68	El Perinuelo	Ceclavín	487	0,5	Sierra	CP	HI-HII	Martín Bravo 1999: 70-71
121/	El Tuodal	Villanueva de la Vera	285	¿?	Llano	CP	HI-R	Fernández Freire 2008: 277-278
159/	El Zamarín	Portaje	318	12	Espig.	CP	HII	Martín Bravo 1999: 141-143
127/	La Muralla	Alcántara	353	12	Cerro r.	CP	BF-HI	Martín Bravo 1999: 72

N.º	Yacimiento	Localidad	Alt.	Hs	Emplaz.	C.F.	Cronol.	Bibliografía
133/	La Muralla	Valdehúncar	342	7,5	Espig.	CP	BM-BF-HI-R	Martín Bravo 1999: 92
131/	La Sileta	Canaveral	823	0,6	Sierra	CS	HI	Martín Bravo 1999: 71-72
130/60	Los Castillos de Araya	Garrovillas de Alconétar	300	0,9	Espig.	CS	HI-HI	Martín Bravo 1999: 74
126/	Los Manchones	Malta de Alcántara	360	¿?	Loma	CS	HI	Martín Bravo 1999: 74-75
156	Morros de la Novillada	Alcantara	198	4	Cerro r.	CP	HI	Martín Bravo 1999: 143-145
128/	Peñas del Castillejo	Acehuche	267	¿?	Cerro r.	CP	HI	Martín Bravo 1999: 72
120/	Rabinche	Villanueva de la Vera	279	¿?	Terraza	CP	HI	Fernández Freire 2008: 347-349
122/	Rocastano 1	Villanueva de la Vera	348	¿?	Ladera	CS	HI	Fernández Freire 2008: 353-354
134/	Talavera la Vieja	Bohonal de Ibor	290	¿?	Cerro r.	CP	BF-HI-R	Martín Bravo 1999: 93-96
Provincia de Salamanca								
123	Cabeza de Moncalvo	Hinojosa de Duero	534	1,8	Cerro r.	CP	HI	López Jiménez 2003b: 303-304
141	Cabezo Castillo	Valdelamalanza	783	1,5	Cerro	CS	HI	López Jiménez 2003b: 288-289
72/	Camino de Cantaracillo	Aldeaseca de la Frontera	894	3,59	Loma	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 46-47
134	Castellano	San Felices de los Gallegos	614	1,5	Cerro r.	CP	HI	López Jiménez 2003b: 322-324
114/	Castil de Cabras	San Miguel do Valero	1046	0,05	Sierra	CS	SI	López Jiménez 2003b: 168-173
125	Castillo de Saldanueva	Bernellar	669	2,6	Cerro r.	CP	HI	López Jiménez 2003b: 310-312
92/	Cerro de San Pelayo	Marinamor	906	¿?	Cerro	CS	SI-SP	López Jiménez 2003b: 151-163 y 291-296
71/19	Cerro de San Vicente	Salamanca	805	1,6	Cerro r.	CP	CP-SP-HI	Macarro Alcalde y Alario García 2012
121	Cuesta de Santa Ana	Garcihernández	848	2	Cerro r.	CP	HI	Soto García 2013
139	El Castillo	Cabeza de Bejar	1078	1,45	Cerro	CS	HI	López Jiménez 2003b: 290-291
111/	El Castillo	Hergueta de Ciudad Rodrigo	700	1,5	Espig.	CP	SP	López Jiménez 2003b: 204-207
124	El Castillo	Saldeana	661	5,5	Cerro r.	CP	HI	López Jiménez 2003b: 309-311
94/	El Guño-El Castillo	Alaraz	¿?	1,8	Cerro	CS	SP	López Jiménez 2003b: 283-284
93/	El Torrejón	Alba de Tormes	¿?	0,5	Loma	CP	P-GS	López Jiménez 2003b: 163-166
137	Inueña	Fuenteguinaldo	830	12	Espig.	CP	HI-R	López Jiménez 2003b: 325-327
138	La Corona	Rinconada de la Sierra	1288	4,5	Sierra	CS	HI	López Jiménez y López Sáez 2005
140	La Corvera	Navalmoral de Bejar	1100	¿?	Cerro	CS	P-HI-R	Fabian García 2012
135	La Plaza	Gallegos de Argán	674	0,55	Cerro r.	CP	HI	López Jiménez 2003b: 321-323
87/26	Las Merchanas	Lumbrales	840	5,37	Cerro r.	CS	GS-HI-R	Vázquez Marcos 2010
70/18	Ledesma	Ledesma	775	1,5/10,08	Cerro r.	CP	CP-SP-HI-R	López Jiménez 2003b: 197-202 y 281-282
112/36	Lerilla	Zamarra	749	2,5	Espig.	CP	SP-HI-R	López Jiménez 2003b: 207-210 y 317
113/	Los Castillejos	Zamarra	755	0,05	Espig.	CS	SI	López Jiménez 2003b: 173-175

N.º	Yacimiento	Localidad	Alt.	Ha	Emplaz.	C.F.	Granol.	Bibliografía
88/28	Los Castillos	Gema	666	3.5	Cerro r.	CP	SP-HII	López Jiménez 2003b: 210-211
91/	Los Castillos	Pozos de Hinojo	723	0.04	Espig.	CP	SI	López Jiménez 2003b: 175-179
93/	Los Ocueros	Alaraz	943	4.8	Cerro	CS	HII	Soto García 2013
143	Los Tejares	El Tejado	1054	16	Ladera	CS	HII	López Jiménez y Martínez Calvo 2009
89/27	Picón de la Mora	Encinasola de los Comendadores	672	1.1	Espig.	CP	CP-SP-HII	López Jiménez 2003b: 211-218 y 300
90/29	Yecia la Vieja	Yecia de Yeltes	721	4.9	Espig.	CP	CP-SP-HII-R	Martín Vallis y Romero Carnicero 2008
120	Teso de las Catedrales	Salamanca	800	18	Cerro r.	CP	HII-R	López Jiménez 2003b: 274-280
13	Teso de San Cristóbal	Villarino de los Aires	663	1.4	Cerro r.	CP	HII	López Jiménez 2003b: 301-303
5/4	Virgen del Castillo	Perena de la Ribera	712	2.5	Cerro r.	CP	CP-SP-HII	López Jiménez 2003b: 218-222 y 301
Provincia de Segovia								
68/	Bocahierro	San Cristóbal de la Vega	866	0.81	Loma	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 36-38
59/16	Coca/Casco urbano/Los Azafranales/Camino del cementerio	Coca	785	2,73/25	Espig.	CP	P-CP-SI-SP-HII-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 85-99
53/15	Cuesta del Mercado	Coca	775	1.2	Espig.	CP	P-CP-SP-HII	Blanco González 2009a: vol. II (1): 140-148
61/	El Clavo/Los Manaderos	Coca	795	?	Loma	CS	CP-SI-SP	Blanco García 2006: 116-120 y 216-221
57/	El Merino	Villagonzalo de Coca	823	?	Loma	CS	CP-SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 218-221
69/	El Muerto	Juarros de Voltoya	846	?	Ladera	CP	SI-SP	Blanco García 2006: 232-234
63/	Fuente Tarraga/Montejo 11	Montejo de Arévalo	800	1.5	Loma	CP	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 284-286
117	La Puente	Donbierro	?	?	Llano	CP	HII	Blanco García 2006: 457-458
64/	La Tesorera/Montejo 7	Montejo de Arévalo	790	0.22	Llano	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 87-92
56/	La Vaca	Fuente de Santa Cruz	790	?	Ladera	CS	SI	Blanco García 2006: 227-229
62/	Las Guardillas/Montejo 1	Montejo de Arévalo	780	0.04	Terraza	CP	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 158-159
54/	Las Negras	Coca	?	?	Ladera	CP	GS	Blanco García 2014: 90
67/	Los Bodones I/Montejo 9	Montejo de Arévalo	802	0.17	Llano	CS	CP-SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 185-189
66/	Los Bodones II/Montejo 8	Montejo de Arévalo	803	0.13	Loma	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 190-192
60/	Pinar Nuevo/Bodonazos	Coca	796	?	Llano	CS	SI-SP	Blanco García 2006: 221-227
58/	Piadoso Arroyo/Vaca II	Villagonzalo de Coca	810	1.5	Loma	CS	GS-R	Blanco González 2009a: vol. II (2): 266-269
52/	Tomaceros	Cinuelos de Coca	794	?	Llano	CS	SI-SP	Blanco García 2006: 194-196
65/	Vina Mayor	Montejo de Arévalo	804	?	Loma	CS	GS	Blanco García 2006: 238-240
Provincia de Toledo								
139/68	Arroyo Manzanas	Las Herencias	468	?	Cerro	CP	BF-HI-HII	Moreno Arrastio 1990

N.º	Yacimiento	Localidad	Alt.	Ha	Emplaz.	C.F.	Cronol.	Bibliografía
136/	Calera de Fuentidueña	Azuán	¿?	¿?	¿?	CS	HI	Fernández-Miranda y Pereira 1992: 70
138/	Casa del Carpio	Belvis de la Jara	¿?	¿?	¿?	CP	HI	Pereira Sieso 1989
155	Castillo de Bayuela	Castillo de Bayuela	795	1	Cerro	CS	HI-II	Rodríguez Almeida 1955: 266-268
137/67	Cerro de la Mesa	El Bercial	376	3,8	Cerro r.	CP	HI-HII	Ortega Blanco y Valle Gutiérrez 2004
135/	Rollo	Alcolea de Tajo	373	¿?	Cerro	CP	HI	Martín Bravo 1999: 129
Provincia de Valladolid								
48/	Carriles	Llano de Olmedo	778	3,77	Llano	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 58-60
20/	Casa del Barquero	Castroñunfo	¿?	¿?	¿?	CP	SP	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 67
43/	Colaría Brazuelas II	Alcazarén	720	8,24	Llano	CS	CP-GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 103-107
46/	Cuesta Redonda	Olmedo	760	29,91	Ladera	CS	SP	Blanco González 2009a: vol. II (1): 149-150
44/	Dehesa de Doña María	Olmedo	739	19,31	Llano	CS	P-CP-CA-SI-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 151-157
23/	El Casto I	Nueva Villa de las Torres	¿?	¿?	¿?	CS	GS	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 68
36/	El Ciruelo	Gomezarró	730	12	Llano	CP	SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 186-188
38/	El Espino	Villanueva de Duero	690	4,99	Llano	CP	P-GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 199-202
33/	El Juncal	Velascalvario	¿?	¿?	¿?	CS	GS	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 70
28/	El Lubero	Pozal de Gallinas	740	3,78	Ladera	CS	SI-SP	Blanco González 2009a: vol. II (1): 208-212
39/	El Matacán	Valdesillas	700	2,3	Llano	CP	SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 215-217
41/	El Pison	Mojados	720	2,34	Llano	CS	GS-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 231-233
37/	El Torrejón/El Cubillo	Honcalada	760	0,63	Llano	CP	GS	Blanco González 2009a: vol. II (1): 257-259
50/	Eras de los Perros	Llano de Olmedo	782	8,19	Llano	CS	CA-SI	Blanco González 2009a: vol. II (1): 260-263
49/	Fuente la Reina/La Olma	Fuente-Olmedo	790	9,62	Llano	CS	P-CP-CA-SI-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 279-283
55/	La Calzadilla	Puras	790	2,22	Terraza	CS	CP-SI-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 313-321
45/	La Dehesa/Las Culebras/La Llosa	Pedrajas de San Esteban	745	29,5	Llano	CS	P-CP-CA-SI-R	Blanco González 2009a: vol. II (1): 325-332
47/	La Monja	Agusal	776	1,26	Llano	CS	CP-CA-SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 31-38
24/	La Moraleja I	Tordesillas	¿?	¿?	¿?	CP	SI	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 69
35/	La Moraleja	San Vicente del Palacio	730	2,41	Llano	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 39-40
27/	La Mota	Medina del Campo	740	6,75	Cerro r.	CP	CP-SP	Blanco González 2009a: vol. II (2): 41-60
19/	La Muela-Castroñunfo	Castroñunfo	693	¿?	Cerro r.	CP	SP	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 67
25/13	La Peña	Tordesillas	685	¿?	Llano	CP	SP-HII	San Miguel Maté 1993: figs. 2, 3 y 5
18/	La Requejada	San Román de Hornija	¿?	¿?	¿?	CP	CP-CA-GS	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 69
32/	La Santenja/Prado Redondo	Moraleja de las Panaderas	723	15,07	Llano	CS	SI-SP-R	Blanco González 2009a: vol. II (2): 74-77

N.º	Yacimiento	Localidad	Alt.	Ha	Emplaz.	C.F.	Cronol.	Bibliografía
21/	Las Alamedas	Castronuño	¿?	¿?	¿?	CS	CP-GS	Quintana López y Cruz Sánchez 1996: 67
31/	Las Quimanas II	Gomeznarro	730	1,19	Loma	CP	GS-R	Blanco González 2009a: vol. II (2): 162-163
22/	Los Calvitos III/El Barrero	Pollos	680	1,35	Ladera	CP	P-CP-GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 193-196
51/	Los Casares	Fuente-Olmado	810	4,39	Loma	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 197-199
42/	Los Hornos	Alcazarén	730	2,29	Llano	CS	GS	Blanco González 2009a: vol. II (2): 225-227
30/	Los Martires I y II	Medina del Campo	730	8,68	Loma	CP	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 228-231
26/	Riberilla	La Seca	660	2,18	Llano	CP	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 292-294
28/	San Antón I	Pozal de Gallinas	740	1,66	Loma	CS	SP	Blanco González 2009a: vol. II (2): 300-303
40/14	Sieteliglesias	Matapozuelos	712	13,56	Espig.	CP	SI-SP-Hil-R	Blanco González 2009a: vol. II (2): 316-322
34/	Tobar	San Vicente del Palacio	742	0,79	Llano	CS	SI	Blanco González 2009a: vol. II (2): 341-343
Provincia de Zamora								
16/	Cuesta El Pico	Castrillo de la Guareña	775	6,43	Ladera	CP	SI-SP	Portilla Casado 2014
2/2	El Castillo	Fariza	715	¿?	Cerro	CP	CP-SP-Hil-R	Ramos Fraile 2005
8/	El Castillo	Perlausende	909	¿?	Cerro	CS	GS	Ramos Fraile 2005
9/6	El Castro	Zamora	670	4,2	Cerro r.	CP	GS-Hil	Ramos Fraile 2005
3/	El Castro	Fornillos de Fornoselle	¿?	¿?	¿?	CP	GS	Ramos Fraile 2005
14/11	El Viso	Bamba	782	¿?	Cerro	CS	SP-Hil	España Arroyo 1990a
4/	Fermoselle	Fermoselle	692	¿?	Cerro	CS	GS	Ramos Fraile 2005
11/	La Aldehuela	Zamora	625	17,5	Terraza	CP	SP	Jordá Pardo 2006-09
1/	Las Fraguas	Cozcurrita	¿?	¿?	Ladera	CP	CP-GS	Ramos Fraile 2005
6/	Los Castillos	Las Enillas	¿?	¿?	¿?	CS	GS	Ramos Fraile 2005
7/5	Los Castillos	La Tuda	743	¿?	Cerro	CS	GS-Hil	Ramos Fraile 2005
13/10	Los Castros/Valcuevo/¿El Alba?	Villalazán	¿?	¿?10	Llano	CP	SP-Hil-R	Larrén Izquierdo y Pichel Ramos 2010: 138-139
1/	San Mamede/Peña Redonda	Villardiega de la Ribera	693	0,96	Cerro r.	CP	Hil-R	Romero Perona et al. 2015
17	Teso del Castro	Zamora	660	26,58	Cerro r.	CP	CP-Hil	Ramos Fraile 2005
15/12	Toro	Toro	¿?	¿?	¿?	CP	GS-Hil	Larrén Izquierdo y Pichel Ramos 2010: 118-119
12/9	Valdegallinas II	Zamora	694	1,6	Ladera	CP	GS-Hil	Vicente González 2008-09: fig. 5
17/	Vallesa de la Guareña	Vallesa de la Guareña	¿?	¿?	Terraza	CP	SI	Portilla Casado 2015: 544
10/8	Zamora	Zamora	652	¿?	Espig.	CP	CP-SP-Hil-R	Larrén Izquierdo 1999: 94-95

LIBROS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN:

- 1 LUIS LÓPEZ, Carmelo y otros. *Guía del románico de Ávila y primer mudéjar de La Moraña*. 1982. ISBN 84-00051-83-1
- 2 TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *Toponimia de Ávila*. 1983. ISBN 84-00053-06-0
- 3 ROBLES DÉCANO, Felipe. *Peri-hermenias*. 1983. ISBN 84-00054-54-7
- 4 GÓMEZ-MORENO, Manuel. *Catálogo monumental de la provincia de Ávila*. 2007. ISBN 84-00-05470-9
- 5 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.^a Jesús. *La capilla mayor del monasterio de Gracia*. 1982. ISBN 84-00052-56-0
- 6 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Episcopado abulense. Siglos XVI-XVIII*. 1983. ISBN 84-00055-58-6
- 7 HEDO, Jesús. *Antología de Nicasio Hernández Luquero*. 1985. ISBN 84-39852-58-4
- 8 GONZÁLEZ HONTORIA, Guadalupe y otros. *El arte popular en Ávila*. 1985. ISBN 84-39852-56-8
- 9 GARZÓN GARZÓN, Juan M.^a. *El real hospital de Madrigal*. 1985. ISBN 84-39852-57-6
- 10 MARTÍN MARTÍN, Victoriano y otros. *Estructura socioeconómica de la provincia de Ávila*. 1985. ISBN 84-39852-55-X
- 11 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.^a Jesús y otros. *El retablo de la iglesia de San Miguel de Arévalo y su restauración*. 1985. ISBN 84-00061-02-0
- 12 RUIZ AYÚCAR, Eduardo. *Sepulcros artísticos de Ávila: (pequeña historia local)*. 1985. ISBN 84-00060-94-6
- 13 CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, M.^a Cruz. *La tierra llana de Ávila en los siglos XV y XVI: análisis de la documentación del mayorazgo de La Serna (Ávila)*. 1985. ISBN 84-39855-76-1
- 14 ARNÁIZ GORROÑO, M.^a José y otros. *La iglesia y convento de la Santa en Ávila*. 1986. ISBN 84-50534-23-2
- 15 SOMOZA ZAZO, Juan J. y otros. *Itinerarios geológicos*. 1986. ISBN 84-00063-50-3
- 16 ARIAS CABEZUDO, Pilar; LÓPEZ VÁZQUEZ, Miguel; y SÁNCHEZ SASTRE, José. *Catálogo de la escultura zoomorfa, protohistórica y romana de tradición indígena de la provincia de Ávila*. 1986. ISBN 84-00-06372-4
- 17 FERNÁNDEZ GÓMEZ, Fernando. *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeledda*. 1986. ISBN 84-505-4750-4
- 18 PABLO MAROTO, Daniel de y otros. *Introducción a san Juan de la Cruz*. 1987. ISBN 84-00-06565-4
- 19 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.^a Jesús y otros. *La ermita de Nuestra Señora de las Vacas, de Ávila, y la restauración de su retablo*. 1987. ISBN 84-505-5455-1

- 20 LUIS LÓPEZ, Carmelo. *La comunidad de villa y tierra de Piedrahíta en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*. 1987. ISBN 84-600-5094-7
- 21 MORALES MUÑIZ, M.^a Dolores Carmen. *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*. 1988. ISBN 84-00-06785-1
- 22 DESCALZO LORENZO, Amalia. *Aldeavieja y su santuario de la Virgen del Cubillo*. 1988. ISBN 84-86930-00-6
- 23 GARCÍA FERNÁNDEZ, Emilio C. *El reportaje gráfico abulense*. 1988. ISBN 84-86930-04-9
- 24 CEPEDA ADÁN, José y otros. *Antropología de san Juan de la Cruz*. 1988. ISBN 84-86930-06-5
- 25 SÁNCHEZ MATA, Daniel. *Flora y vegetación del macizo oriental de la Sierra de Gredos*. 1989. ISBN 84-86930-17-0
- 26 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *La industria textil en Ávila durante la etapa final del Antiguo Régimen. La real fábrica de algodón*. 1989. ISBN 84-86930-13-8
- 27 GARCÍA MARTÍN, Pedro. *El substrato abulense de Jorge Santayana*. 1990. ISBN 84-86930-23-5
- 28 MARTÍN JIMÉNEZ, M.^a Isabel. *El paisaje cerealista y pinariego de la tierra llana de Ávila: el interfluvio Adaja-Arevalillo*. 1990. ISBN 84-86930-27-8
- 29 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Episcopado abulense. Siglo XIX*. 1990. ISBN 84-86930-30-8
- 30 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, Irene. *El proceso desamortizador en la provincia de Ávila (1836-1883)*. 1990. ISBN 84-86930-16-2
- 31 RODRÍGUEZ, José V. y otros. *Aspectos históricos de san Juan de la Cruz*. 1990. ISBN 84-86930-33-2
- 32 VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco. *El Infante don Luis Antonio de Borbón y Farnesio*. 1990. ISBN 84-86930-35-9
- 33 MUÑOZ JIMÉNEZ, José M. *Arquitectura carmelitana (1562-1800): arquitectura de los carmelitas descalzos en España, México y Portugal durante los siglos XVI a XVIII*. 1990. ISBN 84-86930-37-5
- 34 DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ, Pedro y MUÑOZ MARTÍN, Carmen. *Opiniones y actitudes sobre la enfermedad mental en Ávila y la locura en el refranero*. 1990. ISBN 84-86930-41-3
- 35 TAPIA SÁNCHEZ, Serafín de. *La comunidad morisca de Ávila*. 1991. ISBN 84-7481-643-2
- 36 MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Acabemos con los incendios forestales en España*. 1991. ISBN 84-86930-42-1
- 37 ROLLÁN ROLLÁN, M.^a del Sagrario. *Éxtasis y purificación del deseo*. 1991. ISBN 84-86930-47-2
- 38 GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Nicolás y CRUZ VAQUERO, Antonio de la. *La custodia del corpus de Ávila*. 1993. ISBN 84-86930-79-0
- 39 CASTILLO DE LA LASTRA, Agustín del. *Molinos de la zona de Piedrahíta y El Barco de Ávila*. 1992. ISBN 84-86930-60-X
- 40 MARTÍN JIMÉNEZ, Ana. *Geografía del equipamiento sanitario de Ávila. Mapa sanitario*. 1993. ISBN 84-86930-74-X
- 41 IZQUIERDO SORLI, Monserrat. *Teresa de Jesús, una aventura interior: estudio de un símbolo*. 1993. ISBN 84-86930-80-4
- 42 MAS ARRONDO, Antonio. *Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual*. 1993. ISBN 84-86930-81-2
- 43 STEGGINK, Otger. *La reforma del Carmelo español*. 1993. ISBN 84-86930-82-0
- 44 TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *Literatura de tradición oral en Ávila*. 1994. ISBN 84-86930-94-4

- 45 GARCÍA FERNÁNDEZ, Emilio C. *Ávila y el cine: historia, documentos y filmografía*. 1995. ISBN 84-86930-96-0
- 46 HERRÁEZ HERNÁNDEZ, José M.^º. *Universidad y universitarios en Ávila durante el siglo XVII*. 1994. ISBN 84-86930-92-8
- 47 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *El Ayuntamiento de Ávila en el siglo XVIII. La elección de los regidores trienales*. 1995. ISBN 84-89518-01-7
- 48 VILA DA VILA, Margarita. *Ávila románica: talleres escultóricos de filiación hispano-languedociana*. 1999. ISBN 84-89518-53-X
- 49 SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Teresa y otros. *Estudio socioeconómico de la provincia de Ávila*. 1996. ISBN 84-86930-24-3
- 50 HERRERO DE MATÍAS, Miguel. *La Sierra de Ávila*. 1996. ISBN 84-89518-16-5
- 51 TOMÉ MARTÍN, Pedro. *Antropología ecológica. Influencias, aportaciones e insuficiencias: procesos culturales de adaptación en el Sistema Central*. 1996. ISBN 84-89518-17-3
- 52 GONZÁLEZ DE POSADA, Francisco; y BRU VILLASECA, Luis. *Arturo Duperier: mártir y mito de la ciencia española*. 2005. ISBN 84-89518-22-X
- 53 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila. Historia de su fundación*. 1997. ISBN 84-89518-26-2
- 54 SERRANO ÁLVAREZ, José M. *Un periódico al servicio de una provincia: el Diario de Ávila*. 1997. ISBN 84-89518-31-9
- 55 TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *La villa de Arenas en el siglo XVIII. El tiempo del infante don Luis (1727-1785)*. 1998. ISBN 84-89518-30-0
- 56 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *Mombeltrán en su historia*. 1997. ISBN 84-89518-32-7
- 57 CHAVARRÍA VARGAS, Juan A. *Toponimia del Estado de La Adrada según el texto de Ordenanzas (1500)*. 1998. ISBN 84-89518-5
- 58 MARTÍNEZ PÉREZ, Jesús. *Fray Juan Pobre de Zamora. Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón "San Felipe"*. 1997. ISBN 84-89518-34-3
- 59 BERNALDO DE QUIRÓS, José A. *Teatro y actividades afines en la ciudad de Ávila (siglos XVII, XVIII y XIX)*. 1998. ISBN 84-89518-40-8
- 60 FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Maximiliano. *Prensa y comunicación en Ávila (siglos XVI-XIX)*. 1998. ISBN 84-89518-0
- 61 TROITIÑO VINUESA, Miguel Á. *Evolución histórica y cambios en la organización del territorio del valle del Tiétar abulense*. 1999. ISBN 84-89518-47-5
- 62 ANDRADE, Antonia y otros. *Recursos naturales de las Sierras de Gredos*. 2002. ISBN 84-89518-57-2
- 63 SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *La beneficencia en Ávila*. 2000. ISBN 84-89518-64-5
- 64 SABE ANDREU, Ana M.^º. *Las cofradías de Ávila en la Edad Moderna*. 2000. ISBN 84-89518-66-1
- 65 BARRENA SÁNCHEZ, Jesús. *Teresa de Jesús, una mujer educadora*. 2000. ISBN 84-89518-67-X
- 66 CANELO BARRADO, Carlos. *La Escuela de Policía de Ávila*. 2001. ISBN 84-89518-68-8
- 67 NIETO CALDEIRO, Sonsoles. *Paseos y jardines públicos de Ávila*. 2001. ISBN 84-89518-72-6
- 68 SÁNCHEZ MUÑOZ, M.^º Jesús. *La cuenca alta del Adaja (Ávila)*. 2002. ISBN 84-89518-3
- 69 ARRIBAS CANALES, Jesús. *Historia, literatura y fiesta en torno a san Segundo*. 2002. ISBN 84-89518-81-5
- 70 GONZÁLEZ CALLE, Jesús A. *Despoblados en la comarca de El Barco de Ávila: (baja Edad Media y Edad Moderna)*. 2002. ISBN 84-89518-83-1
- 71 ANDRÉS ORDAX, Salvador. *Arte e iconografía de san Pedro de Alcántara*. 2002. ISBN 84-89518-85-8
- 72 RICO CAMPS, Daniel. *El románico de San Vicente de Ávila*. 2002. ISBN 84-95459-92-5

- 73 NAVARRO BARBA, José A. *Arquitectura popular en la provincia de Ávila*. 2004. ISBN 84-89518-92-0
- 74 VALENCIA GARCÍA, M.^a de los Ángeles. *Simbólica femenina y producción de contextos culturales. El caso de la Santa Barbada*. 2004. ISBN 84-89518-89-0
- 75 LÓPEZ FERNÁNDEZ, M.^a Isabel. *La arquitectura mudéjar en Ávila*. 2004. ISBN 84-89518-93-9
- 76 GONZÁLEZ MARRERO, M.^a del Cristo. *La Casa de Isabel la Católica. Espacios domésticos y vida cotidiana*. 2005. ISBN 84-89518-94-7
- 77 GARCÍA GARCIMARTÍN, Hugo J. *El valle del Alberche en la baja Edad Media (siglos XII-XV)*. 2005. ISBN 84-89518-95-5
- 78 FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Maximiliano. *Elecciones en la provincia de Ávila, 1977-2000: comportamiento político y evolución de las corporaciones democráticas*. 2006. ISBN 84-96433-22-6
- 79 CAMPDERÁ GUTIÉRREZ, Beatriz I. *Santo Tomás de Ávila: historia de un proceso cronológico-constructivo*. 2006. ISBN 84-96433-26-9
- 80 CHAVARRÍA VARGAS, Juan A.; GARCÍA MARTÍN, Pedro; y GONZÁLEZ MUÑOZ, José M.^a. *Ávila en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. 2006. ISBN 84-96433-30-7
- 81 CABALLERO ESCAMILLA, Sonia. *La escultura gótica funeraria de la catedral de Ávila*. 2007. ISBN 978-84-96433-37-3
- 82 FERRER GARCÍA, Félix A. *La invención de la iglesia de San Segundo*. 2006. ISBN 978-84-96433-38-0
- 83 SABE ANDREU, Ana M.^a. *Tomás Luis de Victoria, pasión por la música*. 2008. ISBN 978-84-96433-61-8
- 84 GONZÁLEZ MUÑOZ, José M.^a. *Gestión tradicional de los recursos hidráulicos en el alto Tiétar (Ávila): molinos harineros*. 2008. ISBN 978-84-96433-62-5
- 85 BERMEJO DE LA CRUZ, Juan C. *Actitudes ante la muerte en el Ávila del siglo XVII*. 2008. ISBN 978-84-96433-76-2
- 86 FERRER GARCÍA, Félix A. *Rupturas y continuidades históricas: el ejemplo de la basilica de San Vicente de Ávila, siglos XII-XVII*. 2009. ISBN 978-84-96433-77-9
- 87 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.^a Jesús. *La primera generación de escultores del S. XVI en Ávila. Vasco de la Zarza y su escuela*. 2009. ISBN 978-84-96433-80-9
- 88 GÓMEZ GONZÁLEZ, M.^a de la Vega. *Retablos barrocos del valle del Corneja*. 2009. ISBN 978-84-96433-79-3
- 89 GUTIÉRREZ ROBLEDO, José L. *Las murallas de Ávila. Arquitectura e historia*. 2009. ISBN 978-84-96433-83-0
- 90 CALVO GÓMEZ, José A. *El monasterio de Santa María de Burgohondo en la Edad Media*. 2009. ISBN 978-84-96433-91-5
- 91 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila. Desde la muerte de santa Teresa hasta finales del siglo XIX*. 2009. ISBN 978-84-96433-96-0
- 92 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *Sancho Dávila, soldado del rey*. 2010. ISBN 978-84-96433-92-2
- 93 PÉREZ GUTIÉRREZ, Manuel. *Astronomía en los castros celtas de la provincia de Ávila*. 2010. ISBN 978-84-96433-63-2
- 94 MONSALVO ANTÓN, José M.^a. *Comunalismo concejil abulense: paisajes agrarios, conflictos y percepciones del espacio rural en la tierra de Ávila y otros concejos medievales*. 2010. ISBN 978-84-15038-13-9
- 95 LUIS LÓPEZ, Carmelo. *Formación del territorio y sociedad en Ávila (siglos XII-XV)*. 2010. ISBN 978-84-15038-16-0
- 96 SEGURA ECHEZÁRRAGA, Xabier. *La espiritualidad esponsal del Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz*. 2011. ISBN 978-84-15038-17-7
- 97 PÉREZ PASCUAL, Ángel. *Juan Díaz Rengifo y su Arte poética española*. 2011. ISBN 978-84-15038-19-1

- 98 SERRANO PÉREZ, Agustina. *Una propuesta de antropología teológica en el Castillo interior de santa Teresa*. 2011. ISBN 978-84-15038-22-1
- 99 SABE ANDREU, Ana M.^a. *La capilla de música de la catedral de Ávila, siglos XV-XVIII*. 2011. ISBN 978-84-15038-23-8
- 100 GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Nicolás. *La ciudad de las carmelitas en tiempos de doña Teresa de Ahumada*. 2011. ISBN 978-84-15038-20-7
- 101 GÓMEZ GARRIDO, Luis Miguel. *Literatura de tradición oral y cultura popular de la Moraña (Ávila)*. 2014. ISBN 978-84-15038-50-4
- 102 GASCÓN BERNAL, Jesús. *El convento agustino extramuros de Madrigal de las Altas Torres*. 2015. ISBN 978-84-15038-51-1
- 103 PINILLA MARTÍN, María José. *Imagen e imágenes de santa Teresa de Jesús entre 1576 y 1700: origen, evolución y clasificación de su iconografía*. 2015. ISBN 978-84-15038-65-8
- 104 BENITO PRADILLO, M.^a Ángeles. *Historia crono-constructiva de la catedral de Ávila*. 2016. ISBN 978-84-15038-69-6
- 105 ARBONA ABASCAL, Guadalupe y otros. *De Ávila a Constantinopla: los viajes fabulosos de José Jiménez Lozano*. 2016. ISBN 978-84-15038-71-9
- 106 LÓPEZ FERNÁNDEZ, M.^a Isabel. *La arquitectura del siglo XVI en Ávila. La Casa de Bra-camonte y el patrimonio abulense*. 2018. ISBN 978-84-15038-79-5
- 107 NIETO CALDEIRO, Sonsoles. Winthuysen y Güell en Ávila. *El jardín de San Segundo*. 2018. ISBN 978-84-15038-80-1
- 108 COLLADO GÓMEZ, Jesús. *El don de la luz: estructuras antropológicas de lo imaginario en la obra poética de José María Muñoz Quirós*. 2018. ISBN 978-84-15038-81-8
- 109 LÓPEZ SÁEZ, José Antonio y otros. *Los pinares de la Sierra de Gredos: pasado, presente y futuro*. 2019. ISBN 978-84-15038-82-5
- 110 MATEOS LÓPEZ, Álvaro. *La Voz del Pueblo (1930-1931), referente de la prensa liberal en Ávila*. 2019. ISBN 978-84-15038-83-2



Inst. C
90.

ISBN: 978-84-350-21



9 788415 038863